

**El Señor de Bembibre,
de Enrique Gil y Carrasco**

BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO
Volumen VII

© *El Señor de Bembibre*, de ENRIQUE GIL Y CARRASCO, Paradiso_Gutenberg, 2015.

© *Nota del editor*, VALENTÍN CARRERA, 2015.

© *Prólogo*, RAMÓN CARNICER, 1971.

© *Historia secreta de la melancolía*, JUAN CARLOS MESTRE Y MIGUEL ÁNGEL MUÑOZ SANJUÁN, 2015.

© *Láminas*, JUAN CARLOS MESTRE, 2015.

1ª edición en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO 1815–2015,
al cuidado de Valentín Carrera.

Portada: Detalle de *Lavanderas a orilla del río*, de Emilio Sánchez-Perrier, 1882.

Diseño portada y colección: Denís Fernández Cabrera, Coop. Sacauntos.

Esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO es posible gracias a una generosa beca de la *Fundación Carmen Rosa Carracedo Álvarez* y al mecenazgo de lectores, entidades, amigos y amigas a través de la plataforma www.lanzanos.com. A todos, gracias.

Obra Completa: ISBN 978–84–941762–9–6

Volumen VII, *El Señor de Bembibre*: ISBN 978–84–941762–7–2

Dep. Legal C 9–2015

Esta obra no puede ser reproducida total ni parcialmente sin la autorización de los propietarios del copyright.

Paradiso_Gutenberg



www.bibliotecagilycarrasco.com

EL SEÑOR DE BEMBIBRE

BIBLIOTECA



GIL Y CARRASCO

Paradiso Gutenberg

Nota del editor

Si desde el primer momento nos hemos acercado a la obra de Enrique Gil y Carrasco con profundo respeto, al abordar ahora la edición de *El Señor de Bembibre* lo hacemos con la misma devoción con la que miles de bercianos y leoneses la hemos leído durante nuestra infancia en casa y en la escuela.

Para varias generaciones del siglo XX, esta obra ha sido, junto con *El Quijote*, uno de los libros de formación imprescindibles, y aún libro de cabecera y devocionario. Con esta nueva edición, también disponible en *ebook*, como toda la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, apostamos porque en papel o en la tableta digital continúe siendo libro de cabecera también para los jóvenes lectores del siglo XXI. Presentamos la novela escoltada por dos trabajos clásicos: el *Prólogo* que Ramón Carnicer escribió en los años setenta, modelo de precisión y síntesis; y el esclarecedor ensayo *Historia secreta de la melancolía*, de Juan Carlos Mestre y Miguel Ángel Muñoz Sanjuán. Con estas dos piezas magistrales, el lector no necesitará más bagaje para sumergirse en la novela que unos dicen “supera a Walter Scott”, otros la consideran “rigurosamente histórica”, otros acaso “iniciáticamente templaria”, y todos en fin “la primera epopeya berciana”.

Nuestra edición

El bibliófilo bembibreño Jovino Andina ha catalogado el centenar de ediciones precedentes¹. Para esta EDICIÓN DEL II CENTENARIO 1815-2015, al cuidado de Valentín Carrera, hemos cotejado las que consideramos son las seis ediciones fundamentales, a las que se debe una laboriosa fijación del texto: la edición *princeps* (Mellado, 1844), la de J. Campos (BAE, 1954), la de Ramón Carnicer (Barral, 1971), la de Picoche (Castalia, 1986), la de Rubio Cremades (Cátedra, 13ª ed., 2014), y la de Mestre y Muñoz (Austral, 2004).

Nuestra edición, pues, cabalga agradecida «a hombros de gigantes», asumiendo los sucesivos criterios de Campos, Picoche, Carnicer, Rubio y Mestre y Muñoz, con voluntad de acercar el texto a los lectores del siglo

¹ Andina Yanes, Jovino, «Catálogo de ediciones de *El Señor de Bembibre*», en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen X, *Enrique Gil y El Bierzo*, Paradiso_Gutenberg, 2015 (en preparación).

XXI limpio de erratas y distorsiones. Esto no deja de ser significativo, ya que durante décadas se han repetido errores de bulto, arrastrados desde la edición *princeps*: números de capítulos repetidos, confusiones de topónimos y antropónimos como Carucedo con Carracedo, Salvador por don Alonso; disposición incorrecta de los diálogos, puntuación ajena al modo de escribir propio de Gil, cuando no directamente errática, etc. La novela sufrió además la censura: “[Gil escribió] una señal para iniciados en las páginas de *El Señor de Bembibre*, precisamente en aquellas que muchas veces censuradas en su particular referencia, cuando no literalmente suprimidas en su integridad en tantas ediciones posteriores de la obra”², de modo que la obra ha transitado sus 170 años de edad bastante maltratada.

Ramón Carnicer, nuestro primer contemporáneo que “limpia, fija y da esplendor” al texto de Gil, resume así el estado de la cuestión en 1970:

Carlos Barral me propuso la edición y prólogo de la novela romántica *El Señor de Bembibre* de Enrique Gil y Carrasco, gloria máxima de mi pueblo. Acepté por esta última razón y me dispuse a ello. Este trabajo me permitió descubrir que a partir de la edición original de 1844, el medio centenar de las siguientes, de las cuales consulté al menos veinte, repetía en mayor o menor medida las erratas, cambios en los nombres de los personajes, diálogos erróneamente señalados en su comienzo o su fin, confusiones toponímicas, etc., resultante todo de un manuscrito de interpretación acaso difícil y de que el autor, entonces en Berlín, donde fallecería en 1846, no pudo corregir las pruebas. ¡Y se trataba de nuestra mejor novela histórica! A tal punto de desidia pueden llegar la erudición al uso y la despreocupación de los editores.

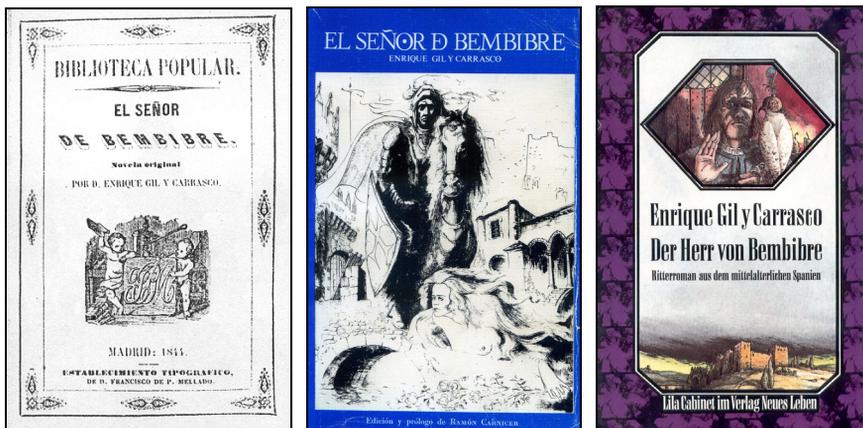
No menos me sorprendió comprobar las gratuitas afirmaciones de la rutina librotexaria en cuanto a la dependencia de Gil y Carrasco respecto de Walter Scott y de su *Ivanhoe* en particular. Fotocopiada la edición original, me enfrasqué en una escrupulosa revisión a fin de lograr un texto fiel. El prólogo lo reprodujo *Historia y Vida* en mayo de 1971, y en septiembre del mismo año fui invitado a la inauguración del monumento dedicado por Bembibre a Gil y Carrasco.

² Mestre y Muñoz, véase en este volumen p. 432.

A partir de una lejana primera lectura, tenía yo una idea poco favorable de la obra, pero en el curso de mi trabajo cambié de parecer. Se trataba de una excelente novela, dentro del género, con algún que otro convencionalismo y exceso y con sorprendente calidad a menudo.

Aprovechando un viaje a Ponferrada en febrero de 1970 para hablar en el Instituto acerca de Nueva York, recorrí muchos de los lugares citados en el libro, en especial el castillo de Cornatel, escenario de una significativa batalla. La excursión me permitió escribir al respecto estas dos líneas del prólogo: "... dentro de un marco que podría suponerse pura escenografía literaria, es una realidad absolutamente verídica". Por desgracia, para la parte biográfica hube de atenerme a *Cisne sin lago* de Ricardo Gullón, donde hay lagos, lagunas y puntos oscuros, rellenos e iluminados con posterioridad (1972), y en la tesis doctoral sobre nuestro autor leída en la universidad de Lille, por quien habría de ser buen amigo, el profesor Jean-Louis Picoche.

Mi edición, aparecida a comienzos de 1971, no tardaría en agotarse. Su cubierta era bonitísima y me produjo la conmoción y alegría de un libro propio³.



³ Carnicer, R., *Friso Menor*, Plaza&Janés, Barcelona, 1983, p. 256.

⁴ Portadas de la 1ª edición (1844), de la edición de Carnicer publicada por Barral y Librería Arriba y Castro de Ponferrada, con magnífica ilustración del pintor berciano Ángel Ruiz, y de la única edición conocida en alemán [cortesía de Jovino Andina].

También nosotros, siguiendo en buena medida el modelo de Carnicer, contrastado con los demás autores citados, hemos revisado y actualizado de nuevo la puntuación, acentuación y ortografía⁵. Siguiendo las normas de estilo de BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, actualizamos la toponimia (Montearenas, Aquiana; si bien mantenemos “la Siria”, “la Europa” o “la España”), sustituimos con formas modernas otras en desuso (Lemos por Lemus, arpa por harpa, riguroso por rigoroso, etc.) y respetamos en lo demás la voluntad del autor, que demuestra una profunda documentación lexicográfica.

Así, cuando Gil escribe ‘matacasas’, entendemos que es un hápax, ya que solo se encuentra documentado en su obra (vid. *Corde*), donde aparece dos veces en la misma página [1ª ed., p. 260]. Carnicer enmienda con ‘matacanes’, que es una *lectio facillior*, pero en esta ocasión hemos preferido el criterio de Mestre y Muñoz y mantenemos la exclusiva voz giliana ‘matacasas’, que el lector puede incorporar con gusto a su vocabulario: “Las piedras que caían por los matacasas acabaron de estropearlos (...) una enorme bola de granito, bajando por uno de los matacasas, cayó a plomo sobre la cabeza de su pariente...”.

Hemos cuidado y modernizado la disposición de párrafos, inexistente en el original por la ausencia del punto y aparte en las imprentas de la época, así como los diálogos y partes diferenciadas, alguna resaltada tipográficamente, como en el caso del *Diario* de doña Beatriz –que Gil denomina “cartera” o “libro de memorias, forrado en seda verde”–, no exento de singular protagonismo y belleza.

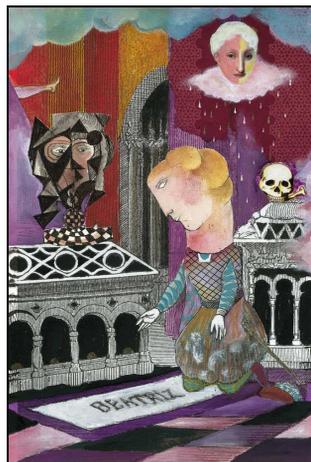
Más ardua ha sido la revisión de la puntuación: los usos actuales del punto, punto y coma y dos puntos no se corresponden con los usos de 1840, lo que dificulta la comprensión del texto y despista al lector moderno no avisado y aun al especialista. Hemos suprimido el exceso de comas sobrevenido en ulteriores ediciones, que a nuestro entender no se corresponde con el estilo y el ritmo sinfónico de Enrique Gil, constructor de periodos amplios y sonoros, que piden ser leídos en voz alta, con musicalidad, sentimiento y elocuencia, sin atascarse en una profusión de “pues”, “sin embargo”, “en fin” y otros marcadores discursivos similares entre comas que interrumpen la lectura, rompen el ritmo de la frase y empañan la belleza de la página.

⁵ Hemos adaptado el texto a las nuevas normativas ortográficas de la RAE, 2010.

Con certeza, en las ediciones posteriores sobran por doquier comas que no estaban en la edición de 1844; pero ya no tenemos la misma certeza de haber acertado al poner alguna que otra coma, allá donde el sentido o la legibilidad parecían requerirlo. Algún botón de muestra: no es lo mismo «si Dios os llama, así se hará como decís» que «si Dios os llama a sí, se hará como decís». Cfr. 1ª ed., p. 132; Carnicer, p. 121. En la princeps se lee «con el color del público bien se decidió don Juan Núñez...» que Carnicer corrige: «Con el color del público bien, se decidió don Juan Núñez...», dando sentido a la expresión “bien público”, que Gil escribe de modo invertido y el copista no comprende. Los ejemplos son innumerables.

Por último, queremos subrayar que esta edición busca la complicidad de los lectores del siglo XXI presentándose engalanada y enriquecida con un tesoro gráfico vanguardista y sorprendente: las veintiuna láminas inspiradas en la obra y creadas expresamente para esta EDICIÓN DEL II CENTENARIO por el poeta y pintor villafranquino y universal, Juan Carlos Mestre.

La edición de 1844 incluía veinte ilustraciones de Zarza y Batanero⁶, que Carnicer califica de mediocres, de las que hemos insertado alguna a título ilustrativo. A la manera en que Picasso reinterpretó *Las Meninas*, Mestre ha reinventado los “mediocres” grabados del siglo XIX en una lectura visual sugestiva, plena de imaginación y fantasía:



⁶ EUSEBIO ZARZA, pintor madrileño dedicado al dibujo para grabar en madera, ilustró importantes obras como *Recuerdos y bellezas de España*, *Galería Regia*, la *Sagrada Biblia*, *Las mil y una noches*, etc. FÉLIX BATANERO Y GONZÁLEZ (1789-?) fue xilógrafo, existiendo numerosos suyos en los periódicos del momento como *El Panorama*, *Semanario Pintoresco Español*, *Siglo Pintoresco*, etc.. [Jovino Andina].

En esta reinención de *El Señor de Bemibre*, el alquimista Juan Carlos Mestre ha fundido sentimientos, artes, estilos, la nobleza, el amor, la poesía, unicornios recién salidos del ciclo artúrico, miniaturas de manuscritos medievales, el lenguaje del cómic y los recortables, el *Beato*, los ciclos de los meses en el Panteón de San Isidoro, la pintura religiosa, el surrealismo... ¡Mestre en estado puro!

Completan la edición, estéticamente, los adornos y viñetas de la 1ª edición de una joya bibliográfica, *El Castillo de Ponferrada*, que reproducen inscripciones reales de la fortaleza ponferradina, dibujadas a mano por José María Luengo en 1929. ¿Son simples marcas de cantero, o tal vez misteriosos signos cabalísticos, como los canecillos de la rosa y el bafomet, o los dos cuadrados perfectos –que describe Gil– “que se intersecan en ángulos absolutamente iguales, y al lado derecho tienen una especie de sol, con una estrella a la izquierda”?



En fin, nuestro agradecimiento a Miguel Varela, por habernos permitido acceder a la edición *princeps*; al profesor Picoche, por sus palabras de ánimo y apoyo desde París; a Doireann Macdermott y Alonso Carnicer por sus facilidades para reproducir el prólogo del maestro; a Enrique Rubio por sus consejos; a Jovino Andina, por el *Catálogo de ediciones*; a Álda Ares, porque sus ojos son mis ojos; a Miguel Ángel Muñoz y a Juan Carlos Mestre por su *Historia seceta de la melancolía*; y de nuevo a Mestre por sus *7x3 Meninas bercianas* y su generosa amistad.

VALENTÍN CARRERA
AÑO ROMÁNTICO 2015





Prólogo de Ramón Carnicer

Nació Enrique Gil y Carrasco en Villafranca del Bierzo (León) el 15 de julio de 1815. Su padre era soriano, y su madre procedía de tierras de Zamora. A poco de casados, se establecieron en Villafranca, donde él ejercería durante algún tiempo el cargo de administrador del marquesado de la villa. En 1813 nació allí la primera hija del matrimonio. Por causas que se desconocen, perdió el padre el empleo mencionado y pasó a ocupar otro de menos categoría en la recaudación de arbitrios municipales. El hermano de Enrique Gil, Eugenio, y aquel mismo hablarían a menudo, aunque en forma imprecisa, de las injustas persecuciones padecidas por su padre, no sabemos si relacionadas con malquerencias del marqués o resultantes de las luchas políticas de la época. A causa de ello y de la creciente prole (seis hijos tendría el matrimonio), la familia se trasladó, tal vez en 1824, a Ponferrada, en la misma provincia, donde el padre consiguió un empleo mejor remunerado en la oficina de rentas de la ciudad y su partido. A Ponferrada y no a Villafranca, que raramente menciona, aparecen vinculados los mejores recuerdos infantiles de Gil, y con Ponferrada y sus contornos se relacionan muchos aspectos de su obra.

Hasta 1828 estudió nuestro autor en el colegio de agustinos de Ponferrada, y aquel mismo año pasa al cercano monasterio de Vega de Espinareda, cuyos estudios regentaba la orden benedictina. Al siguiente

ingresa como alumno interno en el seminario de Astorga, donde permanecería dos cursos, pero no a título de futuro clérigo, sino como tantos otros estudiantes que acudían a aquellos centros a falta de otros en que adquirir los conocimientos que hoy corresponden a la enseñanza media. Pasaría después a la universidad de Valladolid para seguir Leyes, que por la situación económica de la familia hubo de abandonar en 1835, cuando se encontraba en el último curso. Es año de matanzas de frailes y quemas de conventos, y desde hace dos arde la guerra civil, iniciada por los carlistas. Permanece Gil quince meses en Ponferrada, y en el verano de 1836 decide trasladarse a Madrid en busca de algo con que sostenerse y ayudar a los suyos. La etapa inicial madrileña, dedicada a unos quehaceres cuya naturaleza ignoramos, debió de ser durísima para nuestro autor. En el curso de ella y llevado por su vocación, fue aproximándose al mundo literario. El 14 de febrero de 1837 asistió al entierro de Larra y fue testigo de la revelación poética de Zorrilla. Favorecido por su carácter sociable y comunicativo, empezó a trabar relación con escritores y artistas y a concurrir a sus tertulias. Finalmente, la amistad y ayuda de Espronceda le franqueó los últimos baluartes del coto literario.

En diciembre de 1837, en efecto, el propio Espronceda leyó públicamente, en el Liceo, *La gota de rocío* de Gil, su primer éxito como poeta. Tres meses antes había muerto su padre. En enero de 1838, la aparición de *La campana* confirmaría las esperanzas puestas en el nuevo escritor. Mientras tanto, los periódicos y revistas de la capital le proporcionan colaboración retribuida y acaba profesionalizándose como periodista. A partir de entonces empieza propiamente a vivir. Fue uno de los habituales del Liceo, donde además de lecturas y torneos poéticos, en que a menudo intervino, se daban conciertos, representaciones teatrales y bailes, con participación de aristócratas, diplomáticos y políticos. Al finalizar este año, cuenta Gil entre los mejores poetas de su tiempo, y con el Duque de Rivas, Zorrilla, Nicomedes Pastor Díaz, Miguel de los Santos Álvarez, Espronceda, José García de Villalta y Ventura de la Vega forma el elemento motor del Liceo, de cuya sección literaria llegó a ser secretario. Es época de gran vitalidad. Los poetas de la primera generación romántica siguen dando muestras de su capacidad creadora: Martínez de la Rosa había estrenado en 1834 *La conjuración de Venecia*, y en 1835 estrenó Rivas su *Don Álvaro*. Entre los pertenecientes a la segunda, la de Gil, estaban vivos aún los triunfos de García Gutiérrez con *El trovador* (1836) y de

Hartzenbusch con *Los amantes de Teruel* (1837); *El diablo mundo* de Espronceda aparecería en 1840, y Zorrilla estrenaría *Don Juan Tenorio* en 1844; y estaban en su momento más activo o se aproximaban a él —con los ya mencionados Nicomedes Pastor Díaz y Miguel de los Santos Álvarez, Romero Larrañaga, Arolas, García Tassara, Bermúdez de Castro y Campoamor.

En la primavera de 1839 y a favor de una situación más desahogada, termina Gil su carrera de Derecho, pero en el otoño de aquel mismo año, cumplidos tres de privaciones, esfuerzos y trastornos morales, y dos meses después de que Espartero y Maroto firmaran el convenio que daba fin a la guerra civil, se manifiesta la enfermedad que habría de concluir con la vida del poeta, una de esas largas tuberculosis llenas de alternativas de hundimiento y recuperación que nos sorprenden en tantos románticos. Señala esta crisis el fin casi total de la dedicación poética de Gil. Para reponerse y ver a su familia retorna a Ponferrada, donde pasará el invierno. Durante él, lee mucho, viaja por El Bierzo, ve sus monumentos, observa costumbres y escribe la narración *El Lago de Carucedo*, que a su regreso publicaría en el *Semanario Pintoresco Español* y que constituye una especie de embrión de *El Señor de Bembibre*.

De nuevo en Madrid, los azares políticos determinan un cambio importante en la vida de nuestro autor. En noviembre de 1840 se le nombra ayudante segundo del director de la Biblioteca Nacional. El salario con que se remuneraba su quehacer, más bien liviano, le dejaba tiempo libre y le permitía prestar ayuda a su familia. Desde entonces y hasta año y medio después, no publica nada, entregado de lleno a la elaboración de *El Señor de Bembibre*, conforme supone Ricardo Gullón, a quien fundamentalmente seguimos en este resumen biográfico. Excepción a ello fue la elegía a su amigo Espronceda, fallecido en la noche del 22 al 23 de mayo de 1842. Gil, con otros amigos, había asistido a su muerte, y tras la noche en vela compuso la elegía que a la tarde siguiente leería en el cementerio.

Una vez más, los cambios políticos imprimen un nuevo rumbo en la vida de Gil. En diciembre de 1843, uno de sus grandes amigos del Liceo, González Bravo, es llamado a la presidencia del Gobierno. Y del mismo modo que a otros escritores del romanticismo (entre ellos Espronceda, Rivas, Nicomedes Pastor Díaz y Martínez de la Rosa) se les habían conferido cargos diplomáticos, González Bravo, a fines de febrero de 1844, nombra a Gil secretario de Legación. Su primer trabajo habría de consistir en recorrer los

Estados de la confederación germánica e informar sobre su situación política, jurídica, económica, cultural, etc. Pero la función principal de Gil, dentro del carácter oficioso de su representación, dado que no existían relaciones diplomáticas con Prusia, era la de tantear la posible reanudación de tales relaciones, previo reconocimiento de Isabel II. Porque Austria, Prusia, Rusia y otras potencias habían tomado partido en favor de Don Carlos en la guerra civil española. Terminada la guerra, el Gobierno de Berlín se mantenía en actitud reservada, pero ahora, concluida la regencia de Espartero, declarada la mayoría de edad de Isabel II, con los moderados en el poder y ascendido al trono prusiano Federico Guillermo IV, poco simpatizante del pretendiente español, el momento se mostraba favorable.



Abandona Gil su cargo en la Biblioteca, y con el sentido de responsabilidad que le caracteriza empieza a prepararse para su misión. Leía Gil el francés sin dificultades, y desde su entrada en la Biblioteca estudiaba inglés. Ahora emprende el estudio del alemán, al cual dedicaría seis horas diarias. Y en la primavera de 1844 sale de Madrid y se encamina a Valencia y luego a Barcelona, para cerciorarse del desarrollo de sus manufacturas de seda, algodón y lana y poder compararlas con lo que habría de ver en las exposiciones industriales de París y Berlín. En Barcelona embarca para Marsella, y tras recorrer diferentes ciudades llega a París, donde se halla de embajador Martínez de la Rosa. Como entonces no había ministro de España en Berlín, Martínez de la Rosa le da cartas de presentación, una de ellas para el barón Alejandro de Humboldt, chambelán de la corte prusiana.

El viaje a Berlín lo hace a través de Bélgica y Holanda. En todos estos países, y en Alemania después, además de recopilar datos para el desempeño de su cometido, visita ciudades y monumentos y hasta manda un par de crónicas a *El Laberinto*, con las cuales da fin a su tarea periodística. Ya en Alemania, se detiene en Aquisgrán, Colonia, Bonn, Coblenza, Maguncia, Francfort, Hannover, etc. Al separarse del Rin había leído en voz alta, junto al ancho curso de agua, la estrofa de despedida de *Childe Harold*, de Byron. El 24 de setiembre, agotadas sus reservas físicas por el larguísimo viaje y por su incontenible curiosidad, por el ajeteo de barcos, ferrocarriles y diligencias que le causaban vómitos, jaquecas e insomnios, recrudescido su mal, Gil y Carrasco llega a Berlín. Se recupera un tanto y emprende sus actividades. Sus

títulos diplomáticos eran precarios, y los dos mil quinientos reales de salario mensual no permitían grandes lujos. Además, Gil no pertenecía a la nobleza, ni aun siquiera a la burguesía acomodada. Su inexperiencia diplomática, por otra parte, era total. Pero sus cualidades personales y la ayuda de Humboldt, que lo recibió con deferencia y simpatía, suplieron aquellas limitaciones. Se nos suele dar esta estampa física y espiritual de Gil: atildado y elegantemente vestido, conforme a la moda de la época, moderada por cierta severidad; reposado en sus ademanes; pálido; de pelo castaño claro, casi rubio; con aire de hombre del Norte, y como tal, de ojos claros, azules, de mirar abierto, aunque un poco triste. Su franqueza de carácter se hallaba atenuada por cierta contención. Era bueno, inteligente, discretamente liberal.

Gracias a lo muchísimo que en lo humano, lo cultural y lo político significaba Humboldt, Gil tuvo acceso al mundo de la aristocracia y la política berlinesa. A las dos semanas de encontrarse en la ciudad fue invitado a la cena de gala ofrecida por el rey en Potsdam con motivo de la exposición industrial, fue recibido por el ministro de Negocios Extranjeros, primo de Humboldt, y por mediación de este conoció al príncipe Carlos, heredero de la corona, a quien visitaría con frecuencia, y a su esposa María, de la cual sería profesor de español.

Durante sus primeros meses en Berlín, la salud de Gil parecía marchar bien. Asistía a fiestas y ceremonias, ensanchaba el círculo de sus amistades y acopiaba datos para el informe encargado por el Ministerio. La presencia de Gil empieza a notarse, y gracias a ello, puede desvanecer errores en torno a nuestro país y despertar interés acerca de él. En sus comunicaciones oficiales, muy concretas y precisas, señala la existencia de un ambiente propicio al retorno a la normalidad, sobre todo por parte de comerciantes e industriales. A fin de estimular esta disposición, decide pasar el verano de 1845 en Berlín. Trabaja mucho, y lo hace de manera entusiasta, no obstante tratarse de asuntos ajenos a su devoción literaria; pide a Madrid aranceles, datos sobre importación y exportación, estadísticas... Pero a comienzos de aquel mismo verano, la tos se agudiza y acaba en hemoptisis. Los médicos recomiendan reposo. Suspendidos sus trabajos, permanece en cama todo el mes de julio. Un tanto mejorado, y por consejo de su médico, se encamina a un balneario de Silesia, pero nuevas hemoptisis lo dejan exhausto. A duras penas consigue regresar a Berlín. A finales de año recibe de Madrid ejemplares de *El Señor de Bembibre*. Envía uno a Humboldt y otro al profesor de literatura moderna de la universidad. Los dos le aconsejan que dedique un ejemplar al rey, que el

propio Humboldt entrega el día de Navidad. El rey lo acoge muy bien, pide mapas, busca en ellos El Bierzo y pregunta sobre el significado de algunos términos de sus primeras páginas. Por indicación de Humboldt, el rey concede a Gil la Gran Medalla de Oro, con que se recompensan méritos científicos y literarios. A su vez, Gil consigue del Gobierno español la Gran Cruz de Carlos III para Humboldt, que este mismo habrá de recoger, en enero de 1846, en casa de Gil, incapaz de moverse. Los días de Gil están contados. Fallece pocas semanas después, el 22 de febrero.



Las obras de Gil y Carrasco pueden agruparse en tres órdenes: poesía, crítica, narración. Su poesía es subjetiva y espiritual, vaga y melancólica, delicada, sencilla. Muchos comentaristas la asocian a la que años después habría de elaborar Bécquer. Notas constantes en ella son la fugacidad de lo terreno, el olvido, la muerte. La poesía de Gil refleja su escasa fortuna, las pesadumbres familiares, su precaria salud, un amor malogrado. Sus quejas son auténticas, y busca consuelo a ellas en lo evanescente, frágil y perecedero: las flores, la niebla, la gota de rocío...

Como crítico, Enrique Gil acreditó agudeza en sus análisis, así como mesura e independencia en sus juicios; ni rechazaba con aspereza ni entraba en las hipotecas de la amistad. Suele ponderarse como su mejor trabajo crítico el dedicado a las *Poesías* de Espronceda, donde señala, con criterio todavía válido, lo bueno y lo malo en la obra de su gran amigo; otro tanto haría respecto de las obras de Zorrilla y el Duque de Rivas. Idénticas características se dan en sus trabajos de crítica teatral, publicados en *El Laberinto* en los meses anteriores a su viaje a Alemania.

Como narrador, además del mencionado trabajo *El Lago de Carucedo*, publicó artículos de viajes, donde presenta tipos como el pastor trashumante, el maragato, el segador gallego, y también diversidad de costumbres de varias regiones españolas. Su *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior* se centra en León, Astorga y el Bierzo natal ⁷. *El anochecer en San Antonio de la Florida* nos interesa por sus recuerdos familiares y por la evocación de un amor de

⁷ Aunque en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO empleamos ‘El Bierzo’, respetamos aquí expresamente la grafía preferida por Carnicer.

juventud, reflejado en otros de sus trabajos y en su creación máxima, *El Señor de Bembibre*, novela histórica que asegura la presencia de Gil entre los valores permanentes de nuestra literatura.

La novela histórica nació como género literario a principios del siglo XIX, más o menos en coincidencia con la caída de Napoleón: el *Waverley* de Walter Scott (1771-1832), verdadero creador de ella, se publicó en 1814. Ciertamente que antes, en los siglos XVII y XVIII, encontramos novelas de tema histórico, pero lo son solo –según señala Georg Lukács– por su temática externa, por su apariencia. El interés que los literatos de la época romántica sintieron por el pasado de sus pueblos, singularmente por la Edad Media, estaba determinado por un afán de exaltación nacional –de origen político– o por un deseo de ruptura con lo cotidiano y con la fría concepción clásica del arte, vigente en el período anterior.

El acontecimiento histórico desempeña función variable en la narración. A menudo sirve de mero fondo a la resurrección poética de unos seres envueltos en él. Scott, en sus novelas, expone la historia como una serie de grandes crisis. Para él, la caracterización histórica significa la conjunción y el entrelazamiento de unas crisis en los destinos individuales de una serie de personas, como resultado de una crisis histórica que les es común.

La presentación de estas crisis históricas nunca es abstracta en Scott; la división que en un momento dado puede manifestarse en una nación mediante unos bandos o partidos en lucha, atraviesa en todo momento las más íntimas relaciones humanas: padres e hijos, amantes y amadas, viejos amigos se enfrentan entre sí como enemigos; o bien la necesidad de este enfrentamiento lleva a colisiones profundas en la vida individual. Scott se afana en presentar las luchas y oposiciones de la historia a través de unos personajes que en su psicología y en su destino se mantienen siempre como representantes de corrientes sociales y poderes históricos. Busca Scott en todo momento un camino central entre los extremos, y lo logra mediante la adecuada invención de la fábula novelesca y sobre todo mediante la elección de la figura central. Esta figura, por su carácter y por su destino, entra en contacto humano con los partidos o facciones enfrentadas. De aquí que sus héroes pertenezcan a una zona social media –de la clase de los caballeros– y expresen con realismo convincente tanto los rasgos humanos, honrados y atractivos como las limitaciones de esa zona media que les es propia. Si los héroes de la epopeya, según Hegel, encierran en sí, brillantemente, todo un conjunto de rasgos dispersos en el carácter

nacional, gracias a lo cual adquieren derecho a constituirse en cabeza de su comunidad, los héroes de Scott –según recuerda Lukács, a quien seguimos en estas reflexiones sobre el novelista escocés– son siempre individuos típicamente nacionales, pero no en el sentido de constituir cimas comprensivas, sino en el de expresar el cabal promedio. Presentan estos héroes inteligencia práctica, nunca extraordinaria, firmeza moral y honradez que en ocasiones los lleva al autosacrificio, pero no manifiestan nunca una pasión arrebatadora.

En cuanto a la forma de actualizar el pasado, declaró Scott que no quería ni podía pretender una precisión absoluta, ni tampoco mantenerse en todo momento dentro de los confines del período en que transcurría la historia novelada: «Para suscitar la participación del lector –dice– el objeto propuesto tiene que ser traducido a las costumbres y al lenguaje de la época en que nos hallamos... Es cierto que esta libertad tiene sus límites pertinentes; el autor no debe referir nada que no esté de acuerdo con las costumbres de la época descrita».

En el orden psicológico, Scott no es un detallista en el análisis de las pequeñas peculiaridades humanas de sus héroes, peculiaridades que nada tienen que ver con la misión histórica que les corresponde. Scott, con su técnica de contrastes, señala a menudo en forma humorística, satírica, y aun tragicómica a veces, la debilidad y la degeneración humana y moral de los estratos superiores de la sociedad presentada.

En cuanto a sus personajes femeninos, correctos y normales, raramente dan margen para las complicadas tragedias del amor y del matrimonio. Otras características de Scott son la pormenorización de costumbres, particularidades del lenguaje y circunstancias que rodean los acontecimientos, así como el carácter dramático de la acción, estrechamente relacionado con el nuevo e importante papel del diálogo en la novela.

No es nuestro propósito regatear la enorme influencia ejercida por Walter Scott en la literatura de su época, pero como su nombre se asocia siempre al de nuestro autor, nos hemos detenido en apuntar sus características fundamentales, a fin de compararlas con las de Gil y Carrasco en *El Señor de Bembibre*; son coincidentes en ocasiones, dispares otras veces. Al igual que Scott, sitúa Gil la acción de su novela en un momento histórico crítico, del siglo XIV: la extinción de la Orden del Temple, en torno a cuyo hecho se pone también de relieve la crisis de autoridad de la corona castellana, representada por Fernando IV, frente a

las banderías de los nobles y sus apetencias (don Juan Núñez de Lara, el infante don Juan, por ejemplo). La Orden del Temple había influido mucho en la evolución de la cultura medieval (sus construcciones religiosas determinaron el advenimiento del gótico; entre sus componentes hubo grandes cultivadores de la alquimia) y llegó a alcanzar fuerza y poderío sin precedentes, gracias a su enorme capacidad mercantil de enriquecimiento, aparte las dádivas y legados cuantiosos con que fue favorecida, por uno de los cuales estuvo a punto de heredar el reino de Aragón, a la muerte de Alfonso I el Batallador. Pusieron a punto los templarios un nuevo sistema de circulación de mercancías a lo largo de rutas que ellos mismos custodiaban desde centenares de monasterios, granjas y encomiendas. La eficacia de esta red permitió perfeccionar el pagaré y la letra de cambio. Pero tal poderío, las exenciones de que disfrutaba y el monopolio en ciertas transacciones condujeron al irremediable choque con el Estado, es decir, con la corona de Francia, donde la Orden había alcanzado increíble apogeo. Conforme el lector tendrá ocasión de recordar a través de la lectura de este libro, el rey francés Felipe *el Hermoso*, mediante acusaciones que iban de la magia y el comportamiento herético, al trato demoníaco y el pecado nefando, presionó sobre el Papa hasta conseguir el decreto de extinción y el secuestro de sus propiedades. Pues bien, mientras en *Ivanhoe*, por ejemplo, ofrece Scott una visión degenerada de la Orden mediante la figura de Brian de Bois-Guilbert, Gil la defiende y nos da de ella una versión caballeresca. Y no estará de más señalar que si bien el tema de los templarios es muy común en la literatura del siglo XIX, en Gil no es sino consecuencia de sus juegos infantiles entre los muros del castillo templario de Ponferrada, a cuya sombra empezó a fraguar más tarde la nostalgia idealizada de unos acontecimientos remotos.

Coincide Gil con Scott en elegir como héroe de su novela un hombre de los últimos escalones nobiliarios. Don Álvaro Yáñez es un caballero que no ostenta otro título que el de Señor de un burgo rural y su castillo. En tiempos de parcialidades y traiciones por parte de la más encumbrada nobleza, condensa don Álvaro las viejas virtudes del honor, la lealtad y la rectitud moral llevada hasta el sacrificio. Este sacrificio alcanza a doña Beatriz Ossorio, partícipe, con don Álvaro, de una tragedia amorosa desusada en Scott. Como Scott, apenas detalla Gil las peculiaridades humanas de su personaje central, y al igual que Scott acude frecuentemente al diálogo. Lo mismo que el escocés, traduce Gil a la mentalidad y al

lenguaje del siglo XIX el mundo del XIV en que sitúa la acción, pero, en cambio, no se dan en Gil visiones caricaturales como la del fraile descalzo de *Ivanhoe* ni se satiriza el mundo elevado con el cual entra en colisión el protagonista. El conde de Lemos, por ejemplo, ambicioso y ruin en ocasiones, pone en la lucha el mismo ardimiento que el señor de Bembibre y sabe afrontar valientemente las situaciones decisivas. Otra diferencia notable es que en la novela de Gil apenas hay espacio para el costumbrismo; y mientras las profusas creaciones de Scott contienen multitud de episodios laterales y gran minuciosidad descriptiva, tanto de lugares y objetos como de indumentaria y rasgos físicos de los personajes, en *El Señor de Bembibre* predomina el esquematismo y la sobriedad en retratos y descripciones y todo camina directamente a su fin. Y al tiempo que la obra de Scott está impregnada del carácter jocundo y vital de su autor, en Gil todo aparece transido por la melancolía y el infortunio. Queda otro dato sustancial: la incorporación del paisaje a la obra de Gil, en forma no vista hasta entonces en la narrativa española. Es un paisaje regido por la cambiante evolución de las estaciones, en concordancia o en contraste con la situación o el estado anímico de los personajes ligados a él, un paisaje, por otro lado, fiel a unos modelos reales, los del Bierzo, mejorados en ocasiones por exigencias del arte. Insistamos, por último, en un ingrediente que confiere un acento muy personal a la novela de Gil y le otorga perfil propio dentro de lo que el hombre medio de nuestros días entiende por «romántico». Nos referimos a aquellos amores nacidos y frustrados en la adolescencia de Gil y renacidos literariamente en don Álvaro y doña Beatriz.



El Señor de Bembibre es, sin lugar a dudas, la mejor de las novelas históricas españolas, lo cual no es mucho decir, dada la mediocre y a veces pésima calidad de todas las restantes. Es necesario añadir, pues, huyendo de aquella fácil comparación, que dentro de su género y su época es una excelente novela, con algún que otro convencionalismo y exceso. Todos sus componentes están muy bien trabados, abunda en magníficas situaciones, y el autor sale airoso en escenas y diálogos cuyas dificultades se resistirían a afrontar muchos autores de cualquier época. Su entonación es sencilla y elevada a un tiempo y alcanza fuerza y dinamismo extraordinarios en muchos de sus pasajes; tal, por ejemplo, la lucha en torno al castillo de

Cornatel, dentro de un marco que podría suponerse pura escenografía literaria pero que es una realidad absolutamente verídica.

Fue este el único libro de Gil y Carrasco aparecido en vida del autor, entonces en Alemania. Lo acabó de imprimir Mellado, de Madrid, en el otoño de 1844. La edición se compone de 424 páginas y lleva veinte láminas muy mediocres. Debido a la ausencia del autor, la corrección de pruebas fue muy poco escrupulosa. Salió el libro con infinidad de erratas, cambios en los nombres de los personajes, diálogos erróneamente señalados en su comienzo o en su fin, confusiones toponímicas, etcétera. Para la presente edición hemos partido de la mencionada de Mellado y hemos intentado salvar todos sus errores, repetidos, por desgracia, en todo o en parte, en las ediciones que hemos podido ver del medio centenar salidas después de la primera. Actualizamos puntuación, acentuación y ortografía y eliminamos unos laísmos ajenos al medio geográfico y familiar en que discurrió la mayor parte de la vida de Gil.

RAMÓN CARNICER
Barcelona, 1970



El Señor de Bembibre
Enrique Gil y Carrasco



Capítulo I

En una tarde de mayo de uno de los primeros años del siglo XIV, volvían de la feria de San Marcos de Cacabelos tres al parecer criados de alguno de los grandes señores que entonces se repartían el dominio del Bierzo. El uno de ellos, como de cincuenta y seis años de edad, montaba una jaca gallega de estampa poco aventajada, pero que a tiro de ballesta descubría la robustez y resistencia propias para los ejercicios venatorios, y en el puño izquierdo cubierto con su guante llevaba un neblí encaperuzado. Registrando ambas orillas del camino, pero atento a su voz y señales, iba un sabueso de hermosa raza. Este hombre tenía un cuerpo enjuto y flexible, una fisonomía viva y atezada, y en todo su porte y movimientos revelaba su ocupación y oficio de montero.

Frisaba el segundo en los treinta y seis años, y era el reverso de la medalla, pues a una fisonomía abultada y de poquísima expresión, reunía un cuerpo macizo y pesado, cuyos contornos de suyo poco airosos, comenzaba a borrar la obesidad. El aire de presunción con que manejaba un soberbio potro andaluz en que iba caballero, y la precisión con que le obligaba a todo género de movimientos, le daban a conocer como picador o palafrenero, y el tercero, por último, que montaba un buen caballo de guerra e iba un poco más lujosamente ataviado, era un mozo de presencia muy agradable, de gran soltura y despejo, de fisonomía un tanto maliciosa y en la flor de sus años. Cualquiera le hubiera señalado sin dudar porque era el escudero o paje de lanza de algún señor principal.

Llevaban los tres conversación muy tirada, y como era natural, hablaban de las cosas de sus respectivos amos, elogiándolos a menudo y entreverando las alabanzas con su capa correspondiente de murmuración.

—Dígote Nuño —decía el palafrenero—, que nuestro amo obra como un hombre, porque eso de dar la hija única y heredera de la casa de Arganza a un hidalguillo de tres al cuarto, pudiendo casarla con un señor tan poderoso, como el conde de Lemos, sería peor que asar la manteca. ¡Miren que era acomodo un señor de Bembibre!

—Pero hombre —replicó el escudero con sorna, aunque no fuesen encaminadas a él las palabras del palafrenero—, ¿qué culpa tiene mi dueño de que la doncella de tu joven señora me ponga mejor cara que a ti para que le trates como a real de enemigo? Hubiérasle pedido a Dios que te diese algo más de entendimiento y te dejase un poco menos de carne, que entonces Martina te miraría con otros ojos, y no vendría a pagar el amo los pecados del mozo.

Encendiose en ira la espaciosa cara del buen palafrenero que, revolviendo el potro, se puso a mirar de hito en hito al escudero. Este por su parte le pagaba en la misma moneda, y además se le reía en las barbas, de manera que sin la mediación del montero Nuño, no sabemos en qué hubiera venido a parar aquel coloquio en mal hora comenzado.

—Mendo —le dijo al picador—, has andado poco comedido al hablar del señor de Bembibre, que es un caballero principal a quien todo el mundo quiere y estima en el país por su nobleza y valor, y te has expuesto a las burlas algo demasadamente pesadas de Millán, que sin duda cuida más de la honra de su señor que de la caridad a que estamos obligados los cristianos.

—Lo que yo digo es que nuestro amo hace muy bien en no dar su hija a don Álvaro Yáñez, y en que *velis nolis* venga a ser condesa de Lemos y señora de media Galicia.

—No hace bien tal —repuso el juicioso montero—, porque, sobre no tener doña Beatriz en más estima al tal conde que yo a un halcón viejo y ciego, si algo le lleva de ventaja al señor de Bembibre en lo tocante a bienes, también se le queda muy atrás en virtudes y buenas prendas, y sobre todo en la voluntad de nuestra joven señora que por cierto ha mostrado en la elección algo más discernimiento que tú.

—El señor de Arganza, nuestro dueño, a nada se ha obligado —replicó Mendo—, y así que don Álvaro se vuelva por donde ha venido y toque soleta en busca de su madre gallega.

—Cierto es que nuestro amo no ha empeñado palabra ni soltado prenda, a lo que tengo entendido; pero en ese caso, mal ha hecho en recibir a don Álvaro del mismo modo que si hubiese de ser su yerno, y en permitir que su hija tratase a una persona que a todo el mundo cautiva con su trato y gallardía, y de quien por fuerza se había de enamorar una doncella de tanta discreción y hermosura como doña Beatriz.

—Pues si se enamoró, que se desenamore —contestó el terco palafrenero—; además, que no dejará de hacerlo en cuanto su padre levante la voz, porque ella es humilde como la tierra, y cariñosa como un ángel, la cuitada.

—Muy descaminado vas en tus juicios —respondió el montero—, yo la conozco mejor que tú porque la he visto nacer; y aunque por bien dará la vida, si la violentan y tratan mal, solo Dios puede con ella.

—Pero hablando ahora sin pasión y sin enojo —dijo Millán metiendo baza—, ¿qué te ha hecho mi amo, Mendo, que tan enemigo suyo te muestras? Nadie, que yo sepa, habla así de él en esta tierra, sino tú.

—Yo no le tengo tan mala voluntad —contestó Mendo—, y si no hubiera parecido por acá el de Lemos, lo hubiera visto con gusto hacerse dueño del cotarro en nuestra casa, pero ¿qué quieres, amigo? Cada uno arrima el ascua a su sardina, y conde por señor nadie lo trueca.

—Pero mi amo, aunque no sea conde, es noble y rico, y lo que es más, sobrino del maestro de los templarios y aliado de la Orden.

—Valientes herejes y hechiceros —exclamó entre dientes Mendo.

—¿Quieres callar, desventurado? —le dijo Nuño en voz baja, tirándole del brazo con ira— Si te lo llegasen a oír, serían capaces de asparte como a San Andrés.

—No hay cuidado —replicó Millán, a cuyo listo oído no se había escapado una sola palabra, aunque dichas en voz baja—. Los criados de don Álvaro nunca fueron espías, ni mal intencionados, a Dios gracias; que al cabo, los que andan alrededor de los caballeros siempre procuran parecéseles.

—Caballero es también el de Lemos, y más de una buena acción ha hecho.

—Sí —respondió Millán—, con tal que haya ido delante de gente para que la pregonen enseguida. ¿Pero sería capaz tu ponderado conde de hacer por su mismo padre lo que don Álvaro hizo por mí?

—¿Qué fue ello? —preguntaron a la vez los dos compañeros.

—Una cosa que no se me caerá a dos tirones de la memoria. Pasábamos el puente viejo de Ponferrada, que como sabéis no tiene barandillas, con una tempestad deshecha, y el río iba de monte a monte bramando como el mar; de repente revienta una nube, pasa una centella por delante de mi palafreño; encabritase este, ciego con el resplandor, y sin saber cómo, ni cómo no, ¡paf!, ambos vamos al río de cabeza. ¿Qué os figuráis que hizo don Álvaro? Pues señor, sin encomendarse a Dios ni al diablo, metió las espuelas a su caballo y se tiró al río tras de mí. En poco estuvo que los dos no nos ahogamos. Por fin mi jaco se fue por el río abajo, y yo, medio

atolondrado, salí a la orilla, porque él tuvo buen cuidado de llevarme agarrado de los pelos. Cuando me recobré, a la verdad no sabía cómo darle las gracias, porque se me puso un nudo en la garganta y no podía hablar; pero él que lo conoció se sonrió y me dijo: «Vamos hombre, bien está; todo ello no vale nada; sosiégate, y calla lo que ha pasado, porque si no, puede que te tengan por mal jinete».

—Gallardo lance, por vida mía —exclamó Mendo con un entusiasmo que apenas podía esperarse de sus anteriores prevenciones, y de su linfático temperamento—, ¡y sin perder los estribos! ¡Ah, buen caballero! ¡Lléveme el diablo si una acción como esta no vale casi tanto como el mejor condado de España! Pero a bien —continuó como reportándose— que si no hubiera sido por su soberbio *Almanzor*, Dios sabe lo que le hubiera sucedido... ¡Son muchos los animales! —continuó, acariciando el cuello de su potro con una satisfacción casi paternal—. Y di, Millán, ¿qué fue del tuyo, por último?, ¿se ahogó el pobrecillo?

—No —respondió Millán—, fue a salir un buen trecho más abajo y allí le cogió un esclavo moro del Temple que había ido a Pajariel por leña, pero el pobre animal había dado tantos golpes y encontrones que en más de tres meses no fue bueno.

Con estas y otras llegaron al pueblo de Arganza, y se apearon en la casa solariega de su señor, el ilustre don Alonso Ossorio.





Capítulo II

Algo habrán columbrado ya nuestros lectores de la situación en que a la sazón se encontraba la familia de Arganza y el señor de Bembibre, merced a la locuacidad de sus respectivos criados. Sin embargo, por más que las noticias que les deben no se aparten en el fondo de la verdad, son tan incompletas, que nos obligan a entrar en nuevos pormenores esenciales, en nuestro entender, para explicar los sucesos de esta lamentable historia.

Don Alonso Ossorio, señor de Arganza, había tenido dos hijos y una hija; pero de los primeros murió uno antes de salir de la infancia, y el otro murió peleando como bueno en su primera campaña contra los moros de Andalucía. Así pues, todas sus esperanzas habían venido a cifrarse en su hija doña Beatriz, que entonces tenía pocos años, pero que ya prometía tanta belleza como talento y generosa índole. Había en su carácter una mezcla de la energía que distinguía a su padre y de la dulzura y melancolía de doña Blanca de Balboa, su madre, santa señora cuya vida había sido un vivo y constante ejemplo de bondad, de resignación y de piedad cristiana. Aunque con la pérdida temprana de sus dos hijos su complexión, harto delicada por desgracia, se había arruinado enteramente, no fue esto obstáculo para que en la crianza esmerada de su hija emplease su instrucción poco común en aquella época, y fecundase las felices disposiciones de que la había dotado pródigamente la naturaleza. Sin más esperanza que aquella criatura tan querida y hermosa, sobre ella amontonaba su ternura, todas las ilusiones del deseo y los sueños del porvenir. Así crecía doña Beatriz como una azucena gentil y fragante al calor del cariño maternal, defendida por el nombre y poder de su padre y cercada por todas partes del respeto y amor de sus vasallos, que contemplaban en ella una medianera segura para aliviar sus males y una constante dispensadora de beneficios.

Los años, en tanto, pasaban rápidos como suelen, y con ellos voló la infancia de aquella joven tan noble, agraciada y rica, a quien por lo mismo pensó buscar su padre un esposo digno de su clase y de elevadas prendas. En El Bierzo entonces no había más que dos casas cuyos estados y vasallos estuviesen al nivel: una, la de Arganza; otra, la de la antigua familia de los Yáñez, cuyos dominios comprendían la fértil ribera de Bembibre y la mayor parte de las montañas comarcanas. Este linaje había dado dos

maestros a la Orden del Temple y era muy honrado y acatado en el país. Por una rara coincidencia a la manera que el apellido Ossorio pendía de la frágil existencia de una mujer, el de Yáñez estaba vinculado en la de un solo hombre, no menos frágil y deleznable en aquellos tiempos de desdicha y turbulencias. Don Álvaro Yáñez y su tío don Rodrigo, maestro del Temple en Castilla, eran los dos únicos miembros que quedaban de aquella raza ilustre y numerosa; rama seca y estéril el uno, por su edad y sus votos, y vástago el otro lleno de savia y lozanía que prometía larga vida y sazonados frutos. Don Álvaro había perdido de niño a sus padres, y su tío, a la sazón comendador de la Orden, le había criado como cumplía a un caballero tan principal, teniendo la satisfacción de ver coronados sus trabajos y solicitud con el éxito más brillante. Había hecho su primera campaña en Andalucía, bajo las órdenes de don Alonso Pérez de Guzmán, y a su vuelta trajo una reputación distinguida, principalmente a causa de los esfuerzos que hizo para salvar al infante don Enrique de manos de la morisma. Por lo demás, la opinión en que según nuestros conocidos del capítulo anterior le tenía el país, y el rasgo contado por su escudero, darán a conocer mejor que nuestras palabras su carácter caballeresco y generoso.

El influjo superior de los astros parecía por todas estas razones confundir el destino de estos dos jóvenes, y sin embargo debemos confesar que don Alonso tuvo que vencer una poderosa repugnancia para entrar en semejante plan. La estrecha alianza que los Yáñez tuvieron siempre asentada con la Orden del Temple, estuvo mil veces para desbaratar este proyecto de que iba a resultar el engrandecimiento de dos casas esclarecidas y la felicidad de dos personas universalmente estimadas.

Los templarios habían llegado a su periodo de riqueza y decadencia, y su orgullo era verdaderamente insoportable a la mayor parte de los señores independientes. El de Arganza lo había experimentado más de una vez, y devorado su cólera en silencio, porque la Orden dueña de los castillos del país podía burlarse de todos, pero su despecho se había convertido en odio hacia aquella milicia tan valerosa como sin ventura. Afortunadamente, ascendió a maestro provincial de Castilla don Rodrigo Yáñez, y su carácter templado y prudente enfrenó las demasías de varios caballeros y logró conciliarse la amistad de muchos señores vecinos descontentos. De este número fue el primero don Alonso, que no pudo resistirse a la cortés y delicada conducta del maestro, y sin reconciliarse por entero con la Orden, acabó por trabar con él sincera amistad. En ella se cimentó el proyecto de

entronque de ambas casas, si bien el señor de Arganza no pudo acallar el desasosiego que le causaba la idea de que algún día sus deberes de vasallo podrían obligarle a pelear contra una Orden, objeto ya de celos y de envidia, pero de cuya alianza no permitía apartarse el honor a su futuro yerno. Comoquiera, el poder de los templarios y la poca fortaleza de la corona parecían alejar indefinidamente semejante contingencia, y no parecía cordura sacrificar a estos temores la honra de su casa y la ventura de su hija.

Bien hubiera deseado don Alonso, y, aun el maestre, que semejante enlace se hubiese llevado a cabo prontamente, pero doña Blanca, cuyo corazón era todo ternura y bondad, no quería abandonar a su hija única en brazos de un hombre desconocido hasta cierto punto para ella; porque creía, y con harta razón, que el conocimiento recíproco de los caracteres y la consonancia de los sentimientos son fiadores más seguros de la paz y dicha doméstica que la razón de estado y los cálculos de la conveniencia. Doña Blanca había penado mucho con el carácter duro y violento de su esposo, y deseaba ardientemente excusar a su hija los pesares que habían acibarado su vida. Así pues, tanto importunó y rogó, que al fin hubo de recabar de su noble esposo que ambos jóvenes se trataran y conociesen sin saber el destino que les guardaban. ¡Solicitud funesta, que tan amargas horas preparaba para todos!

Este fue el principio de aquellos amores cuya espléndida aurora debía muy en breve convertirse en un día de duelo y de tinieblas. Al poco tiempo comenzó a formarse en Francia aquella tempestad en medio de la cual desapareció por último la famosa caballería del Temple. Iguales nubarrones asomaron en el horizonte de España, y entonces los temores del señor de Arganza se despertaron con increíble ansiedad, pues hartó conocía que don Álvaro era incapaz de abandonar en la desgracia a los que habían sido sus amigos en la fortuna, y según el giro que parecía tomar aquel ruidoso proceso, no era imposible que su familia llegase a presentar el doloroso espectáculo que siempre afea las luchas civiles. A este motivo, que en el fondo no estaba desnudo de razón ni de cordura, se había agregado otro, por desgracia más poderoso, pero de todo punto contrario a la nobleza que hasta allí no había dejado de resplandecer en las menores acciones de don Alonso. El conde de Lemos había solicitado la mano de doña Beatriz por medio del infante don Juan, tío del rey don Fernando el IV, con quien unían a don Alonso relaciones de obligación y amistad desde su efímero

reinado en León; y atento solo a la ambición de entroncar su linaje con uno tan rico y poderoso, olvidó sus pactos con el maestro del Temple y no vaciló en el propósito de violentar a su hija, si necesario fuese para el logro de sus deseos.

Tal era el estado de las cosas en la tarde que los criados de don Alonso y el escudero de don Álvaro volvían de la feria de Cacabelos. El señor de Bembibre y doña Beatriz, en tanto, estaban sentados en el hueco de una ventana de forma apuntada, abierta por lo delicioso del tiempo, que alumbraba a un aposento espléndidamente amueblado y alhajado. Era ella de estatura aventajada, de proporciones esbeltas y regulares, blanca de color, con ojos y cabello negros y un perfil griego de extraordinaria pureza. La expresión habitual de su fisonomía manifestaba una dulzura angelical, pero en su boca y en su frente cualquier observador mediano hubiera podido descubrir indicios de un carácter apasionado y enérgico. Aunque sentada, se conocía que en su andar y movimientos debían reinar a la vez el garbo, la majestad y el decoro, y el rico vestido bordado de flores con colores muy vivos que la cubría, realzaba su presencia llena de naturales atractivos.

Don Álvaro era alto, gallardo y vigoroso, de un moreno claro, ojos y cabello castaños, de fisonomía abierta y noble, y sus facciones de una regularidad admirable. Tenía la mirada penetrante, y en sus modales se notaba gran despejo y dignidad al mismo tiempo. Traía calzadas unas grandes espuelas de oro, espada de rica empuñadura y pendiente del cuello un cuerno de caza primorosamente embutido de plata, que resaltaba sobre su exquisita ropilla oscura, guarnecida de finas pieles. En una palabra, era uno de aquellos hombres que en todo descubren las altas prendas que los adornan, y que involuntariamente cautivan la atención y simpatía de quien los mira.

Estaba poniéndose el sol detrás de las montañas que parten términos entre El Bierzo y Galicia, y las revestía de una especie de aureola luminosa que contrastaba peregrinamente con sus puntos oscuros. Algunas nubes de formas caprichosas y mudables sembradas acá y acullá por un cielo hermoso y purísimo, se teñían de diversos colores según las herían los rayos del sol. En los sotos y huertas de la casa estaban floridos todos los rosales y la mayor parte de los frutales, y el viento que los movía mansamente venía como embriagado de perfumes. Una porción de ruiseñores y jilguerillos cantaban melodiosamente, y era difícil imaginar una tarde más deliciosa.

Nadie pudiera creer, en verdad, que en semejante teatro iba a representarse una escena tan dolorosa.

Doña Beatriz clavaba sus ojos errantes y empañados de lágrimas ora en los celajes del ocaso, ora en los árboles del soto, ora en el suelo; y, don Álvaro, fijos los suyos en ella de hito en hito, seguía con ansia todos sus movimientos. Ambos jóvenes estaban en un embarazo doloroso sin atreverse a romper el silencio. Se amaban con toda la profundidad de un sentimiento nuevo, generoso y delicado, pero nunca se lo habían confesado. Los afectos verdaderos tienen un pudor y reserva característicos, como si el lenguaje hubiera de quitarles su brillo y limpieza. Esto cabalmente es lo que había sucedido con don Álvaro y doña Beatriz, que, embebecidos en su dicha, jamás habían pensado en darle nombre ni habían pronunciado la palabra amor. Y sin embargo, esta dicha parecía irse con el sol que se ocultaba detrás del horizonte, y era preciso apartar de delante de los ojos aquel prisma falaz que hasta entonces les había presentado la vida como un delicioso jardín.

Don Álvaro, como era natural, fue el primero que habló.

—¿No me diréis, señora —preguntó con voz grave y melancólica—, qué da a entender el retraimiento de vuestro padre y mi señor para conmigo? ¿Será verdad lo que mi corazón me está presagiando desde que han empezado a correr ciertos ponzoñosos rumores sobre el conde de Lemos? ¿De cierto, de cierto pensarían en apartarme de vos? —continuó, poniéndose en pie con un movimiento muy rápido.

Doña Beatriz bajó los ojos y no respondió.

—¡Ah!, ¿conque es verdad? —continuó el apesorado caballero—; ¿y lo será también —añadió con voz trémula— que han elegido vuestra mano para descargarme el golpe?

Hubo entonces otro momento de silencio, al cabo del cual doña Beatriz levantó sus hermosos ojos bañados en lágrimas, y dijo con una voz tan dulce como dolorida:

—También es cierto.

—Escuchadme, doña Beatriz —repuso él, procurando serenarse—. Vos no sabéis todavía cómo os amo, ni hasta qué punto sojuzgáis y avasalláis mi alma. Nunca hasta ahora os lo había dicho... ¿para qué había de hacer una declaración que el tono de mi voz, mis ojos y el menor de mis ademanes estaban revelando sin cesar? Yo he vivido en el mundo solo y sin familia, y este corazón impetuoso no ha conocido las caricias de una madre ni las

dulzuras del hogar doméstico. Como un peregrino he cruzado hasta aquí el desierto de mi vida; pero cuando he visto que vos erais el santuario adonde se dirigían mis pasos inciertos, hubiera deseado que mis penalidades fuesen mil veces mayores para llegar a vos purificado y lleno de merecimientos. Era en mí demasiada soberbia querer subir hasta vos, que sois un ángel de luz, ahora lo veo; ¿pero quién, quién, Beatriz, os amaré en el mundo más que yo?

—¡Ah!, ninguno, ninguno —exclamó doña Beatriz, retorciéndose las manos y con un acento que partía las entrañas.

—Y sin embargo, ¡me apartan de vos! —continuó don Álvaro—. Yo respetaré siempre a quien es vuestro padre; nadie daría más honra a su casa que yo, porque desde que os amo se han desenvuelto nuevas fuerzas en mi alma, y toda la gloria, todo el poder de la tierra me parece poco para ponerlo a vuestros pies. ¡Oh Beatriz, Beatriz!, cuando volví de Andalucía, honrado y alabado de los más nobles caballeros, yo amaba la gloria porque una voz secreta parecía decirme que algún día os adornaríais con sus rayos, pero sin vos, que sois la luz de mi camino, ¡me despeñaré en el abismo de la desesperación y me volveré contra el mismo cielo!

—¡Oh, Dios mío! —murmuró doña Beatriz—, ¿en esto habían de venir a parar tantos sueños de ventura y tan dulces alegrías?

—Beatriz —exclamó don Álvaro—, si me amáis, si por vuestro reposo mismo miráis, es imposible que os conforméis en llevar una cadena que sería mi perdición y acaso la vuestra.

—Tenéis razón —contestó ella haciendo esfuerzos para serenarse—. No seré yo quien arrastre esa cadena, pero ahora que por vuestra ventura os hablo por la última vez y que Dios lee en mi corazón, yo os revelaré su secreto. Si no os doy el nombre de esposo al pie de los altares y delante de mi padre, moriré con el velo de las vírgenes; pero nunca se dirá que la única hija de la casa de Arganza mancha con una desobediencia el nombre que ha heredado.

—¿Y si vuestro padre os obligase a darle la mano?

—Mal le conocéis; mi padre nunca ha usado conmigo de violencia.

—¡Alma pura y candorosa, que no conocéis hasta dónde lleva a los hombres la ambición! Y si vuestro padre os hiciese violencia, ¿qué resistencia le opondrías?

—Delante del mundo entero diría: ¡no!

—¿Y tendríais valor para resistir la idea del escándalo y el bochorno de vuestra familia?

Doña Beatriz rodeó la cámara con unos ojos vagarosos y terribles, como si padeciese una violenta convulsión, pero luego se recobró casi repentinamente, y respondió:

—Entonces pediría auxilio al Todopoderoso, y él me daría fuerzas; pero, lo repito, o vuestra o suya.

El acento con que fueron pronunciadas aquellas cortas palabras descubría una resolución que no había fuerzas humanas para torcer. Quedose don Álvaro contemplándola como arrobado algunos instantes, al cabo de los cuales le dijo con profunda emoción:

—Siempre os he reverenciado y adorado, señora, como a una criatura sobrehumana, pero hasta hoy no había conocido el tesoro celestial que en vos se encierra. Perderos ahora sería como caer del cielo para arrastrarse entre las miserias de los hombres. La fe y la confianza que en vos pongo es ciega y sin límites, como la que ponemos en Dios en la hora de la desdicha.

—Mirad —respondió ella señalando el ocaso—, el sol se ha puesto, y es hora ya de que nos despedamos. Id en paz y seguro, noble don Álvaro, que si pueden alejaros de mi vista no les será tan llano avasallar mi albedrío.

Con esto el caballero se inclinó, le besó la mano con mudo ademán, y salió de la cámara a paso lento. Al llegar a la puerta volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con los de doña Beatriz, para trocar una larga y dolorosa mirada, que no parecía sino que había de ser la última. Enseguida se encaminó aceleradamente al patio donde su fiel Millán tenía del diestro al famoso *Almanzor*, y subiendo sobre él salió como un rayo de aquella casa, donde ya solo pensaba en él una desdichada doncella, que en aquel momento, a pesar de su esfuerzo, se deshacía en lágrimas amargas.



Capítulo III

Cuando don Álvaro dejó el palacio de Arganza, entre el tumulto de sentimientos que se disputaban su alma, había uno que cuadraba muy bien con su despecho y amargura, y que de consiguiente a todos se sobreponía. Era este retar a combate mortal al conde Lemos, y apartar de este modo el obstáculo más poderoso de cuantos mediaban entre él y doña Beatriz a la sazón. Aquel mismo día le había dejado en Cacabelos, con ánimo al parecer de pasar allí la noche, y de consiguiente este fue el camino que tomó; pero su escudero, que en lo inflamado de sus ojos, en sus ademanes prontos y violentos y en su habla dura y precipitada, conocía cuál podía ser su determinación después de la anterior entrevista, cuyo sentido no se ocultaba a su penetración, le dijo en voz bastante alta:

—Señor, el conde no está ya en Cacabelos, porque esta tarde, antes de salir yo, llegó un correo del rey y le entregó un pliego que le determinó a emprender con la mayor diligencia la vuelta de Lemos.

Don Álvaro, en medio de la agitación en que se encontraba, no pudo ver sin enojo que el buen Millán se entrometiese de aquella suerte en sus secretos pensamientos; así es que le dijo con rostro torcido:

—¿Quién le mete al señor villano en el ánimo de su señor?

Millán aguantó la descarga, y don Álvaro, como hablando consigo propio, continuó:

—Sí, sí, un correo de la corte... y salir después con tanta priesa para Galicia... Sin duda, camina adelante la trama infernal... Millán —dijo enseguida, con un tono de voz enteramente distinto del primero—, acércate y camina a mi lado. Ya nada tengo que hacer en Cacabelos, y esta noche la pasaremos en el castillo de Ponferrada —dijo torciendo el caballo y mudando de camino—, pero mientras que allí llegamos quiero que me digas qué rumores han corrido por la feria acerca de los caballeros templarios.

—¡Extraños, por vida mía, señor! —le replicó el escudero—, dicen que hacen cosas terribles y ceremonias de gentiles, y que el Papa los ha descomulgado allá en Francia, y que los tienen presos y piensan castigarles, y en verdad que si es cierto lo que cuentan sería muy bien hecho, porque más son proezas de judíos y gentiles que de caballeros cristianos.

—¿Pero qué cosas y qué proezas son esas?

—Dicen que adoran un gato y le rinden culto como a Dios, que reniegan de Cristo, que cometen mil torpezas, y que por pacto que tienen con el diablo hacen oro, con lo cual están muy ricos; pero todo esto lo dicen mirando a los lados y muy callandito, porque todos tienen más miedo al Temple que al enemigo malo.

Tras de esto, el buen escudero comenzó a ensartar todas las groseras calumnias que en aquella época de credulidad y de ignorancia se inventaban para minar el poder del Temple, y que ya habían comenzado a producir en Francia tan tremendos y atroces resultados. Don Álvaro, que pensando descubrir algo de nuevo en tan espinoso asunto había escuchado al principio con viva atención, cayó al cabo de poco tiempo en las cavilaciones propias de su situación y dejó charlar a Millán, que no por su agudeza y rico ingenio estaba exento de la común ignorancia y superstición. Solo, sí, al llegar al puente sobre el Sil, que por las muchas barras de hierro que tenía dio a la villa el nombre de *Ponsferrata* con que en las antiguas escrituras se la distingue, le advirtió severamente que en adelante no solo hablase con más comedimiento, sino que pensase mejor de una Orden con quien tenía asentadas alianza y amistad y no acogiese las hablillas de un vulgo necio y malicioso. El escudero se apresuró a decir que él contaba lo que había oído, pero que nada de ello creía, en lo cual no daba por cierto un testimonio muy relevante de veracidad; y en esto llegaron a la barbacana del castillo. Tocó allí don Álvaro su cuerno, y después de las formalidades de costumbre, porque en la milicia del Temple se hacía el servicio con la más rigurosa disciplina, se abrió la puerta, cayó enseguida el puente levadizo, y amo y escudero entraron en la plaza de armas.

Todavía se conserva esta hermosa fortaleza, aunque en el día solo sea ya el cadáver de su grandeza antigua. Su estructura tiene poco de regular porque a un fuerte antiguo de formas macizas y pesadas se añadió por los templarios un cuerpo de fortificaciones más moderno, en que la solidez y la gallardía corrían parejas, con lo cual quedó privada de armonía, pero su conjunto todavía ofrece una masa atrevida y pintoresca. Está situado sobre un hermoso altozano desde el cual se registra todo El Bierzo bajo, con la infinita variedad de sus accidentes, y el Sil que corre a sus pies para juntarse con el Boeza un poco más abajo, parece rendirle homenaje.

Ahora ya no queda más del poderío de los templarios que algunos versículos sagrados inscritos en lápidas, tal cual símbolo de sus ritos y ceremonias y la cruz famosa, terror de los infieles; sembrado todo aquí y acullá en aquellas fortísimas murallas; pero en la época de que hablamos era este castillo una buena muestra del poder de sus poseedores. Don Álvaro dejó su caballo en manos de unos esclavos africanos y acompañado de dos aspirantes subió a la sala maestra, habitación magnífica con el techo y paredes escaqueados de encarnado y oro, con ventanas arabescas, entapizada de alfombras orientales y toda ella como pieza de aparato, adornada con todo el esplendor correspondiente al jefe temporal y espiritual de una Orden tan famosa y opulenta.

Los aspirantes dejaron al caballero a la puerta, después del acostumbrado *benedicite*, y uno que hacía la guardia en la antecámara le introdujo al aposento de su tío. Era este un anciano venerable, alto y flaco de cuerpo, con barba y cabellos blancos, y una expresión ascética y recogida, si bien templada por una benignidad grandísima. Comenzaba a encorvarse bajo el peso de los años, pero bien se echaba de ver que el vigor no había abandonado aún aquellos miembros acostumbrados a las fatigas de la guerra y endurecidos en los ayunos y viglias. Vestía el hábito blanco de la Orden y exteriormente apenas se distinguía de un simple caballero.

El golpe que parecía amagar al Temple, y por otra parte los disgustos que, según de algún tiempo atrás iba viendo claramente, debían abrumar a aquel sobrino querido, último retoño de su linaje, esparcían en su frente una nube de tristeza y daban a su fisonomía un aspecto todavía más grave.

El maestre, que había salido al encuentro de don Álvaro, después de haberle abrazado con un poco más de emoción de la acostumbrada, le llevó a una especie de celda en que de ordinario estaba y cuyos muebles y atavíos revelaban aquella primitiva severidad y pobreza en cuyos brazos habían dejado a la Orden Hugo de Paganis y sus compañeros y de que eran elocuente emblema los dos caballeros montados en un mismo caballo.

Don Rodrigo, así por el puesto que ocupaba como por la austeridad peculiar a su carácter, quería dar este ejemplo de humildad y modestia. Sentáronse entrambos en taburetes de madera a una tosca mesa de nogal sobre la cual ardía una lámpara enorme de cobre, y don Álvaro hizo al anciano una prolija relación de todo lo acaecido, que este escuchó con la mayor atención.

—En todo eso —respondió por último— estoy viendo la mano del que degolló al niño Guzmán delante de los adarves de Tarifa, y a la vista de su padre. El conde de Lemos está ligado con él y otros señores que sueñan con la ruina del Temple para adornarse con sus despojos, y temiendo que tu enlace con una señora tan poderosa en tierras y vasallos aumentaría nuestras fuerzas harto temibles ya para ellos en este país, han adulado la ambición de don Alonso, y puesto en ejecución todas sus malas artes para separarnos. ¡Pobre doña Beatriz! —añadió con melancolía—, ¿quién le dijera a su piadosa madre, cuando con tanto afán y solicitud la criaba, que su hija había de ser el premio de una cábala tan ruin?

—Pero señor —repuso don Álvaro—, ¿creéis que el señor de Arganza se hará sordo a la voz del honor y de la naturaleza?

—A todo, hijo mío —contestó el templario—. La vanidad y la ambición secan las fuentes del alma, y con ellas se aparta el hombre de Dios, de quien viene la virtud y la verdadera nobleza.

—¿Pero no hay entre vos y él algún pacto formal?

—Ninguno. Menguado fue tu sino desde la cuna, don Álvaro, pues de otra suerte no sucedería que doña Blanca, que en tan alta estima te tiene, fuese causa ahora de tu pesar. Ella se opuso al principio a vuestra unión porque quiso que su hija te conociese antes de darte su mano, y don Alonso, doblegando por la primera vez su carácter altanero, cedió a las solicitudes de su esposa. Así pues, aunque su conciencia le condene, a nada podemos obligarle por nuestra parte.

—Conque, es decir —exclamó don Álvaro—, que no me queda más camino que el que la desesperación me señale.

—Te queda la confianza en Dios y en tu propio honor, de que a nadie le es dado despojarte —respondió el maestre con voz grave entre severa y cariñosa—. Además —continuó con más sosiego—, todavía hay medios humanos que tal vez sean poderosos a desviar a don Alonso de la senda de perdición por donde quiere llevar a su hija. Yo no le hablaré sino como postrer recurso, porque a pesar de mi prudencia tal vez se encontraría el odio de que nuestra noble Orden va siendo objeto, pero mañana irás a Carracedo y entregarás una carta al abad de mi parte. Su carácter espiritual podrá darle alguna influencia sobre el orgulloso señor de Arganza, y espero que si se lo pido no se lo negará a un hermano suyo. Su Orden y la mía nacieron en el seno de San Bernardo, y de la santidad de su corazón recibieron sus primeros preceptos. Dichosos tiempos en que seguíamos la

bandera del capitán invisible en demanda de un reino que no era de este mundo.

Don Álvaro, al oírle, se abochornó un poco, viendo que en el egoísmo de su dolor se había olvidado de los pesares y zozobras que como una corona de espinas rodeaban aquella cana y respetable cabeza. Comenzó entonces a hablarle de los rumores que circulaban, y el anciano, apoyándose en su hombro, bajó la escalera y le llevó al extremo de la gran plaza de armas cuyos muros dan al río.

La noche estaba sosegada y la luna brillaba en mitad de los cielos azules y transparentes. Las armas de los centinelas vislumbraban a sus rayos despidiendo vivos reflejos al moverse, y el río, semejante a una franja de plata, corría al pie de la colina con un rumor apagado y sordo. Los bosques y montañas estaban revestidos de aquellas formas vagas y suaves con que suele envolver la luna semejantes objetos, y todo concurría a desenvolver aquel germen de melancolía que las almas generosas encuentran siempre en el fondo de sus sentimientos. El maestro se sentó en un asiento de piedra que había a cada lado de las almenas y su sobrino ocupó el de enfrente.

—Tú crearás tal vez, hijo mío —le dijo—, que el poder de los templarios, que en Castilla poseen más de veinticuatro encomiendas, sin contar otros muchos fuertes de menos importancia; en Aragón ciudades enteras, y en toda la Europa más de nueve mil casas y castillos, es incontrastable, y que harto tiene la Orden en que fundar el orgullo y altanería con que generalmente se le da en rostro.

—Así lo creo —respondió su sobrino.

—Así lo creen los más de los nuestros —contestó el maestro—, y por eso el orgullo se ha apoderado de nosotros, el orgullo que perdió al primer hombre y perderá a tantos de sus hijos. En Palestina hemos respondido con el desdén y la soberbia a las quejas y envidia de los demás, y el resultado ha sido perder la Palestina, nuestra patria, nuestra única y verdadera patria. ¡Oh Jerusalén, Jerusalén!, ciudad de perfecto decoro, ¡alegría de toda la tierra! —exclamó con voz solemne—, ¡en ti se quedó la fuerza de nuestros brazos, y al dejar a San Juan de Acre, exhalamos el último suspiro! Desde entonces, peregrinos en Europa, rodeados de rivales poderosos que codician nuestros bienes, corrompidas nuestras humildes y modestas costumbres primitivas, el mundo todo se va concitando en daño nuestro, y hasta la tiara que siempre nos ha servido de escudo parece inclinarse del lado de nuestros enemigos. Nuestros hermanos gimen ya en Francia en los

calabozos de Felipe, y Dios sabe el fin que les espera, pero ¡que se guarden! —exclamó con voz de trueno—, allí nos han sorprendido, pero aquí y en otras partes aprestados nos encontrarán a la pelea. El Papa podrá disolver nuestra hermandad y esparcirnos por la haz de la tierra, como el pueblo de Israel; pero para condenarnos nos tendrá que oír, y el Temple no irá al suplicio bajo la vara de ninguna potestad temporal como un rebaño de carneros.

Los ojos del maestre parecían lanzar relámpagos y su fisonomía estaba animada de un fuego y energía que nadie hubiera creído compatible con sus cansados años.

El Temple tenía un imán irresistible para todas las imaginaciones ardientes por su misteriosa organización y por el espíritu vigoroso y compacto que vigorizaba a un tiempo el cuerpo y los miembros de por sí. Tras de aquella hermandad tan poderosa y unida, difícil era, y sobre todo a la inexperiencia de la juventud, divisar más que robustez y fortaleza indestructible, porque en semejante edad nada se cree negado al valor y a la energía de la voluntad; así es que don Álvaro no pudo menos de replicar.

—Tío y señor, ¿ese creéis que sea el premio reservado por el Altísimo a la batalla de dos siglos que habéis sostenido por el honor de su nombre? ¿Tan apartado le imagináis de vuestra casa?

—Nosotros somos —contestó el anciano— los que nos hemos desviado de él, y por eso nos vamos convirtiendo en la piedra de escándalo y de reprobación. ¡Y yo —continuó con la mayor amargura— moriré lejos de los míos, sin ampararlos con el escudo de mi autoridad, y la corona de mis cansados días será la soledad y el destierro! Hágase la voluntad de Dios, pero cualquiera que sea el destino reservado a los templarios, morirán como han vivido, fieles al valor y ajenos a toda indigna flaqueza.

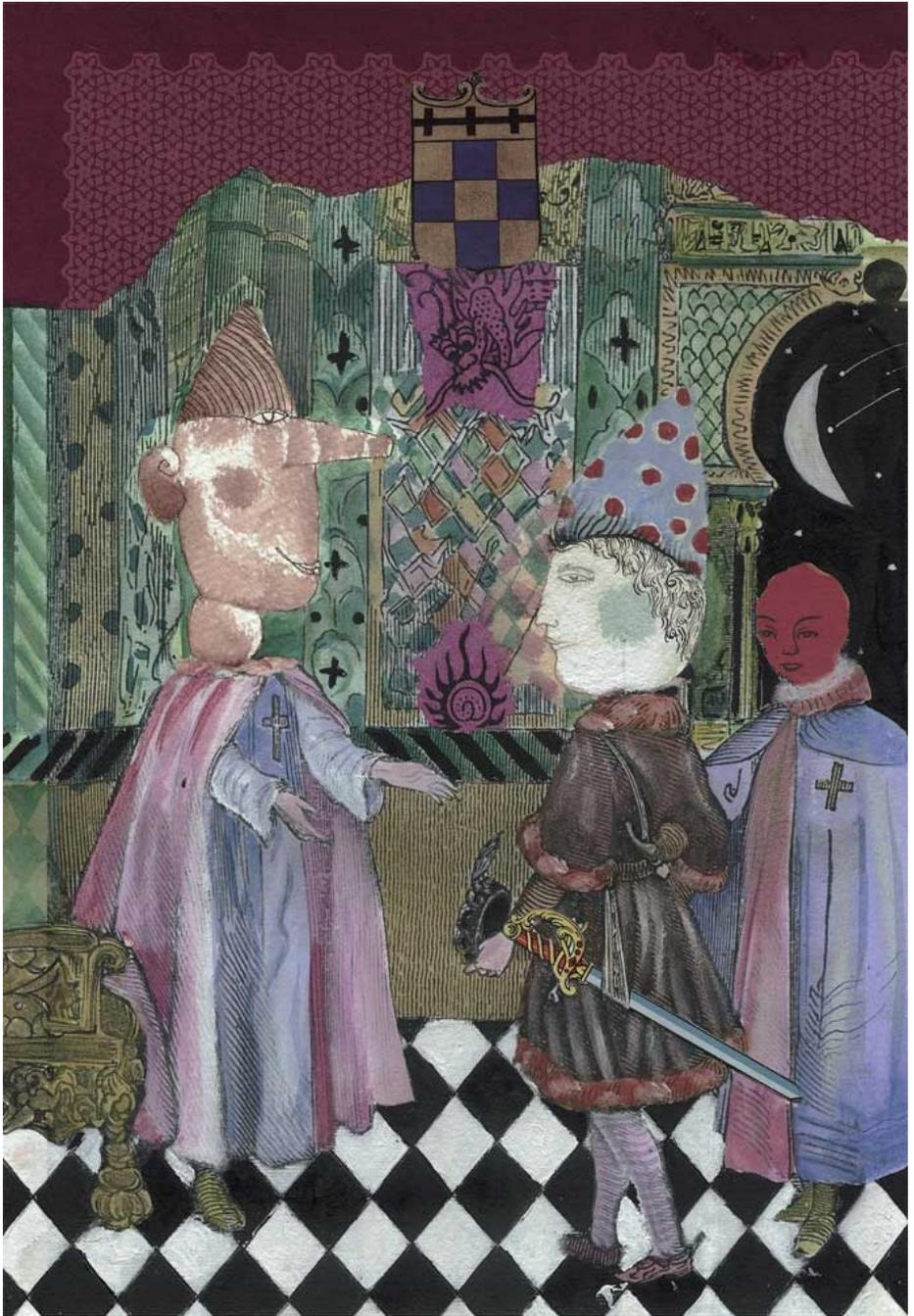
A esta sazón, la campana del castillo anunció la hora del recogimiento, con lúgubres y melancólicos tañidos que, derramándose por aquellas soledades y quebrándose entre los peñascos del río, morían a lo lejos mezclados a su murmullo con un rumor prolongado y extraño.

—La hora de la última oración y del silencio —dijo el maestre—, vete a recoger, hijo mío, y prepárate para el viaje de mañana. Acaso te he dejado ver demasiado las flaquezas que abriga este anciano corazón, pero el Señor también estuvo triste hasta la muerte y dijo: «Padre, si puede ser, pase de mí este cáliz.» Por lo demás, no en vano soy el maestre y padre del Temple

en Castilla, y en la hora de la prueba, nada en el mundo debilitará mi ánimo.

Don Álvaro acompañó a su tío hasta su aposento y después de haberle besado la mano, se encaminó al suyo, donde al cabo de mucho desasosiego se rindió al sueño postrado con las extrañas escenas y sensaciones de aquel día.





Capítulo IV

La caballería del templo de Salomón había nacido en el mayor fervor de las cruzadas, y los sacrificios y austeridades que les imponía su regla, dictada por el entusiasmo y celo ardiente de San Bernardo, les habían granjeado el respeto y aplauso universal. Los templarios, en efecto, eran el símbolo vivo y eterno de aquella generosa idea que convertía hacia el sepulcro de Cristo los ojos y el corazón de toda la cristiandad. En su guerra con los infieles nunca daban ni admitían tregua, ni les era lícito volver las espaldas aun delante de un número de enemigos conocidamente superiores; así es que eran infinitos los caballeros que morían en los campos de batalla. Al desembarcar en el Asia, los peregrinos y guerreros bisoños encontraban la bandera del Temple, a cuya sombra llegaban a Jerusalén sin experimentar ninguna de las zozobras de aquel peligroso viaje. El descanso del monje y la gloria y pompa mundana del soldado les estaban igualmente vedados, y su vida entera era un tejido de fatigas y abnegación. La Europa se había apresurado, como era natural, a galardonar una Orden que contaba en su principio tantos héroes como soldados, y las honras, privilegios y riquezas que sobre ella comenzaron a llover la hicieron en poco tiempo temible y poderosa, en términos de poseer, como decía don Rodrigo, nueve mil casas y los correspondientes soldados y hombres de armas.

Comoquiera, el tiempo que todo lo mina, la riqueza que ensoberbece aun a los humildes, la fragilidad de la naturaleza humana que al cabo se cansa de los esfuerzos sobrenaturales y sobre todo la exasperación causada en los templarios por los desastres de la Tierra Santa, y las rencillas y desavenencias con los hospitalarios de San Juan, llegaron a manchar las páginas de la historia del Temple, limpias y resplandecientes al principio. Desde la altura a que los habían encumbrado sus hazañas y virtudes, su caída fue grande y lastimosa. Por fin, perdieron a San Juan de Acre, y apagado ya el fuego de las cruzadas a cuyo calor habían crecido y prosperado, su estrella comenzó a amortiguarse, y la memoria de sus faltas, la envidia que ocasionaban sus riquezas y los celos que inspiraba su poder fue lo único que trajeron de Palestina, su patria de adopción y de gloria, a la antigua Europa, verdadero campo de soledad y destierro para unos

espíritus acostumbrados al estruendo de la guerra y a la incesante actividad de los campamentos.

A decir verdad, los temores de los monarcas no dejaban de tener su fundamento, porque los caballeros teutónicos acababan de arrojar sobre la Prusia con fuerzas menores y más escaso poder que los templarios, fundando un estado cuyo esplendor y fuerza han ido aumentándose hasta nuestros días. Su número era indudablemente reducido, pero su espíritu altivo y resuelto, su organización fuerte y compacta, su experiencia en las armas y su temible caballería, contrabalanceaban ventajosamente las fuerzas inertes y pesadas que podía oponerles en aquella época la Europa feudal.

Para conjurar todos estos riesgos, imaginó Felipe *el Hermoso*, rey de Francia, la medida, política sin duda, de aspirar al maestrazgo general de la Orden que todavía llevaba el nombre de ultramarino; pero el desaire que recibió, junto con la codicia que le inspiró la vista del tesoro del Temple en los días que le dieron amparo contra una conmoción popular, acabó de determinar su alma vengativa a aquella atroz persecución que tizará eternamente su memoria. El Papa, que como único juez de una corporación eclesiástica debía oponerse a las ilegales invasiones de un poder temporal, no se atrevía a contrariar al rey de Francia, temeroso de ver sujeta a la residencia de un concilio general la vida y memoria de su antecesor Bonifacio, como Felipe con toda vehemencia pretendía. De aquí resultaba que muchas gentes, y en especial los eclesiásticos, que veían la tibieza con que defendía la cabeza de la Iglesia la causa de los templarios, se inclinaban a lo peor, como generalmente sucede, y de este modo las viles y monstruosas calumnias de Felipe cada día adquirían más popularidad y consistencia entre una plebe supersticiosa y feroz.

Aunque entre los templarios españoles la continua guerra con los sarracenos conservaba costumbres más puras y acendradas y daba a su existencia un noble y glorioso objeto de que estaban privados en Francia, también es cierto que los vicios consiguientes a la constitución de la Orden no dejaban de notarse en nuestra patria. Por otra parte, el Temple, en último resultado, era una Orden extranjera cuya cabeza residía en lejanos climas, al paso que a su lado crecían en nombre y reputación las de Calatrava, Alcántara y Santiago, plantas indígenas y espontáneas en el suelo de la caballería española y capaces de llenar el vacío que dejaran sus hermanos en los escuadrones cristianos. Toda comparación, pues, entre unas órdenes y la otra debía perjudicar a la larga a los caballeros del Temple, y por otra parte,

conociendo los estrechos vínculos de su hermandad, difícil era separarlos de la responsabilidad de las acusaciones de la corte de Francia. De manera que los templarios españoles, algo más respetados y un poco menos aborrecidos que los de otros países, no por eso dejaban de ser objeto de la envidia y codicia para los grandes y de aversión para los pequeños, perdiendo sus fuerzas y prestigio en medio de la especie de pestilencia moral que consumía sus entrañas.

Estas reflexiones que, a riesgo de cansar a nuestros lectores, hemos querido hacer para explicar la rápida grandeza y súbita ruina de la Orden del Temple, se habían presentado muchas veces al carácter meditabundo y grave del maestre de Castilla, y sido causa de la melancolía y abstraimiento que en él se notaba de mucho tiempo atrás; pero la mayor parte de sus súbditos lo achacaban a la piedad un poco austera que había distinguido siempre su vida. Don Álvaro, como ya hemos indicado, más ardiente y menos reflexivo, no acertaba a explicarse el desaliento de una persona tan valerosa y cuerda como su tío, y así es que al día siguiente caminaba la vuelta de Carracedo, algo más divertido en sus propias tristezas y zozobras que no preocupado de los riesgos que amenazaban a sus nobles aliados. De la plática que iba a tener con el abad de Carracedo pendían tal vez las más dulces esperanzas de su vida, porque aquel prelado, como confesor de la familia de Arganza, ejercía grande influjo en el ánimo de su jefe. Por otra parte, su poder temporal le daba no poca consideración y preponderancia, porque después de la bailía de Ponferrada, nadie gozaba de más riquezas ni regía mayor número de vasallos que aquel famoso monasterio.

Don Álvaro caminaba, pues, combatido de mil opuestos sentimientos, silencioso y recogido, sin hacer caso, ora por esto, ora por la poca novedad que a sus ojos tenía, del risueño paisaje que se desplegaba alrededor a los primeros rayos del sol de mayo. A su espalda quedaba la fortaleza de Ponferrada; por la derecha se extendía la dehesa de Fuentes Nuevas con sus hermosos collados plantados de viñas que se empinaban por detrás de sus robles; por la izquierda corría el río entre los sotos, pueblos y praderas que esmaltan su bendecida orilla y adornan la falda de las sierras de la Aquiana, y al frente descollaba por entre castaños y nogales, casi cubierta con sus copas y en vergel perpetuo de verdura, la majestuosa mole del monasterio fundado a la margen del Cúa por don Bernardo el Gotoso y reedificado y ensanchado por la piedad de don Alonso el emperador y de su hermana doña Sancha. Cantaban los pájaros alegremente y el aire fresco de la

mañana venía cargado de aromas con las muchas flores silvestres que se abrían para recibir las primeras miradas del padre del día.

¡Delicioso espectáculo, en que un alma descargada de pesares no hubiese dejado de hallar goces secretos y vivos!

Gracias a la velocidad de *Almanzor*, que don Álvaro había ganado en la campaña de Andalucía de un moro principal a quien venció, pronto se halló a la puerta del convento. Guardábanla dos como maceros, más por decoro de la casa que no por custodia o defensa, que hicieron al señor de Bembibre el homenaje correspondiente a su alcurnia, y tirando uno de ellos del cordel de una campana, avisó la llegada de tan ilustre huésped. Don Álvaro se apeó en el patio, y acompañado de dos monjes que bajaron a su encuentro, y de los cuales el más entrado en años le dio el ósculo de paz, pronunciando un versículo de la Sagrada Escritura, se encaminó a la cámara de respeto en que solía recibir el abad a los forasteros de distinción. Era esta la misma donde la infanta doña Sancha, hermana del emperador don Alonso, había administrado justicia a los pueblos del Bierzo, derramando sobre sus infortunios los tesoros de su corazón misericordioso, gracioso aposento con ligeras columnas y arcos arabescos con un techo de primorosos embutidos al cual se subía por una escalera de piedra adornada de un frágil pasamano. Una reducida pero elegante galería le daba entrada, y recibía luz de una cúpula bastante elevada y de algunos calados rosetones, todo lo cual, junto con los muebles ricos pero severos que la decoraban, le daban aspecto majestuoso y grave.

Los religiosos dejaron en esta sala a don Álvaro por espacio de algunos minutos, al cabo de los cuales entró el abad. Era este un monje como de cincuenta años, calvo, de facciones muy marcadas, pero en que se descubría más austeridad y rigor que no mansedumbre evangélica; enflaquecido por los ayunos y penitencias, pero vigoroso aun en sus movimientos. Se conocía a primera vista que su condición austera y sombría, aunque recta y sana, le inclinaba más bien a empuñar los rayos de la religión que no a cubrir con las alas de la clemencia las miserias humanas. A pesar de todo, recibió a don Álvaro con bondad y aun pudiéramos decir con efusión, atendido su carácter, porque le tenía en gran estima; y después de los indispensables comedimientos, se puso a leer la carta del maestre. A medida que la recorría iban amontonándose nubarrones en su frente dura y arrugada; tristes presagios para don Álvaro; hasta que concluida por último, le dijo con su voz enérgica y sonora:

—Siempre he estimado a vuestra casa; vuestro padre fue uno de los pocos amigos que Dios me concedió en mi juventud, y vuestro tío es un justo, a pesar del hábito que le cubre; pero ¿cómo queréis que yo me mezcle ahora en negocios mundanos, ajenos a mis años y carácter, ni que vaya a desconcertar un proyecto en que el señor de Arganza piensa cobrar tanta honra para su linaje?

—Pero, padre mío —contestó don Álvaro—, la paz de vuestra hija de penitencia, el amor que la tenéis, la delicadeza de mi proceder y tal vez el sosiego de esta comarca, son asuntos dignos de vuestro augusto ministerio y del sello de santidad que ponéis en cuanto tocáis. ¿Imagináis que doña Beatriz encuentra gran ventura en brazos del conde?

—Pobre paloma sin mancilla —repuso el abad con una voz casi enternecida—; su alma es pura como el cristal del lago de Carucedo cuando en la noche se pintan en su fondo todas las estrellas del cielo, y ese reguero de maldición acabará por enturbiar y amargar esta agua limpia y serena.

Quedáronse entrambos callados por un buen rato, hasta que el abad, como hombre que adopta una resolución inmutable, dijo:

—¿Seríais capaz de cualquier empresa por lograr a doña Beatriz?

—¿Eso dudáis, padre? —contestó el caballero—; sería capaz de todo lo que no me envileciese a sus ojos.

—Pues entonces —añadió el abad—, yo haré desistir a don Alonso de sus ambiciosos planes, con una condición, y es que os habéis de apartar de la alianza de los templarios.

El rostro de don Álvaro se encendió en ira, y enseguida perdió el color hasta quedarse como un difunto en cuanto oyó semejante proposición. Pudo, sin embargo, contenerse, y se contentó con responder aunque en voz algo trémula y cortada.

—Vuestro corazón está ciego, pues no ve que doña Beatriz sería la primera en despreciar a quien tan mala cuenta daba de su honra; la dicha siempre es menos que el honor. ¿Cómo queríais que faltase en la hora del riesgo a mi buen tío y a sus hermanos? ¡Otra opinión creí mereceros!

—Nunca estuvo la honra —respondió el abad con vehemencia— en contribuir a la obra de tinieblas ni en hacer causa común con los inicuos.

—¿Y sois vos —le preguntó el caballero con sentido acento—, un hijo de San Bernardo, el que habla en esos términos de sus hermanos? ¿Vos oscurécéis de esta manera la cruz que resplandeció en la Palestina con tan gloriosos rayos y que ha menguado en España las lunas sarracenas? ¿Vos

humilláis vuestra sabiduría hasta recoger las hablillas de un vulgo fiero y maldiciente?

—¡Ah! —repuso el monje con el mismo calor, aunque con un acento doloroso—, ¡pluguiera al cielo que solo en boca de la plebe anduviese el nombre del Temple! Pero ¿el Papa ve los desmanes del rey de Francia sin fulminar sobre él los rayos de su poder, y pensáis que así abandonaría sus hijos, no ha mucho tiempo de bendición, si la inocencia no los hubiera abandonado antes? El jefe de la Iglesia, hijo mío, no puede errar, y si hasta ahora no ha recaído ya el castigo sobre los delincuentes, culpa es de su corazón benigno y paternal. ¡Oh dolor! —añadió levantando las manos y los ojos al cielo—. ¡Oh vanidad de las grandezas humanas! ¿Por qué han seguido los caminos de la perdición y de la soberbia desviándose de la senda humilde y segura que les señaló nuestro padre común? Por su desenfreno acabamos de perder la Tierra Santa, y ya será preciso pasar el arado sobre aquel alcázar a cuyo abrigo descansaba alegre la cristiandad entera, pero se ha convertido ya en templo de abominación.

Don Álvaro no pudo menos de sonreírse con algo de desdén, y, dijo:

—Mucho será que a tanto alcancen vuestras máquinas de guerra.

El abad le miró severamente, y sin hablar palabra le asió del brazo y le llevó a una ventana. Desde ella se divisaba una colina muy hermosa, sombreadas sus faldas de viñedo, al pie de la cual corría el Cúa, y cuya cumbre remataba no en punta, sino en una hermosa explanada con el azul del cielo por fondo. Un montón confuso de ruinas la adornaba; algunas columnas estaban en pie, aunque las más sin capiteles; en otras partes se alcanzaba a descubrir algún lienzo grande de edificio cubierto de yedra, y todo el recinto estaba rodeado aún de una muralla por donde trepaban las vides y zarzas. Aquel «campo de soledad, mustio collado» había sido el *Berdigum* romano.

Bien lo sabía don Álvaro, pero el ademán del abad y la ocasión en que le ponía delante aquel ejemplo de las humanas vanidades y soberbias le dejó confuso y silencioso.

—Miradlo bien —le dijo el monje—, mirad bien uno de los grandes y muchos sepulcros que encierran los esqueletos de aquel pueblo de gigantes. También ellos en su orgullo e injusticia se volvieron contra Dios como vuestros templarios. Id pues, id como yo he ido en medio del silencio de la noche, y preguntad a aquellas ruinas por la grandeza de sus señores; id, que no dejarán de daros respuesta los silbidos del viento y el aullido del lobo.

El señor de Bemibre, antes confuso, quedó ahora como anonadado y sin contestar palabra.

—Hijo mío —añadió el monje—, pensadlo bien y apartaos, que aún es tiempo, apartaos de esos desventurados sin volver la vista atrás, como el profeta que salía huyendo de Gomorra.

—Cuando vea lo que me decís —respondió don Álvaro con reposada firmeza—, entonces tomaré vuestros consejos. Los templarios serán tal vez altaneros y destemplados, pero es porque la injusticia ha agriado su noble carácter. Ellos responderán ante el soberano pontífice y su inocencia quedará limpia como el sol. Pero, en suma, padre mío, vos que veis la hidalguía de mis intenciones, ¿no haréis algo por el bien de mi alma y por doña Beatriz, a quien tanto amáis?

—Nada —contestó el monje—, yo no contribuiré a consolidar el alcázar de la maldad y del orgullo.

El caballero se levantó entonces y le dijo:

—Vos sois testigo de que me cerráis todos los caminos de paz. ¡Quiera Dios que no os lo echéis en cara alguna vez!

—El cielo os guarde, buen caballero —contestó el abad—, y os abra los ojos del alma.

Enseguida le fue acompañando hasta el patio del monasterio, y después de despedirlo se volvió a su celda, donde se entregó a tristes reflexiones.



Capítulo V

Aunque don Álvaro no fundase grandes esperanzas en su entrevista con el abad, todavía le causó sorpresa el resultado; flaqueza irremediable del pobre corazón humano que solo a vista de la realidad inexorable y fría acierta a separarse del talismán que hermosea y dulcifica la vida: la esperanza. El maestro, por su parte, conocía harto bien el fondo de fanatismo que en el alma del abad de Carracedo sofocaba un sinfín de nobles cualidades para no prever el éxito; pero así para consuelo de su sobrino como por obedecer a aquel generoso impulso que en las almas elevadas inclina siempre a la conciliación y a la dulzura, había dado aquel paso. Iguales motivos le determinaron a visitar al señor de Arganza, aunque la crítica situación en que se encontraba la Orden por una parte, y por otra la conocida ambición de don Alonso, parecían deber retraerle de este nuevo esfuerzo; pero la ternura de aquel buen anciano por el único pariente que le quedaba rayaba en debilidad, aunque exteriormente la dejaba asomar rara vez.

Así pues, un día de los inmediatos al suceso que acabamos de contar, salió de la encomienda de Ponferrada con el séquito acostumbrado y se encaminó a Arganza. La visita tuvo mucho de embarazosa y violenta, porque don Alonso, deseoso de ahorrarse una explicación cordial y sincera sobre un asunto que su conciencia era la primera a condenarle, se encerró en el coto de una cortesía fría y estudiada, y el maestro por su parte, convencido de que su resolución era irrevocable, y harto celoso del honor de su Orden y de la dignidad de su persona para abatirse a súplicas inútiles, se despidió para siempre de aquellos umbrales que tantas veces había atravesado con el ánimo ocupado en dulces proyectos.

Comoquiera, el señor de Arganza, un tanto alarmado con la intención que parecía descubrir el afecto de don Álvaro hacia su hija, resolvió acelerar lo posible su ajustado enlace a fin de cortar de raíz todo género de zozobras. Poco temía de la resistencia de su esposa, acostumbrado como estaba a verla ceder de continuo a su voluntad; pero el carácter de la joven, que había heredado no poco de su propia firmeza, le causaba alguna inquietud. Sin embargo, como hombre de discreción, a par que de energía, contaba a un tiempo con el prestigio filial y con la fuerza de su autoridad para el

logro de su propósito. Así pues, una tarde que doña Beatriz, sentada cerca de su madre, trabajaba en bordar un paño de iglesia que pensaba regalar al monasterio de Villabuena, donde tenía una tía abadesa a la sazón, entró su padre en el aposento, y diciéndole que tenía que hablarle de un asunto de suma importancia, soltó la labor y se puso a escucharle con la mayor modestia y compostura. Caíanle por ambos lados numerosos rizos negros como el ébano, la zozobra que apenas podía reprimir la hacía más interesante. Don Alonso no pudo abstenerse de un cierto movimiento de orgullo al verla tan hermosa, en tanto que a doña Blanca, por lo contrario, se le arrasaron los ojos de lágrimas pensando que tanta hermosura y riqueza serían tal vez la causa de su desventura eterna.

—Hija mía —le dijo don Alonso—, ya sabes que Dios nos privó de tus hermanos y que tú eres la esperanza única y postrera de nuestra casa.

—Sí, señor —respondió ella con su voz dulce y melodiosa.

—Tu posición, por consiguiente —continuó su padre—, te obliga a mirar por la honra de tu linaje.

—Sí, padre mío, y bien sabe Dios que ni por un instante he abrigado un pensamiento que no se aviniese con el honor de vuestras canas y con el sosiego de mi madre.

—No esperaba yo menos de la sangre que corre por tus venas. Quería decirte, pues, que ha llegado el caso de que vea logrado el fruto de mis afanes y coronados mis más ardientes deseos. El conde de Lemos, señor el más noble y poderoso de Galicia, favorecido del rey y muy especialmente del infante don Juan, ha solicitado tu mano y yo se la he concedido.

—¿No es ese conde el mismo —repuso doña Beatriz— que, después de lograr de la noble reina doña María el lugar de Monforte en Galicia, abandonó sus banderas para unirse a las del infante don Juan?

—El mismo —contestó don Alonso, poco satisfecho de la pregunta de su hija—, ¿y qué tenéis que decir de él?

—Que es imposible que mi padre me dé por esposo un hombre a quien no podría amar, ni respetar tan siquiera.

—Hija mía —contestó don Alonso con moderación, porque conocía el enemigo con quien se las iba a haber y no quería usar de violencia sino en el último extremo—, en tiempo de discordias civiles no es fácil caminar sin caer alguna vez, porque el camino está lleno de escollos y barrancos.

—Sí —replicó ella—, el camino de la ambición está sembrado de dificultades y tropiezos, pero la senda del honor y la caballería es lisa y

apacible como una pradera. El conde de Lemos sin duda es poderoso, pero aunque sé de muchos que le temen y odian, no he oído hablar de uno que le venere y estime.

Aquel tiro dirigido a la desalmada ambición del de Lemos, que sin saberlo su hija venía a herir a su padre de rechazo, excitó su cólera en tales términos que se olvidó de su anterior propósito y contestó con la mayor dureza:

—Vuestro deber es obedecer y callar y recibir el esposo que vuestro padre os destine.

—Vuestra es mi vida —dijo doña Beatriz—, y si me lo mandáis, mañana mismo tomaré el velo en un convento; pero no puedo ser esposa del conde de Lemos.

—Alguna pasión tenéis en el pecho, doña Beatriz —contestó su padre dirigiéndola escrutadoras miradas—. ¿Amáis al señor de Bembibre? —le preguntó de repente.

—Sí, padre mío —respondió ella con el mayor candor.

—¿Y no os dije que le despidierais?

—Y ya le despedí.

—¿Y cómo no despedisteis también de vuestro corazón esa pasión insensata? Preciso será que la ahoguéis entonces.

—Si tal es vuestra voluntad, yo la ahogaré al pie de los altares; yo trocaré por el amor del esposo celeste el amor de don Álvaro, que por su fe y su pureza era más digno de Dios, que no de mí, desdichada mujer. Yo renunciaré a todos mis sueños de ventura, pero no le olvidaré en brazos de ningún hombre.

—Al claustro iréis —respondió don Alonso, fuera de sí de despecho—, no a cumplir vuestros locos antojos, no a tomar el velo de que os hace indigna vuestro carácter rebelde, sino a aprender en la soledad, lejos de mi vista y de la de vuestra madre, la obediencia y el respeto que me debéis.

Diciendo esto salió del aposento airado, y cerrando tras sí la puerta con enojo dejó solas a madre y a hija que por un impulso natural y espontáneo se precipitaron una en brazos de la otra; doña Blanca deshecha en lágrimas y doña Beatriz comprimiendo las suyas con trabajo, pero llena interiormente de valor. En las almas generosas despierta la injusticia fuerzas cuya existencia se ignoraba, y la doncella lo sentía entonces. Había tenido bastante desprendimiento y respeto para no representar a su padre que si amaba a don Álvaro era porque todo en un principio parecía indicarle que

era el esposo escogido por su familia; pero este silencio mismo contribuía a hacerle sentir más vivamente su agravio. Lo que quebrantaba su valor era el desconsuelo de su madre, que no cesaba un punto en sus sollozos teniéndola estrechamente abrazada.

—Hija mía, hija mía —dijo, por fin, en cuanto su congoja le dejó hablar—, ¿cómo te has atrevido a irritarle de esa manera, cuando nadie tiene valor para resistir sus miradas?

—En eso verá que soy su hija y que heredo el esfuerzo de su ánimo.

—¡Y yo, miserable mujer —exclamó doña Blanca haciendo los mayores extremos de dolor—, que con mi necia prudencia te he alejado del puerto de la dicha pudiendo ahora gozarte segura en la ribera!

—Madre mía —dijo la joven enjugando los ojos de su madre—, vos habéis sido toda bondad y cariño para mí, y el día de mañana solo está en la mano de Dios, sosegaos, pues, y mirad por vuestra salud. El Señor nos dará fuerzas para sobrellevar una separación, a mí sobre todo, que soy joven y robusta.

La idea de la falta de su hija, que ni un solo día se había apartado de su lado y que había desaparecido por un momento, hizo volver a la triste madre a todos sus extremos de amargura, en términos que doña Beatriz hubo de emplear todos los recursos de su corazón y de su ingenio en apaciguarla. La anciana, que por su carácter suave y bondadoso estaba acostumbrada a ceder en todas ocasiones y cuyo matrimonio había comenzado por un sacrificio algo semejante, aunque infinitamente menor que el que exigían de su hija, bien quisiera indicarla algo, pero no se atrevía. Por último, al despedirse le dijo.

—Pero, hija de mi vida, ¿no sería mejor ceder?

Doña Beatriz hizo un gesto muy expresivo, pero no respondió a su madre sino abrazándola y deseándole buen sueño.



Capítulo VI

La escena que acabamos de describir causó mucho desasosiego en el ánimo del señor de Arganza, porque harto claro veía ahora cuán hondas raíces había echado en el ánimo de su hija aquella malhadada pasión que así trastornaba todos sus planes de engrandecimiento. Poco acostumbrado a la contradicción, y mucho menos de parte de aquella hija, dechado hasta entonces de sumisión y respeto, su orgullo se irritó sobremanera, si bien en el fondo, y como a despecho suyo, parecía a veces alegrarse de encontrar en una persona que tan de cerca le tocaba aquel valor noble y sereno y aquella elevación de sentimientos. Sin embargo, atento antes que todo a conservar ilesa su autoridad paternal, resolvió al cabo de dos días llevar a doña Beatriz al convento de Villabuena, donde esperaba que el recogimiento del lugar, el ejemplo vivo de obediencia que a cada paso presenciaria, y sobre todo el ejemplo de su piadosa tía, contribuirían a mudar las disposiciones de su ánimo.

Por secreto que procuró tener don Alonso el motivo de su determinación, se traslució sobradamente en su familia y aun en el lugar, y como todos adoraban a aquella criatura tan llena de gracias y de bondad, el día de su partida fue uno de llanto y de consternación generales. El mismo Mendo, el palafrenero que tan inclinado se mostraba a favorecer los proyectos de su amo y a llevar las armas de un conde, apenas podía contener las lágrimas. Don Alonso daba a entender con la mayor serenidad posible, en medio del pesar que experimentaba, que era ausencia de pocos días y no llevaba más objeto que satisfacer el deseo que siempre había manifestado la abadesa de Villabuena de tener unos días en su compañía a su sobrina. A todo el mundo decía lo contrario su corazón, y era trabajo en balde el que el anciano señor se tomaba.

Doña Beatriz se despidió de su madre a solas y en los aposentos más escondidos de la casa, y por esta vez ya no pudo sostenerla su aliento; así fue que rompió en ayes y en gemidos tanto más violentos cuanto más comprimidos habían estado hasta entonces. El corazón de una madre suele tener en las ocasiones fuerzas sobrehumanas, y bien lo mostró doña Blanca, que entonces fue la consoladora de su hija y la que supo prestarle ánimo. Por

fin, doña Beatriz se desprendió de sus brazos y enjugándose las lágrimas bajó al patio donde casi todos los vasallos de su padre la aguardaban; sus hermosos ojos humedecidos todavía despedían unos rayos semejantes a los del sol cuando después de una tormenta atraviesan las mojadas ramas de los árboles, y su talla majestuosa y elevada, realzada por un vestido oscuro, la presentaba en todo el esplendor de su belleza. La mayor parte de aquellas pobres gentes a quienes doña Beatriz había asistido en sus enfermedades y socorrido en sus miserias, que siempre la habían visto aparecer en sus hogares como un ángel de consuelo y de paz, se precipitaron a su encuentro con voces y alaridos lamentables besándole unos las manos y otros la falda de su vestido. La doncella, como pudo, se desasíó suavemente de ellos y subiendo en su hacanea blanca con ayuda del enternecido Mendo, salió del palacio extendiendo las manos hacia sus vasallos y sin hablar palabra, porque desde el principio se le había puesto un nudo en la garganta.

El aire del campo y su natural valor le restituyeron por fin un poco de serenidad. Componían la comitiva su padre, que caminaba un poco delante como en muestra de su enojo, aunque realmente por ocultar su emoción, el viejo Nuño, caballero en su haca de caza, pero sin halcón ni perro, el rollizo Mendo que aquel día andaba desalentado, y su criada Martina, joven aldeana, rubia, viva y linda, de ojos azules y de semblante risueño y lleno de agudeza. Como, con gran placer suyo, iba destinada a servir y acompañar a su señora durante su reclusión, no sabemos decir a punto fijo si era esto lo que más influía en el mal humor del caballero, que a pesar de los celos y disgustos que le daba con Millán, el paje de don Álvaro, tenía la debilidad de quererla. Viendo pues doña Beatriz que habían entrado en conversación, dijo al montero, que por respeto caminaba un poco detrás.

—Acércate, buen Nuño, porque tengo que hablarte. Tú eres el criado más antiguo de nuestra casa, y como a tal sabes cuanto te he apreciado siempre.

—Sí, señora —contestó él con voz no muy segura—; ¿quién me dijera a mí cuando os llevaba a jugar con mis halcones y perros que habían de venir días como estos?

—Otros peores vendrán, pobre Nuño, si los que me quieren bien no me ayudan. Ya sabes de lo que se trata, y mucho me temo que la indiscreta ternura de mi padre no me fuerce a tomar por esposo un hombre de todos detestado. Si yo tuviera parientes a quienes dirigirme, solo de ellos solicitaría amparo; pero, por desgracia, soy la última de mi linaje. Preciso

será pues, que él me proteja, ¿me entiendes? ¿Te atreverías a llevarle una carta mía?

Nuño calló.

—Piensa —añadió doña Beatriz— que se trata de mi felicidad en esta vida y quizá en la otra. ¿También tú serías capaz de abandonarme?

—No, señora —respondió el criado con resolución—, venga la carta, que yo se la llevaré, aunque hubiera que atravesar por medio toda la morería. Si el amo lo llega a saber me mandará azotar y poner en la picota y me echará de casa que es lo peor; pero don Álvaro, que es el mismo pundonor y la misma bondad, no me negará un nicho en su castillo para cuidar de sus halcones y gerifaltes. Y sobre todo, sea lo que Dios quiera, que yo a buen hacer lo hago y él bien lo ve.

Doña Beatriz, enternecida, le entregó la carta, y casi no tuvo tiempo para darle las gracias, porque Mendo y Martina se le incorporaron en aquel punto. Así pues, continuaron en silencio su camino por las orillas del Cúa, en las cuales estaba situado el convento de monjas de San Bernardo, hermano en su fundación del de Carracedo y en el cual habían sido religiosas dos princesas de sangre real. El convento ha desaparecido, pero el pueblo de Villabuena, junto al cual estaba, todavía subsiste y ocupa una alegre y risueña situación al pie de unas colinas plantadas de viñedo. Rodéanlo praderas y huertas llenas las más de higueras y toda clase de frutales y las otras cercadas de frescos chopos y álamos blancos. El río le proporciona riego abundante y fertiliza aquella tierra en que la naturaleza parece haber derramado una de sus más dulces sonrisas.

Al cabo de un viaje de hora y media, se apeó la cabalgata delante del monasterio, a cuya portería salió la abadesa acompañada de la mayor parte de la comunidad, a recibir a su sobrina. Las religiosas todas la acogieron con gran amor, prendadas de su modestia y hermosura, y don Alonso, después de una larga conversación con su cuñada, se partió a escondidas de su hija, desconfiando de su energía y resolución, harto quebrantada con las escenas de aquel día. Nuño y Mendo se despidieron de su joven ama con más enternecimiento del que pudiera esperarse de su sexo y educación. Aquellos fieles criados, acostumbrados a la presencia de doña Beatriz, que como una luz de alegría y contento parecía iluminar todos los rincones más oscuros de la casa, conocían que con su ausencia la tristeza y el desabrimiento iban a asentar en ella sus reales. Conocían que don Alonso se entregaría más frecuentemente a los accesos de su mal humor sin el suave

contrapeso y mediación de su hija; y por otra parte, no se les ocultaba que los achaques, ya habituales de doña Blanca, agravados con el nuevo golpe, acabarían de oscurecer el horizonte doméstico. Así pues, entrambos caminaron sin hablar palabra detrás de su amo no menos adusto y silencioso que ellos, y al llegar a Arganza, Mendo se fue a las caballerizas con el caballo de su señor y el suyo, y Nuño, después de pensar su jaca y cenar, salió cerca de media noche con pretexto de aguardar una liebre en un sitio algo lejano, y de amaestrar un galgo nuevo de excelente traza, pero en realidad para llegar a Bembibre a deshora y entregar con el mayor recato la carta de doña Beatriz que poco más o menos decía así:

Mi padre me destierra de su presencia por vuestro amor y yo sufro contenta este destierro; pero ni vos ni yo debemos olvidar que es mi padre y por lo tanto, si en algo tenéis mi cariño y alguna fe ponéis en mis promesas, espero que no adoptareis ninguna determinación violenta. El primer domingo después del inmediato procurad quedaros de noche en la iglesia del convento, y os diré lo que ahora no puedo deciros. Dios os guarde, y os dé fuerzas para sufrir.

Nuño desempeñó con tanto tino como felicidad su delicado mensaje, y solo pudo hacerle aceptar don Álvaro una cadena de plata de colgar el cuerno de caza en los días de lujo, para memoria suya. Por lo demás, el buen montero todavía tuvo tiempo para volver a su aguardo y coger la liebre, que trajo triunfante a casa muy temprano deshaciéndose en elogios de su galgo.





Capítulo VII

El medio de que el señor de Arganza se había valido para arrancar del corazón de su hija el amor que tan firmes raíces había echado no era, a la verdad, el más a propósito. Aquella alma pura y generosa, pero altiva, mal podía regirse con el freno del temor ni del castigo. Tal vez la templanza y la dulzura hubieran recabado de ella cuanto la ambición de su padre podía apetecer, porque la idea del sacrificio suele ser instintiva en semejantes caracteres, y con más gusto la acogen a medida que se presenta con más atavíos de dolor y de grandeza; pero doña Beatriz, que según la exacta comparación del abad de Carracedo se asemejaba a las aguas quietas y transparentes del lago azul y sosegado de Carucedo, fácilmente se embravecía cuando le azotaba su superficie el viento de la injusticia y dureza. La idea sola de pertenecer a un tan mal caballero como el conde de Lemos, y de ser el juguete de una villana intriga, la humillaba en términos de arrojarle a cualquier violento extremo por apartar de sí semejante mengua.

Por otra parte, la soledad, la ausencia y la contrariedad, que bastan para apagar inclinaciones pasajeras, o culpables afectos, solo sirven de alimento y vida a las pasiones profundas y verdaderas. Un amor inocente y puro acrisola el alma que lo recibe, y por su abnegación insensiblemente llega a eslabonarse con aquellos sublimes sentimientos religiosos, que en su esencia no son sino amor limpio del polvo y fragilidades de la tierra. Si por casualidad viene la persecución a adornarle con la aureola del martirio, entonces el dolor mismo lo graba profundamente en el pecho, y aquella idea querida llega a ser inseparable de todos los pensamientos, a la manera que una madre suele mostrar predilección decidida al hijo doliente y enfermo que no la dejó ni un instante de reposo.

Esto era cabalmente lo que sucedía con doña Beatriz. En el silencio que la rodeaba se alzaba más alta y sonora la voz de su corazón, y cuando su pensamiento volaba al que tiene en su mano la voluntad de todos y escudriña con su vista lo más oscuro de la conciencia, sus labios murmuraban sin saber aquel nombre querido. Tal vez pensaba que sus oraciones se encontraban con las suyas en el cielo, mientras sus corazones volaban uno en busca de otro en esta tierra de desventuras, y entonces su

imaginación se exaltaba hasta mirar sus lágrimas y tribulaciones como otras tantas coronas que la adornarían a los ojos de su amado.

Su tía, que también había amado y visto deshojarse en flor sus esperanzas bajo la mano de la muerte, respetaba los sentimientos de su sobrina y procuraba hacerle llevadero su cautiverio, dándole la posible libertad y tratándola con el más extremado cariño, porque su femenil agudeza le daba a entender claramente que solo este proceder podía emplearse con aquella naturaleza, a un tiempo de león y de paloma. La prudente señora quería dejar obrar la lenta medicina del tiempo antes de arriesgar ninguna otra tentativa.

El día que doña Beatriz había señalado a don Álvaro en su carta, estaba elegido con gran discreción, porque en él se celebraban después de las vísperas los funerales de los regios patronos de aquella santa casa, que comúnmente solían atraer numeroso concurso, a causa de la limosna que se repartía, y de ordinario duraban hasta de noche. Fácil le fue, por lo tanto, al caballero deslizarse a favor de un disfraz de aldeano por entre el gentío y meterse en un confesonario, donde se escondió como pudo, mientras los paisanos del pueblo oían el sermón con la mayor atención. En las iglesias de aquel país había, y hay aún en algunas, confesonarios cerrados por delante, con unas puertas de celosía, y más de una vez han sucedido ocultaciones semejantes a la de nuestro caballero. Por fin, después de acabados los oficios, la iglesia se fue desocupando, las monjas rezaron sus últimas oraciones, el sacristán apagó las luces y salió de la iglesia cerrando las puertas con sus enormes llaves.

Quedose el templo en un silencio sepulcral y alumbrado por una sola lámpara, cuya llama débil y oscilante, más que aclaraba los objetos, los confundía. Algunas cabezas de animales y hombres que adornaban los capiteles de las columnas lombardas parecían hacer extraños gestos y visajes, y las figuras doradas de los santos de los altares, en cuyos ojos reflejaban los rayos vagos y trémulos de aquella luz mortuoria, parecían lanzar centelleantes miradas sobre el atrevido que traía a la mansión de la religión y de la paz otros cuidados que los del cielo. El coro estaba oscuro y tenebroso, y el ruido del viento entre los árboles y el murmullo de los arroyos que venían de fuera, junto con algún chillido de las aves nocturnas, tenían un eco particular y temeroso debajo de aquellas bóvedas augustas.

Don Álvaro no era superior a su siglo, y en cualquiera otra ocasión, semejantes circunstancias no hubiesen dejado de hacer impresión profunda

en su ánimo; pero los peligros reales que le cercaban si era descubierto, el riesgo que corría en igual caso doña Beatriz, el deseo de aclarar el enigma oscuro de su suerte, y sobre todo la esperanza de oír aquella voz tan dulce, se sobreponían a toda clase de temores imaginarios. Oyó por fin la campana interior del claustro, que tocaba a recogerse, luego voces lejanas como de gentes que se despedían, pasos por aquí y acullá, abrir y cerrar puertas, hasta que al último todo quedó en un silencio tan profundo como el que le envolvía.

Salió entonces del confesonario y se acercó a la reja del coro bajo, aplicando el oído con indecible ansiedad y engañándose a cada instante creyendo percibir el leve sonido de los pasos y el crujido de los vestidos de doña Beatriz. Por fin, una forma blanca y ligera apareció en el fondo oscuro del coro, y adelantándose rápida y silenciosamente presentó a los ojos de don Álvaro, ya un poco habituados a las tinieblas, los contornos puros y airosos de la hija de Ossorio.

Más fácil le fue a ella distinguirlo, porque el bulto de su cuerpo se dibujaba claramente en medio de los rayos desmayados de la lámpara que por detrás le herían. Adelantose, pues, hasta llegar a la verja, con el dedo en los labios como una estatua del silencio que hubiese cobrado vida de repente, y volviendo la cabeza como para dirigir una postrera mirada al coro, preguntó con voz trémula:

—¿Sois vos don Álvaro?

—¿Y quién sino yo —respondió él— vendría a buscar vuestra mirada en medio del silencio de los sepulcros? Me han dicho que habéis sufrido mucho con la separación de vuestra madre, y aunque en esta oscuridad no distingo bien vuestro semblante, me parece ver en él la huella del insomnio y de las lágrimas. ¿No se ha resentido vuestra salud?

—No, a Dios gracias —respondió ella casi con alegría—, porque como penaba por vos, el cielo me ha dado fuerzas. No sé si el llanto habrá enturbiado mis ojos, ni si el pesar habrá robado el color de mis mejillas, pero mi corazón siempre es el mismo. Pero somos unos locos —añadió como recobrándose— en gastar así estos pocos momentos que la suerte nos concede, y que sin gran peligro nuestro tal vez no volverán en mucho tiempo. ¿Qué imagináis, don Álvaro, de haberos yo llamado de esta suerte?

—He imaginado —respondió él— que leíais en mi alma, que con vuestra piedad divina os compadecíais de mí.

—¿Y no habéis meditado algún proyecto temerario y violento? ¿No habéis pensado en romper mis cadenas con vuestras manos atropellando por todo?

Don Álvaro no respondió y doña Beatriz continuó con un tono que se parecía al de la reconvención:

—Ya veis que vuestro corazón no os engañaba y que yo leía en él como en un libro abierto, pero sabed que no basta que me améis, sino que me creáis y aguardéis noblemente. No quiero que os volváis contra el cielo, cuya autoridad ejerce mi padre, porque ya os dije que yo jamás mancharía mi nombre con una desobediencia.

—¡Oh, Beatriz! —contestó don Álvaro con precipitación—, no me condenéis sin oírme. Vos no sabéis lo que es vivir desterrado de vuestra presencia; vos no sabéis, sobre todo, cómo despedaza mis entrañas la idea de vuestros pesares, que yo, miserable de mí, he causado sin tener fuerzas para ponerles fin. Cuando os veía dichosa en vuestra casa, de todos acatada y querida, el mundo entero no me parecía sino una fiesta sin término, una alegre romería a donde todos iban a rendir gracias a Dios por el bien que su mano les vertía. Cuando los pájaros cantaban por la tarde, solo de vos me hablaban con su música, la voz del torrente me deleitaba porque vuestra voz era la que escuchaba en ella; y la soledad misma parecía recogerse en religioso silencio solo para escuchar de mis labios vuestro nombre. Pero ahora la naturaleza entera se ha oscurecido, las gentes pasan junto a mí silenciosas y tristes, en mis ensueños os veo pasar por un claustro tenebroso con el semblante descompuesto y lleno de lágrimas, y el cabello tendido, y el eco de la soledad que antes me repetía vuestro nombre, solo me devuelve ahora mis gemidos. ¿Qué queréis? La desesperación me ha hecho acordar entonces de que era noble, de que penabais por mí, de que tenía una espada y de que con ella cortaría vuestras ligaduras.

—Gracias, don Álvaro —respondió ella enternecida—, veo que me amáis demasiado, pero es preciso que me juréis aquí, delante de Dios, que a nada os arrojaréis sin consentimiento mío. Sois capaz de sacrificarme hasta vuestra fama, pero ya os lo he dicho, yo no desobedeceré a mi padre.

—No puedo jurároslo, señora —respondió el caballero—, porque ya lo estáis viendo: la persecución y la violencia han empezado por otra parte y tal vez solo las armas podrán salvaros. Mirad que os pueden arrastrar al pie del altar y allí arrancaros vuestro consentimiento.

—No creáis a mi padre capaz de tamaña villanía.

—Vuestro padre —replicó don Álvaro con cólera— tiene empeñada su palabra, según dice, y además cree honraros a vos y a su casa.

—Entonces yo solicitaré una entrevista con el conde y le descubriré mi pecho y cederá.

—¿Quién, él?, ¿ceder él? —contestó don Álvaro fuera de sí y con una voz que retumbó en la iglesia—, ¿ceder cuando justamente en vos estriban todos sus planes! ¡Por vida de mi padre, señora, que sin duda estáis loca!

La doncella se sobrepuso al susto que aquella voz le había causado, y le dijo con dulzura, pero con resolución:

—En ese caso yo os avisaré, pero hasta entonces juradme lo que os he pedido. Ya sabéis que nunca, nunca seré suya.

—¡Doña Beatriz! —exclamó de repente una voz detrás de ella.

—¡Jesús mil veces! —exclamó acercándose involuntariamente a la reja mientras don Álvaro maquinalmente echaba mano a su puñal—. Ah, ¿eres tú, Martina? —añadió reconociendo a su fiel criada que había quedado de acecho, pero de la cual se había olvidado por entero.

—Sí, señora —respondió la muchacha—, y venía a deciros que las monjas comenzarán a levantarse muy pronto, porque ya está amaneciendo.

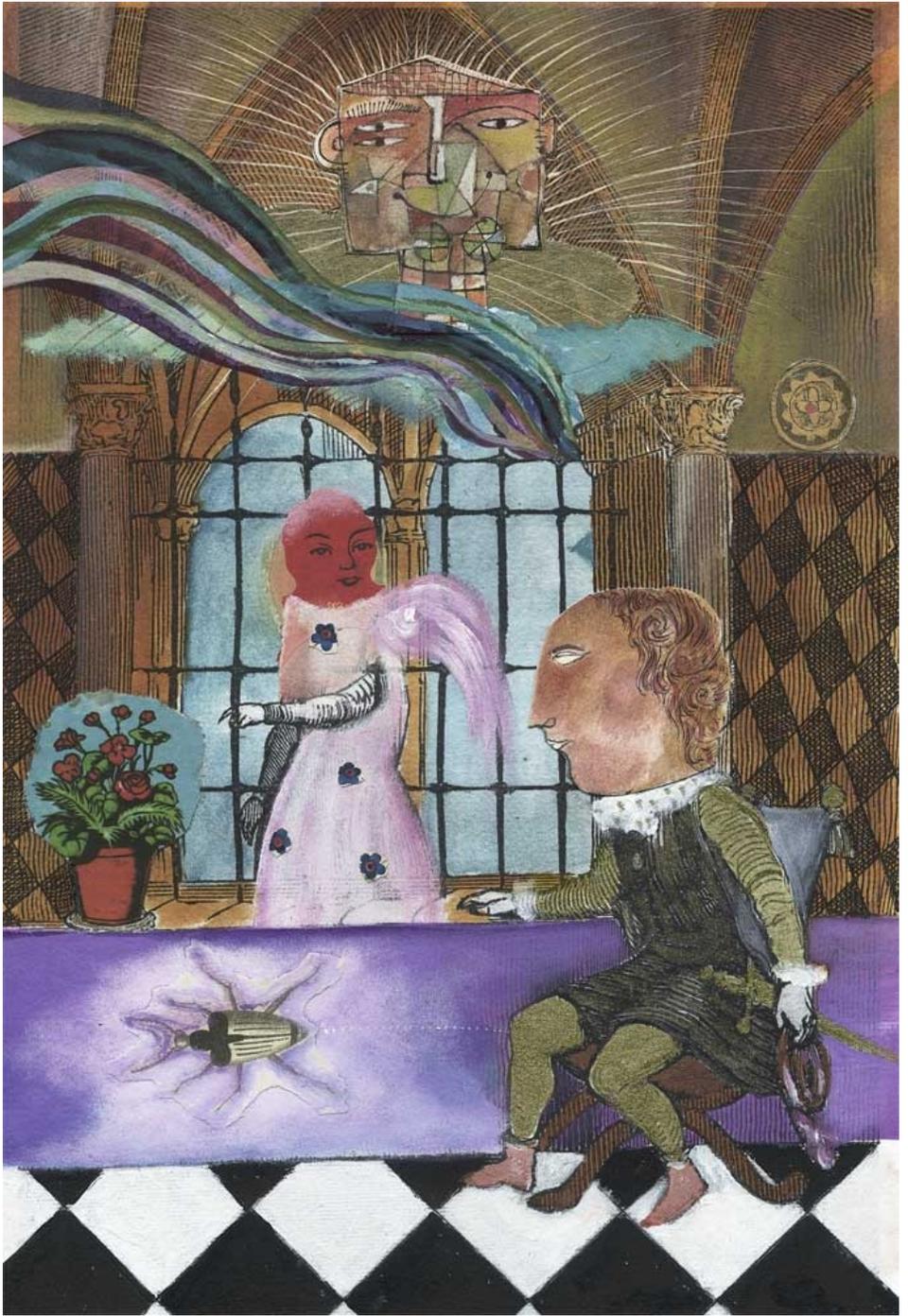
—Preciso será pues que nos separemos —dijo doña Beatriz con un suspiro—; pero nos separaremos para siempre si no me juráis por vuestro honor lo que os he pedido.

—Por mi honor lo juro —respondió don Álvaro.

—Id pues con Dios, noble caballero, yo recurriré a vos si fuere menester, y estad seguro de que nunca maldeciréis la hora en que os confiasteis a mí.

Ama y criada se apartaron entonces con precipitación, y don Álvaro, después de haberlas seguido con los ojos, se escondió de nuevo. Al poco rato las campanas del monasterio tocaron a la oración matutina con regocijados sonidos, y el sacristán abrió las puertas de la iglesia dirigiéndose a la sacristía, de manera que don Álvaro pudo salir sin ser visto. Encaminose luego precipitadamente al monte, donde Millán había pasado la noche con los caballos, y montando en ellos, por sendas y veredas excusadas llegaron prontamente a Bembibre.





Capítulo VIII

Los días que siguieron al encierro de doña Beatriz fueron, efectivamente, para el señor de Bembibre todo lo penosos y desabridos que le hemos oído decir, y aún algo más. Sin embargo, su natural violento e impetuoso mal podía avenirse con un pesar desmayado y apático, y día y noche había estado trazando proyectos a cual más desesperados. Unas veces pensaba en forzar a mano armada el asilo pacífico de Villabuena al frente de sus hombres de armas en mitad del día y con la enseña de su casa desplegada. Otras resolvía enviar un cartel al conde de Lemos. Ya imaginaba pedir auxilio a algunos caballeros templarios y sobre todo al comendador Saldaña, alcaide de Cornatel, que sin duda se hubieran prestado en odio del enemigo común, y ya finalmente, aunque como relámpago fugaz, parto de la tempestad que estremecía su alma, llegó a aparecésele la idea de una alianza con un jefe de bandidos y proscritos llamado *El Herrero*, que de cuando en cuando se presentaba en aquellas montañas a la cabeza de una cuadrilla de gentes, restos de las disensiones domésticas que habían agitado hasta entonces la corona de Castilla.

Comoquiera, a cada una de estas quimeras salía al paso prontamente ya la noble figura de doña Beatriz, indignada de su audacia, ya el venerable semblante de su tío el maestre que le daba en rostro con los peligros que acarrea a la Orden, ya finalmente la voz inexorable de su propio honor que le vedaba otros caminos; y entonces el caballero volvía a su lucha y a sus angustias, temblando por su única esperanza y entregado a todos los vaivenes de la incertidumbre. En tal estado sucedió la escena de que hemos dado cuenta a nuestros lectores, y don Álvaro hubo de ceder en sus desmandados propósitos, por ventura avergonzado de que la elevación de ánimo de una sola y desamparada doncella así aleccionase su impaciencia. De todas maneras, aquella conversación, que había descorrido enteramente el velo y manifestado el corazón de su amante en el lleno de su virtud y belleza, contribuyó no poco a sosegar su espíritu rodeado hasta allí de sombras y espantos.

Así se pasó algún tiempo sin que don Alonso hostigase a su hija, siguiendo en esto los consejos de su mujer y de la piadosa abadesa; y doña

Beatriz, por su parte, sin quejarse de su situación y convertida en un objeto de simpatía y de ternura para aquellas buenas religiosas, que se hacían lenguas de su hermosura y apacible condición. Gozaba, como hemos dicho, de bastante libertad y paseaba por las huertas y sotos que encerraba la cerca del monasterio, y su corazón llagado se entregaba con inefable placer a aquellos indefinibles goces del espíritu que ofrece el espectáculo de una naturaleza frondosa y apacible. Su alma se fortificaba en la soledad y aquella pasión pura en su esencia se purificaba y acendrababa más y más en el crisol del sufrimiento ahondando sus raíces a manera de un árbol místico en el campo del destierro, y levantando sus ramas marchitas en busca del rocío bienhechor de los cielos.

Esta calma, sin embargo, duró muy poco. El conde de Lemos volvió a presentarse reclamando sus derechos, y don Alonso entonces intimó a su hija su última e irrevocable resolución. Como este era un suceso que forzosamente había de llegar, la joven no manifestó sorpresa ni disgusto alguno y se contentó con rogar a su padre que le dejase hablar a solas con el conde, demanda a que no pudo menos de acceder.

Como nuestros lectores habrán de tratar un poco más de cerca a este personaje en el curso de esta historia, no llevarán a mal que les demos una ligera idea de él. Don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, y señor el más poderoso de toda Galicia, era un hombre a quien venía por juro de heredad la turbulencia, el desasosiego y la rebelión, pues sus antecesores, a trueque de engrandecer su casa, no habían desperdiciado ocasión, entre las muchas que se les presentaron, cuando el trono glorioso de San Fernando se deslustró en manos de su hijo y de su nieto con la sangre de las revueltas intestinas. Don Pedro, por su parte, como venido al mundo en época más acomodada a estos designios, pues alcanzó la minoría turbulenta de don Fernando *el Emplazado*, aumentó copiosamente sus haciendas y vasallos, con la ayuda del infante don Juan, que entonces estaba apoderado del reino de León, sin escrupulizar en ninguna clase de medios. Por aquel tiempo fue cuando, con amenaza de pasarse al usurpador, arrancó a la reina doña María la dádiva del rico lugar de Monforte con todos sus términos, abandonándola enseguida y engrosando las filas de su enemigo. Esta ruindad que por su carácter público y ruidoso de todos era conocida, tal vez no equivalía a los desafueros de que eran teatro entonces sus extendidos dominios. Frío de corazón, como la mayor parte de los ambiciosos, sediento de poder y riquezas con que allanar el camino de sus deseos; de muchos temido, de algunos

solicitado y odiado del mayor número, su nombre había llegado a ser un objeto de repugnancia para todas las gentes dotadas de algún pundonor y bondad. A vueltas de tantos y tan capitales vicios no dejaba de poseer cualidades de brillo: su orgullo desmedido se convertía en valor siempre que la ocasión lo requiriera; sus modales eran nobles y desembarazados, y no faltaba a los deberes de la liberalidad en muchas circunstancias, aunque la vanidad y el cálculo fuesen el móvil secreto de sus acciones.

Este era el hombre con quien debía unir su suerte doña Beatriz. Cuando llegó el día de la entrevista, se adornó uno de los locutorios del convento con esmero para recibir a un señor tan poderoso, y presunto esposo de una parienta inmediata de la superiora. La comitiva del conde, con don Alonso y algún otro hidalguillo del país, ocupaban una pieza algo apartada, mientras él, sentado en un sillón a la orilla de la reja, aguardaba con cierta impaciencia y aun zozobra la aparición de doña Beatriz.

Llegó por fin esta, acompañada de su tía y ataviada como aquel caso lo pedía, y haciendo una ligera reverencia al conde se sentó en otro sillón destinado para ella en la parte de adentro de la reja. La abadesa, después de corresponder al cortés saludo y cumplimientos del caballero, se retiró dejándolos solos. Doña Beatriz, entretanto, observó con cuidado el aire y facciones de aquel hombre que tantos disgustos le había acarreado y que tantos otros podía acarrearle todavía. Pasaba de treinta años y su estatura era mediana; su semblante, de cierta regularidad, carecía sin embargo de atractivo, o por mejor decir, repulsaba por la expresión de ironía que había en sus labios delgados revestidos de cierto gesto sardónico; por el fuego incierto y vagaroso de sus miradas en que no asomaba ningún vislumbre de franqueza y lealtad, y finalmente por su frente altanera y ligeramente surcada de arrugas, rastro de pasiones interesadas y rencorosas, no de la meditación ni de los pesares. Venía cubierto de un rico vestido y traía al cuello, pendiente de una cadena de oro, la cruz de Santiago. Habíase quedado en pie y con los ojos fijos en aquella hermosa aparición, que sin duda encontraba superior a los encarecimientos que le habían hecho. Doña Beatriz le hizo un ademán lleno de nobleza para que se sentase.

—No haré tal, hermosa señora —respondió él cortésmente—, porque vuestro vasallo nunca querría igualarse con vos, que en todos los torneos del mundo seríais la reina de la hermosura. ¡Ojalá fuerais igualmente la de los amores!

—Galán sois —respondió doña Beatriz—, y no esperaba yo menos de un caballero tal; pero ya sabéis que las reinas gustamos de ser obedecidas, y así

espero que os sentéis. Tengo además que deciros cosas en que a entrambos nos va mucho —añadió con la mayor seriedad.

El conde se sentó no poco cuidadoso, viendo el rumbo que parecía tomar la conversación, y doña Beatriz continuó:

—Excusado es que yo os hable de los deberes de la caballería y os diga que os abro mi pecho sin reserva. Cuando habéis solicitado mi mano sin haberme visto, y sin averiguar si mis sentimientos me hacían digna de semejante honor, me habéis mostrado una confianza que solo con otra igual puedo pagaros. Vos no me conocéis, y por lo mismo no me amáis.

—Por esta vez habéis de perdonar —repuso el conde—. Cierto es que no habían visto mis ojos el milagro de vuestra hermosura, pero todos se han conjurado a ponderarla, y vuestras prendas, de nadie ignoradas en Castilla, son el mayor fiador de la pasión que me inspiráis.

Doña Beatriz disgustada de encontrar la galantería estudiada del mundo, donde quisiera que solo apareciese la sinceridad más absoluta, respondió con firmeza y decoro:

—Pero yo no os amo, señor conde, y creo bastante hidalga vuestra determinación para suponer que sin el alma no aceptaríais la dádiva de mi mano.

—¿Y por qué no?, doña Beatriz —repuso él con su fría y resuelta urbanidad—; cuando os llaméis mi esposa comprenderéis el dominio que ejercéis en mi corazón, me perdonaréis esta solicitud tal vez harto viva con que pretendo ganar la dicha de nombraros mía, y acabaréis sin duda por amar a un hombre cuya vida se consagrará por entero a preveniros por todas partes deleites y regocijos y que encontrará sobradamente pagados sus afanes con una sola mirada de esos ojos.

Doña Beatriz comparaba en su interior este lenguaje artificioso en que no vibraba ni un solo acento del alma, con la apasionada sencillez y arrebato de las palabras de su don Álvaro. Conoció que su suerte estaba echada irrevocablemente, y entonces, con una resolución digna de su noble energía, respondió:

—Yo nunca podré amaros, porque mi corazón ya no es mío.

Tal era en aquel tiempo el rigor de la disciplina doméstica, y tal la sumisión de las hijas a la voluntad de los padres, que el conde se pasmó al ver lo profundo de aquel sentimiento, que así traspasaba los límites del uso en una doncella tan compuesta y recatada. Algo sabía de los desdichados amores que ahora empezaban a servir de estorbo en su ambiciosa carrera, pero

acostumbrado a ver ceder todas las voluntades delante de la suya, se sorprendía de hallar un enemigo tan poderoso en una mujer tan suave y delicada en la apariencia. Con todo, su perseverancia nunca había retrocedido delante de ningún género de obstáculos; así es que, recobrándose prontamente, respondió no sin un ligero acento sardónico que toda su disimulación no fue capaz de ocultar:

—Algo había oído decir de esa extraña inclinación hacia un hidalgo de esta tierra; pero nunca pude creer que no cediese a la voz de vuestro padre y a los deberes de vuestro nacimiento.

—Ese a quien llamáis con tanto énfasis hidalgo —respondió doña Beatriz sin inmutarse—, es un señor no menos ilustre que vos. La nobleza de su estirpe solo tiene por igual la de sus acciones, y si mi padre juzga que tan reprehensible es mi comportamiento, no creo que os haya delegado a vos su autoridad que solo en él acato.

Quedose pensativo el conde un rato como si en su alma luchasen encontrados afectos, hasta que, en fin, sobreponiéndose a todo, según suele suceder, la pasión dominante, respondió con templanza y con un acento de fingido pesar:

—Mucho me pesa, señora, de no haber conocido más a fondo el estado de vuestro corazón, pero bien veis que habiendo llevado tan adelante este empeño, no fuera honra de vuestro padre ni mía exponernos a las malicias del vulgo.

—¿Quiere decir —replicó doña Beatriz con amargura— que yo habré de sacrificarme a vuestro orgullo? ¿De ese modo amparáis a una dama afligida y menesterosa? ¿Para eso traéis pendiente del cuello ese símbolo de la caballería española? Pues sabed —añadió con una mirada propia de una reina ofendida— que no es así como se gana mi corazón. Id con Dios, y que el cielo os guarde, porque jamás nos volveremos a ver.

El conde quiso replicar, pero le despidió con un ademán altivo que le cerró los labios, y levantándose se retiró paso a paso y como desconcertado, más que con el justo arranque de doña Beatriz, con la voz de su propia conciencia. Sin embargo, la presencia de don Alonso y de los demás caballeros restituyó bien presto su espíritu a sus habituales disposiciones, y declaró que por su parte ningún género de obstáculo se oponía a la dicha que se imaginaba entre los brazos de una señora dechado de discreción y de hermosura. El señor de Arganza al oírlo, y creyendo tal vez que las disposiciones de su hija hubiesen variado, entró en el locutorio apresuradamente.

Estaba la joven todavía al lado de la reja con el semblante encendido y palpitante de cólera, pero al ver entrar a su padre, que a pesar de sus rigores era en todo extremo querido a su corazón, tan terribles disposiciones se trocaron en un enternecimiento increíble, y con toda la violencia de semejantes transiciones, se precipitó de rodillas delante de él, y extendiendo las manos por entre las barras de la reja, y vertiendo un diluvio de lágrimas, le dijo con la mayor angustia:

—¡Padre mío, padre mío!, ¡no me entreguéis a ese hombre indigno!, ¡no me arrojéis en brazos de la desesperación y del infierno! ¡Mirad que seréis responsable delante de Dios de mi vida y de la salvación de mi alma!

Don Alonso, cuyo natural franco y sin doblez no comprendía el disimulo del conde, llegó a pensar que su discreción y tino cortesano habían dado la última mano a la conversación de su hija, y aunque no se atrevía a creerlo, semejante idea se había apoderado de su espíritu mucho más de lo que podía esperarse de tan corto tiempo. Así pues, fue muy desagradable su sorpresa viendo el llanto y desolación de doña Beatriz. Sin embargo, le dijo con dulzura:

—Hija mía, ya es imposible volver atrás; si este es un sacrificio para vos, coronadlo con el valor propio de vuestra sangre, y resignaos. Dentro de tres días os casaréis en la capilla de nuestra casa con toda la pompa necesaria.

—¡Oh, señor!, ¡pensadlo bien!, ¡dadme más tiempo tan siquiera!...

—Pensado está —respondió don Alonso—, y el término es suficiente para que cumpláis las órdenes de vuestro padre.

Doña Beatriz se levantó entonces, y apartándose los cabellos con ambas manos de aquel rostro divino, clavó en su padre una mirada de extraordinaria intención, y le dijo con voz ronca:

—Yo no puedo obedeceros en eso, y diré «no» al pie de los altares.

—¡Atrévete, hija vil! —respondió el señor de Arganza fuera de sí de cólera y de despecho—, y mi maldición caerá sobre tu rebelde cabeza y te consumirá como fuego del cielo. Tú saldrás del techo paterno bajo su peso, y andarás como Caín, errante por la tierra.

Al acabar estas tremendas palabras se salió del locutorio, sin volver la vista atrás, y doña Beatriz, después de dar dos o tres vueltas como una loca, vino al suelo con un profundo gemido. Su tía y las demás monjas acudieron muy azoradas al ruido, y ayudadas de su fiel criada la transportaron a su celda.





Capítulo IX

El parasismo de la infeliz señora fue largo, y dio mucho cuidado a sus diligentes enfermeras, pero al cabo cedió a los remedios y sobre todo a su robusta naturaleza. Un rato estuvo mirando alrededor con ojos espantados, hasta que poco a poco, y a costa de un grande esfuerzo, manifestó la necesaria serenidad para rogar que la dejaran sola con su criada, por si algo se le ofrecía. La abadesa, que conocía muy bien la índole de su sobrina, enemiga de mostrar ninguna clase de flaqueza a los ojos de los demás, se apresuró a complacerla, diciéndole algunas palabras de consuelo y abrazándola con ternura.

A poco de haber salido las monjas, doña Beatriz se levantó de la cama en que la habían reclinado con la agilidad de un corzo y cerrando la puerta por dentro, se volvió a su asombrada doncella y le dijo atropelladamente:

—¡Quieren llevarme arrastrando al templo de Dios, a que mienta delante de él y de los hombres! ¿No lo sabes, Martina? ¡Y mi padre me ha amenazado con su maldición si me resisto!..., ¡todos, todos me abandonan! ¿Oyes? ¡Es menester salir! Es menester que él lo sepa, y ojalá que él me abandone también, y así Dios solo me amparará en su gloria.

—Sosegaos, por Dios, señora —respondió la doncella consternada—, ¿cómo queréis salir con tantas rejas y murallas?

—No, yo no —respondió doña Beatriz—, porque me buscarían y me cogerían, pero tú puedes salir y decirle a qué estado me reducen. Inventa un recurso cualquiera..., aunque sea mentira, porque, ya lo estás viendo, los hombres se burlan de la justicia y de la verdad. ¿Qué haces? —añadió con la mayor impaciencia, viendo que Martina seguía callada—, ¿dónde están tu viveza y tu ingenio? Tú no tienes motivos para volverte loca como yo.

En tanto que esto decía, medía la estancia con pasos desatentados y murmurando otras palabras que apenas se le entendían. Por fin, el semblante de la muchacha se animó como con alguna idea nueva, y le dijo alborozada:

—¡Albricias, señora!, que en esta misma noche estaré fuera del convento y todo se remediará; pero, por Dios y la Virgen de la Encina, que os soseguéis, porque si de ese modo os echáis a morir, a fe que vamos a hacer un pan como unas hostias.

—Pero ¿qué es lo que intentas? —preguntó su ama, admirada no menos de aquella súbita mudanza que del aire de seguridad de la muchacha.

—Ahora es —respondió esta— cuando la madre tornera va a preparar la lámpara del claustro; yo me quedaré un poco de tiempo en su lugar, y lo demás corre de mi cuenta; pero contad con no asustaros, aunque me oigáis gritar y hacer locuras.

Diciendo esto, salió de la celda brincando como un cabrito, no sin dar antes un buen apretón de manos a su señora. La prevención que le dejaba hecha no era ciertamente ociosa, porque al poco tiempo comenzaron a oírse por aquellos claustros tales y tan descompasados gritos y lamentos, que todas las monjas se alborotaron y salieron a ver quién fuese la causadora de tal ruido. Era ni más ni menos que nuestra Martina, que con gestos y ademanes propios de una consumada actriz iba gritando a voz en cuello:

—¡Ay, padre de mi alma!, ¡pobrecita de mí que me voy a quedar sin padre! ¿Dónde está la madre abadesa que me dé licencia para ir a ver a mi padre antes de que se muera?

La pobre tornera seguía detrás como atortolada de ver la tormenta que se había formado no bien se había apartado del torno.

—Pero, muchacha —le dijo, por fin—, ¿quién ha sido el corredor de esa mala nueva?, que cuando yo volví ya no oí la voz de nadie detrás del torno, ni pude verle.

—¿Quién había de ser —respondió ella con la mayor congoja—, sino Tirso, el pastor de mi cuñado?, que iba el pobre sin aliento a Carracedo a ver si el padre boticario le daba algún remedio. ¡Buen lugar tenía él de pararse! Pero ¿dónde está la madre abadesa?

—Aquí —respondió esta, que había acudido al alboroto—, ¿pero a estas horas te quieres ir, cuando se va a poner el sol?

—Sí, señora, a estas horas —replicó ella siempre con el mismo apuro—, porque mañana ya será tarde.

—¿Y dejando a tu señora en este estado? —repuso la abadesa.

Doña Beatriz, que también estaba allí, contestó con los ojos bajos y con el rostro encendido por la primera mentira de toda su vida.

—Dejadla ir, señora tía, porque amas puede Dios depararle muchas y padre no le ha dado sino uno.

La abadesa accedió entonces, pero en vista de la hora insistió en que la acompañase el cobrador de las rentas del convento. Martina bien hubiera

querido librarse de un testigo de vista importuno, pero conoció con su claro discernimiento que el empeñarse en ir sola sería dar que pensar y exponerse a perder la última ánora de salvación que quedaba a su señora. Así pues, dio las gracias a la prelada, y mientras avisaba al cobrador, se retiró con su señora a su celda como para prepararse a su impensada partida. Doña Beatriz trazó atropelladamente estos renglones:

Don Álvaro: dentro de tres días me casan si vos o Dios no lo impedís. Ved lo que cumple a vuestra honra y a la mía, pues ese día será para mí el de la muerte.

No bien acababa de cerrar aquella carta cuando vinieron a decir que el escudero de Martina estaba ya aguardando, porque como los criados del monasterio vivían en casas pegadas a la fábrica, siempre se les encontraba a mano y prontos. Doña Beatriz dio algunas monedas de oro y plata a su criada y solo la encargó la pronta vuelta, porque si podía acomodarse al arbitrio inventado, su noble alma era incapaz de contribuir gustosa a ningún género de farsa ni engaño. La muchacha, que ciertamente tenía más de malicia y travesura que no de escrúpulo, salió del convento fingiendo la misma prisa y pesadumbre que antes, oyendo las buenas razones y consuelos del cobrador, como si realmente las hubiese menester. El lugar a donde se dirigían era Valtuille, muy poco distante del monasterio, porque de allí era Martina y allí tenía su familia; pero, sin embargo, ya comenzaba a anochecer cuando llegaron a las eras. Allí se volvió Martina al cobrador y dándole una moneda de plata, le despidió socolor de no necesitarle ya, y de sacar de cuidado a las buenas madres. Dio él por muy valederas las razones en vista del agasajo y repitiéndole alguno de sus más sesudos consejos, dio la vuelta más que de paso a Villabuena. Ocurriósele por el camino que las monjas le preguntarían por el estado del supuesto enfermo, y aún estuvo por deshacer lo andado para informarse, en cuyo caso toda la maraña se desenredaba y el embuste venía al suelo con su propio peso; pero afortunadamente, se echó la cuenta de que con cuatro palabras, algún gesto significativo y tal cual meneo de cabeza, salía del paso airoosamente y se ahorraba además tiempo y trabajo, y de consiguiente se atuvo a tan cuerda determinación.

Martina, por su parte, queriendo recatarse de todo el mundo, fue rodeando las huertas del lugar, y saltando la cerca de la de su cuñado se entró en la casa cuando menos la esperaban. Tanto su hermana como su marido la acogieron con toda la cordialidad que nuestros lectores pueden

suponer y que sin duda se merecía por su carácter alegre y bondadoso. Pasados los primeros agasajos y cariños, Martina preguntó a su cuñado si tenía en casa la yegua torda.

—En casa está —respondió Bruno, así se llamaba el aldeano—; por cierto, que como ha sido año de pastos, parece una panera de gorda. Capaz está de llevarse encima el mismo pilón de la fuente de Carracedo.

—No está de sobra —replicó Martina—, porque esta noche tiene que llevarnos a los dos a Bembibre.

—¿A Bembibre? —repuso el aldeano—, ¡tú estás loca, muchacha!

—No, sino en mi cabal juicio —contestó ella; y enseguida, como estaba segura de la discreción de sus hermanos, se puso a contarles los sucesos de aquel día.

Marido y mujer escuchaban la relación con el mayor interés, porque siendo renteros hereditarios de la casa de Arganza, y teniendo además a su servicio una persona tan allegada, parecían en cierto modo de la familia. No faltó en medio del relato aquello de: «¡Pobre señora!», «¡maldita vanidad!», «¡despreciar a un hombre como don Álvaro!», «¡pícaro conde!» y otras por el estilo, con que aquellas gentes sencillas, y poco dueñas por lo tanto de los primeros movimientos, significaban su afición a doña Beatriz y al señor de Bembibre, cosa en que tantos compañeros tenían. Por fin, concluido el relato, la hermana de Martina se quedó como pensativa, y dijo a su marido con aire muy desalentado:

—¿Sabes que una hazaña como esa puede muy bien costarnos los prados y tierras que llevamos en renta, y a más de esto, a más, la malquerencia de un gran señor?

—Mujer —respondió el intrépido Bruno—; ¿qué estás ahí diciendo de tierras y de prados? ¡No parece sino que doña Beatriz es ahí una extraña o una cualquiera! Y sobre todo, más fincas hay que las del señor de Arganza, y no es cosa de tantas cavilaciones eso de hacer el bien. Conque así, muchacha —añadió dando un pellizco a Martina—, voy ahora mismo a aparejar la torda, y ya verás qué paso llevamos los dos por esos caminos.

—Anda, que no te pesará —respondió la sutil doncella, moviendo el bolsillo que le había dado su ama—; que doña Beatriz no tiene pizca de desagradecida. Hay aquí más maravedís de oro que los que ganas en todo el año con el arado.

—Pues por ahora —respondió el labriego— tu ama habrá de perdonar, que alguna vez han de poder hacer los pobres el bien sin codicia y solo por

el gusto de hacerlo. Con que sea madrina del primer hijo que nos dé Dios, me doy por pagado y contento.

Dicho esto, se encaminó a la cuadra silbando una tonada del país y se puso a enalbardar la yegua con toda diligencia, en tanto que la mujer, contagiada enteramente de la resolución de su marido, decía a su hermana con cierto aire de vanidad:

—¡Es mucho hombre este Bruno! Por hacer bien, se echaría a volar desde el pico de la Aquiana.

En esto ya volvía él con la yegua aderezada, y sacándola por la puerta trasera de la huerta para meter menos ruido, montó en ella poniendo a Martina delante, y después de decir a su mujer que antes de amanecer estarían va de vuelta, se alejaron a paso acelerado. Era la torda animal muy valiente; y así es que a pesar de la carga tardaron poco en verse en la fértil ribera de Bembibre, bañada entonces por los rayos melancólicos de la luna que rielaba en las aguas del Boeza, y en los muchos arroyos que como otras tantas venas suyas derraman la fertilidad y alegría por el llano. Como la noche estaba ya adelantada, por no despertar a la ya recogida gente del pueblo, torcieron a la izquierda y por las afueras se encaminaron al castillo, sito en una pequeña eminencia y cuyos destruidos paredones y murallas tienen todavía una apariencia pintoresca en medio del fresco paisaje que enseñorean. A la sazón, todo parecía en él muerto y silencioso; pero los pasos del centinela en la plataforma del puente levadizo, una luz que alumbraba un aposento de la torre de en medio y esmaltaba sus vidrieras de colores y una sombra que de cuando en cuando se pintaba en ellos, daban a entender que el sueño no había cerrado los ojos de todos. Aquella luz era la del aposento de don Álvaro, y su sombra la que aparecía de cuando en cuando en la vidriera. El pobre caballero hacía días que apenas podía conciliar el sueño a menos de haberse entregado a violentas fatigas en la caza.

Llegaron nuestros aventureros al foso y llamando al centinela dijeron que tenían que dar a don Álvaro un mensaje importante. El comandante de la guardia, viendo que solo era un hombre y una mujer, mandó bajar el puente y dar parte al señor de la visita. Millán, que como paje andaba más cerca de su amo, bajó al punto a recibir a los huéspedes a quienes no conoció hasta que Martina le dio un buen pellizco diciéndole:

—¡Hola, señor bribón!, ¡cómo se conoce que piensa su merced poco en las pobres reclusas y que al que se muere le entierran!

—Enterrada tengo yo el alma en los ojuelos de esa cara, reina mía — contestó él, con un tono entre chancero y apasionado—, ¿pero qué diablos te trae a estas horas por esta tierra?

—Vamos, señor burlón —respondió ella—, enséñenos el camino y no quiera dar a su amo las sobras de su curiosidad.

No fue menor la sorpresa de don Álvaro que la de su escudero, aunque su corazón présago y leal le dio un vuelco terrible. Cabalmente, el día antes había recibido nuevas de la guerra civil que amagaba en Castilla y de la cual mal podía excusarse; y la idea de una ausencia en aquella ocasión agravaba no poco sus angustias. Martina le entregó silenciosamente el papel de su señora que leyó con una palidez mortal. Sin embargo, como hemos dicho más de una vez, no era de los que en las ocasiones de obrar se dejan abrumar por el infortunio. Repúsose, pues, lo mejor que pudo y empezó por preguntar a Martina si creía que hubiese algún medio de penetrar en el convento.

—Sí, señor —respondió ella—, porque como más de una vez me ha ocurrido que con un señor tan testarudo como mi amo algún día tendríamos que hacer nuestra voluntad y no la suya, me he puesto a mirar todos los agujeros y resquicios, y he encontrado que los barrotes de la reja por dónde sale el agua de la huerta están casi podridos, y que con un mediano esfuerzo podrían romperse.

—Sí, pero si tu señora ha de estarse encerrada en el monasterio mientras tanto, nada adelantamos con eso.

—¡Qué!, no señor —repuso la astuta aldeana—, porque como mi ama gusta de pasearse por la huerta hasta después de anochecer, muchas veces cojo yo la llave y se la llevo a la hortelana, pero como siempre me manda colgarla de un clavo, cualquier día puedo dejar otra en su lugar y quedarme con ella para salir a la huerta a la hora que nos acomode.

—En ese caso —repuso don Álvaro—, di a tu señora que mañana a media noche me aguarde junto a la reja del agua. Tiempo es ya de salir de este infierno en que vivimos.

—Dios lo haga —respondió la muchacha con un acento tal de sinceridad, que se conocía la gran parte que le alcanzaba en las penas de su señora, y un poco además del tedio de la clausura.

Despidiose enseguida, porque ningún tiempo le sobraba para estar al amanecer en Villabuena, según lo reclamaba así su plan, como la urgencia del recado que llevaba de don Álvaro. Así que volvió a subir en la torda con

el honrado Bruno, pero en brazos de Millán, y volvieron a correr por aquellos desiertos campos hasta que, al rayar el alba, se encontraron en las frescas orillas del Cúa. Cabalmente, tocaban entonces a las primeras oraciones, de consiguiente no pudo llegar más a tiempo. Al punto la rodearon las monjas preguntándole con su natural curiosidad qué era lo que había ocurrido.

—¿Qué había de ser, pecadora de mí —respondió ella con el mayor enojo—, sino una sandez de las muchas de Tirso? Vio caer a mi padre con el accidente que le da de tarde en tarde, y sin más ni más vino a alborotarnos aquí y hasta a Carracedo fue sin que nadie se lo mandase. No, pues si otra vez no escogen mejor mensajero, a buen seguro que yo me mueva, aunque de cierto se muera todo el mundo.

Diciendo esto se dirigió a la celda de su señora dejando a las buenas monjas entregadas a sus reflexiones sobre la torpeza del pastor y lo pesado del chasco. El remiendo de Martina, aunque del mismo paño, como suele decirse, no estaba tan curiosamente echado que al cabo de algún tiempo no pudiesen verse las puntadas; pero contaba con que tanto ella como su señora estuviesen ya por entonces al abrigo de los resultados.





Capítulo X

Don Álvaro salió de su castillo muy poco después de Martina, y encaminándose a Ponferrada subió el Montearenas, torció a la izquierda, cruzó el Boeza y sin entrar en la bailía tomó la vuelta de Cornatel. Caminaba orillas del Sil, ya entonces junto con el Boeza, y con la pura luz del alba, e iba cruzando aquellos pueblos y valles que el viajero no se cansa de mirar y que a semejante hora estaban poblados con los cantares de infinitas aves. Ora atravesaba un soto de castaños y nogales, ora un linar cuyas azuladas flores semejabán la superficie de una laguna, ora praderas fresquísimas y de un verde delicioso, y de cuando en cuando solía encontrar un trozo de camino cubierto a manera de dosel con un rústico emparrado. Por la izquierda subían, en un declive manso a veces y a veces rápido, las montañas que forman la cordillera de la Aquiana con sus faldas cubiertas de viñedo, y por la derecha se dilataban hasta el río huertas y alamedas de gran frondosidad. Cruzaban los aires bandadas de palomas torcaces con vuelo veloz y sereno al mismo tiempo; las pomposas oropéndolas y los vistosos gayos revoloteaban entre los árboles, y pintados jilgueros y desvergonzados gorriones se columpiaban en las zarzas de los setos. Los ganados salían con sus cencerros, y un pastor jovencillo iba tocando en una flauta de corteza de castaño una tonada apacible y suave.

Si don Álvaro llevase el ánimo desembarazado de las angustias y sinsabores que de algún tiempo atrás acibaraban sus horas, hubiera admirado sin duda aquel paisaje que tantas veces había cautivado dulcemente sus sentidos en días más alegres; pero ahora su único deseo era llegar pronto al castillo de Cornatel y hablar con el comendador Saldaña, su alcaide.

Por fin, torciendo a la izquierda y entrando en una encañada profunda y barrancosa por cuyo fondo corría un riachuelo, se le presentó en la cresta de la montaña la mole del castillo iluminada ya por los rayos del sol, mientras los precipicios de alrededor estaban todavía oscuros y cubiertos de vapores. Paseábase un centinela por entre las almenas, y sus armas despedían a cada paso vivos resplandores. Difícilmente se puede imaginar mudanza más repentina que la que experimenta el viajero entrando en esta

profunda garganta: la naturaleza de este sitio es áspera y montaraz, y el castillo mismo cuyas murallas se recortan sobre el fondo del cielo parece una estrecha atalaya entre los enormes peñascos que le cercan y al lado de los cerros que le dominan. Aunque el foso se ha cegado y los aposentos interiores se han desplomado con el peso de los años, el esqueleto del castillo todavía se mantienen en pie y ofrece el mismo espectáculo que entonces ofrecía visto de lejos.

Don Álvaro cruzó el arroyo y comenzó a trepar la empinada cuesta en que serpenteaba el camino, que después de numerosas curvas y prolongaciones acababa en las obras exteriores del castillo. Iba su ánimo combatido de deseos y esperanzas, a cual más inciertas, pero determinado a aceptar las numerosas ofertas del comendador Saldaña y ponerlas a prueba en aquella ocasión, en que se trataba de algo más que su propia vida. Resuelto a esconder su plan y los resultados de él a los ojos de todo el mundo, y seguro de que la templanza y austeridad de su tío no le permitirían prestarle su ayuda, sus imaginaciones y esperanzas solo descansaban en el alcaide de Cornatel. Su castillo de Bembibre no le ofrecía el sigilo necesario para la empresa que meditaba, so pena de encender la guerra en aquella pacífica comarca, y por otra parte ningún velo pudiera encontrar tan tupido y espeso como el misterio temeroso y profundo que cercaba todas las cosas de aquella Orden.

El comendador que, según su inveterada costumbre, estaba en pie al romper el día, viendo un caballero que subía la cuesta, y conociéndole cuando ya estuvo más cerca, salió a recibir con un afecto casi paternal a tan ilustre huésped, mirado entre todos los templarios como el apoyo más fuerte de su Orden en aquella tierra. Era don Gutierre de Saldaña hombre ya entrado en días; de regular estatura, pelo y barba como de plata; pero ágil y fuerte en sus movimientos como un mancebo. Su semblante hubiera infundido solo veneración a no ser por la inquietud y desasosiego de alma que privaba a aquel noble busto romano del reposo y calma que tan naturales adornos son de la ancianidad. Eran sus ojos vivos y rasgados de increíble fuerza, y en su frente, elevada y espaciosa, se pintaban como en un fiel espejo pensamientos semejantes a las nubes tormentosas que coronan las montañas, que unas veces se disipan azotadas del viento y otras veces descargan sobre la atemorizada llanura. Cualquiera al verle hubiera dicho que las pasiones habían ejecutado su estrago en aquel natural poderoso y enérgico, pero de cuantas habían agitado su juventud, para todos

desconocida y enigmática, solo una había quedado por señora de aquel alma profunda e insondable como un abismo. Esta pasión era el amor a su Orden y el deseo de acrecentar su honra y su opulencia, término cuyo logro no encontraba en él diferencia en los caminos.

Su vida se había pasado en la Tierra Santa en continuas batallas con los infieles y en medio de los odios de los caballeros de San Juan y de los príncipes que tan fieros golpes dieron al poder de los cristianos en la Siria, y por último, había asistido a la ruina de San Juan de Acre o Tolemaida, postrer baluarte de la cruz en aquellas regiones apartadas. Entonces dio la vuelta a España, su patria, herida su alma altiva y rebelde en lo más vivo, pensando en la Tierra Santa que perdían para siempre sus hermanos, y cargado en fin con todos los vicios que legítimamente podían atribuirse a la milicia del Temple. Parecióle que en vista de la tibieza con que la Europa comenzaba a mirar la conquista de ultramar, solo para los templarios estaba guardada tamaña empresa, y en el desvarío de su despecho y de su orgullo llegó a imaginar la Europa entera convertida en una monarquía regida por el gran maestro, y que al son de las trompetas de la Orden y alrededor del Balza se movía de nuevo y como animada de una sola voluntad en demanda del Santo Sepulcro. El ejemplo de los caballeros teutónicos en Alemania acabó de encender su fantasía volcánica, y vueltos sus ojos a Jerusalén, trabajando sin cesar por el engrandecimiento de su hermandad y codiciando para ella alianzas y apoyos en todas partes, sus amigos se habían convertido para él en hijos queridos y sus contrarios en criaturas odiosas, como si el mismo infierno las vomitara. Aquel alma sombría y tremenda, exacerbada con la desgracia y lejos de la abnegación y la humildad, fuentes puras de la institución, se había amargado con las aguas del orgullo y de la venganza, móvil entonces el más poderoso de sus acciones. Comoquiera, la fe iluminaba todavía aquel abismo, si bien su luz hacía resaltar más sus tinieblas.

Este hombre extraordinario quería a don Álvaro con pasión, no solo a causa de su confederación con la Orden, sino por sus prendas hidalgas y elevado ingenio. No parecía sino que un reflejo de sus días juveniles se pintaba en aquella figura de tan noble y varonil belleza. Hasta le habían oído hablar con una mal disimulada emoción de la desdichada pasión del noble mancebo, cosa extraña en su austeridad y adusto carácter. Los recientes sucesos de Francia acababan de dar la última mano a sus extraños proyectos, porque una vez arrojado el guante por los príncipes, la poderosa

Orden del Temple tendría que presentar la gran batalla, de la cual, en su entender, debía resultar la total sumisión de la Europa y tras de ella la reconquista de Jerusalén. Sin embargo, por muchas que fueran las tinieblas con que el orgullo y el error cegaban su entendimiento, de cuando en cuando la verdad le mostraba algún vislumbre que si no bastaba para disiparlas, sobraba para introducir en su alma la inquietud y el recelo. Con esto se había llegado a hacer más ceñudo y menos tratable que de costumbre, y fuese por respeto a sus meditaciones o por motivo menos piadoso, los caballeros y aspirantes esquivaban su conversación.

Paseábase pues, solo en uno de los torreones que miran hacia poniente, cuando divisó, con su vista de águila y acostumbrada a distinguir los objetos a largas distancias en los vastos desiertos de la Siria, a nuestro caballero que con su paje de lanza iban subiendo a buen paso el agrio repecho que conducía y conduce al castillo. Bajó pues, a la puerta misma a recibirlo, no solo con la cortesía propia de su clase, sino también con la sincera cordialidad que siempre le inspiraba aquel gallardo mancebo.

—¿De dónde bueno tan temprano? —le dijo abrazándole estrechamente.

—De mi castillo de Bembibre —respondió el caballero.

—¡De Bembibre! —contestó el comendador como admirado—. Quiere decir que habéis andado de noche y que vuestra prisa debe ser muy grande y ejecutiva.

Don Álvaro hizo una señal de afirmación con la cabeza, y el anciano, después de examinarle atentamente, le dijo:

—¡Por el Santo Sepulcro, que tenéis el mismo semblante que teníamos los templarios el día que nos embarcamos para Europa! ¿Qué os ha pasado en este mes en que no hemos podido echaros la vista encima?

—Ni yo mismo sabría decíroslo —respondió don Álvaro—, y sobre todo aquí —añadió echando una mirada alrededor.

—Sí, sí, tenéis razón —contestó Saldaña, y asiéndose de su brazo subió con él al mismo torreón en que antes estaba.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó de nuevo el comendador.

El joven por única respuesta sacó del seno la carta de doña Beatriz y se la entregó. Como era tan breve, el comendador la recorrió de una sola ojeada, y dijo frunciendo el entrecejo de una manera casi feroz, aunque en voz baja:

—¡Ira de Dios, señores villanos!, ¿conque queréis acorralarnos y destrozar además el pecho de gentes que valen algo más que vosotros? ¿Y qué habéis pensado? —repuso volviéndose a don Álvaro.

—He pensado arrancarla de su convento aunque hubiese de romper por medio de todas las lanzas de Castilla; pero llevarla a mi castillo ofrece muchos riesgos para ella, y venía a pedir os ayuda y consejo.

—Ni uno ni otra os faltarán. Habéis obrado como discreto, porque si a vuestro castillo os la llevaseis, o tendríais que abrir de grado sus puertas a quien fuese a buscarla, o se encendería al punto la guerra, cosa que daría gran pesar a vuestro tío y a nadie traería ventaja por ahora.

—Si yo pudiera esconderla en las cercanías —repuso don Álvaro— hasta que pasase el primer alboroto, la pondría después en un convento de la Puebla de Sanabria, donde es abadesa una pariente mía.

—Pues en ese caso —replicó Saldaña—, traedla a Cornatel, porque si a buscarla vinieren, a fe que no la encontrarán. Junto al arroyo, y cubierta con malezas al lado de una cruz de piedra, está la mina del castillo, y por allí podéis introducirla. En mis aposentos no entra nadie, y nadie de consiguiente la verá. Pero a lo que dice la carta, mucha diligencia habéis menester para impedir un suceso que ha de quedar concluido pasado mañana.

—Y tanta —respondió don Álvaro—, que esta misma noche pienso dar cima a la empresa. —Y enseguida le contó la visita de Martina y la traza concertada, que al comendador le pareció muy bien.

Quedáronse entonces entrambos en silencio como embebecidos en la contemplación del soberbio punto de vista que ofrecía aquel alcázar reducido y estrecho, pero que, semejante al nido de las águilas, dominaba la llanura. Por la parte de oriente y norte le cercaban los precipicios y derrumbaderos horribles por cuyo fondo corría el riachuelo que acababa de pasar don Álvaro, con un ruido sordo y lejano que parecía un continuo gemido. Entre norte y ocaso se divisaba un trozo de la cercana ribera del Sil lleno de árboles y verdura, más allá del cual se extendía el gran llano del Bierzo poblado entonces de monte y dehesas, y terminado por las montañas que forman aquel hermoso y feraz anfiteatro. El Cúa, encubierto por las interminables arboledas y sotos de sus orillas, corría por la izquierda al pie de la cordillera, besando la falda del antiguo *Berdigum* y bañando el monasterio de Carracedo. Y hacia el poniente, por fin, el lago azul y transparente de Carucedo, harto más extendido que en el día, parecía servir de espejo a los lugares que adornan sus orillas y a los montes de suavísimo declive que lo encierran. Crecían al borde mismo del agua encinas corpulentas y de ramas pendientes parecidas a los sauces que aún hoy se

conservan, chopos altos y doblegadizos como mimbres que se mecían al menor soplo del viento, y castaños robustos y de redonda copa. De cuando en cuando una bandada de lavancos y gallinetas de agua revolaba por encima describiendo espaciosos círculos, y luego se precipitaba en los espadañales de la orilla, o levantando el vuelo desaparecía detrás de los encarnados picachos de Las Médulas.

Saldaña tenía clavados los ojos en el lago, mientras don Álvaro, siguiendo con la vista las orillas del Cúa, procuraba en vano descubrir el monasterio de Villabuena oculto por un recodo de los montes.

—¡Dichosas orillas del mar Muerto! —prorrumpió por fin con un suspiro el anciano comendador—. ¡Cuánto más agradables y benditas eran para mí sus arenas que la frescura y lozanía que engalana aquellas orillas!

Aquella repentina exclamación que revelaba el sentido de sus largas meditaciones, arrancó de su distracción a don Álvaro.

Acercose entonces al templario, y le dijo:

—¿No confiáis en que los caballos del Temple vuelvan a beber las aguas del Cedrón?

—¡Qué si no confío! —exclamó el caballero con una voz semejante a la de una trompeta—. ¿Y quién si no esta confianza mantiene la hoguera de mi juventud bajo la nieve de estas canas? ¿Por qué conservo a mi lado esta espada, sino es por la esperanza de lavarla en el Jordán del orín de la mengua y del vencimiento?

—Os confieso —contestó don Álvaro— que al ver la tormenta que parece formarse contra vuestra Orden, algunas veces he llegado a dudar de vuestras glorias futuras y hasta de vuestra existencia.

—Sí —replicó el templario con amargura—, ese es el premio que da Felipe en Francia a los que le salvaron de las garras de un populacho amotinado. Ese sin duda el que nos prepara el rey don Jaime por haber criado en nuestro nido el águila que con un vuelo glorioso fue a posarse en las mezquitas de Valencia y las montañas de Mallorca. Ese tal vez el que don Fernando el IV guarda a los únicos caballeros que entre los lobos hambrientos de Castilla no han embestido su mal guardado rebaño. Pero nosotros saldremos de las sombras de la calumnia como el sol de las tinieblas de la noche; nosotros abatiremos a los soberbios y levantaremos a los humildes; nosotros reuniremos el mundo al pie del Calvario, y allí comenzará para él la era nueva.

—¿Habéis oído alguna vez las reflexiones de mi tío?

—Vuestro tío es una estrella limpia y sin mancha en el cielo de nuestra Orden —replicó el comendador—, y tal vez dice verdad; pero vuestro tío se olvida —añadió con orgulloso entusiasmo— que el primer don del cielo es el valor que todavía habita en el corazón de los templarios como en su tabernáculo sagrado. Acaso es cierto que el orgullo nos ha corrompido; ¿pero quién ha vertido más sangre por la causa de Dios? ¿Dónde estaban para nosotros el cariñoso calor del hogar doméstico, el noble ardor de la ciencia y el reposo del claustro? ¿Qué nos quedaba sino el poder y la gloria? Cualquiera que sea nuestra culpa, con nuestra sangre la volveremos a lavar, y con nuestras lágrimas en las ruinas del palacio de David. Pero ¿quiénes son esos gusanos viles que han dejado el sepulcro de Cristo en poder de los perros de Mahoma para juzgarnos a nosotros, a quien todo el poder del cielo y del infierno apenas fue bastante a arrojar de aquellas riberas?

Calló entonces por un rato, y después, tomando la mano de su compañero, le dijo con un acento casi enternecido:

—Don Álvaro, vuestra alma es noble y no hay cosa que no comprenda, pero vos no sabéis lo que es haber sido dueños de aquella tierra milagrosa y haberla perdido. Vos no podéis imaginaros a Jerusalén en medio de su gloria y majestad. Y ahora —continuó con los ojos casi bañados de lágrimas—, ahora está sentada en la soledad llorando, hilo a hilo en la noche, y sus lágrimas en sus mejillas. El laúd de los trovadores ha callado como las arpas de los profetas, y ambos gimen al son del viento colgados de los sauces de Babilonia. Pero nosotros volveremos del destierro —añadió con un tono casi triunfante— y levantaremos otra vez sus murallas con la espada en una mano y la llana en la otra, y entonaremos en sus muros el cántico de Moisés al pie de la cruz en que murió el hijo del hombre.

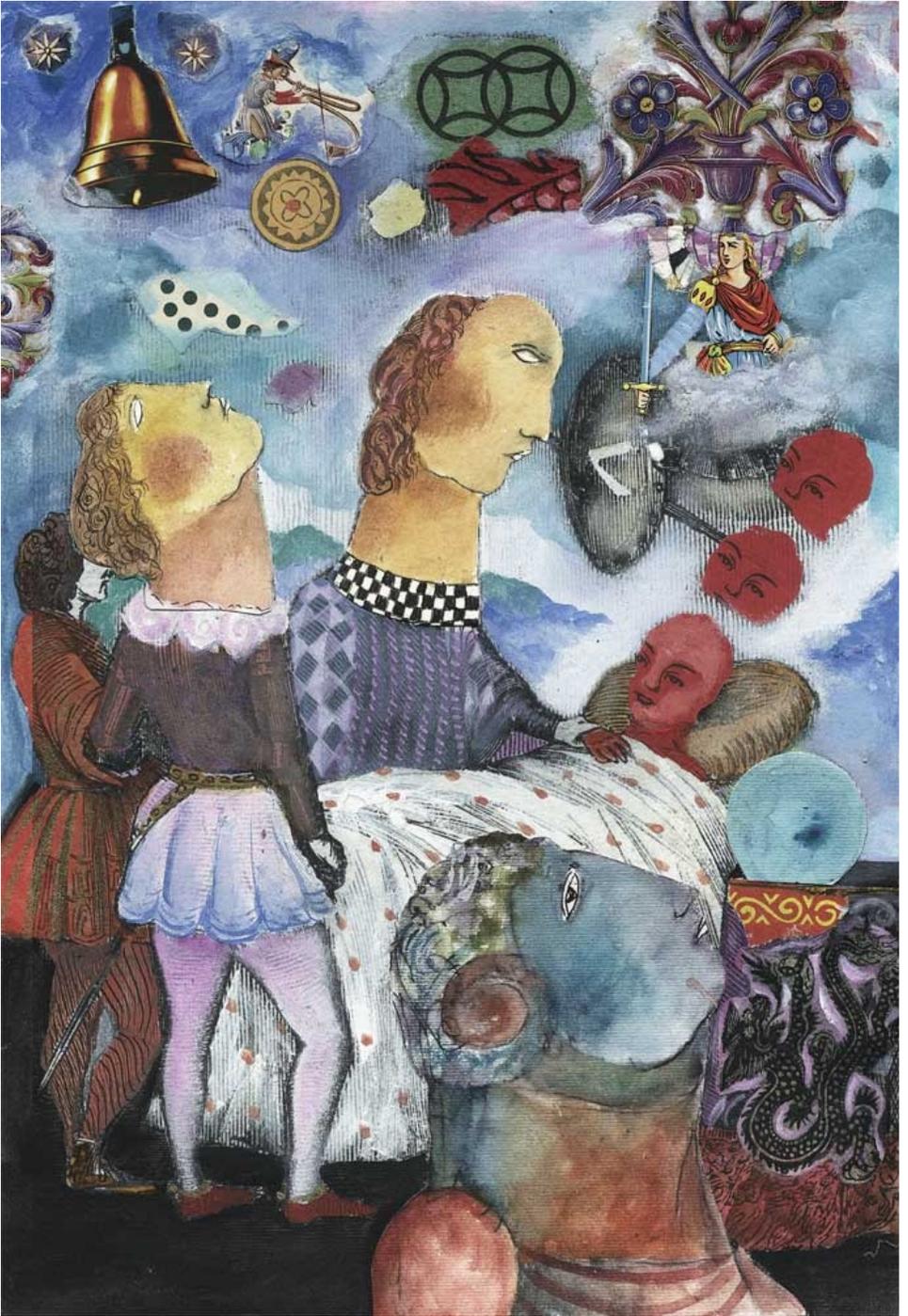
Aquel rostro surcado por los años se había encendido, y su noble figura, animada por el fuego que inspiran todas las pasiones verdaderas y vestida con aquel hermoso ropaje blanco que tan bien decía con su edad, asomada a los precipicios de Cornatel que por su hondura y oscuridad pudieran compararse al valle de la muerte, parecía el profeta Ezequiel evocando los muertos de sus sepulcros para el juicio final. Don Álvaro, que tan fácilmente se dejaba subyugar por todas las emociones generosas, apretó fuertemente la mano del anciano y le dijo conmovido:

—Dichoso el que pudiera contribuir a la santa obra. No será mi brazo el que os falte.

—Mucho podéis hacer —contestó Saldaña—. ¡Quiera Dios coronar nuestros nobles intentos!

Bajaron entonces a los aposentos del comendador, que eran unas cuantas cámaras de tosca estructura, una de las cuales tenía una escalera que descendía a la mina. Saldaña entregó a don Álvaro la llave de la puerta o trampa exterior, y bajando con él le hizo notar todos los ánditos y pasadizos subterráneos. Volvieron otra vez a los aposentos donde hicieron una frugal comida, y al caer el sol salió de nuevo don Álvaro con su escudero. Habíale ofrecido Saldaña algunas buenas lanzas por si quería escolta con que mejor asegurar su intento, pero el joven la rehusó prudentemente, haciéndole ver que el golpe era de astucia y no de fuerza, y que cuanto pudiese llamar la atención perjudicaría su éxito. Encaminose, pues, solo con su escudero a la orilla del Sil, que cruzó por la barca de Villadepalos. Después se internó en la dehesa que ocupaba entonces la mayor parte del fondo del Bierzo, y dando un gran rodeo para evitar el paso por Carracedo tomó, ya muy entrada la noche, la vuelta de Villabuena.





Capítulo XI

Tiempo es ya de que volvamos a doña Beatriz, cuya situación era sin duda la más violenta y terrible de todas. La agitación nerviosa y calenturienta que le había causado la terrible escena con su padre y la inminencia del riesgo le habían dado fuerzas para arrojarse a cualquier extremo a trueque de huir de los peligros que la amagaban, pero cuando Martina desapareció para llevar su mensaje y aquella violenta agitación se fue calmando para venir a parar por último en una especie de postración, comenzó a ver su conducta bajo diverso aspecto, a temblar por lo que iba a suceder como había temblado por lo pasado, y a encontrar mil dudas y tropiezos, donde su pasión solo había visto antes resolución y caminos llanos. Ningún empacho había tenido el día de su encierro en solicitar la entrevista de la iglesia, porque semejante paso solo iba encaminado a contener a su amante en los límites del deber e inclinarle al respeto en todo lo que emanase de su padre. La paz de aquella tierra y la propia opinión la habían determinado a semejante paso; pero ahora, tal vez para encender esta guerra, para confiarse a la protección de su amante, para arrojarse a las playas de lo futuro sin el apoyo de su padre, sin las bendiciones de su madre, era para lo que llamaba a don Álvaro. Aquel era su primer acto de rebelión, aquel el primer paso fuera del sendero trillado y hasta allí fácil de sus deberes, y la propensión al sacrificio que descansa en el fondo de todas las almas generosas no dejó también de levantarse para echarle en cara que, atenta únicamente a su ventura, no pensaba en la soledad y aflicción que envenenarían los últimos días de sus ancianos padres. Su pobre madre en particular, tan enferma y lastimada, se le representaba sucumbiendo bajo el peso de su falta y extendiendo sus brazos a su hija que no estaba allí para cerrarle los ojos y recoger su último suspiro.

Si tales reflexiones se hubieran representado solas a su imaginación, claro es que hubiesen dado en el suelo con todos sus propósitos; pero el vivo resentimiento que la violencia de su padre le causaba, y la frialdad de alma del conde, cuyos ruines propósitos ni aun bajo el velo de la cortesía habían llegado a encubrirse, le restituían toda la presencia de ánimo que era menester en tan apurado trance. Y como entonces no dejaba de aparecerse

a su imaginación la noble y dolorida figura de don Álvaro, que venía a pedirle cuenta de sus juramentos y a preguntarle con risa sardónica qué había hecho de su pasión, de aquella adoración profunda, culto verdadero con que siempre la había acatado, sus anteriores sentimientos al punto cedían a los que más fácil y natural cabida habían hallado en su corazón. De esta manera, dudas, temores, resolución y arrepentimientos se disputaban aquel combatido y atribulado espíritu.

La vuelta de Martina, que con tanta prontitud como ingenio había desempeñado su ardua comisión, la asustó más que la alegró, porque era señal de que aquella tremenda crisis tocaba a su término. Contóle con alegría y viveza la muchacha todas las menudencias de su correría, y concluyó con la noticia de que aquella misma noche, a las doce, don Álvaro entraría por la reja del agua en la huerta, y que entrambas se marcharían a donde Dios se la deparase con sus amantes, porque, como decía el señor de Bembibre, era aquel demasiado infierno para tres personas solas.

Doña Beatriz, que había estado paseando a pasos desiguales por la habitación, cruzando las manos sobre el pecho de cuando en cuando, y levantando los ojos al cielo, se volvió entonces a Martina y le dijo con ceño:

—¿Y cómo, loca, aturdida, le sugeriste semejante traza? ¿Te parece a ti que son estos juegos de niño?

—A mí no —contestó con despejo la aldeana—, a quien se lo parece es al testarudo de vuestro padre y al otro danzante de Galicia. Esos sí que miran como juego de niños echaros el lazo al pescuezo y llevaros arrastrando por ahí adelante. ¡Miren que aliño de casa estaría, la mujer llorando por los rincones y el marido por ahí urdiéndolas y luego regañando si le salen mal!

Doña Beatriz, al oír esta pintura tan viva como exacta de la suerte que le destinaban, levantó los ojos al cielo retorciéndose las manos, y Martina, entre enternecida y enojada, le dijo:

—¡Vamos, vamos, que ese caso no llegará Dios mediante! ¡Con tantos pesares ya habéis perdido el color, ni más ni menos que el otro, que parece que le han desenterrado! Esta noche salimos de penas y veréis qué corrida damos por esos campos de Dios. Una libra de cera he ofrecido a la Virgen de la Encina si salimos con bien.

Todas estas cosas, que a manera de torbellino salían de la rosada boca de aquella muchacha, no bastaron a sacar a doña Beatriz de su distracción inquieta y dolorida. Llegó por fin la tarde, y como no se dispusiese a salir de la celda, su criada le hizo advertir que mal podían ejecutar su intento si

no iban a la huerta. Entonces la señora se levantó como si un resorte la hubiera movido, y como para desechar toda reflexión inoportuna, se encaminó precipitadamente al sitio de sus acostumbrados paseos.

Era la tarde purísima y templada, y la brisa que discurría perezosamente entre los árboles apenas arrancaba un leve susurro de sus hojas. El sol se acercaba al ocaso por entre nubes de variados matices, y bañaba las colinas cercanas, las copas de los árboles y la severa fábrica del monasterio de una luz cuyas tintas variaban, pero de un tono general siempre suave y apacible. Las tórtolas arrullaban entre los castaños, y el murmullo del Cúa tenía un no sé qué de vago y adormecido que inclinaba el alma a la meditación. Difícil era mirar sin enternecimiento aquella escena sosegada y melancólica, y el alma de doña Beatriz, tan predispuesta de continuo a esta clase de emociones, se entregaba a ellas con toda el ansia que sienten los corazones llagados.

Cierto era que con pocas alegrías podía señalar los días que había pasado en aquel asilo de paz; pero al cabo, el cariño con que había sido acogida y el encanto que derramaba en su pecho la santa calma del claustro, tenían natural atractivo a sus ojos. ¿Quién sabe lo que le aguardaba el porvenir en sus regiones apartadas?... Doña Beatriz se sentó al pie de un álamo, y desde allí, como por despedida, tendía dolorosas miradas a todos aquellos sitios, testigos y compañeros de sus pesares, a las flores que había cuidado con su mano, a los pájaros para quienes había traído cebo más de una vez, y a los arroyos en fin, que tan dulce y sonoramente murmuraban. Embebecida en estos tristes pensamientos no echó de ver que el sol se había puesto y callado las tórtolas y pajarillos, hasta que la campana del convento tocó a las oraciones. Aquel son que se prolongaba por las soledades y se perdía entre las sombras del crepúsculo, asustó a doña Beatriz, que lo escuchó como si recibiera un aviso del cielo, y volviéndose a su criada le dijo:

—¿Lo oyes, Martina? Esa es la voz de Dios que me dice: «Obedece a tu padre.» ¿Cómo he podido abrigar la loca idea de apelar a la ayuda de don Álvaro?

—¿Sabéis lo que yo oigo? —replicó la muchacha con algo de enfado—; pues es ni más ni menos que un aviso para que os recojáis a vuestra celda y tengáis más juicio y resolución, procurando dormir un poco.

—Te digo —la interrumpió doña Beatriz— que no huiré con don Álvaro.

—Bien está, bien está —repuso la doncella—, pero andad y decídselo vos, porque al que le vaya con la nueva, buenas albricias le mando. Lo que yo

siento es haberme dado semejante prisa por esos caminos, que no hay hueso que bien me quiera, y a mí me parece que tengo calentura. ¡Trabajo de provecho, así Dios me salve!

En esto entraron en el convento, y Martina se fue a la celda de la hortelana donde, contra las órdenes de su ama, hizo el trueque de llaves proyectado.

Las noches postreras de mayo duran poco, y así no tardaron en oír las doce en el reloj del convento. Ya antes que dieran, había hecho su reconocimiento por los tenebrosos claustros la diligente Martina, y entonces, volviéndose a su ama, le dijo:

—Vamos, señora, porque estoy segura de que ya ha limado o quebrado los barrotes, y nos aguarda como los padres del Limbo el santo advenimiento.

—Yo no tengo fuerzas, Martina —replicó doña Beatriz acongojada—, mejor es que vayas tú sola y le digas mi determinación.

—¿Yo, eh? —respondió ella con malicia—. ¡Pues no era mala embajada! Mujer soy y él un caballero de los más cumplidos, pero mucho sería que no me arrancase la lengua. Vamos, señora —añadió con impaciencia—; poco conocéis el león con quien jugáis. Si tardáis, es capaz de venir a vuestra misma celda y atropellarlo todo. ¡Sin duda, queréis perdernos a los tres!

Doña Beatriz, no menos atemorizada que subyugada por su pasión, salió apoyada en su doncella y entrambas llegaron a tientas a la puerta del jardín. Abrióronla con mucho cuidado, y volviendo a cerrarla de nuevo se encaminaron apresuradamente hacia el sitio de la cerca por donde salía el agua del riego. Como la reja, contemporánea de don Bernardo el Gotoso, estaba toda carcomida de orín, no había sido difícil a un hombre vigoroso como don Álvaro arrancar las barras necesarias para facilitar el paso desahogado a una persona, de manera que cuando llegaron ya el caballero estaba de la parte de adentro. Tomó silenciosamente la mano de doña Beatriz, que parecía de hielo, y le dijo:

—Todo está dispuesto, señora; no en vano habéis puesto en mí vuestra confianza.

Doña Beatriz no contestó, y don Álvaro repuso con impaciencia:

—¿Qué hacéis? ¿Tanto tiempo os parece que nos sobra?

—Pero, don Álvaro —preguntó ella—, con solo la mira de ganar tiempo ¿a dónde queréis llevarme?

El caballero le explicó entonces rápida, pero claramente, todo su plan, tan juicioso como bien concertado, y al acabar su relación doña Beatriz

volvió a guardar silencio. Entonces la zozobra y la angustia comenzaron a apoderarse del corazón de don Álvaro, que también se mantuvo un rato sin hablar palabra, fijos los ojos en los de doña Beatriz que no se alzaban del suelo. Por fin, acallando en lo posible sus recelos, le dijo con voz algo trémula:

—Doña Beatriz, habladme con vuestra sinceridad acostumbrada. ¿Habéis mudado por ventura de resolución?

—Sí, don Álvaro —contestó ella con acento apagado y sin atreverse a alzar la vista—, yo no puedo huir con vos sin deshonorar a mi padre.

Soltó él entonces la mano, como si de repente se hubiera convertido entre las suyas en una víbora ponzoñosa y clavando en ella una mirada casi feroz, le dijo con tono duro y casi sardónico:

—¿Y qué quiere decir entonces vuestro dolorido y extraño mensaje?

—¡Ah! —contestó ella con voz dulce y sentida—, ¿de ese modo me dais en el rostro con mi flaqueza?

—Perdonadme —respondió él—, porque cuando pienso que puedo perderos, mi razón se extravía y el dolor llega a hacerme olvidar hasta de la generosidad. Pero decidme, ¡ah!, decidme —continuó arrojándose a sus pies— que vuestros labios han mentido cuando así queríais apartarme de vos. ¿No vais con vuestro esposo, con el esposo de vuestro corazón? Esto no puede ser más que una fascinación pasajera.

—No es sino verdadera resolución.

—Pero, ¿lo habéis pensado bien? —repuso don Álvaro—. ¿No sabéis que mañana vendrán por vos para llevaros a la iglesia y arrancaros la palabra fatal?

Doña Beatriz se retorció las manos lanzando sordos gemidos, y dijo:

—Yo no obedeceré a mi padre.

—Y vuestro padre os maldecirá, ¿no lo oísteis ayer de su misma boca?

—¡Es verdad, es verdad! —exclamó ella espantada y revolviendo los ojos—, él mismo lo dijo. ¡Ah! —añadió enseguida con el mayor abatimiento—, hágase entonces la voluntad de Dios y la suya.

Don Álvaro, al oírla, se levantó del suelo donde todavía estaba arrodillado, como si se hubiese convertido en una barra de hierro ardiendo, y se plantó en pie delante de ella con un ademán salvaje y sombrío, midiéndola de alto a bajo con sus fulminantes miradas. Ambas mujeres se sintieron sobrecogidas de terror, y Martina no pudo menos de decir a su ama casi al oído:

—¿Qué habéis hecho, señora?

Por fin don Álvaro hizo uno de aquellos esfuerzos que solo a las naturalezas extremadamente enérgicas y altivas son permitidos, y dijo con una frialdad irónica y desdeñosa que atravesaba como una espada el corazón de la infeliz:

—En ese caso, solo me resta pedir os perdón de las muchas molestias que con mis importunidades os he causado, y rendir aquí un respetuoso y cortés homenaje a la ilustre condesa de Lemos, cuya vida colme el cielo de prosperidad.

Y con una profunda reverencia se dispuso a volver las espaldas, pero doña Beatriz, asiéndole del brazo con desesperada violencia, le dijo con voz ronca:

—¡Oh!, ¡no así, no así, don Álvaro! ¡Cosedme a puñaladas si queréis, que aquí estamos solos y nadie os imputará mi muerte, pero no me tratéis de esa manera, mil veces peor que todos los tormentos del infierno!

—¿Doña Beatriz, queréis confiaros a mí?

—Oídmeme, don Álvaro, yo os amo, yo os amo más que a mi alma, jamás seré del conde... pero escuchadme, y no me lancéis esas miradas.

—¿Queréis confiaros a mí y ser mi esposa, la esposa de un hombre que no encontrará en el mundo más mujer que vos?

—¡Ah! —contestó ella congojosamente y como sin sentido—; sí, con vos, ¡con vos hasta la muerte! —y entonces cayó desmayada entre los brazos de Martina y del caballero.

—¿Y qué haremos ahora? —preguntó este.

—¿Qué hemos de hacer? —contestó la criada— sino acomodarla delante de vos en vuestro caballo y marcharnos lo más aprisa que podamos. Vamos, vamos, ¿no habéis oído sus últimas palabras? Algo más suelta tenéis la lengua que mañosas las manos.

Don Álvaro juzgó lo más prudente seguir los consejos de Martina, y acomodándola en su caballo con ayuda de Martina y Millán, salió a galope por aquellas solitarias campiñas, mientras escudero y criada hacían lo propio. El generoso *Almanzor*, como si conociese el valor de su carga, parece que había doblado sus fuerzas y corría orgulloso y engreído, dando de cuando en cuando gozosos relinchos. En minutos llegaron como un torbellino al puente del Cúa y atravesándolo, comenzaron a correr por la opuesta orilla con la misma velocidad.

El viento fresco de la noche y la impetuosidad de la carrera habían comenzado a desvanecer el desmayo de doña Beatriz, que asida por aquel brazo a un tiempo cariñoso y fuerte, parecía trasportada a otras regiones. Sus cabellos sueltos por la agitación y el movimiento ondeaban alrededor de la cabeza de don Álvaro como una nube perfumada, y de cuando en cuando rozaban su semblante. Como su vestido blanco y ligero resaltaba a la luz de la luna más que la oscura armadura de don Álvaro, y semejante a una exhalación celeste entre nubes parecía y desaparecía instantáneamente entre los árboles, se asemejaba a una sílfide cabalgando en el hipogrifo de un encantador. Don Álvaro, embebido en su dicha, no reparaba que estaban cerca del monasterio de Carracedo, cuando de repente una sombra blanca y negra se atravesó rápidamente en medio del camino y con una voz imperiosa y terrible gritó:

—¿Adónde vas, robador de doncellas?

El caballo, a pesar de su valentía, se paró, y doña Beatriz y su criada, por un común impulso, restituida la primera al uso de sus sentidos por aquel terrible grito, y la segunda casi perdido el de los suyos de puro miedo, se tiraron inmediatamente al suelo. Don Álvaro bramando de ira, metió mano a la espada, y picando con entrambas espuelas, se lanzó contra el fantasma en quien reconoció con gran sorpresa suya al abad de Carracedo.

—¡Cómo así —le dijo en tono áspero—, un señor de Bembibre trocado en salteador nocturno!

—Padre —le interrumpió don Álvaro—, ya sabéis que os respeto a vos y a vuestro santo hábito, pero, por amor de Dios y de la paz, dejadnos ir nuestro camino. No queráis que manche mi alma con la sangre de un sacerdote del Altísimo.

—Mozo atropellado —respondió el monje—, que no respetas ni la santidad de la casa del Señor; ¿cómo pudiste creer que yo no temería tus desafueros y procurarías salirte al paso?

—Pues habéis hecho mal —replicó don Álvaro rechinando los dientes—. ¿Qué derecho tenéis vos sobre esa dama ni sobre mí?

—Doña Beatriz —respondió el abad con reposo— estaba en una casa en que ejerzo autoridad legítima y de donde fraudulentamente la habéis arrancado. En cuanto a vos, esta cabeza calva os dirá más que mis palabras.

Don Álvaro entonces se apeó y envainando su espada y procurando serenarse le dijo:

—Ya veis, padre abad, que todos los caminos de conciliación y buena avenencia estaban cerrados. Nadie mejor que vos puede juzgar de mis intenciones, pues que no ha muchos días os descubrí mi alma como si os hablara en el tribunal de la penitencia; así pues, sed generoso, amparad al afligido y socorred al fugitivo y no apartéis del sendero de la virtud y la esperanza dos almas a quienes sin duda en la patria común unió un mismo sentimiento antes de llegar a la patria del destierro.

—Vos habéis arrebatado con violencia a una principal doncella del asilo que la guardaba, y este es un feo borrón a los ojos de Dios y de los hombres.

Doña Beatriz, entonces, se adelantó con su acostumbrada y hechicera modestia y le dijo con su dulce voz:

—No, padre mío, yo he solicitado su ayuda, yo he acudido a su valor, yo me he arrojado en sus brazos y heme aquí.

Entonces le contó rápidamente y en medio del arrebato de la pasión las escenas del locutorio, su desesperación, sus dudas y combates, y exaltándose con la narración, concluyó siendo el escapulario del monje con el mayor extremo del desconsuelo y exclamando:

—¡Oh, padre mío!, libradme de mi padre, libradme de este desgraciado a quien he robado su sosiego, y sobre todo, libradme de mí misma porque mi razón está rodeada de tinieblas y mi alma se extravía en los despeñaderos de la angustia que hace tanto tiempo me cercan.

Quedose todo entonces en un profundo silencio que el abad interrumpió por fin con su voz bronca y desapacible, pero trémulo a causa del involuntario enternecimiento que sentía:

—Don Álvaro —dijo—, doña Beatriz se quedará conmigo para volver a su convento y vos tornaréis a Bembibre.

—Ya que tratáis de arrancarla de mis manos, debierais antes arrancarme la vida. Dejadnos ir nuestro camino, y ya que no queréis contribuir a la obra de amor, no provoquéis la cólera de quien os ha respetado aun en vuestras injusticias. Apartaos os digo; o por quien soy, que todo lo atropello, aun la santidad misma de vuestra persona.

—¡Infeliz! —contestó el anciano—, los ojos de tu alma están ciegos con tu loca idolatría por esta criatura. Hiéreme y mi sangre irá en pos de ti gritando venganza como la de Abel.

Don Álvaro, fuera de sí de enojo, se acercó para arrancar a doña Beatriz de manos del abad, usando si preciso fuese de la última violencia, cuando esta se interpuso y le dijo con calma:

—Deteneos, don Álvaro, todo esto no ha sido más que un sueño de que despierto ahora, y yo quiero volverme a Villabuena, de donde nunca debí salir.

Quedose don Álvaro yerto de espanto y como petrificado en medio de su colérico arranque y solo acertó a replicar con voz sorda:

—¿A tanto os resolvéis?

—A tanto me resuelvo —contestó ella.

—Doña Beatriz —exclamó don Álvaro con una voz que parecía querer significar a un tiempo las mil ideas que se cruzaban y chocaban en su espíritu, pero como si desconfiase de sus fuerzas se contentó con decir—:

—¡Doña Beatriz... adiós!

Y se dirigió a donde estaba su caballo con precipitados pasos.

La desdichada señora rompió en llanto y sollozos amarguísimos, como si el único eslabón que la unía a la dicha se acabase de romper en aquel instante. El abad, entonces, penetrado de misericordia, se acercó rápidamente a don Álvaro y asiéndole del brazo le trajo como a pesar suyo delante de doña Beatriz:

—No os partiréis de ese modo —le dijo entonces—, no quiero que salgáis de aquí con el corazón lleno de odio. ¿No tenéis confianza ni en mis canas ni en la fe de vuestra dama?

—Yo solo tengo confianza en las lanzas moras y en que Dios me concederá una muerte de cristiano y de caballero.

—Escuchadme, hijo mío —añadió el monje con más ternura de la que podía esperarse en su carácter adusto y desabrido—; tú eres digno de suerte más dichosa y solo Dios sabe cómo me atribulan tus penas. Gran cuenta darán a su justicia los que así destruyen su obra; yo, que soy su delegado aquí y ejerzo jurisdicción espiritual, no consentiré en ese malhadado consorcio, manantial de vuestra desventura. He visto qué premio dan a tu hidalguía y en mí encontrarás siempre un amparo. Tú eres la oveja sola y extraviada, pero yo te pondré sobre mis hombros y te traeré al redil del consuelo.

—Y yo —repuso doña Beatriz— renuevo aquí, delante de un ministro del altar, el juramento que tengo ya hecho y de que no me hará perjurar ni la maldición misma de mi padre. ¡Oh, don Álvaro!, ¿por qué queréis separaros de mí en medio de vuestra cólera? ¿Nada os merecen las persecuciones que he sufrido y sufro por vuestro amor? ¿Es esa la confianza que ponéis en mi ternura? ¿Cómo no veis que si mi resolución parece vacilar es que mis

fuerzas flaquean y mi cabeza se turba en medio de la agonía que sufro sin cesar, yo, desdichada mujer, abandonada de los míos, sin más amparo que el de Dios y el vuestro?

El despecho de don Álvaro se convirtió en enternecimiento cuando vio que el descubrimiento del abad y el inesperado cambio de doña Beatriz se trocaban en bondad paternal y en tiernas protestas. Su índole natural era dulce y templada, y aquella propensión a la cólera y a la dureza que en él se notaba hacía algún tiempo, provenía de las contrariedades y sinsabores que por todas partes le cercaban.

—Bien veis, venerable señor —dijo al abad—, que mi corazón no se ha salido del sendero de la sumisión, sino cuando la iniquidad de los hombres me ha lanzado de él. Han querido arrebatármela y eso es imposible, pero si vos queréis mediar y me ofrecéis que no se llevará a cabo ese casamiento abominable, yo me apartaré de aquí como si hubiera oído la palabra del mismo Dios.

—Toca esta mano a que todos los días baja la majestad del cielo —replicó el monje, y vete seguro de que mientras vivas y doña Beatriz abrigue los mismos sentimientos, no pasará a los brazos de nadie, ni aunque fueran los de un rey.

—Doña Beatriz —dijo acercándose a ella y haciendo lo posible por dominar su emoción—; yo he sido injusto con vos y os ruego que me perdonéis. No dudo de vos ni he dudado jamás; pero la desdicha amarga y trueca las índoles mejores. Nada tengo ya que deciros, porque ni las lágrimas ni los lamentos ni las palabras os revelarían lo que está pasando en mi pecho. Dentro de pocos días partiré a la guerra que vuelve a encenderse en Castilla. A Dios, pues, os quedad, y rogadle que nos conceda días más felices.

Doña Beatriz reunió las pocas fuerzas que le quedaban para tan doloroso momento, y acercándose al caballero se quitó del dedo una sortija y la puso en el suyo diciéndole:

—Tomad ese anillo, prenda y símbolo de mi fe pura y acendrada como el oro —y enseguida, cogiendo el puñal de don Álvaro, se cortó una trenza de sus negros y largos cabellos que todavía caían desechos por sus hombros y cuello y se la dio igualmente. Don Álvaro besó entrambas cosas y la dijo:

—La trenza la pondré dentro de la coraza al lado del corazón, y el anillo no se apartará de mi dedo; pero si mi escudero os devolviese algún día entrambas cosas, rogad por mi eterno descanso.

—Aunque así fuera, os aguardaré un año, y pasado él me retiraré a un convento.

—Acepto vuestra promesa, porque si vos murieseis igualmente, ninguna mujer se llamaría mi esposa.

—El cielo os guarde, noble don Álvaro; pero no os entreguéis a la amargura. Cuidad que la esperanza es una virtud divina.

Estas parece que debían ser sus últimas palabras; pero lejos de moverse, parecían clavados en la tierra y sujetos por su recíproca y dolorosa mirada, hasta que por fin, movidos de un irresistible impulso, se arrojaron uno en brazos de otro, diciendo doña Beatriz en medio de un torrente de lágrimas:

—Sí, sí, en mis brazos, aquí, junto a mi corazón..., ¡qué importa que este santo hombre lo vea...! ¡Antes ha visto Dios la pureza de nuestro amor!

Así estuvieron algunos instantes, como dos puros y cristalinos ríos que mezclan sus aguas, al cabo de los cuales se separaron, y don Álvaro montando a caballo después de recibir un abrazo del abad, se alejó lentamente volviendo la cabeza atrás hasta que los árboles lo ocultaron. Millán se quedó, por disposición de su amo, para acompañar a doña Beatriz y a su criada a Villabuena. El anciano entonces dio un corto silbido, y un monje lego, que estaba escondido tras de unas tapias, se presentó al momento. Díjole algunas palabras en voz baja, y al cabo de poco tiempo se volvió con la litera del convento, conducida por dos poderosas mulas. Entraron en ella ama y criada; retirose el lego; asió Millán de la mula delantera, montó el abad en su caballo, y emprendieron de esta suerte el camino de Villabuena, a donde llegaron todavía de noche. Por la brecha de la reja volvieron a entrar las fugitivas, y Martina casi en brazos condujo a su señora a la habitación, en tanto que el abad daba la vuelta a Carracedo más satisfecho de su prudencia, con la cual todo se había remediado sin que nada se supiese, que su pedestre acompañante del término de su aventura nocturna.

Al día siguiente, cuando los criados del conde y del señor de Arganza fueron al convento llevando los presentes de boda, encontraron a doña Beatriz atacada de una calentura abrasadora, perdido el conocimiento, en medio de un delirio espantoso.

N

Capítulo XII

Extraño parecerá tal vez a nuestros lectores que tan a punto estuviese el abad de Carracedo para destruir los planes de felicidad de don Álvaro y doña Beatriz, por quien suponemos que no habrá dejado de interesarse un poco su buen corazón, y sin embargo es una cosa natural. Cuando el señor de Bembibre se despidió de él en su primera entrevista, su resolución y sus mismas palabras le dieron a entender que su energía natural estimulada por la violenta pasión que le dominaba, no retrocedería delante de ningún obstáculo, ni se cansaría de inventar planes y ardidés. Era doña Beatriz su hija de confesión, y todas las cosas a ella pertenecientes excitaban su cuidado y solicitud; pero desde su ida a Villabuena por honor de una casa de su Orden y que estaba bajo su autoridad, su vigilancia se había redoblado y no sin fruto.

Un criado de Carracedo había visto un aldeano montar en un soberbio caballo en uno de los montes cercanos a Villabuena y salir con uno al parecer escudero, por trochas y veredas, como apartándose de poblado. Lo extraño del caso le movió a contárselo al abad, y este, por las señas y la dirección que llevaba, conoció que don Álvaro rondaba los alrededores, y que en vista de la insistencia del conde de Lemos, trataría tal vez de robar a su amante. Comunicó, pues, sus órdenes a todos los guardabosques del monasterio y al barquero de Villadepalos (pues la barca era del monasterio) también para que acechasen todo con vigilancia, y le diesen parte inmediatamente de cuanto observasen. La escapatoria de la discreta y aguda Martina, sin embargo, no llegó a sus oídos; pero la venida de don Álvaro de Cornatel, el estudiado rodeo que le vieron tomar los guardas para apartarse del convento, y sobre todo la idea de que al siguiente día expiraba el plazo señalado a doña Beatriz, fueron otros tantos rayos de luz que le indicaron aquella noche como la señalada para la ejecución del atrevido plan. Suponiendo con razón que Cornatel fuese el punto destinado para la fuga, hizo retirar la barca al otro lado y como el Sil iba crecido con las nieves de las montañas que se derretían, y no se podía vadear, desde luego se aseguró que su plan no saldría fallido. Cierto es que don Álvaro podía llevarse a doña Beatriz a Bembibre, o cruzar el río por el puente de Ponferrada, en

cuyo caso burlaría sus afanes; pero ambas cosas ofrecían tales inconvenientes que sin duda debían arredrar a don Álvaro. El puente estaba fortificado y sin orden del maestre nadie hubiera pasado por él a hora tan desusada, cosa que nuestro caballero deseaba sobre todo evitar. Así pues, las redes del prelado estaban bien tendidas, y el resultado de la tentativa de don Álvaro fue el que por su desdicha debiera de ser necesariamente.

Comoquiera no creía el buen religioso que la pasión de doña Beatriz hubiese echado en su alma tan hondas raíces, ni que a tales extremos la impeliese el deseo de huir un matrimonio aborrecido. Acostumbrado a ver doblegarse a todas las doncellas de alto y bajo nacimiento delante de la autoridad paterna, imaginaba que solo una fascinación pasajera podía mover a doña Beatriz a semejante resolución, y cabalmente las consecuencias de esta falta fueron las que se propuso atajar. Pero cuando por sus ojos vio la violencia de aquel contrariado afecto y el manantial de desdichas que podía abrir la obstinación del señor de Arganza, determinó oponerse resueltamente a sus miras. Su corazón, aunque arrebatado de fanático celo, no había desechado, sin embargo, ninguno de aquellos generosos impulsos, propios de su clase y estado, y además quería a doña Beatriz con ternura casi paternal. En el secreto de la penitencia, aquella alma pura y sin mancha se le había presentado en su divina desnudez y cautivado su cariño, como era inevitable. Por otra parte, bien veía que don Álvaro, caballero y pundonoroso si en aquella época los había, solo acosado por la desesperación y la injusticia se lanzaba a tan violentos partidos. Así pues, al día siguiente muy temprano salió a poner en ejecución su noble propósito, cosa de que con gran pesadumbre suya le excusó la enfermedad de doña Beatriz, que todo lo retardó por sí sola. No le pareció justo entonces amargar la zozobra del señor de Arganza, que ya empezaba a recoger el fruto de sus injusticias, pero no cejó ni un punto de lo que tenía determinado.

Don Álvaro, por su parte, desde Carracedo se fue en derechura a Ponferrada, donde llegó antes de amanecer, pero no queriendo alborotar a nadie a hora tan intempestiva, y con el objeto de recobrar antes de presentarse a su tío, estuvo vagando por las orillas del río hasta que los primeros albos del día trocaron en su natural color las pálidas tintas de que revestía la luna las almenas y torreones de aquella majestuosa fortaleza. Entró entonces en ella, y con la franqueza propia de su carácter, aunque exigéndole antes su palabra de caballero de guardar su declaración en el

secreto de su pecho y no tomar sobre lo que iba a saber providencia alguna, contó a su tío todos los sucesos del día anterior. Escuchole el anciano con vivo interés y al acabar le dijo:

—Buen valedor has encontrado en el abad de Carracedo, y la desgracia te ha traído al mismo punto en que yo quise ponerte cuando aún no se había desencadenado esta tormenta. Yo conozco al abad, y por mucha que sea la enemiga y el rencor con que mira a nuestra caballería, su alma es recta y no se apartará de la senda de la verdad. Pero ¡Saldaña!... —añadió con pesadumbre—, uno de los ancianos de nuestro pueblo, encanecido en los combates, prestar su ayuda, y lo que es más, el castillo que gobierna, a semejantes propósitos! ¡Consentir que atravesase una mujer los umbrales del Temple, cuando hasta el beso de nuestras madres y hermanas nos está vedado!

Don Álvaro intentó disculparle.

—No, hijo mío —contestó el maestre—, esto que contigo ha hecho por el cariño que te tiene, hubiera él hecho igualmente por un desconocido, con tal que de ello resultase crecimiento a nuestro poder y menoscabo al de nuestros enemigos. Harto conocido le tengo; su alma iracunda y soberbia se ha exasperado con nuestras desdichas, y solo sueña en propósitos de ambición y en medios puramente humanos para restaurar nuestro decoro. En sus ojos todos son buenos si conducen a este fin. ¡En él se ofrece viva y de manifiesto la decadencia de nuestra Orden!

Don Álvaro dijo entonces a su tío que pensaba partir al punto a Castilla, y el anciano se lo aprobó, no solo porque como señor mesnadero estaba obligado a servir al rey en la ocasión que se ofrecía, sino también con el deseo de que los peligros y azares de la guerra, que tan bien cuadraban a su carácter, le divirtiesen de sus sinsabores y pesares. Por esta vez su bandera, compañera inseparable de la del Temple, tenía que ir sola en busca del enemigo; pues los caballeros, recelosos con sobrado fundamento de la potestad real, y pendientes del giro que tomasen en el vecino reino de Francia los atropellos cometidos en la persona de su maestre ultramarino y demás caballeros, juzgaron prudente mantenerse neutrales en la guerra intestina de que iba a ser teatro la desventurada Castilla.

Al día siguiente salió don Álvaro de Bembibre camino de Carrión con parte de su mesnada, dejando el cuidado de conducir la otra parte a Melchor Robledo, uno de sus oficiales, y su castillo en manos de los caballeros templarios de Ponferrada. En tanto que allá llega y se junta la

hueste del rey don Fernando IV, forzoso será que demos a nuestros lectores alguna idea de las nuevas turbulencias que en diversos sentidos llamaban a los pueblos y a los ricos hombres a las armas.

La familia de los Laras, poderosísima en Castilla, tenía vinculados en su casa la turbulencia y el desasosiego, no menos que la nobleza y la opulencia. El jefe actual de este linaje, don Juan Núñez de Lara, había estado largo tiempo desnaturalizado de Castilla, y entrado en ella a mano armada cuando la gloriosa reina doña María tenía las riendas del gobierno; pero desbaratado su escuadrón por don Juan de Haro, cayó en poder de la reina prisionero. Despojáronle entonces de todos sus castillos y heredades, pero poco tardaron en volvérselas, y para sellar más fuertemente esta avenencia le hicieron mayordomo del rey, puesto el más aventajado y codiciado de su casa. Corrían, empero, los tiempos tan turbios y alterados, y el carácter de Núñez de Lara era tan enojadizo y revoltoso, que todas estas mercedes no fueron bastantes a corregir sus malas propensiones.

El infante don Juan, que tan funesto nombre ha dejado en nuestra historia para servir de sombra y de contraste a la resplandeciente figura de Guzmán *el Bueno*, mal hallado con la pérdida de su soñado reino de León, tardó poco en trabar con él amistad y alianza, deseoso de fundar en ella sus pretensiones al señorío de Vizcaya, que pertenecía a su mujer doña María Díaz de Haro, como heredera de su padre, el conde don Lope, pero que, sin embargo, no había salido de las manos de don Diego, su tío, poseedor de él a la sazón. Era este pleito, muy ajeno y difícil de componer y pocos señores además lo deseaban sinceramente, porque con semejantes bandos y desavenencias el poder de la corona se enflaquecía al compás de sus usurpaciones y desafueros, y no llegaba el caso de poner coto a este germen de debilidad que atacaba el corazón del Estado. Las revueltas de la menor edad del rey habían enseñado a los señores el camino de la rebelión, y así el brazo como el discurso del rey eran ambos flojos en demasía para atajar tan grave daño.

A pesar de todo, por la discreción y habilidad de la reina doña María llegó a sosegar la diferencia de don Diego de Haro y del infante don Juan, entregando aquel el señorío de Vizcaya a su sobrina doña María Díaz, y recibiendo este en trueque las villas de Villalba y Miranda; pero el rey, cuyo natural ligero y poco asentado fue causa gran número de veces de que se desgraciasen muy sabias combinaciones políticas, excluyó de esta avenencia y concierto, en que mediaron los principales señores de su

corona, a su mayordomo don Juan Núñez de Lara, con quien comenzaba a disgustarse y desabrirse. Según era de esperar de sus fueros y altanería, mirolo Lara como un ultraje sangriento, y despidiéndose del rey con palabras ásperas y descomedidas, fuese a encerrar en Tordehumos, lugar fuerte. Repartió su gente por Íscar, Montejo y otros lugares, y proveyéndose de armas, víveres y pertrechos, se preparó a arrostrar la cólera del rey.

Este, por su parte, no menos resentido de las demasías de don Juan Núñez, después de tener consejo con los suyos, envió a requerirle con un caballero que pues tan mal sabía agradecer sus mercedes, saliese al punto de la tierra y le entregase las villas de Moya y Cañete en que le heredara poco antes. Contestoles don Juan Núñez con su acostumbrada insolencia que no saldría de una tierra donde era tan natural como el más natural de ella y que, en cuanto a las villas, harto bien ganadas las tenía. Con esto el rey juntó sus tropas y se preparó a cercarle en Tordehumos.

A pesar de estas disensiones, tanto el monarca como los señores del partido de Lara estaban acordados en un punto: el odio a los templarios, y sobre todo en el deseo de repartirse sus despojos. Cierto es que el rey no había recibido daño de la Orden en las pasadas turbulencias y que los caballeros se habían mantenido neutrales cuando menos durante aquella época azarosa, pero no lo es menos que un miembro de ella, el comendador Martín Martínez, había entregado al infante don Juan el castillo y plaza del puente de Alcántara.

El rey sin embargo tuvo más en cuenta este hecho aislado que el comportamiento decoroso de toda la Orden; y por otra parte, el deseo de reparar con sus bienes los descalabros de la corona y de acallar con ellos la codicia de sus ricos hombres, acabaron de inclinar la balanza de su ánimo en contra de tan ilustre milicia. No obstante, como el papa Clemente V no acababa de fulminar sus anatemas ni se atrevía a tomar bajo su protección a aquella tan perseguida caballería, estaban los ánimos en suspenso y con la espada a medio sacar de la vaina.

De todas maneras, no se cesaba un punto de minar en la opinión los cimientos del Temple y de urdir sordas cábalas para el día en que hubiesen de romperse las hostilidades. El infante don Juan, centro de todas ellas, no reposaba un momento, y como dejamos ya indicado, los proyectos del conde de Lemos y las amarguras de doña Beatriz y de don Álvaro eran obra de aquellas manos, que así asesinaban en la cuna los niños inocentes, como las

esperanzas más santas y legítimas. Los templarios eran dueños de las entradas de Galicia por la parte del puerto de Piedrafita, Valdeorras, como los castillos de Cornatel y del Valcarce. Las fortalezas de Corullón, Ponferrada, Bembibre dominaban las llanuras más pingües del país, y por otra parte, si las casas de Yáñez y Ossorio llegaban a enlazarse, sus numerosos vasallos montañeses de las fuentes del Boeza y del Burbia cerrarían gran porción de entradas y desfiladeros y harían casi inexpugnable la posición de la Orden en aquella comarca. Harto claro veían esto el infante y los suyos, y de ahí nacían las persecuciones del conde, que lejos de venir a la jornada de Tordehumos se quedó en los confines de Galicia y en El Bierzo, así para llevar adelante su particular propósito como para juntar fuerzas contra los templarios con quienes parecía inevitable un rompimiento.

Encontrase, pues, solo don Álvaro en medio de la hueste de Castilla, o por mejor decir, acompañado de la natural ojeriza y recelo que inspiraba su alianza estrecha y sincera con el Temple, su valor, su destreza en las armas, y la nombradía que había sabido alcanzarse de antemano. Por fin, junto el ejército real, y completa ya la gente del señor de Bembibre, que con el segundo tercio acaudillado por Robledo se le había incorporado, moviéronse de Carrión y fueron a ponerse sobre Tordehumos con grandes aprestos, bagajes y máquinas de guerra.



Capítulo XIII

Justamente el señor de Bembibre se alejaba del Bierzo cuando la fiebre se cebaba en doña Beatriz con terrible saña; y la infeliz le llamaba a gritos en medio de su delirio. ¿Quién le dijera a él, cuando en lo más alto de la sierra que divide al Bierzo de los llanos de Castilla volvió su caballo para mirar otra vez aquella tierra cuyos recuerdos llenaban su corazón?, ¿quién le dijera que aquella doncella angelical, su único amor y su única esperanza para el porvenir, yacía en el lecho del dolor mirando con ojos encendidos y extraviados a cuantos la rodeaban y consumidos sus delicados miembros por el ardor de la calentura? Tal era sin embargo la tremenda realidad, y mientras la cuchilla de la muerte amagaba a la una, corría el otro por su parte a innumerables riesgos y peligros. Así, de dos hojas nacidas en el mismo ramo y mecidas por el mismo viento, cae la una al pie del árbol paterno, en tanto que la compañera vuela con las ráfagas del otoño a un campo desconocido y lejano.

Figúrense nuestros lectores la consternación que causaría en Arganza la triste noticia de la enfermedad de su única heredera. Doña Blanca, por la primera vez de su vida, soltó la compresión a su dolor y a sus quejas, y se desató en reproches e invectivas contra la obstinación de su esposo y contra los planes que así amenazaban aquella criatura tan querida, en términos que aun al conde, a pesar de la hospitalidad, le alcanzó parte de su cólera. Inmediatamente declaró su resolución de ir a Villabuena a pesar de sus dolencias, y de asistir a su hija; y don Alonso, temeroso de causar una nueva desgracia contrariándola en medio de su agitación, ordenó que en una especie de silla de manos la trasladasen al monasterio. En cuanto llegó, sus miembros casi paráliticos parecieron desatarse, y sus dolores habituales cesaron, por manera que todos estaban maravillados de verlo. ¡Admirable energía la del amor maternal, santo destello del amor divino, que para todo encuentra fuerzas y jamás se cansa de los sacrificios y fatigas más insoportables!

Doña Beatriz no conoció ya a su madre, aunque sus miradas se clavaban incesantemente en ella y parecía poner atención a todas las palabras de ternura que de sus labios salían, pero era aquella especie de atención a un

tiempo intensa y distraída que se advierte en los locos. Su delirio tenía fases muy raras y diversas: a veces era tranquilo y melancólico y otras lleno de convulsiones y de angustias. El nombre de su padre y el de su amante eran los que más frecuentemente se le escapaban, y aunque el del conde se le escuchaba alguna vez, siempre era tapándose la cara con las sábanas o haciendo algún gesto de repugnancia.

Un monje anciano de Carracedo, muy versado en la física y que conocía casi todas las plantas medicinales que se crían por aquellos montes, estaba constantemente a su cabecera observando los progresos del mal, y había ya propinado a la enferma varias bebidas y cordiales; pero el mal, lejos de ceder, parecía complicarse y acercarse a una crisis temible. Una noche en que su tía, su madre y el buen religioso estaban sentados alrededor de su lecho, se incorporó, y mirando a todas partes con atención, se fijó en la escasa luz de una lámpara que en lo más apartado de la pieza lanzaba trémulos y desiguales resplandores. Estuvo un rato contemplándola y luego preguntó con una voz débil, pero que nada había perdido de su armonioso metal:

—¿Es la luz de la luna?... ¡Pero yo no la veo en las ondas del río...! ¡Tampoco la dicha baja del cielo para regocijar nuestros corazones! —aquí dio un profundo suspiro y luego exclamó vivamente—: ¡No importa, no importa! Desde el firmamento nos alumbrará... ¡Sí, sí, venga tu caballo moro!... ¡Ay!, ¡me parece que he perdido la vida y que un espíritu me lleva por el aire, pero los latidos de tu corazón han despertado el mío! Voy a perder el juicio de alegría, déjame cantar el salmo del contento. «Al salir Israel de Egipto»... Pero mi madre, mi pobre madre —exclamó con pesadumbre—, ¡ah!, ¡yo le escribiré, y cuando sepa que soy feliz, se alegrará también!

Sonriose entonces melancólicamente, pero cambiando al punto de ideas, gritó desafortadamente con espanto arrojándose fuera de la cama con una violencia tal que la abadesa y su madre apenas podían sujetarla.

—¡La sombra!, ¡la sombra!, ¡ay!, ¡yo he caído del cielo!... ¿Quién me levantará...? ¡Adiós!..., no vuelvas la cabeza atrás para mirarme, que me partes el corazón. ¡Ya se ha perdido entre los árboles!..., ¡ahora es cuando debo morirme...! ¡Alma cristiana, prepara tu ropa de boda y ve a encontrar tu celestial esposo!

Entonces, fatigada, cayó otra vez sobre las almohadas en medio de las lágrimas de las dos señoras y comenzó a respirar con mucha congoja y

anhelo. El monje le tomó entonces el pulso y mirándole a los ojos con mucha atención, se fue a sentar a un extremo de la celda con aire abatido y meneando la cabeza. Doña Blanca, que lo vio, se arrojó de rodillas en un reclinatorio que allí había, y asiendo un crucifijo que sobre él estaba y abrazándolo estrechamente, exclamaba con una voz ronca y ahogada:

—¡Oh, Dios mío; no a ella, no a ella, sino a mí! ¡Es mi hija única! ¡Yo no tengo otra hija! ¡Vedla, Señor, tan joven, tan buena y tan hermosa! ¡Tomad mi vida! Ved que no son mis lágrimas las solas que correrán por ella, porque es un vaso de bendición en quien se paran los ojos de todos. ¡Oh, Señor! ¡Oh, Señor, misericordia!

La abadesa, que a pesar de que más necesidad tenía de consuelos que poder para darlos, acudió a sosegar a su hermana diciéndole que si así se abandonaba a su dolor, mal podía aprovechar las pocas fuerzas que le quedaban para asistir a su hija. Surtió este consejo el efecto deseado, pues doña Blanca con esta idea se serenó muy pronto, tal era el miedo que tenía a verse separada de su hija.

En tal estado se pasaron algunos días, durante los cuales no cesaron las monjas de rogar a Dios por la salud de doña Beatriz. Hubo que establecer una especie de turno para la asistencia, pues todas a la vez querían quedarse para velarla y asistirle. El luto parecía haber entrado en aquella casa sin aguardar a que la muerte le abriese camino. Sin embargo, después de doña Blanca, nadie estaba tan atribulada como Martina, de cuyo lindo y alegre semblante habían desaparecido los colores tan frescos y animados que eran la ponderación de todos. Por lo que hace al señor de Arganza, que a pesar de sus rigores amaba con verdadera pasión a su hija, oprimido por el doble peso del pesar y del remordimiento, apenas se atrevía a presentarse por Villabuena, pero pasaba días y noches sin gozar un instante de verdadero reposo y a cada paso estaba enviando expresos que volvían siempre con nuevas algo peores.

Por fin, el médico declaró que su ciencia estaba agotada y que solo el celestial podría curar a doña Beatriz. Entonces se le administró la extremaunción, porque como no había recobrado el conocimiento, no pudo dársele el viático. La comunidad toda, deshecha en lágrimas, acudió a la ceremonia, y cada una se despidió en su interior de aquella tan cariñosa y dulce compañera, que en medio de los sinsabores que la habían cercado de continuo, mientras había vivido en el convento no había dado a nadie el más leve disgusto.

No hubo fuerzas humanas que arrancasen a doña Blanca del lado de su hija la noche que debía morir; así pues, hubieron de consentir en que presenciase el doloroso trance. Hacia media noche, sin embargo, doña Beatriz pareció volver en sí del letargo que había sucedido a la agitación del delirio, y clavando los ojos en su fiel criada le dijo en voz casi imperceptible:

—¿Eres tú, pobre Martina? ¿Dónde está mi madre? ¡Me pareció oír su voz entre sueños!

—Bien os parecía, señora —replicó la muchacha reprimiéndose por no dejar traslucir la alegría tal vez infundada y loca que con aquellas palabras había recibido—, mirad al otro lado, que ahí la tenéis.

Doña Beatriz volvió entonces la cabeza, sacando ambos brazos, tan puros y bien formados no hacía mucho, y entonces tan descarnados y flacos, se los echó al cuello y apretándola contra su pecho con más fuerza de la que podía suponerse, exclamó prorrumpiendo en llanto:

—¡Madre mía de mi alma! ¡Madre querida!

Doña Blanca, fuera de sí de gozo, pero procurando reprimirse, le respondió:

—Sí, hija de mi vida, aquí estoy; pero serénate que todavía estás muy mala, y eso puede hacerte daño.

—No lo creáis —replicó ella—, no sabéis cuánto me alivian estas lágrimas, únicas dulces que he vertido hace tanto tiempo. Pero vos estáis más flaca que nunca... ¡Ah!, ¡sí, es verdad!, ¡todos hemos sufrido tanto! ¡Y vos también, tía mía! Y mi padre, ¿dónde está?

—Pronto vendrá —replicó doña Blanca—, pero vamos, sosiégate, amor mío, y procura descansar.

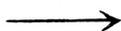
Doña Beatriz, sin embargo, siguió llorando y sollozando largo rato; tantas eran las lágrimas que se habían helado en sus ojos y oprimían su pecho. Por fin, rendida del todo, cayó en un sueño profundo y sosegado, durante el cual rompió en un abundante sudor. El anciano se acercó entonces a ella, y reconociendo cuidadosamente su respiración igual y sosegada y su pulso, levantó los ojos y las manos al cielo y dijo:

—Gracias te sean dadas a ti, Señor, que has suplido la ignorancia de tu siervo y la has salvado.

Y cogiendo a doña Blanca, atónita y turbada, de la mano, la llevó delante de una imagen de la Virgen, y arrodillándose con ella empezó a rezar la *Salve* en voz baja, pero con el mayor fervor. La abadesa y Martina

imitaron su ejemplo, y cuando acabaron, entrambas hermanas se arrojaron una en los brazos de otra, y doña Blanca pudo también desahogar su corazón oprimido.

El sueño de la enferma duró hasta muy entrada la mañana siguiente, y en cuanto se despertó y el médico volvió a asegurar que ya había pasado el peligro, las campanas del convento comenzaron a tocar a vuelo y en el monasterio fue un día de gran fiesta. Don Alonso volvió a ver a su hija, pero aunque no había renunciado a su plan tanto por la palabra empeñada, cuanto por lo mucho que lisonjeaba su ambición, resolvió no violentar su voluntad siguiendo en esto los impulsos de su propio corazón y los consejos del prelado de Carracedo. El conde, por su parte, aunque momentáneamente, se alejó del país, y de todas maneras doña Beatriz no experimentó al salir de la enfermedad ningún género de contrariedad ni persecución. Sin embargo, la convalecencia parecía ir larga, y como el monasterio podía traerle a la imaginación más fácilmente las desagradables escenas de que había sido teatro, por orden del monje de Carracedo, que con tan paternal solicitud la había asistido, la trasladaron a Arganza, donde todos los recuerdos eran más apacibles y consoladores. El pueblo entero, que la había contado por muerta, la recibió como nuestros lectores pueden figurarse, con fiestas, bailoteos y algazaras que la esplendidez del señor hacía más alegres y animados. Hubo su danza y loa correspondiente, un mayo más alto que una torre, y por añadidura una especie de farsa medio guerrera, medio venatoria, dispuesta y acaudillada por nuestro amigo Nuño, el montero, que aquel día parecía haberse quitado veinte años de encima. Por lo que toca al rollizo Mendo, se alegró tanto de la vuelta de Martina, que no parecía sino que la taimada aldeana le correspondía decididamente. Muchos fueron los tragos y tajadas con que la celebró, pero si hubiera tenido noticia de sus escapatorias nocturnas, y sobre todo de la última, probablemente no se libra de una indigestión. De todas maneras, la ignorancia le hacía dichoso como a tantos otros, y como él se convertía en sustancia de todas las burlas y aun bufidos de la linda doncella, estaba que no cabía en su pellejo, harto estirado ya por su gordura. Añádase a esto que la mala sombra de Millán andaba lejos rompiéndose la crisma contra las murallas de Tordehumos, y que Martina volvía más interesante con la ligera palidez que le habían causado sus vigiliás y congojas, y tendremos completamente explicado el regocijo del buen palafrenero.





Capítulo XIV

Volvamos ahora a don Álvaro, que bien ajeno de semejantes sucesos había llegado a Tordehumos con la hueste del rey. Este pueblo, que don Juan Núñez había provisto y reparado con la mayor diligencia, está en la pendiente de una colina dominada por un castillo, y no lejos pasa el río llamado Rioseco. La posición es buena; las murallas estaban entonces en el mejor estado; la guarnición era valerosa y suficiente y su jefe diestro, experimentado y valiente. Ya en otro tiempo le había sitiado el rey en Aranda, de donde se salió a despecho de su cólera, y esta memoria le daba aliento para desafiarle desde Tordehumos, lugar más acomodado a la defensa. Tenía además la fundada esperanza de que nunca llegarían a estrecharle hasta el extremo, porque conservaba en el campo enemigo inteligencias y valimiento de que fiaba, no menos que de su valor, el éxito de la empresa. El infante don Juan, aunque servía bajo las banderas de su sobrino, no por eso había desatado los antiguos vínculos de amistad que le unían con el de Lara, antes entre sus enemigos era donde pensaba servirle mejor, ruin manejo que solo cabía en la doblez de aquel alma villana. Hernán Ruiz de Saldaña, Pero Ponce de León y algunos otros principales señores también estaban en el plan, si bien no encubrían sus pensamientos ni conducta bajo el manto de celo hipócrita por los intereses del rey, en que se cobijaba el infante don Juan. Así es que el cerco, emprendido con gran calor, iba aflojándose y entibiándose de día en día con gran pesadumbre del rey, que no tardó mucho en caer en la cuenta de su daño.

Comoquiera, los caballeros más afectos a su persona, o más leales, no dejaban de pelear con ardor en las frecuentes salidas que hacían los sitiados, y don Álvaro, que por su aislamiento ignoraba parte de estas tramas, y que por la rectitud de sus sentimientos era incapaz de entrar en ellas, andaba entre los que más se distinguían. Sucedió, pues, que una noche, saliendo los cercados con gran sigilo, dieron impensadamente sobre el real enemigo cuya mayor parte estaba descuidada, cayendo con más furia sobre el ala del señor de Bembibre y demás caballeros fieles al rey. Don Álvaro, que no solía prescindir de las precauciones y vigilancia propias de la guerra, salió al punto con la mitad de su prevenida gente a rechazar la imprevista

embestida, enviando aviso inmediatamente al cuartel del rey para que le sostuviesen en el ataque que emprendía. En el desorden introducido y en la dañada intención del infante consistió sin duda que el refuerzo pedido no llegase.

La noche estaba muy oscura, los enemigos se aumentaban sin cesar, los gritos de rabia, de temor y de dolor se mezclaban con las órdenes de los cabos; las armas y escudos despedían chispas en la oscuridad con el incesante martilleo, y la escena llegó a hacerse temerosa y horrible de veras. Por fin, los enemigos empezaron a extenderse por las alas del reducido y abandonado escuadrón, y don Álvaro, estrechado entonces, comenzó a retirarse ordenadamente resistiendo con su acostumbrado valor el empuje contrario. Su gente, por último, comenzó a desbandarse, y don Álvaro, herido ya en el pecho, recibió otra herida en la cabeza, con lo cual vino al suelo debajo de su noble caballo que, herido también hacía rato, parecía haber conservado su brío solo para ayudar a su jinete. Entonces sobrevino nueva pelea alrededor del caído caballero, pues sus soldados hacían desesperados esfuerzos para arrancarle del poder de los enemigos; pero el número de estos era ya tan grande y el aliento que recibían de don Juan Núñez, que mandaba en persona esta encamisada, tal, que por último, ensangrentados y rotos, hubieron de tomar la huida dejándolo en sus manos. Lara, que lo reconoció y que ya de antemano le estimaba, hizo vendar sus heridas y trasportarle con gran cuidado a su castillo. Por último, como los refuerzos del rey iban llegando, él mismo se retiró en buen orden sin experimentar daño ni escarmiento. Sus soldados, alegres con el botín recogido, dieron también la vuelta muy animosos, formando vivo contraste con las tropas del rey, mustios y descontentos de lo que había pasado.

El fiel Millán, que había peleado como correspondía al lado de su amo en aquella noche fatal, separado de él por el tropel de los fugitivos en el momento crítico, por la mañana muy temprano se presentó a las puertas de Tordehumos, pidiendo que le tomasen por prisionero con su amo, de quien venía a cuidar durante sus heridas. Lara mandó recibirle al punto, y llamándole a su presencia le alabó mucho su fidelidad y le regaló una cadena de plata encargándole encarecidamente la asistencia de un caballero tan cumplido como su amo. Por lo que hace a la mesnada de este, reducida casi a la mitad por la tremenda refriega de la noche, y heridos la mayor parte de los que sobrevivieron, se reunieron bajo el mando de Melchor Robledo y se pusieron a retaguardia del campo para curarse y restablecerse lo posible.

El rey por su parte, aunque don Álvaro no fuese muy de su devoción por su alianza con los templarios, no por eso dejó de sentir su prisión y heridas, porque sobrado conocía que una lanza tan buena y un corazón tan noble le hacían infinita falta en medio de las voluntades, cuando menos tibias, que le rodeaban.

Don Álvaro tardó bastantes horas en volver a su conocimiento por el aturdimiento de su caída y por la mucha sangre que con sus heridas había perdido. Lo primero que vieron sus ojos al abrirse fue a su fiel Millán, que de pie al lado de su cama estaba observando con particular solicitud todos sus movimientos. A los pies estaba también en pie un caballero de aspecto noble, aunque algo ceñudo habitualmente, cubierto con una rica armadura azul, llena de perfiles y dibujos de oro de exquisito trabajo. Finalmente, a la cabecera se descubría un personaje de ruin aspecto, con ropa talar oscura y una especie de turbante o tocado blanco en la cabeza. El caballero era don Juan Núñez de Lara y el otro sujeto, el rabino Ben Simuel, su físico, hombre muy versado en los secretos de las ciencias naturales y a quien el vulgo ponía por lo tanto sus ribetes de nigromante y hechicero. Su raza y creencia le hacían odioso, y su exterior tampoco era a propósito para granjearse el cariño de nadie.

Don Álvaro extendió sus miradas alrededor, y encontrando las paredes de un aposento en lugar de los lienzos y colgaduras de su tienda, y aquellas personas para él desconocidas, comprendió cuál era su suerte y no pudo reprimir un suspiro. Lara se acercó entonces a él y tomándole la mano le aseguró que no estaba sino en poder de un caballero que admiraba su valor y sus prendas; que se sosegase y cobrase ánimo para sanar en breve de sus heridas que, aunque graves, daban esperanza de curación no muy lejana.

—Finalmente —añadió apretándole la mano—, no veáis en don Juan Núñez de Lara vuestro carcelero, sino vuestro enfermero, servidor y amigo.

Don Álvaro quiso responder, pero Ben Simuel se opuso encargándole mucho el silencio y el reposo; y haciéndole beber una poción calmante, se salió con don Juan de la habitación dejando al herido caballero en compañía de Millán. En cuanto se fueron, don Álvaro le preguntó con voz muy débil:

—¿Me oyes, Millán?

—Sí, señor —respondió este—, ¿qué me queréis?

—Si muero, toma de mi dedo el anillo, y del lado izquierdo de mi coraza la trenza que me dio doña Beatriz aquella noche fatal, y se la llevarás

de mi parte diciéndole... No, nada le digas.

—Está bien, señor, si Dios os llama a sí, se hará como decís; pero por ahora sosegaos y mirad por vos.

Don Álvaro procuró descansar, pero a pesar de la medicina solo logró algún reposo interrumpido y desigual; tales eran los dolores que sus heridas le causaban.



Capítulo XV

A los pocos días de haber caído don Álvaro prisionero ocurrió por fin una novedad que todos esperaban con ansia grandísima en el campamento del rey. Vinieron cartas del papa Clemente V con la Orden de proceder al arresto y enjuiciamiento de todos los templarios de Europa y secuestro de sus bienes, y con ellas noticias de los horribles suplicios de algunos caballeros de la Orden en Francia. Aquel pontífice débil y cobarde había consentido que los sacasen de su fuero, entregándolos en manos de una comisión especial, que equivalió a ponerlos en las del verdugo. Clemente temblaba de que Felipe *el Hermoso* quisiese poner en juicio la majestad del pontificado en la persona, o por mejor decir, en la memoria de su antecesor Bonifacio, y a trueque de evitarlo, le dejaba bañarse en la sangre de los templarios y cebarse en sus bienes. En Francia, sin embargo, la audacia del rey y el desconcierto de lo imprevisto del golpe y la desatinada conducta del maestre general ultramarino, Jacobo de Molay, había allanado el camino de una empresa tan escabrosa y difícil; pero en España, donde la Orden estaba sobre sí y donde era quizá más poderosa que en ninguna otra nación, menester era emplear infinita destreza y valor.

Cierto es que ni en Portugal, ni en Aragón, ni en Castilla se les desaforaba, antes se les sujetaba a concilios provinciales, pero después de lo que había pasado en el reino vecino, parecía natural que desconfiasen de la potestad civil y que no quisiesen soltar las armas. Por otra parte, nada tenía de extraño que quisiesen vengar las afrentas de su Orden, por cuyo honor y crecimiento estaban obligados a sacrificar hasta su propia vida. Preciso era desconcertar su acción en lo posible y aperebirse al combate al mismo tiempo.

El rey don Fernando, a pesar de suceso de tanto bulto, para el cual parecía necesitar el auxilio de todos sus ricos hombres, no por eso desistía de su saña contra don Juan Núñez de Lara, resuelto sin duda a volver a su corona el brillo que en las pasadas revueltas había perdido. El infante don Juan mediaba entre el rey y su rebelde vasallo, y como este carácter le daba facilidad para pasar muchas veces a Tordehumos, poco tardó en concertar con su dueño el plan que hacía tanto tiempo estaba madurando.

Don Álvaro era el apoyo más firme de los templarios en el reino de León, y el más ardiente y poderoso de sus aliados. Aunque su castillo de Bembibre estaba guarnecido por soldados de la Orden, claro estaba que si moría su dueño habrían de desocuparlo, y de todos modos los vasallos de la casa de Yáñez no tardarían en apartarse de sus banderas. No era el infante hombre que delante de la sangre retrocediese; el rival de su valido estaba en manos de don Juan Núñez de Lara, con él venía al suelo una de las principales barreras que apartaban la rica herencia del Temple de sus manos codiciosas, ¿qué más podía desear?

No bien llegaron las bulas del papa Clemente, al punto pasó a Tordehumos, y allí, subiendo con su castellano a una torre solitaria del castillo, comenzaron una plática muy viva y acalorada.

Con gran sorpresa y aun susto de los que desde abajo les miraban, don Juan Núñez, con ademanes descompuestos, echó mano a la espada, como si de su huésped recibiese alguna ofensa; pero sin duda se hubo de arrepentir, porque a poco rato volvió el acero a la vaina con muestras de gran cortesía, y entrambos caballeros se dieron las manos. El infante bajó poco después y tomó el camino real con muestras de gran satisfacción y contento.

La sangre perdida y la gravedad de sus heridas habían reducido a don Álvaro a una postración grandísima; pero la ciencia de Ben Simuel y los cuidados de Millán, junto con las atenciones de don Juan Núñez, habían logrado arrancarlo de la jurisdicción de la muerte y volverle, aunque con pasos muy perezosos, al camino de la vida. La calentura había ido cediendo y los dolores eran mucho menos vivos, de manera que sin los cuidados que acibaraban su pensamiento, fácil era calcular que su convalecencia hubiera sido más rápida.

Una tarde entró don Juan de Lara en su aposento y tomando asiento a su cabecera mientras Millán los dejaba solos para que hablasen con más libertad, le preguntó asiéndole de la mano:

—¿Cómo os sentís, noble don Álvaro? ¿Estáis contento de mi carcelería?

—Me encuentro ya muy aliviado, señor don Juan —respondió el herido—, gracias a vuestros obsequios y atenciones, que casi me harían dar gracias al cielo de mi prisión.

—Según eso, bien podréis escucharme una cosa de gran cuantía que tengo que deciros.

—Podéis comenzar, si gustáis.

Don Juan, entonces, principió a contarle por extenso las noticias recibidas de Francia y la prisión, embargo de bienes y encausamiento de los templarios ordenados en las cartas del papa Clemente, recibidas poco había en los reales de Castilla.

—Bien conozco —concluyó diciendo— que en la hidalguía de vuestra alma no cabe abandonar una alianza que hubieseis asentado con caballeros como vos, pero ya veis que asistir a los templarios abandonados del vicario de Jesucristo y cargados con el grave peso de una acusación fundada en la criminal demanda que acaso van a intentar, sería hacer traición a un mismo tiempo a vuestros deberes de cristiano y bien nacido. Si en algo estimáis, pues, la fina voluntad que de asistiros y serviros he mostrado, ruégoos que desde ahora rompáis la confederación que tenéis con esa Orden, objeto del odio universal, y no os apartéis de vuestros amigos y aliados naturales.

Don Álvaro, que estaba íntimamente convencido de la iniquidad de la acusación dirigida contra el Temple y que nunca hubiera creído en el jefe supremo de la Iglesia tan culpable debilidad, escuchó la relación de don Juan con una emoción violenta y profunda, cambiando muchas veces de color y apretando involuntariamente los puños y los dientes con muestras de dolor y de cólera. Por fin, refrenando como mejor pudo los tumultuosos movimientos de su espíritu, respondió:

—Los templarios se sujetarán al juicio que les abren, en justa obediencia del mandato del Sumo Pontífice, única autoridad de ellos reconocida, aunque tan ruinmente se postra delante del rey de Francia; pero ni dejarán las armas ni se darán a prisión, ni soltarán sus bienes y castillos, sino caso de ser a ello sentenciados por los concilios. Por lo que a mí toca, don Juan de Lara, os perdono el juicio que de mí habéis formado, en gracia de tantos obsequios y cuidados como os debo; pero os suplico que aprendáis a conocerme mejor.

La legítima humillación que don Juan sufría despertó su ira y despecho, pero deseoso de que la cuestión mejorase de terreno, y al mismo tiempo de apurar todos los medios de conciliación y templanza, replicó:

—Pero ¡qué!, ¿no teméis manchar la limpieza de vuestra fama, ligándoos con un cuerpo agangrenado con tantas infamias y abominaciones, a quien toda la cristiandad rechaza como a un leproso?

—Señor don Juan, os matáis en balde, queriendo persuadirme a mí lo que tal vez vos mismo no creéis. Por lo demás, no toda la cristiandad rechaza el Temple, pues no se os esconde que el sabio rey de Portugal ha

enviado sus embajadores al Papa para protestar de las tropelías y maldades de que está siendo objeto esta ilustre milicia.

—¡Mal aconsejado rey! —dijo el de Lara.

—El mal aconsejado sois vos —repuso don Álvaro con impaciencia—, en menguar así vuestro propio decoro. Id con Dios, que ni mi corazón ni mi brazo faltarán nunca a esos perseguidos caballeros.

Lara frunció el ceño y le preguntó con voz altanera:

—¿Olvidáis que sois mi prisionero?

—Sí, a fe que lo había olvidado, porque vos me habéis dicho que erais mi amigo y no mi carcelero; pero ya que volvéis a vuestro natural papel, sabed que aunque me tengáis a vuestra merced, mi corazón y mi espíritu se ríen de vuestras amenazas.

Don Juan se mordió los labios y guardó silencio por un buen rato, durante el cual sin duda su alma naturalmente noble y recta le estuvo haciendo sangrientos reproches por su proceder; pero con su genial obstinación; se aferró más y más en el partido adoptado. Por fin, levantándose, dijo a su prisionero:

—Don Álvaro, ya conocéis de oídas mi índole arrebatada y violenta; los primeros movimientos no están en nuestra mano. Olvidad cuanto os he dicho, y no me juzguéis sino como hasta aquí me habéis juzgado.

Dicho esto se salió de la cámara, y don Álvaro, con el descuido propio de los hombres esforzados, cuando solo de su vida se trata, se entregó a sus habituales reflexiones. El de Lara estuvo paseando en la plataforma de uno de los torreones el resto de la tarde con pasos desiguales, hablando consigo propio en ocasiones, gesticulando con vehemencia, y sentándose de cuando en cuando arrobado en profundas distracciones. Por fin, largo rato después de puesto el sol, cuando los áridos campos circunvecinos iban desapareciendo entre los velos de la noche, bajó por la angosta escalera de caracol, y encaminándose a la sala principal del castillo, mandó a llamar por un paje a su físico Ben Simuel.

Poco tardó en asomar por la puerta la cara de zorro del astuto judío, y sentándose al lado de su señor, entablaron en voz muy baja una viva conversación, de que el paje no pudo percibir nada, sin embargo de estar en la puerta, hasta que por fin Ben Simuel, levantándose, y después de escuchar las últimas palabras de don Juan, que las acompañó con un gesto muy expresivo y semblante casi amenazador, se salió de la sala con bastante diligencia.

Cerca de las diez de la noche serían cuando el mismo judío se presentó en el encierro de don Álvaro con una copa en una salvilla, y después de reconocer sus vendajes le hizo tomar aquella poción con que le dijo que reconciliaría el sueño. Despidiose enseguida y don Álvaro comenzó a sentir cierta pesadez que después de tantos insomnios parecía pronóstico de un sueño sosegado. Apenas tuvo tiempo de decir a Millán que le dejase solo, y que cerrase la puerta por fuera sin entrar hasta que llamase, y al punto se quedó profundamente adormecido. El buen escudero, no menos necesitado de descanso que su amo, hizo cuanto se le mandaba, y echando la llave y guardándosela en el bolsillo, se tendió cuan largo era en una cama que para él habían puesto en un caramanchón vecino, y no despertó hasta el día siguiente, cuando ya el sol estaba bastante alto. Acercose entonces a la puerta por ver si su señor se rebullía o quejaba; pero nada oyó. «Vamos, dijo para sí, de esta vez sus melancolías han podido menos que el sueño, y cuando despierte, Dios mediante, se ha de encontrar otro.» Aguardó, pues, otro rato bueno, durante el cual comenzó a inquietarse, pensando que tanto dormir podría hacer daño a su señor; pero pasada una hora y media, ya no pudo contener su impaciencia, y metiendo la llave en la cerradura y dándole vueltas con mucho tiento, entró de puntillas hasta la cama de don Álvaro, y después de vacilar todavía un poco, por fin se decidió a llamarle meneándole suavemente al mismo tiempo. Don Álvaro ni se movió ni dio respuesta alguna, y Millán, de veras asustado, acudió a abrir una ventana; pero cual no debió de ser su asombro y consternación cuando vio el cuerpo de su señor inanimado y frío, apartados los vendajes, desgarradas las heridas y toda la cama inundada en sangre.

Al principio se quedó como de una pieza, agarrotado por el espanto, la sorpresa y el dolor; pero en cuanto pudo moverse salió dando gritos, y con los cabellos erizados todavía, por los corredores del castillo. Al ruido acudieron algunos hombres de armas y criados, y por último el mismo Lara, seguido de Ben Simuel. Millán, ahogado por los sollozos que por fin habían podido abrirse paso por medio de su estupor y asombro, les condujo hasta el lecho de su malogrado amo, y cayó sobre él abrazándole estrechamente. Don Juan no pudo contener una mirada errante y tremenda que dirigió a su médico; pero recobrándose al punto y revolviendo fieramente alrededor, y fijándola alternativamente en sus soldados y en Millán, mandó a este con voz imperiosa que contase lo que había sucedido. Así lo hizo con toda la sencillez e ingenuidad de su dolor,

hasta que llegando a decir como había dejado solo a don Álvaro, el judío, que había estado registrando el cuerpo, se volvió a él con ojos airados y le dijo:

—¡Mira, desgraciado, mira tu obra! Tu amo en un ensueño o en un acceso de delirio ha roto sus vendajes y se ha desangrado. ¡Cómo dejar solo a un caballero tan mal herido!

El desdichado escudero empezó a mesarse los cabellos hasta que empleando Lara su autoridad logró que acabase su relación, y entonces, condolido de su pena, le dijo:

—Tú no has hecho sino obedecer a tu señor y en nada eres culpable. Además, todos nos hemos engañado. ¿Quién no creía a este noble mancebo libre ya de todo riesgo? ¡Dios ha querido afligirme permitiendo que un castillo mío fuese testigo de semejante desgracia! Mañana se dará sepultura a este ilustre caballero en el panteón de este castillo.

—No ha de ser así, por vida vuestra, señor —le interrumpió Millán—, antes entregádmelo a mí para que lo lleve a Bembibre y lo entierre con sus mayores. ¡Válgame Dios! —exclamó en voz imperceptible— ¿y qué responderé a su tío el maestre, y a doña Beatriz cuando me pregunten por él?

—El cuerpo de don Álvaro —replicó don Juan— descansará en este castillo hasta que, restablecida la paz y acabadas estas funestas disensiones, pueda yo mismo con todos los caballeros de mi casa y mis aliados trasladarlo al panteón de su familia, con la pompa correspondiente a su estirpe y alto valor.

Como esto parecía redundar en honra de su malogrado señor, y por otra parte, como sabía que don Juan Núñez era absoluto en sus voluntades, hubo de conformarse con lo dispuesto. El cuerpo de don Álvaro estuvo todo aquel día de manifiesto en la capilla del castillo, acompañado del inconsolable escudero, y escoltado por cuatro hombres de armas que de cuando en cuando se relevaban. El capellán extendió la fe de muerto correspondiente, y aquella misma noche depositó en la bóveda del castillo, en un sepulcro nuevo, los restos de aquel joven desdichado.

Al día siguiente, Millán se presentó a don Juan para que le diese permiso de volver al Bierzo, y después de alabar mucho su fidelidad, se lo otorgó, acompañándolo de un bolsillo lleno de oro.

—Muchas gracias, noble señor —respondió él rehusándolo—. Don Álvaro dejó hecho su testamento al venir a esta desventurada guerra, y estoy seguro de que habrá mirado por su pobre escudero de cuya fidelidad estaba él bien seguro.

—Eso no importa —replicó don Juan haciéndole tomar la bolsa—, tú eres un buen muchacho, y además el único placer de que disfrutamos los poderosos es el de dar.

Millán salió entonces del castillo, y yendo a encontrarse con Robledo, le contó la tragedia acaecida. La noticia, que al instante corrió por el campo, llenó de disgusto a todos, porque si bien no miraban a don Álvaro con cariño, no por eso dejaban de estimar su brillante valor de que tan fresca memoria dejaba. La mesnada volvió a sus prados y montañas nativas llena de luto y de tristeza por la muerte de su señor, verdadero padre de sus vasallos; y por la de tantos otros hermanos de armas cuyos huesos blanqueaban ya a la luna en los áridos campos de Castilla. Millán los dejó atrás y se adelantó a llevar a Arganza y a Ponferrada la fatal nueva.



Capítulo XVI

Doña Beatriz, como dejamos dicho, volvió a la casa paterna en medio del regocijo de los suyos que tantas razones tenían para estimarla. Su padre, como deseoso de borrar las pasadas violencias, o bien convencido de que poco valían para sojuzgar un ánimo tan esforzado, la trataba con la antigua bondad, sin mentarle siquiera sus proyectos favoritos. El conde de Lemos, que frecuentemente era huésped de la casa, penetrado sin duda de los mismos sentimientos, o por mejor decir, convencido de que otro era el camino que llevaba al logro de sus afanes, escaseaba sus visitas a doña Beatriz y había trocado sus importunidades en un respeto profundo y en una deferencia siempre cortés y delicada. La urbanidad de sus modales y la profunda simulación de su carácter, acostumbrado a los más tortuosos caminos, le ayudaron eficazmente en la difícil tarea de cambiar la opinión que acerca de su persona y sentimientos había formado doña Blanca. Doña Beatriz, sin embargo, nunca podía acallar la voz que repetía en su memoria las frías y altaneras palabras de aquel hombre en el locutorio de Villabuena. Harto bien lo conocía él, y por eso todos sus conatos se dirigían a lavar esta mancha que sin duda le afeaba a los ojos de la joven. Y por último, fuerza es confesarlo, a pesar de la dureza y frialdad de aquel alma, el candor y la belleza de doña Beatriz habían llegado a penetrar en ella por intervalos y con un vislumbre nuevo desconocido, que a veces suavizaba su natural aspereza.

Como suele acontecer a personas arrastradas por una pasión, la señora de Arganza se había sostenido con particular entereza, a pesar de sus achaques, mientras duró la enfermedad y convalecencia de su hija. El dolor y la alegría sucesivamente le habían dado fuerzas, y solo cuando ambos extremos fueron cediendo, la naturaleza recobró su curso con todo el ímpetu consiguiente a tan larga compresión. Así pues, cuando doña Beatriz volvió no ya a su natural robustez, porque esto no llegó a suceder, sino en sí, su madre comenzó a flaquear y al poco tiempo se postró enteramente al rigor de sus dolencias. De esta suerte, el vivo rayo de contento que había iluminado aquella noble familia, tardó poco en oscurecerse del todo, y de nuevo comenzaron las torturas y congojas de la incertidumbre.

Tenían los males de doña Blanca intervalos frecuentes y lúcidos en que su razón se despejaba; pero entonces una melancolía profunda se derramaba en todos sus discursos y pensamientos. Su alma, apasionada y tierna, pero humilde y apacible, no había conocido más camino que la resignación, ni más norte que la obediencia. Habíase inclinado vivamente a don Álvaro mientras su voluntad había caminado de acuerdo con la de su noble esposo, y aún le conservaba una afición involuntaria a pesar de las desavenencias ocurridas; pero últimamente la fuerza que toda su vida había preponderado en su espíritu acabó de ladearla hacia la voluntad manifiesta de su esposo. En un carácter tímido y sosegado como el suyo, la idea de nuevas discordias entre el padre y la hija era una especie de pesadilla que continuamente la estaba oprimiendo. También en su juventud habían violentado su inclinación, y al cabo, los cuidados domésticos, la conformidad religiosa y el amor de sus hijos le habían proporcionado momentos de reposo y aun de felicidad. ¿Quién puede adivinar lo que pasa en el corazón, ni quien sería bastante audaz para asegurar que apagadas las terribles llamaradas de juventud, su hija no acabase por agradecer la solicitud de su padre, consolándose como ella se había consolado y regocijándose por último de dejar a sus descendientes un nombre ilustre y las riquezas que siempre lo realzan? El mal concepto que en un principio había formado del conde se había ido desvaneciendo, gracias a la perseverancia, artificio y destreza de su conducta, y la buena señora juzgaba que lo mismo debería acontecer a su hija.

Por desgracia, todos estos argumentos, que tanto peso tenían en una índole como la suya, nada tenían que ver con la elevación de sentimientos y energía de resolución que distinguía a su hija. Doña Beatriz jamás se hubiera contentado con obedecer a su esposo, porque necesitaba respetarle y estimarle, y por otra parte, su condición era de aquellas que nunca aciertan a transigir con la injusticia y luchan sin tregua hasta el último momento. Los bienes de la tierra, los incentivos de la vanidad nunca habían fascinado sus ojos; pero estas disposiciones se habían fortificado en la soledad del claustro y en medio de su atmósfera religiosa, donde todos los impulsos de aquel alma generosa habían recibido un muy subido y frío temple. No parecía sino que en el borde de la eternidad, al cual estuvo asomada, su alma se había iniciado en los misterios de la nada que forma las entrañas de las cosas terrenas, y se había adherido con más ahínco a la pasión que la llenaba, fiel trasunto del amor celeste por su pureza y

sinceridad. Sin embargo, la mudanza de ideas y el nuevo giro que al parecer tomaban los pensamientos de aquella madre tan cariñosa y con tanto extremo querida, afectaban su corazón, no atreviéndose a contradecirla en medio de sus padecimientos y no cabiendo en su memoria, por otra parte, más imagen que la del ausente don Álvaro. Este enemigo de nueva especie, con quien tenía que combatir, era ciertamente harto más temible que los atropellos y desafueros anteriormente empleados.

Tal era la situación de la familia de Arganza, cuando una tarde de verano estaban sentadas entrambas señoras en la misma sala, y a la misma ventana en que vimos por la primera vez a don Álvaro despedirse de la señora de sus pensamientos. Doña Blanca parecía sumida en la dolorosa distracción que experimentaba después de sus accesos, recostada sin fuerzas en un gran sillón de brazos. Su hija acababa de dejar, y tenía a un lado, el arpa con que había procurado divertir sus pesares, y sus ojos se fijaban en aquel sol que iba a ponerse, que había alumbrado la salida de don Álvaro de aquellos umbrales y que todavía no había traído el día del consuelo. Sus pensamientos, naturalmente, volaban a los tendidos llanos de Castilla en busca de aquel joven digno de más benigno destino, cuando de repente el galope de un caballo que pasaba por debajo de la ventana las sacó de sus meditaciones. Doña Beatriz se asomó rápidamente a la ventana; pero jinete y caballo doblaban la esquina en busca de la puerta principal, y solo pudo percibir un vislumbre que parecía traerle a la memoria una figura conocida. Al punto las herraduras sonaron en el patio y las pisadas de un hombre armado se oyeron en la escalera poco distante del aposento. A poco rato entró Martina precipitada, y con el semblante de un difunto, dijo como sin saber lo que decía:

—Señora, es Millán...

La misma palidez de la criada se difundió instantáneamente por las facciones de su ama que sin embargo respondió:

—Ya sé lo que me trae; mi corazón me lo acaba de decir; que entre al instante.

La doncella salió, y a poco rato entró Millán por la puerta en que doña Beatriz tenía clavados los ojos que parecían saltársele de las órbitas. Doña Blanca, toda alarmada, se levantó, aunque con mucho trabajo, y fue a ponerse al lado de su hija, y Martina se quedó a la puerta enjugándose los ojos con una punta de su delantal, mientras Millán se adelantaba con pasos inciertos y turbados hasta ponerse delante de doña Beatriz. Allí quiso

hablar, pero se le anudó la voz en la garganta, y así, alargó sin decir una palabra anillo y trenza. Toda explicación era inútil, porque ambas prendas venían manchadas de sangre. Martina entonces rompió en sollozos y Millán tardó poco en acompañarla. Doña Beatriz tenía fija la misma mirada desencajada y terrible en el anillo y en la trenza, hasta que, por último, bajando los ojos y exhalando un suspiro histérico, dijo con voz casi tranquila:

—Dios me lo dio, Dios me lo quitó; sea por siempre bendito.

Doña Blanca entonces se colgó del cuello de su hija y deshecha en lágrimas le decía:

—No, hija querida, no manifiestes esa tranquilidad que me asusta más que tu misma muerte. ¡Llora, llora en los brazos de tu madre! ¡Grande es tu pérdida! ¡Mira, yo también lloro, porque yo también le amaba! ¡Ay!, ¡quién no amaba aquel alma divina encerrada en tan hermoso cuerpo!

—Sí, sí, tenéis razón —exclamó ella apartándola—; pero dejadme. ¿Y cómo murió, Millán? ¿Cómo murió, te digo?

—Murió desangrado en su cama, abandonado de todos y aun de mí —respondió el escudero con una voz apenas articulada.

Entonces fue cuando los miembros de doña Beatriz comenzaron a temblar con una convulsión dolorosa que por último la privó del sentido. Largo rato tardó en volver en sí, pero los sacudimientos de su naturaleza, ya quebrantada por la anterior enfermedad, fueron menos violentos. Por fin, cuando volvió en sí, los muchos lamentos que su madre empleaba adrede para excitar sus lágrimas, y sobre todo los consuelos religiosos del abad de Carracedo, que acababa de llegar, desataron el manantial de su llanto. Esta crisis sin embargo no fue menos violenta que la otra, porque eran tales su congoja y sus sollozos que muchas veces creyeron que se ahogaba. En este fatal estado pasó la noche entera y la mañana siguiente, hasta que por la tarde se levantó por fin una voraz calentura. Comoquiera, a los pocos días sintió mejoría y pudo ya levantarse. Su semblante, sin embargo, comenzó a perder su frescura y a notarse en su mirada un no sé qué de encendido e inquieto. Su carácter se hizo asimismo pensativo y recogido más que nunca, su devoción tomó un giro más ardiente y apasionado, sus palabras salían bañadas de un tono particular de unción y melancolía, y aunque las escaseaba en gran manera, eran más dulces, cariñosas y consoladoras que nunca. Jamás se oía en sus labios el nombre de aquel amante adorado ni se quejaba de su desdicha; solo Martina creía percibirle entre sueños y en el

movimiento de sus labios cuando rezaba. Por lo demás, cuidaba y asistía a los enfermos del pueblo con sin igual solicitud y esmero, hacía limosnas continuas y su caridad era verdaderamente inagotable. Finalmente, la aureola que le rodeaba a los ojos de aquellas gentes sencillas pareció santificarse e iluminarse más vivamente, y su hermosura misma, aunque ajada por la mano del dolor, parecía desprenderse de sus atractivos terrenos para adornarse con galas puramente místicas y espirituales.

El conde de Lemos, con su natural discreción y tino, se ausentó de Arganza en aquella época a Galicia, donde le llamaban sus cábalas y manejos, y cuando volvió al cabo de algún tiempo, su conducta fue más reservada, circunspecta y decorosa que nunca.

Cualquiera puede figurarse la acogida triste y sentida que haría el anciano maestro al escudero de su sobrino, portador de aquella dolorosísima nueva. Acababa de recibir las terribles noticias de Francia tras de las cuales veía venir irremediablemente la ruina de su gloriosa Orden, cuando introdujeron a Millán en su aposento. Este golpe acabó con su valor porque, como noble, era amante de la gloria de su linaje extinguido ya a la sazón por la muerte de aquel joven que sus manos y consejos habían formado, hasta convertirle en un dechado de nobleza y en un espejo de caballería. Aquel venerable viejo, encanecido en la guerra, y famoso en la Orden por su valor y austeridad, se abandonó a los mismos extremos que pudiera una mujer, y solo al cabo de un largo rato y como avergonzado de su debilidad recobró su superioridad sobre sí propio.

Millán, continuando en su amarga peregrinación, subió por fin al castillo de Cornatel y dio parte al comendador Saldaña de lo ocurrido. El caballero recibió la noticia con valor, pero sintió en su corazón una pena agudísima. Don Álvaro era la única persona que había logrado insinuarse hacía mucho tiempo en aquel corazón de todo punto ocupado por el celo de su Orden y los planes de su engrandecimiento. Descansaban, además, en aquel mancebo bizarro y generoso gran número de sus más floridas esperanzas, y tanto en su pecho como en su entendimiento dejaba un grandísimo vacío. Quedose pensativo por algún tiempo, y por fin, como herido de una idea súbita, dijo a Millán:

—¿No has traído el cuerpo de tu señor? —Millán le contó entonces las razones y pretextos de don Juan de Lara, a los cuales no hizo Saldaña sino mover la cabeza, y por último dijo—:

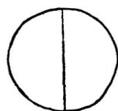
—Aquí hay algún misterio.

El escudero, que atentamente le escuchaba, le dijo entonces:

—Cómo, señor, ¿pensaríais que no fuese cierto?

—¿Cómo?, ¿cómo? —repuso el comendador, recobrándose; y luego añadió con tristeza—: Y tan cierto como es, ¡pobre mozo!

Millán, que había querido entrever una esperanza en las palabras del comendador, se convenció entonces de su locura y despidiéndose del caballero se volvió a Bemibre. A los pocos días hizo abrir judicialmente el testamento de su señor en que se encontró heredado en pingües tierras, viñas y prados, y asegurada su fortuna. El resto de sus bienes debía pasar a la Orden del Temple, después de infinitas mandas y limosnas.



Capítulo XVII

Algunos meses se pasaron en este estado, hasta que una mañana al volver de la capilla donde largo tiempo habían estado orando, declaró doña Beatriz a su madre con voz muy serena y entera su voluntad de tomar el velo de las esposas del Señor en Villabuena:

—Ya veis, madre mía —le dijo—, que no es esto una determinación tomada en el arrebato de un justo dolor. Adrede he dejado pasar tantos días, durante los cuales se ha arraigado más y más en mi alma esta resolución, que por lo invariable parece venida de otro mundo mejor, ajeno a las vicisitudes y miserias del nuestro. La soledad del claustro es lo único que podrá responder a la profunda soledad que rodea mi corazón, y la inmensidad del amor divino lo único que puede llenar el vacío incommensurable de mi alma.

Doña Blanca se quedó como herida de un rayo con una declaración que nunca había previsto, aunque no era sino muy natural, y que así daba en tierra con todas las esperanzas de su esposo y aun con las suyas propias. No obstante, disipado en parte su asombro, tuvo fuerzas bastantes para responder:

—Hija mía, los días de mi vida están contados, y no creo pienses en privarme de tus cuidados, único bálsamo que los alarga. Después de mi muerte, tú consultarás con tu conciencia y si tienes valor para acabar así con tu linaje y dejar morir en la soledad a tu anciano padre, el Señor te perdone y bendiga, como te perdono y bendigo yo.

El alma de doña Beatriz, naturalmente generosa y desprendida, y a fuer de tal tanto más inclinada al sacrificio cuanto más doloroso se le presentaba, se conmovió profundamente con estas palabras a un mismo tiempo cariñosas y sentidas. No era fácil cambiar un propósito en tantas razones fundado, pero la idea de los pesares de su madre, que en ningún tiempo había tenido para ella sino consuelo y ternura, socavaba los cimientos de su enérgica voluntad. Poco trabajo, de consiguiente, costó a doña Blanca arrancarle la promesa de que nunca durante su vida volvería a mentarle semejante resolución; no atreviéndose a pedirle que desistiese de ella absolutamente, tanto porque fiaba del tiempo y de sus esfuerzos

sucesivos, cuanto porque bien se le alcanzaban los miramientos y pulso que necesitaba el carácter de su hija.

Comoquiera, a poco se había obligado esta, porque tan tasados estaban ciertamente los días de la enferma y postrada doña Blanca, que inmediatamente cayó en cama, convertidas sus habituales dolencias en una, agudísima y ejecutiva. La edad, su complexión no muy robusta, la pérdida de sus hijos y sobre todo la enfermedad y pesares de doña Beatriz, junto con la incertidumbre fatal en que la tenía sumida su anunciada vocación, habían concurrido a cortar los últimos hilos de su vida. La joven, en el extravío de su dolor, no pudo menos de atribuirse gran parte de la culpa de aquel desdichado suceso, y por primera vez comenzó a atormentar su alma el torcedor del remordimiento. Hasta el dolor de su padre parecía oprimirla con su peso; cargos desacertados sin duda, pues el término de aquella vida estaba irrevocablemente marcado, y solo la exaltación de su sensibilidad podía pintarle como reprehensible una conducta tan desinteresada y amante como la suya.

Doña Blanca, durante su enfermedad, no cesaba de dirigir a su hija miradas muy significativas y penetrantes y de estrechar su mano. No parecía sino que, deseosa de declararle su pensamiento, se contenía por no hacer más amarga la hora de la separación, de suyo tan amarga y lastimosa. Por fin, llegando el mal a su extremidad, el abad de Carracedo, que como amigo y confesor de la familia no se había apartado de su cabecera, le administró todos los auxilios y consuelos de la religión.

Con ellos pareció cobrar ánimos la enferma y salió por fin de la noche en que todos creyeron recoger su postrer suspiro; pero su ansiedad parecía mayor. El alba de un día lluvioso y triste comenzaba ya a colorear los vidrios de colores de las ventanas, cuando doña Blanca, asiendo la mano de su hija, le dijo con voz apagada:

—Hace muchos días que está pesando sobre mí una idea de la cual podrías tú librarme, y darme una muerte descansada y dulce.

—¡Madre mía! —respondió con efusión doña Beatriz—, mi vida, mi alma entera son vuestras. ¿Qué no haré yo porque lleguéis al trono del eterno contenta de vuestra hija?

—Ya sabes —continuó la enferma— que nunca he querido violentar tus inclinaciones... ¿cómo había de intentarlo en esta hora suprema, en que la terrible eternidad me abre sus puertas? Tu voluntad es libre, libre como la de

los pájaros del aire; pero tú no sabes los celos que llevo al sepulcro sobre tu porvenir y sobre la suerte de nuestro linaje...

—Acabad, señora —contestó doña Beatriz con dolorosa resignación—, que a todo estoy dispuesta.

—Sí —respondió la madre—, pero de tu pleno y entero consentimiento... Sin embargo, si el noble conde de Lemos no fuese ya tan desagradable a tus ojos, si hubiese desarmado tu severidad, como ha desarmado la mía... El cielo sabe que mi fin sería muy sosegado y dichoso.

Doña Beatriz arrancó entonces un doloroso suspiro de lo íntimo de sus entrañas y dijo:

—¡Venga el conde ahora mismo, y le daré mi mano en el instante, delante de vos!

—¡No, no! —exclamaron a un tiempo, aunque con distintos acentos, la enferma y el abad de Carracedo, que estaba sentado al otro lado de la cama—. ¡Eso no puede ser!

Doña Beatriz sosegó a entrambos con un gesto lleno de dignidad y enseguida replicó con calma y tranquilidad:

—Así será, porque tal es la voluntad de mis padres, en un tono acorde con la mía propia. ¿Dónde está el conde?

Don Alonso hizo seña a un paje que inmediatamente trajo al noble huésped. El abad, mientras tanto, había estado hablando vivamente y con enérgicos ademanes al señor de Arganza, y por los de este se podía venir en conocimiento de que se excusaba con el enardecido monje. El conde de Lemos se llegó mesuradamente a la presencia de doña Beatriz y de su madre.

—Una palabra, señor caballero —dijo la joven apartándole a un extremo del aposento, donde habló con él un breve instante, al cabo del cual el conde se inclinó profundamente puesta la mano en el pecho, como en señal de asentimiento. Entonces volvieron delante del lecho de doña Blanca, y la doncella, dirigiéndose al abad, le dijo:

—¿Qué dudáis, padre mío?, mi voluntad es invariable, y solo nos falta que pronunciéis las sagradas palabras.

El abad, oyendo esto, aunque con repugnancia y con el corazón traspasado de amargura a vista de aquel tremendo sacrificio, pronunció con voz ronca la fórmula del sacramento y ambos esposos quedaron ligados con aquel tremendo vínculo que solo desata la mano de la muerte.

Tales fueron las bodas de doña Beatriz en que sirvió de altar un lecho mortuorio, y de antorchas nupciales los blandones de los sepulcros. Doña

Blanca murió por fin aquella misma tarde, de manera que las lágrimas, los lamentos y los cánticos funerales venían a ser los himnos de regocijo de aquel día. ¡Raro y discordante contraste en cualquier otra ocasión semejante, consonancia íntima y perfecta de aquel desposorio, cuyos frutos de amargura y desdicha debían de ser!

Doña Beatriz en cuanto expiró su madre se aferró a su cuerpo con tan estrecho y convulsivo abrazo, que hubo necesidad de emplear la fuerza para separarla de aquel sitio de dolor. El abad y don Alonso se quedaron solos por un momento delante del cadáver todavía caliente.

—¡Pobre y angelical señora!, tu ciega solicitud y extremada ternura han labrado la desdicha de tu hija única. ¡La paz sea sobre tus restos! Pero vos —añadió, volviéndose al señor de Arganza con el ademán de un profeta—, ¡vos habéis herido el árbol en la raíz! y sus ramas no abrigarán vuestra casa, ni vos os sentaréis a su sombra, ni veréis sus renuevos florecer y verdeguear en vuestros campos. La soledad os cercará en la hora de la muerte, y los sueños que ahora os fascinan serán vuestro más doloroso torcedor.

Diciendo esto, se salió de la sala dejando como aniquilado a don Alonso, que cayó sobre un sitial, hasta que el de Lemos, echándole de menos, vino a sacarle de su abatimiento. Llevóselo enseguida, y dos o tres doncellas y un sacerdote entraron a velar el cadáver de aquella cuya grandeza y riquezas cabían ya en la estrechez y miseria del sepulcro.



Capítulo XVIII

Por tan extraños caminos, el alma generosa y esforzada de doña Beatriz vino a sucumbir bajo el peso de su misma abnegación y a sacrificar el corto reposo que le brindaba el porvenir a una expiación soñada. Con tan raro concierto y eslabonamiento de circunstancias, a cual más desdichadas, uno por uno se disiparon tantos sueños de ventura como habían mecido su florida primavera, y al despertar se encontró la esposa de un hombre cuya perversidad y vileza todavía estaban por manifestarse en su infernal desnudez.

Los días de su gloria habían pasado y la corona se había caído de su cabeza, pero todavía le quedaba un consuelo en medio de tantos males, y era la esperanza de bajar temprano al sepulcro a reunirse con el verdadero esposo que había elegido en su juventud y cuyos recuerdos por dondequiera la acompañaban, como la columna de fuego que guiaba a los israelitas por el desierto en mitad de la noche. Nadie mejor que ella sabía que las fuentes de la vida comenzaban a cegarse en su pecho con las arenas de la soledad y del desconsuelo, y que aquel alma impetuosa y ardiente, que sin cesar luchaba por romper su cárcel, acabaría no muy tarde por levantar el vuelo desde ella. Sus noches desde la enfermedad de Villabuena eran inquietas y los sucesos posteriores habían aumentado su ansiedad y desasosiego.

La muerte de su madre acababa de cerrar el círculo de soledad y desamparo en que empezaba a verse aprisionada, y estremecida su complexión con tantos golpes y trastornos, su respiración comenzaba a ser anhelosa; palpitaba a veces con violencia su corazón y solo un torrente de lágrimas podía hacer cesar la opresión que sentía en aquellos momentos; otras veces sentía correr un fuego abrasador por sus venas y latir con violencia y por largo tiempo el pulso, exaltándose al propio tiempo su imaginación, o cayendo en una especie de estupor que duraba a menudo muchas horas. Aquel cuerpo noble y bien formado, dechado de tantas gracias y cifra de tantas perfecciones, hacía tiempo que iba perdiendo la morbidez de sus formas y las alegres tintas de la salud. Las facciones se adelgazaban insensiblemente; el color pálido de la cara se hacía más notable

por el subido carmín que coloreaba una pequeña parte de las mejillas; los ojos aumentaban en aquella clase de brillantez que pinta, aun a los menos conocedores, que padecen el cuerpo y el espíritu a un tiempo mismo. Y a estas señales físicas de un profundo padecimiento interior, se agregaba aquel paso rápido de la exaltación en las ideas y sentimientos al desaliento y la melancolía, que indica tan claramente la unión íntima del cuerpo y del espíritu.

El otoño había sucedido a las galas de la primavera y a las canículas del verano, y tendía ya su manto de diversos colores por entre las arboledas, montes y viñedos del Bierzo. Comenzaban a volar las hojas de los árboles, las golondrinas se juntaban para buscar otras regiones más templadas, y las cigüeñas, describiendo círculos alrededor de las torres en que habían hecho su nido, se preparaban también para su viaje. El cielo estaba cubierto de nubes pardas y delgadas por medio de las cuales se abría paso de cuando en cuando un rayo de sol, tibio y descolorido. Las primeras lluvias de la estación, que ya habían caído, amontonaban en el horizonte celajes espesos y pesados, que adelgazados a veces por el viento y esparcidos entre las grietas de los peñascos y por la cresta de las montañas, figuraban otros tantos cendales y plumas abandonados por los genios del aire en medio de su rápida carrera. Los ríos iban ya un poco turbios e hinchados, los pajarillos volaban de un árbol a otro sin soltar sus trinos armoniosos, y las ovejas corrían por las laderas y por los prados recién despojados de su yerba, balando ronca y tristemente. La naturaleza entera parecía despedirse del tiempo alegre y prepararse para los largos y oscuros lutos del invierno.

Las tres de la tarde serían, cuando en uno de estos días dos caballeros armados de punta en blanco descendían del puerto de Manzanal y entraban en la ribera frondosa de Bembibre. Llevaban calada entrambos la celada y solo les seguía un escudero de facciones atezadas y cabello ensortijado. El uno de ellos, que parecía el más joven, llevaba una armadura negra, el escudo sin divisa y casco negro también coronado de un penacho muy hermoso del mismo color, cuyas plumas tremolaban airosamente a merced del viento. Mucho debía importarle que no le conociesen, cuando bajo semejante disfraz se encubría. El otro, que por su cuerpo ligeramente encorvado y por la menor soltura de sus movimientos, parecía un poco más anciano, era sin duda un templario, pues llevaba la cruz encarnada en el manto blanco y en el escudo los dos caballeros montados en un mismo caballo, que eran las armas de la Orden. A bastante

distancia de estos dos personajes, caminaban como hasta quince o veinte hombre de armas también con las divisas del Temple.

Era aquel día el que la Iglesia destina para la conmemoración de los difuntos, y las campanas de todos los pueblos llamaban a vísperas a sus moradores para orar por las almas de los suyos. Las mujeres acudían a la iglesia cubiertas con sus mantillas de bayeta negra, llevando cada una en su canasto de mimbres la acostumbrada ofrenda del pan y las velas de cera amarilla. Los hombres, envueltos en sendas y cumplidas capas, acudían también silenciosos y graves a la religiosa ceremonia.

Como en El Bierzo está y estuvo siempre muy diseminada la población, la proximidad de las aldeas hace que sus campanas se oigan distintamente de unas a otras. La hora de la oración, que sorprende al cazador en algún pico elevado y solitario, tiene un encanto y solemnidad indefinible, porque los diversos sonidos, cercanos y vivos los unos, confusos y apagados los otros, imperceptibles y vagos los más remotos, derramándose por entre las sombras del crepúsculo y por el silencio de los valles, recorren un diapásón infinito y melancólico y llenan el alma de emociones desconocidas.

Caminaban nuestros dos viajeros de día, muy claro, y de consiguiente carecía el paisaje y la música de las campanas de aquel misterio que la proximidad de la noche comunica a toda clase de escenas y sensaciones, pero según el profundo silencio que guardaban, no parecía sino que aquellos lentos y agudos tañidos, que semejantes a una sinfonía fúnebre y general por la ruina del mundo venían de todos los collados de las llanuras y de los precipicios, embargaban profundamente su alma. ¿Quién sabe de dónde venían aquellos dos forasteros y si eran nativos de aquella tierra? ¿Quién sabe si aquellas voces de metal, que ahora solo hablaban de la muerte, habían entonado un himno de alegría el día de su nacimiento, les habían despertado en los días de fiesta con sus repiques, y les traían entonces al pensamiento mil pasadas historias y recuerdos? Tal vez eran estas las ideas que en ellos se despertaban, pero no se las comunicaban uno a otro; y callados y absortos en sus meditaciones, caminaban a largo y tendido paso sin reparar en las miradas de aquellos sencillos campesinos. Por fin doblaron la cuesta de Congosto y siguieron el camino del Bierzo abajo.

Aquella misma tarde doña Beatriz, acompañada de todos sus criados y vasallos del pueblo de Arganza, había acudido a las exequias comunes de la gran familia de Cristo y orado fervorosamente sobre la sepultura apenas

cerrada de aquella madre que tanto había querido, y quería aún. También había rogado al Ser Supremo por el eterno descanso de aquel que la adoraba con fe tan profunda y cuyos huesos descansaban en tierra extraña lejos de los de sus padres y hermanos. En aquel día de común tristeza se representaban como en un animado panorama las cortas alegrías de su vida, las escenas de dolor que las habían seguido, el sepulcro que había devorado silenciosamente sus esperanzas terrenas, y la prisión de sus fatales lazos que sin cesar elevaban sus pensamientos en alas de la religión hacia las regiones de lo futuro.

Con semejantes impresiones, su corazón se había oprimido más que de costumbre, y acabados los oficios, había sentido la necesidad de respirar el aire libre, necesidad que por su violencia probaba muy bien el trastorno que su constitución iba sufriendo. Echó, pues, con su fiel Martina por una calle de árboles de las muchas que cruzaban el soto y huertas de la antigua y noble casa, y fatigada de su corto paseo, sentose al pie de un nogal frondoso y acopado, por cuyo pie corría un arroyuelo manso y limpio, con sus orillas coronadas de trébol y yerbabuena. Allí, con el codo en las rodillas y la mejilla apoyada en la mano, seguían sus ojos aquellas diáfanas aguas con el aire abatido y desmayado que de continuo solía seguir a sus accesos más vivos.

La fiel y cariñosa doncella, única tal vez que conocía a fondo los pesares de su señora y concebía serios temores sobre el fin de aquella fatal melancolía, se había apartado un poco, acostumbrada a respetar estos momentos de distracción y abandono que en medio de la sorda e interna agitación de doña Beatriz podían pasar por un verdadero descanso. La pobre muchacha no había querido separarse de su ama en la hora de la amargura, porque habiéndose criado en la casa, tenía por ella toda la ternura de una hermana junto con el respeto y sumisión completa, propios de su estado. Millán, establecido ya y deseoso de coronar con el matrimonio sus sinceros amores, siempre había encontrado aplazamientos y dificultades que si bien no eran muy de su gusto, siempre encontraban, sin embargo, disculpa a sus ojos, porque se hacía cargo de que si su amo viviese y hubiese menester su ayuda o compañía, bien podían esperar todas las Martinas del mundo hasta el día mismo del juicio. Solo una cosa le afligía, y era ver que el alegre y vivo natural de la aldeana se había trocado un poco con tantos sustos y tristezas, y que las rosas mismas de sus mejillas habían perdido sus vivos matices. Comoquiera, todavía conservaba su

gracia y donaire, y sobre todo aquel excelente corazón con que de todos se daba a querer.

—Por fin, hoy —decía para sí, contemplando a su ama—, estará un poco más a sus anchas la pobrecilla, porque el viejo y el otro pájaro andan por las montañas en no sé qué manejos. Dios me perdone, ya es mi amo y me ha regalado las arracadas y cadena que guardo en mi cofre, y sin embargo, ni con esas me pasa de los dientes para adentro. Es verdad que el que conoció a don Álvaro, por maldito que fuese su genio en ocasiones, bien creará que este señor, con todo su condado y su fachenda, no le llega a la suela del zapato. Así me hubiera yo casado con él, como volar. No sé que mal espíritu le metió a nuestra santa ama semejante terquedad en la cabeza en la hora de la muerte. ¡Dios la tenga en su gloria!, pero lo que es el amo, que no se moría y tenía el uso cabal de sus sentidos y potencias, no sé yo que bien le salgan sus soberbias y fantasías. Bien oí yo lo que le dijo el abad de Carracedo, que por cierto, no ha vuelto a poner aquí los pies desde entonces. En verdad, en verdad que muchas veces he pensado en aquellas palabras, y que cuando veo cómo pasa las noches en claro mi señora y las congojas que le dan, no sé qué me da a mí también el corazón. ¡Válgame Dios!, ¡y tan contentos como hubiéramos podido estar todos! No se lo demanden a quien tiene la culpa en el día del juicio.

Aquí llegaba la buena Martina en sus reflexiones, cuando sintiendo pasos detrás de sí, volvió la cabeza y vio la abultada persona de Mendo que, echando los bofes por andar de prisa, venía hacia ella con toda la idea de una novedad muy grande pintada en su espacioso y saludable semblante.

—¿Qué ocurre, Mendo? —preguntó la muchacha, que nunca desaprovechaba la ocasión de dispararle alguna pulla—; ¿qué traéis con esa cara de palomino asustado, que no parece sino que veis la mala visión de siempre?

Esta alusión a la inquietud y comezón que le causaban las visitas un poco frecuentes de Millán, no fue muy del agrado del buen palafrenero, que de seguro hubiera respondido si se le hubiera ocurrido algo de pronto, pero como no era la prontitud del ingenio la cualidad que más campaba en él, y como por otra parte el recado que traía era urgente, se contentó con responder:

—En cuanto a la visión, puede que la espante yo haciéndole la señal de la cruz en los lomos; pero no es ese el caso. Has de saber que al meter yo el caballo *Reduán* por la reja del cercado, de repente se me acercaron dos

caballeros, el uno de esos nigrománticos de templarios y el otro no, y preguntándome por doña Beatriz, dijeron que querían hablarle dos palabras. Por cierto, que el caballo del uno me parece que lo conozco.

—Más valía que conocieses al jinete; dime, ¿qué señas tiene?

—Ambos traen baja la visera, y el que no es templario viene con armas negras, que parece el mismo enemigo malo.

—¿Sabes, hombre, que me da en qué pensar la tal visita y no sé si decírselo al ama?

—Decírselo, eso sí, porque yo tengo que volver con el recado, y aunque ellos me lo dijeron con mucha aquella y buen modo, si no les llevo la respuesta... Dios sabe lo que vendrá, porque ni uno ni otro me han dado buena espina.

Doña Beatriz, que había oído las últimas palabras de la conversación, les ahorró sus dudas y escrúpulos preguntándoles de qué se trataba, a lo cual Mendo repuso, contestando palabra por palabra, como a Martina.

—¡Un caballero del Temple! —dijo ella como hablando entre sí—. ¡Ah!, tal vez querrán proponer a mi padre o al conde algún partido honroso para la guerra que amenaza, y me elegirán a mí por medianera. Que vengan al punto —dijo a Mendo—. ¡También la hora de la desgracia ha llegado para esta noble Orden! ¡Quiera Dios que no sea el maestre!

—Pero, señora, ¿aquí en este sitio y sola los queréis recibir?

—Necio eres, Mendo —repuso doña Beatriz—, ¿qué temores puede causar a una dama la presencia de dos caballeros? Anda y que no tengan motivo para quejarse de nuestra cortesía.

—El diablo es esta nuestra ama —iba diciendo entre dientes el caballero—, ¡ella no tiene miedo ni aunque sea a un vestiglo! ¡Cuidado con fiarse de los templarios que son unos brujos declarados y serán capaces de convertirla en rata! ¡No!, pues yo en cuanto les dé el recado, por sí o por no, voy a avisar a la gente de casa, por lo que pueda suceder.

Los encubiertos caballeros, en cuanto recibieron el permiso, se entraron a caballo en el cercado y se encaminaron por las señas que les dio el palafrenero hacia donde quedaba su señora.

—¡Pues! —dijo este, poco satisfecho de semejante llaneza—; ¡como si fuera por su casa se meten! ¡No!, pues como se salgan un punto de lo regular, yo les prometo que les pese de la burla.

Y diciendo esto se encaminó a la casa.

Echaron pie a tierra los desconocidos poco antes de llegar a doña Beatriz, y el caballero de las armas negras, con un paso no muy seguro, se

fue acercando a ella seguido del templario. La señora, con ojos espantados y clavados en él, seguía con ademán atónito todos sus movimientos, como colgada de un suceso extraordinario y sobrenatural. Si el sepulcro rompiese alguna vez sus cadenas, sin duda creería que la sombra de don Álvaro era lo que así se le aparecía. El caballero se alzó lentamente la celada y dijo con una voz sepulcral:

—¡Soy, yo, doña Beatriz!

Martina dio entonces un tremendo grito y cayó al suelo sin fuerzas, cerrando los ojos por no ver el espectro de don Álvaro, pues por tal le descubrían la palidez de sus facciones y su voz trémula y hueca. Su ama, al contrario, aunque sujeta a la misma engañosa ilusión, lejos de temer la imagen de su amante, se arrojó hacia ella con los brazos abiertos, temiendo que entre ellos se le deshiciese, y exclamando con un acento que salía de lo más hondo del corazón:

—¡Ah!, ¿eres tú, sombra querida, eres tú? ¿Quién te envía otra vez a este valle de lágrimas y delitos que no te merecía? Mis ojos desde tu muerte no han hecho más que seguir el rastro de luz que tu alma dejó en los aires al encumbrarse al empíreo; no he abrigado más deseo sino el de juntarme contigo.

—Tened, doña Beatriz —repuso el caballero (porque como presumirán nuestros lectores menos preocupados que aquella desventurada mujer, él mismo y no su espíritu era el que se aparecía)—, porque todavía no sé si debo bendecir o maldecir este instante que nos reúne.

—¡Ah! —replicó doña Beatriz sin poner atención en lo que le decía, y palpando sus manos y sus armados brazos—, ¿pero eres tú?, ¿pero estás vivo?

—Vivo, sí —respondió él—, aunque bien puede decirse que acabo de salir de la huesa.

—¡Justicia divina! —exclamó ella con el acento de la desesperación, cuando ya no le cupo ninguna duda—: ¡Es él, él mismo! ¡Miserable de mí! ¿Qué es lo que he hecho?

Diciendo esto, se retiró unos cuantos pasos hasta apoyarse en el tronco de un árbol, retorciéndose los brazos.

Don Álvaro echó una ojeada al templario que también había levantado su visera y no era otro sino el comendador Saldaña, el que parecía pedirle perdón. Enseguida se acercó a doña Beatriz y le dijo con un acento al parecer respetuoso y sosegado, pero en realidad iracundo y fiero:

—Señora, el comendador que veis ahí presente me ha asegurado que sois la esposa del conde de Lemos, y aun cuando no ha mucho que le debí la libertad y la vida, y sus años le aseguran el respeto de todos, no sé en qué estuvo que no le arrancase la lengua con que me lo dijo y el corazón por las espaldas. Voy viendo que no mintió, pero aún me quedan tantas dudas que si vos no me las desvanecéis, nunca llegaré a creerlo.

—Cuanto os ha dicho es la pura verdad —respondió doña Beatriz—. Id con Dios y abreviad esta conversación, que sin duda será la postrera.

—La postrera será sin duda alguna —repuso él con el mismo acento—, pero fuerza será que me oigáis. ¿Que es verdad decís? Lo siento por vos más que por mí, porque habéis caído de un modo lamentable, y me habéis engañado ruin y bajamente.

—¡Ah!, ¡no! —exclamó doña Beatriz juntando las manos—, nunca...

—Escuchadme todavía —dijo don Álvaro interrumpiéndola con un gesto duro e imperioso—. Vos no sabéis todavía hasta dónde ha llegado el amor que os he tenido. Yo no había conocido familia ni más padre que mi buen tío, y vos lo erais todo para mí en la tierra, y en vos se posaban todas mis esperanzas a la manera que las águilas cansadas de volar se posan en las torres de los templos. ¡Ah!, templo, y muy santo, era para mí vuestra alma, y cuando la dicha me abrió sus puertas, procuré despojarme, antes de entrar en él, de todas las fragilidades y pobrezas humanas. Con vos mi vida cambió enteramente; los arrebatos de la imaginación, las ilusiones del deseo, los sueños de gloria, los instintos del valor, todo tenía un blanco, porque todo iba a parar a vos. Mis pensamientos se purificaban con vuestra memoria; en todas partes veía vuestra imagen como un reflejo de la de Dios, procuraba ennoblecerme a mis propios ojos para realzarme a los vuestros, y os adoraba, en fin, como pudiera haber adorado un ángel caído que pensase subir otra vez al cielo por la escala mística del amor. Tenía por divina la fortuna de encontrar gracia en vuestros ojos, e imaginándoos una criatura más perfecta que las de la tierra, sin cesar trabajaba mi espíritu para asemejarme a vos. Saben los cielos, sin embargo, que una sola sonrisa vuestra, la ventura de llegar mis labios a vuestra mano, eran galardón sobrado de todos mis afanes.

La voz varonil de don Álvaro, destemplada en un principio por la cólera, a despecho de sus esfuerzos, se había ido enterneciendo poco a poco hasta que, por último, se asemejaba al arrullo de una tórtola. Doña Beatriz, dominada desde el principio por una profunda emoción, había estado con

los ojos bajos, hasta que al fin dos hilos copiosos de lágrimas comenzaron a correr por su semblante marchito ya, pero siempre hermoso. Al escuchar las últimas palabras de don Álvaro se redobló su pena, y dirigiéndole una tristísima mirada, le dijo con voz interrumpida por los sollozos:

—¡Oh, sí!, ¡es verdad! ¡Hubiéramos sido demasiado felices! No cabía tanta ventura en este angosto valle de lágrimas.

—Ni en vos cabía la sublimidad de que en mi ilusión os adornaba —respondió el sentido caballero—. ¿Os acordáis de la noche de Carracedo?

—Sí, me acuerdo —respondió ella.

—¿Os acordáis de vuestra promesa?

—Presente está en mi memoria, como si acabase de salir de mis labios.

—Pues bien, aquí me tenéis, que vengo a reclamar vuestra palabra, porque aún no se ha pasado un año, y a pediros cuenta del amor que en vos puse y de mi confianza sin límites. ¿Qué habéis hecho de vuestra fe? ¿No me respondéis y bajáis los ojos? Respondedme..., ved que soy yo quien os pregunta; ved que os lo mando en nombre de mis esperanzas destruidas, ¡de mi desdicha presente y de la soledad y la amargura que habéis amontonado en mi porvenir!

—Todo está por demás entre nosotros —replicó ella—. El comendador os ha dicho la verdad: soy la esposa del conde de Lemos.

—Beatriz —exclamó el caballero—, por vos, por mí mismo, explicaos. En esto hay algún misterio infernal, sin duda alguna. ¡Mirad, yo no quisiera despreciaros!, yo quiero que os disculpéis, que os justificuéis; ya que os pierdo, no quisiera maldecir vuestra memoria. Decidme que os arrastraron al altar, decidme que os amedrentaron con la muerte, que perturbaron vuestra razón con maquinaciones infernales; decidme, en fin, algo que os restituya la luz que veo en vos oscurecida y que ha llenado mi pecho de hiel y de tinieblas.

Doña Beatriz volvía a su silencio, cuando Martina, recobrada ya de su susto y viendo que era el señor de Bembibre, no en espíritu sino en cuerpo y alma el que tenía delante, no pudo menos de responder por su ama:

—Sí, señor, sí que la violentó su madre, y del peor modo posible, porque ella quiso, desde luego, irse al convento y esperaros allí, aunque todos decían que estabais en el otro mundo, y enseguida quedarse monja tan profesa como la abadesa su tía. Por más señas que...

—Silencio, Martina —replicó su señora con energía—, y vos, don Álvaro, nada creáis, porque he dispuesto de mi mano libre y voluntariamente delante del abad de Carracedo, que me dio la bendición nupcial. Ya veis, pues, que ninguna violencia pudo haber.

—¿Conque, según eso, vos sola os habéis apartado del camino de la verdad? Por vos lo siento. Otra vez vuelvo a decíroslo, porque envilecéis mi amor que era la llama más pura de mi vida. ¡Quién me dijera algún día que os había de tener por más vil y despreciable que el polvo de los caminos!

—¡Don Álvaro! —le interrumpió el templario—, ¿cómo os olvidáis así de vos mismo y ultrajáis a una dama?

—Dejadle, noble anciano —repuso doña Beatriz—; razón tiene para enojarse y aun para maldecir el día en que me vio por vez primera. Don Álvaro —prosiguió dirigiéndose a él—, Dios juzgará en su día entre los dos, porque él es el único que tiene la llave de mi pecho, y a sus ojos no más están patentes sus arcanos. Solo os ruego que me perdonéis, porque mi vida sin duda será breve, y no quisiera morir con el peso de vuestro odio encima de mi corazón. Adiós, pues; idos pronto, porque vuestra vida y tal vez mi honra están peligrando en este punto en que nos despedimos para siempre, y en que de nuevo os ruego que me perdonéis y os olvidéis de quien tan mal premio supo dar a vuestra acendrada hidalguía.

Estas palabras pronunciadas con tanta modestia y dulzura, pero en que vibraba una entonación particular, parecían revelar a don Álvaro en medio de su pesadumbre y su cólera el inmenso sacrificio que aquella dulce y celestial criatura se imponía. El metal de su voz tenía a un mismo tiempo algo de sonoro y desmayado, como si su música fuese un eco del alma que en vano se esforzaban por repetir en toda su pureza los órganos ya cansados. Don Álvaro notó también el estrago que los sinsabores y los males habían hecho en aquel semblante, modelo de gracia noble y a la par lozana y florida. Su ira y despecho se trocó de nuevo en un enternecimiento involuntario, y acercándose más a ella, con toda la efusión de su corazón, le dijo:

—Beatriz, por Dios santo, por cuanto pueda ser de algún precio para vos en esta vida o en la otra, descifradme este lúgubre enigma que me oprime y embarga como un manto de hielo. Disipad mis dudas...

—¿Os parece —le contestó ella interrumpiéndole con el mismo tono patético y grave— que hemos bebido poco del cáliz de aflicción, que tan hidrópica sed os aqueja de nuevos pesares?

—¡Ay, señora de mi alma! —exclamó Martina acongojada—, ¿qué es lo que veo por la calle grande de árboles? ¡Desdichadas de nosotras! ¡Es mi señor y el conde y todos los criados de la casa! ¿Qué va a suceder, Dios mío?

Doña Beatriz entonces pasó de su resignada calma a la más tremenda agitación, y agarrando a don Álvaro por el brazo con una mano y señalándole con la otra un sendero encubierto entre los árboles, le decía con los ojos desencajados y con una voz ronca y atropellada:

—¡Por aquí, por aquí, desventurado! Este sendero conduce a la reja del cercado y llegaréis antes que ellos. ¡Oh, Dios mío!, ¿para esto lo habéis traído otra vez delante de mis ojos?... Pero ¿qué hacéis? ¡Mirad que vienen!...

—Dejadlos que vengan —dijo don Álvaro, cuyos ojos al solo nombre del conde habían brillado con singular expresión.

—¡Cielo Santo!, ¿estáis en vos? ¿No veis que estáis solos y ellos son muchos y vienen armados? ¡Oh, no os sonriáis desdeñosamente!, ¡yo soy una pobre mujer que no sé lo que me digo! Bien sé que vuestro valor triunfará de todo, ¡pero pensad en mi honra que vais a arrastrar por el suelo y no me sacrificéis a vuestro orgullo! ¡Ah!, ¡por Dios, noble comendador, lleváosle, lleváosle, porque le matarán y yo quedaré amancillada!

—Sosegaos, señora —contestó el anciano—, la fuga nos deshonraría mucho más a todos, y en cuanto a vuestra honra, nadie dudará de ella cuando ponga por garante estas canas.

El ruido se oía más cerca, y las muchas voces y acalorada conversación parecían indicar alguna resolución enérgica y decidida.

—Bien veis que ya es tarde —dijo entonces don Álvaro—, pero sosegaos —añadió con sonrisa irónica—, que no es este el lugar y mucho menos la ocasión de la sangre.

Doña Beatriz, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, rendida y sin ánimo, se había dejado caer al pie del nogal que sombreaba el arroyo.





Capítulo XIX

Como presumirán nuestros lectores, el necio apuro del caballero era la causa de este desagradable accidente, pues en cuanto se despidió de los forasteros, echó a correr a la casa, esparciendo una alarma que ninguna clase de fundamento tenía. Por casualidad, el conde y su suegro, a quienes no se esperaba aquel día, habían dado la vuelta impensadamente, y encontrando sus gentes un poco azoradas y en disposición de acudir al soñado riesgo de su señora, se encaminaron allá con ellos, un poco recelosos por su parte, pues la guerra implacable y poco generosa que hacían a los templarios en la opinión y los preparativos de todo género en que no cesaban un punto, les daban a temer cualquier venganza o represalias.

Cuando don Álvaro y el comendador sintieron ya cerca el tropel, como de común acuerdo se calaron la celada, y como dos estatuas de bronce aguardaron la llegada. El primero que asomó su ancha carota y su cuerpo de costal fue el buen Mendo que, muy pagado de su papel, no quería ceder a nadie la delantera. Venía todo sofocado y sin aliento, y sudando por cada pelo una gota.

—¡Martina! ¡Martina! —dijo en cuanto llegó—; ¿y el ama? ¿Qué han hecho de ella?...

La muchacha le señaló a doña Beatriz con el dedo y le dijo en voz baja con cólera:

—¡Desgraciado y necio de ti! ¿Qué es lo que has hecho?

En tanto llegaron todos, y mientras don Alonso y su yerno se encaraban con los forasteros, sus criados se fueron extendiendo en corro alrededor de ellos, contenidos y enfrentados por su actitud imponente y reposada. Adelantose el conde entonces con su altanera cortesía, y dirigiéndose al de las armas negras, le dijo:

—¿Me perdonaréis, caballero, que os pregunte el motivo de tan extraña visita y os ruegue que me descubráis vuestro nombre y semblante?

—Soy —respondió él levantando la visera— don Álvaro Yáñez, señor de Bembibre, y venía a reclamar a doña Beatriz Ossorio el cumplimiento de una palabra ya hace algún tiempo empeñada.

—¿Don Álvaro! —exclamaron a un tiempo los dos, aunque con distinto acento y expresión, porque la exclamación del de Arganza revelaba el candor y la sinceridad de su asombro, al paso que la del conde manifestaba a un tiempo despecho, asombro, vergüenza y humillación. Había dado dos pasos atrás, y desconcertado y trémulo añadió—: ¡Vos aquí!

—¿Os sobrecoge mi venida? —contestó don Álvaro con sarcasmo—. No me maravilla, a fe; vos contabais con que la muerte o la vejez por lo menos me cogiese en el calabozo que me dispuso vuestra solicitud y la de vuestro amigo el generoso infante don Juan, ¿no es verdad?

—¡Ah, don Juan Núñez! —murmuró el conde en voz baja, víctima todavía de su sorpresa.

—¿Todavía os quejáis de él? —contestó don Álvaro con el mismo tono irónico—. Ingrato sois, por vida mía, porque en los seis meses que ha durado mi sepultura, me han dicho que habíais alcanzado el logro de vuestros afanes y casádoos con doña Beatriz; de manera que siendo ya tan poderoso y destruidos los templarios, casi podíais coronaros por rey de Galicia. Sin embargo, si he llegado antes de tiempo y en ello os doy pesar, me volveré a mi deleitoso palacio hasta que para salir me vaya orden vuestra. ¿Qué no haré yo por granjearme la voluntad de un caballero tan cumplido con los caídos, tan generoso con los fuertes, tan franco y tan leal?

Don Alonso y su hija, como si asistiesen a un espectáculo del otro mundo, estaban escuchando mudos y turbados estas palabras con que comenzaban a distinguir el cúmulo de horrores y perfidias que formaban el nudo de aquel lamentable drama. Por fin, don Alonso, dando treguas al tumulto de sensaciones que se levantaba en su pecho, dijo al conde:

—¿Es cierto lo que cuenta don Álvaro? Porque no os habéis asustado al verle, sino de verle aquí; ¿es cierto que yo, mi hija, y todos nosotros somos juguetes de una trama infernal?

El conde irritado ya con la ironía de don Álvaro, sintió renacer su orgullo y altanería, viéndose de esta suerte interrogado:

—De mis acciones a nadie tengo que responder en este mundo —contestó con ceño al señor de Arganza—. En cuanto a vos, señor de Bembibre, declaro que mentís como villano y mal nacido que sois. ¿Quién sale garante de vuestras mal urdidas calumnias?

—En este sitio, yo —respondió el comendador descubriendo su venerable y arrugado rostro—; en Castilla, don Juan de Lara; y en todas

partes y delante de los tribunales del rey, estos papeles —añadió, mostrando unos que se encerraban en una cartera.

—¡Ah, traidor! —exclamó el conde desenvainando la espada y yéndose para don Álvaro—; aquí mismo voy a lavar mi afrenta con tu sangre. Defiéndete.

—¡Deteneos, conde! —le replicó don Alonso metiéndose por medio—, estos caballeros están en mi casa y bajo el fuero de la hospitalidad. Además, no es esta injuria que se lave con un reto oscuro, sino que debéis pedir campo al rey en presencia de todos los ricos hombres de Castilla y limpiar vuestra honra harto oscurecida, por desgracia.

—Debéis pensar también —replicó gravemente don Álvaro— que el presente es caso de menos valer, y que habiendo descendido con vuestro atentado a la clase de pechero, ni sois ya mi igual ni puedo medirme con vos.

—Está bien —replicó el conde—, conozco vuestro ardid, pero eso no os valdrá. ¡Ah, valerosos vasallos! —continuó, volviéndose al grupo—, atadme al punto a esos embaidores como rebeldes y traidores al rey don Fernando de Castilla. ¡Señor de Bembibre, comendador Saldaña, presos sois en nombre de su autoridad!

—Ninguno de los míos se mueva —repuso don Alonso— o le mandaré ahorcar del árbol más alto del soto.

Pero era el caso que entre todos los circunstancias solo tres o cuatro eran criados del señor de Arganza; los demás pertenecían a la hueste del conde, y avezados a cumplir puntualmente toda clase de órdenes, se preparaban a obedecer también la que ahora recibían. Aunque no pasaban de una docena, parecían gente resuelta y estaban medianamente armados, de manera que, guiados y acaudillados por una persona de valor como su señor, no era difícil que diesen en tierra con dos solos caballeros, anciano el uno, y el otro, aunque joven, escaso de fuerzas a juzgar por su semblante. Estaban además en medio de un coto cercado de paredes y a pie, con lo cual toda huida parecía imposible, pero no por eso se mostraban dispuestos a rendirse, sino a emprender una vigorosa defensa. Don Alonso, viendo la inutilidad de sus protestas, se había puesto al lado de los recién venidos con ánimo al parecer de ayudarles, pero desarmado como estaba fácil hubiera sido a las gentes de su yerno apartarlo a viva fuerza del lugar del combate.

Doña Beatriz entonces se levantó, y poniéndose por medio de los encarnizados enemigos, dijo al conde con tranquila severidad:

—Esos caballeros son iguales a vos y ninguna autoridad podéis ejercer sobre ellos. Además, las leyes de la caballería prohíben hacer uso de la fuerza entre personas cuyos agravios tienen a Dios y a los hombres por jueces. Sed noble y confesad que un arrebato de cólera os ha sacado del camino de la cortesía.

—El rey ha mandado prender a todos los caballeros del Temple y a cuantos les prestaren ayuda, y yo, a fuer de vasallo, solo estoy obligado a obedecerle.

—Como obedecisteis a su noble madre cuando el asunto de Monforte —exclamó el templario con amargura.

—Además, señora —prosiguió el conde como si no hubiese sentido el tiro—, sin duda se os olvida que no estáis en vuestro lugar rogando por vuestro amante, con quien os encuentro sola y en sitios desusados.

—No es a mí a quien deshonran esas sospechas —respondió ella con dulzura—, porque sabe el cielo que ni con el pensamiento os he ofendido, sino al pecho ruin que les da calor y origen. De todas maneras, os perdono, solo con que no hostiguéis a esos nobles caballeros.

—No os dé pena de nosotros, generosa doña Beatriz —respondió el comendador—, este debate se acabará sin sangre, y nosotros seremos los dueños de ese ruin y mal caballero.

Al acabar estas palabras hizo una señal al paje o esclavo que le acompañaba, y él, asiendo un cuerno de caza que a la espalda traía pendiente de una bordada bandolera, lo aplicó a los labios y sacó de él tres puntos agudos y sonoros que retumbaron a lo lejos. Al instante mismo, y semejante a un cercano temblor de tierra, se oyó el galope desbocado de varios caballos de guerra, y no tardó en aparecer la guardia que vimos atravesar la ribera de Bembibre detrás de nuestros caballeros. Habíanse quedado cubiertos con unos árboles y setos cerca de la reja del cercado, con orden de impedir que la cerrasen y de acudir a la primera señal.

Mendo, en medio de su prisa, no pensó en atajarles la entrada, y por consiguiente ninguno de los circunstantes podía prever semejante suceso. Los hombres de armas del Temple, superiores en número, harto mejor armados que sus enemigos y montados además en arrogantes caballos, se mostraron a los ojos de aquellas gentes tan de súbito que no se les figuró sino que por una de las diabólicas artes que ejercían los caballeros, la tierra los había vomitado y una legión de espíritus malignos venía detrás de ellos en su ayuda. Dieron pues a correr por el bosque con desaforados gritos,

invocando todos los santos de su devoción; en cuanto al conde, no se movió, porque aunque el peligro que le amenazaba era de los inminentes, después del ruin comportamiento que acababa de observar, su orgullo no pudo avenirse a la idea de la fuga. Quedose por lo tanto mirando con altanería a sus enemigos, como si los papeles estuviesen trocados.

—Y ahora, don villano —le dijo Saldaña con ira—, ¿qué merced esperáis de nosotros, si no es que con una cuerda bien recia os ahorquemos de una escarpia del castillo de Ponferrada, para que aprendan los que os asemejan a respetar las leyes de la caballería?

—Eso hubiera hecho yo con vosotros de haberos tenido entre mis manos —respondió él, con frialdad—; no me quejaré de que me paguéis en mi moneda.

—Vuestra moneda no pasa entre los nobles; id en paz, que en algo nos habemos de diferenciar —dijo don Álvaro—; pero tened entendido que si como caballero y señor independiente no he aceptado vuestro reto, me encontraréis en la demanda del Temple, porque desde mañana seré templario.

Un relámpago de feroz alegría brilló en las siniestras facciones del conde, que respondió:

—Allí nos encontraremos, y vive Dios que no os escaparéis de entre mis garras como os escapáis ahora, y que los candados que os echaré no se abrirán tan pronto como los de Tordehumos y su traidor castellano.

Con estas palabras se alejó dirigiéndoles una mirada de despecho y sin encontrarse con las de su suegro ni su esposa, que no fue poca fortuna, porque sin duda aquel alma vil se hubiera gozado en la especie de estupor que le causó la terrible declaración de don Álvaro.

—¿Es un sueño lo que acabo de escuchar? —repuso la desdichada mirándole con ojos extraviados y con el color de la muerte en las mejillas—. ¿Vos?, ¿vos templario?

—¿Eso dudáis? —contestó él—. ¿No os lo había dicho vuestro corazón?

—¡Ah!, ¿y vuestra noble casa —repuso doña Beatriz—, vuestro linaje esclarecido que en vos se extingue?

—¿Y no habéis visto extinguirse otras cosas aún más nobles, más esclarecidas y más santas? ¿No habéis visto la estatua de la fe volcada de su pedestal, apagarse las estrellas y caer despeñadas del cielo, y quedarse el universo en medio de una noche profunda? Tal vez vuestros ojos no hayan sido testigos de estas escenas, pero yo las he presenciado con los de mi alma y no las puedo apartar de ellos.

—¡Oh!, sí —replicó doña Beatriz—, despreciadme, escarnecerme, decid que os he engañado traidoramente, arrastradme por el suelo, pero no toméis el hábito del Temple. ¿Sabéis vos las tragedias de Francia? ¿Sabéis el odio que se ha encendido contra ellos en toda la cristiandad?

—¿Qué queréis? Eso, cabalmente, me ha determinado a seguir su bandera. ¿Pensáis que soy yo de los que abandonan a los desgraciados?

—¡Está bien, heridme, heridme en el corazón con los filos de vuestras palabras; yo no me defenderé; pero sed hombre, luchad con vuestro dolor y no estanquéis la sangre ilustre que corre por vuestras venas!

—Os cansáis en vano, señora; tengo empeñada mi palabra al comendador.

—Verdad es —repuso el anciano conmovido—, pero recordad que yo no la acepté, porque la disteis en un arrebato de dolor.

—Pues ahora la ratifico. ¿Qué poder tienen para apartarme de mi propósito tan especiosos argumentos, ni qué interés puede tomarse en mi destino la poderosa condesa de Lemos?

Doña Beatriz, abrumada por tan terribles golpes, no respondió ya sino con sordos y ahogados gemidos. Don Álvaro, cuyo pecho lastimado se movía al impulso de encontradas pasiones como el mar al soplo de contrarios vientos, exclamó entonces fuera de sí con la expresión del dolor más profundo:

—¡Beatriz! ¡Beatriz! ¡Justificaos, decidme que no me habéis vendido; mi corazón me está gritando que no habéis menester mi perdón! Corred ese velo que os presenta a mis ojos con las tintas de la maldad y la bajeza.

Adelantose entonces el señor de Arganza con continente grave y dolorido, y preguntó a don Álvaro.

—¿No sabéis nada de las circunstancias que acompañaron las bodas de mi hija?

—No, a fe de caballero —respondió él.

Don Alonso se volvió entonces a su hija y mirándole con una mezcla inexplicable de tristeza y de ternura, dijo a don Álvaro:

—Todo lo vais a saber.

—¡Oh!, ¡no, padre mío!, ¡dejadle con sus juicios temerarios; tal vez se curen con el cauterio del orgullo las llagas de su alma. ¡Pensad que vais a hacerle más infeliz!

—¡El orgullo, doña Beatriz! —replicó el contristado caballero—; mi orgullo erais vos y mi humillación vuestra caída.

—No, hija mía —repuso don Alonso—, bien me lo predijo el santo abad de Carracedo, pero la venda no había caído hasta hoy de mis ojos. ¿Qué importa que me cubras con el manto de tu piedad, si no has de acallar por eso la voz de mi conciencia?

Entonces contó por menor a don Álvaro, y pintándose con negros colores, todas las circunstancias del sacrificio de doña Beatriz y las amenazas del abad de Carracedo que tan tristemente comenzaban a cumplirse aquel día. La conducta del anciano había sido realmente culpable, pero el oro, la gloria y el poder del mundo juntos no le hubieran movido a entregar su hija única en los brazos de un hombre tan manchado. El noble proceder de la joven, su desinterés en cargar con tan grave culpa como la que su amante le imputaba solo para que más fácilmente pudiera consolarse de la pérdida de su amor creyéndola indigna de él, aquella abnegación imponderable, decimos, había acabado de desgarrar las entrañas del anciano, que terminó su relación entre lamentos terribles y golpeándose el pecho. Quedáronse todos en un profundo silencio que duró un gran espacio, hasta que don Álvaro dijo con un profundo suspiro:

—Razón tenáis, doña Beatriz, en decir que semejante declaración me haría más desdichado. Dos veces os he amado, y dos os pierdo. ¡Dura es la prueba a que la providencia me sujeta! Sin embargo, el cielo sabe cuán inefable es el consuelo que recibo en veros pura y resplandeciente como el sol en mitad de su carrera. No nos volveremos a ver, pero detrás de las murallas del Temple me acordaré de vos.

Doña Beatriz rompió otra vez en amargo llanto viéndole persistir tan tenazmente en su resolución, y él añadió:

—No lloréis, porque mi intento se me logrará sin duda. Dicen que amenaza a esta milicia inminente destrucción. No lo creo, pero, si así fuese, ¿cómo podéis extrañar que yo sepulte las ruinas de mi esperanza bajo estas grandes y soberbias ruinas? Y luego, ¿no sois vos harto más desgraciada que yo? Pensad en vuestros dolores, no en los míos... Adiós, no os pido que me deis a besar vuestra mano, porque es de otro dueño, pero vuestro recuerdo vivirá en mi memoria a la manera de aquellas flores misteriosas que solo abren sus cálices por la noche sin dejar de ser por eso puras y fragantes. Adiós...

Don Alonso le hizo una señal con la mano para que acortase tan dolorosa escena.

—Sí, sí, tenéis razón. Adiós para siempre porque jamás, ¡oh!, ¡jamás volveremos a encontrarnos!

—Sí, sí —respondió ella con religiosa exaltación levantando los ojos y las manos al cielo—. ¡Allí nos reuniremos sin duda!

Al acabar estas palabras se arrojó en los brazos de su padre, y don Álvaro, sin detenerse a más, montó de un brinco en su caballo y metiéndole los acicates desapareció como un relámpago, seguido del comendador y su escasa tropa. Cuando ya se desvaneció el ruido que hacían, doña Beatriz se enjugó los ojos, y apartándose suavemente de los brazos de su padre, se puso a mirar el semblante alterado del anciano que, clavados los ojos en el suelo y pálido como la muerte, parecía haber comprendido de una vez el horror de su obra. Conoció su generosa hija y acercándose a él con semblante apacible y casi risueño, le dijo:

—Vamos, señor, sosegaos. ¿Quién no ha pasado en el mundo penalidades y trabajos? ¿No sabéis que es tierra de paso y campo de destierro? El tiempo trae muchas cosas buenas consigo, y Dios nos ve sin cesar desde su trono.

—¡Ojalá que no me viera a mí! —repuso el anciano, meneando la cabeza—; ¡ojalá que ni sus ojos ni los míos penetrasen en las tinieblas de mi conciencia! ¡Hija mía!, ¡hija de mi dolor! ¿Y soy yo el que te he entregado a ti, ángel de luz, en los brazos de un malvado? Sí, tú puedes estar serena, porque tu sacrificio te ensalzará a tus ojos y te dará fuerzas para todo; pero yo, miserable de mí, ¿con qué me consolaré? Yo, parricida de mi única hija, ¿cómo encontraré perdón en el tribunal del Altísimo?

—¿Qué queréis? —le dijo doña Beatriz—; vos buscabais mi felicidad y no la habéis encontrado; ¡os engañaron como a mí!... ¡Resignémonos con nuestra suerte, porque Dios es quien nos la envía!

—No, hija mía, no te esfuerces en consolarme, pero tú no serás de ese indigno, yo iré al rey, yo iré a Roma a pie con el bordón de peregrino en la mano, yo me arrojaré a las plantas del pontífice y le pediré que te vuelva tu libertad, que deshaga este nudo abominable...

—Guardaos bien de poner vuestra honra en lenguas del vulgo —repuso doña Beatriz con seriedad—. Además, padre mío, ¿de qué me serviría ya la libertad? ¿No habéis oído que pasado mañana será ya templario?

—¡Ese peso más sobre mi conciencia culpable! —exclamó el señor de Arganza, tapándose la cara con ambas manos—. ¿También se perderá por mí

un caballero tan cumplido? ¡Ay!, ¡todas las aguas del Jordán no me lavarían de mi culpa!

Doña Beatriz apuró en vano por un rato todos los recursos de su ingenio y todo el tesoro de su ternura para distraer a su padre de su pesar. Por fin, ya oscurecido, volvieron los dos a casa seguidos de la pensativa Martina que con las escenas de aquella tarde andaba muy confusa y pesarosa. Al llegar, se encontraron a varios criados que venían en su busca, pues aunque el conde les había dicho que los caballeros venían de paz, y que su cólera había sido injusta, añadiéndoles además que no perturbasen la plática de su amo, con la tardanza comenzaban a impacientarse y no quisieron aguardar a más.

El conde, por su parte, deseoso de evitar las desagradables escenas que no hubieran dejado de ocurrir con su suegro y su esposa, salió precipitadamente para Galicia, dejando al tiempo y a su hipocresía el cuidado de soldar aquella quiebra, determinación que, como presumirán nuestros lectores, no dejó de servir de infinito descanso a padre y a hija en la angustia suma que les cercaba. ¡Triste consuelo el que consiste en la ausencia de aquellas personas que, debiendo sernos caras por los lazos de la naturaleza, llegan a convertirse a nuestros ojos, por un juego cruel del destino, en objetos de desvío y de odio!



Capítulo XX

Nuestros lectores nos perdonarán si les obligamos a deshacer un poco de camino para que se enteren del modo con que se prepararon y acontecieron los extraños sucesos a que acaban de asistir. Muévenos a ello no solo el deseo de darles a conocer esta verdadera historia, sino el justo desagravio de un caballero que, sin duda, les merecerá mala opinión, y que sin embargo no estaba tan desnudo de todo buen sentimiento como tal vez se figuran. Este caballero era don Juan Núñez de Lara.

Quien quiera que vea su propensión a la rebelión y desasosiego, su amistad con el infante don Juan y su desagradecimiento a los favores y mercedes del rey, fácilmente se inclinará a creer que semejantes cualidades serían bastantes para sofocar cuantos buenos gérmenes pudiesen abrigarse en su alma; sin embargo no era así don Juan Núñez: revoltoso, tenaz y desasosegado, no había faltado a pesar de todo a las leyes sagradas del honor y de la caballería. Así fue que cuando don Álvaro cayó en sus manos, ya vimos la cortesía con que comenzó a tratarle y el agasajo con que fue recibido en su castillo de Tordehumos. Sobrevinieron a poco las pláticas con el infante sobre las bulas de Bonifacio a propósito del enjuiciamiento de los templarios, y allí determinó el pérfido y antiguo maquinador a don Juan Núñez a separar de una manera o de otra a don Álvaro de la alianza de los caballeros, persuadidos ambos de que su causa recibiría un doloroso golpe, especialmente en El Bierzo. Bien hubiera querido el infante que el tósigo o el puñal le desembarazasen de tan terrible enemigo; pero su ligera indicación encontró tal acogida que ya vimos a don Juan Núñez sacar la espada para dar la respuesta. Por lo tanto, hubo de recoger velas con su astucia acostumbrada, y aun así lo único que alcanzó fue que diesen al señor de Bembibre un narcótico con el cual pasase por muerto, y que entonces lo aprisionasen estrecha y cautelosamente hasta que roto y vencido el enemigo común, pudiese volver a la luz un caballero tan valeroso y afamado.

Buen cuidado tuvo el pérfido don Juan de ocultarle la segunda parte de su trama infernal, pues sobrado conocía que si Lara llegaba a columbrar que se trataba de hacer violencia a una dama como doña Beatriz, al

momento mismo y sin ningún género de rescate hubiera soltado a don Álvaro para que con su espada cortase los hilos de tan vil intriga. Así pues, con el color del público bien, se decidió don Juan Núñez a una acción que tan amargos resultados debía producirle más adelante; pero sin embargo, no se resolvió del todo sin intentar antes los medios de la persuasión, más por satisfacerse a sí propio que con la esperanza de coger fruto. El resultado de sus esfuerzos fue el que vimos; y en la misma noche Ben Simuel preparó un filtro con que todas las funciones vitales de don Álvaro se paralizaron completamente. En tal estado entró por una puerta falsa, y desgarrando los vendajes de don Álvaro y regando la cama con sangre preparada al intento, facilitó la escena que ya presenciábamos y que tanto afligió al buen Millán, desasosegando también al principio al mismo Lara con la tremenda semejanza de la muerte. Nada, pues, más natural que su resistencia a soltar el supuesto cadáver que en la noche después de sus exequias fue trasladado por don Juan y su físico a un calabozo muy hondo que caía bajo uno de los torreones angulares, el menos frecuentado del castillo. Allí le sujetaron fuertemente y le dejaron solo para que al recobrar el uso de sus sentidos no recibiese más impresiones que las que menos daño le trajesen en medio de la debilidad producida por un tan largo parasismo.

Don Álvaro volvió en sí muy lentamente y tardó largo espacio de tiempo en conocer el estado a que le habían reducido. Vio la oscuridad que le rodeaba, pero pensó que sería de noche; pero luego, al hacer un movimiento, sintió los grillos y esposas que le sujetaban pies y manos, y al punto cayó en la cuenta de su situación. Sin embargo, con la ayuda de un rayo de luz que penetraba por un angosto y altísimo respiradero abierto oblicuamente en la pared, vio que su cama era muy rica y blanda, y algunos taburetes y sitaliales que había por allí esparcidos contrastaban extrañamente con la desnudez de las paredes y la lobreguez del sitio. Sus heridas estaban vendadas con el mayor cuidado, y en un poyo cerca de la cama había preparada una copa de plata con una bebida aromática. La estrechez a que lo reducían, junto con unas atenciones tan prolijas, era una especie de contradicción propia para desconcertar una imaginación más entera y reposada que la suya.

Entonces un ruido de pasos que se sentía cerca y que parecían bajar una empinada escalera de caracol vino a sacarle de sus desvaríos. Abrieron una cerradura, descorrieron dos o tres cerrojos, y por fin entraron por la puerta dos personas, en quienes, a pesar de su debilidad, reconoció al instante a

Lara y al rabino, su físico. Traía el primero en la mano una lámpara y un manojo de llaves; y el segundo una salvilla con bebidas, refrescos y algunas conservas. Don Juan entonces se acercó al prisionero con visible empacho y le dijo:

—Don Álvaro, sin duda os maravillará cuanto por vos está pasando; pero la salud de Castilla lo exige así y no me ha sido dable obrar de otra manera. Sin embargo, una sola palabra vuestra os volverá la libertad: renunciad a la alianza del Temple y sois dueño de vuestra persona. De otra suerte, no saldréis de aquí, porque sabed que estáis muerto para todo el mundo, menos para Ben Simuel y para mí.

Como don Álvaro había perdido la memoria del día anterior a causa de su debilidad, no dejó de recibir sorpresa al ver entrar a Lara y a su físico; pero entonces todo lo percibió de una sola ojeada, y con aquel sacudimiento recobró parte de su energía y fortaleza. Así pues, respondió a don Juan:

—No es este el modo de tratar a los caballeros como yo, que en todo son vuestros iguales, menos en la ventura, y mucho menos el de arrancarme un consentimiento que me deshonoraría. De todo ello, don Juan Núñez, me daréis cuenta, a pie o a caballo, en cuanto mi prisión se acabe.

—En eso no hay que dudar —respondió Lara con sosiego—; pero mientras tanto quisiera proceder como quien soy con vos y haceros más llevaderos los males de esta prisión, que solo la fuerza de las circunstancias me obligan a imponeros. Dadme, pues, vuestra palabra de caballero de que no intentaréis salir de este encierro, mientras yo no os diere libertad o mientras a viva fuerza o por capitulación mía no tomasen este castillo.

Don Álvaro se quedó pensativo un rato al cabo del cual respondió:

—Os la doy.

Lara entonces le soltó grillos y esposas y además le entregó las llaves del calabozo diciéndole:

—En caso de asalto, tal vez no podría yo librar vuestra vida de los horrores del incendio y del pillaje; por eso pongo vuestra seguridad en vuestras manos. Por lo demás, quisiera saber si algo necesitáis para complaceros al punto.

Don Álvaro le dio las gracias, repitiendo no obstante su reto.

A la visita siguiente, Lara trajo sus armas al preso diciéndole que el cerco se iba estrechando, y que si llegaban a dar el asalto, allí le dejaba con qué defenderse de los desmanes enemigos. Esta nueva prueba de confianza dejó

muy obligado a don Álvaro, que por otra parte se veía regalado y agasajado de mil modos, restablecido ya de sus heridas.

Cuando se obligó a no intentar su evasión por ningún camino, hízole titubear un poco la memoria de doña Beatriz que a tantos peligros y maquinaciones dejaba expuesta; pero la fe ciega que en ella tenía depositada dispó todos sus recelos. En cuanto a la ayuda que pudiera proporcionar a su tío el maestre y a sus caballeros, la tenía él en su modestia por de poco valer, y como por otra parte los había dejado dueños de su castillo, no le afligía tanto por este lado el verse aherrojado de aquella suerte. Últimamente, como don Juan había incluido en las condiciones su única esperanza racional, que era la de que el rey echase de Tordehumos a su castellano de grado o por fuerza, no encontró reparo en ligarse de tan solemne manera.

Comoquiera, por más que tuviese a menos la queja y se desdenase de pedir merced, no por eso dejaba de suspirar en el hondo de su pecho por los collados del Boeza y las cordilleras de Noceda, donde tan a menudo solía fatigar al colmilludo jabalí, al terrible oso y al corzo volador. Acostumbrado al aire puro de sus nativas praderas y montañas, inclinado por índole natural a vagar sin objeto los días enteros a la orilla de los precipicios, en los valles más escondidos y en las cimas más enriscadas, a ver salir el sol, asomar la luna y amortiguarse con el alba las estrellas, el aire de la prisión se le hacía insoportable y fétido, y su juventud se marchitaba como una planta roída por un gusano oculto.

Por la noche veía correr en sueños todos los ríos frescos y murmuradores de su pintoresco país, coronados de fresnos, chopos y mimbreras que se mecían graciosamente al soplo de los vientos apacibles; y allá, a lo lejos, una mujer vestida de blanco, unas veces radiante como un meteoro, pálida y triste otras como el crepúsculo de un día lluvioso, cruzaba por entre las arboledas que rodeaban un solitario monasterio. Aquella mujer, joven y hermosa siempre, tenía la semejanza y el suave contorno de doña Beatriz, pero nunca acertaba a distinguir claramente sus facciones. Entonces solía arrojarse de la cama para seguirla, y al tropezar con las paredes de su calabozo todas sus apariciones de gloria se trocaban en la amarga realidad que le cercaba.

Con semejante lucha, que su altivez le obligaba a ocultar y que por lo mismo se hacía cada vez más penosa, su semblante había ya perdido el vivo colorido de la salud, y Ben Simuel, que conocía la insuficiencia de toda su

habilidad para curar esta clase de dolencias, solo se limitaba a consejos y proverbios sacados de la Escritura que no dejaban de hacer impresión en el ánimo de don Álvaro, naturalmente dado a la contemplación. Don Juan Núñez no parecía sino que empeñado mal su grado en tan odiosa demanda, quería borrar su conducta a fuerza de atenciones y de obsequios, tales por lo menos como eran compatibles con tan violento estado de cosas.

Continuaba el sitio, entretanto, con bastante apremio de los sitiados, pues el rey no pensaba en cejar de su empeño hasta reducir a su rebelde vasallo. A no pocos señores, deudos y aliados de Lara, pesábales de tanto tesón, y en los demás el miedo de ver crecer la autoridad real a costa de sus fueros y regalías entibiaba de todo punto la voluntad; pero de todos modos, nadie hasta entonces había desamparado los reales.

Un día, poco antes de amanecer, despertaron a don Álvaro el galope y relincho de los caballos, el clamoreo de trompetas y tambores, la gritería de la guarnición y de la gente de afuera, el crujir de las cadenas de los puentes levadizos, los pasos y carreras de los hombres de armas y ballesteros y finalmente un tumulto grandísimo dentro y fuera del castillo. Por último, las voces y la confusión y estruendo se oyeron en los patios interiores de la fortaleza, y don Álvaro, que creyendo trabado el combate iba ya a echar mano a sus armas, se mantuvo a raya no poco sorprendido de no oír el martilleo de las armas, los lamentos e imprecaciones del combate y aquella clase de desorden temeroso y terrible que nunca deja de introducirse en un puesto ganado por asalto. Las voces, por el contrario, parecían ser de concordia y alegría, y al poco rato ya no se oyó más que aquel sordo murmullo que nunca deja de desprenderse de un gran gentío.

De todo esto coligió don Álvaro que sin duda don Juan había hecho con el rey algún concierto honroso, y que sus huestes habían entrado amigablemente y de paz en la fortaleza. Causole gran alegría semejante idea y con viva impaciencia se puso a aguardar la visita de cualquiera de sus dos alcaides paseándose por su calabozo apresuradamente. Poco tardó en satisfacerse su anhelo, porque en cuanto fue de día claro, entró don Juan Núñez en la prisión con el rostro radiante de júbilo y orgullo, y el continente de un hombre que triunfa de las dificultades, a fuerza de perseverancia y arrojo.

—No, no es el linaje de los Laras el que sucumbirá delante de un rey de Castilla; no está ya en su mano apretarme en Tordehumos, ni aun parar delante de sus murallas dentro de algún tiempo. Ahora aprenderá a su costa

ese rey mozo y mal aconsejado a no despreciar sus ricos hombres, que valen tanto como él.

Estas fueron las primeras palabras que se vertieron de la plenitud de aquel corazón soberbio, y que al punto dieron en tierra con los vanos pensamientos y esperanzas de don Álvaro. Lara, vuelto en sí de aquel arrebató de gozo y viendo nublarse la frente de su prisionero, se arrepintió de su ligereza y le dio mil excusas delicadas y cortesés de haberle anunciado de aquella manera una nueva que naturalmente debía contristarle.

Rogole entonces don Álvaro que le contase el fundamento de su orgullosa alegría, que era el haberse pasado a sus banderas don Pedro Ponce de León y don Hernán Ruiz de Saldaña, no menos solicitados de la amistad que tenían con él asentada que enojados de lo largo del sitio y de la pertinacia del rey. Con esta deserción quedaba tan enflaquecido el ejército real y tan pujante don Juan Núñez que por fuerza tendría que avenirse el monarca al rigor de las circunstancias y aceptar las condiciones de su afortunado vasallo. Don Juan contó también a su prisionero la mala voluntad y encono que en toda España se iba concitando contra los templarios, y que solo esperaba el rey a salir de aquella empresa para despojarles de todas sus haciendas y castillos, que todavía no habían querido entregar.

—¿Y es posible —exclamó el último— que un caballero como vos se aparte así de sus hermanos solo por defender una causa de todos desahuciada?

—Ya os lo dije otra vez —respondió don Álvaro con enojo—, el mundo entero no me apartará del sendero del honor; pero vos, os lo repito, encontraréis tal vez algún día en la punta de mi lanza el premio de esta prisión inicua e injusta que me hacéis sufrir.

—Si muero a vuestras manos —contestó Lara con templanza—, no me deshonraré muerte semejante; pero por extraña que os parezca mi conducta, hartó más negra se mostraría a mis ojos si no atara ese brazo que tanto había de sostener esa casa de indignidad y reprobación.

Diciendo esto cerró la puerta y desapareció. ¿Estaba realmente convencido de la culpabilidad de los templarios, o no eran sus palabras sino el fruto de la ambición y de la política? Ambas cosas se disputaban el dominio de su entendimiento, pues aunque su ambición era grande y su educación no le permitía acoger las groseras creencias del vulgo, al cabo tampoco sabía elevarse sobre el nivel de una época ignorante y grosera, que

acogía las calumnias levantadas al Temple con tanta mayor facilidad cuanto más torpes y monstruosas se presentaban.

Puede decirse que entonces fue cuando, deshecha su última esperanza, empezó don Álvaro a sentir todos los rigores de su prisión. El conflicto en que según todas las apariencias iba a verse don Rodrigo, su tío, espoleaba los ardientes deseos que de acudir en su socorro siempre tuvo, y últimamente llegó a pensar con cuidado en las asechanzas que durante su incomunicación absoluta con el mundo de afuera pudieran armarse a doña Beatriz. En su mano estaban las llaves de su prisión, colgadas en la pared su armadura y espada, pero hartó más le custodiaban y aprisionaban que con todos los cerrojos y guardianes del mundo. Sin embargo, más de una vez maldijo la ligereza con que había empeñado su fe, pues a no ser por ella, aun sujeto y aherrojado, tal vez hubiera podido hacer en provecho de su libertad lo que ahora ni siquiera de lejos se ocurría a su alma pura y caballerosa. Con tantas contrariedades y sinsabores, sus fuerzas cada vez iban a menos, en términos que Ben Simuel llegó a concebir serios temores, caso que aquella reclusión se dilatase por algún tiempo.





Capítulo XXI

Bien ajeno se hallaba por cierto el desdichado cautivo de que lejos de Tordehumos y en los montes de su país había un hombre cuyo leal corazón, desechando por un involuntario instinto la idea de su muerte, solo pensaba en descorrer el velo que semejante suceso encubría, y para ello trabajaba sin cesar. Este hombre era el comendador Saldaña, a quien una voz, sin duda venida del cielo, inspiró desde luego varias dudas sobre la verdadera suerte de don Álvaro. Parecíale, y con razón, extraño el empeño de don Juan Núñez en guardar el cadáver, cuando ningún deudo tenía con el señor de Bembibre, faltando en esto a la establecida práctica de entregar los muertos a los amigos o parientes, sin dilatarles la honra de la sepultura en los lugares de su postrer descanso. Por otra parte, las circunstancias que precedieron a la tragedia tenían en sí un viso de misterio que le hacía insistir en su idea, porque nunca pudo tizar a Lara con la sospecha de un asesinato deliberado y frío. Sin embargo, como la fe y declaración que trajo Millán a todo el mundo habían convencido y satisfecho, y como sus barruntos más tenían de presentimiento que de racional fundamento, apenas se atrevía a comprometer la gravedad de sus años y consejo, dando a conocer un género de pensamiento que sin duda todos calificarían de desvarío y flaqueza senil.

Así y todo, semejante idea se arraigaba en él un día y otro, hasta que, cansado de luchar con ella aun durante el sueño, escribió una carta al maestro en que le pedía licencia en tono resuelto para partirse a Castilla y averiguar el paradero de su sobrino. El abad le contestó manifestando gran extrañeza de su incertidumbre y negándole el permiso que demandaba, porque no parecía cordura abandonar la guarda de un puesto tan importante por correr detrás de una quimera impalpable. El implacable conde de Lemos juntaba ya gentes por la parte de Valdeorras, y no era cosa de que faltase su brazo y su experiencia en ocasión de tanto empeño como la que se preparaba. La contradicción no hizo más que fortalecer su extraño juicio y dar nuevo estímulo a sus deseos, cosa natural en los caracteres vehementes como el de Saldaña y cuyas fuerzas y arrojo crecen siempre en proporción de los obstáculos.

En la tregua que daban al Temple el rey y los ricos hombres de Castilla, empeñados en la demanda de Tordehumos, aconteció que se metieron dentro de sus muros como ya dejamos contado, don Pedro Ponce y don Hernán Ruiz de Saldaña. Ligaban a este caballero y al anciano comendador vínculos muy estrechos de parentesco y de consiguiente ninguna más propicia ocasión para apurar todos sus recelos e imaginaciones. Cabalmente, por aquellos días visitó el maestre el fuerte de Cornatel para enterarse de sus aprestos y fortalezas, y tantos fueron entonces los ruegos y encarecimientos, que al cabo hubo de darle una especie de mandado para el campo del rey, y desde allí, con un salvoconducto que le envió su deudo, se introdujo en la plaza.

Portador de tan aciagas nuevas era, que más de una vez se le ocurrió el deseo de hallar a don Álvaro en brazos del eterno sueño, tan cierto estaba de la profunda herida que iba a abrir en su corazón el malhadado fin de aquel amor, cuya índole, a un tiempo pura y volcánica, no desconocía el comendador. Combatido de semejantes pensamientos, llegó a Tordehumos, donde fue acogido por su pariente con cordialidad cariñosa, por don Juan y los demás caballeros con la cortesía y respeto que les merecía si no su hábito, sí su edad y su valor tan conocido desde la guerra de la Palestina. Los templarios excitaban sin duda gran odio y aversión; pero su denuedo, única de sus primitivas virtudes de que no habían decaído, su poder, los misterios mismos de su asociación, los escudaban de todo desmán y menosprecio. El comendador pidió una plática secreta a don Juan Núñez, con su pariente por testigo, si no tenía reparo en hacerle partícipe de sus secretos. Otorgósele al punto, diciéndole que don Hernando no solo era su amigo, sino que la gran merced que acababa de hacerle exigía de él una obligación sin límites. Fuéronse los tres entonces a una cámara más apartada, y allí, tomando asiento al lado de una ventana, Saldaña dirigió su voz a Lara en estos términos:

—Siempre os tuve, don Juan de Lara, por uno de los más cumplidos caballeros de Castilla, no solo por vuestra alcurnia, sino por vuestra hidalguía; siempre os he defendido contra vuestros enemigos, viendo que no degenerabais de tan ilustre sangre.

—Excusad las alabanzas que no tengo merecidas —le dijo don Juan, atajándole—, por más precio que las dé ver que salen de vuestra boca.

—Pocas han salido en verdad de ella —respondió Saldaña—, pero sinceras todas como las que acabáis de oírme. ¡Cuál no ha debido ser por lo mismo

mi sorpresa al veros servir de instrumento a inicuos planes, deteniendo a don Álvaro en las entrañas de la tierra, cual si le cubriera la losa del sepulcro!

Todo podía esperarlo Lara menos cargo tan súbito y severo; así fue que, sin poderlo remediar, se turbó. Advirtiolo el comendador y entonces ya se acabaron sus dudas y recelos, porque estaba seguro de que don Juan soltaría a su prisionero no bien hubiese escuchado la negra historia que iba a contarle. Recobrose, no obstante, Lara, y respondió con rostro torcido:

—Por vida de mi padre, que si no os amparasen vuestras canas no me agraviaríais de esta suerte. Si don Álvaro murió, culpa es de su desdicha, que no mi mala voluntad. Cuando se acabe este sitio, yo os le entregaré a la puerta de su castillo con todo el honor correspondiente, si su tío, el maestre, os comisiona para recibirlo.

—¡Ah, don Juan Núñez! —repuso el comendador—, ¡y qué mal se os acomodan esos postizos embustes, hijos de un discurso dañado y de todo punto olvidado de las leyes del honor! Os lo repito: vos habéis servido de escalón para los pies de un malvado, y por vos ha quedado atropellada una principal señora. Por vos, Lara, que calzáis espuela de oro, por vos, que nacisteis obligado a proteger a todos los desvalidos, por vos, en fin, se ha perdido ya para siempre una doncella de las más nobles, discretas y hermosas del reino del León.

Entonces contó viva y rápidamente los desposorios de doña Beatriz, verdadero objeto de las maquinaciones del infante don Juan, que por este camino llegaba a engrandecer un privado, en el cual contaba asegurar cumplida ayuda para todos sus propósitos y esperanzas. Saldaña, con aquel razonar inflexible y sólido que se funda en la enseñanza de los años y en el conocimiento del mundo, le puso de manifiesto el deslucido papel a que la astuta y redomada perfidia del infante y del conde le habían reducido para mejor asegurar el logro de sus ruines intentos. Durante este razonamiento don Juan Núñez iba manifestando la cólera y el resentimiento que poco a poco se apoderaban de su corazón, hasta que, por fin, tan intensa y terrible se hizo su expresión, que se le trabó la lengua durante un rato, agitado por un temblor convulsivo y con los ojos vueltos en sangre. Tres veces probó a levantarse de su taburete y otras tantas sus vacilantes rodillas se negaron a sostenerle. El comendador, conociendo lo que pasaba dentro de su alma, abrió una ventana para que respirase aire más puro y procuró dar salida a su coraje con palabras acomodadas a su intento, hasta que, por fin, pasado

el primer arrebató de rabia, rompió don Juan en quejas e imprecaciones contra el infante y el de Lemos.

—¡A mí! —decía rechinando los dientes y despidiendo relámpagos por los ojos—, ¡a mí tan traidora y perversa cábala! ¡A un Núñez de Lara convertirle así en asesino de damas hermosas, mientras se empozan los caballeros! ¡Ah, infante don Juan! ¡Ah, don Pedro de Castro! Y cómo habéis de lavar con vuestra sangre esta banda de bastardía con que habéis cruzado el escudo de mis armas! Sí, sí, noble Saldaña, don Álvaro está en mi poder, ¿pero cómo presentarme a su vista con el feo borrón de mi conducta? ¿Cómo decirle, «yo soy quien os ha robado la dicha»? ¡Ah!, no importa; ¡yo quiero confesarle mi crimen, quiero presentarle mi cuello! Pluguiera al cielo que semejante paso me humillara, ¡pues eso sería buena prueba de que no estaba mi conciencia tan oscurecida y turbia! ¡Venid, venid! —dijo levantándose con tremenda resolución—; en sus manos voy a poner mi castigo.

—No, don Juan —respondió el comendador, asiéndole del brazo—, vos no conocéis la índole generosa, pero terrible y apasionada de don Álvaro, y a despecho de toda su hidalguía, tal vez os arranque la vida.

—Arránquemela en buen hora —repuso Lara desconcertado y fuera de sí—, si no me ha de arrancar del corazón este arpón aguzado del remordimiento y de la vergüenza. ¡Vamos al punto a su calabozo! —y diciendo y haciendo, se llevó a los dos precipitadamente.

Estaba don Álvaro sentado tristemente en un sitial, fijos los ojos en aquel rayo de luz que entraba por la reja, y entregado a reflexiones amargas sobre el remoto término de su encierro, cuando en la guerra con el Temple, que tan inminente le había pintado don Juan, su tío y aun la misma Beatriz pudieran haber menester su brazo. Oyó entonces ruido de pasos muy presurosos en la escalera y el crujir de las armas contra los escalones y paredes, cosa que no poco le maravilló, acostumbrado al cauteloso andar de Lara y al imperceptible tiento del judío. Abriose entonces la puerta con gran ímpetu y entraron tres caballeros, uno de los cuales exclamó al momento:

—¿Dónde estáis, don Álvaro, que con esta luz tan escasa apenas os veo?

¡Figúrense nuestros lectores cuánta sorpresa causaría al desgraciado y noble preso semejante aparición! Si no le hubiera visto acompañado de Lara, sin duda lo hubiera tenido por cosa de hechicería; pero pasado aquel pasmo involuntario, se colgó de un brinco al cuello del comendador, que

por su parte le apretaba contra su pecho entre sus nervudos brazos como si fuese un hijo milagrosamente resucitado. Enternecido Lara con aquella escena en que la alegría de don Álvaro hacía tan doloroso contraste con la melancólica efusión de Saldaña, procuró descargarse del terrible peso que le abrumaba y se apresuró a decir a su cautivo:

—Don Álvaro, libre estáis desde ahora. ¡Dichoso yo mil veces si mis ojos se hubiesen abierto más a tiempo! Pero antes de ausentaros, fuerza será que me perdonéis o que pierda la vida a los filos de vuestro puñal, para lo cual aquí tenéis mi pecho descubierto. Sabe el cielo, gallardo joven, que mi intento al guardaros tan rigurosamente no era más que el que ya conocéis, pero mi necio candor y las tramas de los perversos, junto con vuestro sino malhadado, os han hecho perder a doña Beatriz. El comendador, que veis presente, ha descorrido el velo y yo vengo a reparar en cuanto alcance mi culpa, ya con mi vida, ya haciendo voto de desafiar al conde y al infante don Juan en desagravio de mi afrenta.

Acerbo era el golpe que don Juan Núñez descargaba sobre don Álvaro; así fue que perdió el color y estuvo para caer; pero recobrándose prontamente, respondió con comedimiento:

—Señor don Juan, aunque tenía determinado demandaros cuenta de tan injusto encierro, al cabo me soltáis cuando estoy en vuestras manos, y vos más poderoso que nunca; acción sin duda muy digna de vos. En cuanto a lo que de doña Beatriz os han contado, bien se echa de ver que no la conocéis, pues de otra manera no daríais crédito a vulgares habladorías. Cierto es que me tendrá por muerto, porque a estas fechas ya le habrá entregado mi escudero las prendas que recibí de su amor, pero me prometió aguardarme un año, y me aguardará. Por lo demás, si queréis desengañaros, bien cerca tenéis quien ponga la verdad en su punto, pues viene de aquel país. ¿No es verdad, venerable Saldaña, que semejante nueva es absolutamente falsa?... ¿No respondéis? Disipad, os suplicó, las dudas de nuestro huésped, porque las mías no darán que hacer a nadie.

—Doña Beatriz —respondió Saldaña— ha dado su mano al conde de Lemos, y esta es la verdad.

—¡Mentís vos! —gritó don Álvaro, con una voz sofocada por la cólera—; ¡no sé cómo no os arranco la lengua para escarmiento de impostores! ¿Sabéis a quién estáis ultrajando? Vos no sois digno de poner los labios en la huella que deja su pie en la arena... ¿quién sois, quién sois para vilipendiarla así?

—Don Álvaro —exclamó Lara interponiéndose—, ¿es este el pago que dais a quien ha venido a quitarme la venda de los ojos y a arrancaros a vos de las tinieblas de vuestra mazmorra?

—¡Ah!, ¡perdonad, perdonadme, noble don Gutierre! —repuso don Álvaro con voz dulce y templada, llevando a sus labios la arrugada mano del anciano—; pero ¿cómo conservar la calma y el respeto cuando oigo en vuestros labios esas calumnias, hijas de algún pecho traidor y fermentido? ¿Asististeis vos a estos desposorios? ¿Lo visteis por vuestros propios ojos?

—No —contestó Saldaña con acento antes apesarado que iracundo, porque sin duda de la cólera y apasionado afecto de aquel desgraciado joven esperaba cualquier arrebato—; no fui yo testigo de ellos, pero todo el país lo sabe y...

—Y todo el país miente —replicó don Álvaro sin dejarle concluir la frase. Decidme que dude del sol, de la naturaleza entera, de mi corazón mismo, pero no empañéis con sospechas ni con el hálito de mentirosos rumores aquel espejo de valor, de inocencia y de ternura.

Entonces se puso a pasear delante de los asombrados caballeros, que no se atrevían a socavar más en su corazón para arrancar aquella planta tan profundamente arraigada, diciendo en voz baja:

—¡Ah!, ¿quién sabe si cansada de persecuciones y sacrificios le habrá parecido muy enojoso el convento y sobrado largo el plazo de un año que me concedió para aguardarme? Por otra parte, ¿cuándo me ha mecido la buena suerte para esperar ahora su benéfico influjo?

Siguió así paseando un corto espacio y murmurando palabras confusas hasta que volviéndose de repente a don Juan de Lara, le dijo con acento alterado:

—¿No decíais que estaba libre hace un momento? ¡Venga, pues un caballo! ¡un caballo al punto!... ¡Antes morir que vivir en tan espantosa agonía! ¿No hay quien me ayude a darme las hebillas de mi coraza?

El comendador le ayudó a armarse con gran presteza, mientras don Juan le respondía:

—Vuestro caballo mismo, a quien hice curar por saber la mucha estima en que lo teníais, os está esperando en el patio enjaezado; pero don Álvaro, pensad en lo que hace poco os he pedido. Tal vez he podido haceros un daño gravísimo, pero si tuve noticia de la ruindad y vileza de que entrambos somos víctimas, no me asista el perdón de Dios en la hora del juicio.

—Don Juan —respondió él—, veo que vuestro corazón no está corrompido ni sordo a la voz del honor; pero si vuestros temores son legítimos y me precipitáis así en un abismo de dolores que jamás alcanzaréis a sondear, algo más duro se os hará conseguir el perdón de Dios que el mío, sinceramente otorgado en presencia de estos dos nobles testigos, junto con mi gratitud por la hospitalidad que os he merecido.

Con esto, subieron inmediatamente a la plaza de armas del castillo, donde el gallardo *Almanzor* soltó un largo y sonoro relincho en cuanto conoció a su dueño. Subió este sobre él después de despedirse de todos los caballeros, y salió del castillo con el comendador y sus hombres de armas, dejando en el pecho de Lara un disgusto que solo se podía igualar a la cólera que habían despertado en él la negra traición del conde y del infante. Por si algo pudiera valer, había entregado al comendador la correspondencia de entrambos personajes, en que su trama estaba de manifiesto, pero no consiguió por esto dar treguas a su pesar.

Don Álvaro y su compañero pasaron fácilmente los atrincheramientos de los sitiadores a favor del carácter de que iba revestido el templario, y emprendieron con gran diligencia el camino del Bierzo. Dos leguas llevarían andadas cuando don Álvaro paró de repente su caballo y dijo a Saldaña con voz profunda:

—Si fuese cierto...

Don Gutierre no pudo menos de menear tristemente la cabeza, y el joven añadió con impaciencia:

—Bien está, pero no me interrumpáis ni me desesperéis cuando tan cerca tenemos el desengaño. Oídmelo que quería deciros. Si fuese cierto, no tardaré más en pedir el hábito del Temple que lo que tarde en llegar a Ponferrada. Os doy mi palabra de caballero.

—No os la acepto —replicó Saldaña—, porque...

Don Álvaro le hizo una señal de impaciencia para que no se cansase en balde, precepto que él guardó muy de grado por no irritarle más, y así, sin hablar apenas más palabra, llegaron al término de su viaje, no muy dichoso por cierto, según hemos visto ya.



Capítulo XXII

Un natural menos ardiente, un alma menos impetuosa que la del señor de Bembibre no hubiera adoptado probablemente tan temeraria determinación como era la de entrar en el Temple cuando cielo y Tierra parecían conjurados en su daño; pero el vacío insondable que había dejado en su corazón el naufragio de su más dulce y lisonjera esperanza, la necesidad de emplear en alguna empresa de crédito la fogosidad y energía de su carácter y más que todo quizá el deseo de venganza, fueron móviles bastante poderosos para allanar toda clase de embarazos. La ocasión no podía brindarse más favorable, porque el triste drama de aquella milicia, religiosa y guerrera a un tiempo, tocaba ya a su desenlace.

Todos los ánimos sin embargo estaban suspensos y como colgados de aquel extraño acontecimiento, porque la caballería del Temple contaba en España más elementos de resistencia que en nación alguna, y estos sucesos la encontraban no solo aprestada, sino sañuda y encendida en deseo de venganza. Centro y corazón de semejantes disposiciones era el rey don Dionís de Portugal, príncipe el más sabio y prudente que entonces había en la Península y que bien penetrado de la persecución injusta de semejante religión, no solo había mandado sus embajadores al Papa para quejarse y protestar de los atropellos y desmanes cometidos, sino que, resuelto a sostenerla en España y Portugal, se había entendido para el caso con el maestro de Castilla y con el teniente de Aragón y concertado con ellos los medios de conservar ilesa su existencia, y sobre todo su opinión. Apoyados pues en el rey de Portugal, seguros de su inocencia, seguros todavía más de su esfuerzo y pundonor, y ansiosos los unos de venganza y los otros entregados a quiméricos planes, bien podían tener en balanzas la suerte de la España y hacer vacilar a los monarcas de Castilla y Aragón antes de comenzar la lucha.

Sin embargo, las huestes por todas partes se iban juntando, y de ambas partes parecían resueltos a poner este gran duelo al trance de una batalla, justamente recelosos y desconfiados los unos para entregarse inermes y desvalidos en manos de sus enemigos declarados, y apoyados los otros en las bulas del Papa y en los peligros que podían sobrevenir al Estado

conservando armados y encastillados unos hombres de tan graves delitos acusados.

Don Rodrigo Yáñez, menos preocupado que sus hermanos, y convencido íntimamente de que aquella venerable institución había caducado a las destructoras manos del tiempo, no parecía dispuesto a resistir las órdenes del Sumo Pontífice, ni menos recelaba sujetarse a la jurisdicción y juicio de los prelados españoles, dechado entonces de ciencia y evangélicas virtudes. De sentir enteramente opuesto era el capítulo general de los caballeros, exacerbados con tantas iniquidades y malos juicios como personas mal intencionadas derramaban en la plebe, y con los asesinatos jurídicos de Francia. Tanto, pues, por no abandonar su familia de adopción y de gloria, como por no producir con su oposición un cisma y desunión lastimosa que diese en tierra con el poco prestigio que la milicia conservaba a los ojos del vulgo, se conformó con la opinión general. Por otra parte, sus demandas nada tenían de exorbitantes, pues no declinaban la jurisdicción de la Santa Sede, y protestaban de no guardar sus castillos y vasallos sino por vía de legítima defensa. Así pues, nada podía impedir al parecer un rompimiento terrible y desastroso en que a nadie se podía dar la ventaja, porque si de un lado estaban el número, la opinión y la fuerza de las cosas, militaban en el otro el valor, el pundonor caballeresco, el agravio y la fuerza de voluntad, sobre todo, que triunfa de los obstáculos y señala su curso a los sucesos.

Tal era el estado de las cosas, cuando don Álvaro, con el corazón traspasado y partido, salió para no volver de Arganza y de aquellos sitios, dulces y halagüeños cuando Dios quería, tristes ya y poblados de amargos recuerdos. Fiel a su promesa, encaminose a Ponferrada al punto, firmemente resuelto a no salir de sus murallas, sino con la cruz encarnada en el pecho. Antes de llegar concertó con el comendador que se adelantase a prevenir a su tío de su ida, medida muy prudente sin duda, porque tales extremos de dolor había hecho el anciano con la noticia de su muerte que la súbita alegría que recibiese con su presencia pudiera muy bien comprometer su salud. Tomó por lo tanto el comendador el camino que mejor la pareció, y cuando por fin llegó a darle la nueva en toda su verdad, ya don Álvaro cruzaba el puente levadizo. Como si la alegría le hubiese descargado del peso de los años, bajó la escalera con la rapidez de un mancebo, y al pie de ella encontró a su sobrino rodeado de muchos caballeros, que con muestras de infinita satisfacción le acogían y saludaban.

Abrazáronse allí en medio de la emoción que a don Álvaro causaba el encuentro de su tío en momentos de tanta amargura para él, y de la no menor que al anciano dominaba, no sabiendo cómo agradecer a Dios este consuelo que en sus cansados días le enviaba.

Por fin, pasados los primeros transportes y satisfecha la curiosidad de aquel respetable viejo sobre su prisión, sus penas y su libertad, naturalmente vinieron a caer en el desabrido arenal de lo presente, a la manera que un aguilucho que antes de tiempo se arroja del nido materno, después de un corto y alborozado vuelo, para finalmente caer en el fondo de un precipicio. Don Álvaro le contó entonces la dolorosa entrevista que acababa de tener y el término que había resuelto poner a sus afanes en las filas de sus hermanos de armas. Don Rodrigo, atónito y turbado, apenas supo qué responder en un principio a una declaración en la cual a un tiempo se cifraban la ruina de su prosapia, el riesgo de una vida para él tan preciosa, y el sinfín de males con que estaba amagando el porvenir a la institución. Cuando al cabo de su gran agitación se recobró un poco, dijo a su sobrino con voz sentida:

—¿Conque no solo derramas el divino licor de la esperanza, sino que quieres arrojar la copa al abismo? ¿No te basta el muro terrible que te separa de ella, que aún quieres poner entre los dos otro mayor? De la vida de un hombre, tan frágil en estos tiempos de discordias, pende ahora tu fortuna, ¿cómo quieres atajarla con un tropiezo que solo le mueve la mano la muerte?

—Tío y señor —respondió el joven con amargura—, ¿y qué es la esperanza? Ya sabéis que yo la recibí en mi corazón como un huésped noble, hermoso y bien venido a quien festejé con todo mi poder y cariño; pero el huésped me asesinó y puso fuego a mi casa. ¿Que ha quedado en lugar suyo y de su dueño?, ¡unas gotas de sangre y un montón de cenizas!... ¡Frágil llamáis la vida de ese hombre! La frágil, deleznable y caduca es la nuestra, que no se ha desviado de la senda estrecha del honor, ¡mas no la suya, tejido de reprobación y de iniquidad! ¡Largos días le aguardan tal vez de poder y de ambición en este miserable país!... Muévale Dios contra el Temple, y ahora que no soy más que un soldado suyo ¡nos encontraremos!

Don Rodrigo comprendió la mortal herida que el desengaño acababa de abrir en el alma de su sobrino, y varió de rumbo tratando de presentarle otra clase de obstáculos.

—Hijo mío —le dijo con aparente tranquilidad—, tu dolor es justo, y natural tu determinación; pero no alcanza mi poder a coronarla. Nuestra Orden está citada a juicio, suspensos nuestros derechos y sin facultades, por consiguiente, para admitirte en su seno.

Don Álvaro, con su claro ingenio, comprendió al punto los intentos de su tío y respondió resueltamente:

—Tío y señor, si tal es vuestro escrúpulo, y supuesto que el caso es de todo punto nuevo, convocad capítulo y él resolverá. Por lo demás, si el Temple me cierra sus puertas, me pasaré a la isla de Rodas y me alistaré entre vuestros enemigos los caballeros de San Juan. Pensad que mi resolución es invariable y que todo el poder del mundo conjurado contra ella no la haría retroceder ni un solo paso.

Don Rodrigo acabó de convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos, pero a pesar de ello, juntó capítulo de los caballeros allí presentes para significarles sus dudas. La respuesta le dio a conocer que su negativa no haría sino irritar aquellos ánimos encendidos y comprometer su autoridad, y así se propuso dar el hábito a su sobrino en cuanto estuviese preparado debidamente para ello. Corrió la noticia al punto por la bailía y los caballeros la recibieron con alborozo extremado, considerando el poderoso brazo que se consagraba a sostener su poder ya vacilante. Saldaña, que por motivos de delicadeza y rigurosa justicia se había negado a aceptar la palabra de don Álvaro, viéndole ahora persistir en su propósito, no cabía en sí de gozo. Su alma sombría y ambiciosa, más y más exaltada con los riesgos que cercaban a su religión, se regocijaba no solo por los triunfos que le precedía la entrada de un campeón tan valeroso como leal, sino porque en su pasión por aquel joven tan noble y sin ventura se había propuesto colocarle en un trono de gloria y hacerle olvidar, si posible fuera, sus pasados sinsabores a fuerza de triunfos, honores y respetos. Aunque es verdad que el deseo de vengarse era uno de los más poderosos motivos que excitaban a don Álvaro para su determinación, el comendador sabía muy bien que los aplausos de la fama, las generosas emociones del valor y los trances de los combates eran la única ilusión que no había abandonado aquel pecho lastimado y desierto.

Algunos ritos que se observan en las modernas sociedades secretas, sobre todo en la admisión de socios, se dicen derivados de los templarios. Cualquiera que pueda ser su verdadero carácter y procedencia, lo que no admite duda es que aquellos caballeros practicaban algunas ceremonias

cuyo sentido simbólico y misterioso era hijo de una época más poética y entusiasta que la que en sus postreras décadas alcanzaban.



En el castillo de Ponferrada se conservan todavía entallados encima de una puerta, dos cuadrados perfectos que se intersecan en ángulos absolutamente iguales, y al lado derecho tienen una especie de sol, con una estrella a la izquierda. La existencia de tan extrañas figuras, de todo punto desusadas en la heráldica, basta para probar que la opinión que en su tiempo se tenía de sus prácticas misteriosas y tremendas no carecía absolutamente de fundamento. Una entre todas era particularmente chocante, a saber: las injurias que se hacían al crucifijo, y cuya significación no era otra sino la rehabilitación del pecador, a partir de la impiedad y del crimen para subir por los escalones de la purificación y del sacrificio a las santificadas regiones de la gracia; rito fatal que, sin diferenciarse en la esencia de la *fiesta de los locos* y algunos otros usos de la antigua Iglesia, fue causa principal de la ruina del Temple, cuando su sentido místico se había perdido ya entre las nieblas de una generación más sensual y grosera. A explicar, por lo tanto, a su sobrino semejantes enigmas, vedados a los ojos del vulgo, se encaminaron los esfuerzos del maestre en los días que precedieron a su profesión.

Llegó por fin el momento en que aquel ilustre mancebo se despediese de un mundo que si alguna vez esparció flores por su camino fue para trocárselas al punto en abrojos. Las profesiones en todas las demás órdenes religiosas se hacían a la luz del sol y públicamente, pero los templarios, sin duda para dar más solemnidad a la suya, la hacían de noche y a puertas cerradas. Cuando ya la oscuridad se derramó por la tierra, el comendador Saldaña y otro caballero muy anciano vinieron a buscar a don Álvaro, que les aguardaba armado con una riquísima armadura negra, con veros de oro, un casco adornado de un hermoso penacho de plumas encarnadas, en la cinta una espada y puñal con puño de pedrería, y calzadas unas grandes espuelas de oro. El que aspiraba a entrar en el Temple se ataviaba con todas las galas del siglo para dejarlas al pie de los altares. Condujeron, pues, a don Álvaro ambos caballeros a la hermosa capilla del castillo, a cuya puerta se pararon un momento llamando enseguida con golpes mesurados y acompañados.

—¿Quién llama a la puerta del templo? —preguntó desde dentro una voz hueca.

—El que viene poseído de celo hacia su gloria, de humildad y de desengaño —respondió Saldaña como primer padrino.

Entonces abrieron las puertas de par en par y se presentó a su vista la iglesia tendida de negro con un número muy escaso de blandones de cera amarilla y verde encendidos en el altar. En sus gradas estaba el maestro sentado en una especie de trono rodeado de los comendadores de la Orden, y más abajo, en una especie de semicírculo, se extendían los caballeros profesos, únicos que a esta ceremonia se admitían, y que envueltos en sus mantos blancos parecían otros tantos fantasmas lúgubres y silenciosos. Don Álvaro, en cuya imaginación ardiente y exaltada hacía gran impresión este aparato, atravesó por medio de ellos acompañado de sus dos ancianos padrinos y fue a arrodillarse ante las gradas del trono del maestro. Extendió este su cetro hacia él y le preguntó sus deseos. Don Álvaro respondió:

—Considerando que el Salvador dijo: «El que quiera ser de mi grey tome su cruz y sígame», yo, aunque indigno y pecador, he aspirado a tomar la del Templo de Salomón para seguirle.

—Grave es la carga para vuestros hombros jóvenes —respondió el maestro con voz reposada y sonora.

—El Señor me dará fuerzas para llevarla, como me ha dado resolución y valor para pedirla a pesar de mis culpas —respondió el neófito.

—¿Habéis pensado —repuso el maestro— que el mundo acaba en estos umbrales silenciosos y austeros?

—Yo me he despojado a la puerta del hombre viejo para revestirme del hombre nuevo.

—¿Hay alguno entre todos los hermanos presentes que pueda notar al aspirante de alguna acción ruin por la que merezca ser degradado de la dignidad de caballero?

Todos guardaron un silencio sepulcral. El comendador pidió entonces que se comenzase el rito, y dos caballeros trajeron un crucifijo de gran altura y toscamente labrado, pero de expresión muy dolorosa en el semblante, y lo tendieron en el suelo. Don Álvaro, conforme a la ceremonia, lo escupió y holló, y luego, alzándolo en el aire los dos caballeros, le dirigió las sacrílegas palabras de los judíos:

—¿Si eres rey, cómo no bajas de esa cruz?

Cubrieronlo al punto con un velo negro y lo retiraron, tras de lo cual dijo el maestro:

—Tu crimen es negro como el infierno y tu caída como la de los ángeles rebeldes; pero tu Dios te perdonará, y tu sangre correrá en desagravio de su tremenda cólera y justicia.

Arrodillose entonces don Álvaro sobre un cojín de terciopelo negro con flecos y borlas de oro y desarrollando un gran pergamino que tenía por cabeza la cruz del Temple en campo de oro, y a la luz de una bujía con que alumbraba Saldaña, leyó su profesión concebida en estos términos:

—Yo, don Álvaro Yáñez, señor de Bembibre y de las montañas del Boeza, prometo obediencia ciega al maestre de la Orden del Temple de Salomón y a todos los caballeros constituidos en dignidad, castidad perpetua y pobreza absoluta. Prometo además guardar riguroso secreto sobre todos los usos, ritos y costumbres de esta religión; procurar su honra y crecimiento por todos los medios que no estén reñidos con la ley de Dios, y sobre todo trabajar sin tregua en la conquista de la Jerusalén terrena, escalón seguro y senda de luz para la Jerusalén celestial. Prémíeme Dios en proporción de mis obras, y vosotros como delegados suyos.

Entonces los padrinos comenzaron a desarmarle y los circunstantes a cantar el salmo *Nunc dimitis servum tuum, Domine*⁸, con voces vigorosas y solemnes. Calzaronle espuelas de acero, y de acero bruñido también fueron las grebas, peto, espaldar y manoplas con que sustituyeron su armadura; por último, le ciñeron una espada de Damasco y le pusieron en la cinta un puñal buido de fino temple, pero sin ningún género de adorno. Echáronle, por fin, el manto blanco de la Orden y entonces le vendaron los ojos, enseguida de lo cual se postró en el suelo, mientras la congregación cantaba los salmos penitenciales con que los cristianos se despiden de sus muertos.

Acabóse por fin el cántico, cuyas últimas notas quedaron vibrando en las bóvedas de la iglesia en medio del profundo silencio que reinaba en sus ámbitos, y entonces sus padrinos acudieron a levantarle y le destaparon los ojos, que al punto volvió a cerrar, porque acostumbrados a las tinieblas, no pudieron sufrir la vivísima luz que como una celeste aureola iluminaba aquel templo, momentos antes tan adusto y sombrío.

Las colgaduras negras estaban recogidas y los altares todos resplandecían con infinitas antorchas; el aire estaba embalsamado con delicado incienso que en vagos e inciertos festones se perdía entre los arcos y columnas, y los caballeros todos tenían en las manos velas blanquísimas de cera encendidas.

⁸ “Ahora, Señor, puedes dejar ir en paz a tu siervo”, Lucas, II, 29.

En cuanto descubrieron a don Álvaro, entonaron todos en voces regocijadas y altísimas el salmo *Magnificat anima mea Dominum*⁹, durante el cual, conducido por sus padrinos, fue abrazando a todos sus hermanos y recibiendo de ellos el ósculo de paz y de fraternidad. Concluido este acto, aproximaron todos en orden sus sitios al trono del maestro, dejando en medio a don Álvaro, que de pie y con los brazos cruzados oyó la plática que el maestro o su inmediato dignatario solían dirigir al profeso. En tiempos más dichosos versaba sobre las glorias y prosperidad de la Orden, la consideración de que gozaba en toda la cristiandad, y por último, sobre los deberes rigurosos y terribles del nuevo caballero; pero entonces, que la hora de la prueba había llegado y aquel astro luminoso padecía tan terrible eclipse, las palabras de don Rodrigo tuvieron aquel carácter religioso, profundo y melancólico propio de todas aquellas catástrofes que pasman y sobrecogen al mundo. Por último, vino a recaer el razonamiento sobre los serios y terribles deberes que el soldado de Dios se imponía al entrar en aquella milicia, y entonces, levantándose de su trono, alzando el cetro y enderezando su talla majestuosa, concluyó diciendo con acento severo y grave:

—¡Pero si Dios te deja de su mano para permitir que faltes a tus juramentos, tu vida se apagará al punto como estas candelas, y unas tinieblas más densas todavía cercarán tu alma por toda una eternidad!

Al decir esto, todos los caballeros mataron sus luces por un movimiento unánime, y en el mismo instante bajaron los negros y tupidos velos de los altares dejando la iglesia en una oscuridad pavorosa. Los caballeros entonces murmuraron en voz baja algunos versículos del libro de Job sobre la brevedad de la vida y la vanidad de las alegrías del crimen; y a la luz de los blandones fúnebres que todavía ardían en el altar mayor, fueron dirigiéndose a la puerta en lenta y solemne procesión. Allí se pararon de nuevo, y el maestro se adelantó para rociar con agua bendita la cabeza de su sobrino, como para lavarle y purificarle aún de las heces y vestigios de la culpa, y desde allí todos se dispersaron encaminándose a sus cámaras respectivas.

A don Álvaro le dejaron también en la suya, y la luz del nuevo día que no tardó en teñir los celajes del oriente, le encontró mudado en otro hombre y ligado con votos que solo al poder de la muerte le parecía dable desatar. ¡Dichoso él si con su poder, su libertad y sus dulces esperanzas

⁹ “Mi alma glorifica al Señor”, Lucas, I, 46.

hubiese podido poner de lado su antigua y devoradora pasión!, pero solo el tiempo y la ayuda del Todopoderoso eran capaces de limpiar su corazón de sus amargas heces, y borrar de su memoria aquellas imágenes escritas con caracteres de fuego.

Por fin, a su valor y energía se le presentaba el ancho campo de la guerra y el noble empeño de defender una causa justa, pero ¿qué consuelo podía buscarse en el mundo para doña Beatriz, que no tenía más compañía que la soledad, la aflicción y la presencia de un padre ya anciano, lleno de pesares y penetrado de un arrepentimiento tardío? ¡Tristes contradicciones y debilidades las del pobre corazón humano! La heredera de Arganza tenía por esposo un hombre joven todavía, lleno de vigor y robustez; su salud, por otra parte, de día en día se quebrantaba; el cielo y la tierra de consuno parecían apartarla de su primer amor, que según todas las apariencias no podía estar más perdido para ella y sin embargo, la nueva de aquellos votos le causó profundísimo dolor. ¿Qué podía esperar? ¿Qué podían descubrir sus ojos en el nebuloso horizonte del porvenir, sino soledad y pesares sin término y sin cuento? ¡Extraño misterio! La esperanza es una planta que brota en el corazón, y que si no florece cuando el dolor ha trocado su campo en arenal, todavía conserva su tronco enhiesto como una columna fúnebre, y aun regado por la fuente de las lágrimas, brota tal vez alguna hoja marchita y amarillenta. Doña Beatriz se había visto separada de su amante por escaso arroyo; su matrimonio desgraciado lo había convertido en río profundo y caudaloso, ahora la profesión de don Álvaro acababa de trocarlo en mar inmenso, y la desventurada, sentada en la orilla, veía desaparecer a lo lejos el bajel desarbolado y roto en que para no volver se partían sus ilusiones más dulces.





Capítulo XXIII

A los tres días de los sucesos que acabamos de referir, pareció el buen Millán por Arganza a dar cuenta a Martina del arreglo que iba poniendo en las haciendas que su amo le había legado. Venía entonces de las montañas muy satisfecho de sus tierras y de algunas reses que había comprado, con las cuales pensaba beneficiar sus praderas y juntar un caudal que ofrecer a su futura en cambio de su blanca mano y de su cara de pascua. Algo desasosegado le traían los rumores de guerra que comenzaban a correr a propósito de los templarios, pero contaba con el favor de Dios y sobre todo se echaba la cuenta de tantos otros que, acometiendo empresas descabelladas, creen responder a todo con el refrán de que «el que no se arriesga no pasa la mar». Así pues, no es maravilla que se presentase contento y alegre en una casa de donde se había huido la poca alegría que quedaba.

—¡Ay, Millán de mi alma! —exclamó Martina, saliéndole al encuentro apresurada—, ¡y qué cosas han pasado desde que te fuiste! ¡Vamos!, aún no se me ha quitado el temblor del cuerpo, ni he dormido una hora de seguido. Y doña Beatriz, ¡la cuitada! ¡No sé qué me da en el corazón cuando pienso en ella!

—Pero, mujer, ¿qué es lo que ha sucedido? —preguntó el mozo un poco azorado.

—¡Ahí es nada! —contestó ella, no poco satisfecha, en medio de sus recuerdos de pavor, de contar un cuento tan maravilloso—; tu amo ha aparecido por aquí.

—¡Jesucristo! ¡Virgen santísima de la Encina! —exclamó el escudero santiguándose— ¿ha venido a pedir algunas misas y sufragios? Pues mira, según lo bueno que era no creí yo que fuese al Purgatorio, sino al Cielo en derecha.

—¿A pedir sufragios y oraciones, eh? —contestó la aldeana—. ¡Que si quieres!, ha venido en cuerpo y alma a reclamar la mano y palabra de doña Beatriz.

—Martina —contestó el escudero, mirándola de hito en hito—, ¿qué te pasa, muchacha? ¿Te han dado algún bebedizo y estás endiablada? ¿En

cuerpo y alma dices y lo dejé yo enterrado en Tordehumos? Por cierto, que me hubiera traído su cuerpo si no fuese por aquel testarudo de don Juan Núñez; vaya, vaya, que si me lo dijera Mendo, al instante le preguntara, si venía de la bodega.

—Eso no va conmigo, señor galán —respondió la muchacha un poco amostazada—, porque no lo cato.

—No, mujer; ¿quién había de decirlo de ti? —repuso Millán cortésmente—; la lengua le cortarían yo al que lo dijese.

—Sea como quiera —contestó ella—; lo que te digo es que yo y Mendo, y mi amo, y el alhaja del conde y todos en fin, hemos visto y oído a don Álvaro junto al nogal del arroyo; por más señas, que venía con el comendador Saldaña, el alcaide de Cornatel.

—¡Virgen purísima! —exclamó Millán cruzando las manos y mirando al cielo—, ¡conque vive mi señor; el mejor de los amos, el caballero más bizarro de España! ¿Dónde está, Martina?, ¿dónde está?, ¡que aunque sea al cabo del mundo iré en busca suya!

—¡Pues! —repuso la muchacha tristemente—; y siendo como eres un señor, vamos al decir, te vas a quedar como antes, y nuestra boda ¡Dios sabe para cuándo será!

—En verdad que tienes razón —contestó él en el mismo tono—; ¡y yo que había arrendado tan bien el prado de Igüeña al tío Manolón y había comprado unas vacas que daba gusto verlas! Pero ¿qué le hemos de hacer? —añadió después de un rato de silencio—, ¿no me he de alegrar yo por eso de la vuelta de mi amo? Váyanse muy enhoramala todos los prados del Bierzo y todas las vacas del mundo, y viva mi don Álvaro que es primero. Martina —le dijo después con seriedad—; ya sabes que primero es la obligación que la devoción, y por eso yo, aunque me corría priesa, bien lo sabe Dios, nunca quise que dejaras a doña Beatriz... Pero ¡válgame Dios! —exclamó como sorprendido—, ¡y yo que no me había acordado de ella! ¿Y qué ha dicho la infeliz? ¿Qué es de ella?

Martina entonces le contó llorosa todo lo acaecido, narración que dejó confuso y turbado al pobre Millán con la perfidia del conde y lo negro de la trama en que su amo se había visto envuelto.

—Y ahora —concluyó diciendo la muchacha— el viejo anda por los rincones llora que llora y zumba que zumba, y la señora, como es natural, más afligida que nunca; pero como ni uno ni otro quieren darse a entender su sentimiento, andan los dos por ver quién engaña a quien, sin lograrlo

ninguno; porque a lo mejor, cuando se encuentran sus miradas, echan a llorar como dos perdidos. Si te he de decir la verdad, no sé quien me causa más lástima.

—¡Vaya por Dios! —respondió Millán con un suspiro—, pero, ¿y mi amo dónde para, porque yo no he oído nada por el camino?

Martina, que sabía muy bien lo poco devoto que su amante era del Temple, gracias a la superstición común, había esquivado en la narración el punto de la determinación de don Álvaro pero como ya no era posible ocultarlo, tuvo que decírselo:

—¡Dios de mi alma! —exclamó el mozo consternado—, ¿no valía más que de veras hubiera muerto, que no guardarle para la hoguera con todos esos desdichados descomulgados por el Papa? No, pues en eso perdóneme; si él quiere perder su alma yo estoy bien avenido con la mía, y no será el hijo de mi madre quien se quede a servirle para que después le tengan a uno por nigromante y hechicero.

—¿Sabes lo que digo, Millán? —repuso la muchacha—. Es que debe haber mucha mentira en eso de los templarios, porque cuando se ha entrado en la Orden un señor tan cristiano y principal como tu amo, se me hace muy cuesta arriba creer esas cosas de magia y de herejía que dicen.

—¿Qué sabes tú? —respondió él con un poco de aspereza—; don Álvaro está desconocido desde sus malhadados amores y es capaz de hacer cualquiera cosa de desesperado. En fin, yo allá voy, porque a eso estoy obligado, pero quedarme con él mucho lo dificulto. ¡Ojalá que no le hubiera comido el pan ni me hubiese sacado medio ahogado del Boeza!... ¡Mal haya tu venta! —añadió mirando con ceño a su futura—; que por tus cosas no estamos ya casados en paz y en gracia de Dios y libres de semejantes aprietos, en vez de que así Dios sabe lo que será de nosotros.

—Pero, hombre —repuso ella con dulzura—, ¿qué querías que hiciera estando doña Beatriz así?

—Sí, sí —contestó él como distraído—; no me hagas caso, porque no sé lo que me digo... ¡Qué demonio de hombre!, ¡haberse metido templario!... ¡Pero, en fin, yo allá voy, y sea lo que Dios quiera! Adiós, Martina.

Y dándole un abrazo bajó presuroso la escalera sin aguardar a más, montó en su jaco y tan deprisa cabalgó que en poco más de una hora estaba en Ponferrada. La resolución que tan terminantemente anunció en el principio, y durante su enfado, de no servir a don Álvaro, según hemos visto, se iba debilitando poco a poco, y a medida que se acercaba a la bailía

se iba deshaciendo como la nieve de las sierras al sol de mayo. El buen Millán era de una índole excelente, y luego los hábitos de amor y de fidelidad hacia don Álvaro se confundían en su imaginación con los recuerdos de sus primeros años, porque se había criado en su castillo y sido el compañero de su infancia. Las hidalgas prendas de don Álvaro, la largueza con que en su testamento había atendido a su suerte y las desdichas que habían formado el tejido de sus jóvenes años, eran otros tantos eslabones que le unían a él. Así fue que cuando llegó al castillo, su determinación se la había llevado el viento y solo pensó en asistir y servir a su antiguo dueño mientras durasen aquellos tiempos revueltos, a despecho de supersticiones, recelos y antipatías de toda clase. Muy de estimar era este sacrificio en un hombre preocupado con las groseras creencias de la época, y que de consiguiente solo a costa de un terrible esfuerzo podía determinarse a saltar por todo.

Por mucha que fuese su prisa, se dirigió antes a la celda del maestro que le recibió con su bondad acostumbrada y que deseoso de proporcionar a su sobrino una sorpresa con que pudiese dar vado en cierto modo a sus sentimientos oprimidos, le condujo inmediatamente a su aposento.

—Aquí traigo, sobrino, un conocido antiguo —le dijo al entrar—, con cuya vista presumo que os alegraréis.

—Ese será mi fiel Millán —repuso al punto don Álvaro—, ¿qué otra persona se había de acordar de mí en el mundo?

Millán entonces, sin poderse contener, salió de detrás del maestro que ocupaba la puerta, y corrió desalado a arrojarse a los pies de su señor, abrazándole sus rodillas y prorrumpiendo en lágrimas y sollozos que no le dejaban articular palabra. Don Rodrigo se ausentó entonces, y don Álvaro, enternecido, pero reprimiéndose sin embargo, porque no acostumbraba a mostrar delante de sus criados ningún género de transporte, le dijo levantándole:

—No así, pobre Millán, sino en mis brazos, vamos, abrázame, hombre..., en cuanto vine pregunté por ti, ¿qué es de tu persona?, ¿por dónde andabas?

—Pero, señor, ¿es posible —exclamó el escudero— que después de lloraros por muerto os encuentre ahora en ese hábito?

—Nunca le tuviste gran afición —contestó el caballero procurando sonreírse—, pero ahora que le visto yo, fuerza será que le mires con mejores ojos, siquiera por amor del que fue tu amo.

—¿Cómo es eso del que fue mi amo? —le interrumpió el escudero como con enojo—; mi amo sois ahora como antes, y lo seréis mientras yo viva.

—No, Millán —respondió don Álvaro con reposo—, yo ya no tengo voluntad, sino la del maestre mi tío y sus delegados. Los bienes que te dejaba en mi testamento como galardón de tu fidelidad ya no te pertenecen en rigor por haber salido falsa mi muerte, pero yo intercederé con mi tío para que te los dejen, porque en realidad yo estoy muerto para el mundo y quiero regalarte esa memoria.

—Señor —contestó el escudero sin dejarle pasar más adelante—, yo para nada necesito esos bienes estando con vos, pero si por vos mismo no podéis admitirme a vuestro servicio, yo iré a pedirselo de rodillas al maestre vuestro tío, no me levantaré hasta que me lo conceda.

—No, Millán —respondió don Álvaro—, yo sé que tú tienes otras esperanzas mejores que las de venir a servir a un templario en medio de los peligros que cercan esta noble Orden. Todavía tienes una madre anciana, y a más, Martina, con lo cual sin duda vivirás tranquilo y con toda aquella ventura que puedes juiciosamente apetecer en esta vida.

—En cuanto a mi madre —replicó el escudero—, bastaba el que os abandonase para granjearme su maldición, pero por lo que hace a Martina, que tenga paciencia y me espere, que yo también la he esperado a ella. Además, que no creáis que por eso se enoje, porque la pobrecilla os quiere bien y...

Don Álvaro, temblando que no añadiese alguna otra cosa que no deseaba oír, se apresuró a atajarle diciéndole que su resolución estaba tomada y que no quería envolver a nadie en las desgracias que pudieran sobrevenirle. Con esto se entabló una disputa de generosidad entre amo y mozo, firme aquel en su propósito y este no menos aferrado en su voluntad; disputa que dirimió el maestre haciendo ver a su sobrino la poca cordura que había en desechar un corazón tan generoso en circunstancias como aquellas. Con esto quedó Millán instalado en sus antiguas funciones, y don Rodrigo, así por recompensar su lealtad como por complacer a su sobrino, confirmó la donación hecha en el testamento para que no tuviera que arrepentirse nunca el buen Millán de su desprendimiento.



Capítulo XXIV

Las diferencias del rey con don Juan Núñez de Lara se compusieron por fin, más a placer de aquel orgulloso ricohombre que a medida del decoro real, porque el poder de don Fernando, quebrantado con lo largo del sitio de Tordehumos y enflaquecido además con la defección de varios señores y la retirada de otros, no era bastante ya a postrar aquel soberbio vasallo. Asentáronse pues, las condiciones y tratos dictados por la ocasión, volvió don Juan de Lara a su mayordomazgo, conservó a Moya y Cañete y demás pueblos que tenía, y el rey hubo de restituírle su gracia. ¡Notable mengua la de la corona!, pero que, sin embargo, no dejaba de tener sus ventajas, porque además de ser prudente transigir con la necesidad, al cabo le quedaban al rey las manos sueltas y desembarazado el ánimo para dar cima al negocio de los templarios que, según se veía, no podía allanarse sino por la fuerza de las armas. Sin duda los cimientos de la Orden estaban minados y vacilantes en la opinión, pero aquel cuerpo robusto se sostenía así y todo por la enérgica cohesión de sus partes, por sus recuerdos de gloria y por el miedo que a todos inspiraba su poder, única verdadera causa de su ruina.

No se negaban los caballeros a comparecer en juicio delante de los prelados españoles, ni menos declinaban su jurisdicción, pero alegando las torpes calumnias que contra ellos se derramaban entre el vulgo, los asesinatos de Francia y toda aquella inaudita persecución, protestaban que no se entregarían indefensos en manos de sus enemigos, y que en sus castillos y conventos aguardarían la sentencia de los obispos y la definitiva resolución del Papa. Por lo demás, blasonaban de leales y obedientes, aseguraban con el mayor empeño que solo su defensa les movía, y con su conducta firme y prudente parecían poner de manifiesto a los ojos de la muchedumbre la falsedad de los cargos, junto con su firme resolución de defender su honor y su existencia hasta el último trance.

De toda la gente que con tanta flojedad y desvío sirvió a don Fernando en la demanda de Tordehumos, no encontró a nadie remiso ni desmayado, tal era la codicia que en todos los corazones despertaban los óptimos despojos del Temple. Fácil le fue, por lo tanto, juntar una hueste numerosa y lucida, aunque no sobrada ciertamente para trance tan difícil; y de nuevo

comenzó el estruendo de la guerra a resonar por toda la España, porque como el empeño era igual en Aragón por ambas partes, a dondequiera alcanzaban los aprestos y disposiciones. Solo el rey de Portugal permanecía en lo exterior frío espectador de la contienda, si bien en su ánimo estaba inclinadísimo a la religión del Temple, y aun empleaba buenos oficios con el Sumo Pontífice para apartar de su cabeza la tormenta fatal que desde los más remotos ángulos de Europa venía a amontonarse sobre ella. Este rey sabio, más de lo que parecía consentir aquella época ignorante y ruda para desconocer la grosera trama en que estribaba la persecución de la Orden, y no menos caballero que discreto, sentía que tal fuese el premio de tantas glorias, honores y triunfos, cuando aquellos brazos invencibles tenían aún en la Península enemigos en quien continuar la gloriosa cruzada española de siete siglos. Así pues, tanto en Aragón como en Castilla, estaban pendientes los ánimos de aquella lucha fatal, cuyo término y desastres no era fácil prever, porque si de una parte peleaba el número y la fuerza, militaban en la otra la inteligencia de la guerra, la disciplina y la clase de los combatientes, cualidades de gran precio en medio del desbarajuste de la época.

El señor de Arganza, como Merino Mayor que era del Bierzo, recibió la orden de alistar inmediatamente los ballesteros y gente de armas que pudiese e ir a juntarse en los confines de Galicia con los escuadrones de su yerno el de Lemos. Honra era esta de que con gusto infinito se hubiera excusado a no mediar su hidalguía, porque merced a los desengaños y pesares que sufría, semejante empresa iba presentándose a sus ojos con sus verdaderas formas y colores. Su enemistad con el Temple, falta de pábulo hacía algún tiempo, se había amortiguado poco a poco, y la conducta de Saldaña y de don Álvaro en los sotos de su palacio, junto con el decoro y caballerosidad que no había dejado de guardar con él el maestro don Rodrigo a pesar de sus desvíos, habían acabado de debilitarla. Sus sueños de ambición, por otra parte, iban revistiéndose de tristísimos colores delante de la realidad inexorable que de bulto le mostraba la perfidia negra del conde, la triste cuanto abundante cosecha de tribulaciones y angustias que había sembrado para su hija única. Y por colmo de desventura, ahora le llamaba la suerte a pelear con el único hombre que había conquistado y merecido aquel corazón de ángel, y cuya imagen probablemente estaba esculpida en él a despecho de todo. Aquejábanle además, embarazos domésticos, pues conocida la ruindad del conde, que desde su ausencia ni

por cortesanía había enviado satisfacción, mensaje ni escrito alguno, no le parecía justo llevarle su esposa, y por otra parte no era decoroso ni prudente dejar a doña Beatriz expuesta a los azares y contratiempos de una guerra que con tales visos de sangrienta y dudosa se mostraba. Perplejo y confuso en medio de tantos inconvenientes, hubo de consultar con doña Beatriz que, como prevenida por su discreción y tristeza, manifestó poca sorpresa y menos dudas ni tropiezos.

—Padre mío —le respondió—, no os inquietéis por mí, pues ya sabéis que es patrimonio de la desdicha estar segura y defendida en todas partes. Guárdense los dichosos en buen hora, que a mí me guarda mi estrella. Sin embargo, como en tales ocasiones no hay sagrado sino al pie de los altares, me encerraré en Villabuena mientras dure la guerra entre nosotros.

—¿En Villabuena, Beatriz? —respondió el viejo—, ¿y podrás resistir las memorias que aquellos lugares despertarán en tu corazón?

Sonriose ella melancólicamente y contestó a su padre con dulzura:

—No fueron los peores de mi vida los días que pasé a la sombra de sus claustros y arboledas. ¡Ojalá que mudando de lugares se mudase también de pensamientos!, pero entonces el hombre sería dueño de sus penas y el cielo no le probaría en la escuela de la adversidad. Llevadme pues, a Villabuena, donde ya sabéis que me quieren bien, y caminad a la guerra sin zozobras y sin cuidados, pues allí quedo tranquila y segura. Una cosa sin embargo quisiera encomendaros —añadió con una inflexión de voz que revelaba con harta claridad lo que en su interior estaba pasando—. Ya sabéis que entre los que vais a combatir como enemigos hay una persona a quien hemos hecho mucho mal. También sabéis que la serpiente de la calumnia lo está envolviendo en sus anillos ponzoñosos... Mirad por él y procurad, si no remediar, aliviar por lo menos los dolores que por nuestra culpa sufre.

—No por la tuya, ángel de Dios —replicó el anciano—, sino por la mía. ¡Quiera el cielo perdonarme! Siempre le había agradecido la cuna ilustre en que nació y las riquezas de que me rodeó desde la niñez, pero ahora, con el pie dentro del sepulcro, reconozco lo funesto del don, y muchas veces me he dicho en mis desvelos nocturnos: «¡Cuánto más dichosa hubiera sido mi hija con nacer en una cabaña de estos valles!...». En fin, hija mía, tus deseos serán cumplidos y yo procederé como quien soy; ¡ojalá que mis ojos hubieran estado siempre tan abiertos como ahora!

Después de esta breve conversación quedó determinado el viaje a Villabuena, que se verificó a los dos o tres días. No hacía muchos meses

que el rigor paternal había conducido allí a doña Beatriz. Su madre quedaba sumida en el llanto; ella se veía desterrada de la casa paterna y apartada de don Álvaro, pero la esperanza la alentaba, el valor la sostenía, un germen de vida y de hermosura, al parecer inagotable, realzaban las gracias de su cuerpo, y por último una primavera llena de pompa y lozanía parecía acompañar con su verdor el verdor y frescura de sus sentimientos y presagiarle una existencia próspera y floreciente. ¡Miserable inestabilidad la de las cosas humanas!

En tan corto espacio de tiempo, aquella madre cariñosa había pasado a las regiones de la eternidad; su valor no había alcanzado a defenderla contra la mano de hierro del destino; su libertad había caído en holocausto de su generosidad delante de un hombre manchado de delitos; su salud se había consumido, disipándose su hermosura; don Álvaro había salido del sepulcro solo para morir de nuevo y para siempre a los ojos de su esperanza; y por último, en vez de aquellas arboledas frondosas, de tantos trinos de pajarillos y de las auras suaves de mayo, los vientos del invierno silbaban tristemente entre los desnudos ramos de los árboles, los arroyos estaban aprisionados con cadenas de hielo y solo algunas aves acuáticas pasaban silenciosas sobre sus cabezas o graznando ásperamente a descomunal altura. ¡Dolorosa consonancia de una naturaleza amortecida y yerta con un corazón desnudo de alegría y vacío del perfume de la esperanza!

La cabalgata se componía de las mismas personas que la otra vez, pero ya fuese que la disposición de ánimo de los señores se pegase a los criados, ya que lo pantanoso del camino y lo frío y destemplado de la estación les hiciese atender a sus cabalgaduras y les quitase todo deseo de hablar, el resultado fue que durante el viaje apenas se les oyó una palabra.

El mismo Mendo, cuyos instintos torpes y groseros solían alejarle de ciertas emociones, propias tan solo de organizaciones más delicadas, parecía mustio y apesadumbrado en aquella ocasión. Sin duda, el pobre palafrenero iba cayendo en la cuenta de que por muy conde y muy señor que fuese el de Lemos, no llegaba a juntar otras cosas que no hacen menos falta, como la hombría de bien y la bondad del carácter. Acostumbrado a ver en sus amos entrambas cualidades y aún muchas más, el cuitado Mendo las creía anejas a toda nobleza y poderío, y ahora, desengañado ya en fuerza de reflexiones y evidencias, se le oyó exclamar más de una vez desde la aventura del soto, provocada por su imprudencia:

—¡Qué demonio de hombre!..., ¡tan señor y tan pícaro! ¡Quién lo hubiera creído con tanto oro y unos vestidos tan ricos!... ¡Vaya una grandeza bien empleada!... ¡Y yo, necio de mí, que lo prefería al valeroso don Álvaro! ¡Vamos, vamos! ¡No me lo pida Dios en cuenta, que no hará sin duda, porque está visto que soy un podenco y solo sirvo para tratar con caballos!...

Con semejantes desahogos probaba el buen caballero, si no su agudeza, por lo menos su buen corazón y sin duda todos ellos sonaban entre sus dientes cuando tan mohíno caminaba para Villabuena. En cuanto a Nuño y Martina, sobrado enterados estaban de los incidentes de aquel terrible drama para no tomarse en él un vivísimo interés.

Al cabo de dos o tres horas de caminar, llegaron por fin al monasterio, donde las religiosas, ya prevenidas, estaban esperando en comunidad a una tan principal señora, que por otra parte, para todas había sido una hermana en su poco distante hospedaje en aquella santa casa. Todo estaba en el mismo orden y animado por el mismo espíritu de pureza y de modestia: igual expresión en los semblantes, igual tranquilidad en las miradas, igual serenidad y compostura en los modales; solo en doña Beatriz había mudanza. Las monjas, que habían esperado encontrarla restituida a su primera robustez y lozanía, de todo punto recobrada de los pasados males y llena de contento con su ilustre esposo, se pasmaron de ver su extenuación, sus miradas a un tiempo lánguidas y penetrantes, la flacura de su cuerpo y al escuchar sobre todo el metal de su voz, en que vibraba un no sé qué de profundo y melancólico que las penetraba como de angustia. Ajenas la mayor parte de aquellas candidas mujeres a las tempestades del corazón y a las amargas experiencias del mundo, se perdían en conjeturas sobre las causas de aquel súbito y lastimoso cambio en una persona a quien la suerte había mirado desde el nacer con ojos en su entender benignos.

Como doña Beatriz no había exhalado una queja durante su reclusión en el monasterio, creían que su amor a la soledad y sus frecuentes distracciones provenían de la natural tendencia de su carácter y de su sensibilidad delicada, pero no de su alma profundamente ulcerada. Solo la abadesa, algo más versada en los dolores del corazón y en los desengaños de la vida, conoció el estado de aquella criatura que tan de cerca le tocaba. El encuentro de tía y sobrina fue triste y aflictivo, como era de suponer, pues con él se renovó la memoria de la reciente pérdida de doña Blanca; pero doña Beatriz vertió sin embargo pocas lágrimas. Aquel noble carácter cada

día se reconcentraba un poco más, semejante a las flores que al aproximarse la noche cierran su cáliz y recogen sus hojas. Eran además sus males de los que solo la mano de la religión puede sanar, y con aquella noble altivez y pudor que sienten siempre las almas elevadas, procuraba retirarlos de los ojos del vulgo y presentarlos solamente a la vista del dispensador del bien. Comoquiera, este sosiego aparente acababa de devanar el seso de las pobres monjas que no acertaban a componer con él las visibles huellas del pesar que en su semblante se descubrían.

Doña Beatriz se aposentó en su antigua celda desechando otra mejor y más desahogada que le tenían dispuesta, dando por razón el apego que con la costumbre había cobrado a su primer vivienda. Las hermanas lo atribuyeron a modestia y humildad cristianas, en lo cual tenían alguna razón, porque siempre fueron prendas que resaltaron en ella, pero la verdadera causa de su indiferencia y fácil contentamiento era otra. ¿Qué podían importarle vanas atenciones, ni respetos, cuando sus pensamientos pertenecían a otro mundo y solo para descansar alguna vez de su incesante vuelo se posaban por instantes en la tierra?...

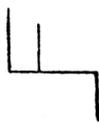
Don Alonso partió de Villabuena en la misma tarde a cumplir, como bien nacido, los mandatos de su rey y a dar calor a los preparativos de guerra que por todas partes se hacían. La presencia de aquellos lugares se le hacía cada vez más penosa y por eso se apresuró a dejarlos. Encomendó, pues, su hija al cuidado de la abadesa con particular encarecimiento, y se encaminó a las montañas del Burchia a levantar gente y ordenar su mesnada. La suerte le destinaba a pelear con el que por un influjo más benigno destinaba en otro tiempo para su yerno, y no era esta la menor de sus pesadumbres, pues sobrado conocía la ansiedad que produciría en el ánimo de doña Beatriz aquella lucha fatal entre su padre y el hombre que, aunque perdido para ella, no se borraba de su memoria. Sus sentimientos personales, además, habían sufrido grande alteración, y el árbol de su ambición comenzaba a dar tan amargos y desabridos frutos que a costa de su vida hubiera querido arrancarlo; pero sus raíces se habían ahondado en el corazón de su hija y solo arrancándolo con ellas pudiera lograr su objeto. La obligación de juntarse con el conde y concertar con él todo lo perteneciente a la guerra era muy penosa para su pundonoroso carácter, una vez descorrido el velo que tanta ruindad y perversidad había encubierto, de manera que su camino por dondequiera estaba sembrado de abrojos y sinsabores.

El abad de Carracedo, que desde las bodas de doña Beatriz y la muerte de su madre se había extrañado de Arganza por entero, movido entonces del amor a la paz, y deseoso de atajar el torrente de males que de nuevo amargaban a la trabajada Castilla y sobre todo al Bierzo, medió entonces con eficacia entre el conde de Lemos, el señor de Arganza y el maestro don Rodrigo. Aunque su carácter era duro y austero en demasía y su rencor contra el Temple bastante vivo, fundábase este en su deferencia ciega a la Sede romana, y no estaba aquel, como vimos ya en otra ocasión, sordo a los sentimientos afectuosos y puros. Ahora que las mayores catástrofes y miserias estaban pendientes sobre aquella Orden, que como la suya se había cobijado al nacer bajo el manto de San Bernardo, su caridad se despertó vivamente y su antigua amistad con el maestro recobró sus derechos. Todo su celo y diligencia hubieron de naufragar, sin embargo, porque la corona estaba decidida a borrar aquella caballería de la tierra de España, y los templarios, por su parte prontos a presentarse en juicio y sumisos a la autoridad del Papa, se negaban justamente a despojarse de sus medios naturales de defensa, recelosos, y con harto fundamento, de que se renovasen en ellos las desafortunadas crueldades de Francia. Así pues, viendo frustrarse una tras de otra todas sus tentativas, hubo de juntar su corta hueste a la del señor de Arganza y obedecer como sacerdote católico y fiel vasallo las órdenes del rey y del Papa.

Los aprestos bélicos siguieron por lo tanto con la mayor actividad por parte de las tropas de Castilla, pues los templarios, de antemano prevenidos y aprovechándose de las enormes ventajas que sus riquezas, su subordinación y disciplina les daban sobre sus contrarios, no hicieron más sino estarse a la defensiva, según lo tenían determinado, y aguardar el trance del combate. Los peligros de semejante empresa se ocultaban a su orgulloso y altivo valor, y cansados de la paz con los moros a que los habían obligado las alianzas de Castilla con los reyes de Granada y sus discordias intestinas, codiciaban nuevos laureles ganados en defensa de su honor y de su existencia. Don Rodrigo mismo, a pesar de sus tristes previsiones y de sus años, parecía animado de un ardor juvenil cuando se vio cerca de dar su vida por el honor de su Orden; bien como un caballo envejecido en las batallas relincha y se estremece, a pesar de su debilidad, al oír la trompeta guerrera.

Cualquiera que fuese el entusiasmo con que por ambas partes pudiera emprenderse esta lucha, había en cada bando un hombre que saludaba su

sangrienta aurora con particular júbilo y esperanza. Estos dos hombres eran el conde de Lemos y el señor de Bemibre. Los pesares del corazón y los desengaños de la vida en el uno, la ambición y codicia desapoderada en el otro, y en entrambos el odio y el valor, les mostraban los trances venideros bajo los colores de sus deseos. Don Álvaro, para mayor humillación del conde, se había negado a hacer campo con él por la desigualdad que con su ruin comportamiento había introducido entre los dos; pero en aquella ocasión, desnudo ya de voluntad propia, como lo estaba de sus antiguos derechos de señor independiente, podía completar su venganza y lavar con sangre su ofensa. El conde, de cuya memoria no se apartaba aquel ultraje y a quien su proceder no podía menos de avergonzar, anhelaba ardientemente cerrar para siempre la boca de aquel testigo inexorable y terrible, y desagraviar con su muerte su orgullo ofendido. Así pues, ambos aguardaban la ocasión de medir sus fuerzas con ansiedad indecible, bien ajenos de la suerte que su sino fatal les preparaba.



Capítulo XXV

La posición militar de los templarios en El Bierzo, según ya dejamos dicho en otro lugar, no podía ser más aventajada. Por el lado de Castilla nada tenían que temer, porque las encomiendas y fortalezas que allí poseían darían demasiado que hacer a las huestes del rey, y en el país los vasallos de don Álvaro, que por su profesión habían pasado al poder del Temple, eran contrapeso sobrado a las fuerzas del abad de Carracedo y del señor de Arganza. Las suyas propias eran más que bastantes para conservar la posesión de la tierra y cerrar ambas entradas de Galicia con los fuertes de Cornatel y del Valcárcel.

Sin embargo, las gentes que de toda Galicia juntaba el conde de Lemos en Monforte iban componiendo ya una hueste poderosa formada en su mayor parte de montañeses ágiles, robustos y alentados, acostumbrados a los ejercicios de la caza y diestrísimos ballesteros en general. El conde era además capitán muy hábil, y aunque odiado en el país, su liberalidad y desprendimiento siempre que la ocasión lo requería, le granjeaban la voluntad de la gente de guerra. Su astucia, además, había sabido aprovecharse de la crédula superstición de los montañeses, pintando a los templarios con los más negros colores, y atizando más y más aquel horror secreto con que miraban las artes diabólicas y maravillosas y los ritos impíos a que suponían entregados a los caballeros de la Orden. Con semejantes voces y estímulos no parecía sino que iban a emprender una cruzada contra infieles, según el tropel de soldados que corrían a ponerse debajo de sus banderas, deseosos algunos de servir al rey, codiciosos otros de botín y ganancias, y todos aguijados del deseo de poner pronto fin a un mal que tan grande les pintaban. Juntó por fin un tercio y comenzaron a moverse por la encañada del Sil, como una nube amenazadora que iba a descargar sobre Cornatel, acaudillados por el conde en persona.

Este era el peligro de más bulto a que había que acudir; así, el comendador Saldaña, que para servir de padrino a don Álvaro se había quedado durante algunos días en Ponferrada, volvió prontamente a su antigua alcaidía. Don Álvaro solicitó licencia de su tío para acompañarle y la consiguió al punto, con lo cual nada quedó que desear al anciano caballero,

más poseído que nunca de sus extraños pensamientos de gloria y de conquista. La idea de ser el primero en pelear por el honor de su cuerpo y tener por contrario el enemigo más encarnizado que contaba en Castilla, le envanecía y alegraba extraordinariamente, porque si en los motivos se diferenciaba algo, no era menor ni menos profundo que el de don Álvaro el rencor que abrigaba contra el conde. La afición que había cobrado a su ahijado, violenta como todos sus afectos, había avivado esta hoguera con todos los pesares que la perfidia del ricohombre gallego había derramado sobre aquel alma generosa y llena de bondad, y el deseo de llenarla con las emociones de la gloria y de asentar su fama sobre la ruina del enemigo, comunicaba energía nueva a todos sus movimientos y disposiciones, y al parecer le quitaba de delante de los ojos las hondas heridas que su causa recibía en lo restante de Europa. Pronto se sintió su presencia en el castillo, pues tanto su brazo como su ingenio infundían por todas partes el valor y la confianza, y sus antiguos compañeros y soldados le acogieron con extraordinaria alegría. Desde aquella enriscada altura extendió su mirada tranquila y satisfecha por los precipicios que la rodeaban, por el lago de Carucedo, entonces crecido con las aguas y corrientes del invierno, y por las llanuras del Bierzo que desde allí se descubrían, y tendiendo la mano a don Álvaro y apretándosela fuertemente, le dijo con los ojos alzados al cielo y con acento religioso y recogido: *Dominus mihi custos et ego disperdam inimicos meos*¹⁰.

Don Álvaro solo le respondió apretándole también la mano fuertemente y poniéndola enseguida sobre su corazón con un gesto vehemente y expresivo. El comendador recorrió enseguida el castillo con el mayor cuidado, examinando muy prolijamente sus murallas, y convenciéndose de su buen estado, se recogió a su cámara sosegado y confiado en sus gentes y en sus medios de defensa. Verdaderamente el [castillo] es tal, aun ahora que sus obras avanzadas han desaparecido y está cegado el foso de todo punto, que no es de extrañar la confianza de su alcaide en aquella época.

Cualquiera que ella fuese, los enemigos tardaron poco en llenar aquellos contornos con el ruido de sus armas. A los dos o tres días los puestos de soldados de la guarnición, que llegaban hasta Las Médulas, se fueron retirando sucesivamente y dejaron al conde dueño del campo con sus

¹⁰ Este versículo está esculpido en una lápida del castillo de Ponferrada, y parecía servir de divisa. [Nota del autor]. “*El Señor es mi guardián, y yo aniquilaré a mis enemigos*” Salmo 126.

bandas, no muy veteranas ni disciplinadas, pero en cambio pintorescas y vistosas en sumo grado. Sus lanzas y hombres de armas venían equipados con cierta regularidad, y aun sus caballos traían las defensas de costumbre, pero los peones variaban extraordinariamente.

Los gallegos de Valdeorras y de otros valles y pueblos que componen la mayor parte de la provincia de Orense, venían armados de cueras de pellejo de buey bien adobadas, y traían además en la cabeza unas monteras que casi por entero la cubrían. Las piernas las traían hasta las rodillas con unos greguescos muy anchos de lienzo blanco, y lo demás, desnudo menos el pie, que cubría un enorme zueco de becerro y de madera. Las armas en unos eran picas y en los otros unas porras de gran peso y guarnecidas de puntas de hierro, cuyo golpe debía de ser fatal en aquellos brazos robustos y fornidos. Todos ellos se distinguían por su corpulencia, por su fuerza y por la pesadez de sus movimientos.

Los de las montañas de la Cabrera traían todos gorros de pieles de cordero, colete muy largo de piel de rebeco destazada y de color rojizo, calzones ajustados de paño oscuro y unas pellejas rodeadas a las pantorrillas y sujetas con las ligaduras y correas de la abarca. La traza de estos serranos era viva, ágil y suelta: su cuerpo enjuto, su fisonomía atezada y seca, porque su vida dura de cazadores y pastores les sujetaba a todas las asperezas e inclemencia de su clima; y las armas que usaban eran un gran cuchillo de monte a la cinta y su ballesta, en la cual eran muy certeros y temibles. Pudiérase decir de los unos que componían la infantería de línea de aquel pequeño ejército, y de los otros que eran los flanqueadores y tropas ligeras a quienes por lo fragoso del país debería caber la mayor gloria y peligro de la demanda, que no dejaba de ofrecerlo grave.

Toda esta gente acampó a la falda del antiguo monte *Medullium*, tan celebrado por su extraordinaria abundancia de criaderos de oro durante la dominación romana en la Península Ibérica. Esta montaña, horadada y minada por mil partes, ofrece un aspecto peregrino y fantástico por los profundos desgarrones y barrancos de barro encarnado que se han ido formando con el sucesivo hundimiento de las galerías subterráneas y la acción de las aguas invernalizas y que la cruzan en direcciones inciertas y tortuosas. Está vestida de castaños bravos y matas de roble, y coronada aquí y allá de picachos rojizos de un tono bastante crudo, que dice muy bien con lo extravagante y caprichoso de sus figuras. Su extraordinaria elevación y los infinitos montones de cantos negruzcos y musgosos que se extienden

a su pie, residuo de las inmensas excavaciones romanas, acaba de revestir aquel paisaje de un aire particular de grandeza y extrañeza que causa en el ánimo una emoción misteriosa. De las galerías se conservan enteros muchos trozos que asoman sus botas negras en la mitad de aquellos inaccesibles derrumbaderos y dan la última pincelada a aquel cuadro en que la magnificencia de la naturaleza y el poder de los siglos campean sobre las ruinas de la codicia humana y sobre la vanidad de sus recuerdos.

Al pie de la montaña está fundada la aldea de Médulas, poco considerable en el día, pero que en la época de que hablamos era mucho más pobre y ruin todavía. Aquí asentó el conde sus reales rodeado del trozo más florido y mejor armado de su gente, y la que no pudo ampararse de las pocas chozas que allí había se repartió por las minas y cuevas para buscar un abrigo contra la intemperie de la estación. La caballería se ladeó hacia la izquierda y se extendió por las orillas del lago de Carucedo que le brindaban abundosos pastos y forrajes. De esta suerte repartidos, púsose el sol turbio y triste de diciembre, y estableciendo sus guardias y precaviéndose como lo pedía la vecindad de un enemigo audaz y temible, aguardaron alrededor de sus hogueras la venida del nuevo día.

Amaneció este, y al punto los clarines, gaitas y tamboriles saludaron sus primeros resplandores. Los relinchos de los caballos a la orilla del lago, los ecos de los groseros instrumentos, las voces de mando y los romances guerreros de aquellas alegres y animadas tropas resonaban con extraordinario ruido entre aquellas breñas y precipicios, y los corzos y jabalíes huían asustados por las laderas con terribles saltos y bufidos. Semejante estruendo y algarabía formaba raro contraste con el reposo y silencio del castillo, cuyos caballeros, inmóviles como estatuas, reflejaban en sus bruñidas armaduras los tempranos rayos del sol. El ronco murmullo que se oyó entre ellos fue el de los salmos y oraciones matutinas que entonaron a media voz, de rodillas, con la cabeza descubierta, las lanzas y espadas inclinadas al suelo, y el rostro vuelto hacia el oriente. Concluido este acto religioso, tornaron a su silencio y recogimiento ordinario, aguardando en actitud briosa la llegada del enemigo, que de momento a momento se acercaba, a juzgar por la distinción y claridad con que se oían sus instrumentos músicos. Don Álvaro pidió licencia para batir y registrar el campo, pero el comendador no se la otorgó, resuelto, a pesar de su ardimiento y cólera, a no romper el primero las hostilidades, conforme a lo acordado entre los templarios españoles, y temeroso por otra parte de que

don Álvaro, sin escuchar más voz que la de su resentimiento, no se empeñase temerariamente. Otro caballero de más edad salió a la descubierta, y después de reconocer bien al enemigo y haber escaramuzado ligeramente con sus corredores, se volvió a dar cuenta a Saldaña de su expedición.

Mientras tanto, las cejas de los montes vecinos se fueron coronando de montañeses que no cesaban en sus rústicas tonadas. Los gallegos se extendieron por la ladera más suave que se extiende hacia Bermés; y la caballería, a quien por la naturaleza del terreno y la clase del ataque no podía caberle gran parte de peligro ni gloria, se estacionó en la reducida llanura que corona la cuesta de Río Ferreiros, ocupando el camino único de Cornatel y cortando toda comunicación con Ponferrada.

El conde apareció poco después, seguido de los hidalgos de su casa, montado en un soberbio caballo castaño de guerra, con riendas y arcos de seda azul cuajados de plata, que el fogoso animal salpicaba de espuma a cada movimiento de cabeza. La armadura era del mismo color y adornos con una banda encarnada que la atravesaba, y el casco dorado remataba con hermoso penacho de plumas blancas y tendidas que se movían al leve soplo del viento. Venía, en suma, gallardamente ataviado en medio de su lucido cortejo, y su hueste entera le saludó con vivas y aclamaciones y con las sonatas más expresivas que melodiosas de sus gaitas y tamboriles. Saludó él también graciosamente con su espada, volviéndose hacia todas partes, y enseguida se puso a reconocer la posición con aquel ojo militar y certero que en muchas guerras le había granjeado fama de diestro y experimentado caudillo. Bajó paso a paso la cuesta de Río Ferreiros, cruzó el riachuelo, entonces hinchado por las lluvias, y presto se convenció de que por aquella parte el castillo era inexpugnable, porque la naturaleza se había empeñado en fortificarle con horrorosos precipicios. Para mayor seguridad, sin embargo, situó un destacamento de caballería en el vecino pueblo de Santalla, con lo cual aseguraba de todo punto el camino de Ponferrada. Subió enseguida de nuevo el recuesto, y entonces decidió hacer su embestida por el lado de poniente y mediodía, donde la fortaleza presenta dos frentes regulares, pero defendidos entonces cuidadosamente con una fortísima muralla y un foso muy hondo.

Por respeto a los usos de la guerra, envió antes de comenzar el ataque un pliego a los sitiados comunicándoles las órdenes que tenía del rey e intimándoles la rendición con amenazas y arrogancias empleadas adrede

para exacerbarlos y empeorar su causa con la resistencia. Saldaña contestó, según era de esperar, que ninguna autoridad reconocía en el monarca de Castilla, como miembros que eran de una Orden religiosa solo dependiente del Papa; que de las órdenes de Su Santidad solo obedecían la que les mandaba comparecer en juicio, pero no la que les desposeía de sus bienes y medios de defensa antes de juzgarlos, pues claro estaba que la había arrancado la violencia del rey de Francia; y finalmente, que no habiéndose purgado el conde de la ruindad de Tordehumos, cometida en la persona de don Álvaro Yáñez, le advertía que no tratarían con él de igual a igual, y que a cuantos mensajeros enviase los recibiría como a espías de un capitán de bandoleros, y los ahorcaría de la almena más alta. Aunque el conde se esperaba semejante respuesta, los términos de menosprecio y denuesto en que estaba concebida le hicieron rechinar los dientes de ira y le robaron el color de la cara. Lo peor del caso era que su conciencia le repetía punto por punto las injurias del comendador, y que con enemigo tan implacable y fiero no valían desdenes ni altanerías.

Comoquiera, pasado el primer impulso, volvieron sus ordinarias y habituales disposiciones a su natural corriente, y por último, se alegró ferozmente de aquel desafío a muerte, en que la superioridad numérica de sus tropas y el apoyo del rey, del pontífice y de toda la cristiandad parecían prometerle que llevaría lo mejor. Había recibido con siniestra alegría la nueva de la profesión de don Álvaro, porque de esta suerte él mismo se prendía en las redes que acabarían por perderle. Así pues, gozoso de contar como por suyos a dos tan aborrecidos enemigos, se apresuró a trazar aquel mismo día las trincheras y señalar los puestos y cuerpos de guardia con gran tino y habilidad, para apretar aquel baluarte en que tan grandes esperanzas tenía puestas la Orden. En realidad, para cercar un castillo por su misma situación aislado, pocas fuerzas eran necesarias; para apoderarse de él era para lo que ocurrían inmensas dificultades.

Los gallegos comenzaron al punto a abrir las trincheras, y los montañeses de Cabrera, bajando de las crestas de la montaña que cae al mediodía del castillo, y amparándose de los matorrales y peñascos, protegían sus trabajos con una nube de flechas dirigidas con gran puntería. Acaudillábalos un hidalgo de aquel país, llamado Cosme Andrade, arquero y ballestero muy afamado, y la distribución y colocación que les dio fue muy atinada, pues apenas asomaba un sitiado le alcanzaba al punto una flecha. De ellos, algunos peor armados cayeron pasados en claro y otros

malheridos, pero los caballeros, con sus armaduras damasquinadas de finísima forja, nada tenían que temer de aquellas armas lanzadas a cierta distancia, y sobre todo mal templadas para atravesar sus petos y espaldares. En cambio, los ballesteros del castillo, cuando alguno de los enemigos se descubría, al punto lo convertían en blanco, y como no siempre los matorrales y retamas los escondían del todo, y por otra parte sus enormes coletos de destazado no los resguardaban bien, venía a resultar, como era natural, que recibían más daño. De todas maneras sus disparos incomodaban extraordinariamente a los del castillo, y a su sombra seguían las obras del cerco.

Todo aquel día corrió de este modo, sin que los caballeros hiciesen salidas ni ningún género de demostración hostil, y entrambos bandos pasaron la noche en sus respectivos puestos. Cornatel, envuelto en el silencio y las tinieblas, formaba vivo contraste con el campo del de Lemos, resplandeciente, con un sinnúmero de hogueras en que asaban cuartos de vaca y trozos de venado como en los tiempos de Homero, y poblado de un murmullo semejante al de una inmensa colmena. El conde descansó poco en toda aquella noche y continuamente se le veía pasar de un corro a otro, como animando y prometiendo recompensas a sus gentes. Brillaban sus armas a la luz de las hogueras, y su penacho blanco se revestía de un color rojizo, mientras agitado por un viento recio que se había levantado, flotaba semejante a un fuego fatuo en la cimera de su yelmo. Por lo demás, tantas lumbres encendidas por la ladera del monte arriba y cuyas llamas, ora vivas y resplandecientes, ora turbias y oscuras, según la humedad o sequedad del combustible, oscilaban a merced del viento con mil formas caprichosas, llenando el aire con los fantásticos festones del humo que desprendían, formaban un espectáculo sumamente vistoso y sorprendente. La principal ardía delante de la tienda del conde, sobre la cual estaba enarbolada la bandera de los Castro, que también azotaban las ráfagas nocturnas, silbando por entre las rocas y árboles. Una porción de mujeres que habían seguido a sus padres, maridos, amantes o hermanos a aquella expedición, vestidas las unas con una saya blanca, un dengue encarnado al pecho y un pañuelo blanco a la cabeza, o con rodados oscuros, dengues y jubones del mismo color y un tocado de pieles negras, según eran de Galicia o de Cabrera, y una gran parte de ellas jóvenes y agraciadas, acababan de completar aquel cuadro, bullendo y agitándose por todas partes. A cierta hora sin embargo, cesó todo movimiento, si no es el de los centinelas que

se paseaban cerca del fuego y un ruido acompasado como de martillazos con que algo se clavaba.

Saldaña, que con su vista de águila había seguido todo aquel día los pasos del enemigo, adivinando sus intenciones como si fuesen las suyas propias, estaba entonces en uno de los más altos torreones del castillo acompañado del señor de Bembibre, no menos ocupado que él en observarlo todo atentamente.

—Don Álvaro —dijo por fin con mal disimulado regocijo—, mañana vienen.

—Ya lo sé —respondió el joven—; oíd cómo clavan o las escalas o el puente de vigas con que piensan suplir el levadizo para atacar la puerta cuando nos hayan ganado la barbacana.

—¡Pobres montañeses! —repuso Saldaña, con una sonrisa y un acento en que se notaba tanto menosprecio como lástima—; piensan que nos van a cazar como a los osos y jabalíes de sus montes, y sin duda despertarán muy tarde de su sueño.

—¿Me perdonaréis si os pregunto lo que pensáis hacer? —le preguntó el mancebo respetuosamente.

—No todo os diré ahora —contestó el comendador—, solo sí que a vos reservo la parte más honrosa y brillante de la jornada. Antes de romper el día bajaréis con todos los caballos que hay en el castillo por la escalera secreta que ya sabéis y va a dar a la orilla misma de ese riachuelo, y siguiendo su orilla tomaréis la vuelta a la caballería del conde que creyéndonos de todo punto aislados, sin duda estará desprevenida y la desbarataréis; pero para esto preciso será que aguardéis emboscado en el monte hasta que la campana del castillo os dé la señal tañendo a rebato.

—Pero, señor —repuso don Álvaro—, ¿y podrán bajar los caballos por aquella escalera de piedra tan larga y pendiente?

—Todo está previsto —respondió el anciano—, la escalera está llena de tierra para que no resbalen. Además, ya sabéis que los caballos del Temple son de las mejores castas de la Siria y de Andalucía, aquí y en toda Europa, y nuestros esclavos infieles los enseñan y acostumbran a todo.

—¿Y habéis tenido en cuenta —insistió don Álvaro— el cuerpo avanzado que tienen en Santalla?

—Eso es lo que los pierde cabalmente —replicó el comendador—; porque como solo atienden al camino de Ponferrada, podéis pasar por medio de entrambos y cogerlos de improviso. ¡Ah!, don Álvaro —añadió tristemente—,

yo he peleado con los árabes y mamelucos, ¿y queréis que no se me alcance algo de estratagemas y ardides?

—Sí, sí, ya veo que todo lo tenéis previsto; pero ¿y querrán los caballeros más antiguos que yo pelear bajo mi mando?

—Todos os estiman y respetan por vuestra alcurnia, carácter y valor —contestó Saldaña—, y todos os obedecerán gustosos; pero ¿qué tenéis, que no habéis hecho sino ponerme reparos y dificultades en lugar de agradecerme la preferencia que os doy?

Don Álvaro permaneció callado y como indeciso unos breves instantes, al cabo de los cuales volvió a preguntar a Saldaña:

—¿Y pensáis que el conde esté mañana con sus lanzas?

—No, por cierto —contestó él—, porque ya sabéis que nuestro enemigo no abandona los sitios del riesgo. Nuestro odio mismo nos obliga a hacerle justicia.

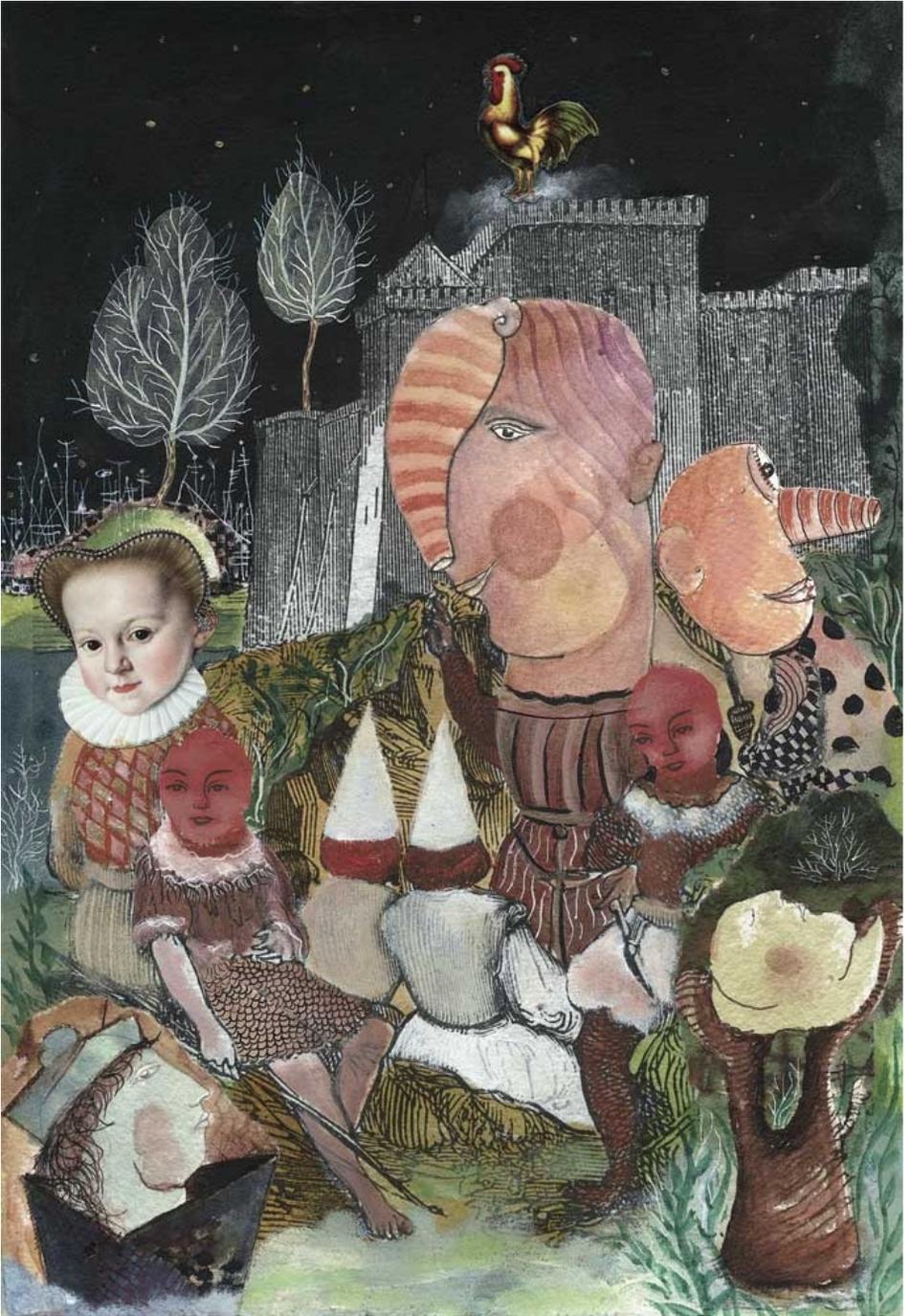
—Pues entonces —repuso don Álvaro—, más os agradeciera que me dejarais en la barbacana del castillo.

Saldaña levantó entonces la cabeza y le dirigió una terrible mirada que don Álvaro no vio por la oscuridad de la noche, pero su ademán le hizo bajar los ojos.

—Don Álvaro —le dijo el anciano con severidad—, hace muchos años que a ningún mortal se ha acercado mi corazón tanto como a vos; por lo mismo, no os advertiré que vuestro único deber es la obediencia; pero no dejaré de deciros que el desprendimiento personal es lo que más ensalza al hombre. Para esta empresa os necesito, id y cumplidla, y prescindid por hoy de vuestro odio por más legítimo que sea, y esperad a mañana, que tal vez la suerte lo ponga en vuestras manos. De todos modos, si me lo entrega a mi albedrío, tal vez le irá peor.

Don Álvaro, un tanto avergonzado de haber querido anteponer el interés de su venganza a la gloria de aquella milicia que con tanto amor le había recibido en sus filas, dio sus disculpas al comendador, que las recibió con su señalada benevolencia y se dispuso a su empresa que no dejaba de ofrecer riesgos. El comendador se separó de él para dar las últimas órdenes y acabar los preparativos, ya de antemano dispuestos, con que pensaba recibir a los sitiadores en el asalto del día siguiente.





Capítulo XXVI

Buen rato antes de que asomase por entre las nieblas del oriente la aurora pálida y descolorida de aquel día en que debían suceder tantos casos lastimosos, don Álvaro, seguido de una gran tropa de caballeros, bajó por aquella escalera que sola otra vez y con tan distintas esperanzas había pisado. Los caballos llegaron también sin trabajo a la orilla del torrente, que entonces corría con tremendo estrépito, muy a propósito para ocultar su marcha. Emprendieronla callados y atentos al inminente riesgo que les cercaba, porque caminaban por una ladera gredosa y escurridiza y por una senda estrecha y tortuosa al borde mismo de los enormes barrancos que excava aquel regato poco antes de entrar en el Sil. Desfilaban uno por uno con gran peligro de ir a parar al fondo al menor resbalón y con otro no menor de ser descubiertos en tan apretado trance por el relincho de un caballo; pero estos generosos animales, como si conociesen la importancia de la ocasión, no solo anduvieron el difícil camino sin dar un paso en falso, sino que apenas soltaban tal cual corto resoplido. Por fin salieron de aquellas angosturas, y antes de que amaneciese ya estaban emboscados en el monte de acebuches que linda con el pueblo de San Juan de Paluezas, y llegaba muy cerca del campamento de la caballería del conde de Lemos. Allí, cuidadosamente escondidos, aguardaron la convenida señal.

Poco tardaron en colorearse débilmente los húmedos celajes del oriente, y los clarines, gaitas y tamboriles de los sitiadores despertaron a los que todavía dormían al amor de la lumbre. Levantáronse todos ellos alborozados y, dando terribles gritos, se formaron al punto bajo sus enseñas. El conde Lemos salió de su tienda, y en un caballo blanco, donde el terreno lo permitía, y a pie en los riscos más difíciles, corrió las filas y pelotones haciendo distribuirles dinero, raciones y aguardiente, y alentádoles con su natural y astuta elocuencia contra aquellos idólatras impíos que adoraban un gato y que, dejados de la mano de Dios, poco tardarían en caer bajo las suyas. Semejantes razones subyugaban y exaltaban a aquellas gentes crédulas y sencillas y doblaban su brío; así es que el clamoreo y alharaca ensordecía y atronaba el aire. Los templarios por su parte, después de haber hecho su acostumbrada oración, conservaron su

natural gravedad, y el comendador, que pensaba haberles arengado, después de haber observado el denuedo de sus miradas y semblantes, conoció la inutilidad de exhortar a unas gentes en cuyos pechos ardía la llama del valor como en su propio altar y se contentó con repetirles, con aquel majestuoso ademán que tan bien cuadraba, el versículo que días antes había dicho a don Álvaro al tomar por segunda vez el mando del castillo: *Dominus mihi custos, et ego disperdam inimicos meos*. Los caballeros, aspirantes y hombres de armas lo repitieron en voz baja y cada uno quedó en su sitio sin hablar más palabra.

Los momentos que siguieron fueron de aquellos zozobrosos llenos de ansiedad que preceden generalmente a todos los combates, y en que el temor, la esperanza, el deseo de gloria, los recuerdos y lazos en otras partes pueden atar el corazón, y un tropel, en fin, de encontradas sensaciones batallan en el interior de cada uno. Por fin las trompetas de los sitiadores dieron la última señal, a la cual los añafles y clarines de los templarios respondieron con agudas resonantes notas como de reto, y los cuerpos destinados al asalto se pusieron en movimiento rápidamente, precedidos de un cordón de ballesteros que despedían una nube de saetas, y sostenidos por otros muchos que desde las quiebras y malezas los ayudaban poderosamente. Encamináronse como era natural, contra la barbacana del castillo, solo dividida de este por el foso y enlazada con él por el puente levadizo, asestando sus tiros contra los caballeros que la defendían y que por su parte recibieron a los sitiadores con descargas en que maltrataron e hirieron a muchos. Sin embargo, su defensa fue menos tenaz de lo que el conde aguardaba, así es que dieron lugar a los mas atrevidos a acercarse a la puerta, sobre la cual empezaron a descargar al punto redoblados hachazos.

Los caballeros, viendo sin duda lo poco que podían resistir aquellas débiles tablas a semejante empuje y sacudidas, atravesaron enseguida el puente levadizo que se alzó al punto, justamente cuando, forzada la puerta, cabreireses y gallegos se precipitaban en tropel en la barbacana. Pasmados todos, y el de Lemos en especial, de tan floja defensa, creyeron que la hora del Temple había llegado, cuando así se amortiguaba de repente la estrella rutilante de su valor. Comenzaron pues, a denostarlos con injuriosas palabras, a las cuales no respondían sino disparando de cuando en cuando alguna flecha o piedra, amparándose sin embargo cuidadosamente en las almenas. La caballería, que desde su puesto veía el triunfo de los suyos y tremolar la bandera del conde en la barbacana, prorrumpió en una

estrepitosa y alegre gritería vitoreando y agitando sus lanzas desde abajo. Estaban pie a tierra y con los caballos del diestro descansando enteramente en la avanzada apostada en el camino de Ponferrada, y tenían puestos los ojos y el alma en el drama que más arriba se representaba, y del cual, con gran enojo suyo, solo venían a ser fríos espectadores.

Los de la barbacana trajeron al instante el puente de vigas que habían estado clavando y aderezando a prevención en la noche anterior, y que no habían conducido desde luego contando con que el primer ataque sería más largo y reñido. Desmentido con gran gusto suyo este pronóstico, asomaron inmediatamente con su informe pero sólida armazón por la puerta interior de la barbacana para echarlo sobre el foso. Los sitiados entonces parecieron reanimarse y se presentaron en la plataforma que dominaba la puerta arrojando piedras y venablos, pero la granizada de flechas de los montañeses los hizo retirar al punto. La afluencia de estos desgraciados era tal, que la barbacana estaba atestada de gentes a cual más deseosas de abalanzarse a la puerta del castillo, y echándola al suelo entrar a saco y a degüello aquellos cobardes guerreros. Por fin, con harto trabajo se asentó el puente y un sinnúmero de montañeses y valdeorranos se agolparon a herir con sus hachas las herradas puertas del castillo.

No bien habían descargado los primeros golpes, cuando un grito de horror resonó entre aquellos infelices, de los cuales una gran parte cayeron en el foso y otros en el mismo puente lanzando espantosos aullidos y revolcándose desesperadamente. Los que les seguían, empujados por la inmensa muchedumbre de atrás, aunque horrorizados porque apenas sabían a qué atribuir aquel repentino accidente, corrieron también contra la puerta. Entonces se vio claro lo que tales gritos arrancaban y tan grandes estragos hacía. Aquellos desdichados mal armados morían abrasados bajo una lluvia de plomo derretido, aceite y pez hirviendo que venía de la plataforma y de la cual salían también muchísimas flechas rodeadas de estopas alquitranadas y encendidas que no podían desprenderse ni arrancarse sin quemarse las manos. Algunos quisieron retroceder, pero el extraordinario empuje que venía de afuera no solo se lo estorbaba, sino que vomitaba sin cesar sobre el puente nuevas víctimas.

Los que estaban debajo de la arcada de la puerta, conociendo su peligro y creyéndose a cubierto por algunos instantes, menudeaban los golpes deseosos de terminar aquella horrenda escena; pero cuando más descuidados estaban, por unos agujeros, sin duda practicados de intento en

las piedras, comenzó a llover sobre ellos aquel rocío infernal, y al querer retirarse, las piedras que caían por los matacasas acabaron de estropearlos. Entonces comenzó a sonar a rebato la campana del castillo como si doblase por los que morían en los fosos y al pie de sus murallas; los muros y la plataforma se coronaron de caballeros que, cubiertos de acero de pies a cabeza y con el manto blanco a las espaldas y la cruz encarnada al lado, se mostraron como otras tantas visiones del otro mundo a los ojos de aquella espantada muchedumbre. Unos cuantos esclavos negros, que desde la plataforma derramaban y esparcían aquel fuego voraz, asomaron entonces sus aplastados semblantes de azabache animados por una diabólica sonrisa, y aquellas acobardadas gentes, creyendo que el infierno todo peleaba en su daño, comenzaron a arrojar sus armas consternados y tomando la huida.

El conde, que con tanto ahogo y apretura se había visto embarazado en la barbacana, pudo desprenderse en aquel momento crítico, y arrojándose al puente para reanimar a los fugitivos y pasando por encima de los muertos y heridos sin hacer caso de las lluvias, piedras y aceite hirviendo que caían sobre su impenetrable armadura, llegó hasta la puerta con un cercano deudo suyo muy bien armado. Asieron allí las hachas de manos de dos muertos y comenzaron a descargar tan recios golpes que de arriba abajo se estremecía el portón a pesar de sus chapas de hierro. Entonces una enorme bola de granito, bajando por uno de los matacasas, cayó a plomo sobre la cabeza de su pariente que al punto vino al suelo muerto, con el cuello y el cráneo rotos, viendo lo cual otros hidalgos de su casa, que se habían quedado a la puerta de la barbacana, atravesaron el puente desalados, y a viva fuerza arrancaron de allí a su jefe.

La caballería entretanto, como hemos dicho, seguía con envidiosos ojos la pelea de sus compañeros, cuando oyó tocar a rebato la campana del castillo. Entonces creyeron que ya era el conde dueño de él, y con loca presunción comenzaban a darse el parabién de tan feliz jornada, cuando de repente les estremeció sus espaldas una trompeta que sonó en sus oídos como la del último día, y volviendo los asombrados ojos vieron el corto pero lucido escuadrón de don Álvaro, que lanza en ristre y a todo escape les acometía. Muchos caballos espantados, no menos que sus jinetes, rompieron la brida y dieron a correr por las cuestas dejando a pie a sus dueños que fueron los primeros que cayeron al hierro de las lanzas enemigas. Los restantes, que pudieron ocupar las sillas en medio del tumulto, arremolinados y envueltos en sí propios, solo hicieron una

cortísima resistencia, durante la cual mordieron muchos, sin embargo, la tierra, y al punto se dispersaron bajando algunos a reunirse con el destacamento que tenían en el camino de Ponferrada, corriendo otros por la ladera del monte a reunirse con las bandas de peones, y echando los demás con desbocada carrera por el camino de Las Médulas. Don Álvaro, entonces, deseoso de dar alcance a los que iban a incorporarse con el grueso de la hueste del conde, picó en pos de ellos por la ladera, con el firme intento no solo de ahuyentarlos, sino de coger a los enemigos por la espalda.

Saldaña, bien informado del éxito de esta arriesgada empresa, bajó entonces seguido de sus más escogidos caballeros, y echando el puente levadizo, porque el otro estaba ya medio consumido por el fuego, embistió denodadamente la barbacana con un hacha de armas en las manos, cada golpe de la cual cortaba un hilo de vida en aquella gente todavía apiñada y comprimida. En medio de aquel tumulto y matanza acertó a ver al conde, que forcejeaba con sus hidalgos y deudos para volver al puente.

—¡Conde traidor! —le gritó el comendador—, ¿cómo tan lejos del peligro?

—Allá voy, hechicero infernal, ligado con Satanás —le respondió él con la boca llena de espuma y rechinando los dientes; y dando un furioso empujón se fue para el templario determinado y ciego.

Llegó a él y con el mayor coraje le tiró una soberbia estocada que el comendador supo esquivar; y alzando el hacha con ambas manos iba a descargarla sobre él cuando uno de sus deudos se interpuso. Bajó el arma como un rayo, y dividiendo el escudo cual si fuera de cera y hendiendo el capacete, se entró en el cráneo de aquel malhadado mozo que cayó al suelo con un profundísimo gemido. Trabose entonces una reñidísima contienda, porque cuando los del conde vieron que se las habían con hombres como ellos y no con vestiglos ni espíritus infernales, cobraron ánimo, pero peor armados y menos diestros que sus enemigos, naturalmente llevaban lo peor. En esto un jinete con el caballo blanco de espuma y sin aliento se presentó a la puerta de la barbacana y dijo con alta voz:

—¡Conde de Lemos!, vuestra caballería ha sido desbaratada por un escuadrón de estos perros templarios, que no tardará seis minutos en llegar.

—¿Hay más desventuras, cielos despiadados? —exclamó él levantando al cielo su espada, que apretaba convulsivamente.

—Sí, todavía hay más —le dijo Saldaña con voz de trueno—, porque ese que con un puñado de caballeros ha destrozado tus numerosas lanzas, ¡ese es el señor de Bembibre, tu enemigo!

Lanzó el conde un rugido como un tigre, y de nuevo quiso embestir al comendador; pero los suyos se lo impidieron arrancándole de aquel sitio, porque los gritos y galope de los caballeros que iban al mando de don Álvaro se oían ya muy cerca. Saldaña no juzgó prudente acometer fuera de su castillo con la poca gente que lo guarnecía a un enemigo todavía respetable por su número y que acababa de dar tan repetidas muestras de valor. Los caballeros que le acompañaban habían cerrado la puerta con sus cuerpos, y dejado acorralados un gran número de montañeses que, aunque no acometían, no parecían dispuestos a rendirse sin pelear de nuevo.

—Y vosotros, infelices —les dijo el comendador—, ¿qué suerte creéis que va a ser la vuestra después de acometernos tan sin razón?

—Nos sacrificaréis a vuestro ídolo —contestó uno que parecía el capitán—, y le pondréis nuestras pieles, que es lo que dicen que hacéis, pero aún os ha de costar caro. En cuanto a venir a haceros guerra, el rey y el conde de Lemos, nuestros naturales señores, lo han dispuesto y como es servicio a que estamos obligados, por eso hemos venido.

—¿Y quién eres tú que con ese desenfado me hablas, cuando tan cerca tienes tu última hora? ¿Cuál es tu nombre?

—Cosme Andrade —replicó él con firmeza.

—¡Ah!, ¿conque eres tú, el arquero celebrado en toda Cabrera?

—Más celebrado hubiera sido hoy —respondió él—, porque a no ser por el maleficio de vuestra armadura, os hubiera atravesado lo menos cinco veces.

—¿Y qué hubieras hecho conmigo si hubiese caído en tus manos?

—Yo no era el que mandaba, y de consiguiente nada os hubiera hecho por mí; pero si el conde os hubiera quemado vivo, como dice que han hecho allá muy lejos con los vuestros, yo hubiera atizado el fuego.

—¿Quiere decir que no te agraviarás si te mando ahorcar, porque aún es tratarte mucho mejor?

—De manera, señor —respondió el montañés—, que a nadie le gusta morir cuando, como yo, puede matar todavía muchos osos y rebecos y venados; pero cuando vine a la guerra me eché la cuenta de que con semejante oficio no es fácil morir en la cama con el cura al lado y asistido por su mujer. Así pues, señor caballero, haced lo que gustéis de nosotros,

pero no extrañéis que nos defendamos, porque eso lo hacen todos los animales cuando los acosan.

—No es necesario —contestó Saldaña—, porque tu valor os libra a todos del cautiverio y del castigo. Caballero Carvajal —dijo a uno de los suyos—, que se den cien doblas al valeroso Andrade para que aprenda a tratar a sus enemigos, y acompañadle vos hasta encontrar con don Álvaro, no sea que le suceda algún trabajo.

El montañés se quitó su gorro de pieles que había tenido encasquetado hasta entonces, y dijo:

—Agradezco el dinero y la vida, porque me los daréis, a lo que se me alcanza, sin perjuicio de la fidelidad que debo a mi rey, y al conde mi señor —el comendador le hizo una señal afirmativa con la cabeza—. Pues entonces —añadió el montañés—, Dios os lo pague, y si algún día vos o alguno de los vuestros os veis perseguidos, idos a Cabrera, que allí está Andrade, y al que intente dañaros le quitará el modo de andar.

Con esto se salió muy contento seguido de los suyos y acompañado del caballero Carvajal, y diciendo entre dientes:

—No, pues ahora excusa el conde de venir con que son mágicos o no lo son, porque por estrecho pacto que tengan con el diablo, ¡ni el diablo ni él les quitarán de ser caballeros de toda ley! ¡Así quiera Dios darme ocasión de hacer algo por ellos!

La precaución de Saldaña no podía ser más cuerda, pues a los pocos pasos encontraron los caballeros de don Álvaro, que al ver los rojizos coletos de los montañeses, al punto enristraron las lanzas. Carvajal se adelantó entonces, y los dejaron pasar sanos y salvos, sin más pesar que el recuerdo de los compañeros que dejaban sin vida delante de aquel terrible castillo.

Don Álvaro no solo cumplió el objeto de su salida, sino que antes de volver a Cornatel quemó las empalizadas y chozas de los sitiadores, se apoderó de sus víveres y pertrechos y trajo arrastrando la bandera enemiga. Todo esto pasaba a la vista del conde que, trepando por la agria pendiente de los montes y desesperado de vencer el terror pánico de los suyos y llevarlos a las obras que había trazado, veía aquel rival aborrecido talarlo y destruirlo todo, mientras él huía en medio de los suyos, que en aquel momento parecían una manada de corzos acosada por los cazadores.

Así pues, reunió su gente como pudo y aquella misma noche volvió a Las Médulas, de donde dos días antes había salido con tan diferentes

pensamientos. Allí escogió una posición fuerte y aventajada en la que se reparó con el mayor cuidado y adonde poco a poco se le fueron allegando los dispersos. Aquella noche se pasó entre las voces de los que se llamaban unos a otros según iban llegando, entre los lamentos de los heridos y los llantos de las mujeres que habían perdido alguna persona querida; los más valientes habían perecido en la refriega, y cuando los respectivos jefes pronunciaban sus nombres, solo les respondía el silencio o algún amargo gemido. El conde mismo había perdido dos deudos muy cercanos y veía retrasada por lo menos, durante mucho tiempo, una empresa de que tanta honra y mercedes pensaba sacar. Todas estas desdichas exacerbaron su orgullo ofendido, y avivaron su odio a los templarios y en especial a don Álvaro, de manera que todo se propuso intentarlo a fin de vengarse.

Por lo que hace al señor de Bemibre, que tantos laureles había cogido en aquella jornada, fue recibido con tales muestras de estimación y con tanto aplauso, que su entrada en Cornatel fue un verdadero triunfo.





Capítulo XXVII

Después de la malograda empresa que acabamos de describir, el conde mandó a pedir refuerzos a sus estados de Galicia, firme en su propósito de lavar con la toma de Cornatel la afrenta recibida. Antes de que llegasen, sin embargo, las mesnadas de Arganza y Carracedo cruzaron el Sil al mando de don Alonso Ossorio, y fueron a engrosar sus diezmadas filas, socorro oportunísimo en aquellas circunstancias poco favorables, no solo por el número y calidad de sus guerreros, sino por el prestigio que el señor de Arganza disfrutaba en el país, y sobre todo por el sello de religión que parecía poner en la demanda la intervención del abad de Carracedo, justamente respetado por sus austeras virtudes. La confianza volvió a renacer con esto en su pequeño ejército y, como a pocos días de Cabrera comenzaron a venir nuevas bandas, otra vez florecieron en el conde sus antiguas y risueñas esperanzas.

La entrevista de suegro y yerno fue, como pueden figurarse nuestros lectores, muy ceremoniosa, porque delante de sus respectivos vasallos debían dar el ejemplo de unión y concierto de voluntades, que tanto provecho podría traer a la causa que defendían.

No era la menor de las contrariedades que sufría impaciente don Alonso, la de servir debajo del mando de un hombre que unido a él por los lazos del parentesco más inmediato, distaba infinito de su corazón por las fealdades que le manchaban. El conde, conociendo hartó bien la dificultad de purgarse de sus culpas a los ojos de su suegro, y por otra parte viendo bajo sus banderas los vasallos de Arganza, que era uno de los blancos a que se encaminaba desde muy atrás su calculada perfidia, se encastilló en su altanería, y no quiso entrar con su suegro en ningún género de explicaciones. Este, por su lado, guardó una conducta en todo parecida, y aunque delante de los suyos y en todos los actos públicos le trataba con deferencia y aun con cordialidad, cuando la casualidad les juntaba a solas acostumbraban a hablar únicamente de los asuntos militares propios de la empresa que habían acometido, situación para entrambos penosa, pero sobre todo para don Alonso, cuyo carácter franco y noble, se avenía mal con semejantes falsías y dobleces. Comoquiera, el deseo de ocultar a los

ojos del vulgo los pesares y desabrimientos de su familia, le obligaba a devorar en silencio su amargura, por desgracia demasiado tardía, y que hacía más insufrible todavía la comparación que a cada punto se le presentaba de la suerte de su hija, con la que otra elección más acertada pudiera haberle proporcionado.

Algo más tardaron en llegar los refuerzos de Galicia, tanto por la mayor distancia cuanto porque el conde, escarmentado con el pasado suceso y convencido de que Cornatel no era para ganado de una embestida, había hecho traer trabucos y otras máquinas de guerra que embarazaron no poco la marcha de las tropas. Durante este tiempo sobrevinieron graves sucesos que aceleraron el desenlace de aquel drama enmarañado y terrible. Los templarios de Aragón, abandonados de todos sus aliados y en lucha con un trono más afianzado y poderoso que el de Castilla, a duras penas podían resistir, encerrados en Monzón y en algún otro de sus castillos, las armas de toda aquella tierra concitadas en contra suya, y andaban ya en tratos para rendirse.

El rey de Portugal por su parte, a pesar del apego con que miraba aquella noble Orden, conociendo la dificultad de calmar la opinión general y temeroso por otra parte de los rayos del Vaticano, había cedido en su propósito, más generoso que político, y aconsejado a don Rodrigo Yáñez y al lugarteniente de Aragón que, aceptando su mediación y confiándose a la justificación de los concilios provinciales, entregasen desde luego sus castillos y bienes, en obediencia de las bulas pontificias. Tal había sido la opinión del maestre de Castilla en un principio, pero los ultrajes hechos a la Orden por una parte, la conmoción difícil de calmar introducida entre sus caballeros por otra, y por último la imprudencia del rey Fernando el Cuarto, en elegir para capitán de aquella facción al enemigo más encarnizado del Temple en el reino de León, le habían retraído de ponerla en planta.

De todos modos, ahora la inexorable mano del destino parecía indicarle esta senda, y por lo mismo envió cartas a Saldaña, noticiándole lo que pasaba, y exhortándole a que, atajando la efusión de sangre, entrase en capitulaciones honrosas con el conde. El anciano comendador dio por respuesta que el encono y rencor implacable del de Lemos imposibilitaban todo término justo y decoroso de avenencia, pues solo soñaba y respiraba venganza del revés que había experimentado delante de sus murallas; que con semejante hombre, ajeno de toda hidalguía, no podía responder de las

vidas de sus caballeros; y finalmente, que si el rey traspasaba a otro cualquiera de sus ricos hombres el cargo y autoridad por él ejercida, desde luego entablaría las pláticas necesarias.

De estas noticias, las más esenciales se derramaron brevemente por el campo sitiador, y el conde no dejó de aprovecharlas para sus intentos de odio y de venganza. Don Alonso no pudo menos de recordarle cuán ajeno era de la ley de la caballería negar todo acomodo honroso a unas gentes que tan ilustre nombre dejaban, sobre todo cuando tantos daños podían venir a la desventurada Castilla de la prolongación de una lucha fratricida; pero el conde le respondió que sus órdenes eran terminantes y su único papel la obediencia. Separáronse pues, más desabridos que nunca, y el señor de Arganza le amenazó con que pondría de manifiesto ante los ojos del rey la preferencia que daba a sus rencillas e intereses particulares sobre el procomún de la tierra y de la corona. El conde, que en el fondo no desconocía la justicia y prudencia de semejantes reclamaciones, temió con razón que la corte accediese a ellas, y como por otra parte sus tropas estaban ya provistas y reforzadas, se decidió a dar la última embestida a Cornatel.

Poco tardó en averiguar que los jinetes que habían destrozado su caballería habían salido del castillo y no venido de Ponferrada, como en un principio se figuró. Así pues, procuró conocer la misteriosa puerta que sin duda daba al precipicio, deseoso de herir a un contrario por los mismos filos. Mandó llamar para esto al intrépido Andrade que, gracias a su serenidad y a los hábitos de cazador, podía andar por sitios inaccesibles a la mayor parte de las gentes, y al mismo tiempo poseía gran astucia y sagacidad.

—Cosme —le dijo en cuanto le vio en su presencia—, ¿te parece que podremos entrar en ese infernal castillo por el lado del derrumbadero?

—Por muy difícil lo tengo, señor —respondió el montañés dando vueltas entre las manos a su gorro de pieles—, a menos que nos den las alas de las perdices y milanos; ¿pero hay más que verlo, señor?

—Sí, pero en eso está el peligro, porque con una peña que echen a rodar de arriba, pueden aplastaros en semejantes angosturas.

—De manera es que no hay atajo sin trabajo —respondió el animado Andrade—, y no estaré mucho peor que en aquel maldito puente que parecía el del infierno.

Frunció el conde el ceño con este importuno recuerdo de su derrota, pero conteniéndose como pudo, explicó sus deseos al montañés que, con la agudeza propia de aquellas gentes, los comprendió al momento.

—Así, y con la ayuda de Dios —concluyó el caudillo—, presto daremos cuenta de esos ruines hechiceros que solo con sus malas artes se defienden.

—En eso habéis de perdonar, señor —replicó el sincero montañés—, porque si el diablo los asiste, no se ayudan ellos menos con sus brazos, que a fe que no son de pluma. Y sobre todo, mágicos o no, en sus manos me tuvieron con una porción de los míos, y pudiendo colgarnos al sol para que nos comieran los cuervos, nos dejaron ir en paz y nos regalaron sobre esto.

Y enseguida contó al conde la escena de la poterna y la largueza del comendador. Mordiose el conde los labios de despecho al ver que en todo le vencían y sobrepujaban aquellos soberbios enemigos, y deseoso de borrar su liberalidad, dijo al cazador:

—Doscientas doblas te daré yo si encuentras modo de que entremos en el castillo.

—Eso haré yo sin las doscientas doblas —respondió Andrade—, porque las ciento que me dio Saldaña todas las he repartido entre los heridos y viudas de los pobres que murieron aquel día. A mí, Dios sea bendito, nada me hace falta, mientras tenga mi ballesta y haya osos y jabalíes por Cabrera.

Con esto, y después de recibir las instrucciones del conde, se salió de su tienda, y juntando una docena de los más esforzados de los suyos, bajó por detrás de Villavieja hasta el riachuelo y se acercó a la raíz misma de las asperezas que por allí defienden el castillo. Con sus ojos, acostumbrados a los acechos nocturnos, comenzaron a registrar las matas y peñascos, y entre una quiebra formada por dos de ellos y medio cubierta por los arbustos, tardaron poco en divisar los barrotes de hierro de la reja; pero no bien se habían acercado cuando una flecha salió silbando de la oscuridad e hirió de soslayo a uno de ellos en un brazo. Apartáronse al punto conociendo que era imposible toda sorpresa con hombres tan vigilantes, y que una embestida a viva fuerza por la misma sería tan temeraria como inútil. Comenzaron por lo tanto a retirarse, pero al pasar por debajo del ángulo oriental del castillo, parose Andrade y comenzó a mirar atentamente las grietas y matorrales de aquel escarpado declive. Por lo visto hubo de satisfacerle su reconocimiento, pues comenzó a trepar por aquella escabrosidad asiéndose a cualquier arbusto y asentando el pie en la menor prominencia del peñasco, hasta que llegó, con asombro de los mismos

suyos, a una especie de plataforma poco distante ya del torreón. Allí se puso a escuchar con gran ahínco por ver si sentía los pasos del centinela, y después de observar cuidadosamente durante otro rato todos los accidentes, formas y proyecciones del terreno, se volvió a bajar del mismo modo que había subido, aunque con mayor trabajo. En cuanto llegó a la margen del arroyo encomendó el silencio a sus compañeros, y apretando el paso poco tardaron en llegar a los barrancos de Las Médulas. Dormía el conde a la sazón, pero en cuanto se presentó Andrade a la entrada de la tienda al punto le despertó un paje y no tardó en introducir al montañés. Hízole sentar el conde y después de ofrecerle una copa de vino, que sin ceremonia trasegó a su estómago, le pidió cuenta de su expedición.

—Hemos dado con la puerta —contestó Andrade—, pero está defendida y por allí no hay que pensar en meterles el diente.

—Bien debí presumirlo —respondió el conde—, pero la impaciencia me ciega y me consume.

—No os dé pena por eso, señor —respondió el montañés—, porque he descubierto otro boquete algo mejor y más seguro.

—¿Y cuál? —preguntó el conde con ansiedad.

—El torreón del lado del naciente —respondió el cazador muy ufano.

El conde miró con ceño y le dijo ásperamente.

—¿Estás loco, Andrade?, ¿ni los corzos y rebecos de tus montañas son capaces de trepar por allí!

—Pero lo somos nosotros —replicó él con un poco de vanidad mal reprimida—, ¿loco eh? en verdad que para vos y los vuestros debe de ser locura llegar por aquel lado a pocas varas de la muralla.

—¿Pues no decías que eran menester las alas de las perdices para eso?

—Es que si entonces dije eso, ahora digo otra cosa, que como decía mi abuela, de sabios es mudar de consejo, y además, no soy yo el río Sil para no poder volverme atrás de mis juicios, cuando van descaminados. Os digo que de allí al castillo no hay más que una mediana escala o unas brazas de cuerda con un garfio a la punta.

—¿Pero crees tú que no tendrán allí escuchas ni centinelas? Cuenta con que dos hombres solos podrían desbaratarnos desde aquel sitio.

—Más de una hora estuve escuchando —repuso el montañés, que ya comenzaba a impacientarse con tantas objeciones— y no oí cantar ni rezar ni silbar ni ruido de armas o de pasos.

—¡Ah! —respondió el conde poniéndose en pie con júbilo feroz—, míos son, y de esta vez no se me escapan. Pídeme lo que más estimes de mi casa y de mis tierras, buen Andrade, que por quien soy, te lo daré al instante.

—No es eso lo que tengo que demandaros, señor —replicó el cabreirés—, sino la vida del comendador en especial y de todos los demás caballeros que prendamos. A mí y a los míos nos conservaron la que nos sustenta, y como sabéis sin duda mejor que yo, el que no es agradecido, no es bien nacido.

Quedose como turbado el conde con tan extraña petición, pero recobrando sus naturales e iracundas disposiciones, le dijo rechinando los dientes y apretando los puños:

—¡La vida de ese perro de Saldaña! ¡Ni el cielo ni el infierno me lo arrancarían de entre las manos!

—Pues entonces —replicó resueltamente el montañés— ya veremos cómo vuestros gallegos, que tienen la misma agilidad que los sapos, se encaraman por aquellos caminos carreteros, porque yo y los míos mañana mismo nos volvemos a nuestros valles.

—Quizá no volváis —respondió el conde con una voz ahogada por la rabia—, porque quizá yo os mande amarrar a un árbol y despedazaros las carnes a azotes hasta que muráis. Vuestra obligación es servirme como vasallos míos que sois.

El montañés le respondió con templanza pero valientemente:

—Durante la temporada del invierno, que es la de nuestras batidas y cacerías, ya sabéis que según costumbre inmemorial y fuero de vuestros mayores, no estamos obligados a servirlos. Lo que ahora hacemos es porque no se diga que el peligro nos arredra. En cuanto a eso que decís de atarme a un árbol y mandarme azotar —añadió mirándole de hito en hito—, os libraréis muy bien de hacerlo, porque es castigo de pecheros y yo soy hidalgo como vos, y tengo una ejecutoria más antigua que la vuestra y un arco y un cuchillo de monte con que sostenerla.

El conde, aunque trémulo de despecho, por uno de aquellos esfuerzos propios de la doblez y simulación de su alma, conociendo la necesidad que tenía de Andrade y de los suyos, cambió de tono al cabo de un rato y le dijo amigablemente:

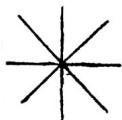
—Andrade, os otorgo la vida de esos hombres que caigan vivos en vuestro poder, pero no extrañéis mi cólera porque me han agraviado mucho.

—Los rendidos nunca agravian —respondió Cosme—; ahora nos tenéis a vuestra devoción hasta morir.

—Anda con Dios —le dijo el conde—, y dispón todo lo necesario para pasado mañana al amanecer.

Salió el montañés enseguida y el conde exclamó entonces con irónica sonrisa:

—¡Pobre necio!, y cuando yo los tenga entre mis garras ¿serás tú quien me los arranque de ellas?



Capítulo XXVIII

De tan inminente peligro estaban amenazados los templarios de Cornatel, porque como no había memoria de que persona humana hubiese puesto la planta sobre el abismo que dominaba el ángulo oriental del castillo, ni parecía empresa asequible a la destreza humana; aquel lado no se guardaba. Lo más que solía hacerse en tiempos de peligro era visitar de cuando en cuando el torreón, más para registrar el campo desde allí que para precaver ningún ataque. Una vez dueños de él los enemigos, como ningún género de obstáculo interior habían de encontrar, claro estaba que la ventaja del número había de ser decisiva. Atacados a un tiempo por el frente y flanco, y desconcertados de aquella manera impensada y súbita, era segura la muerte o la prisión de todos los caballeros. Solo una rara casualidad hizo abortar aquel plan tan ingenioso como naturalmente concebido.

Saldaña, como experimentado capitán, no se descuidaba en averiguar por todos los medios imaginables cuanto pasaba en el real enemigo, y sus espías, bajo mil estudiados disfraces, sin cesar le estaban trayendo noticias muy preciosas. Aconteció, pues, que una noche se brindó a salir de descubridor nuestro antiguo conocido Millán, y disfrazándose con los atavíos de un montañés, muerto en el castillo de resultas de la pasada refriega, se dirigió por la noche a Las Médulas, acompañado de otro criado del Temple, natural del país, que conocía todas las trochas y veredas como los rincones de su casa. La vista que ofrecía el campamento del conde en medio de aquellas profundísimas cárcavas, cuyo color rojizo resaltaba más y más con el trémulo resplandor de las hogueras, era sumamente pintoresca. La mayor parte de los soldados estaban resguardados del frío en las cuevas y restos que quedaban de las antiguas galerías subterráneas; pero los que velaban para impedir todo rebato, encaramados en aquellos últimos mogotes, visibles unas veces e invisibles otras, según las llamas de los fuegos lanzaban reflejos más vivos o apagados, pero siempre inciertos y confusos, parecían danzar como otras tantas sombras fantásticas en aquellas escarpadas eminencias. La forma misma de aquellos picachos, caprichosa y extraña, y la oscuridad de los matorrales imprimían en toda la escena un sello indefinible de vaguedad enigmática y misteriosa.

Para el que conoce todos los ramales de las antiguas minas, fácil cosa es aun ahora sustraerse a las más exquisitas indagaciones por entre su revuelto laberinto. Así es que el compañero de Millán le guió por medio de la más tremenda oscuridad hasta un puesto de cabreireses en que se hablaba con mucho calor. Estaban juntos alrededor de una gran hoguera, y uno de ellos, sentado en un tronco, estaba diciendo en voz alta a sus compañeros:

—Pues, amigos, él se ha empeñado en venir, por más que le he dicho que se va a desnucar por aquellos andurriales. Dios nos la depare buena, porque si tras de esto no llegamos a entrar en el castillo, medrados quedamos.

Como el montañés estaba de lado no podía Millán distinguir sus facciones, pero en el metal de la voz conoció al punto al intrépido Andrade, y puso la mayor atención en escuchar aquel coloquio que tanto debía interesarle.

—Lo que es por falta de cuerdas y ganchos no quedará —contestó otro—, porque tenemos un buen manojo, pero el conde ¿quiere ser de los primeros?

—El primero quiere ser —contestó Andrade—, pero Dios mediante entraremos juntos.

—Al cabo —dijo otro—, yo no sé bien por dónde hemos de subir todavía.

Andrade se lo explicó claramente, mientras que Millán, sin atreverse a respirar, estaba hecho todo oídos.

—¿Y es mañana? —preguntó uno.

—No; mañana nos acercaremos todos al castillo por donde la otra vez, con todos los pertrechos y avíos como si fuéramos a poner cerco de veras, y pasado mañana, mientras del lado de acá levantan gran grito y alharaca, en guisa de asaltar las murallas, nosotros nos colamos por el lado de allí como zorros en un gallinero. Como vosotros sois los destinados a la empresa, lo mismo será que lo sepáis un poco antes o después, pero... ¡cuenta con el pico!

Todos se pusieron el dedo en los labios haciendo gestos muy expresivos, y enseguida comenzaron a cenar sendos tasajos de cecina, acompañados de numerosos tragos. Millán entonces, dando gracias al cielo por el descubrimiento que acababa de hacer, salió apresuradamente de su escondite y se volvió a Cornatel con su compañero. Al salir de la mina echó una ojeada hacia las hondonadas de aquellos extraños valles y advirtió muchas gentes que iban y venían, unos con hachones de paja encendidos y otros cargados con diferentes bultos. Veíanse también cruzar en una misma dirección muchas acémilas, y en todo el real se notaba gran movimiento, con lo cual

acabó de persuadirse el buen Millán de la exactitud de las noticias que por tan raro modo había recibido. Volvióse pues al castillo con gran prisa y en cuanto entró se fue a ver a su amo y a contarle muy menudamente cuanto sabía. Hizo don Álvaro un movimiento tal de alegría al escucharle y de tal manera se barrió repentinamente de su semblante la nube de disgusto que casi siempre lo empañaba, que el escudero no pudo menos de maravillarse. Cogióle entonces del brazo y mirándole de hito en hito, le dijo:

—Millán, ¿quieres hacer lo que yo te mande?

—¿Eso dudáis, señor? —respondió el escudero—, pues a mí ¿qué me toca sino obedecer?

—Pues entonces no digas nada al comendador sino del ataque manifiesto.

—¿Pero y si nos entran como intentan?

—Tú y yo solos bastamos para escarmentarlos. ¿No quieres acompañarme?

—Con el alma y la vida —contestó el ufano escudero—, y ojalá que mi brazo fuese el de Bernardo del Carpio en Roncesvalles.

—Tal como es —le contestó don Álvaro sonriéndose nos será de mucho provecho. Anda y despierta al comendador, y dile todo menos el ataque del torreón.

«¡Ah!, ¡conque él mismo viene a caer bajo mi espada!» —dijo hablando entre sí, no bien salió Millán—. «¡Cielos divinos!, ¡dejadle llegar sano y salvo hasta mí! Dadle si es menester las alas del águila y la ligereza del gamo.»

A la mañana siguiente volvieron los enemigos a ocupar sus antiguas posiciones y comenzaron los trabajos de sitio, que con tanta sangre habían regado no hacía mucho tiempo. En esto pasaron todo el día con grande indiferencia de los templarios, que veían todavía lejano el momento decisivo. Al otro día sin embargo, muy temprano comenzó a sentirse grande agitación en el campo sitiador, y a oírse el tañido de gaitas, trompetas y tamboriles. En todo El Bierzo son las nieblas bastante frecuentes por la proximidad de las montañas y la abundancia de los ríos, y la que aquel día envolvía los precipicios y laderas de Cornatel era densísima. Así pues, hasta que los sitiadores se acercaron a los adarves, no pudo distinguir Saldaña el buen orden con que venían adelantándose contra el castillo y que no dejó de inspirarle algunos temores. La misma nube de tiradores que en el anterior asalto poblaba el aire de flechas; pero al mismo tiempo buen número de soldados mejor armados, con una especie de muralla portátil de tablones, revestida de cueros mojados para evitar el

fuego de la vez pasada, avanzaba lentamente hacia el foso. Detrás de aquel ingenioso resguardo venían, amén de los que lo conducían, otra porción de soldados con azadones y palas; y por encima de él se veían asomar las extremidades de una porción de escalas cargadas en hombros de otros. Saldaña comprendió al punto cuál podía ser el intento de los enemigos, que sin duda, al abrigo de aquella máquina, imaginaban cegar el foso, aplicando las escalas enseguida por varias partes a un tiempo, y prevaliéndose de su número, dar tantas embestidas a la vez que, dividiendo las fuerzas de los sitiados, hiciesen imposible una defensa simultánea y vigorosa. Contra una acometida imaginada con tanta habilidad, solo un recurso se le ocurrió al anciano comendador, una salida repentina y terrible que pudiese desconcertar a los sitiadores.

—¿Dónde está don Álvaro? —preguntó mirando en derredor suyo.

—En la barbacana me parece haberle visto entrar —respondió el caballero Carvajal.

—Pues entonces id y decidle que tenga toda la gente a punto para salir contra el enemigo, y que la señal se le dará como la otra vez, con la campana del castillo.

Carvajal salió a dar las órdenes del comendador, pero como pueden suponer nuestros lectores, don Álvaro no estaba allí, sino como un águila encaramada en un risco, acechando la llegada de los enemigos, y muy especialmente la del conde.

La extraña configuración del terreno a que desde luego tuvo que sujetarse la fortificación, imposibilitada de dominarla, prolonga extraordinariamente el castillo de ocaso a naciente. La niebla, que tanto favorecía los pensamientos y propósitos del de Lemos, encubriendo su peligroso asalto, no favorecía menos a don Álvaro, que en aquel ángulo tan apartado desaparecía bajo su velo de las miradas de los suyos. El torreón, edificado en un peñasco saliente, forma una especie de rombo de pocos pies cuadrados y comunica con el resto de la fortaleza por una estrecha garganta franqueada por dos terribles despeñaderos. En este tan reducido espacio sin embargo, iba a decidirse la suerte de dos personas igualmente ilustres por su prosapia, sus riquezas y su valor, pero de todo punto diferentes a más no poder por prendas morales y sentimientos caballerescos.

Aunque lo opaco de la niebla robaba a don Álvaro y a su fiel escudero de la vista de sus enemigos, con todo, para mejor asegurar el golpe, ambos

se tendieron en el suelo a raíz de las almenas. Reinaba gran calma en la atmósfera y los pesados vapores que la llenaban transmitían fielmente todos los sonidos, de modo que Millán y su amo iban oyendo el ruido de los ganchos de hierro que los enemigos más delanteros iban fijando en las peñas para facilitar la subida de los demás con cuerdas, y las instrucciones que a media voz y con recato les iban dando a medida que trepaban. La voz sonora de Andrade, por mucho cuidado que en apagarla ponía, sobresalía entre todas, y como era el que abría aquella marcha singular y atrevida, por ella calculaba don Álvaro la distancia que todavía los separaba de los enemigos. Por fin la voz se oyó muy cerca, y como enseguida calló y no se percibió más ruido que uno como de gente que después de subir trabajosamente llega a un terreno en que puede ponerse en pie, el señor de Bembibre conjeturó fundadamente que el conde y Cosme Andrade con sus montañeses estaban ya en la pequeña explanada que forma la peña misma de la muralla, poco elevada en aquel sitio. El momento decisivo había llegado ya.

Al cabo de breves minutos, dos ganchos de hierro atados en el extremo de una escala de cuerda cada uno, cayeron dentro de la plataforma en que estaba don Álvaro y se agarraron fuertemente a las almenas.

—¿Está seguro? —preguntó desde abajo una voz que hizo estremecer a don Álvaro.

—Seguro como si fuera la escalera principal de vuestro castillo de Monforte —replicó Andrade—, bien podéis subir sin cuidado.

No bien habían dejado de oírse estas palabras cuando aparecieron sobre las almenas: de un lado, el determinado Andrade, y por el otro, el conde. Millán entonces se levantó del suelo con un rápido salto y dando un empujón al descuidado montañés le derribó de las murallas.

—¡Virgen santísima, váleme! —dijo el infeliz cayendo por el tremendo derrumbadero, mientras los suyos acompañaban su caída con un grito de horror.

Millán, bien prevenido de antemano, desenganchó las cuerdas y las recogió en un abrir y cerrar de ojos. El conde, temeroso de sufrir la misma suerte que Andrade, se apresuró a saltar dentro del torreón, y Millán entonces recogió su escala del mismo modo y con igual presteza. Enseguida comenzó a tirar a plomo sobre los montañeses, poseídos de terror con la caída de su jefe, enormes piedras de que no podían defenderse apiñados en aquel reducido espacio y a raíz misma del muro, visto lo cual todos

tomaron la fuga dando espantosos alaridos y despeñándose algunos con la precipitación.

Quedáronse por lo tanto solos aquellos dos hombres poseídos de un resentimiento mortal y recíproco. Por uno de aquellos accidentes atmosféricos frecuentes en los terrenos montañosos, una ráfaga terrible de viento que se desgajó de las rocas negruzcas de Ferradillo, comenzó a barrer aceleradamente la niebla, y algunos rayos pálidos del sol empezaron a iluminar la explanada del torreón. Como don Álvaro y su escudero tenían cubiertos los rostros con las viseras, el conde les miraba atentamente, como queriendo descubrir sus facciones.

—Soy yo, conde de Lemos —le dijo don Álvaro sosegadamente descubriéndose.

La ira y el despecho de verse así cogido en su propio lazo colorearon vivamente el semblante del conde, que mirando al señor de Bembibre con ojos encendidos le respondió:

—El corazón me lo decía y me alegro de que no se desmienta su voz. Sois dos contra mí solo y probablemente otros acudirán a vuestra señal; la hazaña es digna de vos.

—¿Nunca acabaréis de medir la distancia que separa la ruindad de la hidalguía? —le contestó don Álvaro con una sonrisa en que el desdén y desprecio eran tales que rayaban en compasión—. Millán, vuélvete allá dentro.

El escudero comenzó a mirar al conde fieramente y no mostraba gran prisa por obedecer.

—¡Cómo así, villano! —le dijo don Álvaro encendido de cólera—, parte de aquí al punto y cuenta con que te arrancaré la lengua si una sola palabra se te escapa.

El pobre Millán, aunque muy mohíno y volviendo la cabeza hacia atrás, no tuvo más remedio que apartarse de allí. Este nuevo alarde de generosidad, que tanto humillaba al conde, solo sirvió para encandecer más y más su altanería y soberbia. Sobrado claro veía que su vida había estado a merced de su caballeroso enemigo al poner el pie en aquel recinto fatal, y por de pronto, en bizarría y nobleza ya estaba vencido. Corrido pues, tanto como sañudo, dijo a don Álvaro desenvainando la espada:

—Tiempo es ya de que ventilemos nuestra querella, que solo con la muerte de uno de los dos podrá acallarse.

—No diréis que os he estorbado el paso —contestó él—. Ahora que no soy sino soldado del Temple y he renunciado a mis derechos de señor independiente, no me abochorna el igualarme con vos en esta singular batalla.

El de Lemos, sin aguardar a más y rugiendo como un león, arremetió a don Álvaro, que le recibió con aquella serenidad y reposado valor que viene de un corazón hidalgo y de una conciencia satisfecha. Estaba el conde armado a la ligera, como convenía a la expedición que acababa de emprender, pero esto mismo le daba sobre su contrario la ventaja de la prontitud y rapidez en los movimientos; don Álvaro, armado de punta en blanco, no podía acosarle con el ahínco necesario, pero como el campo era tan estrecho, poco tardó en alcanzarle al conde un tajo en la cabeza, del cual no pudo defenderle el delgado aunque fino capacete de acero que la cubría, y que de consiguiente dio con él en tierra.

Don Álvaro se arrojó sobre él al punto y le dirigió la espada a la garganta.

—¡Ah traidor! —dijo el conde con la voz ahogada por la rabia—, peleas mejorado en las armas y por eso me vences.

Don Álvaro apartó al punto su espada y desenlazando el yelmo, y arrojando el escudo, le dijo:

—Razón tenéis; ahora estamos iguales.

El conde, más aturdido que herido, se levantó al punto y de nuevo comenzó la batalla encarnizadamente.

Todo esto sucedía mientras el grueso de las fuerzas sitiadoras se acercaba al castillo en los términos que dijimos y el comendador enviaba sus órdenes a don Álvaro con el caballero Carvajal. Poco tardó el caballero en volver diciendo que don Álvaro no había parecido por la barbacana. El comendador estaba notando con extrañeza la flojedad con que los enemigos continuaban en su bien comenzado ataque, cuando recibió esta inesperada respuesta.

—¿Dónde está, pues? —exclamó con ansiedad.

Entonces se presentó como un relámpago a su imaginación la idea de que la arremetida conocidamente falsa de los enemigos podría tener relación con la impensada ausencia de su ahijado. La última ráfaga de viento arrebató en aquel instante los vapores que todavía quedaban hacia la parte oriental del castillo y la plataforma quedó iluminada con los rayos resplandecientes y purísimos del sol. Apenas la divisó el cuerpo sitiador,

cuando un grito de consternación se levantó de sus filas, porque en lugar de verla coronada con sus montañeses, solo alcanzaron a ver a su caudillo en poder de los enemigos y peleando con uno de ellos. Al grito volvió el comendador la cabeza y lo primero que hirió sus ojos fue el resplandor movable y continuo que despedían las armas heridas por el sol. Comprendió al punto lo que podía ser, y dijo en voz alta:

—Sígueme doce caballeros y los demás quédense en la muralla —y con una celeridad increíble en sus años, corrió al sitio del combate acompañado de los doce.

—Don Álvaro —le gritó desde la estrecha garganta que separaba el torreón del castillo—; deteneos en nombre de la obediencia que me debéis.

El joven volvió la cabeza como un tigre a quien arrebatan su presa, pero sin embargo se detuvo.

—Don Álvaro —le dijo de nuevo Saldaña en cuanto llegó—, este asunto no es vuestro, sino de la Orden, y yo, que la represento aquí, lo tomo a mi cargo. Conde de Lemos, ¡defendedos!

—Yo también soy templario —repuso don Álvaro que apenas acertaba a reprimir la cólera—. Yo he comenzado esta batalla y yo la acabaré a despecho del mundo entero.

El comendador, conociendo que la cólera le sacaba de quicio, hizo una seña; echándose sobre él, seis caballeros le sujetaron y lo apartaron de allí en medio de sus esfuerzos, amenazas y denuestos.

—Por fin sois nuestro, mal caballero —dijo al conde—, veremos si ahora os valen vuestras cábalas y calumnias.

—Todavía no lo soy —respondió él desdeñosamente—. Cara os ha de costar mi vida, porque no quiero rendirme.

—De nada os serviría —replicó el comendador con torcido rostro—. Sin embargo, conmigo solo habéis de pelear, y si la victoria os corona, estos caballeros respetarán vuestra persona.

Algunos de ellos quisieron interrumpirle, pero el anciano los acalló al punto.

—Nada quiero de vosotros —replicó el conde con arrogancia—, mientras me dure el aliento no cesará mi brazo de moverse en vuestro daño. Solo me duele pelear con un vijeo cuitado.

—No hace mucho que huisteis de él —le dijo el comendador.

—Mentís —contestó el conde con una voz ronca y con ojos como ascuas, y sin más palabras comenzó de nuevo el combate.

Los sitiadores, llenos de ansiedad por la suerte del conde, se habían corrido por su derecha, y divididos del lugar de la pelea por el despeñadero, asistían como espectadores ociosos al desenlace de aquel terrible drama. Don Alonso, que en la ausencia de su yerno mandaba aquellas fuerzas, encaramado sobre una roca, parecía tener el alma pendiente de un hilo.

Por grande que fuese el poder del brazo de Saldaña, como el conde le sobrepujaba en agilidad y soltura, apenas le alcanzaban sus golpes. Encontrando sin embargo una vez al anciano mal reparado, le tiró un furioso revés que, a no haberlo evitado rápidamente, hubiera dado fin al encuentro; pero así, la espada del conde fue a dar en la muralla y allí saltó hecha pedazos, dejándole completamente desarmado. En tan apurado trance no le quedó más recurso que arrojarle al comendador antes de que se recobrase, y trabar con él una lucha brazo a brazo, para ver de arrojarle al suelo y allí rematarle con su puñal. Este expediente sin embargo, tenía más de desesperado que de otra cosa, porque el viejo era mucho más robusto y fornido. Así fue, que sin desconcertarse por la súbita acometida, aferró al conde de tal modo que casi le quitó el aliento, y alzándole enseguida entre sus brazos, dio con él en tierra tan tremendo golpe, que tropezando la cabeza en una piedra perdió totalmente el sentido. Asíole entonces por el cinto el inexorable viejo, y subiéndose sobre una almena y levantando su voz que parecía el eco de un torrente en medio del terrorífico silencio que reinaba, dijo a los sitiadores:

—¡Ahí tenéis a vuestro noble y honrado señor!

Y diciendo esto, lo lanzó, como pudiera un pequeño canto, en el abismo que debajo de sus pies se extendía. El desgraciado se detuvo un poco en su caída, porque su ropilla se prendió momentáneamente en un matorral de encina, pero doblado este, continuó rodando cada vez con más celeridad, hasta que por fin ensangrentado, horriblemente mutilado y casi sin figura humana fue a parar en el riachuelo del fondo.

Un alarido espantoso se levantó entre sus vasallos, helados de terror a vista de tan trágico suceso. Todos siguieron con los cabellos erizados y desencajados los ojos, el cuerpo de su señor en sus horribles tumbos, hasta que lo vieron parar en lo más profundo del derrumbadero. Entonces, los que más obligados tenía con sus beneficios y larguezas, rompieron unos en lamentos, y otros, profiriendo imprecaciones y amenazas, quisieron ir contra el castillo y embestirlo a viva fuerza.

Don Alonso, que a despecho de todas sus quejas y sinsabores, había visto con grandísimo dolor el fin de aquel poderoso de la tierra, no por eso olvidó sus deberes de capitán. Recogiendo pues su gente con buen orden y levantando el sitio con todos sus aprestos bélicos, volvió al campo atrincherado de Las Médulas resuelto a entablar medios puramente pacíficos y templados con aquellos guerreros altivos y valerosos que no se hubieran avenido en tiempo alguno a las injustas pretensiones del conde. Por violenta que le pareciese la conducta del comendador, no dejaba de conocer los atroces agravios que la Orden había sufrido del difunto y los ruines medios de que había echado mano para dañarla y socavar su crédito. Así pues, envió un mensaje al comendador, comedido y caballeroso, manifestándole su deseo de que amigablemente se arreglasen aquellas lastimosas diferencias, y al punto recibió una respuesta cortés y cordial, en que Saldaña le encarecía el gran consuelo que era para ellos tenerle por mediador en la desgracia que les amenazaba. Concluía rogándole que pasase a habitar el castillo, donde sería recibido con todo el respeto debido a sus años, carácter y nobleza.

Comenzados los tratos que podían dar una solución honrosa a tan inútil contienda, don Alonso envió los restos mortales de su yerno al panteón de sus mayores en Galicia. Los cabreireses que habían bajado de su peligrosa expedición, recogieron su cadáver a la orilla del riachuelo, y en unas andas hechas de ramas le subieron con gran llanto al real. Desde allí se volvieron a Cabrera con el valiente Cosme Andrade, que no había muerto, como presumirán nuestros lectores, de su caída, porque unas matas protectoras le tuvieron colgado sobre el abismo, de donde a sus gritos le echaron unas cuerdas los del castillo con las que se ató y pudieron subirle. Así y todo, no salió sin señales, porque se rompió un brazo y sacó bastantes contusiones y arañazos. Hecha pues, la primera cura, se partió con los suyos más agradecido que nunca de los templarios y deseoso de probárselo en la primera ocasión. El pecho del buen cabreirés era terreno excelente para quien quisiera sembrar en él beneficios y finezas.

Por lo que hace al conde, poco tardó también en partir su cadáver depositado en un ataúd cubierto con paños de tartarí negro con franjas de oro. Sus deudos y vasallos le acompañaban con las picas vueltas y los pendoncillos arrastrando. Así atravesaron parte de sus estados, donde lejos de ser sentida su muerte, solo el temor detenía la alegría que generalmente se asomaba a los semblantes.

Tal fue el fin de aquel hombre notable por su ingenio, su valor y su grandeza, pero que por desgracia convirtió todos estos dones en daño de su fama y solo usó de su poder para hacerle aborrecible, contrariando así su más noble y natural destino.



Capítulo XXIX

El estruendo y trances diversos de esta guerra han apartado de nuestros ojos una persona en cuya suerte tomarán nuestros lectores tal vez el mismo interés que entonces inspiraba a cuantos la conocían. Claro está que hablamos de doña Beatriz, a quien dejamos a la sombra del claustro de Villabuena sola con sus pesares y dolores, porque la compañía de su fiel Martina poco podía contribuir a sanar un corazón tan profundamente ulcerado. Los gérmenes de una enfermedad larga y temible habían comenzado, según dejamos dicho, a desenvolverse fuerte y rápidamente en aquel cuerpo, que si bien hermoso y robusto, mal podía sufrir los continuos embates de las pasiones que como otras tantas ráfagas tempestuosas en el mar sin cesar azotaban aquel espíritu a quien servía de morada.

Las últimas amarguísimas escenas que habían precedido su segunda entrada en aquel puerto sosegado habían rasgado el velo con que la religión por un lado, y por el otro el contento de su padre y la noble satisfacción que siempre resulta de un sacrificio, habían encubierto a sus ojos el desolado y yermo campo de la realidad. Llorar a don Álvaro y prepararse por medio del dolor y de la virtud a las místicas bodas que sin duda le disponía en la celestial morada, llevaba consigo aquella especie de melancólico placer que siempre dejan en el alma las creencias de otro mundo mejor, más cercano a la fuente de la justicia y bondad divina; pero recobrarle solo para perderle tan horriblemente, y verle caminar a orillas del abismo que amenazaba tragar a la Orden del Temple, sin más báculo y apoyo que su lanza ya cascada, era un manantial continuo de zozobras, dudas y vaivenes. Por otra parte, ¡cuánta humillación no encontraba su alma generosa y elevada en pertenecer a un hombre en quien las cualidades y prendas del carácter solo servían para poner más de manifiesto su degradación lastimosa! Hasta entonces la máscara de la cortesanía había bastado a cubrir aquella sima de corrupción y bajeza, y como doña Beatriz no podía dar amor, tampoco lo pedía; de manera que la natural delicadeza de su alma ninguna herida recibía; pero deshecho el encanto y apartados los disfraces, la ignominia que sobre ella derramaba la ruindad de su esposo se convirtió en un torcedor fiero y penoso que alteraba sus naturales

sentimientos de honor y rectitud y echaba una fea mancha en el escudo hasta allí limpio y resplandeciente de su casa. ¡Desdicha tremenda que no aciertan a sobrellevar las almas bien nacidas, y que uno de nuestros antiguos poetas expresó con imponderable felicidad cuando dijo!:

¡Oh honor!, fiero basilisco,
que si a ti mismo te miras,
¡te das la muerte a ti mismo!¹¹

Por tan raros modos, el soplo del infortunio había disipado en el cielo de sus pensamientos los postreros y tornasolados celajes que en él quedaban después de puesto el sol de su ventura, y para colmo de tristeza, todos los sitios que recorrían sus ojos estaban llenos de recuerdos mejores y poblados de voces que continuamente traían a sus oídos palabras desnudas ya de sentido, como está desnudo de lozanía el árbol que ha tendido en el suelo el hacha del leñador. De esta suerte perdida su alma y errante por el vacío inconmensurable del mundo, levantaba su vuelo con más ansia hacia las celestes regiones, pero tantos combates y tan incesante anhelo acababan con las pocas fuerzas que quedaban en aquella lastimada señora. El aire puro y oloroso de la primavera tal vez hubiera reanimado aquel pecho que comenzaba a oprimirse y devuelto a su cuerpo algo de su perdida lozanía, pero el invierno reinaba despiadadamente en aquellos campos yertos y desnudos, y el sol mismo escaseaba sus vivificantes resplandores.

Desde las ventanas y celosías del monasterio, veía correr el Cúa turbio y atropellado, arrastrando en su creciente troncos de árboles y sinnúmero de plantas silvestres; los viñedos plantados al pie de la colina donde todavía se divisaban las ruinas de la romana *Berdigum*, despojados de sus verdes pámpanos, dejaban descubierta del todo la tierra rojiza y ensangrentada que los alimenta, y en las montañas lejanas una triste corona de vapores y nublados oscilaba en giros vagos y caprichosos al son del viento, cruzando unas veces rápidamente la atmósfera en masas apiñadas y descargando recios aguaceros, y entreabriéndose otras a los rayos del sol para envolverle prontamente en su pálida y húmeda mortaja. No faltaban accidentes pintorescos en aquel cuadro, pero todos participaban abundantemente de la tristeza de la estación, del mismo modo que los pensamientos de doña Beatriz, bien que varios en sus formas, todos tenían el mismo fondo de pesar.

¹¹ Calderón de la Barca, *Las tres justicias en una*.

Como frecuentemente acontece, en el estado a que la había conducido la profunda agitación de espíritu unida a la debilidad de su cuerpo, al paso que esta iba poco a poco aumentándose, cada día iba también en aumento la exaltación de su espíritu.

El arpa en sus manos tenía vibraciones y armonías inefables, y las religiosas, que muchas veces la oían, se deshacían en lágrimas de que no acertaban a darse cuenta. Su voz había adquirido un metal profundo y lleno de sentimiento, y en sus canciones parecía que las palabras adquirían nueva significación, como si viniesen de una región misteriosa y desconocida, y saliesen de los labios de seres de distinta naturaleza. A veces tomaba la pluma y de ella fluía un raudal de poesía apasionada y dolorida, pero benéfica y suave como su carácter, ora en versos llenos de candor y de gracia, ora en trozos de prosa armoniosa también y delicada.

Todos estos destellos de su fantasía, todos estos ayes de su corazón, los recogía en una especie de libro de memoria, forrado de seda verde, que cuidadosamente guardaba, sin duda porque algún rasgo de amargura vecino a la desesperación se había deslizado alguna vez entre aquellas páginas llenas de angélica resignación. A vueltas de sus propios pensamientos, había pasajes y versículos de la Sagrada Escritura, que desde que volvió al monasterio era su libro más apreciado y que de continuo leía; y aquellas memorias suyas comenzaban con un versículo en que hasta allí parecía encerrarse su vida, y que tal vez era una profecía para lo venidero: *Vigilavi et factus sum sicut passer solitarius in tecto*¹².

Tal era el estado de doña Beatriz cuando una mañana le pasaron recado de que el abad de Carracedo quería verla. Desde su aciago desposorio no había aparecido en Arganza, y luego sus mediaciones pacíficas, y más tarde los preparativos que como señor de vasallos había tenido que hacer, bien a pesar suyo, le habían traído algún tiempo fuera de la tierra y constantemente apartado de los ojos de doña Beatriz.

Duraba el sitio de Cornatel y ya la derrota primera del conde de Lemos, la gloriosa defensa de los templarios y las proezas de don Álvaro habían llegado a aquel pacífico asilo. Unos y otros, sin embargo, llevaban adelante su empeño con vigor y no era la menor de las zozobras de doña Beatriz ver comprometidas en semejante demanda personas que tan de cerca le tocaban.

¹² “Velo y me encuentro como pájaro solitario en el tejado”. Salmos, 102, 7.

—¡Válgame Dios!, ¿qué será? —dijo para sí, después que salieron a avisar al religioso—. ¡Cuánto hace que no veo a este santo hombre, que tal vez solo a mí ha dañado en el mundo con su virtud! ¡Cómo se han mudado los tiempos desde entonces! ¡Dios me dé fuerzas para resistir su vista sin turbarme!

Razón tenía doña Beatriz para recelar que con esta entrevista se renovasen todas sus memorias, pero sin embargo, al ver abrirse la puerta y aparecer el anciano, se disipó su turbación, y con su señorío acostumbrado le salió al encuentro para besarle la mano. No fue tan dueño de sí el abad, pero la sorpresa de ver tanta hermosura y lozanía reducida a tal estado, pudo tanto en él que sin poderlo remediar dio dos pasos atrás asombrado, como si la sombra de la heredera de Arganza fuese la que delante tenía.

—¿Sois vos, doña Beatriz? —exclamó con el acento de la sorpresa.

—¡Tan mudada estoy! —respondió ella, con melancólica sonrisa y besándole la mano—. No os maraville, pues ya sabéis que el hombre es un compendio de miserias que nace y muere como la flor, y nunca persevera en el mismo estado. Pero decidme —añadió clavando en él su mirada intensa y brillante, ¿qué noticias traéis de Cornatel? ¿Qué es de mi noble padre y de... del conde, quise decir?

—Vuestro padre disfruta salud —respondió el abad—, pero vuestro noble esposo ha muerto ayer.

—¿Ha muerto? —contestó doña Beatriz asombrada—. Pero, decidme, ¿ha muerto en los brazos de la religión y reconciliado con el cielo?

—Ha muerto como había vivido —exclamó el abad sin poder enfrenar su natural adustez—, lleno de cólera y rencor y apartado de toda idea de caridad y de templanza.

—¡Oh, desgraciado, infeliz de él! exclamó doña Beatriz, juntando las manos y con doloroso acento—, ¿y cuál habrá sido su acogida en el tribunal de la justicia eterna?

Al escuchar el tono de verdadera aflicción con que fueron pronunciadas estas palabras, el abad no fue dueño de su sorpresa. El conde había traído males sin cuento sobre aquella bondadosa criatura; su porvenir se había disipado como un humo en manos de aquel hombre, sus negras tramas habían robado la libertad y hasta la esperanza de la dicha al desventurado don Álvaro, y sin embargo, a la idea de su infortunio perdurable, su corazón se estremecía. Doña Beatriz no le amaba, porque no cabía en su altivez poner su afecto en quien así se olvidaba de sí propio y de su

nacimiento; ni menos renunciar a la única ilusión que de tiempos mejores le quedaba, bien que enlutada y marchita, pero los ímpetus del resentimiento y del odio no podían avenirse largo tiempo con la irresistible propensión a perdonar que dormía en el fondo de su pecho, y delante de las tinieblas de la eternidad, que más de una vez se habían ofrecido a sus ojos, bien conocía la pequeñez de las pasiones humanas.

—Hija mía —respondió el abad, conmovido a vista de tan noble desprendimiento y tomándole la mano—, ¿cómo desconfiáis así de la misericordia de Dios? Sus crímenes eran grandes, y la paz y la justicia han huido siempre al ruido de sus pasos, pero su juez está en el cielo, y a su clemencia sin límites nada hay vedado. Pensad que el buen ladrón se convirtió en la hora postrimera y que la fe es la más santa de las virtudes.

—Válgale, pues, esa adorable clemencia —contestó doña Beatriz sosegándose—, y el Señor le perdone.

—¿Como vos le perdonáis?

—Sí, como yo le perdono —respondió ella con acento firme, levantando los ojos al cielo y poniendo la mano sobre el corazón—. ¡Ojalá que todas las palabras que arranque la noticia de su desastroso fin no sean más duras que las mías!

Quedáronse entrambos por un rato en un profundo silencio, durante el cual el abad, mirándola de hito en hito, parecía observar con asombro y alarma las huellas que la enfermedad y las pasiones habían dejado en aquel cuerpo y semblante, cifra no mucho había de perfecciones y lozanía. El pensamiento que semejante espectáculo suscitó en su alma llegó a ser tan doloroso que sin alcanzar a contenerse, le dijo:

—Doña Beatriz, sabe el cielo que en mi vida entera vuestro bien y contento han sido blanco constante de mis deseos. Yo he visto vuestra alma desnuda y sin disfraces en el tribunal de la penitencia... ¿cómo no amaros cuanto se puede amar a la virtud y a la pureza? Y sin embargo, la austeridad de mis deberes se ha convertido contra vos, y nadie en el mundo os ha hecho tanto daño como este anciano, que siempre hubiera dado gusto por vos la última gota de su sangre. ¿No es verdad?

Doña Beatriz solo dio por respuesta un largo suspiro arrancado de lo más íntimo de su corazón.

—Harto me decís con eso —continuó el religioso con un tono de voz apesadado—, pero escuchadme y veréis que aún puedo tal vez enmendar mi obra. Vuestra dicha sería la gloria de mis postreros años, y aunque nada me

echa en cara mi conciencia, con ella se descargaría mi corazón del peso con que vuestra desdicha le abrumba. Yo no sé si los usos del mundo me permiten hablaros de una esperanza que tal vez me sea más halagüeña que a vos misma, pero vuestro infortunio y mi carácter poco tienen que ver con las hipócritas formas y exterioridades de los hombres. Doña Beatriz, en la actualidad sois libre.

—¿Y qué me importa la libertad? —contestó ella con más presteza de la que podía esperarse de su abatido acento—. Alguna vez he oído decir a caballeros que han padecido cautividad en tierra de moros, que los príncipes y señores de aquella tierra conceden la libertad a las mancebas de sus serrallos cuando la vejez les ha robado fuerza, vigor y hermosura. Ahí tenéis una libertad muy semejante a la mía.

—No, hija mía —respondió el religioso—, no es tan menguado el don que el cielo te concede; escúchame. Cuando don Álvaro entró en el Temple, aconsejado más de su dolor que de su prudencia, la Orden estaba ya suspensa de todas sus prerrogativas y derechos, emplazada ante el concilio de los obispos, secuestrados sus bienes y sin poder admitir en su milicia un solo soldado, ligado con sus solemnes y terribles votos. Si don Álvaro hizo su profesión, si su tío el maestre le vistió el hábito de Hugo de Paganis y de Guillén de Mouredón, fue porque los caballeros todos querían tener por suya una lanza tan afamada y porque su sobrino le amenazó con pasarse a Rodas y tomar el hábito de San Juan de Jerusalén. El recelo de perderle por un lado, y el miedo de introducir la desunión entre los suyos, cuando la presencia del riesgo hacía más necesaria la concordia y concierto de voluntades, le obligaron a atropellar por sus propios escrúpulos. Mal pudo don Álvaro, de consiguiente, renunciar a su libertad, y su profesión no dudo que será dada por nula en el concilio que dentro de poco se juntará en Salamanca, y al cual se espera que se presentarán los templarios de Castilla, sin alargar una lucha en que la cristiandad los abandona. Yo me presentaré también ante los padres y espero que mi voz sea escuchada y que el Señor os traiga a entrambos horas más felices.

Doña Beatriz, que desde que escuchó el nombre de su amante había estado colgada de las palabras del abad, fijos en él sus ojos que, de suyo hermosos y animados, recibían nuevo brillo de la enfermedad, le dijo con ansiedad:

—¿Conque según eso aún puede amanecer para nosotros un día de claridad y de consuelo?

—Sí, hija mía —contestó el monje—, y por la misericordia de Dios, así confío que sucederá.

—¡Ah, ya es tarde, ya es tarde! —exclamó ella con un acento que partía el corazón.

—Nunca es tarde para la misericordia divina —contestó el anciano que ya, sobresaltado por su aspecto, se sentía espantado con esta súbita exclamación.

—Sí, ya es tarde, os digo —replicó ella con la mayor amargura—, yo veré amanecer ese día, pero mis ojos se cerrarán en cuanto su sol me alumbre con sus rayos. Sí, sí, no os asombréis; el sueño ha huido de mis párpados, mi corazón se ahoga dentro del pecho, mi pulso y mis sienes no dejan de latir un instante. Cuando llego a descansar un momento en brazos del sueño, oigo una voz que me llama y veo mi sombra que cruza los aires con un ramo de azucenas en la mano y una corona de rosas blancas en la cabeza; y luego otra sombra, vestida una túnica rutilante como el hábito del Temple y un casco guerrero en la cabeza, me sale al encuentro y, alzándose la visera como en la tarde del soto, me dice de nuevo pero con un acento dulcísimo: «¡Soy yo, doña Beatriz!». ¡Y esta sombra es la suya! Entonces despierto bañada en sudor, palpitando mi corazón como si quisiera salirse del pecho, y un diluvio de lágrimas corre por mis mejillas. Mi antiguo valor me ha abandonado, mis días de gloria se han desvanecido, las flores de mi juventud se han marchitado, y la única almohada en que pretendo reclinar ya mi cabeza es la tierra de mi sepultura. ¡Ah! —exclamó retorciéndose las manos desesperadamente—, ¡ya es tarde, ya es tarde!

Quedose el abad como de hielo al escuchar aquella temible declaración que, ahogada hasta entonces y comprimida, reventaba al fin con inaudita violencia. El semblante de doña Beatriz, la flacura de su cuerpo, la brillantez de su mirada, el metal de su voz habían llenado su imaginación de zozobra y de recelo; pero ahora se había trocado en una fatal certidumbre de que apenas sería dado a la ciencia y al poder humano lavar aquel alma de las heces que el dolor había dejado en su fondo y curar aquel cuerpo de su terrible dolencia. Sin embargo, cobrando fuerzas y saliendo de su estupor, le dijo con acento suave y persuasivo:

—Doña Beatriz, para Dios nunca es tarde, ni en su poder puede poner tasa el orgullo o la desesperación humana. Acordaos de que sacó vivo del sepulcro a Lázaro, y no arrojéis de vuestro seno la esperanza que, como vos misma decíais en una solemne ocasión, es una virtud divina.

—Tenéis razón, padre mío —repuso ella como avergonzada de aquel ímpetu que no había podido sojuzgar, y secándose las lágrimas—, hágase su voluntad y mírenos con ojos de misericordia, porque en él solo espero.

—¿Por qué así, hija mía? —replicó el monje—, todavía sois joven y quizá contaréis muchos días de felicidad.

—¡Ay, no! —contestó ella—, mi prueba ha sido muy dura y yo me he quebrado en ella como frágil vasija de barro, pero nunca me levantaré contra el alfarero que me formó.

—Doña Beatriz, dadme vuestro permiso para retirarme —dijo el religioso poniéndose en pie—, advierto que con este coloquio os habéis agitado en demasía, pero os dejo muy encomendada la memoria de mis consejos. Probablemente no tardaré en ausentarme, porque los caballeros del Temple al cabo se sujetarán de grado al concilio de Salamanca, y a mí, que he sido el causador de vuestros males, aunque inocente, me toca repararlos.

La señora le besó la mano y la despidió, pero no pudo honrarle hasta la puerta por la debilidad que sentía después de tan agitada escena. Desde allí le acompañaron la abadesa y las más ancianas de la comunidad hasta la portería del monasterio, en tanto que doña Beatriz quedaba entregada al nuevo tumulto que con aquella imprevista esperanza se había despertado en su corazón. Lástima grande que sus ojos, nublados por las lágrimas y acostumbrados a las tinieblas del dolor, se sintiesen más ofendidos que halagados con aquella luz tan viva y resplandeciente.

N



Capítulo XXX

En tanto que esto pasaba en Villabuena, seguían los tratos en Cornatel entre Saldaña y el señor de Arganza, con esperanzas cada día mayores de un amigable y caballero arreglo. Las noticias que desde antes de la muerte del conde de Lemos sin interrupción se sucedían, iban dando en tierra poco a poco con el aéreo castillo de las esperanzas de aquel viejo entusiasta y valeroso. Al cabo de tantos sueños de gloria y de grandeza, la mano de la realidad le mostraba en perspectiva no muy lejana la ruina inevitable de su Orden que el cielo abandonaba en sus altos juicios, después de haberla adornado como a un rápido meteoro de rayos y resplandores semejantes a los del sol.

No bien se habían retirado los enemigos después de la muerte de su capitán, pasó Saldaña al aposento donde por orden suya habían cerrado a don Álvaro. Conociendo su carácter impetuoso y violento, entró decidido a sufrir todas las injusticias de su cólera, exacerbada entonces hasta el último grado por la injuria que creía recibida. Estaba sentado en un rincón con los codos en las rodillas y la cara entre las manos, y aunque oyó descorrer los cerrojos y abrir la puerta, no salió de sus sombrías cavilaciones, pero no bien escuchó la voz del comendador, saltó como un tigre de su asiento y plantándose delante de él comenzó a mirarle de hito en hito. El comendador le miraba también, pero con gran sosiego y con toda la dulzura que cabía en su carácter violento, con lo cual se doblaba la cólera del agraviado caballero. Por fin, frenando su ira como pudo, le dijo con voz cortada y ronca:

—En verdad que si los enemigos de nuestra Orden logran sus ruines deseos y quedamos ambos sueltos de los lazos que nos atan, os tengo de arrancar la vida o dejar la mía en vuestras manos.

—Aquí la tenéis —contestó el comendador con tono templado—, poco me arrancan con ella, cuando ya no puedo emplearla en servicio de nuestra santa Orden. Harto mejor fuera morir a vuestras manos que en la soledad y el destierro, pero como quiera que sea, el haber arrancado al conde de vuestras manos, es la única merced y prueba de cariño que habéis recibido de mí en vuestra vida.

Don Álvaro se quedó estático con esta respuesta, pues conociendo el respetable carácter de Saldaña no podía figurarse que en su mayor baldón se cifrara un servicio tan eminente. Embrollada su mente en tan opuestas ideas, permaneció callado por un buen rato.

—Don Álvaro —le dijo de nuevo el anciano—, ¿creéis que doña Beatriz pudiera dar su mano a quien estuviese manchado con la sangre de quien al cabo era su esposo?

—Tal vez no —contestó don Álvaro, en quien aquel nombre había producido un estremecimiento involuntario.

—Pues ahí tenéis el servicio que me debéis. A un mismo tiempo he vengado a mi Orden y os he acercado a doña Beatriz.

—¿Qué estáis ahí diciendo? —repuso don Álvaro cada vez más confuso y aturdido—, ¿qué puede haber de común entre doña Beatriz y yo, si no es la igualdad de la desventura?

—Dentro de poco probablemente recobraréis vuestra libertad, y entonces...

—¿Cómo echáis en el olvido que mis votos solo se rompen con la muerte? —le replicó el joven amargamente.

—Ni vos pudisteis pronunciarlos, ni nosotros recibirlos. Nuestra Orden estaba ya emplazada delante del concilio, y cuando en él comparezcamos yo me acusaré de que el maestre, vuestro tío, solo os recibió por nuestra violencia.

—Pero yo diré lo que mi corazón sentía, y que por mi parte fueron y son de todas veras sinceros. Mi suerte, además, será la vuestra, porque nuestro crimen es el mismo. Pero decidme —añadió olvidando su resentimiento y acercándose al comendador con interés—, ¿cómo vamos a presentarnos al concilio?

—Como reos, y a la merced de nuestros enemigos —respondió Saldaña procurando reprimir algunas lágrimas de coraje que se asomaban a sus ojos—. La Europa entera se levanta contra nosotros y Dios nos ha dejado en medio del mar que atravesábamos a pie enjuto como al ejército de Faraón. De hoy más, Jerusalén —continuó volviéndose al oriente con las manos extendidas y soltando la rienda al llanto y a los sollozos—, de hoy más, compra tu pan y granjéate tu agua con dinero, como en los tiempos del profeta, porque el Señor ha tendido sus redes y no aparta su mano de tu perdición. Todos tus amados te han desamparado, y la esterilidad y la viudez vendrán juntas sobre ti.

Entonces, y después de dar vado a su intenso dolor, contó a don Álvaro el desaliento que cundía entre los templarios de Aragón y de Castilla, que ya habían entregado algunas de sus fortalezas, y finalmente el desamparo y aislamiento total a que la calumnia y codicia por un lado, y la superstición por otro, les habían reducido. Últimamente, le mostró una carta que había recibido de don Rodrigo poco antes de la embestida en que acabó tan miserablemente el conde de Lemos, en que le mandaba tan funestas nuevas, insistiendo en la necesidad de dar pronto término a tan aciaga lucha, sin menoscabo del honor en todo caso. Advertiale asimismo de lo conveniente que sería a su fama acudir prontamente al concilio de Salamanca, sobre todo después que algunos de los obispos que debían componerle le habían asegurado por escrito, contestando a sus cartas, que en aquel importante juicio entraban limpios de toda prevención y ojeriza, y que jamás consentirían en que se atropellasen sus fueros de caballeros y miembros de la Iglesia.

El comendador no había querido dar a conocer estas cartas a ninguno de los suyos porque la enemiga del de Lemos cerraba la puerta a todo trato honroso, y por otra parte, semejantes nuevas podían enfriar una resolución que de ningún modo sobra delante de contrario tan sañudo. Apartado por fin este obstáculo y entabladas las negociaciones bajo distinto pie por el señor de Arganza, manifestó a don Álvaro que pronto asentarían sus capitulaciones y pondrían la fortaleza de Cornatel, y aun la de Ponferrada quizá, en poder de don Alonso.

—Hijo mío —le dijo por último—, la venda ha caído de mis ojos, y mis sueños de gloria y de conquista se han desvanecido, porque el Balza no volverá a desafiar al viento en nuestras torres. Comoquiera, tú eres joven y la felicidad aún puede mostrarte su rostro en los albores de tu primavera. El único obstáculo invencible que había, lo he quebrantado yo en pedazos contra las rocas y precipicios de este castillo. Por lo que hace a mí, si Dios conserva a pesar de tan fieros golpes esta vida ya cascada, no residiré ya más en esta Europa ruin y cobarde que así abandona el sepulcro del Salvador, y solo guerra contra los que han dado su vida y su sangre por él. ¿Todavía me guardas ahora rencor por lo pasado? —preguntó a don Álvaro, asiéndole de la mano y trayéndole hacia sí.

—¡Oh, noble Saldaña! —exclamó el joven, precipitándose en sus brazos y estrechándole fuertemente—. ¿Qué habéis encontrado en mí para tanta bondad y cariño como me prodigáis a manos llenas? ¿Quién puede tachar de seco vuestro noble corazón?

—Así es la verdad, don Álvaro —contestó el anciano—, y con eso no me ultrajan. Mis pensamientos me han servido como las alas al águila para levantarme de la morada de los hombres; pero como ella, he tenido que vivir en las quiebras de los peñascos donde silban los vientos. ¿Que por qué te he querido?, porque solo tú eras digno de morar conmigo en la altura, como mi polluelo, para mirar al sol y acechar el llano. Ahora la montaña se ha hundido, y cuando mis alas ya no me sostengan, iré a caer en un arenal apartado para morir en él. ¡Ojalá que entonces pueda verte posado con tu compañera a la orilla de una fuente en el valle florido, de donde solo te ha apartado la iniquidad y la desdicha!

Con tan melancólicas palabras se acabó aquella conversación que interrumpió la llegada del señor de Arganza. La entrevista con entrambos caballeros, testigos de la terrible escena del cercado de Arganza, no pudo menos de traer un sinfín de memorias tristes a don Alonso, que en la cortés acogida que hizo a don Álvaro, y en los grandes y delicados elogios que tributó a sus recientes hazañas, le dio claramente a entender cuán mudado estaba su espíritu y cuántos pesares le había acarreado su anterior conducta.

Las bases y condiciones de aquel tratado se ajustaron prontamente a gusto de los templarios, y a los pocos días desocuparon aquel castillo que con tanto valor habían guardado. Saldaña, antes de salir, indicó al señor de Arganza el mismo pensamiento que a don Álvaro, y por la alegre sorpresa con que fue recibido pudo conocer que sus deseos se cumplirían. Don Alonso acompañó a los templarios a Ponferrada, y para colmo de cortesía, el pendón de la Orden no dejó de ondear por mandato suyo en la torre de Cornatel, en tanto que sus moradores pudieran divisar al volverse aquellas enricadas almenas que ya no volverían a defender.

En la hermosa bailía de Ponferrada se fueron juntando todos los templarios del país, dejando las fortalezas de Corullón, Valcarce y Bembibre en poder de las tropas del señor de Arganza y de algún tercio que había mandado el marqués de Astorga. Todos iban llegando silenciosos y sombríos, montados en sus soberbios caballos de guerra y seguidos de sus pajes y esclavos africanos, que traían otros palafrenes del diestro. El espectáculo de aquellos guerreros indomables y jurados enemigos de los infieles que entonces se rendían sin pelear y por sola la fuerza de las circunstancias, era tan doloroso que el abad de Carracedo y don Alonso, que lo presenciaban, apenas podían disimular sus lágrimas. El mismo tesón con que aquellos altivos soldados encubrían sus propios sentimientos y la

igualdad de ánimo que aparentaban, no hacían sino encapotar más y más aquel cuadro de suyo lóbrego y negro.

Cualidad de las almas bien nacidas es trocar el odio en afición y respeto cuando llega la hora de la desgracia para sus enemigos, y esto cabalmente fue lo que sucedió con el abad y el señor de Arganza, que entonces renovaron los vínculos de antigua amistad con el maestre don Rodrigo. El monje determinó, desde luego, acompañarlos al solemne juicio que iba a abrirse en Salamanca, para dar personal testimonio de la virtud del maestre y de algunos caballeros, y especialmente para cumplir a doña Beatriz la palabra que le había empeñado de volverle la felicidad que en su juventud se había imaginado. Don Alonso, que no podía salir del país cuya custodia le estaba encomendada por su rey, apuró todos los recursos de su hidalguía por hacer menos dura su suerte a aquellos desgraciados.

Por grande que fuese el deseo de los templarios de salir de aquel trance incierto y penoso a que se veían expuestos, los preparativos de su marcha y las formalidades necesarias para la entrega de sus bienes se llevaron algún tiempo. Una mañana pues, que Saldaña se paseaba por los adarves que miran al poniente y veía correr el Sil a sus pies con sordo murmullo, vino un aspirante a decirle que un montañés solicitaba hablarle. Mandole al punto que lo condujese a su presencia, y a los pocos minutos se encontró delante a un conocido nuestro, que quitándose la gorra de pieles con tanto respeto como llaneza, le dijo:

—Dios os guarde, señor comendador. Acá estamos todos.

—¿Eres tú, Andrade? —respondió el comendador sorprendido—. ¿Pues qué te trae por esta tierra?

—Yo os lo diré, señor, en dos palabras. El otro día vino mi primo Damián a Ponferrada a vender unas pellejas de corzo y de rebeco, y llevó allá una porción de noticias, diciendo que ya no teníais más castillo que este, que os iban a llevar a Salamanca, y allí qué sé yo qué cosas dijo que iban a hacer con vosotros. En fin, ellas no son para contadas, ni importa un caracol que las sepáis. Pues señor, como iba diciendo, yo siempre me he echado la cuenta de mi padre, de que el que no es agradecido no es bien nacido, y como allá en Cornatel me disteis la vida dos veces y además aquel puñado de doblas, que en mi vida vi más juntas, vengo a deciros que si el diablo lo enreda, os venís allá a mi casa, y Cristo con todos. Ello no estaréis muy bien, porque allá aun los ricos somos pobres, pero lo que es a buena voluntad no nos gana ningún rey; y mi mujer, en cuanto se lo dije, se puso

más contenta que unas castañuelas, y al punto comenzó a pensar en las gallinas, pichones y cabritos que estaban más gordos para regalaros con ellos. Conque ya lo sabéis, si os venís conmigo, lo que es allí no han de ir a buscaros. ¡Ah!, se me olvidaba deciros que os llevéis también al señor de Bembibre, porque sé que le queréis tanto como su tío, y bien me acuerdo de lo cortés que estuvo con nosotros en Cornatel.

El comendador, que no esperaba semejante visita, ni mucho menos que tuviese semejante objeto cuando el universo entero abandonaba a los templarios, se vio tan dulcemente sorprendido que la emoción le atajó la palabra por un rato. Por fin, dominándola con su acostumbrada energía, se llegó al montañés y apretándole la mano vivamente le contestó:

—Andrade, lo que contigo hice lo mismo hubiera hecho con cualquiera; pero tú eres el primero que tales muestras de afición me da. Anda con Dios, buen Cosme, y que su bondad te prospere a ti y a los tuyos, como yo se lo pediré siempre. Ningún riesgo nos amenaza, porque ya sabes que son obispos los que nos van a juzgar, y en cuanto al rey y sus ricos hombres —añadió con amargura—, cuando se hayan hartado con nuestra abundancia, se cansarán de ladrar y de morder.

—No, pues lo que es con eso no me sosiego yo —repuso Andrade—, porque, según me dijo el cura el otro día, los jueces de Francia también eran sacerdotes, y así y todo...

—Nada hay que temer, buen Andrade, vuélvete a tu montaña y cree que me dejas muy obligado.

—¿Conque, a lo que veo —insistió el montañés—, estáis en ir a Salamanca y sufrir el juicio?

El comendador le hizo señal de que así era.

—Pues entonces, yo quiero ir allá para servir de testigo. Señor comendador, a la paz de Dios, que dentro de tres días o cuatro aquí estoy — y sin atender a las razones del anciano, tomó el camino de Cabrera de donde volvió al tiempo señalado.

Llegó por fin la hora de que los templarios reunidos en Ponferrada abandonasen aquel último baluarte de su poder y grandeza. Por inevitable que sea la desgracia, la hora en que llega siempre es dolorosa, sin duda porque con ella se rompe el último hilo de la esperanza invisible a los ojos, mas no por eso desprendido del corazón. Aquellos guerreros que sucesivamente habían dejado los demás castillos del país, mientras se vieron al abrigo de aquellas murallas todavía respiraban el aire de su grandeza,

pero al desampararlas con la imaginación llena de funestos presentimientos, los ánimos más fuertes flaqueaban.

El día señalado, muy de madrugada, juntáronse en la anchurosa plaza de armas del castillo caballeros, aspirantes, pajes y esclavos.

Reinaba un silencio funeral y todos tendían los ojos por aquel hermoso paisaje que, aunque desnudo de hojas y azotado por el soplo del invierno, todavía parecía agraciado y pintoresco a causa de los variados términos de su perspectiva y la suave degradación de sus montañas. Por fin se presentó el maestro, y después de dichas las oraciones de la mañana, montaron a caballo, y al son de una marcha guerrera comenzaron a moverse hacia el puente levadizo.

Antes de llegar a este, y encima del arco del rastrillo, existe todavía un gran escudo de armas cuyos cuarteles están de todo punto carcomidos menos la cruz que se conserva entera y distinta, y las tres primeras palabras de un versículo de los salmos que todavía se leen. Estas eran las armas del Temple, que desde entonces iban a quedar sin dueño, y abandonadas por lo tanto, y sin honra, después de haber sido símbolo de tanta gloria y cifra de tanto poder.

Este pensamiento ocupaba sin duda la mente de don Rodrigo que por su clase caminaba el delantero, pues al llegar al puente levadizo volvió de repente su caballo, y mirando el escudo a través de las lágrimas que empañaban sus cansados ojos, exclamó con una voz que parecía salir de un sepulcro leyendo la sagrada inscripción:

—*Nisi dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.*

Los caballeros volvieron igualmente sus ojos y, en medio del desamparo a que se veían reducidos, repitieron en voz baja las palabras de su maestro, después de lo cual, espoleando sus corceles, salieron con gran prisa de aquella fortaleza a donde no debían volver.

Don Alonso los acompañó hasta que cruzaron el Boeza y allí los dejó con el abad de Carracedo, que los seguía a Salamanca, llevado de su noble y santo propósito. El buen Andrade caminaba entre don Álvaro y el comendador, y de todos recibía infinitas muestras de cortesía y bondad que no acertaba a explicarse, porque su rectitud natural y sencilla desnudaba de todo mérito aquella acción generosa y desinteresada. De esta suerte hicieron su viaje a Salamanca, donde ya estaban juntos los obispos que, bajo la presidencia del arzobispo de Santiago, componían aquel concilio provincial.



Capítulo XXXI

Las muchas seguridades que doña Beatriz recibió del abad y de su buen padre acerca de la suerte que aguardaba a los templarios españoles, no fueron poderosas a calmar los recelos y zozobras que se agolpaban en su ánimo; ¡tan hondas raíces había echado en su corazón el pesar y tan negra tinta derramaba su imaginación aun sobre los objetos más risueños! Si había de juzgar de las disposiciones de los obispos por las que durante mucho tiempo había abrigado el prelado de Carracedo, no tenía a la verdad gran motivo para tranquilizarse, y por otra parte, el embravecimiento de la opinión contra los templarios había llegado a tal punto que todo podía temerse con razón. Añádase a esto que su enfermedad teñía habitualmente de un color opaco aun los más brillantes objetos, y fácil será de presumir los muchos y turbios celajes que empañaban aquel rápido vislumbre de felicidad que el abad le había mostrado. No desconocía, por otra parte, que don Álvaro era un objeto de enemistad especial para el infante don Juan desde los sucesos de Tordehumos, y su discreción natural le daba a entender que en medio de la inquietud que inspiraban los templarios, aun después de su caída, no dejaría de haber dificultades para restituir su libertad, su poder y sus bienes a quien tan decidido apoyo les había prestado hasta el punto de aceptar sus votos y compromisos.

Contra tan sólidas razones poco valían todos los argumentos de su padre y de su tía, de manera que la misma esperanza venía a ser para ella una luz sin cesar combatida por el viento, y que esparcía alrededor sombras y dudas antes que seguridad y resplandores. El incesante anhelar y zozobra que tan poderosamente habían contribuido a la ruina de su salud continuaron por lo tanto minándola a gran prisa, y como en la postración de su cuerpo toda clase de emociones venían a ser por igual dañosas, cada día sus fuerzas se disminuían y se aumentaba el cuidado de los que andaban a su alrededor.

Don Alonso, que achacaba a sus pesares y desvelos los estragos que se veían en su rostro, comenzó a inquietarse seriamente cuando llegó a advertir que aquella dolencia, derivada sin duda del alma en un principio, existía ya de por sí y como cosa aparte. Al cariño de padre, al aguijón del remordimiento vinieron a mezclarse entonces los temores del caballero que

temblaba por la suerte y el porvenir de su linaje depositados en tan frágil vaso, cabalmente cuando el destino parecía que iba a convertir en bronce su vidrio delicado.

Posesionado ya de los castillos del Bierzo y sosegados todos los rumores de guerra, pensó en sacar a doña Beatriz del monasterio y en restituirse con ella a su casa de Arganza. Poco se alegró la joven con la resolución de su padre, porque mientras su suerte se fallaba, ningún lugar había más acomodado a la solemnidad religiosa de sus pensamientos y a la tranquilidad que tanto había menester su espíritu que el retiro de Villabuena. Los recuerdos de la infancia y adolescencia tan dulces de suyo al corazón, más de una vez se acibaran con las imágenes que los acompañan, y entonces su consuelo y blandura son más que dudosos. Así, doña Beatriz, que en los muros de la casa paterna había visto en brevísimo espacio de tiempo nacer y agostarse la flor de su ventura, desaparecer su madre, perderse su libertad y aparecer impensadamente un sol que juzgaba para siempre puesto, solo para cegar sus ojos y dejar un rastro de desolada luz en su memoria, temblaba volver a aquel recinto cuando tan enigmático se presentaba todavía lo futuro.

Sin embargo, el atractivo que para su alma pura y piadosa tenían las cenizas de su madre, el deseo de acompañar a su padre anciano y la seguridad de que los objetos exteriores solo podían atenuar muy levemente las ideas que como con un buril de fuego estaban impresas en su alma, le decidieron a abandonar por segunda vez aquella casa, de donde había salido antes para tantos pesares y sinsabores, y de la cual entonces se apartaba sin más patrimonio que una lejana y débil esperanza, igualmente privada de salud y de alegría. Despidiose pues de su tía y de las buenas religiosas, sus amigas y compañeras, sin extremos ni sollozos, pero profundamente conmovida y echando miradas tan vagarosas a aquellos sitios como si hubiesen de ser las postreras. Aunque sus males y tristezas eran como una sombra para aquellas santas mujeres, su dulzura, su discreción, su bondad y hasta el particular atractivo de su figura, las aficionaban extraordinariamente a su trato y compañía; así fue que, por su parte, hicieron gran llanto en su partida.

Por fin salió, acompañada de su Martina y de sus antiguos criados. ¿Dónde estaban los días en que sobre un ágil y revuelto palafrén corría los bosques de Arganza y Hervededo con un azor en el puño, acechando las garzas del aire, como una ninfa cazadora? Ahora ni aun el sosegado y

cómodo paso de su hacanea podía sufrir, y más de una vez hubo de pararse la cabalgada en el camino para reclinarla al pie de un árbol solitario, donde cobrase aliento. La agitación de la despedida la había debilitado en gran manera, así es que llegó a Arganza más desencajada que de ordinario y llena de fatiga. Las imágenes que aquellos sitios le presentaron, animadas con todo el ardor de la calentura, produjeron gran trastorno en su ánimo y aguaron el contento de aquellos pacíficos aldeanos, para quienes su venida era como la visita de los ángeles para los patriarcas.

A la mañana siguiente quiso bajar a la capilla donde estaba enterrada doña Blanca, y por la tarde, apoyada en Martina y en su padre, que apenas se atrevía a contrariarla, se encaminó lentamente al nogal de la orilla del arroyo debajo de cuyas ramas se despidió don Álvaro para siempre. Si sus lágrimas hubieran corrido en abundancia, sin duda se hubiera descargado de un gran peso, pero el deseo de esconderlas de su padre las cuajó en sus ojos, y el esfuerzo que hubo de hacer se convirtió, como era natural, en daño suyo.

Aquella noche, la lenta calentura que la consumía se avivó en tales términos que entró en un delirio terrible en que sin cesar hablaba del conde, de su madre y de don Álvaro, quejándose dolorosamente de cuando en cuando. El señor de Arganza, desolado y fuera de sí, mandó inmediatamente por el anciano monje de Carracedo, que ya la había asistido en Villabuena cuando su anterior enfermedad. El buen religioso vino al amanecer con toda diligencia y encontró ya a doña Beatriz casi de todo punto sosegada, porque en aquella complexión ya destruida no tenían gran duración los accesos del mal. Informose sin embargo de todo lo sucedido, y como don Alonso describiese a sus ojos hasta el último velo, le dijo:

—Noble don Alonso, fuerza será que vuestra hija no vea durante algún tiempo estos sitios que tan dolorosas memorias renuevan en ella. Trasládala sin perder tiempo a la quinta que poseían los templarios sobre el lago Carucedo, porque allí es el aire más templado y el país más plácido y halagüeño. Pronto vendrá la primavera con sus flores y entonces se decidirá la suerte de doña Beatriz, que de continuar aquí no puede menos de ser desastrada.

—Pero decidme —le preguntó con ansiedad el señor de Arganza—, ¿y vos me respondéis de su vida?

—Su vida —le contestó el religioso— está en las manos de Dios, que nos manda confiar y esperar en él. Sin embargo, vuestra hija es joven todavía, y por profunda raíz que haya echado el mal en ella, bien puede suceder que un suceso feliz y precursor de una época nueva la curase harto mejor que todos los humanos remedios. No nos descuidemos, de nuevo os lo encargo: aprovechad el respiro que va a darnos un calmante que tomará hoy, y lleváosla al punto.

En efecto, el calmante proporcionó tan grande alivio a la enferma que don Alonso, devorado de celos y de inquietudes, después de acelerar todos los preparativos de viaje, partió a los dos días con su hija. Algo mejor preparada esta y atenta más que a su quietud y bienestar propio al sosiego de su padre, emprendió sin repugnancia su nueva peregrinación, despidiéndose de aquellos sitios, teatro de sus juegos infantiles, con un mal disimulado acento en que no podía traslucirse la esperanza de volverlos a ver. Tal vez nadie mejor que ella podía juzgar su estado, pues solo a sus ojos era dado ver los estragos de su alma; pero ¿quién podía adivinar lo que el porvenir guardaba en los pliegues oscuros de su manto? Y por otra parte, la imagen de don Álvaro, libre de sus votos, más rendido, más noble y más hermoso que nunca, era como un ave de buen agüero, cuyos cantos se quedan halagando el oído, por rápido que sea su vuelo.

La comitiva cruzó el Sil por la misma barca de Villadepalos que en otros tiempo más felices debió conducirla en brazos de su amante a un puerto de seguridad y de ventura. Fatalidad y no pequeña era encontrar por todas partes memorias tan aciagas, pero aquel reducido país había servido de campo a tantos sucesos que más o menos de cerca le tocaban, que bien podía decirse que sus pensamientos y recuerdos lo poblaban, y de dondequiera salían al encuentro de sus miradas.

Pasado el río hay una cuesta muy empinada, desde la cual a un tiempo se divisan entrambas orillas del Sil, todo el llano que forma su cuenca, el convento de Carracedo con su gran mole blanca en medio de una fresquísima alfombra de prados, y los diversos términos y accidentes de las cordilleras que por dondequiera cierran y amojonan aquel país.

Comenzaba a desprenderse la vegetación de los grillos del invierno; el Sil, un poco crecido, pero cristalino y claro, corría majestuosamente entre los sotos todavía desnudos que adornaban sus márgenes; el cielo estaba surcado de nubes blanquecinas en forma de bandas, por entre las cuales se descubría un azul purísimo, y una porción de mirlos y jilgueros,

revoloteando por entre los arbustos y matas, anunciaban con sus trinos y piadas la venida del buen tiempo.

Del otro lado descollaban las sierras de la Aquiana con sus crestas coronadas de nubes a la sazón, y los agudos y encendidos picachos de Las Médulas remataban su cadena con una gradación muy vistosa. Casi al pie se extendía el lago de Carucedo, rodeado de pueblos, cuyos tejados de pizarras azules vislumbraban al sol siempre que se descubría, y terminado por dos montes, de los cuales el que mira a mediodía estaba cubierto de árboles, mientras el que da al norte formaba extraño contraste por su desnudez y peladas rocas.

Doña Beatriz se sentó a descansar un rato en el alto de la cuesta, y desde allí tendía la vista por entrambas perspectivas, levantando de vez en cuando sus ojos al cielo, como si le rogase que los recuerdos de amargura y las pruebas de su juventud quedasen a su espalda, como la tierra de Egipto detrás de su pueblo escogido, y a orillas de aquel lago apacible y sereno comenzase una nueva era de salud, de esperanza y de alegría que apenas se atrevía a fingir en su imaginación. Después de descansar un rato, subió la comitiva en sus caballos y se encaminó silenciosamente a la hermosa quinta en que doña Beatriz debía aguardar el fallo de su vida y de su suerte.

Era esta un edificio con algunas fortificaciones a la usanza de la época, pero sobrado primoroso para fortaleza, porque todos los frágiles adornos y labores del gusto árabe se juntaban en sus afiligranadas puertas y ventanas y en los capiteles que coronaban sus almenas. Habíanla labrado los templarios en tiempos de su mayor esplendor, y para su asiento escogieron una colina poco elevada y de suavísimo declive que está debajo del pueblo de Lago y domina la líquida llanura en cuyos cristales moja sus pies. Forma el lago junto a ella un lindo seno, y allí se abrigaban algunos esquifes ligeros en que los caballeros acostumbraban a solazarse con la pesca de las anguilas, de que hay gran abundancia, y cazando con ballesta algunas de las infinitas aves acuáticas que surcan la resplandeciente superficie. Como las áridas cuevas del monte del norte, que los naturales apellidan de los Caballos, hacían espaldas a la quinta, resultaba que de aquel paisaje agraciado y lleno de suavidad únicamente se ocultaban los términos áridos y yermos. Lo restante era y es todavía un panorama de variedad y amenidad grandísima que, repelido por el espejo del lago, figura a veces, cuando lo agita blandamente la brisa, un mar confuso de rocas, árboles, viñedos y colinas sin cesar divididos y juntados por una mano invisible. Tiene el lago más de

una ensenada, y la que se prolonga entre oriente y norte, perdida entre las sinuosidades de un valle, parece dilatar su extensión, y los juncos y espadañas que la pueblan sirven de abrigo a infinitas gallinetas de agua y lavancos de cuello tornasolado.

No lejos de esta ensenada está el pueblo de Carucedo, sentado en una fresca encañada, y a su extremo una porción de encinas viejísimas y corpulentas, cuyas pendientes ramas se asemejan a las de los árboles del desmayo, sirven de límite a las aguas, mientras en la orilla opuesta occidental un soto de castaños enormes señala también su término a los caudales del lago.

Doña Beatriz, que tenía un alma abierta, por desgracia suya en demasía, a todas las emociones puras y nobles, no pudo menos de admirar la belleza del paisaje cuando las laderas de los montes que descienden al lago y su hermosa tabla comenzaron a desplegarse a sus ojos desde las alturas de San Juan de Paluezas. A medida que se acercaba, íbase descogiendo un nuevo pliegue del terreno, y ora un grupo de árboles, ora un arroyo que serpenteaba en alguna quiebra, ora una manada de cabras que parecían colgadas de una roca, a cada paso derramaban nuevas gracias sobre aquel cuadro. Cuando por fin llegó a la quinta y se asomó al mirador, desde el cual todos los contornos se registraban, subieron de punto a sus ojos todas aquellas bellezas.

El sol se ponía detrás de los montes dejando un vivo rastro de luz, que se extendía por el lago y a un mismo tiempo iluminaba los diversos terrenos, esparciendo aquí sombras y allí claridades. Numerosos rebaños de ganado vacuno bajaban mugiendo a beber moviendo sus esquilas, y otros hatos de ovejas y cabras y tal cual piara de yeguas con sus potros juguetones venían también a templar su sed, triscando y botando, mezclando relinchos y balidos. Los lavancos y gallinetas, tan pronto en escuadrones ordenados como desparramados y solitarios, nadaban por aquella reluciente llanura. Una pastora, que en su saya clara y dengue encarnado mostraba ser joven y soltera y en sus movimientos gran soltura y garbo, conducía sus ovejas cantando una tonada sentida y armoniosa, y como si fuera un eco, de una barca que cruzaba silenciosa, costeando la orilla opuesta, salía una canción guerrera entonada por la voz robusta de un hombre, pero que apagada por la distancia perdía toda su dureza, no de otra suerte que si se uniese al coro armonioso, templado y suave que al declinar el sol se levantaba de aquellas riberas.

Por risueños puntos de vista que ofrezcan las orillas del Cúa y del Sil, fuerza es confesar que la calma, bonanza y plácido sosiego del lago de Carucedo no tiene igual tal vez en el antiguo reino de León. Doña Beatriz, casi arrobada en la contemplación de aquel hermoso y rutilante espejo guarnecido de su silvestre marco de peñascos, montañas, praderas y arbolados, parecía engolfada en sus pensamientos. Para un corazón poseído de amor como el suyo, la creación entera no parece sino el teatro de sus penas o su felicidad, de sus esperanzas o sus dudas, y esto cabalmente sucedía a aquella interesante y desgraciada señora.

La imagen de don Álvaro era el centro adonde iban a parar todos los hilos misteriosos del sentimiento que en su alma despertaban aquellos lugares, y entretejiéndolos con los que de tiempos más dichosos quedaban todavía enmarañados en su memoria, formaba en su imaginación la tela inacabable de una vida dichosa, llena de correspondencia dulcísima y de aquel noble orgullo que en todos los pechos bien nacidos excita la posesión de un bien legítimamente adquirido. ¡Engañosas visiones que al menor soplo de la razón se despojaban de sus fantásticos atavíos y caían en polvo menudo en medio de las puntas y abrojos que erizaban el camino de doña Beatriz! Al cabo de una larga meditación, en la cual, como otras tantas ráfagas luminosas, había visto pasar todas aquellas representaciones doradas y suaves de un bien ya disipado y de otro bien incierto y apenas bosquejado, la desdichada exhaló un largo suspiro y dijo:

—¡Dios no lo ha querido!

—Dios ha querido probarte y castigarme, ángel del cielo –contestó su padre abrazándola–. Nuestras penas acabaron ya y los nuevos tiempos se acercan a más andar. Dios se apiadará de tu juventud y de estas canas vecinas ya al sepulcro y no querrá borrar mi nombre de la faz de la tierra.

Doña Beatriz le besó la mano sin contestar, porque no se atrevía a entregarse a tan risueñas ideas, ni alcanzaba a acallar los presentimientos que de tiempos atrás habían llegado a posesionarse de su espíritu, pues, para colmo de amargura, la muerte que por tanto tiempo había invocado como término y descanso de sus penas, sin verla aparecer jamás, ahora cruzaba a lo lejos como un lúgubre relámpago, cuando la vida cobraba a sus ojos todas las galas de la esperanza y sembraba de flores funerarias el camino que guiaba a su templo.

Sin embargo, doña Beatriz, como todas las almas fuertes, pasado el primer estremecimiento hijo del barro, aceptaba sin miedo ni repugnancia

esta idea, y solo se dolía de la contingencia de su fin prematuro por el luto de su padre y de aquel amante arrebatado de sus brazos por una deshecha borrasca, y que otra no menos deshecha podía volver a ellos. Así pues, sin decir palabra, se apoyó en el brazo del anciano y lentamente bajó la escalera con barandilla prolijamente calada hasta que en la cámara para ella aderezada, la dejó en compañía de Martina. Dejémosla también nosotros entregada a las dulzuras del sueño que aquella noche bajaba sobre sus párpados más suave y bienhechor que en muchos días, y transportémonos a Salamanca, donde se iba a fallar el ruidoso proceso que traía alborotada a la cristiandad entera.



Capítulo XXXII

En medio de la tremenda tormenta que la envidia por un lado, la codicia por otro y la superstición e ignorancia por casi todos habían levantado contra el Temple, la península puede gloriarse de que su santuario se conservó exento del contagio de aquellos torpes y groseros errores y de aquellas pasiones ruines y bastardas. Sobrado se les alcanzaba a sus obispos la fuente de males que tal vez hubiera podido abrirse en Europa de la conservación y crecimiento de aquella Orden decaída de su antigua pureza y virtud, y convertida a los ojos del vulgo en piedra de reprobación y de escándalo; pero como cristianos y caballeros, respetaban mucho a sus individuos, y no desmintieron la noble confianza que en ellos había puesto don Rodrigo Yáñez. Vanas fueron las prevenciones con que Aymerico, inquisidor apostólico y comisionado del Papa para acompañar a los arzobispos de Toledo y Santiago, entró en aquel juicio que intentaba llevar por el mismo sendero de los de Francia; vanos todos los esfuerzos de la corte de Castilla, y en especial del infante don Juan, y vano por fin el extravío de la opinión para torcer la rectitud de sus intenciones. Las iniquidades de Felipe *el Hermoso* eran justamente el escudo más fuerte de los caballeros en el ánimo de aquellos piadosos varones que en el fondo de su corazón deploraban amargamente las debilidades de Clemente V, origen de tanta sangre y tan feos borrones para la cristiandad.

Juntos, pues, en Salamanca bajo la presidencia del inquisidor apostólico y del arzobispo de Santiago, Rodrigo; Juan, obispo de Lisboa; Vasco, obispo de La Guardia; Gonzalo, de Zamora; Pedro, de Ávila; Alonso, de Ciudad Rodrigo; Domingo, de Plasencia; Rodrigo, de Mondoñedo; Alonso, de Astorga; Juan, de Tuy; y Juan, de Lugo, se abrió el concilio con las ceremonias y solemnidades de costumbre. Cada uno de los padres, con arreglo a las bulas pontificias y a las órdenes de sus respectivos monarcas, había formado en su diócesis respectiva un proceso de información, en el cual constaban las declaraciones de infinitos testigos, sacerdotes y seglares, de cuya confrontación debía deducirse la culpabilidad de los caballeros o su inocencia. Sin embargo, en vísperas de un fallo tan solemne, fuerza era ampliar aquel sumario, oír a los encausados, recibir nuevas deposiciones y

justificar finalmente una sentencia que iba a dar remate a un suceso, con razón calificado por un historiador moderno de gran mérito de «el más importante de los siglos medios después de las cruzadas».

Poco tardó en averiguar el infante don Juan las intenciones con que acudía al concilio el abad de Carracedo, y con ellas recibió sobresalto no pequeño, pues estando todavía en balanzas la suerte de la Orden por los reinos de España, muy de temer era que en el de León, al abrigo de una familia tan poderosa, moviese nuevos disturbios y mudanzas, y pusiese en duda la posesión de aquellos bienes que con tanta ansia codiciaba para consolarse de la pérdida de su soñada corona. Así pues, echó mano, como de costumbre, de sus cábalas y maquinaciones, y comenzó a sembrar la cizaña de su encono en el ánimo de los obispos, infundiendo recelos de discordias con el Sumo Pontífice en algunos, y amenazando a otros con los alborotos que pudiera ocasionar en la mal sosegada Castilla la resolución de dar por libre de sus votos a don Álvaro.

El anciano monje, a quien no se le ocultaba el estado de doña Beatriz, y que por otra parte sabía cuán agudo cuchillo era para su vida el continuo vaivén de la incertidumbre, presentó el caso como separado del juicio general, alegando la nulidad de la profesión del señor de Bembibre y manifestando la injusticia que podría haber en complicarle en el proceso y responsabilidad de una corporación, que mal podía contarle entre sus miembros. Por valederas que fuesen semejantes razones, no hallaron en el ánimo de los jueces todo el eco que reclamaban, así la solicitud del abogado, como la ventura de doña Beatriz. Por una parte, era urgentísimo sustanciar y decidir aquel gran pleito harto más importante que la suerte de un individuo, y por otra, penetrados los prelados en su interior del poco peso de las acusaciones contra los templarios, no tenían reparo en envolver a don Álvaro en los procedimientos generales, que en todo caso siempre había lugar de enmendar con la debida excepción.

Infructuosos fueron por lo tanto los esfuerzos que de concierto hicieron el buen religioso, el maestre don Rodrigo, el comendador Saldaña, su deudo Hernán Ruiz Saldaña, y sobre todo don Juan Núñez de Lara, que tanto por mostrar la nobleza de su sangre, cuanto por el deseo de remediar en lo posible el gran mal que había hecho a don Álvaro en Tordehumos, había venido a Salamanca con diligencia grandísima.

Las almas elevadas suelen pagar muy caros los sueños de la ambición, y buena prueba de ello era don Juan de Lara, para quien la noticia de los

pesares de don Álvaro y su violenta resolución de entrar en el Temple habían sido y eran todavía un doloroso torcedor. Sin la culpable trama de que también él había sido víctima, libre estaba don Álvaro de los pasados sinsabores y de las presentes angustias, y cualquiera que hubieran sido las pruebas y amarguras de su amor, en último resultado pendiendo su suerte de la constancia y elevado carácter de doña Beatriz, sin duda sus hermosas esperanzas se hubieran visto logradas como merecían.

Todo esto, que en voces altas y muy claras decía a don Juan su conciencia, le afligía por extremo y de buena gana hubiera redimido con la mitad de los años de la vida que le quedaban y con lo mejor de su hacienda tales quebrantos. Otra cosa había además de por medio que aquejaba vivamente su voluntad, y eran los amaños y arterías que en sentido opuesto empleaba el infante don Juan, su jurado enemigo desde lo de Tordehumos. Razones de gran peso, y entre ellas el bien y el sosiego de Castilla, le habían impedido hacer campo cerrado con él, según en un principio imaginó, pero la idea de contrariar en aquella ocasión sus esfuerzos y dar en tierra con sus artificios ponía espuelas a su voluntad, ya muy decidida de suyo.

Comoquiera, todos estos buenos oficios carecían de base, pues estando presente don Álvaro, natural parecía que de por sí reclamase contra el agravio que al parecer se le hacía; pero la autoridad de sus ancianos amigos y de su tío, las instancias de todos los caballeros de la Orden que se hallaban en Salamanca, la importuna solicitud de don Juan de Lara, y hasta la voz misma de aquella pasión que mal acallada en su pecho se despertaba violentamente a la voz de la esperanza, no fueron poderosas a determinarle a semejante paso. La idea de separar su causa de la de sus hermanos de elección, de tal manera alborotaba su altivo pundonor, que al poco tiempo todos sus allegados cesaron por entero en sus persecuciones. Así pues, víctima de aquella ilusión generosa de desprendimiento y de hidalguía, tras de la cual había corrido toda su vida, dilataba sin término el suceso feliz del que pendía ya la dicha que en el mundo pudiera tocarle.

Abriose por fin el juicio, y el maestro don Rodrigo, Saldaña y los más ancianos caballeros comparecieron delante de los obispos a oír los cargos que se les hacían, cargos que en nuestros días moverían a risa, pero que en aquella época de tinieblas encontraban en la muchedumbre un eco tremendo, tanto mayor cuanto más se acercaban a lo maravilloso.

Compulsáronse las informaciones que cada prelado había hecho antes de congregado el concilio y comenzaron a oírse nuevos testigos. No

faltaron muchos que se presentasen en contra del Temple, achacándole los mismos crímenes que perdieron a la Orden en Francia, y sobre todo y como cosa más visible, avaricia en las limosnas y escaseces y falta de decoro en el culto. Cohechados la mayor parte de ellos por los enemigos de aquella gloriosa institución, arrebatados otros de un celo ignorante y fanático, parecía que unos a otros se alentaban en aquella obra de iniquidad, natural consecuencia de las pérfidas calumnias que deslumbraban los ojos del vulgo sediento siempre de novedades, y tan sobrado de imaginaciones extrañas y maliciosas como falto de juicio y compostura.

Los caballeros, solos en medio de aquel vendaval que sin cesar arreciaba, se defendían sin embargo con templanza y valeroso sosiego, atentos a conservar su altiva dignidad aun en medio de tamañas falsías y bajezas.

Don Rodrigo, como cabeza de la Orden, era el blanco de todos los tiros, no por odio a su persona, pues su prudencia, su urbanidad y sus austeras virtudes andaban en boca de todos, sino porque humillando la Orden en lo que tenía de más sabio y elevado, se minaban sus cimientos y se imposibilitaba su restauración. Comoquiera, el maestre infundía tal respeto por sus años y por aquel resto de imperio y de poder que todavía quedaba en su frente, que más de una vez sucedió que los testigos se retiraron corridos y amedrentados delante de la severidad de sus miradas.

El comendador Saldaña hizo harto más en defenderse de otros ataques, que si bien menos concertados, al cabo eran más enconados y violentos.

Recordarán sin duda nuestros lectores que en el asalto de Cornatel un deudo muy cercano del conde murió al golpe de una piedra que le deshizo el cráneo, y otro poco después en la barbacana bajo el hacha del anciano guerrero. Asimismo recordarán que la bandera de los Castro entró arrastrando en el castillo, arrancada por la mano de don Álvaro de la tienda en que ondeaba al soplo del viento.

Heridas y ultrajes eran ya estos que difícilmente pudiera olvidar aquel orgulloso linaje, pero el desastrado fin de su caudillo había encendido en sus pechos un odio implacable contra los templarios, y sobre todo contra Saldaña como autor de su deshonor y duelo.

Apenas pues, los vieron emplazados y llamados a juicio, acudieron prontamente a Salamanca donde añadieron al peso de la acusación general el de su encono y recriminaciones.

Cuando llegó su día, presentaron queja ante los padres, acusando al anciano de haber usado malas artes en la defensa de su castillo, con notorio

menosprecio de las órdenes de su rey y señor natural. Echáronle en cara la altanería con que desechó las intimaciones del difunto conde, y sobre todo su muerte atroz, contraria a las leyes de guerra. Beltrán de Castro, uno de los más cercanos deudos y que aún no había podido acomodarse al baldón del vencimiento, presentó todos estos cargos con gran discreción y energía, disfrazando a su modo los incidentes de aquella desastrosa jornada.

—Comendador Saldaña —le dijo el arzobispo de Santiago—, ¿confesáis todos los cargos que os hace Beltrán de Castro?

—Padres venerables —contestó el anciano—, no por rebeldía ni deslealtad nos negamos a obedecer las cédulas de nuestro monarca, sino por justa y legítima defensa. Caballeros de nuestra preza no eran para tratados como quería el conde de Lemos a quien respeto, pues que ya el supremo juez le habrá juzgado. Él quería la guerra porque anhelaba vengar agravios recibidos con causa, por desgracia sobrado justa, de mí y de uno de nuestros más nobles caballeros. Amaba el peligro y pereció en él... la paz sea con su alma. Por lo que hace a la nigromancia que nos reprocháis, señor hidalgo —continuó volviéndose a Beltrán y sonriéndose irónicamente—, el miedo sin duda os turbaba la vista y el entendimiento a la par, pues que así confundíais con los demonios nuestros esclavos africanos, y tomabais por llamas del infierno la pez, alquitrán y aceite hirviendo con que os rociábamos la mollera.

El gallego perdió el color al oír semejante ultraje, y rechinando los dientes clavó sus ojos encendidos como brasas en el anciano caballero. Su mano se encaminó maquinalmente a la guarnición de la espada, pero acordándose del sitio en que estaba, mantuvo a raya los ímpetus de su ira.

—No os enojéis, señor hidalgo, que así venís a hacer leña del árbol caído —replicó el comendador en el mismo tono acre y mordaz—, no os enojéis ahora, ya que entonces de tan poco sirvió vuestro coraje a aquellos infelices montañeses, que tan sin piedad llevabais al matadero, ya que entonces el señor de Bembibre con solo un puñado de caballeros desbarató toda vuestra caballería, saqueó vuestros reales y trajo arrastrando vuestro pendón sin que, a pesar de vuestras fuerzas superiores, tuvieseis ánimo para estorbarlo. ¿En qué opinión teníais a los soldados del Temple y a un viejo caballero que peleó por la cruz en Acre, hasta que los villanos la echaron por el suelo para alfombra de los caballos del soldán? Andad, que vuestro valor es como el de los buitres y cuervos, solo bueno para emplearse en los cadáveres.

—Señor caballero —le dijo gravemente el arzobispo de Santiago—, no habéis respondido todavía a la principal cabeza de la acusación, la muerte del noble conde de Lemos... ¿Es cierto este capítulo?

—Y tan cierto —respondió Saldaña con una voz que retumbó en el salón como un trueno—, que si mil veces lo cogiera entre mis manos, otras tantas vidas le arrancarí­a. Sí, yo le así por el cinto cuando cayó a mis pies sin conocimiento; con él me subí a una almena, y desde allí se lo arrojé a sus gentes diciéndoles: «¡Ahí tenéis vuestro valiente y generoso caudillo!»

—¡Lo ha confesado! ¡Lo ha confesado! —exclamaron llenos de júbilo los parientes del difunto.

—Comendador Saldaña —continuó Beltrán—, yo os acuso de traición, pues solo cohechando al cabreirés Cosme Andrade pudisteis tener noticia de la expedición del desgraciado conde.

—¡Mentís, Beltrán de Castro! —contestó una voz de entre la apiñada multitud, que entonces comenzó a arremolinarse como para abrir paso a alguno.

Efectivamente, después de un corto alboroto y de algún oleaje y vaivenes entre la gente, un montañés con su coletto largo y destazado, sus abarcas y su cuchillo de monte al lado, saltó como un gamo en el recinto destinado a los acusados, acusadores y testigos.

—¿Sois vos, Andrade? —exclamó Castro sorprendido con esta aparición para él inesperada.

—¡Yo soy, yo, el cohechado, como vos decís, ruin y villano! —contestó el encolerizado montañés—. ¡Parece que os pasma el verme! ¡Bien se conoce que me creáis muy lejos cuando así me ultrajabais! Algún ángel me tocó sin duda en el corazón cuando viéndoos llegar a Salamanca me oculté de vuestra vista para confundiros ahora, ahora que conozco la ruindad de los Castro! ¡Oh, pobres paisanos y compañeros míos que dejasteis vuestros huesos en el foso de Cornatel, venid ahora a recibir el premio que os dan estos malsines! ¡Yo cohechado!, ¿y con qué me cohecharíais vos, mal nacido? ¿O tenéis por cohecho el rodar por los precipicios y arriesgar la vida hartas más veces que vos?

—Vos recibisteis cien doblas del comendador —replicó Beltrán un poco recobrado, aunque confuso con las embestidas del montañés, que le acosaba como un jabalí herido.

—Cierto que las recibí —contestó Andrade candorosamente—, porque se me ofrecieron con buena voluntad; pero ¿guardé una siquiera, embustero

sin alma? ¿No las distribuí todas y aun bastantes de mis dineros a las viudas de los que murieron allí por los antojos de vuestro conde? ¿O piensas tú que es Andrade como tu amo maldecido, que vendía por un lugar más su fe de caballero y la sangre de los suyos? Agradece a que estamos delante de estos varones de Dios, que si no ya mi cuchillo de monte te hubiera registrado los escondites del corazón.

—Sosegaos, Andrade —le dijo el obispo de Astorga—, y contadnos lo que sepáis, porque vuestra presencia no puede ser más oportuna.

—Yo, reverendos padres —contestó él con su sencillez habitual—, no soy más que un pobre hidalgo montañés a quien se le alcanza algo más de cazar corzos y pelear con los osos, que no de estas cosas de justicia, pero con la verdad por delante, nunca he tenido miedo de hablar, aunque fuese en presencia del soberano pontífice. Allá va, pues, lo que vi y pasé, bien seguro de que nadie quite ni ponga.

Dijimos que cuando el honrado Andrade cayó despeñado del torreón por mano de Millán le detuvieron unas ramas protectoras. Afortunadamente no estaban muy lejos de la muralla, y de consiguiente pudo oír casi todas las palabras que mediaron entre don Álvaro y el conde al principio, y luego lo que pasó con el comendador hasta que el magnate gallego bajó descoyuntado y hecho pedazos hasta la orilla del arroyo. Así pues, su declaración en que tanto resaltaba la generosidad de don Álvaro, y la efusión con que contó los pronto socorros que había recibido de Saldaña y de todos los caballeros, hicieron una impresión tan favorable en el ánimo de los padres, que los acusadores de Saldaña no solo enmudecieron, sino que corridos y avergonzados no sabían cómo dejar el tribunal.

—En suma, santos padres —concluyó el montañés—, si las buenas obras cohechan, yo me doy por cohechado aquí y para delante de Dios, porque a decir verdad tan presa dejaron mi voluntad con ellas estos buenos caballeros, que cuando oí decir que al cabo los llevaban presos, acordándome de las mentiras del conde de Lemos y temiendo no les sucediese lo que en Francia, me fui corriendo a Ponferrada, y allí dije al comendador que yo le ocultaría en Cabrera y aun le defendería de todo el mundo. Yo no sé si hice bien o mal, pero es seguro que volvería a hacerlo siempre, porque él me salvó la vida dos veces, y como decía mi padre, que de Dios goce, «el que no es agradecido no es bien nacido».

—Señor de Bemibre —dijo entonces el inquisidor general volviéndose a don Álvaro—, aunque nuevo en esta tierra no me es desconocida la fama de hidalguía y valor que en ella gozáis. Decid pues, bajo vuestra fe y palabra, si es verdadera la declaración de Andrade.

—Por mi honor, juro que la verdad ha hablado por su boca —contestó el joven poniendo la mano sobre el corazón—. Solo una cosa se le ha olvidado al buen Cosme, y es que también se entendía conmigo, sin haberme conocido, la noble hospitalidad que ofreció al comendador Saldaña.

—Ya, ya —repuso el montañés casi avergonzado—, bueno sería que lo poco bueno que uno hace lo fuese a pregonar a son de trompeta. Y luego que cuando disteis aquel repelón a nuestro campo de Cornatel, ni siquiera hicisteis un rasguño a ninguno de los míos, y después a los que curaron de sus heridas, los regalasteis con tanta largueza como si fuerais un emperador. Para acabar de una vez, padres santos —continuó dirigiéndose al concilio con tanto respeto como desembarazo—, si dudáis de cuanto llevo dicho, venga aquí la Cabrera entera, y ella lo confirmará.

—No es necesario —dijo entonces el obispo de Astorga—, porque las secretas informaciones que por mi mandato han hecho los curas párrocos de aquel país corroboran los mismos extremos. Este proceso, último que queda por ver de cuantos se han traído a esta junta sagrada, deberá decidir el fallo, salvo el mejor parecer de mis hermanos.

—Deudos del conde de Lemos —dijo en alta voz el arzobispo de Santiago—, ¿queréis proseguir en la acusación, presentar nuevas pruebas y estar a las resultas del juicio?

—En mi nombre y en el de los míos, me aparto de la acusación —contestó Beltrán de Castro con despecho—, sin perjuicio de volver a ella delante de todos los tribunales cuando pueda presentar pruebas más valederas.

—Debáis pedir la del combate —le dijo Saldaña siempre con la misma amargura—, siquiera no fuese más que por renovar las hazañas de que fuimos testigos encima de Río Ferreiros.

Capitaneaba Beltrán la caballería del conde en aquella ocasión, y envuelto en el torrente de los fugitivos nada pudo hacer a pesar de sus esfuerzos, de manera, que sin estar desnudo de valor, su opinión había quedado en dudas. Ninguna herida por lo tanto más profunda y dolorosa pudiera haber recibido que la venenosa alusión del comendador. Tartamudeando pues de furor y con una cara como de azufre, le dijo:

—¡En cuanto os dieren por libres la pediré, y entonces veremos lo que va del valor a la fortuna!

—¡Mío es el duelo! —contestó don Álvaro—; pues que tomáis sobre vos las ofensas del conde de Lemos, a mí me encontraréis en la demanda.

—No sino a mí —replicó Andrade que he sido agraviado delante de tanta gente.

—Con los tres haré campo —exclamó Beltrán en el mismo tono.

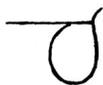
—Caballeros todos —dijo el inquisidor apostólico—, no debe escondérseos, sin duda, que delante de la justicia no hay agravio ni ofensa. Así pues, dad lo hecho por de ningún valor y efecto, y vos, Beltrán, ya que tan cuerdamente desamparáis la acusación, pensad en volveros a vuestro país, que los altos juicios de Dios no se enmiendan con venganzas ni rencores, siempre ruines cuando se ejecutan en vencidos.

Estas graves palabras, dichas con un acento que llegaba al alma, si no mudaron las malévolas intenciones de los Castro, les probaron por lo menos su impotencia; así fue que, despechados tanto como corridos, se salieron del tribunal y enseguida de Salamanca, donde habían encontrado el premio que suelen encontrar los sentimientos bastardos: la aversión y el desprecio.

Otro fruto produjeron también sus ciegas persecuciones, y fue el poner tan de bulto la inocencia de los templarios, que aun sus más encarnizados enemigos hubieron de contentarse con sordos manejos y asechanzas.

Vistos pues todos los procesos y pensado el asunto maduramente, el concilio declaró por unanimidad inocentes a los templarios de todos los cargos que se les imputaban, reservando, sin embargo, la final determinación al Sumo Pontífice.

Con esta sentencia salvaron los templarios el honor de su nombre, única cosa a que podían aspirar en la deshecha borrasca que corrían, pero harto más importante para ellos que sus bienes y su poder. Privados de uno y otro, su posición quedaba incierta y precaria hasta el concilio general, convocado para Viena del Delfinado, donde debía fallarse definitivamente el proceso de toda la Orden, dado que bien pocas esperanzas pudieran guardar cuando la estrella de su poder, como el Lucifer del profeta, se había caído del cielo.





Capítulo XXXIII

Mientras esto pasaba en Salamanca, doña Beatriz, pendiente entre la esperanza y el temor, veía correr uno y otro día fijos los ojos en el camino de Ponferrada, creyendo descubrir en cada aldeano un mensajero, portador de la suerte de su amante y de la Orden. La elevación natural de su espíritu le hacía mirar siempre el honor como el primero de los bienes, y bien puede decirse que entonces en el de don Álvaro pensaba, y no en su felicidad. Poco podía influir en su ánimo la sentencia más infamatoria que contra él llegase a fulminarse, porque el amor puro y lleno de fe que se había abrigado en aquel corazón, y que todavía le encendía, era incompatible con toda duda ni sospecha, pero la idea de ver a un joven tan noble y pundonoroso sujeto a infamantes penas, a la misma muerte quizá, la estremecía en sueños y despierta.

A pesar de todo, los consuelos y seguridades de su padre, la entrada de la benéfica estación y la influencia que aquellos lugares apacibles y pintorescos ejercían en su espíritu, producían poco a poco alguna mejoría en su salud y parecían disminuir su ansiedad y sus temores.

El lago había recobrado la verdura de sus contornos y la serenidad de sus aguas; los arbolados de la orilla, de nuevo cubiertos de hoja, servían de amparo a infinidad de ruiseñores, palomas torcaces y tórtolas que poblaban el aire de cantares y arrullos; los turbios torrentes del invierno se habían convertido en limpios y parleros arroyos; los vientos templados ya y benignos traían de los montes los aromas de las jaras y retamas en flor; los lavancos y gallinetas revoloteaban sobre los juncales y espadañales en donde hacían sus nidos, y el cielo mismo, hasta entonces encapotado y ceñudo, comenzaba a sembrar su azul con aquellos celajes levemente coloreados que por la primavera adornan el horizonte al salir y ponerse el sol.

La Aquiana había perdido su resplandeciente tocado de nieve y solo algunas manchas quedaban en los resquicios más oscuros de las rocas, formando una especie de mosaico vistoso. La naturaleza entera, finalmente, se mostraba tan hermosa y galana, como si del sueño de la muerte despertase a una vida perdurable de verdor y lozanía.

A la manera que el agua de los ríos se tiñe de los diversos colores del cielo, así el espectáculo del mundo exterior recibe las tintas que el alma le comunica en su alegría o dolor. Los acerbos golpes que doña Beatriz había recibido y su retraimiento en el monasterio habían trocado la natural serenidad de su alma en una melancolía profunda que, estimulada por el mal, tendía sobre la creación un velo opaco. Antes eran sus pensamientos un cristal rutilante que esmaltaba y daba vida y matices a todos los objetos al parecer más despreciables, porque el amor derramaba en su imaginación el tesoro de sus esperanzas más risueñas, y ella a su vez las vertía a torrentes sobre las escenas que a sus ojos se ofrecían, pero deshecho el encanto y deshojadas las flores del alma, todo se había oscurecido. El mundo, mirado desde las playas de la soledad y a través del prisma de las lágrimas, solo tiene resplandores empañados y frondosidad marchita.

Una tarde que estaba entregada a semejantes pensamientos en el mirador de la quinta, paseando por el cristal de las aguas distraídas miradas, llegose su padre a ella a tiempo que sus ojos se fijaban en el castillo de Cornatel, plantado a manera de atalaya en la cresta de sus derrumbaderos. No advirtió ella la aproximación de don Alonso y siguió engolfada en sus meditaciones.

—¿Qué piensas, Beatriz —le preguntó con su acostumbrado cariño—, que no has reparado en mí?

—Pensaba, señor —le respondió ella, llevando su mano a los labios—, que mi vida no es de dieciocho años, sino tan larga como la vuestra. Yo tenía un amante y lo he perdido, tenía una madre y la he perdido, tuve un esposo y allí lo he perdido también —añadió señalando el castillo con el dedo—. Dos veces me he visto desterrada del techo paterno; don Álvaro, desposeído de sus esperanzas, se acogió al claustro guerrero de una Orden poderosa y helo ahí por el suelo. ¿Cómo en el breve espacio de un año se han amontonado tantos sucesos sobre la endeble tela de mi vida? ¿Qué es la gloria del hombre que así se la lleva el viento de una noche? Mi ventura se fue con las hojas de los árboles el año pasado, ¡ahí están los árboles otra vez llenos de hojas!, yo les pregunto: ¿qué hicisteis de mi salud y de mi alegría?, pero ellas se mecen alegremente al son del viento y si alguna respuesta percibo en su confuso murmullo es un acento que me dice: «El árbol del corazón no tiene más que unas hojas y cuando llegan a caerse se queda desnudo y yerto, como la columna de un sepulcro»¹³.

¹³ Éxodo, 17, 6.

—Hija mía —respondió el anciano—, ¿te acuerdas de que el Señor hizo brotar una fuente de las entrañas de una peña para que bebiese su pueblo? ¿Cómo dudas, pues, de su poder y su bondad? ¿Te sientes peor?... Esta mañana no te he visto pasear por los jardines como otras veces...

—Sin embargo —contestó ella—, ya puedo andar un buen trecho sin el apoyo de Martina, y suelo dormir alguna que otra hora de la noche. Espero en Dios que mi mejoría será mayor cada día y que pronto sanaré de los males del alma y del cuerpo.

La cuitada se acordó de que su padre la escuchaba y volvió a su sistema de generoso fingimiento, pero tan lejos estaba de decir lo que sentía, que sin poderlo remediar terminó con un suspiro aquellas consoladoras palabras. El anciano le dirigió una mirada tan triste como penetrante, y al cabo de un corto rato en que guardó silencio, le dijo con acento sentido:

—Beatriz, hace tiempo que estoy viendo tus esfuerzos, pero tú no sabes que cada uno es un dardo agudísimo que me traspasa el corazón. ¿De qué me sirven esas apariencias vanas?... ¡Tú sí que te empeñas en deshojar la planta de mi arrepentimiento y en quitarme hasta la esperanza de sus frutos! Vuelve en ti, hija mía, y piensa que tú eres la única corona de mi vejez para desechar esos pensamientos que son una reconvención continua para mí.

—¡Oh, padre mío! —respondió la joven echándole los brazos al cuello—, no se hable más de mis locos desvaríos, que no siempre están en mi mano. ¿No queréis que demos un paseo por el lago?

—Óyeme todavía un poco más —respondió el anciano—, y dime todas tus dudas y recelos. ¿Qué te suspende y embebece tan dolorosamente, cuando las cartas que recibimos del abad de Carracedo nos aseguran de la justificación del tribunal de Salamanca? ¿Cómo dudas de que suelten a don Álvaro de sus votos, cuando los más sabios los dan por de ningún valor ni obligación?

—Dudo de mi dicha por ser mía —contestó doña Beatriz—, y porque es don Álvaro demasiado poderoso y de altas prendas para no infundir recelo a sus enemigos. ¿No sabéis también cuánto se afana el infante don Juan porque los templarios sufran aquí la misma suerte que en Francia? Harto justos son mis temores. Este pleito ruidoso me trae sin mí, y aun las escasas horas de sueño que disfruto me las puebla de imágenes funestas. El otro día soñé que don Álvaro estaba en medio de una plaza, atado a un palo y cercado de leña, y el pueblo que le miraba, en vez de darse a su ordinaria

grita, lo contemplaba mudo de asombro. Tenía vestido el hábito blanco de su Orden, y en su semblante había una expresión que no era de este mundo. De repente la leña se encendió y el inmenso concurso soltó un grito, pero yo le veía por entre las llamas, y estaba con su ropa cada vez más blanca y su semblante cada vez más hermoso. Por fin, empezaron a tiznarse sus vestidos y a alterarse sus facciones con el dolor, y clavando en mí los ojos me dijo con una voz muy alta y dolorosa: «¡Ay, Beatriz, estas habían de ser las luminarias de nuestras bodas!». Yo entonces, que había estado como de piedra, me encontré ágil y de repente corrí a él para desatarle, pasando por en medio de las llamas, pero apenas lo hube logrado cuando los dos caímos en la hoguera. Entonces me desperté temblando como una hoja, bañada en sudor frío y con un aliento tan ahogado que pensé que iba a morir. Por eso me notáis algo más de tristeza y abatimiento hoy que otras veces, pero la suerte me hallará para todo prevenida.

Don Alonso conoció que todas sus razones servirían de poco en aquella ocasión; así pues, al cabo de un rato de silencio, dijo presentando la mano a su hija:

—La tarde está muy hermosa y bien decías antes que era preciso aprovecharla.

La joven se levantó prontamente, y apoyándose en el brazo de su padre, bajó con él hasta el embarcadero, donde les aguardaba una ligera falúa con jarcias y banderolas de seda con las armas del Temple. Entraron en ella y tres mozos del país, empuñando los remos, comenzaron a bogar reciamente, mientras la airosa embarcación se deslizaba rápida y majestuosamente dejando tras sí un largo rastro, en el cual los rayos del sol parecían quebrarse en mil menudas chispas y centelleos.

Martina se había quedado en la quinta, y meneando la cabeza, y con ojos no muy alegres, seguía la falúa en que su señora, cubierta con una especie de almalafa blanca muy sutil, que se mecía al son del viento, y con los cabellos sueltos, parecía una nereida del lago. La pobre muchacha, que con tanto amor y discreción la había servido y acompañado, no acertaba a verse libre de zozobra y ansiedad, pues como la más cercana a doña Beatriz, mejor que nadie conocía su estado. En realidad, antes se había mejorado que decaído su salud, pero bien sabía las mortales congojas que le costaba la incertidumbre en que vivía por la suerte de don Álvaro, y que los vislumbres todos de su esperanza, de ella pendían principalmente. Por otra parte, como la tristeza es harto más contagiosa que la alegría, la buena de

Martina había perdido no poco de su belleza y donaire, y hasta el brillo de sus ojos azules se había amortiguado algo.

Sucedió pues, que cuando más embelesada estaba en sus ideas, unos pasos muy pesados que sintió detrás le hicieron volver la cabeza, y se encontró nada menos que con vuestro antiguo conocido Mendo, el caballero, que venía muy apurado y con la misma cara que en otro tiempo le vieron poner nuestros lectores cuando fue a noticiar a su ama en el soto de Arganza la llegada del templario y de su compañero. Martina, que desde aquella ocasión le había mirado con algo de ojeriza y mala voluntad, le recibió con impaciencia y ceño.

—Martina, Martina —le dijo con gran prisa—, algo debe de haber de nuevo, porque desde la torre he visto asomar gente por lo alto de la cuesta de Río Ferreiros.

—Vamos allá —respondió ella con despego—; siempre será una embajada como la de antaño. ¿Qué tenemos con la gente que venga? ¿No vienen todos los días de mercado aldeanos de Ponferrada?

—¡Qué aldeanos ni qué ocho cuartos, mujer! —respondió él con su acostumbrada pachorra—, ¡si he visto yo los pendoncillos de las lanzas y el sol que les daba en los cascos y no se podía sufrir! Dígame que son hombres de armas, y que algo de nuevo traen.

—Pues harto mejor harías en haber ido a esperarlos, y volver corriendo con la noticia —replicó Martina, que no gustando de la compañía, se hubiera deshecho de ella con gran satisfacción.

—De buena gana me hubiera ido —dijo él—, pero el vejete de Nuño se empeñó hoy en salir en el *Gitano*, que es el caballo que a mí me gusta, y me quedé. Vedlo, allí va —añadió señalando el lugar de la orilla por donde el cazador iba con su caballo—, ¡y qué aires tan altos y sostenidos!, ¡y qué maestría en el portante! ¡Calla!, ¿pues qué le ha dado al viejo que así lo pone al galope sin necesidad, como si fuera su jaca gallega?...

Quedose entonces el palafrenero con la boca abierta y siguiendo con los ojos la carrera de su palafreño predilecto hasta que, soltando un grito, exclamó con una impetuosidad que le era totalmente extraña:

—¡Ahora sí!, ahora sí que son ellos; míralos allá, Martina... Allá abajo, las encinas, a la entrada del pueblo..., ¿no los ves?

—Sí, sí, ya los veo —respondió la muchacha, que era toda ojos en aquel momento—. Pero ¿qué traerán?

—¿Qué sé yo? —respondió Mendo—. ¡Toma!, ¡toma!, ¡pues si casi todo el pueblo de Carucedo está allí! Oye, oye cómo gritan y cómo brincan los rapaces y aun los mozos... Pues señor, algo alegre tiene que ser por fuerza.

—Pero válgame Dios, ¿y qué podrá ser? —volvió a preguntar la muchacha, poseída de curiosidad.

—Ahora llega Nuño y habla con ellos. ¡Por Santiago, que el viejo se ha vuelto loco!, ¿no has visto cómo ha tirado el gorro al alto?... ahora todos hacen señas a la falúa de los amos..., allá va..., ¡cuerpo de Cristo, y qué gallardamente reman!..., pues no tienen poca prisa los que aguardan..., ¿has visto tal grita y tal manotear?

La embarcación iba acercándose en efecto rápidamente a las señas y voces de aquel animadísimo grupo de gentes de todas edades y sexos, sobre los cuales se veían descollar algunos hombres de armas a caballo; sin embargo, la velocidad de la falúa no correspondía a la impaciencia de Nuño que, picando de ambos lados su generoso corcel, se metió al galope por el lago adelante, levantando una gran columna de agua con la que debía de mojarse hasta los huesos, y excitando la furia de Mendo que echando un voto y amenazando con el puño cerrado, dijo con una gran voz:

—¡Ah, bárbaro silvestre y bellacón!, ¿así tratas tú a la alhaja mejor de la caballeriza? ¡Por quien soy, que no tienes tú la culpa, sino quien pone burros a guardar portillos! ¡Para mi alma, que si otra vez te vuelves a ver encima de él, que me vuelva yo moro!

—Mal año para ti y para todos tus rocines —exclamó enojada Martina—, calla, a ver si podemos oír algo, y déjame ver de todas maneras lo que pasa.

El generoso corcel, obediente y voluntario como suelen ser todos los de buena raza, llegó nadando gallardamente con su jinete hasta el borde de la falúa, y allí Nuño, gesticulando con vehemencia, dio su mensaje, que tanta prisa le corría. Doña Beatriz, que se había puesto en pie para escucharle, y cuya forma esbelta, y agraciada con su vestido blanco, se dibujaba como la de un cisne sobre la superficie azulada del lago, levantó los brazos al cielo y enseguida se hincó de rodillas con las manos juntas como si diese gracias al Todopoderoso. Su padre, fuera de sí de alborozo, corrió a abrazarla estrechamente; enseguida, metiendo la mano en una especie de bolsa que traía pendiente de la cinta, sacó una cosa que entregó a Nuño, y este, volviendo a la orilla con gran prisa, comenzó a distribuir entre los aldeanos el bolsillo de su señor que, como presumirán nuestros lectores, era lo que acababa de recibir. Con esto crecieron las aclamaciones y vítores, mientras

la falúa ligeramente se dirigía a las encinas, donde el señor de Arganza, saltando en tierra y abrazando a uno de los recién venidos, le hizo embarcar con él y su hija que también se adelantó a darle la mano. Los demás, precedidos de Nuño, se dirigieron al galope a la quinta, seguidos durante un rato de toda la chiquillería de Carucedo que gritaban a más y mejor.

Martina, que con los ojos arrasados en lágrimas había visto aquella escena cuyo sentido no tardó mucho en comprender, exclamó entonces:

—Gracias mil sean dadas a Dios, porque los templarios han sido absueltos y ya nada tenemos que temer por el generoso don Álvaro. Pero, ¿qué haces ahí, posma? —le gritó a Mendo, que se había quedado como lelo—, ¿no ves que ya están llegando? Anda a habilitar las caballerizas.

No le pesaba al rollizo palafrenero de la absolución de don Álvaro, porque desvanecidos como el humo sus proyectos de servir a un conde con la muerte del de Lemos, creía que ninguno podía haber más honrado para reemplazarle que el señor de Bembibre, pero no estaba en esto la dificultad, sino en que, como amo y criado, venían a ser a sus ojos una misma persona, y él no había cedido en sus amorosos propósitos respecto a Martina, veía dar en el suelo toda la fábrica de sus pensamientos con semejante desenlace. Así fue que, aguijoneado tan vivamente por la muchacha, bajó la escalera diciendo entre dientes:

—Pues, señor, con que el zascandil de Millán vuelva y con que el *Gitano* coja un muermo con la mojadura que no se lo quite en medio año de encima, medrados hemos quedado.

Martina, por su parte, bajó también aceleradamente al embarcadero, donde a poco saltó en tierra su señora en compañía de su padre y de aquel portador de buenas nuevas, que no era otro sino nuestro buen amigo Cosme Andrade.



Capítulo XXXIV

El honrado montañés, que vio tan bien terminada la causa de los templarios, a despecho del encono que los Castro abiertamente, y el infante don Juan y otros señores con sordos manejos, habían manifestado contra aquella esclarecida Orden, determinó volverse a su Cabrera, de donde faltaba hacía ya más tiempo del que hubiera deseado. Como la situación de los caballeros después de la ocupación de sus bienes era tan precaria, volvió a las instancias y ofertas que ya en Ponferrada había hecho al comendador, pero con más ardor que nunca, ponderándole con su sencilla efusión el gran contento que recibiría su mujer con su vista, el favor que le haría en enseñar a sus hijos los ejercicios de los guerreros, lo mucho que se divertiría con sus cazas, y sobre todo la paz y veneración que le rodearían por todas partes. El anciano se mantuvo inflexible como quien ha formado una resolución que todo el poder del mundo no bastaría a destruir, y así el buen hidalgo hubo de hacer sus preparativos de viaje sin que se le lograra aquel vivo deseo.

Cuando llegó el día de la separación, los caballeros todos salieron a despedir a Cosme a las afueras de Salamanca para darle un público testimonio de lo agradecidos que quedaban a su noble comportamiento. Paga escasa en verdad, si no la realizara y diera tan subido precio la sincera voluntad que la dictaba, porque nadie se había arrojado a la defensa del Temple con tanto valor como aquel sencillo montañés, ni hubo testimonio que tanto peso tuviese como el suyo en el ánimo de aquellos santos varones.

La nobleza de su alma se descubrió bien a las claras cuando, casi solo, se arrestó a sostener el choque de la opinión embravecida en aquel siglo supersticioso, y sin vacilar se puso a luchar cuerpo a cuerpo con el poderoso linaje de los Castro.

Cualquiera que fuese la prevención y odio con que miraban a aquella caballería, como los rasgos generosos tienen un no sé qué de eléctrico, poco tardó en ganar la mayor parte de los corazones; así fue que salió de Salamanca colmado de elogios y favores de todas clases.

Llegó por fin el instante de la partida, y entonces el maestro, después de haberle dado las gracias en unos términos que el buen montañés no parecía sino que estaba a la vergüenza, según el vivo color que a cada momento le

encendía las mejillas, le regaló un caballo de casta árabe y de hermosísima estampa, ricamente enjaezado. Bien hubiera querido él excusar el regalo, pero no fue posible atendida la fina y delicada muestra de gratitud de aquellos guerreros. Antes de montar a caballo, sin embargo, todavía llamó aparte a Saldaña, y con las lágrimas en los ojos le volvió a rogar que se fuese con él a Cabrera, cosa que él rehusó, pero no sin cierto enternecimiento que no estaba en su mano sofocar. Por fin, después de muchos abrazos y aun lágrimas, subió el montañés en su nueva cabalgadura y se alejó de la noble Salamanca, acompañado de unas cuantas lanzas del abad de Carracedo que volvían al Bierzo.

Comoquiera, las alegres nuevas de que era portador casi disiparon del todo el disgusto de la separación, porque las cartas que llevaba para el señor de Arganza del venerable religioso, y los sucesos que como testigo presencial podía contar, era cosa averiguada que derramarían la alegría en las pintorescas orillas del lago de Carucedo.

Y no se engañaba, según acabamos de ver, porque como aquellos pacíficos aldeanos solo bienes y limosnas debían a los templarios, recibieron como la mejor fiesta del mundo la noticia de su absolución. Así fue que cuando puso el pie en tierra, después de haberle acogido con los brazos abiertos el señor de Arganza y de haber visto entre las suyas la mano delicada de aquella dama a quien sus pesares y dolencias no habían podido despojar de su singular atractivo y hermosura, no sabía el buen cazador lo que le pasaba, ni cabía en sí de puro ancho.

Como ya declinaba el sol cuando el encuentro y sucesos que de referir acabamos, don Alonso no rompió la nema de los pliegos hasta llegar a la quinta.

El virtuoso abad le daba cuenta en ellos de varios pormenores del juicio y de la sentencia, le recomendaba eficazmente a Andrade y concluía diciéndole que, atendido el espíritu de los padres del concilio, estaba casi cierto de que darían por libre a don Álvaro de todos sus votos. La carta concluía con algunas reflexiones llenas de unción y de consuelo, vivo traslado de la caridad que se abrigaba en aquella alma, a pesar de la notable adustez de su carácter.

Encargar festejos y toda clase de finezas para el portador de semejantes nuevas era trabajo de todo punto excusado, además que don Alonso estimaba cordialmente a aquel hombre, dechado de honradez y de virtudes antiguas.

Así fue que en los días que permaneció en la quinta, no cesaron las funciones de caza y pesca, los banquetes y las danzas. Sin embargo de todo, el montañés, que nunca había hecho ausencia tan larga de su casa, anhelaba extraordinariamente volver a ver la cara de su mujer y los enredos de sus hijos; por lo cual, al cabo de una semana, se despidió de su noble huésped y de su interesante hija, para volverse a sus nativas montañas. Doña Beatriz le regaló unas preciosas ajorcas de oro y pedrería para su esposa, y don Alonso le hizo presente de un hermoso tren de caza, con una cometa primorosamente embutida en plata. Además, para mayor honra, le acompañó un buen trecho de camino, al cabo del cual se separaron haciéndose las más cordiales protestas de amistad y buena correspondencia.

En su alma era donde encontraba Andrade el mejor galardón de sus acciones, pero no dejaba de ser una, y bien halagüeña, la afición que con ellas había logrado despertar en todas las almas bien nacidas.

Mezclábase también a estos sentimientos un poco de vanidad por haber venido a ser el héroe de aquellos sucesos, por manera que el respeto antiguo con que entre los suyos era mirado, subió de punto y aun llegó a pasmo y admiración.

Después de esta peripecia, pasó doña Beatriz del extremo de la ansiedad y del dolor al de la esperanza y alegría. No solo veía a su amante honrado y absuelto, sino libre de sus votos, volviendo a sus pies más rendido y enamorado que nunca y abriendo como la aurora las puertas de la luz al día resplandeciente y eterno de su amor. Desde entonces parecía que un nuevo germen de vida discurría por aquel cuerpo debilitado y lánguido, y que sus ojos recobraban poco a poco la serenidad de su mirada. Sus mejillas comenzaron a colorearse suavemente, y en todos sus discursos se notaba que la confianza había vuelto a introducirse en su alma. Locos extremos, sin duda, en que más parte tenía el deseo de su corazón que la realidad de las cosas, puesto que la suerte de don Álvaro estaba todavía pendiente del fallo de un tribunal, y que ni la razón ni la religión aconsejan que se ponga tanta fe en la inestabilidad de los negocios humanos.

Los que contaban con la condena y castigo de los templarios, que era la corte de Castilla y la mayor parte de sus ricos hombres, aunque estaban apoderados de sus bienes y aun de sus personas, volvieron a sus recelos y temores no bien los vieron absueltos y dados por libres los cargos que se les imputaban. Por lo mismo, redoblaron su diligencia y esfuerzos para que los tristes pedazos de aquel ilustre cuerpo, como los de la serpiente fabulosa,

no pudieran volver a juntarse y soldarse para tornar a la vida. Desconcertada su acción y secuestrados sus bienes, el medio más eficaz de reducirles al último abatimiento era privarles de aquellas alianzas, escasas en número a la verdad, pero por lo mismo sinceras, a cuya sombra pudieran intentar su restauración; y cuando a tanto no alcanzaran, debilitar por lo menos todo lo posible a los señores que les quedaban amigos para hacerlos menos temibles.

En tan fatal coyuntura se ofrecía a la resolución del tribunal el asunto de don Álvaro. Aunque todos sabían que la amargura del desengaño era la que le había llevado a la soledad del claustro, no por eso dejaban de conocer que, habiendo pronunciado sus votos voluntariamente, cualquiera que fuesen las cualidades de que en su origen adolecían, nunca faltaría a la fe jurada a sus hermanos. Claro estaba, por consiguiente, que si quedaba suelto de las ligaduras religiosas y volvía a ser señor de sus bienes en un país donde el Temple había echado tan hondas raíces, podían amagar grandes peligros, y mucho más si al cabo llegaba a entroncarse con la poderosa casa de Arganza.

Como don Álvaro, por otra parte, no había querido apartar su causa de la de su Orden, ni aun a trueque de la felicidad con que le brindaba, más que el abad de Carracedo y sus amigos, su propio corazón, de imaginar era que no bien se le deparase la ocasión trataría de volver por el honor de los suyos y de reparar la injusticia cometida con ellos.

Muy común es aborrecer a quien sin causa se agravia, porque su presencia es un vivo reproche y sañudo despertador de su conciencia, y por esta razón sin duda, miraba el infante don Juan a don Álvaro con sangriento rencor. Cuánto, pues, no debieron crecer sus inquietudes cuando vio la posibilidad de que de nuevo se anudase aquel lazo que ya antes había roto con el enlace del conde de Lemos, y que entonces parecía traído por una mano invisible. Desde el día mismo de la sentencia, volvió a sus cábalas y maquinaciones procurando torcer el ánimo de los obispos para que declarasen templario a don Álvaro, y como tal, sin absolverle de ninguno de sus votos, le sujetasen a la final determinación del Sumo Pontífice. Con esto se lograba que, continuando sus bienes en secuestro, perdiese aquella insigne milicia la esperanza de mejorar su causa al abrigo de un señor poderoso y valiente, mientras el tiempo y el decaimiento a que habían venido acababan de todo punto con su lustre y prestigio. Solo de esta suerte podía descansar su codicia acerca del fruto que pensaba sacar aquel rico botín.

Con grandes obstáculos tenía que luchar sin embargo, y no era el menor de todos ciertamente ser él quien tan solícito se mostraba en semejante fallo, porque su reputación no podía andar más despreciada y abatida, aunque se abrigase de la majestad y pompa del rey su sobrino. Por otra parte, las candorosas declaraciones de don Álvaro, que viendo ya a salvo el honor y aun la vida de sus hermanos, había acallado por fin los generosos escrúpulos de su honor; las cartas del infante a don Juan Núñez en que se revelaba la negra trama de Tordehumos, los esfuerzos de este buen caballero, sinceramente arrepentido y deseoso de enmendar su anterior conducta, y el noble desprendimiento de Saldaña que, a trueque de favorecer al señor de Bembibre, no vaciló en acusarse de haber ejercido coacción en el maestre para su admisión en la Orden, eran contrapeso más que suficiente a las intrigas y maquinaciones de aquel mal caballero. No era la cuestión de gobierno y buena política la sometida a la sensatez de los prelados de Castilla y Portugal, sino la justicia estricta y rigurosa, y así, desde luego, manifestaron su resolución de favorecer a don Álvaro. En tan robusto fundamento descansaban las esperanzas del abad de Carracedo y las seguridades, temerarias sin duda, de doña Beatriz.

Desgraciadamente, no estaba del mismo modo de pensar el inquisidor delegado del Papa, y sin su ayuda mal podía ponerse el sello a la ventura de aquellos desdichados amantes. Arrastrado por el rey de Francia, según ya dijimos, entró Clemente en la persecución de los templarios; la política, más que el encono, le mantuvo en aquella senda, indigna de la majestad pontificia, y atendiendo a ella más que a otra cosa, sus legados salieron bien penetrados de sus instrucciones y decididos a llevar a cabo sus intentos. Viendo pues Aymerico que los padres de Salamanca, puesta la mirada únicamente en la justicia, se inclinaban a pronunciar la nulidad de los votos de don Álvaro, y ocupado de los mismos temores que el infante don Juan, comenzó a suscitar estorbos a la decisión del concilio. No le valieron sin embargo sus astucias; así es, que pasado poco tiempo, hubo de recaer fallo sobre este incidente del gran proceso del Temple.

La sentencia declaró a don Álvaro libre de los votos de obediencia y pobreza, únicos que le ligaban a la Orden, y le restituyó todos sus bienes y derechos, pero no pudo coronar la obra de virtud de aquellos piadosos prelados. El voto de castidad y pureza, atadura la más fuerte de todas, quedaba sujeto a la jurisdicción especial del legado pontificio, pues cualquiera que fuese la nulidad de los otros, al cabo todos se referían a un

orden de cosas ya finado o suspenso por lo menos, al paso que este, como de obligación absoluta y puramente individual, no estaba sujeto a tiempo ni circunstancias, habiendo sido pronunciado voluntariamente.

Semejante explicación, como otras muchas que se fundan en una mezquina y farisaica explicación de las leyes, tenía mucho más de escolástica y teológica que de caritativa y benéfica, porque el ningún valor esencial de la profesión de don Álvaro mal podía fortalecer ninguna de las obligaciones con ella contraídas, y por otra parte, ningún empleo más noble podía buscarse al poder de la religión que remediar los daños de la iniquidad y perfidia. Por dado que fuese el siglo aquel a sutilezas de escuela, de tanto bulto eran estas razones y tan acomodada por otra parte la solicitud al espíritu del Evangelio, que los obispos todos con el mayor encarecimiento rogaron al inquisidor que, en uso de sus facultades extraordinarias, rompiese la última valla que se oponía a la felicidad de dos personas tan dignas de estimación y de respeto por sus desventuras y por su elevado carácter, agradeciendo así las hazañas de don Álvaro en Andalucía y Tordehumos, y librando a un tiempo de su final ruina a dos linajes esclarecidos y antiguos.

Cabalmente, estas razones eran las que más desviaban al inquisidor de otorgar la demanda, pues no habiendo sido poderosa su influencia a estorbar la declaración que restituía a don Álvaro a la clase de señor independiente, el único medio que tenía de disminuir su poderío era impedir aquel enlace deseado. Tan cierto es que la mano de la política y la razón de Estado sin escrúpulo trastornan las esperanzas más legítimas y se burlan de todos los sufrimientos del alma.

Perseverante, pues, en su propósito, desoyó Aymerico no solo las reclamaciones del abad y de los prelados, sino los ruegos de una gran porción de señores que, guiados por don Juan Núñez de Lara, y llenos de afición a don Álvaro, emplearon todos sus esfuerzos en allanarle el camino de su felicidad. Recayó pues, brevemente la sentencia dando por válido y obligatorio el voto de que se trataba hasta que el Sumo Pontífice, en el concilio general que debía celebrarse en Viena del Delfinado, determinase lo más justo.

El inquisidor, por su parte, para dulcificar algún tanto la amargura de este fallo, ofreció interponer sus buenos oficios con la corte romana, para la resolución definitiva de este asunto que en conciencia no había podido zanjar favorablemente, según decía. Ninguno se dejó engañar, sin embargo,

porque acudiendo al concilio de Viena casi todos los obispos de la cristiandad, y habiendo de verse en él las piezas innumerables del inmenso proceso del Temple, no había imaginación que le viese el término, ni esperanza que hasta su fin pudiese llegar.

Muy general fue la pesadumbre que ocasionó semejante desenlace, pero la del abad, del maestre, de Saldaña y don Juan Núñez de Lara fue grandísima y sobremanera amarga, aunque dictada por tan distantes motivos. Mucho le pesaba al buen religioso de ver así malogrados sus afanes, y a los ancianos caballeros asistir a los funerales de la última esperanza de don Álvaro, pero en Lara se mezclaba al dolor el más vivo remordimiento, y de todos ellos era quizá el más digno de compasión.

Por lo que hace a aquel desventurado joven, no se le oyó más que una queja: la de ver definitivamente separada su suerte de la de los templarios cuando acababan de romper el último talismán que podía hacerle agradable el poder y los honores. Desde entonces hasta el día en que hubo de dar la vuelta al Bierzo en compañía del abad no volvió a pronunciar una sola palabra sobre su suerte, pero en aquella ocasión, y sobre todo al despedirse de Saldaña, soltó la compresa a su dolor, y maldijo mil veces del sino que había traído al mundo. El anciano le consoló como pudo, exhortándole a la fortaleza, y poniéndole delante la inmensidad del porvenir con que le brindaba su juventud. Tanto él como el maestre y casi todos los caballeros quedaban en calidad de reclusos esparcidos en monasterios y conventos apartados hasta la resolución del Papa; así pues, don Álvaro, después de haber recibido la bendición de su tío y los abrazos de Saldaña y de sus compañeros, salió de Salamanca con el abad de Carracedo, desamparado y triste como nunca.

Después de tantos desengaños y severas lecciones, al cabo de tantos vaivenes dentro de su propio corazón y en los revueltos caminos del mundo, la luz de la esperanza solo podía iluminar dudosa y turbiamente las tinieblas de su alma. No se le ocultaba el estado de doña Beatriz y el terrible golpe que con el último suceso iba a recibir, y contra aquel presentimiento, contra aquella voz interna, se estrellaban todos los consuelos y reflexiones del abad; bien es verdad que los mismos temores y zozobras asaltaban el alma del anciano y privaban a su voz de aquel acento de seguridad tan necesario para comunicar el valor y la confianza. El viaje, por consiguiente, fue muy desabrido y silencioso.

Había pensado el monje presentarse desde luego en la quinta de Carucedo y preparar por sí mismo a doña Beatriz para la dura prueba a que volvía a sujetarle la suerte, pero mejor mirado todo, juzgó más prudente detenerse a descansar en Bembibre, y desde allí escribir a don Alonso todo lo ocurrido.

Habíase adelantado Millán a la impensada nueva del regreso de su amo, y todo Bembibre salió a su encuentro, pues ni un solo día habían dejado de rezar por su feliz y pronta vuelta, ni echar de menos su autoridad paternal. Don Álvaro procuró corresponder como siempre a aquellas sencillas muestras de aprecio, pero nadie dejó de observar con disgusto cuán mudado estaba con los pesares el semblante de su señor. La guarnición que en nombre del rey ocupaba el castillo, lo dejó al punto en manos de su legítimo dueño, y un buen número de los soldados que habían acompañado a don Álvaro a la expedición de Tordehumos se apresuraron a guarnecerlo. En una palabra, el día entero y aun alguno de los posteriores se pasaron en danzas y regocijos de todas clases, pues todo había vuelto en Bembibre a su antigua alegría. ¡Todo menos el corazón de su señor!



Capítulo XXXV

Las esperanzas de doña Beatriz venían a ser con tan raros sucesos como las flores del almendro, que apresurándose a romper su capullo a las brisas de la primavera, y abriendo su seno a los rayos del sol, desaparecen en una sola noche al soplo mortífero de la helada. Su alma cansada de sufrir y su salud postrada a los embates del dolor, no bien sintieron flojas las rigurosas ataduras, cuando se abalanzaron ardientemente a la fuente del bien y la alegría, para templar su hidrópica sed, bien ajenas de encontrar el acíbar de nuevas tribulaciones, donde tan regalada frescura y suavidad se imaginaban.

No era muy del agrado del cuerdo don Alonso aquella imprudente seguridad en que se adormecía su hija, pero gracias a ella sus fuerzas se restauraban tan visiblemente y hasta su memoria parecía purificarse de los pasados trágicos recuerdos de tal modo que no tenía valor para destruir aquel hermoso sueño que le libraba de su más terrible recelo.

El anciano médico de Carracedo se manifestaba sumamente satisfecho del sesgo que la enfermedad iba tomando, y como las noticias que de Salamanca llegaban solo traían anuncios de un porvenir próspero, nada había que detuviese la naturaleza en su benéfico movimiento.

Había entrado de lleno la primavera, y su influjo contribuía también poderosamente al alivio de la enferma pintando en su imaginación las risueñas escenas de aquellos contornos y regalando su pecho con su amoroso ambiente. Aquel cuadro ganaba cada día en belleza y amenidad, y en él encontraba el alma tierna y apasionada de doña Beatriz un manantial inagotable de dulcísimas sensaciones.

Una mañana que, unas veces a pie y otras embarcada, había recorrido con su padre y su doncella gran parte de las orillas del lago, se recostó por último al pie de un castaño para descansar un poco de su fatiga. Arrullaba tristemente una tórtola en las ramas de aquel árbol; un leñador, descargando recios golpes con su hacha en el tronco de un acebuche no muy distante, acompañaba su trabajo con una tonada muy dulce, y en el medio del lago, menudamente rizado por un vientecillo ligero, se

balanceaba una barquilla con un solo aldeano. El cielo estaba puro; el sol, recién salido, alumbraba con una luz purísima el paisaje, y únicamente en un recodo algo más sombrío de aquella líquida llanura una neblina azul y delgada parecía esconderse de sus rayos.

Los tres guardaban silencio como si temiesen interrumpir con sus palabras la calma de aquel hermoso espectáculo, cuando un resplandor que venía del lado de Carucedo dio en los ojos de don Alonso, y fijándolos con más cuidado en aquel paraje, vio un hombre de armas que al trote largo se encaminaba hacia ellos, y cuyo almete y coraza heridos por el sol despedían vivos fulgores. Hacía días que no recibía noticias de Salamanca el noble señor, y al punto juzgó que aquel hombre vendría enviado del abad.

El forastero, que vio la falúa atracada a corta distancia y el traje y apostura del grupo que estaba al pie del castaño, se encaminó hacia ellos en derechura, y apeándose ligeramente, presentó a don Alonso un pliego con las armas de Carracedo. Abriólo rápidamente, y a los pocos renglones que hubo leído se le robó el color de la cara, comenzaron a temblarle las rodillas, y como si fuese a perder el conocimiento se apoyó contra el tronco del árbol y dejó caer el papel de las manos. Doña Beatriz entonces, veloz como el pensamiento, se arrojó al suelo y recogiendo la carta se puso a leerla con ojos desencajados, pero su padre, que al ver su acción pareció recobrarse enteramente, se arrojó a ella para arrancársela de las manos diciéndole a gritos:

—¡No lo leas!, ¡no lo leas, porque te matará!

Pero ella, desviándose a un lado, sin separar sus ojos del fatal pliego y cebada en sus renglones, llegó a un punto en que lanzando un tremendo gemido, cayó sin sentido en brazos de su fiel doncella. El mensajero acudió al punto a su socorro y los remeros hicieron lo mismo saltando en tierra, pero ya don Alonso y Martina la habían reclinado de nuevo al pie del árbol, sentándose esta en el suelo y teniendo en su regazo la cabeza de su señora. Entonces comenzaron a rociarle el rostro con agua que traían del lago en un búcaro, y a administrarle cuantos remedios consentía lo impensado del lance, pero inútilmente, porque no volvía en sí ni cesaba una especie de respiración sonora y anhelosa que parecía hervir en lo más profundo de su pecho. De cuando en cuando exhalaba un ¡ay! profundísimo y llevaba las manos al lado del corazón, como si quisiese apartar un peso que la abrumaba, mientras un copioso sudor corría de su frente y humedecía todo su cuerpo.

En semejante estado se pasó un largo rato, hasta que viendo don Alonso que el accidente ofrecía serio cuidado, determinó ponerla en la falúa y volver a la quinta inmediatamente. Transportáronla pues entre todos con el mayor cuidado, y bogando aceleradamente, poco tardaron en desembarcar en el muelle desde donde con las mismas precauciones la llevaron a su cama. Afortunadamente, estaba allí a la sazón el anciano físico de Carracedo que acudió al punto, y observando con gran cuidado su respiración y pulso, le abrió sin perder tiempo una vena. Con el remedio comenzó a mitigarse su tremenda fatiga, y a poco abrió los ojos, aunque sin fijarlos en objeto alguno determinado y rodeando su cámara con una mirada incierta y vagarosa. Por último, recobró totalmente sus sentidos, pero presa todavía de su tremendo ataque, las primeras palabras que pronunció fueron:

—¡Aire!, ¡aire!, ¡yo me ahogo!

El religioso acudió aceleradamente a las ventanas y las abrió de par en par.

—¡Ah!, ¡todavía!, ¡todavía tengo aquí un peso como el de una montaña! —exclamó pugnando por incorporarse y señalando el lado izquierdo del pecho.

Entonces Martina, el monje y su padre la incorporaron en el lecho, amontonando detrás una porción de almohadas. En esta postura recobró poco a poco algún sosiego, y el aire templado y apacible que entraba por las ventanas empezó a serenar su respiración. Entonces fue cuando el recuerdo de la escena que acababa de pasar se despertó en su memoria, y clavando en su padre sus ojos alterados y brillantes con el fuego de la calentura, le dijo:

—¿Qué se hicieron la carta y el mensajero?... ¡Dadme el papel, que todavía no le he acabado de leer!... ¿Dónde le guardáis, que no le veo?

—¡Hija mía!, ¡hija mía! —le respondió el anciano—, no me destroces el corazón. ¿Qué vas a buscar en ese malvado escrito?

—¡La carta!, ¡la carta! —repuso ella con ciega y obstinada porfía, y sin hacer caso de las razones de su padre.

—Dádsela y no la contradigáis —añadió el físico en voz baja—, porque ya no le podrá hacer más daño del que le ha hecho.

Entregósele entonces don Alonso, y ella, con extraordinaria avidez, se puso a devorarla. Esta carta, como presumirán nuestros lectores, no contenía sino lo que ya saben, pero por una fatal circunstancia distaba de la imaginación de doña Beatriz como el cielo de la tierra. Acabó, por fin, de

leerla, y dejando caer entrambas manos sobre el lecho, como postrada de debilidad, dirigió una larga y melancólica mirada al paisaje que por las abiertas ventanas se descubría. Un breve espacio estuvo sumida en esta triste distracción hasta que, al cabo, lanzando un profundo suspiro, exclamó:

—Y sin embargo, mi ensueño era bien puro y bien hermoso: puro y hermoso como ese lago en que se mira el cielo como en un espejo, y como esos bosques y laderas llenas de frescura y de murmullos. No seré yo quien sobreviva a las pompas de este año. ¡Necia de mí, que pensaba que la naturaleza se vestía de gala como mi alma de juventud para recibir a mi esposo, cuando solo se ataviaba para mi eterna despedida!

—¡Y necio de mí mil veces —repuso don Alonso—, que te dejé adormecer en esa vana esperanza que podía desvanecerse con un soplo!

—¿Qué queráis, padre mío? —repuso ella con dulzura—, mis ojos se habían cansado de llorar en la noche de mis pesares, y cuando el cielo me mostró un vislumbre de felicidad, creí que duraría, porque lo había comprado a precio de infinitas amarguras. Poco siento la muerte por mí, ¿pero quién os consolará a vos, quién le consolará a él, a él que me ha amado tanto?

—Doña Beatriz —dijo gravemente el religioso—, no hace mucho tiempo que la misericordia divina os sacó de las tinieblas mismas de la muerte, y no sé cómo en vuestra piedad lo echáis en olvido tan pronto y así desconfiáis de su poder. Por otra parte, yo he leído también lo que dice mi reverendo prelado y no veo motivo para ese desaliento, cuando el inquisidor Aymerico ha prometido su ayuda para con el Soberano Pontífice a fin de que la consulta se decida favorablemente. Así debéis esperarlo.

—¡Ah, padre! —contestó ella—, ¿cómo pensáis que en el laberinto de este inmenso negocio tropiecen en la hoja de papel de que pende mi sosiego y felicidad? ¿Qué les importa a los potentados de la tierra la suerte de una joven infeliz que se muere de amor y de pesar? ¿Quién pone los ojos en el nido del ruiseñor cuando el huracán tala y descuaja los árboles del bosque?

Don Alonso, que se había sentado a los pies de la cama con la cabeza entre las manos, sumido en una profunda aflicción, se levantó al oír estas palabras como herido de una idea súbita, y poniéndose delante de su hija, con ademán resuelto respondió:

—¡Yo, yo que te he perdido, yo te traeré la libertad de don Álvaro y la ventura de los dos!, yo pasaré a Francia, yo iré al cabo del mundo, aunque sea

a pie y descalzo y con el bordón del peregrino en la mano, y me arrojaré a los pies de Clemente V. Yo le hablaré de la sangre que ha vertido mi casa por la fe de Cristo y le pediré la vida de mi hija única. Mañana mismo partiré para Viena.

—¡Vos, señor! —contestó ella como asustada—. ¿Y pensáis que yo consentiré en veros expuesto a las penalidades de un viaje tan largo y en mirar vuestras canas deslucidas con inútiles ruegos solo por esta pasión insensata que ni la oración, ni las lágrimas, ni la enfermedad han podido arrancar de mi pecho? Y luego, padre mío, considerad que ya es tarde y que a vuestra vuelta solo encontraréis el césped que florezca sobre el cuerpo de vuestra hija. ¡No os apartéis de mí en ese instante!

—¡Beatriz! ¡Beatriz! —contestó el anciano con un acento terrible—, no me desesperes, ni me quites las fuerzas que necesito para tu bien y el mío. Mañana partiré, porque el corazón me dice que el cariño y el arrepentimiento de tu padre han de poder más que la fatal estrella de mi casa.

Doña Beatriz quiso responder, pero Martina, juntando las manos, le dijo con el mayor encarecimiento:

—Por Dios Santo, noble señora, que le dejéis hacer cuanto dice, porque me parece que es una voz del cielo la que habla por su boca, y además, con eso le quitaréis un peso que le agobia de encima del corazón.

—Doña Beatriz —le dijo gravemente el religioso—, en nombre de vuestro padre, de vuestro linaje y de cuanto podéis amar en este mundo, os encargo que recojáis todo vuestro antiguo valor y que os soseguéis, pues semejante agitación puede dañaros infinito.

Y al acabar estas palabras se salió del aposento llevándose consigo al señor de Arganza. Separose de él un instante para disponer una bebida con que pensaba templar la calentura de la enferma aquella noche, y enseguida volvió al lado del acongojado viejo.

—¿Cuál es vuestro pensamiento? —le preguntó.

—El de emprender la marcha al instante —le respondió don Alonso—, pero quisiera que vuestro prelado viniese a hacer el oficio de padre con mi desdichada hija, que va a quedar por algún tiempo en la mayor orfandad y desamparo. ¿Creéis que su vista no empeore su estado trayéndole a la memoria imágenes dolorosas?

—Todo lo contrario —respondió el monje—, antes es preciso amortiguar el crudo golpe que ha recibido hoy, borrándolo en lo posible de su imaginación. Así que, no solo debe venir el abad, sino don Álvaro también,

y muy en breve, porque tal vez su presencia valga harto más que todos mis remedios.

—Sí, sí, sin perder tiempo —respondió don Alonso llamando con una especie de silbato de plata.

Al punto se presentó el cazador Nuño.

—¿Se ha ido ya el mensajero de Bembibre? —le preguntó su amo.

—No, señor —respondió el viejo con aire de taco—, sin duda aguardará por las albricias de las buenas nuevas que ha traído.

—No importa —respondió don Alonso—, tráele inmediatamente a mi presencia.

El criado salió murmurando entre dientes, y su señor, sentándose aceleradamente en su bufete, escribió una carta muy encarecida al abad encargándole la pronta venida en compañía de don Álvaro. Justamente acababa de cerrarla, cuando se presentó el mensajero.

—Malas nuevas has traído, amigo —le dijo el señor de Arganza.

—¡Ah, señor! —respondió el hombre con el acento de la sinceridad—, harto me pesa, y si yo hubiera sabido cuáles eran, otro hubiera tenido que ser el portador.

—No importa —repuso don Alonso—, ahí tienes esas monedas por tu viaje, pero di, ¿vienes bien montado?

—Una yegua traigo más ligera que el pensamiento —respondió el correo, muy alegre de verse tan generosamente recompensado.

—Pues es preciso que pongas a prueba su ligereza para llegar a Bembibre al punto y entregar esta carta al abad de Carracedo, que si la yegua se revienta yo te dejaré escoger entre las mías la que quieras.

Sin aguardar a más, salió el soldado, y desatando su cabalgadura y montando en ella de un salto, salió como un torbellino por el camino de Ponferrada, en donde se perdió muy en breve de vista.

A medida que fue entrando el día, fue creciendo la calentura de doña Beatriz y turbándose su conocimiento. Quejábase de dolor y opresión en el lado izquierdo y de una sed devoradora; de cuando en cuando se quedaba dormida, y entonces un sudor extraordinario venía por fin a despertarla. En estas alternativas pasó la tarde, hasta que entrando la noche, su respiración comenzó a ser más fatigosa y a tener ciertos intervalos de delirio, bebiendo con ansia indecible grandes porciones del cordial que le habían dispuesto.

Ni su padre ni el anciano religioso se apartaron sino muy contados instantes del aposento de la enferma, silenciosos ambos, aunque igualmente

atentos, y haciendo sin duda las más tristes reflexiones sobre aquella vida marchitada en flor por el gusano roedor de la desdicha. A cada frase, de las varias incoherentes que se escapaban de sus labios, don Alonso se acercaba como si oyese pronunciar su nombre, pero o callaba enseguida, o después de echarle una mirada errante y distraída, se volvía del lado opuesto, unas veces lanzando un suspiro y otras sonriéndose de una manera particular. El desventurado padre se apartaba entonces meneando tristemente la cabeza, y sentándose a un extremo de la estancia volvía a sus penosas reflexiones.

Como el insomnio y la aflicción acaloraban a un tiempo su cabeza, salió en una ocasión un momento al mirador de la quinta a respirar el aire exterior. Estaba muy entrada la noche, y la luna en la mitad del cielo parecía al mismo tiempo adormecida en el fondo del lago. Con su luz vaga y descolorida, los contornos de los montes y peñascos se aparecían extrañamente suavizados y como vestidos de un ligero vapor. No se movía ni un soplo de aire, los acentos de un ruiseñor que cantaba a lo lejos se perdían entre los ecos con una música de extremada armonía.

El señor de Arganza no pudo menos de sentir el profundo contraste que con los tormentos de su hija única formaba la calma de la naturaleza. Acordose entonces de la predicción del abad de Carracedo, y de tal manera se perturbó su imaginación que se sentó trémulo y acongojado en un asiento, cuando de pronto le pareció oír como a la salida del pueblo de Carucedo un ruido que instantáneamente iba aumentándose. Un rápido vislumbre que salió por acaso de debajo de las encinas excitó más su curiosidad, y observando con cuidado, vio que eran tres jinetes, dos de ellos con atavíos militares, que venían costeando el lago con galope rápido y acompasado a un tiempo, y se encaminaban a la quinta. La luz de la luna, que no servía para distinguir más que los bultos, alumbró lo bastante cuando ya se acercaron para descubrir que el uno de ellos vestía el hábito blanco y negro de la Orden de San Bernardo. Don Alonso no pudo contener un grito de alegría y de sorpresa, y bajando la escalera precipitadamente, fue a abrir por su misma mano la puerta al abad de Carracedo, que era el que llegaba acompañado de Don Álvaro y de su escudero Millán.

—¡Ah, padre mío! —le dijo el apesadumbrado señor arrojándose en sus brazos—, no hace un instante que estaba pensando en vos. Vuestra predicción ha empezado a cumplirse de un modo espantoso, y mucho temo que no salga cierta del todo.

—No deis crédito a palabras, hijas de un ímpetu de cólera —le dijo el abad bondadosamente. Más alta que la vanidad de nuestra sabiduría está la bondad de Dios.

—¿Y vos también, noble don Álvaro? —añadió don Alonso yéndose para el joven con los brazos abiertos—. ¿De esta manera debíamos encontrarnos al cabo de tan alegres imaginaciones?

Entonces se le anudaron las palabras en la garganta, y don Álvaro, sin desplegar los labios, se apartó violentamente de él, volviendo las espaldas y metiéndose en la oscuridad para enjugarse las lágrimas de que estaban preñados sus párpados y sofocar sus sollozos. Todo quedó silencioso por un rato, si no es el caballo árabe de don Álvaro, que a pesar de la fatigosa jornada hería la tierra con el casco. Por fin, el noble huésped, sosegándose un poco, dijo a los recién venidos:

—No os esperaba hasta mañana, mis buenos amigos; pero en verdad que nunca pudo haber llegada más a tiempo.

—¿Eso creáis de nosotros? —respondió el abad—. ¡No permita el cielo que con esa tibieza acuda nunca a los menesterosos y afligidos! Desde que recibimos vuestra carta no hemos cesado de caminar con la mayor diligencia, y aquí nos tenéis. ¿Pero nada nos decís de vuestra hija?

—Hace un momento que dormía —respondió don Alonso—, si sueño puede llamarse el que en medio de tanta perturbación se disfruta. Venid, acerquémonos a su aposento para que la veáis si puede ser.

Al ruido de los caballos habían acudido algunos criados, y uno de ellos, cogiendo una luz, los guió a la cámara de la enferma. Quedáronse los forasteros al dintel mientras don Alonso se informaba, pero al punto volvió por ellos y los hizo entrar.

Estaba doña Beatriz tendida en su lecho como sumergida en un angustioso letargo, y las largas pestañas que guarnecían sus párpados daban a sus ojos cerrados una expresión extraordinaria. Aquella animación que la esperanza y alegría disipadas hacía tan pocas horas habían comenzado a derramar en su rostro, todavía no estaba borrada. En su frente pura y bien delineada se notaba una cierta contracción, indicio de su padecimiento, y la calentura había esmaltado sus mejillas con una especie de mancha encendida. Sus rizos largos y deshechos le caían por el cuello blanco como el de un cisne, y velaban su seno, de manera que a no ser por su resuello anheloso y por el vivo matiz de su rostro, cualquiera la hubiera tenido por una de aquellas figuras de mármol que vemos acostadas en los sepulcros

antiguos de nuestras catedrales. Todavía no habían desaparecido las huellas de los antiguos males, y las del nuevo comenzaban a marcarse profundamente, pero sin embargo, estaba maravillosamente hermosa, no de otra suerte que si un reflejo celestial iluminase aquel semblante.

El abad, después de haberla mirado un instante, se puso a hablar en voz baja, pero con un gesto y expresión vehemente, con el religioso que la asistía, pero don Álvaro se quedó contemplándola con los ojos fijos. De repente exhaló un suspiro, y luego, con una entonación fresca y purísima que participaba a un tiempo de la melancolía de la tórtola y la brillantez del ruiseñor, cantó sobre un aire del país el estribillo de una canción popular que decía:

Corazón, corazón mío,
lleno de melancolía,
¿cómo no estás tan alegre,
como estabas algún día?

Los ecos de aquella voz tan llena de sentimiento y de ternura quedaron vibrando en las bóvedas de la estancia, y como más de una vez sucede en los sueños, doña Beatriz se despertó al son de su propio canto. Don Álvaro, que vio abrirse sus hermosos ojos, como dos luceros hermanos que saliesen al mismo tiempo del seno de una nube, tuvo la bastante presencia de ánimo para esconderse al punto detrás de don Alonso y de Martina, temeroso de producir con su aparición una revolución fatal en la enferma; pero ya fuese que la acción le pareciese sospechosa, ya que su corazón le dijese a gritos quién era el que delante tenía, se incorporó en la cama con ligereza increíble, y como si quisiera atravesar con su mirada los cuerpos de su padre y de Martina para descubrir al que se ocultaba, preguntó con zozobra:

—¿Quién, quién es ese que así se recata de mis miradas?

El abad, poseído de los mismos temores, quiso hacer entonces la deshecha, y presentándose de repente le dijo:

—Es un guerrero que me ha acompañado, doña Beatriz. ¿No me conocéis?

—¡Ah!, ¿sois vos, padre mío? —contestó la joven asiendo su mano y llevándola a sus labios—, ¿pero quién sino él os acompañaría a esta casa de la desdicha? —prosiguió fijando los ojos en el mismo sitio.

La estatura aventajada de don Álvaro hacía que su casco coronado de un plumero se viese claramente por encima de la cabeza del señor de Arganza.

—¡Él es!, ¡él es! —exclamó doña Beatriz con la mayor vehemencia—, ese es el mismo yelmo y el mismo penacho que llevaba en la noche fatal de Villabuena. ¡Salid, salid, noble don Álvaro! ¡Oh, Dios mío, gracias mil, de que no me abandone en este trance de amargura!

—¡Ah, señora! —exclamó él presentándose de repente—, ni en la ventura, ni en la desdicha, ni en la vida ni en la muerte os abandonaré nunca mi corazón.

La joven, medio turbada aún por el delirio, y sin seguir más impulso que el de su corazón, se había inclinado como para echarle los brazos al cuello, pero al punto volvió en sí y se contuvo. Con la emoción se había quedado descolorida, pero entonces un vivo carmín esmaltó sus mejillas y hasta su cuello, y bajó los ojos.

—¡Cosa extraña! —dijo después de un breve silencio—, no hace mucho que soñaba que me arrebatáis del convento como aquella noche fatal, y que sin llegar al asilo que me teníais preparado, os despedíais de mí para siempre porque os ibais a la guerra de Castilla. Yo entonces me senté a la orilla del camino y me puse a cantar una endecha muy triste. Era un sueño, como todos los míos, de separación y de muerte, pero he aquí que vos volvéis... ¿Cómo habrá podido serme infiel mi corazón? ¿Qué quiere decir esta mudanza?

—¿Qué ha de decir, hija mía —respondió el abad—, sino que el Señor, que te prueba, aparta ya de ti las horas malas? ¿No temblabas por la vida, por la honra y por la libertad de don Álvaro? Pues aquí le tienes libre y más honrado que nunca. Aun el único estorbo que a tu felicidad se opone, desaparecerá sin duda muy en breve. ¿Cómo no esperas lo que todos para ti esperamos y nos aflige de esa suerte?

Doña Beatriz se sonrió entonces melancólicamente, y replicó:

—Mi pobre corazón ha recibido tantas heridas que la esperanza se ha derramado de él como de una vasija quebrantada. Yo me las figuraba ya cicatrizadas, pero no estaban sino cerradas en falso, y con este golpe han vuelto a brotar sangre. ¡Tenga el cielo piedad de nosotros!

Volvió a quedarse todo en aquel profundo silencio que entristece, tanto como el mismo mal, las habitaciones de los enfermos, sin oírse más ruido que el de la anhelosa respiración de doña Beatriz. Ella fue la que volvió a romperlo, diciendo impetuosamente y como si sus palabras y determinación atropellasen por una gran lucha interior:

—¡Don Álvaro!, no os partáis de aquí... ¿no es verdad que os quedaréis?, ¿quién puede prohibiroslo? Yo os amo, es verdad, pero del mismo modo pudiera amaros un ángel del cielo, o vuestra madre si la tuvierais. ¡Pensad que mis palabras llegan a vos del país de las sombras y que no soy yo la que tenéis delante, sino mi imagen pintada en vuestra memoria! Pero ¿no me respondéis? Decid, ¿tendríais valor para abandonarme en este trance?...

—No, no, hija mía —repuso el abad apresuradamente—, ni él ni yo nos apartaremos de tu lado hasta que tu padre vuelva de Francia con esa dispensa, prenda de tu alegría y gloria venidera.

—¿Conque perseveráis en esa penosa determinación solo por amor mío? —exclamó ella clavando en su padre una dolorosa mirada en que se pintaban la duda y el abatimiento.

—Sí —respondió don Alonso—, mañana mismo partiré, si tú no me quitas el valor con esa flaqueza indigna de tu sangre. ¡Ánimo, Beatriz mía!, pues que en tan buena compañía te dejo, que yo espero estar de vuelta antes de tres meses con lo único que puede tranquilizar a un tiempo tu corazón y mi conciencia, la libertad de don Álvaro.

El médico hizo ver entonces que una conversación tan larga y llena de agitación podía aumentar el acceso de doña Beatriz, y después de algunas palabras de ánimo y consuelo que le dirigieron el abad y su padre, se salieron todos de la habitación, menos el anciano monje y Martina. Don Álvaro no dijo ni escuchó una sola palabra, pero los ojos de entrambos hablaron un lenguaje harto más elocuente al despedirse.

Cualesquiera que fuesen los celos que doña Beatriz tuviese de su fatal estado, por entonces una sola idea la ocupaba, y era que no se vería privada de la vista de don Álvaro. Poco podía servir para sanar los males de su cuerpo, pero era un bálsamo celestial para su espíritu, y su influencia fue tan suave y benéfica que, como más de una vez sucede con las imaginaciones fogosas, bastó para alterar favorablemente el curso de la enfermedad y proporcionarle más descanso del que pudiera esperarse de aquella noche.





Capítulo XXXVI

Al día siguiente muy temprano, y cuando su hija descansaba todavía, salió el señor de Arganza para Francia sin más que el viejo Nuño y otro criado. Ambos entrados en años, y por consiguiente quebrantados, estaban sostenidos sin embargo por un mismo sentimiento, que si en el uno se podía explicar por el arrepentimiento y ternura paternal, en el otro venía a ser lealtad acendrada, y en entrambos ciega inclinación a aquella joven digna de mejor suerte. No quiso don Alonso despedirse de ella, siguiendo el cuerdo consejo del físico, para no agitarla más con una escena siempre triste, pero en aquella ocasión mucho más. Así pues, la partida se verificó a las calladas, acompañando al viajero el abad y el señor de Bembibre un buen trecho de camino. Cuando hubieron de separarse, don Alonso los abrazó estrechamente, encargándoles el cuidado con su hija querida, y sobre todo que distrajesen su ánimo de las fúnebres ideas que lo oscurecían. Así se lo prometieron entrambos y, despidiéndose con pesadumbre, continuó el uno su viaje y dieron los otros la vuelta hacia la quinta.

Doña Beatriz, rendida con las emociones de aquella noche, se había quedado profundamente dormida cerca del amanecer, y aunque los síntomas constantes de su enfermedad no daban a su sueño aquel descanso inapreciable, medicina de tantos males, sin embargo le permitían una blanda tregua con ellos. Justamente al entrar don Álvaro y el abad, la despertó el relincho de *Almanzor*, y tendiendo la vista alrededor, echó de menos la fisonomía de su padre. Preguntó al punto por él, y Martina salió como en su busca, pero en su lugar entró el abad de Carracedo. Doña Beatriz comprendió al punto lo que era, y su semblante se cubrió de una nube, pero el anciano, con gran prudencia y con la persuasiva autoridad que dan los años, la consoló poniéndola delante los pronto y felices resultados que de aquella separación podían venir. Doña Beatriz le escuchó sin muestra alguna de impaciencia y sin responder una palabra, pero cuando el viejo acabó su discurso, exhaló un suspiro que salía de lo íntimo de su corazón y quería decir: todo ese bien que me prometéis llegará tarde. Enseguida llamó a Martina y dijo que quería levantarse. El físico no se opuso, y al poco tiempo ya estaba en pie.

Su palidez era extraordinaria, pues la excitación de delirio y de la calentura de la noche anterior había cedido el puesto a una debilidad y decaimiento fatales. Solo cuando don Álvaro se presentó delante de ella sus mejillas se sonrosaron ligeramente, y al oír su voz, grave y varonil como siempre, pero como siempre también tierna y apasionada, pareció extenderse por todo su cuerpo un estremecimiento eléctrico. Habíale mirado con ansia la noche anterior, pero el velo que extendía la calentura delante de sus ojos y la escasa luz que alumbraba el aposento no le permitieron ver aquellas facciones a un tiempo armoniosas y expresivas, las primeras y únicas que se habían impreso en su alma. Entonces pudo satisfacer su deseo a la claridad del día, pero con una impresión semejante a la que su vista había producido en don Álvaro. Ningún síntoma de enfermedad se advertía en su noble semblante, pero el pesar había comenzado a surcar su frente; sus ojos garzos habían perdido su serenidad antigua, hundiéndose un tanto en las cuencas, y revistiéndose de una mirada sombría. Había perdido además el color, y en los contornos del cuerpo se notaba asimismo cierta flacura, hija de las desdichas y meditaciones.

Cuanto hemos dicho con tantas palabras, notó doña Beatriz con una sola ojeada, pero sin embargo, nunca le pareció don Álvaro tan hermoso. Es cierto que nada había perdido de su antigua apostura y gallardía, y que en su porte y modales se advertía un no sé qué de austero y elevado que imponía respeto.

Apoiada en su brazo y en el del abad, bajó doña Beatriz la escalera que conducía al jardín con ánimo de sentarse a la sombra de un emparrado y cerca de un toldo de jazmines. Todas las flores estaban abiertas, y un enjambre de abejas doradas zumbando por entre ellas, libaban sus cálices para precipitarse enseguida hacia unas colmenas que estaban en el fondo. Las calles y cuadros presentaban un interminable arabesco de matices vivísimos; las paredes estaban entapizadas de pasionaria y enredaderas, y una fuente que brotaba en el medio tenía una corona de violetas que asomaban entre el césped su morada cabeza.

La joven, que a pesar de bajar casi en brazos la escalera, se había fatigado mucho, no pudo resistir aquel ambiente tibio y cargado de perfumes que la ahogaba. La lozanía misma de las flores y la juventud pomposa de la naturaleza formaban en su alma doloroso contraste con la marchita flor de sus años y su exánime juventud. Inmediatamente, pues, la trasladaron a la

falúa que al pie del muelle aguardaba. Entraron al punto los remeros y, desamarrándola, comenzaron a surcar la azulada llanura.

La brisa fresca del lago reanimó un poco a doña Beatriz. Habíase recostado en la popa sobre unos cojines de seda con un decaimiento y abandono que bien daban a entender la postración de sus fuerzas. El abad, viéndola un poco más sosegada, sacó el libro de horas, y yéndose a sentar en el extremo opuesto de la embarcación, comenzó a rezar. Don Álvaro, en pie delante de ella, la contemplaba con ojos inquietos y vagarosos, mientras los suyos, fijos en el espejo de las aguas, seguían como en éxtasis sus blandas ondulaciones. Alzolos por fin para mirarle, y clavándolos en los suyos, le hizo señas con la mano para que viniese a sentarse a su lado. Obedeció él silenciosamente, y entonces la joven le dijo asiéndole la mano:

—Ahora estoy más sosegada y puedo hablaros. Gracias a Dios, estamos solos; oídme pues, porque tengo sobre mi corazón hace ya mucho tiempo un peso que me agobia. Acercaos más. ¿No es verdad que alguna vez os habéis dicho: «La mujer a quien yo amaba ha sido la esposa de un hombre indigno de ella, su aliento ha empañado su frente, yo me la figuraba semejante a la azucena de un valle a quien no tocan ni los vientos de la noche, pero he aquí que cuando yo la encuentro está ya separada de la planta paterna, y sus hojas sin aroma y sin lustre?». ¿No os habéis dicho esto algunas veces?

Don Álvaro calló en lugar de responder, y no alzó los ojos del suelo. Entonces doña Beatriz, después de haber guardado por un rato el mismo silencio, sacó del seno una cartera de seda verde, y le dijo:

—Os había comprendido, porque hace tanto tiempo que laten nuestros corazones a compás, que ningún movimiento del vuestro puede serme desconocido. Pero vos..., ¡vos no habéis leído en mi alma! —le dijo con acento sentido y casi colérico. Don Álvaro entonces levantó los ojos, mirándola con ademán suplicante, pero ella le impuso silencio con la mano, y continuó:

—No os lo echo en cara, porque sobradas desdichas han caído sobre vuestra cabeza por amor de esta infeliz mujer, y solo ellas han podido quebrantar la fe de vuestro noble corazón. Tomad esta cartera —le dijo enseguida alargándosela—, y con ella aclararéis vuestras dudas.

—¡Ah!, ¡no tengo ninguna!, ¡ninguna! —exclamó don Álvaro sin recogerla.

—Tomadla, sin embargo —repuso ella—, porque dentro de poco será cuanto os quede de mí. No me miréis con esos ojos desencajados, ni me interrumpáis. Pensad que sois hombre y una de las más valerosas lanzas de la cristiandad, y conformaos con los decretos del cielo. En esa cartera escribía yo mis pensamientos y aun mis desvaríos; para vos la destinaba, recibidla, pues, de mis manos, como la hubierais recibido de las de mi confesor.

—¡Ah, señora!, ¿cómo abrigáis semejantes ideas, cuando vuestro padre va a volver sin duda alguna, y con él los días de la primavera de nuestro amor?

—Mi padre volverá tarde —respondió ella con acento profundo—, volverá solo para confiar a la tierra los despojos de su hija única y morir después. Antes de este último y fiero golpe, la savia de la vida volvía a correr por estos miembros marchitos, pero ahora se ha secado del todo.

El abad, que acabó entonces su rezo, se acercó a ellos e interrumpió la conversación. Doña Beatriz, oprimida por ella y quebrantada por el esfuerzo que acababa de hacer, se mantuvo taciturna y abismada en sus dolorosas reflexiones. Don Álvaro, trastornado por aquella escena terrible que acababa de levantar el velo de la realidad, guardaba también silencio apretando convulsivamente entre sus manos y contra su corazón la cartera verde, y el abad por su parte, respetando la pena de entrambos, no pronunció una sola palabra. De esta suerte cruzaron el lago hasta la ensenada de la quinta, donde saltando en tierra, volvieron a subir en brazos a la joven. Era ya anochecido y significó su deseo de quedarse a solas con su criada, con lo cual los dos se despidieron de ella, retirándose a sus estancias respectivas.

No bien se vio don Álvaro en la suya cuando, cerrando la puerta y acercándose a un bufete en el cual ardían dos bujías, abrió la fatal cartera y comenzó a leer ansiosamente sus hojas. Estaba señalada la primera con aquel versículo melancólico que, según dijimos en otro lugar, venía a servir de epígrafe a aquellas desordenadas y tristísimas memorias: *Vigilavi et factus sum sicut passer solitarius in tecto*. Don Álvaro, después de haberlo leído, lo repitió maquinalmente. En tan breves palabras estaba encerrada su vida y la de doña Beatriz, con su continuo desvelo, su soledad y su esperanza siempre burlada. ¡Cuántas veces se habrían fijado en aquellos caracteres los ojos llorosos de aquella infeliz y hermosa criatura!... Don Álvaro pasó adelante, y volviendo la hoja encontró este pasaje:

Cuando me dijeron que él había muerto, pasadas las primeras congojas del dolor, me pareció oír una voz que me llamaba desde el cielo y, me decía: «Beatriz, Beatriz, ¿qué haces en ese valle de oscuridad y llanto?». Yo pensé que era la suya, pero después he visto que vivía; sin embargo, la voz ha seguido llamándome entre sueños, y cada vez con más dulzura. ¿Qué me querrá decir? Mucho se ha debilitado mi salud, y moriré joven, sin duda alguna.

En otra hoja decía así:

¡Qué contenta cerró los ojos mi pobre madre cuando me vio esposa del conde! Ella igualaba su corazón con el mío y esperaba para mí un porvenir de gloria y de ventura; pero ¿qué esperaba su hija?: la paz de los muertos, y aun por eso alargó su mano...

Más se tarda la muerte de lo que yo me imaginaba, y sin embargo soy más dichosa de lo que pude esperar. ¡Rara felicidad la mía! Antes de mis tristes bodas llamé aparte al que iba a ser mi esposo y le exigí palabra de que me respetaría todo el año que le había ofrecido a él aguardarle, cuando se partió a la guerra de Castilla. Así me lo prometió y me lo ha cumplido, porque, como no me ama, se ha contentado con la esperanza de mis riquezas y el poder que le da este enlace, sin solicitar mi corazón ni mucho menos mis caricias.

Así moriré como he vivido, pura y digna del único hombre que me ha amado. Para él escribo estos renglones; ¿pero quién sabe si llegarán a sus manos? ¿Quién sabe si se los llevará el viento como las hojas de los árboles que veo pasar por encima de las torres del monasterio? ¡Más aprisa arrebatará quizá el soplo de la muerte las escasas galas que le quedan al árbol de mi juventud! ¡Pobre padre mío, qué terriblemente habrá de despertar de sus sueños de grandeza!

Venía después un versículo del libro de Job, que decía:

¡Ecce nunc in pulvere dormiam, et si mane me quaesieris, non subsistam!

Y en la página siguiente esta estrofa dolorosa:

*La flor del alma su fragancia pierde;
por lo de ayer el corazón suspira,
cae de los campos su corona verde;
¡lágrimas solo quedan a la lira!*

Don Álvaro pasó unas cuantas hojas, y se encontró con una que decía:

Heme, en fin, viuda y libre; mis lazos están sueltos, pero ¿quién desatará los de él? La suerte de la Orden me inspira vivísimos temores. ¿Quién sabe si mi amor le traerá la muerte y la deshonra? ¡Oh, Dios mío!, ¿por qué mi corazón ha de esparcir la desdicha por todas partes?.....

Por fin, ¡va preso con todos sus nobles compañeros, y se presentará a los jueces como un salteador de caminos!

¿Qué va a ser de ellos? Esta noche he tenido una hoguera voraz dentro del pecho; una sed mortal me devoraba, y en la ilusión de mi calentura me parecía que todos los riachuelos y fuentes de este país corrían con murmullo dulcísimo por detrás de mi cabecera. No he querido despertar a Martina, porque dormía sosegadamente, aunque su corazón está en otra parte, como el mío. ¿En qué puede consistir semejante diferencia? ¡En que ella ama y espera, y yo amo y me muero!

Don Álvaro recorrió otros pasajes, en que la agonía que experimentaba por su suerte estaba trazada con rasgos de suma angustia y desconsuelo. Por fin, después de tantas ansias y congojas, venía el siguiente pasaje:

¡Oh, cielo santo!, ¡está absuelto de todas las acusaciones con todos los suyos!... ¡Pensé que me tiraba al agua para abrazar al mensajero que semejantes nuevas traía! Al cabo volverá, sí, volverá, no hay que dudarlo; ¿para qué se había de ataviar tan pomposamente la naturaleza con todas las galas de la primavera, sino para recibir a mi esposo?

¡Bellas son estas arboledas mecidas por el viento, bellas estas montañas vestidas de verdura, puras y olorosas sus flores silvestres, y músico y cadencioso el rumor de sus manantiales y arroyuelos, pero al cabo son galas del mundo, ¡y yo tengo un cielo dentro de mi corazón!

Yo saldré a buscarle con mi laúd en la mano, con mi cabeza cubierta del rocío de la noche y como la esposa de los Cantares, preguntaré a todos los caminantes: «¿En dónde está mi bien amado?»

¡Ah, yo estoy loca!, ¡tanta alegría debiera matarme, y sin embargo la vida vuelve a mi corazón a torrentes, y me parece que la planta del cervatillo de las montañas sería menos veloz que la mía! Él me ponderaba de hermosa..., ¿qué será ahora cuando vea en mis ojos un rayo de sol de la ventura, y en mi talle la gallardía de

una azucena, vivificada por una lluvia bienhechora? ¡Oh, Dios mío, Dios mío!, ¡para tamaña felicidad, escaso pago son tantas horas de soledad y de lágrimas! ¡Si un paraíso había de ser el lugar de mi descanso, pocos eran los abrojos de que habéis sembrado mi camino!.....

Don Álvaro había podido leer, aunque conturbado y confuso, los anteriores pasajes, empapados en llanto y pesar, pero al llegar a este, en que con tan vivos colores estaba bosquejada una dicha como el humo disipada, no fue ya dueño de los violentos arrebatos de su alma y se dejó caer sobre su cama, rompiendo en amarguísimos sollozos. Por fin estaba solo, y nadie sino Dios era testigo de su flaqueza; pero las lágrimas, que tanto alivian el corazón de las mujeres y los niños, son en los ojos de los hombres alquitrán y plomo derretido.





Capítulo XXXVII

Los tristes pronósticos de doña Beatriz fueron cumpliéndose muy aprisa desde aquel día, y sus padecimientos físicos, unidos a los combates de su alma, empezaron a desmoronar visiblemente aquel cuerpo de tantas maneras minado y cuarteado. Las bellas y delicadas tintas de la salud, que otra vez habían vuelto a sonrosear aquel delicado rostro, digno de un ángel de Rafael, se trocaron poco a poco en la palidez de la cera, bien como vemos las nubes del ocaso perder sus vivos matices a medida que baja el sol. La morbidez suavísima de sus carnes, la bella ondulación de sus contornos, la gallardía de sus movimientos, que por algún tiempo oscurecidas bajo las sombras del dolor y la enfermedad habían comenzado a florecer de nuevo, otra vez volvieron a marchitarse bajo el soplo del desengaño. Su forma se parecía más y más a la de una sombra, y lo único que en ella iba quedando era el reflejo de aquel alma divina, que brillaba en sus ojos y la iluminaba interiormente.

La enfermedad que la consumía, lejos de tomar en ella ningún carácter repugnante, parecía que realzaba su resignación angelical y su dulzura sin ejemplo. Algunas veces, sin embargo, tomaban sus ideas cierto sabor amargo, que revelaba el vigor que bajo tanta mansedumbre se escondía, y el fuego encendido bajo tantos escombros y ceniza. Era realmente un infernal martirio ver llegar a pasos medidos la callada sombra de la muerte, cuando la esperanza, el amor, la paz y el sosiego doméstico, el noble orgullo de llevar un nombre ilustre, las riquezas, la juventud, la hermosura, cuanto puede embellecer y sublimar la vida, venía a dar precio a la suya. No obstante, su piedad, su carácter elevado y los mismos hábitos melancólicos de su espíritu disipaban fácilmente estos tumultuosos movimientos, y al momento volvían sus ideas a su curso ordinario.

En aquellos días fatales, su amor a la naturaleza subió de punto, y su ansia por contemplar las hermosas escenas de aquellos alrededores era extraordinaria. Fatigábale la cama terriblemente, pero como de puro postrada no podía dar un paso, sus paseos eran siempre en la falúa, cuyo movimiento era lo único que podía sobrellevar. Así pues, se pasaba horas enteras cruzando las aguas del lago, unas veces contemplando sus orillas

con una especie de arbo, otras siguiendo con la vista las bandadas de lavancos que nadaban a lo lejos en ordenados escuadrones, y casi siempre abismada en sus propios pensamientos. De cuando en cuando, alzaba la vista para mirar el camino por donde su padre había partido, por ver si en lo alto de la cuesta de Borrenes resplandecían sus armas, y al ruido de las yeguas de los aldeanos que pasaban por la orilla se volvía con una especie de estremecimiento, imaginando oír las herraduras del caballo de don Alonso.

Don Álvaro y el venerable abad no dejaban de acompañarla ni un solo instante en aquellos melancólicos paseos, observando con espanto el progreso rápido del mal y el decaimiento cada día mayor de la desdichada. Don Álvaro, clavados casi siempre sus ojos en los suyos, parecía respirar con la misma congoja y ahogo que si su pecho estuviese atacado de la misma enfermedad. Doña Beatriz, siempre que se encontraba con aquella mirada apasionada y terrible a un mismo tiempo, apartaba la suya, bañados en lágrimas sus párpados. Las palabras eran escasas, pues a tal punto habían venido las fuerzas de la enferma, que el anciano médico había encargado el posible silencio. Tanto él como la enferma conocían harto bien la inutilidad de semejantes paliativos, pero el uno por no dejar medio alguno de que echar mano, y la otra por no afligir a personas tan queridas, se conformaban con ellos. De esta suerte, reducidos los dos amantes al lenguaje de los ojos, las almas que parecían salirse por ellos, volaban una al encuentro de otra como si quisieran confundirse en el mismo rayo de luz que para comunicarse les servía.

Por fin, llegó a tanto la postración de doña Beatriz, que pasó en la cama una porción de días sin manifestar deseo de levantarse y como sumida en un desvarío que parecía enajenar su razón. Al cabo de ellos, cerca de la caída de la tarde, se reanimó de una manera desusada, y abriendo sus hermosos ojos, más brillantes aún que de costumbre, dijo con voz entera y gran rapidez:

—¡Martina! ¡Martina!, ¿dónde estás?

—Aquí, señora —contestó la muchacha casi sobresaltada de aquel súbito recobro—. Aquí estoy, siempre a vuestro lado; ¿dónde queríais que estuviese?

—¡Siempre así, pobre muchacha, y sin que tu amor mismo te aparte de mi cabecera! —exclamó doña Beatriz mirándola con ternura.

—¡Ah, señora!, dejad eso; yo no pienso sino en vos y en veros buena; ¿qué queríais que con tanta prisa me llamabais? Me parece que os sentís más animada, ¿no es verdad?

—Sí, sí, tráeme mi vestido blanco, porque quiero pasearme por el lago. Estoy mejor, mucho mejor; y el día me parece hermosísimo. ¡Vos aquí también, don Álvaro! ¡Y vos, venerable padre! ¡Ah!, ¡me alegro en el alma, porque con eso os veréis en parte pagados de tantos afanes y zozobras como por mí habéis pasado!

Don Álvaro y el abad, como si saliesen de un sueño, no sabían qué pensar de aquel tono casi festivo de doña Beatriz, y en particular el primero no acertaba a poner freno a las tumultuosas esperanzas que se levantaban en su corazón. El anciano médico, al contrario, no pudo contener un gesto de dolor. Salieronse los tres del aposento y en brevísimo espacio se aderezó doña Beatriz con su sencillez y gracia acostumbrada. Realmente parecían haberse aflojado las ligaduras del mal, pero así y todo, bajó la escalera casi en brazos de Martina y del señor de Bembibre. Cuando llegó a la góndola, puso el pie en ella resueltamente, y enseguida fue a sentarse sobre los almohadones de brocado del fondo, no con el ademán doliente y abatido de otras veces, sino con extraño garbo y gentileza. Don Álvaro, atento como nunca a sus menores ademanes, se quedó, como de ordinario, en pie delante de ella. El abad, que había sorprendido el gesto de mal agüero del físico, se apartó con él al otro extremo de la ligera embarcación para interrogarle, y Martina, por su parte, se sentó junto a los remeros que, sin aguardar a más, hicieron volar la barca por la azulada espalda del lago, rápida y serena como una de las muchas aves que por allí nadaban.

Estaba el cielo cargado de nubes de nácar que los encendidos postreros rayos del sol orlaban de doradas bandas con vivos remates de fuego; las cumbres peladas y sombrías del monte de los Caballos enlutaban el cristal del lago por el lado del norte, y en su extremidad occidental pasaban con fantasmagórico efecto los últimos resplandores de la tarde por entre las hojas de los castaños y nogales, reverberando allá en el fondo un pórtico aéreo, matizado de tintas espléndidas y enriquecido con una prolija y maravillosa crestería.

El lago, iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisaje tan vago y melancólico, más que otra cosa parecía un camino anchuroso, encantado, místico y resplandeciente que en derechura guiaba a aquel cielo que tan claro se veía allá en su término. Por un efecto de la refracción de la luz, una ancha cinta de cambiantes y visos relumbrantes ceñía las orillas del lago, y la falúa parecía colgada entre dos abismos, como un águila que se para en mitad de su vuelo.

Con semejante escena, el fugaz relámpago de alegría que había iluminado el alma de doña Beatriz, se disipó muy en breve. Siempre había dormido en lo más recóndito de su alma el germen de la melancolía producido por aquel deseo innato de lo que no tiene fin; por aquel encendido amor a lo desconocido que lanza los corazones generosos fuera de la ruindad y estrechez del mundo en busca de una belleza pura, eterna, inexplicable, memoria tal vez de otra patria mejor, quizá presentimiento de más alto destino. A este secreto y sobrehumano impulso había sacrificado doña Beatriz lo que más caro podía serle en el mundo: la libertad y el culto exterior que pensaba rendir a la memoria de su amante cuando lo imaginaba muerto; solo por presentarse algún día a los ojos de su madre adornada con la aureola del vencimiento de sí propia. Los azares de su vida, sus continuos vaivenes entre la esperanza y la desdicha, los dolores de su alma y de su cuerpo y la perspectiva de una muerte próxima, presente por tanto tiempo a sus ojos, habían fecundado estas terribles semillas y ahondado más y más el cauce que la tristeza había labrado en su alma hasta trocarlo en un verdadero abismo, donde iban a parar todos sus pensamientos.

Por lo mismo, la escena que se ofrecía a su vista, naturalmente engolfó su imaginación en aquel mar sin límites, donde bogaba hacía tanto tiempo. Por fin, después de haber dirigido llorosas miradas al cielo, al lago, a las montañas lejanas y a aquella quinta donde tanto había aguardado y sufrido, como si de todos ellos se despidiera y tuviesen un alma para comprenderla, dijo al apenado caballero:

—Don Álvaro, ¿no veis cuán vanas son las alegrías de la tierra? ¿Quién nos dijera hace un año que nos habíamos de encontrar en estos escondidos parajes solo para una eterna despedida?

El joven, que con pesadumbre indecible había observado el rumbo que desde la salida de la quinta iban tomando sus ideas, le contestó:

—¿Es posible, doña Beatriz, que cuando comenzaba a fortaleceros vuestro antiguo valor, así le desechéis de vuestro pecho?

—¡Valor! —respondió ella—. ¿Y pensáis que necesito poco para dirigiros mis últimas palabras y apartarme de vos? ¡Ved, sin embargo, quién me lo inspira! Alzad la vista y veréis el cielo; mirad a vuestros pies y allí lo encontraréis también hermoso y puro. Encumbrad vuestro pensamiento a las alturas; bajad con él a la lobreguez del abismo y dondequiera encontraréis a Dios llenando la inmensidad con su presencia. Esa, esa es la

fuelle de donde yo, ¡flaca mujer!, bebo el aliento que me sustenta. ¿Os acordáis de las últimas palabras que me oísteis en el bosque de Arganza?

—¡Ah, no, no! —respondió él con el acento de la desesperación—. Yo no recuerdo sino las primeras que escuché de vuestros labios cuando la vida se nos presentaba tan florida y dulce en el seno de un amor sin fin. ¿Sabéis lo que me representa mi memoria? Pues no es más que eso solo. ¿Sabéis lo que me dice una voz secreta? Que vuestro padre va a volver, y que al cabo seréis mi esposa delante del cielo y de los hombres. ¡Mi esposa! ¡Ah! Si yo escuchara esa palabra de vuestros labios, saldría de las tinieblas mismas del sepulcro.

—¡Pobre don Álvaro! —contestó ella con una ternura casi maternal—. ¿Cómo esperáis tan pronto la vuelta de mi padre, cuando ha poco más de dos meses que se partió para Francia? ¿Pensáis que todos me aman como vos para buscar con tanto ahínco mi ventura?

—No acabéis con el poco valor que me anima —la interrumpió el joven—, dudando de esa suerte de la Providencia.

—No —repuso ella gravemente—; antes le doy gracias, porque así ahorrará a mi padre el espectáculo de mi muerte y a mí la desesperación para aquella hora suprema. Aun ahora que un obstáculo insuperable me aleja de vos, mi corazón se despedaza, y solo una fuerza sobrehumana me sostiene; pero si las barreras hubiesen de caer en el instante de mi muerte, ¡oh, entonces el ángel bueno huiría espantado de mi cabecera y mi alma rabiosa y sombría se extraviaría en los senderos de la eternidad!

Durante esta plática tremenda se iba acercando la falúa a las encinas de la orilla, bajo las cuales no hacía mucho tiempo se había aparecido Cosme Andrade como uno de aquellos ángeles que visitaban la cabaña de los patriarcas, cuando de repente el galope de tres caballos de guerra les hizo volver a todos los ojos hacia aquel sitio. Eran, en efecto, tres jinetes, de los cuales el más delantero, un poco mejor ataviado, indicaba ser el principal, y los tres, habiendo visto la falúa, venían corriendo hacia ella por debajo de aquellos árboles venerables, dando gritos de contento y espoleando los corceles con ambos acicates. Doña Beatriz, al oírlos, como si una mano invisible la sacase de su abatimiento con la presencia y voces de los forasteros, se puso en pie velozmente, y con los ojos desencajados comenzó a mirarlos hasta que, acercándose más y más, lanzó un alarido a un tiempo de dolor y de alegría, y extendiendo los brazos hacia la orilla exclamó:

—¡Es mi padre!, ¡mi padre querido!

—Sí, tu padre soy, hija de mi alma —contestó don Alonso, porque él era en efecto—, tu padre que viene a cumplirte su promesa. ¡Mira, mira! —añadió sacando del seno una cartera verde, aquí está la bula del Papa, y en ella viene la fianza de tu felicidad.

—¡Misericordia divina! —prorrumpió ella con un clamor tan descompasado que se oyó en las orillas más apartadas, y aterró a los circunstantes—. ¡Misericordia divina! —repitió torciéndose las manos—, ¡la esperanza y la ventura ahora que voy a morir!

Al acabar de pronunciar estas palabras y con el tremendo esfuerzo que acababa de hacer, una de las venas de su pecho, tan débil ya y atormentado, se rompió, y un arroyo de sangre ardiente y espumosa vino a teñir sus labios descoloridos y su vestido blanco. Asaltola al mismo tiempo un recio desmayo, con el cual cayó en brazos de su doncella y de don Álvaro, pero como todo ello fue obra de un instante, y el empuje comunicado a la góndola por los remeros era rapidísimo, tocó en la orilla, donde ya don Alonso estaba apeado, a tiempo que precipitándose hacia su hija se encontró bañado en su propia sangre. Con semejante cuadro, se quedó como petrificado en medio del alboroto de todos, con la boca entreabierta, los brazos extendidos y los ojos clavados en aquel pedazo de su corazón por cuyo reposo y contento, aunque tardíos, había hecho tan terribles sacrificios, y aquel mismo largo y penoso viaje de que acababa de apear. Doña Beatriz, sin dar más señal de vida que algunos hondos suspiros, estaba con la cabeza doblada sobre el hombro de su desolada doncella y todo su cuerpo a manera de una madeja de seda, abandonado y sin brío. El anciano médico, que con tanta prolijidad y amor la había asistido, después de observarla detenidamente, se acercó al abad y le dijo al oído, pero no tan paso que don Alonso no percibiese algo:

—Ya se acabó toda esperanza; ¡lo más que durará es un día!

—¡Infeliz padre! —exclamó el abad volviéndose hacia don Alonso, pero con gran pesadumbre suya le encontró con el oído atento y a media vara de distancia.

—¡Todo lo he oído! —le dijo con un acento que partía el corazón—. ¿Lo veis?, ¿lo veis como mi corazón no me engañaba cuando os decía que vuestra profecía de desastre se cumpliría al fin? ¡Oh, hija mía, alegría de mi vejez y corona de mis canas! —exclamó queriendo acercarse a ella, y forcejeando con el abad y los remeros que le detenían—, ¿no pudo el Señor quitarme la vida en tantos combates con los moros, antes de venir a ser tu verdugo?

—¡Recobraos, por Dios santo! —le dijo el abad con ansia—, poned un freno a vuestras quejas, si en algo la tenéis, porque pudiera oíros.

El desventurado padre calló al punto, de miedo de agravar el estado de su hija, pero siguió sollozando con gran ahogo y congoja.

El deliquio era profundo. La noche comenzó a mostrar sus estrellas, y al cabo hubieron de volverse a la quinta en aquella barca, que según lo ligera y silenciosa que bogaba, no parecía sino el bajel de las almas.

En brevísimo espacio cruzaron el lago, y desembarcando apresuradamente, subieron a la señora, todavía desmayada, a su aposento y la pusieron en su lecho.

Al fin, después de un buen rato, recobró poco a poco la vida que parecía haberse huido de aquel cuerpo fatigado, pero no la razón, extraviada con las visiones del delirio. La aparición de su padre y la nueva que le había dado eran la idea fija y dominante de su desvarío, unas veces alegre y risueña, y otras trágica y afflictiva, según las oscilaciones de su ánimo. Continuamente llamaba a don Álvaro y manifestaba una ansiedad grandísima a la idea de que pudiera ausentarse.

—¡Don Álvaro! —exclamaba con la voz quebrada por la fatiga de la respiración—, ¿dónde estás? háblame, ven, dame tu mano. A nadie veo, a nadie conozco sino a ti; sin duda te veo con los ojos de mi corazón que a todas partes te sigue, como al sol el lucero de la tarde. ¿Me oyes, don Álvaro?

—Sí, te oigo —exclamaba el joven, con una voz que parecía salir de un sepulcro.

—¡Ah!, ¡tanto mejor! —reponía ella con el acento del regocijo—, pero no te vayas, porque entonces quedaría sola del todo. Pero ¡loca de mí!, ¿cómo te has de marchar, si me amas y eres mi esposo para siempre? Antes, mañana me vestiré de gala para que me lleves al altar. ¡Oye!, ¡yo quiero que se den muchas, muchas limosnas, para que todos sean felices y nos bendigan! ¡Si vieras tú cómo me aman todos estos campesinos! ¡Mucho tiempo se pasará antes de que olviden mi memoria!... ¡Ah!, dime, ¿y guardas la cartera que te di hace tanto tiempo?, ¡pues átales una piedra y arrójala al lago, porque aquellos renglones estaban mojados con mis lágrimas, y ahora ya no me quedan lágrimas, si no son las de la alegría!

Fatigada entonces, calló por un rato, pero tomando sus ideas otro curso, dijo por último, apartando la ropa que la cubría:

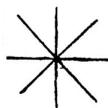
—¡Quitadme esa ropa que me ahoga! ¡Abrid de par en par esas ventanas, y dejad entrar el aire de la noche para que se temple este fuego que me abrasa el pecho...! ¡Cielos!, ¡qué pensamientos eran los míos hace un momento, para olvidarme así de que estoy luchando con la agonía! ¡Miserable de mí! Allí viene mi padre corriendo..., miradle, don Álvaro..., la alegría le ha rejuvenecido..., ya llega..., ¿qué es lo que saca del pecho?... ¡Ah!, ¡es tu libertad!..., ¡suerte despiadada!..., morir ahora... No, no, don Álvaro, yo soy muy joven todavía, rica y hermosa a tus ojos, a pesar de mis lágrimas, ¿no es verdad?... ¡No, no, no es esta mi hora, porque moriría impenitente y perdería mi alma!

Entonces se quedó de nuevo callada, pero con el rostro desemeblantado, y los ojos fijos en la pared y haciendo con el cuerpo un movimiento hacia atrás, como si viese acercarse algo de que quisiese huir, hasta que, por último, lanzando un agudo chillido y cubriéndose los ojos con una mano, mientras con la otra apretaba convulsivamente el brazo de su amante, exclamó con voz ronca:

—¡Ahí está!, ¡ahí está!, ¿no la veis cómo se llega paso a paso? ¡Ah!, ¡libradme de ella!, envolvedme en vuestro manto... ¡Oh, Dios mío!, ¡de nada sirve, porque sus manos han pasado por él como si fuera de humo, y me aprietan el corazón! Separádmelas de aquí, porque me ahogan, ¡ay de mí! No, dejadlas, que todo se acabó ya... ¡adiós!

Y al decir esto, la acometió otro nuevo desfallecimiento.

En estas dolorosas alternativas, más crueles tal vez para los que la rodeaban que para ella propia, se pasó la noche entera. Hacia el amanecer volvió a quedarse como aletargada, según más de una vez le había acontecido durante aquella terrible enfermedad que ya tocaba a su término.



Capítulo XXXVIII

Deplorable era la situación de cuantos se encontraban debajo de aquel techo, señalado por blanco a las saetas invisibles de la muerte, pero la de don Alonso era más desastrada que la de ninguno, peor aún que la del mismo don Álvaro. Desde que, sin reparar en medios para lograr sus soñados planes de grandeza, había intentado la violencia de su hija única, en Villabuena, y consentido después en el sacrificio que su abnegación filial le había dictado en Arganza, la salud, la alegría y la honra habían huido de su hogar, como si por un decreto del cielo el castigo siguiese inmediatamente a la culpa, sin darle siquiera respiro para saborear sus terribles frutos. A la muerte de su esposa, siguió la entrevista fatal del soto de su casa, en que cayó la venda de sus ojos, y enseguida, como en un negro turbión, vinieron los desastres de Cornatel, las dudas e incertidumbres de la causa de los templarios y el desenlace fatal del caso de don Álvaro. Cuadro tristísimo, cuyo fondo ocupaban las torturas de doña Beatriz y lo amargo de sus remordimientos.

Deseoso de purificar su alma, y sin más pensamiento que el contento y la salud de aquella última prenda de su amor y su esperanza, había emprendido su largo viaje a Viena del Delfinado, con una diligencia y ardor incompatible al parecer con su avanzada edad. Allí, sin dejarse vencer de los muchos obstáculos que le oponían la malevolencia de la corte de Francia y el triste giro que la debilidad y cobardía del Papa había dado a aquel ruidoso proceso, se arrojó a los pies de Clemente, le habló de la mucha sangre que habían vertido en defensa de la fe los suyos, presentó al rey Felipe las cartas que llevaba de don Juan de Lara, estimado de él por su poderío y por haberle dado hospedaje cuando anduvo extrañado de Castilla, y logró ser oído con benevolencia.

Dos cosas se concertaron en su favor además, que no le ayudaron poco en sus propósitos. Fue la primera el aniquilamiento total de la pujanza del Temple en Europa, pues sus guerreros, donde no condenados, estaban presos y desarmados; y la segunda, la llegada de Aymerico, el inquisidor del concilio de Salamanca, que después de haber obrado a tenor de las instrucciones de la sede romana, venía resuelto a cumplir la palabra dada al

abad de Carracedo y a los obispos y a seguir el impulso de su corazón, que a despecho de sus muchas prevenciones contra el Temple se había aficionado a la bizarría y caballerosidad de don Álvaro durante el juicio. Cuanto había tenido de inflexible su conducta, dictada por el rigor de la obediencia, tuvieron ahora de fervorosos sus servicios.

Así fue que, disipados los recelos que el poder de aquella arrogante milicia había inspirado, y merced a la eficaz mediación de Aymerico, obtuvo el señor de Arganza la anhelada dispensa en tiempo infinitamente más breve del que buenamente pudiera esperar, con lo cual se le dobló el contento. Tal era su ansiedad por llegar él mismo con la dichosa nueva a los brazos de su hija, que en cortísimo espacio cruzó parte de la Francia y España casi entera, llevado como en alas de la alegría, y enteramente olvidado del peso de los años. Cuál fue el término de tan presuroso viaje, ya lo vimos, pues la sangre del corazón de doña Beatriz fue las rosas que alfombraron su camino, y el estertor de su agonía los festejos por su llegada. Tal había de ser el paradero de tantos esfuerzos, y sobre esto giraban sus desolados pensamientos mientras, sentado a los pies de la cama de su hija, aguardaba deshecho en llanto su postrer suspiro.

El reposo de la joven tuvo poco de largo y menos de sosegado, pero, tal como fue, bastó a disipar las nubes que oscurecían su razón para hacer más dolorosos de este modo sus postreros momentos y derramar al mismo tiempo un fulgor divino sobre la caída de aquel astro, en cuyos benéficos resplandores tantos infelices habían encontrado alivio y consuelo. Cuando abrió los ojos, comenzaban a entrar por la entreabierta ventana las pálidas claridades del alba, junto con aquel ligero cefirillo que parece venir a despertar las plantas adormecidas antes de la salida del sol. En el jardín de la quinta gorjeaban jilgueros alegres, calandrias y un sinfín de pajarillos, y las flores, abriendo sus cálices, llenaban el aire de perfumes. Desde la cama de doña Beatriz se divisaba el oriente, donde una porción de caprichosos celajes se coloreaban y esmaltaban con indecible pompa y esplendor a casi todo el lago, cuya transparente llanura, reflejando los accidentes del cielo, parecía de oro líquido y encendida púrpura. Los lavancos y gallinetas revoloteaban tumultuosamente por su superficie, levantando a veces el vuelo con alegres aunque ásperos graznidos y precipitándose enseguida con sonoro ruido entre los juncos y espadañas. En suma, el día amanecía tan risueño y alegre que nadie pudiera creer que en medio de su claridad hubiera de eclipsarse una obra tan perfecta y hermosa.

Este fue el espectáculo que encontraron, al abrirse, los ojos de doña Beatriz, y en él se clavaron ávidamente. Tenían una especie de cerco ligeramente azulado a su alrededor, con lo cual resaltaban más los rayos que despedían; el semblante, aunque algo ajado, manifestaba la misma pureza de líneas y angelical armonía que en sus mejores tiempos.

—¡Hermoso día! —exclamó en fin con voz melancólica, aunque bastante entera.

Enseguida rodeó la estancia con la vista, y viendo a todos desemblantados, y la mayor parte llorosos a causa de las fatigas y dolorosas escenas de la noche anterior, y que con ojos espantados la miraban, las lágrimas se agolparon a sus párpados. Reprimiólas sin embargo con un esfuerzo de que solo era capaz un alma de tan subido temple como la suya, y llamándolos con la mano en derredor de la cama, y asiendo la de su padre, le dijo con acento sosegado:

—Esta muerte que tan de súbito me coge en la primavera de mi vida, más me duele por vos, padre mío, por este noble y generoso don Álvaro y por todos estos buenos amigos que han puesto en mí su cariño, que no por mí. Al cabo, hace más de un año que una voz secreta me está pronosticando este paradero, y aunque ayer lo sufrí con impaciencia queriendo volverme locamente contra el cielo, hoy que se han disipado las nieblas de mi entendimiento, con humildad me postro delante de la voluntad suprema. Ya lo veis, señor, qué pasajera es la luz de nuestros deseos y grandezas; ¿quién le dijera a mi madre que había de seguirla tan en breve? ¿Por qué habéis, pues, de acongojaros de ese modo, cuando vos mismo caminaréis muy pronto por mis huellas, adonde yo con mis hermanos y mi madre os salga a recibir para nunca apartarnos de vos?

—¡Oh, hija de mi dolor! —exclamó el anciano—, tú eras mi postrer esperanza en la tierra, pero no es tu temprano fin el que abreviará mis cortos días, sino la ponzoñosa memoria de mi falta. ¡Ah!, santo religioso —continuó volviéndose al abad—, ¡ved, ved como se cumple vuestra profecía! ¡Quiera el cielo perdonarme!

—¿Eso dudáis, padre mío? —continuó doña Beatriz—, cuando yo no solo os he perdonado sino que lo he olvidado todo, y cuando este joven, harto más infeliz que yo, os respeta y venera como yo misma. ¿No es verdad, noble don Álvaro? Acercaos, esposo mío en la muerte, venid a decírselo vos mismo para que el torcedor del remordimiento no atormente los escasos días que de vivir le quedan. ¿No es verdad que le perdonáis?

—Sí, le perdono; ¡así me perdone Dios la desesperación que me va a traer vuestra muerte!

—¡La desesperación! —le dijo ella como con asombro afectuoso—, ¿y por qué así? Nuestro lecho nupcial es un sepulcro, pero por eso nuestro amor durará la eternidad entera. ¡Ah, don Álvaro!, ¿esperabais mejor padrino de nuestras bodas que el Dios que va a recibirme en su seno?, ¿concierto más dulce que el de las arpas de los ángeles?, ¿cortejo más lucido que el coro de serafines que me aguarda?, ¿templo más suntuoso que el empíreo? Sí vuestros ojos estuviesen alumbrados como los míos por un rayo de la divina luz, seguro es que las lágrimas se secarían en ellos o que las que corriesen serían de agradecimiento.

Hizo aquí una breve pausa durante la cual sus ojos se clavaron en los de su amante con expresión singular y por fin le dijo:

—Leyendo estoy en ese corazón hidalgo como en un libro abierto. ¿No es verdad que querríais quedar en este mundo con el título de mi esposo? Vuestra alma me ha seguido por mi sendero de espinas y dolores, y ni aun en la muerte me abandona. ¡Ah!, ¡gracias!, ¡gracias!... Padre mío —añadió dirigiéndose al señor de Arganza—, y vos, reverendo abad, sabed que yo también quiero comparecer ante el trono del Eterno adornada de tan hermoso dictado. Unidnos, pues, antes que se apague la llama de mi vida.

El abad, aunque poseído de consternación, se acercó entonces, y como para templar un poco su ardiente exaltación, le dijo cuán conveniente era que una confesión de ambos precediese a tan augusta ceremonia.

—Tenéis razón —contestó ella—, pero he aquí la mía, que bien puede decirse en alta voz. Yo he amado y sufrido; cuantos beneficios han estado en mi mano, esos he derramado; cuantas lágrimas he podido enjugar, esas he enjugado; si alguna vez he odiado, sedme testigo de que me arrepiento y perdono.

—Otro tanto sé decir de mí —añadió don Álvaro—, unos han sido nuestros sentimientos, una nuestra vida. ¡Pluguiese al cielo que la muerte nos igualase del mismo modo!

Don Alonso hizo entonces una señal al abad para que se apresurase a dar fin a un acto que podía servir en cierto modo de alivio a entrambos, y el anciano juntó la mano poderosa de don Álvaro, con la débil y casi transparente de doña Beatriz, y con voz conmovida pronunció las palabras del sacramento, después de las cuales quedaron ya esposos ante el Dios que debía juzgar al uno de ellos dentro de pocas horas. Las reflexiones que

enseguida les hizo fueron bien diferentes de las que en tales casos se acostumbran, pero en lugar de hablarles del amor que podía dulcificar las amarguras de su vida y hacerles más llevadero el camino del sepulcro, solo les puso delante las esperanzas de otro mundo mejor, lo deleznable de las terrenas felicidades y el premio inefable de la resignación y la virtud.

Acabada la sagrada ceremonia, y cual si hubiese sido un bálsamo para su llagado corazón, doña Beatriz quedó muy sosegada y serena. A nadie engañó sin embargo esta engañosa tregua de su enfermedad, y mucho menos a la llorosa Martina, que sobradamente penetrada del riesgo inminentísimo de su señora, no apartaba los ojos de ella ni un punto. Advirtió la enferma su solicitud e inquietud dolorosa, y atrayéndola a sí por la mano, y enjugándole con la suya las lágrimas que la atribulada doncella no acertaba a contener, le dijo:

—¡Pobre muchacha, que eras más viva y alegre que el cabritillo que trisca por estos montes! Un año entero has pasado lleno de angustia y de pesares, sin que tu amor y tu fidelidad se hayan desmentido ni un instante. Tu felicidad me ha ocupado muchas veces, y ahora mismo quiero asegurártela por entero.

El llanto y los sollozos de la pobre niña se redoblaron entonces, y no pudo articular ni una sola palabra de agradecimiento.

—Padre mío, a vuestra liberalidad la encomiendo; mirad que he encontrado en ella toda la sumisión de una sierva y el cariño de una hermana. Y vos, don Álvaro, dulce esposo mío, tomadla a ella y a su futuro marido bajo vuestro amparo, pues su lealtad y ternura hacia vos no han sido menores, y ya que el mundo no se ha puesto de por medio en el camino de su sencilla inclinación, gocen en paz una vida que tal vez hubiéramos gozado nosotros, si hubiéramos vestido su humilde hábito. Y vosotros, amigos míos —añadió dirigiéndose a los criados, porque todos habían acudido a aquella escena de dolor, y la presenciaban como si se les cayesen las alas del corazón—, fiel Nuño, honrado Mendo, a todos os doy las gracias por el amor que me habéis mostrado, y a todos os encomiendo igualmente a la generosidad de mi padre y de mi esposo.

Aquellas pobres gentes, y sobre todo las mujeres, rompieron en alaridos y llantos tales, que hubo que echarlos de la estancia para que no perturbasen a la señora en sus últimos instantes.

A medida que el sol iba subiendo, las ligeras nubes que había sembradas por el cielo se disiparon, y por último se quedó el firmamento tan azul y

puro que, como en el *Ensueño* de Byron, «Dios solo se veía en medio de él». El lago estaba terso y unido como un espejo, y sus riberas silenciosas y solas; los pájaros del jardín habían callado también, pero sus flores, con el seno desabrochado a los ardientes rayos del sol, inundaban el aire de aromas que llegaban hasta el lecho de doña Beatriz.

—¡Cuántas veces —le dijo a don Álvaro—, habrás comparado mis mejillas a las rosas, mis labios al alhelí, y mi talle a las azucenas que crecen en ese jardín! ¿Quién pudiera creer entonces que la flor de mi belleza y juventud se marchitaría antes que ellas? ¡Vana soberbia la de los pensamientos humanos! El hombre se figura rey de la naturaleza y sin embargo él solo no se reanima, ni florece con el soplo de la primavera.

La heredera de Arganza, lo mismo en medio de sus vasallos que lejos de ellos, era la madre de los menesterosos y el ángel consolador de las familias; la noticia de su peligro llenó, por lo tanto, de desolación los pueblos de Lago, Villarrando y Carucedo, de los cuales acudieron infinitas gentes a la quinta.

En una especie de plazuela que había delante de la puerta principal se fueron juntando todos, y aunque se les encargó el silencio, era tal su ansiedad que no podían acallar un rumor sordo sobre el cual se alzaba de cuando en cuando un grito de alguno recién venido, y que ignoraba el encargo, o de otro que no podía reprimirse.

Poco tardó en percibirlo doña Beatriz, en cuyo corazón encontraban tanto eco todas las emociones puras, y no pudo menos de enternecerse con aquella muestra de cariño, tan sencilla y verdadera.

—¡Pobres gentes! —dijo conmovida—, ¡y cómo me pagan con creces el amor que les he mostrado! Cierto que me echarán de menos más de una vez, pero este es uno de los mayores consuelos que puedo recibir en este instante.

Entonces significó a su padre y al abad por más extenso las mandas y dádivas que en su nombre se habían de hacer, y manifestó al prelado con vivas expresiones su agradecimiento por su amor paternal nunca desmentido y lo mismo al anciano médico, que en su larga enfermedad había mostrado un celo que solo la caridad podía encender en su corazón entibiado por los años. Asimismo encargó con el mayor encarecimiento que la enterrasen en la capilla de la quinta, a orillas de aquel lago retirado y tranquilo tan lleno de memorias para su corazón.

No parecía sino que aquella existencia de tantos adorada pendía en aquella ocasión de uno de los rayos luminosos del sol, porque declinaba hacia su ocaso al compás del astro del día. Pusose este, por fin, detrás de las montañas, y entonces doña Beatriz, levantando hacia él su lánguida mirada, dijo a su esposo:

—¿Os acordáis del día que os despedisteis de mí por primera vez en mi casa de Arganza? ¿Quién nos dijera que el mismo sol que alumbró nuestra primera separación había de alumbrar en tan breve espacio la postrera? No obstante, la suerte se muestra más benigna conmigo en este instante, pues entonces me apartaba de vuestro lado y ahora de entre los brazos de mi esposo vuelo a los de Dios.

Al acabar estas palabras inclinó suavemente la cabeza sobre el hombro de don Álvaro, sin hacer extremo ni movimiento alguno, como acostumbraba en los frecuentes deliquios que padecía; pero pasado un rato, y viendo que no se sentía su respiración, la apartó de sí azorado. El cuerpo de la joven cayó entonces inanimado y con los ojos cerrados sobre la cama, porque sobre su hombro acababa de exhalar el último suspiro.

En la misma noche despachó correos el abad a Carracedo y al monasterio benedictino de San Pedro de Montes, y a la mañana siguiente acudieron un crecido número de monjes de entrambos, con lo cual pudo hacerse el entierro de la malograda joven con toda la suntuosidad correspondiente a su clase. Don Álvaro, que desde que vio muerta a su esposa se encerró en un silencio pertinaz, se empeñó en acompañar su cadáver a la capilla. Durante el oficio estuvo tranquilo, aunque echando de cuando en cuando miradas vagarosas al féretro y a la concurrencia, pero cuando llegó el caso de depositar en el sepulcro aquellos restos inanimados, dando un tremendo alarido se precipitó para arrojarle en él. Acudieron al punto los circunstantes y le detuvieron mal su grado.

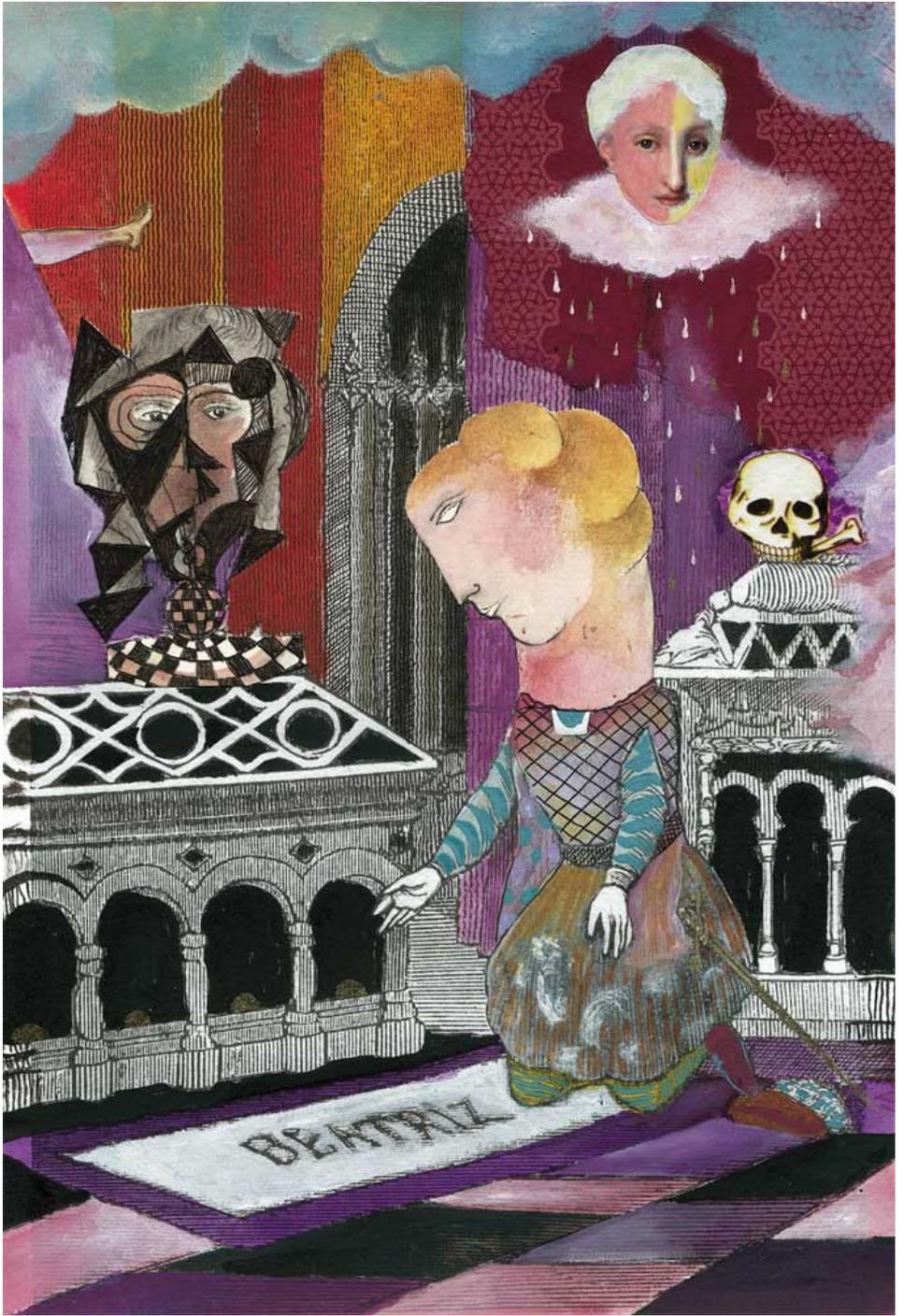
Viendo entonces burlado su intento, se desasíó de sus brazos y sin cesar en sus alaridos y con todas las trazas de un demente, corrió con planta ligera a emboscarse en lo más cerrado del monte a la parte de Las Médulas. Su razón había sufrido un fiero golpe, y al cabo de algunos días, el fiel Millán le encontró en una de las galerías de las antiguas minas con el cabello descompuesto y la ropa desgarrada. Con gran maña lo restituyó a la quinta, donde, aplicándole muchos remedios, volvió pronto a su juicio al

cabo de algunos días. En cuanto se vio libre de su acceso, rogó que le dejaran bajar a la capilla, pero todos se opusieron fuertemente, temerosos de que la vista de aquel sepulcro, no bien cerrado, desatase otra vez la vena de su locura; sin embargo, tantas y tan concertadas fueron las razones que dio, que al cabo hubieron de dejarle cumplir aquel triste gusto. Arrodillóse sobre la sepultura y en oración ferviente pasó más de una hora; besó por último la losa, y levantándose en seguida, sin pronunciar palabra, ni hacer extremo alguno de dolor, se salió, y montando en su arrogante caballo se partió de la quinta sin despedirse de don Alonso y seguido de Millán y otros dos o tres criados más antiguos, que al rumor de su enfermedad y locura acudieron desalados a la quinta.

Apenas llegó a Bembibre hizo dejación de todos los bienes que poseía en feudo, y mejorando considerablemente la herencia de su escudero, repartió lo demás entre sus criados y vasallos más pobres. Hecho esto, una mañana le buscaron por todo el castillo y no apareció; lo único que se había llevado consigo era el bordón y sayal de peregrino de uno de sus antepasados que había ido a la Tierra Santa en aquel hábito, y para memoria se guardaba en una de las piezas del castillo. De aquí dedujeron unos que él también se habría encaminado a Palestina, otros que no era allí, sino a Santiago de Galicia donde iba con ánimo de quedarse en algún retirado monasterio de aquella tierra; y no faltó, por último, quien dijo que la locura había vuelto a apoderarse de él.

El señor de Arganza, por su parte, sobrevivió poco a su interesante y desdichada hija, como era de esperar de sus años y de su profunda aflicción. Con su muerte se extinguió aquella casa ilustre, que pasó a unos parientes muy lejanos, y quedó un vivo cuanto doloroso ejemplo de la vanidad, de la ambición y de los peligros que suelen acompañar a la infracción de las leyes más dulces de la naturaleza.





Conclusión

El manuscrito de que hemos sacado esta lamentable historia anda muy escaso en punto a noticias sobre el paradero de los demás personajes, en cuya suerte tal vez no faltarán lectores benévoloos que se interesen. Por desgracia, no pocos de ellos eran viejos cuando les conocimos, y así el manuscrito ya citado se contenta con decirnos que después de la extinción final del Temple, que Clemente V decretó en el concilio de Viena, no por vía de sentencia, sino como providencia de buen gobierno, la mayor parte de los caballeros fueron destinados a monasterios de diferentes órdenes, y entre ellos el anciano maestre de Castilla, don Rodrigo Yáñez, vino a concluir sus breves días a Carracedo. Díjose, y no sin fundamento, que la desgracia de su sobrino, añadida a los infinitos pesares que le había traído el triste fin de su Orden, acortó el hilo de su vida. El buen abad tardó poco en seguirle, colmado de bendiciones por todos sus vasallos a quienes miraba como a hijos.

Por lo que hace al comendador Saldaña, fiel a su propósito, abandonó la Europa degenerada y cobarde, como siempre la llamaba, y pasó a la Siria, donde acabó sus días en una revuelta de los cristianos oprimidos que acaudillaba. En resumen, el tal manuscrito no parece sino un libro de defunciones, porque, según él, hasta el mismo Mendo, el palafrenero, fue víctima de una apoplejía fulminante que le trajo su obesidad cada vez mayor.

De la suerte posterior del señor de Bembibre, de la linda Martina, de Millán y de Nuño, nada más de lo que sabemos contenía; pero en el año pasado de 1842, visitando en compañía de un amigo las montañas meridionales del Bierzo, hicimos en el archivo del monasterio de San Pedro de Montes un hallazgo de grandísimo precio sobre el particular que nos aclaró todas nuestras dudas. Era el tal una especie de códice antiguo escrito en latín por uno de los monjes de la casa, pero como los sucesos que en él se refieren exigen cierto conocimiento de los lugares, nuestros lectores pueden perdonarnos, mientras les enteramos de lo más preciso, haciéndose cargo de que habiendo tenido paciencia para seguirnos hasta aquí, bien pueden decir con el refrán vulgar «donde se fue el mar, que se vayan las arenas».

El monasterio de San Pedro de Montes es antiquísimo, pues se remonta su origen a San Fructuoso y San Valerio, santos ambos de la época gótica, y su restauración después de la invasión sarracénica pertenece a San Genadio, obispo de Astorga, cuya es la iglesia que aún en día se conserva, con traza de durar no pocos años. Su situación, en medio de las asperísimas sierras que ciñen El Bierzo por el lado de mediodía, revela bien el terrible ascetismo de sus fundadores, pues está montado sobre un precipicio que da al riachuelo Oza y por todas partes le cercan montes altísimos, riscos inaccesibles y oscuros bosques. El rumor de aquel arroyo, encerrado en su hondísimo y peñascoso cauce, tiene un no sé qué de lastimero, y los pájaros que comúnmente se ven son las águilas y buitres que habitan en las rocas. El pico de la Aquiana, cubierto de nieve durante siete u ocho meses y el más alto de todos los del Bierzo, domina el monasterio casi a vista de pájaro y dista poquísimo por el aire, pero son tales los derrumbaderos que por aquel lado lo cercan, que el camino para llegar allá tiene que serpentear en la ladera por espacio de más de una legua y tomar además grandes rodeos. Esta montaña es muy pelada, pero está cubierta de plantas medicinales y tiene en su misma cresta una ermita medio enterrada a causa de las nieves y ventarrones, en que se adoraba, hasta la extinción del monasterio, la imagen de Nuestra Señora de la Aquiana, cuya función se celebraba el 15 de agosto y era concurridísima romería.

La vista que desde aquella altísima eminencia se descubre es inmensa, pues domina la dilatada cuenca del Bierzo llena de accidentes a cual más pintorescos y hermosos, y desde allí se extiende la mirada hasta los tendidos llanos de Castilla por el lado de oriente, y por el occidente hasta el valle de Monterrey, semiadentro de Galicia. La Cabrera, altísima y erizada de montañas, le hace espalda, y es en suma uno de los puntos de vista más soberbios de que puede hacer alarde España, a pesar de que el lago de Carucedo y los barrancos y picachos encarnados de Las Médulas, adornos de los más raros y preciosos que El Bierzo tiene, desaparecen detrás de las vecinas rocas de Ferradillo. Este, sin embargo, es pequeño inconveniente, porque están situadas a corta distancia de la ermita, y con un paseo se puede gozar de la perspectiva de entrambos objetos.

Hechas, pues, estas explicaciones que hemos juzgado necesarias, volvamos al código latino cuyas palabras vamos a traducir fielmente haciendo antes una profunda cortesía a nuestros lectores en señal de despedida, ya que después de ellas, nada podemos contarles de nuevo. Dice así:

«Por los años de 1320, ocho después que el santo padre Clemente V, de santa memoria, disolvió la Orden y caballería del Temple, acaeció que un peregrino que volvía a visitar el sepulcro del Salvador, mal perdido por los pecados de los fieles, apareció en la portería de esta santa casa, y habiendo pedido que la llevasen a la cámara del abad, así lo hicieron.

Largo rato duró la plática con su reverencia, la cual, al cabo, vino a dar por resultado que el forastero, de todo el mundo desconocido, tomase el hábito del glorioso patriarca San Benito a los dos días, con grande admiración de todos nosotros; pero el abad, con quien, según oímos de sus labios, se había confesado el peregrino, pasó por encima de todos los trámites y requisitos acostumbrados para entrar en religión, y nos impuso silencio con la voz de su autoridad.

El nuevo monje podía tener como hasta treinta y dos años, era alto, bien dispuesto y de hermosas facciones, pero las penitencias, sin duda, y tal vez los disgustos le doblaban la edad al parecer. Era muy austero y taciturno, y su aire a veces parecía como de quien en el siglo había sido un poderoso de la tierra. Esto, sin embargo, no dañaba a la modestia y suavidad de trato que con todos usaba, si bien por muy poco tiempo disfrutamos el suyo.

Pocos días antes de su misteriosa llegada había fallecido el ermitaño de la Aquiana, santo varón muy dado a la penitencia; pero como la ermita está cubierta de nieve gran parte del año, y la cerca tan grande soledad y desamparo, ninguno se sentía con fuerzas para vida tan áspera y rigurosa. Comoquiera, el nuevo religioso no bien se hubo enterado de lo más necesario al reciente estado, se partió con consentimiento del abad a morar en la ermita, dejando avergonzada nuestra flaqueza con su valerosa resolución. Era esto a principios del otoño, cuando caen en aquella eminencia las primeras nieves, y nubarrones casi continuos comienzan a ceñirla como un ropaje flotante, pero sin arredrarse por eso, tomó posesión al punto de su nuevo cargo.

Los resplandores de su virtud y caridad no pudieron estar largo tiempo ocultos, y así pronto se convirtió en el ídolo de la comarca. Partía con los pastores pobres su escasa ración de groseros alimentos, y cuando se arreciaban con el frío, les cedía la porción de vino que le daban en el convento y que sin duda solo

recibía con este objeto, pues nunca lo llegaba a los labios. Acontecía algunas veces que una res vacuna o alguna cabra se perdía a boca de noche en aquellas soledades, y él entonces, a trueque de ahorrar a su dueño un disgusto de su pérdida, salía de la ermita pisando nieve endurecida y la llevaba al pueblo, a riesgo de ser devorado de los lobos, osos y otras alimañas de que tan gran abundancia se cría en estas breñas.

Con estas y otras buenas obras, de tal manera se llevó tras sí el respeto y los corazones de esta gente sencilla, que sus palabras eran para ellos como las que Moisés oyó de boca del Señor en el monte Oreb. Él los consolaba en sus aflicciones, componía sus diferencias, les daba instrucciones para sus cacerías como persona muy entendida, y era, por fin, como la luz de estas oscuras y enriscadas asperezas.

Los fríos del invierno y el rigor de sus penitencias acabaron de destruir su salud ya quebrantada; así es que la dulce estación de la primavera no le restauró en manera alguna. Sin embargo, salía muy a menudo de la ermita, y paseando, aunque con trabajo, llegaba a las rocas de Ferradillo, desde donde se registran las cárcavas y pirámides de Las Médulas y el plácido y tranquilo lago de Carucedo. Allí se pasaba las horas como arrobado, y hasta que declinaba el día casi nunca volvía a su estrecha celda. El abad, viendo cómo decaían sus fuerzas, le rogó repetidas veces que dejase vida tan penosa y bajase a recobrar al monasterio, pero nunca lo pudo recabar de él.

Por fin la noche antes de los idus de agosto (14), víspera de la función de la Virgen de la Aquiana, se oyó tocar a deshora la campana del ermitaño con gran prisa, como pidiendo socorro. Alborotose con esto no solo la comunidad, sino el pueblo entero, y apresuradamente subieron a la ermita, pero por prisa que se dieron, cuando llegaron los delanteros ya le encontraron muerto. Grandes llantos se hicieron sobre él, pero aunque registraron su pobre ajuar no encontraron sino una cartera destrozada, con una porción de páginas desatadas al parecer y sin concierto, llenas de doloridas razones y sembradas de algunas tristísimas endechas, por las cuales nada podían rastrear sobre el nombre y calidad del desconocido.

Al otro día, según dejamos dicho, era la romería de Nuestra Señora, y tanto para que recayesen sobre el difunto las oraciones de

los fieles, cuanto por ver si había alguno que le conociese entre aquel numeroso concurso, lo pusieron en unas andas tendidas de negro a los pies de la ermita, amortajado con su propio hábito y con la cartera de seda encima.

Las gentes que vinieron aquel año fueron muchísimas, pero entre ellas llegó una familia que por el vistoso arreo de su traje llamaba la atención. Componíase de un anciano que pasaba ya de los sesenta; de un mozo como de treinta y dos, muy gallardo; de una mujer como de veinticinco, rubia, de ojos azules y tez blanca, de extraordinaria gracia y gentileza, que traía de la mano, después que se apearon de sus yeguas, una niña como de siete años, con una túnica blanca de lienzo y una gran vela de cera en la mano. La especie de mortaja que la cubría, la ofrenda que llevaba en la mano, y más que todo su color un poco quebrado, pero que en nada menguaba su hermosura de ángel, daban a conocer que venía con sus padres a cumplir algún voto hecho a la Virgen en acción de gracias, por haberla sacado de las garras de la muerte en alguna enfermedad no muy lejana. Era una familia en cuya vista se recreaba el ánimo involuntariamente, porque se conocía que la paz del corazón y los bienes de fortuna contribuían a hacerlos dichosos en este valle de lágrimas. Los cuatro, pues, entraron en la ermita, y viendo tanta gente agolpada alrededor del muerto, se acercaron también, llevados a un tiempo de la curiosidad y de la piedad. Trabajo les costó romper el cerco de aldeanos para rodear aquel humilde ataúd, pero apenas llegaron a él los dos jóvenes esposos, cuando fijando ella la vista en la cartera y él en el semblante del muerto, se pintó en sus rostros a un mismo tiempo la sorpresa y el terror. Estaba la cartera muy descolorida, como si sobre ella hubiesen caído muchas gotas de agua, y el cadáver, como es uso entre los monjes, tenía cubierto el rostro hasta la barba con la capucha; pero así y todo, y con la seguridad que una voz interior les daba, abalanzose él a descubrir la cara del muerto, y ella se apoderó con ansia de la cartera que comenzó a registrar.

—¡Virgen santísima de la Encina! —exclamó la mujer dando un descompasado grito—, ¡la cartera de mi pobre y querida ama doña Beatriz Ossorio!

—Dios soberano —gritó él, por su parte, abrazándose estrechamente con el cadáver—, ¡mi amo, mi generoso amo, el señor de Bembibre!

—¿Quién decís? —exclamó el viejo atropellado por la gente—, ¿el esposo de aquel ángel que yo vi nacer y morir?

Los tres entonces, asiéndose de las manos y del hábito del difunto, comenzaron un tierno y doloroso llanto, en que muchos de los circunstantes conmovidos, a vista del no pensado caso, no tardaron en acompañarles.

—Madre —preguntó la niña con ojos llenos también de lágrimas y medio aturdida con lo que veía—, ¿es este aquel señor tan bueno de que hablas tantas veces con mi padre?

—Sí, Beatriz mía, hija de mi alma —exclamó su madre alzándola en sus brazos—, ese es vuestro bienhechor. Besa, alma mía, besa el hábito de ese santo, porque si esta Virgen divina te ha concedido la salud y guardádote a nuestro amor, fue porque él sin duda se lo pedía.

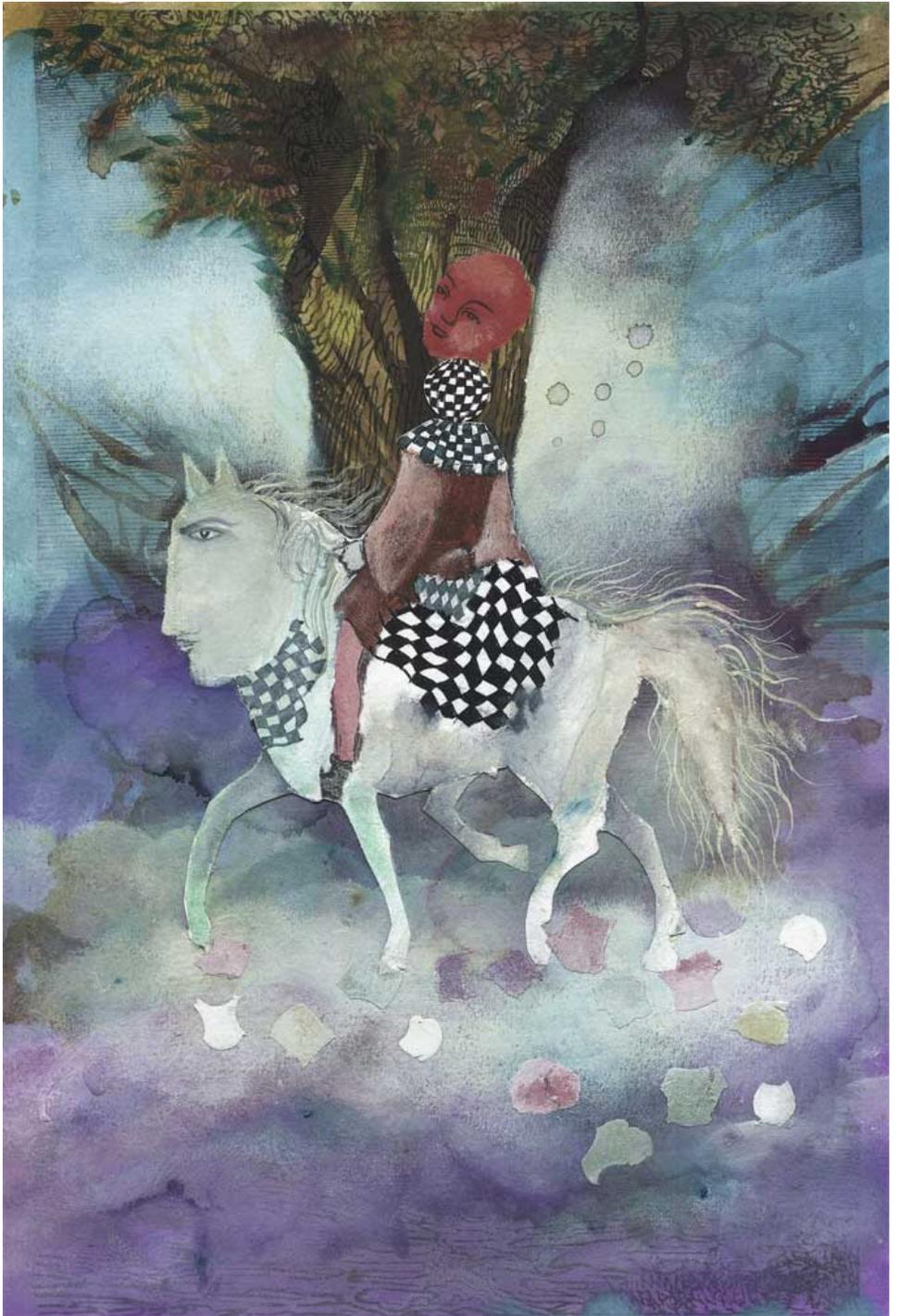
Los romeros entonces dijeron ser Nuño García, montero que había sido del señor de Arganza; Martina del Valle, camarera de su hija doña Beatriz, y Millán Rodríguez, escudero y paje de lanza de don Álvaro Yáñez, señor de Bembibre, que era el que allí muerto a la vista tenían. En esto llegó el abad de esta santa casa vestido con ropa de iglesia para bajar en procesión la santa imagen, según era costumbre, y diciendo muchas palabras de consuelo a los afligidos criados, les aseguró ser cierto lo que veían y creían. Don Álvaro, según lo que contó, había ido a meterse fraile a un convento de la Tierra Santa, pero habiéndolo entrado los infieles a saco antes de cumplir el año del noviciado, fatigado del deseo de la patria, y atraído por la sepultura de su esposa, había venido a Montes donde había confiado todas esas cosas al abad bajo secreto de confesión, hasta que otro no descubriese su nombre.

Comoquiera, el pesar que aquellas gentes recibieron fue muy grande, y aun Millán pidió que le dejasen llevar el cuerpo a Bembibre, pero el abad no lo consintió, así por no ir contra la voluntad expresa del difunto, que quería ser enterrado entre sus hermanos, como porque creía que sus reliquias habían de traer bien a este monasterio. A los huéspedes los agasajó y regaló con mucho amor, y en especial al viejo Nuño, a quien vio afligidísimo el día del entierro de doña Beatriz, y cobró afición muy particular desde entonces por su lealtad. El pobre montero, viejo ya y sin familia, se vio desamparado de todo punto cuando

se acabó la casa de su amo, dado que rico con sus mandas y larguezas, y se fue a vivir con Martina y Millán en cuya casa pasaba los últimos años de su vida muy querido y estimado. Al cabo de dos días se volvieron todos a Bembibre, donde vivían bien y holgadamente, colmados de regalos y finezas.

Tal fue este extraño suceso, que me pareció conveniente asentar aquí, y que duró mucho tiempo en la memoria de estas gentes. De los ya nombrados criados, tengo oído decir a muchas personas que aunque vivieron muy dichosos, rodeados de hijos muy hermosos y bien inclinados, y muy ricos para su clase, sin embargo, aun pasados muchos años, se les anublaban los ojos en lágrimas cuando recordaban el fin que tuvieron sus buenos amos, y sobre todo el señor de Bembibre.»





Historia secreta de la melancolía

Juan Carlos Mestre

Miguel Ángel Muñoz San Juan



1. La edad del tiempo

Un nuevo fantasma había comenzado a recorrer Europa, el fantasma del Romanticismo. Es el 15 de julio de 1815; en el número 15 de la Calle del Agua, en Villafranca del Bierzo (León) –un hermoso pueblo enclavado entre dos ríos, el Burbia y el Valcarce, que llevan su agua a otra leyenda, el Sil–, nació, en el día de su festividad homónima, Enrique Gil y Carrasco, segundo de los seis hijos de Manuela Carrasco, oriunda de Toro, Zamora, y Juan Gil, natural de Peñalcazar de Soria (Obispado de Osma), y que en situación acomodada desempeñaba por entonces el cargo de administrador de bienes del Marquesado de la villa.

Poco ha de durar la plácida infancia del futuro escritor en el persuasivo escenario de su lugar natal. Enrique Gil abandona a los ocho años la villa donde sus ojos de niño descubrieron la misteriosa conciencia que vincula a las palabras con el conocimiento sensible de las cosas; sin embargo, como veladuras de un recuerdo nublado permanecerán en él los preámbulos de esa época, semillas de una memoria primordial que lo acompañarán durante toda su vida.

La experiencia de su infancia, no por breve menos intensa como toda fundación mítica en los mapas del inconsciente, habrá de significar, articulada de sentido poético años después, alguna de las claves más singulares que caracterizan el pensamiento de su biografía espiritual. En aquellas primeras décadas del siglo XIX era Villafranca del Bierzo un espacio geográfico y humano no difícil de imaginar; un reducido cosmos donde la naturaleza presidía el último acto sociológico de la hoy desaparecida vida rural. Es en este territorio, idílico solo ante los ojos de la inocencia, donde el aprendiz de la melancolía escuchará por primera vez cantar a un pájaro.

Lo que sus ojos ven, aquello que aún sin ser nombrado se anotará como un primer recuerdo en la conciencia, será la génesis de las palabras, el alfabeto con el que comienza a poner nombre estético a la existencia corporal y abstracta de las cosas que lo rodean. Si la adquisición del lenguaje es determinante en la relación dialéctica del niño con el mundo, no lo será menos el espíritu de las palabras que más allá de su significación crean la familia semántica de las afinidades, la jerarquía vocal de las predilecciones estéticas y el repertorio primario de los vocabularios esenciales.

Los ocho años que Enrique Gil vive en Villafranca serán también un período clave en el devenir estético del poeta: largos inviernos de niebla, horizontes con un paisaje agreste de montañas que descienden hacia el valle fresco y verde, fértil entre los álamos como una inmensa patria de ruisñores y remota pobreza. Lo que oye, maitines en la amanecida de los serenos templos que abren sus puertas a cuatro pasos de su casa, allí donde los arcos góticos se abrazan confundándose con acogedores patios renacentistas, y el permanente tañido de las campanas, voz de un algo doliente entre las sobrias calles de piedra, ahonda aún más la fría intemperie del más desnudo románico. Estos serán los lugares por donde anda y corretea, rúas en aquel entonces bulliciosas de campesinos y carboneros, con cuadrillas de vendimiadores al amarillear septiembre, un ir y venir de carros de bueyes, gentes que desde las aldeas vecinas bajan a las concurridas ferias de los martes, a los mercados de grano y trata de animales. Calles en las que escucha los sonidos iniciáticos de la armonía, la castellana voz paterna junto a la artesanía vocal de los dialectos montañeses, la algarabía entre el habla de los canteros y la voz oscura de los cacharreros que atraviesan la frontera del noroeste, los vendedores de cubetos y odres; la cadencia de los oficios, el repiqueteo de los hojalateros, el vibrante yunque de los herradores, esa melodía del ruido de los trabajos que entrará para siempre como música de las esferas sin esfuerzo en su oído.

Nada en aquellos días habría de sucederle en vano; tenía Villafranca una vaga atmósfera de humo, de leña quemada en los hornos de las panaderías, de vapor en las fraguas y braseros en las bodegas de los vinateros a granel; un aroma esencial de la tierra que brotaba por todas partes. Y agua, el aroma invisible del agua pura, un agua perenne e interminable que santifica la naturaleza y cuyo coro acompañará al poeta como inevitable destino hasta su muerte. Todo en el valle remitía a una ancestral cultura simbólica del agua, un obsesivo fluir de llantos latinos en las fuentes de las plazuelas, un constante balido entre el rebaño de cantos rodados que ribetea el cauce del río, la visión turbadora del agua sin domar bajo los puentes durante las estrepitosas crecidas de los deshielos, las mansas riberas del Burbia que desbordadas y amenazantes casi rozaban los bajos de la casa paterna. Una gramática de lo transparente que el niño Enrique Gil aprenderá como lenguaje de una sencilla oración connatural a su vida, pero también lo incontenible, lo temeroso de la fuerza exterior a la voluntad humana, el sentimiento de lo intuido como trágico y desolado, contradictoriamente

asumido en la sublimación de la naturaleza como principio de lo bueno y lo bello.

El naturalismo escenifica ante él su rotundo imaginario, y su concepción poética del mundo comenzará a desarrollarse bajo el influjo del encantamiento; es el suyo un pequeño y abarcable laberinto mágico que limita en sus cuatro direcciones con montes boscosos y alamedas plácidas; el pueblo mismo es una filigrana de piedra, una asamblea de sombras tutelares con torres y espadañas, iglesias y conventos dormitando la eternidad angélica de sus caprichos barrocos entre las casonas palaciegas. Todo en su entorno podría ser leído como un admirable relato estético; la propia casa donde vive tiene, como tantas otras en la misma calle, escudos nobiliarios, blasones con figuración de lunas, soles, castillos y leones que emergen de la selva labrada de las fachadas. Un poco más allá el aroma de lo fértil, los jardincillos con violetas y mirtos, los patios con grandes magnolios, los recintos claustrales con cipreses.

Lo excepcional es lo cotidiano, alguna excursión por los alrededores, bordeando el río bajo el paraguas verde de los castaños y alisos, una merienda familiar por San Lázaro en las praderas próximas, junto al arroyuelo que baja de las campas con el encargo de las libélulas y las mariposas. Cada anécdota será un descubrimiento fundacional en la sensibilidad de Enrique, en la peripecia vital del infante que tendrá su consecuencia en la escritura del tiempo. Ve lo blanco, las nieves eternas de la lejanía que hallan su continuidad en la cercana floración de los almendros. Percibe lo verde, lo feraz de las huertas donde crece fragante la ruda y el romero, la grana de la colina y el injerto de los sarmientos. Se asoma a lo oscuro, al pozo, a los callejones que nacen de la sombra hasta abrirse en casas con aleros de madera para el énfasis de las golondrinas, los tejados brillantes de pizarra negra bajo la humedad estelar. Toca lo diminuto, el rocío; sopla los vilanos del cardo, vuela.

Apenas traspasa la puerta del conocimiento tiene a su alrededor el mundo, un microcosmos regido por la precaria ley de una dulzura que no comparten los adultos. De aquella Villafranca, despertada por la brisa que hace sonreír al tamboril, por el aire húmedo que llora en las gaitas y el viento nervioso que revuelve el polvo de oro del verano; de aquellas fosca humareda de las hogueras otoñales, de las súbitas y relampagueantes noches de tormenta cuando los troncos de lo ardido alcanzan su pértiga de aroma sobre los hogares del invierno; de aquella remota villa en los límites de la

ilusión histórica que yace hoy bajo las piedras derrumbadas del origen, nace la imaginación de Enrique; partículas elementales que se van ordenando en su conciencia a semejanza de un orden superior, fugaces impresiones, piedras, rosas, astros, la armonía de un paisaje regido por dioses invisibles y que se harán visiones en la primera patria del poeta de la niebla, el pueblo de su nacimiento que, en un azar que perdura desde entonces como una vocación incesante, añadirá a la cartografía de lo misterioso su segundo apelativo, «*ciudad de los poetas*».

No hay desasosiego en esos años de la vida de Enrique, sino benévola luz, ensueño de inocencia y albor de mayo. La historia se ha empeñado, sin embargo, en trazar el perfil de otra oscuridad: las divergencias entre su padre y María Tomasa Palafox Portocarrero, Marquesa de Villafranca, que a la muerte de su esposo, don Francisco Álvarez de Toledo Ossorio, halla errores en las cuentas que administra, hipotecan gravemente el destino de Juan Gil a quien se le retira la confianza y, en penosa consecuencia, pierde el puesto. Discurre el año 1823, finaliza el Trienio Liberal, la familia, ahora enfrentada a serias dificultades económicas, se ve obligada, entre litigios y rumores de un no discreto escándalo, a abandonar la villa con destino a la cercana ciudad de Ponferrada.

Según este hecho, mantenido como veraz durante más de un siglo, atrás queda la ilusión, el pesimismo connatural a la incertidumbre que ha de echar definitivas raíces en el gesto moral de la desesperanza, en el carácter de quien comienza a entender dialécticamente el mundo como una situación de crisis, de valores enfrentados, de clases sociales instauradas sobre la única razón de los privilegios y aquellos otros, los inadvertidos huéspedes de la historia cuya peripecia humana desemboca, como un afluente del fracaso, en el olvido.

No es así; según recientes investigaciones del historiador Vicente Fernández Vázquez¹⁴: «El desfalco realizado por su padre y descubierto en el año 1821, cuando el niño Enrique Gil tiene seis años, y del que se han sacado conclusiones, a mi parecer erróneas, como el que Gil y Carrasco nunca mencione a Villafranca en *El Señor de Bembibre* por lo mal que lo pasaron él y su familia en la villa del Burbia. Sobre este particular, se ha de señalar que desde que se pone al descubierto el desfalco hasta que se va de

¹⁴ Fernández Vázquez, Vicente (artículo y apéndice documental): *Una nueva mirada sobre la vida y obra de Enrique Gil y Carrasco*. Bierzo, Edición del Archivo Histórico Parroquial de la Basílica Ntra. Sra. de la Encina, Ponferrada, 2001, pp. 74-84.

Villafranca pasarán dos años y que su marcha no se debe a este factor. Ni a otro de cariz semejante ocurrido al año siguiente como fue otro desfalco en la administración que Juan Gil llevaba de los bienes de la Colegiata de Villafranca. Conocemos de su existencia por otra denuncia formulada en Ponferrada varios años más tarde (...) Ninguno de los desfalcos anima a Juan Gil a abandonar con su familia Villafranca ya que aquí tiene su casa comprada en la desamortización de los bienes del Monasterio de Carracedo y su trabajo, ahora ya únicamente como administrador de los bienes del señor de Arganza, don José María Sánchez Ulloa»¹⁵.

La influencia de estos hechos en la personalidad de Enrique será durante esa época imperceptible, aunque aplazará la presencia de su sombra para reaparecer una década después con una gravedad que sí ha de hipotecar no solo el ánimo familiar sino la propia vida emotiva del poeta.

El traslado de la familia a Ponferrada no lo vivirá Enrique como pérdida de lo íntimo, sino como sublimación de lo nostálgico; no es la soledad un recuerdo forzado ni un arraigado sentimiento de pérdida del paraíso que ha dejado atrás. Enrique Gil y Carrasco entra sencillamente en el espacio en que el tiempo comienza a tener edad, y Ponferrada es ahora en el camino hacia la adolescencia, el escenario idóneo sobre el que teatralizará las prosopopeyas de su imaginario.

Enrique solo ha cruzado un puente, ha partido en sueños del jardín villafranquino y al otro lado lo espera con sus párpados abiertos la existencia real y efectiva de lo encantado. Ponferrada no será el pretendido y sereno refugio que atribuye la historiografía al uso a la familia Gil, víctima de una inexistente persecución por parte de la nobleza villafranquina y motivo de sus penurias, sino la continuidad sin quebranto de una peripecia vital y ahora ya definitiva. Ponferrada será la primera fundación consciente del origen como casa sagrada de los afectos, el lugar elegido por la memoria para transfigurar la brevedad de la existencia en duración perdurable. Sus juegos, tiene por entonces nueve años, transcurren entre las ruinas de la imponente fortificación templaria próxima a la casa donde ahora residen, en la parte vieja de Ponferrada, y cuyas murallas se desmoronan como arqueología de los fantasmas, desde una colina sobre el río Sil. No es difícil imaginar el temperamento melancólico que otorga lo pintoresco del lugar y la tristeza de su idílico

¹⁵ Fernández Vázquez, Vicente: *Una nueva mirada...*, o. c., pp. 75-76.

tópico a la dramaturgia lírica del paisaje romántico, lo tenebroso de las almenas bajo la fugitiva luz de los relámpagos, la incesante, persuasiva, fervorosa lluvia que hacía crecer la hierba sobre el ya abandonado y último gemido de la Edad Media.

Será de esa fuente otoñal, neblinosa y nocturna que es el paisaje berciano, de donde seguirá brotando el agua que habrá de pulir emocionalmente la adscripción estética del poeta. Esa tramoya mágica es un mundo en trance de desaparecer, lo que de fantástico y quimérico tienen aún las maravillas silvestres, los lugares que luego idealizados en su memoria otorgarán razón de ser a su cosmogonía literaria. Un mundo de astros apagados, regido por los elementos de la naturaleza, por el inexorable plazo con que capitulan las estaciones y el dédalo de bosquecillos sentimentales que crecen en el corazón, la sucesión de sus ciclos, el aparente orgullo de las ruinas, la telaraña simbólica de los ríos hacia el memento sin piedad del desconocido mar lejano, ese constante transcurrir hacia lo desconocido, hacia el territorio ajeno a la voluntad y que fue algún día ánimo e intimidad sensible de las contemplaciones.

Antes del latín, antes de la gramática y la historia y la geometría y la aritmética, Enrique Gil ya ha elegido el lenguaje de sus dioses. Ellos serán la personificación de los valles, la amistad con el idioma de los cielos, la memoria de lo inaprensible como invocación de futuro. «Sean libres los poetas como las golondrinas», escribió Hölderlin, y ese pareció ser, en su radical sencillez, su encargo inofensivo, la necesidad esencial que Enrique Gil habría de proyectar, ocupado en claridad, sobre el breve horizonte de su vida. Si poetizar, como sostenía Heidegger, es dar nombre original a los dioses, el origen de la palabra poética en Enrique Gil se vincula en su totalidad con las leyes íntimas de la naturaleza, de ella dimana su sentido y también en ella encuentra su revelación.

2. La orilla de los presentimientos

Tiene el poeta trece años y concluida la educación de infancia comienza nuevos estudios en el monasterio benedictino de San Andrés, en Vega de Espinareda, localidad cercana a Ponferrada. Caen las hojas del otoño de 1828, es la desgarradura del que abandona por primera vez la casa paterna y su consentida verdad de lo amoroso, la madre tan decisiva en la formación de su mundo afectivo, cuando en los embalses de la memoria

empiezan a expandirse las ondas de su alianza con la otra orilla, definitivamente literaria, de los presentimientos:

El otoño había sucedido a las galas de la primavera y a las canículas del verano y tendía ya su manto de diversos colores por entre las arboledas, montes y viñedos del Bierzo. Comenzaban a volar las hojas de los árboles, las golondrinas se juntaban para buscar otras regiones más templadas, y las cigüeñas, describiendo círculos alrededor de las torres en que habían hecho su nido, se preparaban también para su viaje. El cielo estaba cubierto de nubes pardas y delgadas, por medio de las cuales se abría paso de cuando en cuando un rayo de sol, tibio y descolorido. Las primeras lluvias de la estación, que ya habían caído, amontonaban en el horizonte celajes espesos y pesados, que adelgazados a veces por el viento y esparcidos entre las grietas de los peñascos y por la cresta de las montañas, figuraban otros tantos cendales y plumas abandonados por los genios del aire en medio de su rápida carrera. Los ríos iban ya un poco turbios e hinchados, los pajarillos volaban de un árbol a otro sin soltar sus trinos armoniosos, y las ovejas corrían por las laderas y por los prados recién despojados de su hierba, balando ronca y tristemente. La naturaleza entera parecía despedirse del tiempo alegre y prepararse para largos y oscuros lutos del invierno¹⁶.

Quizá sea este signo pesimista, esa migración del ánimo hacia un territorio donde la esperanza está cercada por intuiciones lúgubres, descoloridas, turbias... el enunciado, la clave elemental de cuanto se proyectará luego, al modo de un enigma descifrado, sobre la coherente extensión de toda la obra de Enrique Gil y Carrasco. Un viaje que hacia regiones más templadas, como la golondrina hacia la libertad de Hölderlin, será ya para él un viaje continuo, una partida sin retorno al pensamiento de lo inseguro donde la experiencia estética resuelve las interrogaciones sobre la duración y lo breve, la intemperie y el sentimiento de pérdida de la condición humana.

Aparece entonces la pregunta en la voz sin boca de la esfinge, de dónde la esencia del poeta, hacía qué fuente va esa sed sin saciar que lo vigila, ese sueño sin realidad que lo desvela. La soledad, la subconsciente elaboración de argumentos que amparan la desdicha, la pervivencia de lo quimérico como fantasma de los recuerdos infantiles desplazando en el destino a los azares de la felicidad. Todo en él parece abocarse desde un principio a una

¹⁶ *El Señor de Bembibre*, p. 145 de esta edición en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.

suerte de conjura, a un saber desde fuera del conocimiento objetivo, a la anticipación simbólica de una realidad futura que percibe y sufre con la misma claridad y consecuencia de un hecho presente.

Tras permanecer un año en Vega de Espinareda, el último que de forma continuada vivirá en tierras del Bierzo, Enrique Gil se traslada a Astorga, donde el 18 de octubre de 1829 ingresa en su Seminario para continuar los estudios de Enseñanza Media. Atrás quedan borrados por la bruma los lugares de su coloquio tierno y delicado que ya solo habitará poéticamente desde la voz trágica de los restantes y últimos quince años de su vida.

No fue Astorga, ciudad severa, grave, fría en su austeridad de piedras conventuales, el lugar más propicio para el abrigo de lo risueño; el valle se extendía ahora hacia la monótona meseta y el espacio libre de los campos primaverales limitaba hoy con el recinto de la ciudad amurallada.

La rigurosa horma de la disciplina seminarista difícilmente habría de calzar con los pies, aún descalzos ante los caminos que se bifurcan, del joven Enrique:

La vida en el seminario estaba sujeta a minuciosa regla; desde octubre hasta el 18 de junio, los colegiales se levantaban a las seis de la mañana y disponían de media hora para asearse, vestirse y doblar la ropa de cama. A las seis y media oían misa y enseguida desayunaban. Por la mañana, clase y estudios; a mediodía, la comida, durante la cual algún alumno leía “con pausa y sentido” trozos de una obra escogida por el superior. A la una tocaban silencio y los escolares se retiraban a sus cuartos hasta la hora de cátedra. Después, salida o recreo dentro de los muros; al anochecer vela, reposo, oración y lección espiritual. A las nueve cenaban y a las diez se acostaban.

Tabaco, naipes, vinos y licores, instrumentos musicales, comedias y novelas, estaban prohibidos a los seminaristas, cuyos baúles y efectos eran de vez en cuando registrados por si había entrado de matute alguno de los enemigos del sosiego y orden del establecimiento. Con severidad se castigaban las opiniones políticas o religiosas discrepantes de la más pura ortodoxia. Las faltas menos graves podían dar lugar a privaciones de paseo o comida, a barrer la capilla y hasta a reclusión a pan y agua; para los insubordinados, rebeldes y reincidentes, disponíase el máximo castigo: la expulsión»¹⁷.

¹⁷ Gullón, *Cisne sin lago*, León, 1989, p. 36-37. (*Constituciones del seminario Conciliar de Astorga. Capítulo 19: de la distribución de las horas del día, y Capítulo 30: De las penas y castigos de los colegiales*).

3. Regreso y huída de la experiencia

En 1831, terminados los estudios de Filosofía y meses antes de cumplir los dieciséis años, Enrique deja el seminario de Astorga para regresar a Ponferrada. No ha sido un alumno brillante, tampoco la experiencia y trato con sus compañeros ha logrado desempeñar su acendrado carácter meditabundo.

Muere su tía materna, quien ya viuda dejará tres huérfanos al cuidado como tutor de Juan Gil, lo que aumentará a ocho el número de hijos y las correspondientes preocupaciones económicas de la familia.

Por esa época, en el transcurso de algún período vacacional, conoce a Guillermo Baylina, tal vez su primer amigo y a quien dedicará, años después con motivo de su prematura muerte, un poema en el que la fraternidad y lo sentimental se entrelazan amorosamente:

(...) y las dulces confianzas
de solícita amistad,
las doradas esperanzas,
abandono y bienandanzas
de la venturosa edad,
y las pláticas de amor
entre flores y verdura,
que cantaba el ruiseñor
y embellecía el pudor
de conturbada hermosura.

(...)

Memorias, sí, del malogrado amigo,
del malogrado amigo que perdí,
que repartía su placer conmigo
y descargaba su amargura en mí,
que desplegó mi corazón de niño,
como el alba las hojas de la flor,
y suavizó con maternal cariño
mis ideas de luto y de dolor¹⁸.

A través de Guillermo conocerá a la mujer que ha de ser desde entonces una permanente y sublimada referencia de su universo afectivo y literario,

¹⁸ *La campana de la oración*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen I, *Poesía*, pp. 92-97. Este poema apareció publicado en *El Español*, núm. 797, 8 de enero de 1838, bajo la siguiente dedicatoria: *A la memoria de mi desgraciado amigo don G. Baylina*.

su hermana, Juana Baylina, dos años menor que Enrique, «una doncella de ojos negros, de frente melancólica y de sonrisa angelical: su alma era pura como los pliegues de su velo blanco, y su corazón apasionado y crédulo...»¹⁹. Era la visita del amor, el espejismo intangible de una pasión enferma de idealismo. La mujer virginal, inaccesible, platónica, emergía casi como una ilusión óptica ante un Enrique Gil incapaz de materializar su deseo. La atracción no pasará de constituir una ordenada espera sin desenlace, una contemplación pasiva de lo etéreo que marcará de manera inevitable la extrema soledad de su discurso amoroso:

Algunas veces su alma se empañaba y entristecía en soledad, y se gozaba en los roncros mugidos del torrente; pero muy pronto la fada²⁰ de sus aguas se le aparecía adornada de espumas y de tornasolado rocío, y en un espejo encantado le mostraba una creación blanca y divina, alumbrada por un astro desconocido de esperanzas, que le llamaba y corría a aguardarle entre las sombras de un pensil de arrayán y azucenas. Y la vida tornaba al alma del mancebo y tenía fe en la mañana y era feliz²¹.

Una felicidad inane, agotadora, estéril por inexistente en los ámbitos donde la juventud es un palpito vehemente, envuelta en la niebla de la ocultación, escasa de reciprocidades, imposible más allá de su hecho imaginario que encontrará refugio, única salvación sentimental del naufrago, en la casa de huéspedes de la literatura.

Lo posible conspira otra vez contra lo razonable y esa relación misteriosa, embellecida hasta el paroxismo retórico de lo cursi por el tópico romántico, hará de Enrique Gil y Juana Baylina, extraños personajes en la Ponferrada de su época, el arquetipo de los amantes en perpetua aspiración de encuentro, dos confusos ante la sobria monotonía de los hábitos sociales, dos insomnes en la oscuridad, dos sueños paralelos bajo la misma quebradiza luz del día.

Son sucesos íntimos que apenas tuvieron realidad exterior: dotados de vigorosa pasión, acontecen en el seguro recinto del alma, y ni Enrique ni ninguno de sus próximos –aún después de morir él–

¹⁹ *Anochecer en San Antonio de la Florida*, en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen VIII, *Último viaje*, p. 19 y ss.

²⁰ Fada. f. **Mit.* Hada, maga, hechicera.

²¹ *Anochecer en San Antonio de la Florida*, idem.

habló explícitamente de ellos. En algunas personas la capacidad para el amor es grande, pero limitada a un solo vuelo: tal parece el caso de Gil. En el albor de la juventud se sitúa un episodio de triste amor, un amor irreal, novelesco y desdichado, cuyo sino se confunde de extraña manera con ciertas misteriosas peripecias familiares nunca esclarecidas”²².

4. Retorno a las ruinas y el vuelo de la imaginación

Esclarecer lo que por naturaleza tiende a lo velado será un esfuerzo inútil. La niebla continuará fluyendo en cada episodio de la vida de Enrique Gil, hasta hacerse consustancial con los párrafos de su testimonio literario, una traslación poética del entorno a los paisajes interiores que animan su relación con el mundo, una actitud que se convertirá en conducta, la fecunda sombra en que desembocará su destino. En enero de 1832, y posiblemente a instancias de su padre, influido por la necesidad de apuntalar en el futuro las ruinas del presente, Enrique Gil se traslada a Valladolid²³ donde inicia los Estudios de Leyes.

El *Libro de las Matrículas de Leyes* conservado indica que Enrique Gil asciende regularmente los grados de la carrera: segundo año en octubre de 1832, tercer año en 1833, cuarto en 1834. Los *Libros de Pruebas de Leyes* muestran que salió aprobado en todos los exámenes de los diversos cursos. Es evidente que en Valladolid tiene trato asiduo con varios compañeros que serán luego escritores y eruditos importantes. Figuran, entre ellos, José Grijalva, Joaquín del Pino, Jerónimo Morán, Miguel de los Santos Álvarez, Buenaventura García Escobar, Manuel de Assas, José María de Ulloa y, sobre todo José Zorrilla. Las relaciones con Pino, Ulloa y Álvarez empiezan ya en Valladolid; esto es más hipotético en lo que se refiere a Zorrilla. Ambos estudiantes cursan años distintos (en 1834-1835, Zorrilla está en el segundo, Gil en el cuarto), y es conocida la poca afición de Zorrilla por los estudios²⁴.

²² Gullón, p. 53.

²³ «De cómo era la población en tiempos de Enrique Gil dan testimonio palabras de Teófilo Gautier, que recorriendo España, la vivió años más tarde: “Valladolid es una gran ciudad casi despoblada, caben en ella doscientas mil almas y apenas tiene veinte mil. Es una ciudad limpia, tranquila y elegante en que ya se percibe la proximidad del Oriente. Era una ciudad en decadencia (...) Las despejadas calles estaban casi desiertas, arruinadas las casas y el aspecto de la ciudad no era muy atractivo». Gullón, p. 44-45.

²⁴ Picoche, p. 27.

Durante estos años Enrique ya ha comenzado a escribir poesía, los versos juveniles van adquiriendo forma, estructura de poema, memoria de conciencia. El ambiente de la ciudad vallisoletana redonda en actualizar los viejos estereotipos en los que se cimentaba su tendencia a lo frágil, la decadencia y abandono de las ciudades como consecuencia de un sentimiento de crisis espiritual. Es el final del reinado de Fernando VII, *el Deseado*, años en que el poder impone su recelo hacia todo lo que significara libre desarrollo del pensamiento intelectual. La cultura languidece bajo el absolutismo conservador, y Enrique Gil se ve enfrentado, como un pájaro extraviado en las tormentas ideológicas de su época, a la necesidad de desplegar la tercera ala de su vuelo: la imaginación.

La consigna del tiempo es libertad. Larra la proclama en España y almas ardientes la gritan en todo el mundo. Lord Byron ha muerto por la libertad en Grecia y su muerte enardece a los soñadores, partícipes de su exaltada fe; por Polonia luchan incesantemente los patriotas (Gil dedicará un poema al oprimido pueblo²⁵); Lamartine es en Francia el ídolo, un tanto lacrimoso, de la nueva escuela. En Rusia se agita el poderoso antes letárgico: Puskin ha cantado en Petersburgo con inmortales acentos, y en cualquier país, en cualquier lengua, se repiten los trenos de Schiller exaltando a Guillermo Tell, condenando a Felipe II. Una encrucijada: hechos y obras que fueron sucediéndose durante cuarenta años llegan a conocimiento de jóvenes como Enrique, atónitos por el descubrimiento de este inmenso continente de valores insospechados²⁶.

La pugna entre el muchacho, hasta entonces contemplativo y solitario, y el joven liberal que ha comenzado a interpretar críticamente la realidad de su época, se inclinará a favor del hombre que alejándose de la misantropía se jugará a la suerte del saber la única carta de su lúcida curiosidad.

Es este un período confuso en la vida de Enrique en el que no coinciden críticos e historiadores. En efecto, varias son las tesis que se han manejado

²⁵ «Hela allí, moribunda y quebrantada, / por el suelo la rica cabellera; / hela allí, solitaria, abandonada, / cual náufrago bajel en la ribera; / (...) Mas otro porvenir guarda la suerte, / Polonia, para ti, y otros blasones. / Mira la juventud alzarse fuerte, / rica de libertad y de ilusiones. / Mírala, sí, y espera en tu agonía, / porque ella ve tus lágrimas de duelo, / y no está lejos el hermoso día / que un sol de libertad muestre en el cielo». *Polonia*, en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen I, *Poesía*, p. 145 y ss.

²⁶ Gullón, pp. 50-51.

respecto a lo ocurrido entre sus 16 y 21 años (1831-1836) y que parecen ejercer una influencia definitiva sobre su vida y los valores morales que darán tensión ética a su obra literaria. Mientras algunos autores no dudan en referirse a la ruina económica familiar, o contradictoriamente a una estabilidad y situación medianamente acomodada; otras fuentes alegan persecuciones políticas, desgracias imprevistas o coyunturales insolencias del cabeza de familia para justificar el regreso a Ponferrada, durante quince meses, del joven estudiante. La realidad precisa, a la luz de las investigaciones ya referidas con anterioridad de Vicente Fernández Vázquez, parecen tener su raíz en otro episodio, el de una nueva denuncia por fraude contra Juan Gil, en este caso una demanda y posterior condena

(...) por robar en la medida de la sal, en concreto por vender la sal al por mayor en los almacenes contra instrucción y no en el toldillo; por dar a los aldeanos, *“principalmente a aquellos que se les veía miserables”*, el cuartal de sal a 25 y 26 libras y a 22, 20 y hasta 18 libras, a aquellos otros *“de quienes se temía queja”*; y porque *“en los mismos acopios se daba a peso 22 libras por cuartal y menos”*²⁷.

La demanda sería presentada en octubre de 1831, fecha en que Juan Gil pierde su puesto de trabajo como Administrador de Rentas Reales de Ponferrada y su Partido, lo que llevará en los años subsiguientes a la ruina doméstica. «Este nuevo delito cometido por su padre, su comportamiento (al denunciar a sus denunciados)²⁸ y la posterior condena, que reconocía su culpabilidad, tuvo para Enrique Gil gravísimas consecuencias morales y éticas. Todos los valores pregonados por su padre se vinieron por los suelos ya que en esta ocasión sí que se enteró, no como en Villafranca, ya que en estos momentos, o sea, cuando empieza la demanda tiene dieciséis años y cuando finaliza, veintidós. Toda su juventud, la edad más crítica, se vio inmersa en este proceso de fraude y que sacaba a reducir los otros dos anteriores de Villafranca. Todo un escándalo que llevará a nuestro autor a una actitud de desconfianza hacia la vida, que encuentra su origen y razón de ser en las conductas de sus padre y en las consecuencias derivadas de ella, y no en el desamor, como se ha mantenido hasta ahora».

²⁷ Fernández Vázquez, Vicente: *Una nueva mirada...*, p. 79.

²⁸ Como reacción a la acusación Juan Gil acusó a los demandantes de ser «enemigos del altar y del trono y de ideas pérfidas, asegurando ser bien conocidos por sus ideas contrarias al régimen constituyente y que se reunían en casa de Varea formando una Junta o Club de conspiradores y de revolucionarios». Fernández Vázquez, pp. 79-80..

Abandonado el ángel cautivo de su fallida aventura sentimental, agudizada hasta la ruptura su desconfianza en la autoridad paterna como referente ejemplarizante de conducta, Ponferrada no será ya el espacio de aquella pasión que lo ancla al origen como refugio moral de la tierra; rumor y maledicencia cierran las maletas del viajero, y el interés por descubrir nuevos horizontes huyendo de la escoria de los sueños lo inclina a la partida. Viaja, se interesa por las costumbres de la gente sencilla, tal vez en la necesidad de identificarse en alguno de sus ángulos sociológicos con la desvencijada clase que, sin clara pertenencia a ella, ahora lo acoge. Lo campesino, sin fundamentos en su historia personal, aparece como un referente estético, y por tanto ético, de su pulsión lírica. Los ruiseñores enamorados, las nieblas vaporosas, las flores y verduras, los contornos de los montes, los vientos de otoño, las felices riberas, amplían la ingenuidad de su retórica hacia la nueva perspectiva que le ofrece la Cordillera Cantábrica, Galicia, Santander... Anota sus impresiones de viaje y une a ellas la descripción de gentes, los hábitos que singularizan la costumbre de los pueblos, la vibración estética que producen en su alma, seducida por el equilibrio de una belleza inédita, los monumentos arquitectónicos.

Enrique Gil ya es escritor, sin nombre, sin conducta de obra definida, pero escritor al fin y al cabo, poeta lírico por vocación, inspirado en la obediencia ciega hacia el destino de todo poeta verdadero: la fe en aquello que no existe, la lealtad a un encargo que no le ha hecho nadie.

5. Un mendrugo de pan para los perros

En esa condición de ánimo llega a Madrid, es el año 1836 y se matricula de sexto año en la Facultad de Derecho, aunque no consta que hubiera terminado el curso²⁹. La literatura ha desplazado cualquier otro interés.

Probablemente a través de Miguel de los Santos Álvarez, de quien había sido condiscípulo en Valladolid, conoce a Espronceda, cuya amistad, ya sea

²⁹ Su abandono de la Universidad de Valladolid para trasladarse a la nueva Universidad de Madrid con la intención de continuar la carrera de Leyes, no debió de ser una medida apoyada por su padre: «Probablemente, esta idea tuvo una acogida muy poco favorable de su familia y su salida para Madrid se parece a una huida. (...) Se matricula en la nueva Universidad de Madrid en sexto año de Leyes. Pero, a partir de entonces, no se le vuelve a encontrar en los libros de la Universidad, lo que permite pensar que interrumpe voluntariamente sus estudios para consagrarse completamente a la literatura». En Picoche, *El Señor de Bemibre*. Castalia, Madrid, 1986, p. 11.

por coincidencia de valores, ya por contraposición de actitudes, será clave para entender el rumbo que posteriormente tomará su vida. «La amistad entre ambos poetas implica un curioso fenómeno de simpatía y disonancia. Gil, sencillo y sentimental, tenía poco en común con Espronceda. Este contaba entonces treinta y dos años –nació el 25 de marzo de 1808, siete años antes que el autor de *La violeta*– y era de los hombres más interesantes de su época (...) Tuvo leyenda: la de sus aventuras, la de sus amores. (...) Gil admiró el dinamismo de su amigo, la energía esproncediana, en constante erupción. La admiró, sin imitarla. Cuando Espronceda ventea la peripecia, se encabrita como el purasangre al olor de la pradera. Inútil frenarlo: disparado se despeña por la vida. Enrique Gil, añorante y frágil, teme al futuro y a lo desconocido; hasta el fin será como el niño cuyos ojos se vuelven al lugar donde está la madre. Quiere ver, pero sin alejarse mucho de las sombras conocidas, a cuyo resguardo se siente seguro. El romanticismo de Espronceda es rebeldía, el de Gil nostalgia. Los dos aman la Libertad, pero ¡cuán distinto su estro al cantarla! En aquel la pasión redobla con sordo y creciente rumor; en Enrique cobra un tinte subjetivo, es lamento por el bien perdido, queja y no imprecación. Para Espronceda, lo que se codicia debe ser conquistado (por eso conspira, alza barricadas, rapta a su amante, es decir: actúa); para Gil, lo agradable y codiciado es ilusión, y se reconoce sin vigor para combatir por una ilusión falaz y fugaz. El airado ademán del autor de *El Diablo Mundo* contrasta con la quejumbrosa actitud del poeta de *Una gota de rocío*. Cuanto en uno es arrebatado contra el destino, en el otro es resignación a lo inevitable, corolario lógico de su religiosidad y su posición de creyente»³⁰.

Hacen su aparición teatral las Musas que con sus conmovidas supersticiones animan la creencia lírica de época, y Enrique Gil se entrega por entero a la causa intuitiva de la escritura poética. Las herramientas que tiene en su mano son escasas, pero le sobran para construir la escalera ascendente del poema: memoria y necesidad, conciencia del dolor y esperanza, misterio y religión, necesidad de ser otro y capacidad para tutear al mito.

Madrid es un hervidero de intelectuales desafectos, el último estertor de los indolentes años fernandinos llegaba a su fin, medraban los nullos de talento, las corruptelas y la burocracia asfixiaban la cotidianeidad, mediocre y aburrida fuera de los ambientes de la conspiración regeneradora.

³⁰ Gullón, pp. 100-103.

Enrique, sin más posibles que la expectativa de su talento, «se hospedaba en un albergue de la calle Segovia, “que sin género alguno de lisonja, pueden calificarse de los más sucios, incómodos y fatales, no ya de la Corte sino aun del resto de la Península”»³¹. Su situación económica sigue vinculada a la desesperada situación financiera de su familia, incapaz de ayudarlo. Busca trabajo, pero carece de contactos y amistades en la Corte que lo favorezcan. El pesimismo trenza sus hilos inextinguibles y

...el espejismo de la gloria literaria —si alguna vez lo tuvo—, no bastaría a sostener su ánimo deprimido. Durante inacabables meses el confiado joven de los comienzos aprende a su costa la dura lección de la vida. El pícaro había muerto y aun no estaba inventada la bohemia. Gil, además, carece de aptitudes para la truhanería y el hampa; es por temperamento y por inclinación un hombre distinguido y serio, no adaptable a oficios o artificios de vividor. A su sencillez de costumbres junta nobleza de pensamiento, incapaz de transigir, no ya con lo torpe y rastrero, sino con lo incorrecto y chabacano. Está mal preparado para la lucha. Soñador e inteligente, es también inexperto y harto sentimental, aunque rehuya lo sensiblero, lo lacrimoso, y acepte sin aspavientos el lote de dolores adjudicados por el destino³².

6. La triste cosecha del tiempo: el diezmo del destino

El *fatum* del destino, la cólera de lo aciago en que se transfigura el drama de la muerte se presenta sorpresivamente como un lastre añadido en la búsqueda de la felicidad. Muere su padre, Juan Gil³³, y a ese primer gran dolor de su vida ha de sumar Enrique la carga de una resentida dolencia con la que ya siempre ha de quedar pendiente; no acudirá a su entierro y la herida abierta de una reconciliación imposible no se cerrará nunca en la emotividad del poeta.

³¹ Picoche, p. 31.

³² Gullón, p. 70.

³³ «El 18 de septiembre de 1837 muere precisamente Don Juan Gil, y Enrique recibe un choque violento, por haberse producido esta muerte en un momento en que padre e hijo estaban reñidos. Luego, en un poema, tratará de disculpar a su padre de las acusaciones que se le imputan». En Picoche, p. 33.

Apenas un mes después, el 10 de octubre, también en Ponferrada, fallece su amigo, Guillermo Baylina, y semanas después, el 14 de noviembre, la hermana de aquel e idolatrado amor de Enrique, la joven Juana Baylina. El círculo de las escasas personas que en la complicidad de los afectos aún alimentaban sus vínculos con la patria del recuerdo comienza a desvanecerse. Su espiritualidad enigmática busca consolución en la creencia inmaterial del alma, y así se traduce en los poemas que escribirá a partir de entonces, una poética fidelísima con la memoria de los desaparecidos seres queridos.

Enrique teme acordarse, y de ese temor nace la necesidad de representar como reales las fantasías de su imaginación, una relativa pero verosímil verdad donde lo otro, lo no visible pero percibido por algún sentido extraño al conocimiento, se hará el gemido, voz en queja que de alguna parte viene. Es la campana en la mañana de los enigmas, el eco con que devuelve el cielo las oraciones que ya no serán escuchadas por ningún dios, el pesimismo oxidando las resonancias tímbricas del hierro, el temor a los colmenares de la muerte.

No, que esa voz misteriosa
como el crepúsculo vaga,
cual la niebla vaporosa,
solitaria y melodiosa
como la voz de una maga.

Es más que el leve murmullo
del aura que se despide
y besa el tierno capullo
y un instante más le pide
con melancólico arrullo.

Es más que el triste cantar
de los pájaros pintados
que contemplan admirados
nube rojiza empañar
del sol los rayos dorados.

(...) Las músicas de la vida,
el silencio del no ser,
y la amarga despedida,
y la queja dolorida
de las hojas al caer;

la idea consoladora
de otro mundo de virtud,
y la madre que nos llora
y que, aun muertos, nos adora
contemplando el ataúd,

la imagen de la doncella
que su fe nos dio al pasar,
y que tal vez nuestra huella
busca en moribunda estrella
con distraído pensar;

[*La campana de la oración*]

Absorto y distraído echa migas de pan a la tristeza, una indagación en los territorios de la oscuridad que ya comienza a ser manía; Enrique Gil asume la soledad existencial de su yo poético y en abierto diálogo con el

fingimiento, el arte de las ideas y los afectos del lenguaje, tratará de restituir a través de la palabra poética las figuras de la ausencia al estado que antes tenían. Lo distante, lo fatalmente desaparecido o percibido por él como sentimiento de pérdida, personas y naturaleza, amores y paisajes, serán enaltecidos hasta un grado tal de bondad y belleza que alcanzando en el exceso la calidad de lo sublime se confundirán, en el juego de las correspondencias, con sucesos extraordinarios³⁴, «sintió que su alma se cansaba de la vida, y una nube de suicidio empañó por un instante su frente»,³⁵ espinas de un misticismo pagano ante la rosa sobrenatural del delirante.

Sería aquel 1837 un año de búsqueda, intentando encontrar alguna salida profesional, en «pelea contra la ajena desidia, contra el “vuelva usted mañana” denunciado por Fígaro, contra la inercia de cuantos instalados en desgano escepticismo dejan a las cosas seguir su curso sin reparar en quienes desfallecen a su lado. Cuando por fin entra en el juego, gracias a la amistosa protección de Espronceda, las fuerzas de Enrique Gil están agotadas. Su triunfo no tuvo la resonancia que la primera salida de un Zorrilla o un Hartzenbusch, pero bastó para situarle entre los buenos poetas de aquella hora»³⁶.

Pero el encadenamiento de sucesos se precipita y el entramado órfico que comunica lo alto con lo subterráneo otorga su coartada impostergable al destino: en enero Hartzenbusch estrena en Madrid *Los amantes de Teruel*³⁷; el 13 de febrero se suicida Larra, Enrique asiste a su entierro junto a los demás miembros de la tertulia del *Parnasillo*, allí escuchará conmovido las estrofas que Zorrilla lee ante el féretro de «Fígaro»; en marzo se inaugura el Liceo donde el primer o segundo jueves de diciembre Espronceda leerá un poema del joven y hasta entonces desconocido poeta Enrique Gil y Carrasco. Rara vez el azar conspira contra la razón y como su

³⁴ «Las desdichas y el escepticismo le inclinan al suicidio, del cual le aleja una nueva conversión, debida, según relato autobiográfico, a la influencia sobrenatural de la amada muerta». Picoche, p. 34.

³⁵ Campos, Jorge: *Obras Completas de Don Enrique Gil y Carrasco*, B.A.E., t. 74, Madrid 1954, p. 255 [en adelante O. C.].

³⁶ Gullón, p. 73.

³⁷ Jean-Louis Picoche se referirá en su indispensable estudio sobre la obra de Enrique Gil a este drama señalando la «influencia innegable» que ejercerá sobre la obra de nuestro autor.

propio título, *Una gota de rocío*, ese poema será metafóricamente la estrofa de su vida, la condensación más perceptible del vapor nocturno de su inteligencia creativa, el humilde lugar, pero justo, puro y transparente que dejará como fruto de su sensibilidad sobre las otras hojas de papel de la literatura:

Gota de humilde rocío
delicada,
sobre las aguas del río
columpiada.

¿Eres lágrima perdida,
que mujer
olvidada y abatida
vertió ayer?

¿Eres alma de algún niño
que murió
y que el materno cariño
demandó?

¿O el gemido de expirante
juventud,
que traga pura y radiante
el ataúd?

¿Eres tímida plegaria
que alzó al viento
una virgen solitaria
en un convento?

¿O de amarga despedida
el triste adiós,
lazo de un alma partida
¡ay!, entre dos?

(...)

Misterios y colores y armonías,
encierras en tu seno, dulce ser,
vago reflejo de las glorias mías,
tímida perla que naciste ayer.

Pero es tan frágil tu existencia hermosa
y tu espléndida gala tan fugaz,
que es un vapor tu púrpura vistosa
que quiebra el ala de un insecto audaz.

Mañana ¿qué será de tus encantos,
de tus bellos matices, pobre flor?
No habrá pesares para ti, ni llantos,
ni más recuerdo que mi triste amor.

Si tu vida fue un soplo de ventura,
si reflejaste el celestial azul,
no caigas, no, sobre esta tierra impura
desde tu verde tronco de abedul.

[*Una gota de rocío*]

El poema es acogido con entusiasmo y pocos días después, el 17 de diciembre de 1837, aparecerá publicado en el número 777 del periódico *El Español*. La carrera literaria de Enrique había comenzado bajo la tan casual como persistente, hasta el final de su vida, presencia del número siete que, símbolo del dolor³⁸, sentenciará con su halo platónico la contradictoria

³⁸ «En el sistema simbolista los números no son expresiones meramente cuantitativas, son ideas-fuerza con una caracterización específica para cada uno de ellos. Las cifras son a modo de su vestido. Todos proceden del número Uno (que se identifica con el número no manifestado). Cuanto más se aleje un número de la unidad, más se hunde

armonía que le depara el devenir. Su hermano Eugenio Gil evocaría tiempo después aquella significativa circunstancia biográfica³⁹:

¡El milagro se ha obrado! *La gota de rocío* ha caído del cielo para cambiar la oscura faz de su vida. Es el primer canto de un joven ruseñor, fresco como las hojas que cubren su nido, dulce como el susurro de la fuente en que su sed apaga: es el símbolo misterioso de tu existencia, el prólogo de un poema de amor.

No le falta razón al elogio fraternal de aquellas palabras en las que, inadvertidamente inversas en lo profético, se encerraba ya el preámbulo a su drama vital. Desde su primera gota, ese rocío, la poética de Enrique, irá horadando con incansable empeño la piedra de un sepulcro, la muerte hacia la que crece el árbol que canta.

Todo lo que descende del cielo (rayo, aerolito, meteorito, lluvia, rocío) tiene carácter sagrado. Pero el rocío tiene un doble significado que alude a la iluminación espiritual, por ser digno precursor de la aurora y el día que se acerca. Esta agua sutil y pura del rocío se asocia íntimamente a la idea de la luz, en algunas tradiciones⁴⁰.

7. La tos del cielo

El poeta, para quien la visión lírica del mundo era una experiencia consubstancial con la propia vida, entra ahora en el parnaso civil de la sociología literaria. Puede ganarse pan y sitio con sus escritos, confiado como nunca antes, fecundo en sus hallazgos retóricos y bien parecido en el damero de las figuraciones, «atildado y elegantemente vestido, conforme a la moda de la época, moderada por cierta severidad; reposado en sus ademanes; pálido; de pelo castaño claro, casi rubio; con aire de hombre del Norte, y como tal, de ojos claros, azules, de mirar abierto, aunque un poco triste. Su franqueza de carácter se hallaba atenuada por cierta contención.

en la materia, en la involución, en el “mundo”». «Siete: Orden completo, período ciclo. (...) Número de los planetas y sus deidades, de los pecados capitales y de sus oponentes. Corresponde a la cruz tridimensional. Símbolo del dolor». Cirlot, Juan Eduardo: *Diccionario de símbolos*. Siruela, Madrid, 1997, pp. 334 y 336.

³⁹ Eugenio Gil publicó en 1855, en la Imprenta Miñón de León, un relato biográfico sobre su hermano, Enrique Gil y Carrasco, bajo el título *Un Ensueño. Biografía*, reproducido en facsímil en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen I, *Poesía*, 2014.

⁴⁰ Cirlot, Juan Eduardo: *Diccionario... o. c.*, p. 392.

Era bueno, inteligente, discretamente liberal»⁴¹, no tardará en abrirse paso con la llave del talento en aquel laberinto madrileño por el que pulula una bulliciosa jácara de fanfarrones y mentes lúcidas, de vanos aristócratas y desheredados ciudadanos en la incipiente conciencia de una clase sin derechos; una convivencia en la que se unían disonantes jóvenes rebeldes y medrosos chupatintas, plumillas correveidiles y gacetilleros en afán de letras. Enrique ha dado un paso fugitivo desde su resignación inmóvil, escribe contra el tiempo, tose y ese será el primer síntoma del aire enfermo de su angustia, el imaginario lírico que años después se hará personificación obsesiva del amor ausente:

Los gérmenes de una enfermedad larga y temible habían comenzado, según dejamos dicho, a desenvolverse fuerte y rápidamente en aquel cuerpo, que, si bien hermoso y robusto, mal podía sufrir los continuos embates de las pasiones que, como otras tantas ráfagas tempestuosas en el mar, sin cesar azotaban aquel espíritu a quien servían de morada⁴².

Sus poemas y artículos se multiplican en las páginas de los periódicos y semanarios de la época, hace crítica literaria, artículos de costumbres y relatos de viajes⁴³, con los que enseguida alcanza prestigio y notoriedad, se

⁴¹ Véase en este volumen el prólogo de Carnicer, p. 16.

⁴² Ídem.

⁴³ Sobre las colaboraciones de Enrique Gil, aparte de los poemas publicados en *El Español*, que deja de publicarse el 1º de febrero de 1838, refiere Jean-Louis Picoche las efectuadas en *El Correo Nacional*: «La colaboración de Enrique Gil en este periódico es larga y fecunda. En él publica 36 artículos o poemas firmados, a los cuales hay que añadir: *Hija, esposa y madre*, nº 2, 17 de febrero de 1838; *Ella es él*, nº 4, 19 de febrero de 1838; *Una y no más, un artista, el pro y el contra*, nº 75, 1º de mayo de 1838.

«El primer poema publicado y firmado por Gil en *El Correo Nacional* es *La isla desierta*, larga meditación sobre la maldad del mundo y el candor de la juventud. Tres semanas más tarde aparece *La mariposa*, símbolo del ideal fugitivo. Su fecundidad poética sigue luego tan abundante, y Enrique Gil publica, con un pequeño intervalo, aproximadamente de tres semanas, *Un recuerdo de los Templarios*, del ciclo de la infancia perdida, y *Un ensueño*, uno de los poemas más hermosos y más desesperados, en que aparecen por primera vez la pareja de amantes desgraciados que se llamarán luego Don Álvaro y Doña Beatriz. Después la colaboración de Gil se interrumpe inexplicablemente durante unos cinco meses, hasta *La nube blanca*, publicado el 4 de septiembre de 1838». En Picoche, Jean-Louis: *El señor... o. c.*, p. 37.

Por su parte, Enrique Rubio, refiere como Enrique Gil «colabora a partir de febrero de 1839 con artículos de costumbres en el periódico más importante del

cuenta con él y su creciente valoración lo sitúa como nueva referencia entre los grandes, prueba de ello será su inclusión en el álbum artístico que el 30 de enero de 1838, con motivo de una recepción oficial, se le ofrece a la Reina Regente, Doña María Cristina de Borbón, en el que su poema *La niebla*, junto a otros de Ventura de la Vega, Escosura, Bretón de los Herreros, Santos López Pelegrín y Romero Larrañaga figura como presente a la soberana. Tiempos de efímera gloria, honor y fama «en aquel Madrid, donde la reina, bella y enamorada, daba ejemplo de pasión irresistible, (y) lo melancólico privaba. Las canciones de más éxito aprendidas y repetidas al clavicordio por las muchachas en flor, eran el Paracletto, Triste Chactas y Madame Lavallière, historias lacrimosas con las cuales solo competía *El Pirata* de Espronceda, ya puesto en música. Para compensar la brutalidad de la guerra civil, desastres y horrores, buscaban las gentes en la poesía y en la novela las dulzuras negadas por la vida. Bajo una capa de convencional melancolía fermentaba en el alma popular la levadura del odio»⁴⁴.

En ese ambiente, entre idas y venidas a las redacciones, tertulias vespertinas en los saloncitos de El Liceo, los pulsos o más bien duelos líricos durante los recitales de los jueves, la asistencia al anochecer a los espectáculos teatrales, a las charlas y coloquios donde se debatían las tendencias que iban distanciando a los liberales, transcurría la cotidianeidad de Enrique, implicado en conversaciones con interlocutores cultos, Espronceda, Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano, Alberto Lista... en las que de algún modo no debían de ser ajenos el debate, entre humo y

momento, el fundado y dirigido por Mesonero Romanos: el *Semanario Pintoresco Español*. De esta forma el autor paga tributo a uno de los géneros que mayor difusión tenían en la España de la primera mitad del siglo XIX. (...) De igual manera Enrique Gil y Carrasco colabora en la colección *Los españoles pintados por sí mismos* (1843-1844), promovida por el editor Ignacio Boix». Enrique Rubio destaca, como un segundo período de gran importancia en la vida del autor, sus colaboraciones en *El Laberinto*, publicación bimensual de inclinaciones religiosas y carácter conservador, dirigida por Antonio Flores, y en la que Enrique Gil, en su sección *Revistas de la Quincena*, se ocupara de dar noticia crítica de los estrenos teatrales y operísticos del momento: *El molino de Guadalajara*, de Zorrilla, *El Gran Capitán*, de Gil y Zárate, *Linda de Chamoix*, de Donizetti, *La Independencia*, de Bretón de los Herreros, *Probar fortuna o Beltrán el aventurero*, de Doncel y Valladares, etc. En Rubio, Enrique (edición y prólogo): *El Señor de Bembibre*. Cátedra, Madrid, 1991, pp. 23-24. En BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, v. IV, *Crítica teatral* y v. V. *Miscelánea*.

⁴⁴ Gullón, p. 78.

café, los argumentos sobre las razones del quiebre social y estético que habría de determinar el fin histórico de un ciclo, aquel en que lo clásico, como modelo de la tradición, se despedía de su horizonte representativo, para abrazar, abordando la problemática de su tiempo y la relación del *yo* con los *otros*, al pensamiento que daría un nuevo significado a la existencia. Esa era la actitud en que echaba raíces el romanticismo⁴⁵, una alteración de los presupuestos hasta entonces incuestionadamente lógicos, en los que «la naturaleza como revelación o modelo dado desde lo alto» será sustituido «por la ideología como imagen que la mente se forma de la realidad, como se piensa que es o como se quisiera que fuese»⁴⁶.

Enrique Gil poseía el don de la sensibilidad, su aguda capacidad para observar el entorno e intuir la prosodia de su más correcta recreación iban a situarlo en un lugar privilegiado de expectativas literarias. Escribe, durante las noches fluye en él la tinta de un sueño oscuro, una memoria en la que se han hecho huéspedes perpetuos los fantasmas, y entre artículo y reseña, va filtrándose como una cristalización de las aguas estancadas del subconsciente, la poesía.

Reaparecen las ausencias, oye voces. Todo su quehacer lírico padece el tono de un algo meditativo, de una subjetivísima invocación a la felicidad frente a los presentimientos del mal, el pesimismo elegíaco invade sus cantos, desplaza lo pintoresco, no alcanza lo sublime. Es por fin él, y así se presenta ante las hojas caducas del tiempo del otoño; desde su debilitada esperanza canta con nostalgia las virtudes del héroe que, cristianizado, convierte en caballero; así de frágil será también la aspiración de su vuelo ante la mariposa que ya es emblema de su alma, «carbón encendido que el ángel pone en la boca del profeta»⁴⁷ como lámpara de vida; con voz quebrada rememora en escritura el habla de su patria interior ante las

⁴⁵ «La corriente ideológica que da vida al Romanticismo histórico proviene de los pensadores alemanes de los primeros años del siglo XIX y de su interés por reavivar una tradición cultural germánica como alternativa dialéctica del universo clasicista. Al teísmo del ser Supremo se contraponen el cristianismo como religión histórica, al imperio la nación, a la razón universal el sentimiento individual, a la historia como modelo la historia como experiencia vivida, a la sociedad como concepto el pueblo como entidad geográfica, histórica, religiosa y lingüística». Argan, Giulio Carlo: *El Arte Moderno*, Tomo I, Clásico y romántico, Fernando Torres Editor, Valencia, 1975, p. 23.

⁴⁶ Argan, Giulio Carlo: *El Arte... o. c.*, p. 4.

⁴⁷ Cirlot, Juan Eduardo: *Diccionario...*, o. c., p. 306.

ruinas, y elige entre otras galas más poderosas de la vida, a la humilde violeta, la pequeña flor morada⁴⁸ símbolo de la fugacidad de la existencia, del *carpe diem* y la breve estación de la belleza, una gramática de lo efímero que bajo la gran obra del sol tiñe, con el color que cifra la espiritualidad, la sublimación y lo débil, los versos en que se hace aroma el olvido:

Flor deliciosa en la memoria mía,
ven en mi triste laúd a coronar,
y volverán las trovas de alegría
en sus ecos tal vez a resonar.

(...) Hoy vuelvo a ti cual pobre viajero
vuelve al hogar que niño le acogió,
pero mis glorias recobrar no espero
sólo a buscar la huesa vengo yo.

Vengo a buscar mi huesa solitaria
para dormir tranquilo junto a ti,
ya que escuchaste un día mi plegaria,
y un ser hermano en tu corola vi.

Ven mi tumba a adornar, triste viola
y embalsama su oscura soledad;
sé de su pobre césped la aureola
con tu vaga y poética beldad.

Quizá al pasar la virgen de los valles;
enamorada y rica en juventud,
por las umbrosas y desiertas calles
do yacerá escondido mi ataúd,
irá a cortar la humilde violeta
y la pondrá en su seno con dolor,
y llorando dirá: “¡Pobre poeta!,
ya está callada el arpa del amor”.

[*La violeta*, BGC, *Poesía*, p. 204]

⁴⁸ «El simbolismo del color suele proceder de uno de estos fundamentos: la expresión inherente a cada matiz, que se percibe intuitivamente como un hecho dado; la relación entre un color y el símbolo planetario a que la tradición lo adscribe; finalmente, el parentesco que, en lógica elemental y primitiva, se advierte entre un color y el elemento de la naturaleza, reino, cuerpo o sustancia, que acostumbra presentarlo, o que lo presenta siempre en asociación indestructible y capaz por lo tanto de sugestionar para siempre el pensamiento humano». En Cirlot, Juan Eduardo: *Diccionario...*, o. c., p. 140.

El arpa del amor, el instrumento «que tiende un puente entre el mundo terrestre y el celestial, por lo cual los héroes del *Edda* querían que se depositara un arpa en su tumba (para facilitar su acceso al otro mundo)»⁴⁹. El poeta Enrique Gil pareciera ser consciente de todo lo que irracionalmente su videncia sabe; en su breve, aunque intensa, obra poética, escrita un cuarto de siglo antes del que sentó a la belleza en sus rodillas⁵⁰, y contra la apariencia de lo meramente «delicado», se hacen presentes en su obra otras voces, ecos de un habla tan anterior como futura que parecieran recordarle de manera permanente que el presentimiento no es otra cosa que la anticipación de una existencia posible.

Su poesía es un territorio apenas entrevisto, un enunciado de proyectos reveladores hacia un más alto significado donde cada verso, como la pequeña piedra blanca con que marcaban los antiguos romanos los días memorables de la vida, es el itinerario simbólico de quien tiene prisa por saber, y en ese conocimiento apura la inscripción de su presencia en la orfandad del vacío.

No es sostenible la consideración de poeta menor que le otorgó durante décadas la cháchara de vocación realista, menos aún el menosprecio hacia su supuesto adanismo idealista; Enrique Gil no es un poeta ingenuo, menos aún un consentidor de lágrimas. Llorar, se queja, es cierto; pero su memento es rebeldía contra el canon de los difuntos, su dolor es resistencia de época contra el destino que se interpone entre lo trágico y el deseo de otra verdad, la condición del ser enfrentado al finalismo con la idea de una inmanencia sagrada. De esa profunda convicción arranca el sendero civil que considera como un derecho la vida. Más que temas, más que materias referenciales a un asunto, todos sus poemas son evocaciones de un hecho interiorizado de memoria, desafíos del imaginario en el primer sentido que adquiere lo evocado: llamar, dialogar con el espíritu de los muertos, suponiendo en aquellos no una extraña capacidad mágica, sino un espacio de extensión, una “sobre vida” en lo poético.

⁴⁹ «Pudiera ser asimismo el arpa un símbolo de la tensión de sobrenaturalidad y de amor que crucifica al hombre dolorosamente en espera durante todos los instantes de su existencia terrena». Cirlot, Juan Eduardo: *Diccionario...*, o. c., p. 95

⁵⁰ «Una noche, senté a la Belleza en mis rodillas. / –Y la encontré amarga. –Y la injurié. / Me armé contra la justicia». Arthur Rimbaud, *Una temporada en el infierno*. (Versión castellana de Oliverio Gironde y Enrique Molina) Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires, 1959, p. 23.

Bajo la aparente retórica del tópico lírico, Enrique Gil despliega un original tejido de sistemas simbólicos, de diálogos, conscientes o no –eso carece de importancia en la construcción de voz del poeta–, con la materia onírica por la que extiende sus raíces el árbol solitario de su intuición. No hay ornamento accesorio ni mero decorado verbal en sus combinaciones métricas, hay un algo más poderoso y fulgente y significativo en el arte de su escritura poética; hay exploración de lo espiritual como única geografía del alma humana, desplazamientos psicológicos hacia zonas no habitadas por la razón, hay liturgia de sueños y arquitectura de músicas que aún no han encontrado intérprete; hay influjos de astros y estaciones que otorgan convicción filosófica al paisaje, hay habilidad para huir de la última lectura que clausura la muerte.

Cada poema de Enrique Gil cifra un saber múltiple de referencias, una clave cuya resolución solo pertenece a la historia de la poesía como correlato útil de lo quimérico. En un poema como *La isla desierta* –para Jung la isla es el refugio contra el amenazador asalto del mar, es decir, la síntesis de conciencia y voluntad, símbolo de aislamiento, de soledad y de muerte⁵¹–, se cimentará toda una compleja concepción del mundo en el que la trama discursiva del poema escenificará el propio desamparo de su juventud ya en peregrinación hacia la otra isla de los muertos. No se trata de una isla desierta en términos de un paraje áspero e inhabitable, no, su isla es fecundo desierto, lugar propicio a la fecundidad de una abstracción que, como su cabeza, sublevada ideológicamente contra la brevedad del tiempo, está poblada por los dichosos árboles de una antigua inocencia y donde el siempre verde laurel, para Enrique profecía misteriosa del árbol inmóvil del destino, alza su frondosa exactitud el símbolo: «La coronación del poeta, artista o vencedor con laurel no representa la consagración exterior y visible de una actividad, sino el reconocimiento de que esa actividad, por su sola existencia, ya presupone una serie de victorias interiores sobre las fuerzas negativas y disolventes de lo inferior»⁵². Así, en otro poema, *El cisne*, «monarca de los pájaros marinos» y «emblema de pureza» para Enrique Gil, el poeta reelabora en símbolo el trasunto de su propia circunstancia de vida; lo que canta es el mito del triste antes de morir, con lo que se identifica será la transfiguración en deseo del amor, su imagen cobijada entre los recuerdos del que iguala el canto al dejar de existir.

⁵¹ Cirlot, Juan Eduardo: *Diccionario...*, o. c., p. 263.

⁵² Cirlot, Juan Eduardo: *Diccionario...*, o. c., p. 276.

Enrique trabaja ahora conscientemente con este símbolo y no duda en subrayar el origen mitológico⁵³ en el que inserta su significado: «Y tu canto es igual / al que en la Grecia risueña / te elevó a ser celestial, ¿cómo ya solo animal / eres de forma halagüeña?»⁵⁴. Lo angustia la enfermedad, se sabe condenado, conoce, sí, la fiebre temporal de su destino en el tiempo, pero presagia también otra duración inextinguible; cree en el don de las palabras como intérpretes de una voluntad providencial y en el talento como un don de los dioses. Tiene la certeza de que nada lo salvará de su precaria condición humana frente a la cual la poesía aparece como su única y definitiva posibilidad.

Sin desesperación, acepta lo irremediable y escribe ante el único tribunal de sí mismo, desaparece la distancia entre él y los horizontes de la expectativa, los ángulos se pliegan hasta formar un círculo, el tiempo ahora es esa circunferencia de peligro en la que se pone en juego la interpretación de su vida como texto: «Piensa además que, emblema de pureza, / al pasar has dejado una lección... / Si el mundo la recibe con tibieza, / ¡lástima para él y compasión!»⁵⁵.

Esa lección poética de Enrique Gil la integran treinta y cuatro poemas que, en su conjunto e ideas fundamentales, se corresponden entre sí alegóricamente, y donde la ficcionalización del yo representado siempre deviene, por semejanza, en símbolo de otro ideal, otra significación autónoma de la convencionalidad que aparentemente refiere la superficie semántica del texto. Gil y Carrasco es esencialmente intuitivo pero su psicología, las facultades retóricas de su animismo literario, manifiestan zonas en las que el despliegue de la conciencia se convierte en teoría de lo sensorial. La naturaleza entera es percibida como un símbolo primordial y que, como tal, irradiará las misteriosas leyes de su funcionamiento al

⁵³ «La casi totalidad de sentidos simbólicos conciernen al cisne blanco, ave de Venus, por lo cual dice Bachelard que, en poesía y literatura, es una imagen de la mujer desnuda: la desnudez permitida, la blancura inmaculada y permitida. Sin embargo, el mismo autor, profundizando más en el mito del cisne, reconoce en él su hermafroditismo, pues es masculino en cuanto a la acción y por su largo cuello de carácter fálico sin duda, y femenino por el cuerpo redondeado y sedoso. Por todo ello, la imagen del cisne se refiere siempre a la realización suprema de un deseo, a lo cual alude su supuesto canto (símbolo del placer que muere en sí mismo)». En Cirilot, Juan Eduardo: *Diccionario...*, o. c., p. 137-138.

⁵⁴ *El cisne*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen I, *Poesía*, p. 139 y ss.

⁵⁵ *El cisne*.

mecanismo lingüístico del poema, es decir, las percepciones intelectualizadas que lo cognoscitivo adquiere del entorno. Arpa y cisne, peldaños de una misma escalera hacia lo sobrenatural, hacia el absoluto donde la amada es ángel bajo el árbol de la Redención; isla desierta y palma del desierto, espacios para un cuerpo cuya alma, magnetizada por una nada mística, la niebla, «lo indeterminado, la fusión de los elementos aire y agua, el oscurecimiento necesario entre cada aspecto delimitado y cada fase concreta de la evolución»⁵⁶, hallará en el mar, ese desierto de agua cuya imagen está presente en su poesía a pesar de no formar parte de la geografía física en la que domicilia sus afectos, el horizonte analógico hacia el que la vida y la muerte fluyen y coexisten como un diálogo entre el ruiseñor y la rosa, entre el amante metamorfoseado en pájaro y la flor única de corazón invisible, «símbolo de finalidad, de logro absoluto y de perfección»⁵⁷.

Enrique Gil no sentó a la belleza en sus rodillas, no pudo saber su sabor, la miró de lejos; cierto es que la intuyó amarga, mas no la injurió. Como John Keats, que muere veinticinco años antes que él, también fuera de su tierra, de la misma dolencia, hacia la misma hora de un semejante día de febrero, nuestro poeta solo tuvo tiempo, si es que el tiempo establece en algo su pacto con la poesía, para implicarse en su propia muerte. Lo paradójico, como casi todo en él, es lo contradictorio, triste y a la vez exultante, pesimista y confiado, complejo y sencillo, lo que Keats teorizó como «la capacidad negativa», un disolverse en lo otro, una facultad pasional del alma para sumergirse en otra realidad, un olvidarse de sí mismo para convertirse en permanente mudanza de otro cuerpo.

Esa pérdida de identidad, la continua mutación de su ser en héroe, en interlocutor de un príncipe, en gorrión o gota de rocío, lo lleva a transfigurarse en un continuo de sucesiones, íntimo rasgo de su personalidad infatigablemente aleatoria.

No es el mismo Enrique el articulista brillante, progresista, que teoriza con rigor sobre los hechos y actitudes de su época, que el Enrique inaprensible, mudable, camaleónico, que habita lo vaporoso y trashumante de sus versos, hoy niebla y ensueño, mañana espejismo de un alto poder solar. Enrique Gil no es hombre de una sola identidad, participa hasta metamorfosearse en todo aquello con lo que se implica, y como obedeciendo de manera predeterminada a una ley superior que lo conduce,

⁵⁶ Cirlot, Juan Eduardo: *Diccionario...*, o. c., p. 331.

⁵⁷ Cirlot, Juan Eduardo: *Diccionario...*, o. c., p. 392.

lo hace hasta consumirse, con todas sus consecuencias, en ese acto. «Si un gorrión se posa junto a mi ventana, tomo parte en su existencia y picoteo en el suelo...», escribió Keats; «dulce es soñar si en libertad soñamos», escribiría el cautivo del ruiseñor que enajena, Enrique Gil, el pájaro inmortal que no había nacido para morir⁵⁸ enfrentado con el conjuro de su canto a la certeza adversa del destino.

El poeta no ve, imagina un ideal, esa es su única verdad. El mundo de lo real transfigurado por la voz de los ojos se hace entonces mirada interior, los sentimientos como evangelio de la libertad y religión del amor. Canta el ruiseñor y la Julieta de Shakespeare, tan admirado por Enrique, pregunta: «—¿Quieres marcharte ya?...Aún no ha despuntado el día... Era el ruiseñor, y no la alondra lo que hirió el fondo temeroso de tu oído... Todas las noches trina en aquel granero. ¡Créeme, amor mío, era el ruiseñor!». Romeo la contradice: «—Era la alondra mensajera de la mañana, no el ruiseñor... »⁵⁹. Era lo que termina, el dictamen con que la vida contradice siempre la belleza de los que abrazan una desobediencia elegida, los fugitivos de sí mismos, los enamorados bajo el brillo de otro universo; no era el inmortal ruiseñor inglés, sino el humano ruiseñor que canta de noche en los cerezos florecidos del valle del Bierzo y cae bello en lo mortal, sobre las rojas frutas que se agostan dulcemente al pie del árbol de la vida, cuando en las breves mañanas de la edad, sueños y esperanza se hacen con la poesía transparencia.

Lo bello trágico, lo infinito representado de manera finita, según la doctrina romántica de Schlegel, para quien hacer poesía no sería otra cosa que un eterno simbolizar. Enrique Gil no escribe una obra perfecta en el sentido que la refiere Todorov, «una obra de arte perfecta no deja lugar para la explicación: si la admitiera, ya no sería perfecta, pues dependería de otra cosa, de una instancia exterior a ella, mientras que lo bello se define precisamente por su autonomía absoluta»⁶⁰; la poética de Enrique Gil enuncia aquello contra lo que significa, es imperfecta como lo imperfecto del error que introduce la contradictoria existencia de lo biográfico en la aspiración estética del hombre, lo incompatible entre el tiempo de la vida y la duración de sus palabras como un ruego vecino a la permanente oración del desamparo. «Fatiga, hastío, desilusión, impotencia, la voz ardiente del

⁵⁸ «Thou wast not born for death, immortal bird!» *Oda a un ruiseñor*, John Keats.

⁵⁹ Shakespeare, William: *Romeo y Julieta*, act. III, esc. V.

⁶⁰ Todorov, Tzetan: *Teorías del símbolo*, Monte Ávila ed., Venezuela, 1981, p. 228.

poema está partida en una búsqueda perpetua, en una guerra entre el deseo insaciable y la lucidez que afronta sus límites. La raíz de este vértigo, la primera derrota que justifica el malestar del poema, debemos buscarla en los propósitos incumplidos de la Ilustración.

La reseña que escribió Enrique Gil y Carrasco sobre las «*Poesías de don José de Espronceda*», posiblemente uno de los manifiestos más atinados del Romanticismo español, sitúa la crisis en las aristas de una desolación heredada.

Este siglo –escribe Gil y Carrasco– que ha recogido el legado de destrucción del anterior, que ha encontrado rota y destrozada por el suelo la fábrica de lo que se llamaban abusos, que ha debido alcanzar y disfrutar por entero lo que entonces se reputaba y tenía por felicidad, es decir el desarrollo de los intereses y medios materiales; este siglo, decimos, se ha presentado animado de tendencias espiritualistas, ha dado en rostro a los llamados filósofos con la vanidad de su universal panacea, les ha pedido cuenta de las instituciones antiguas que destruyeron sin reformarlas, del porvenir que le ofrecieron que no han sabido darle, y por último, de la paz y contento del presente, que se le ha ido de entre las manos. Del espíritu de indefinido análisis introducido en todas las cuestiones, del movimiento y complicación incesante de los intereses, de la pugna y colisión continua de ideas, solo una certidumbre hemos venido a sacar el día, a saber: que el corazón humano estaba necesitado de consuelo y de luz, que el alma tenía sed de creencias, y que todos los esfuerzos de la razón orgullosa y fría, no habían sido poderosos para descifrar la primera página del libro de la dicha⁶¹.

8. Anotaciones contra la herrumbre

La dicha, si alguna vez la hubo, ha terminado. A comienzos del otoño de 1839 Enrique Gil está enfermo, su hermano Eugenio que lo acompaña durante esa temporada en Madrid, distingue en él «la profunda y reciente huella de una enfermedad gravísima». Entrado el invierno se traslada, convaleciente, a Ponferrada, donde aprovecha los escasos días de la cálida primavera para recorrer El Bierzo y tomar notas, apuntes de algo que comienza a revelársele entonces como un desafío, darle un sentido de

⁶¹ García Montero, Luis: *El sexto día. Historia íntima de la poesía española*. Debate, Madrid, 2000, p. 156-157.

unidad más adecuado al conjunto de las reflexiones fragmentarias que se han ido filtrando en su quehacer como crítico y articulista. Si la poesía, como sostiene Jakobson, «nos protege contra la herrumbre que amenaza nuestra fórmula del amor y del odio, de la rebelión y la reconciliación, de la fe y la negación», será la literalidad de su ejercicio, en supremacía ante otras interpretaciones posibles de la realidad, la que se imponga como elección de un único tejido textual en el que la conciencia de lo artístico resolverá las oposiciones entre el poema y la prosa mediante el procedimiento de la integración.

En ese período Enrique escribe una primera novela corta, *El Lago de Carucedo*⁶², relato de ficción en el que somete a prueba el pulso, ambiente y estructura que ha de desplegar ya con mayor ambición en la que habrá de ser su obra mayor, *El Señor de Bembibre*.

Estamos en los meses finales del año 1840, Enrique Gil ha regresado de nuevo a Madrid donde obtendrá, a través de la recomendación de su influyente amigo Espronceda, un puesto de funcionario: ayudante «segundo segundo» de don Martín de los Heros, director de la Biblioteca Nacional. Al comenzar la primavera del año siguiente ya no rebrotarán en él las hojas de la poesía, («Caed, hojas, caed, y mi esperanza / ya sin verdor llevad.»⁶³), género que prácticamente abandona y que solo retomará para escribir, a la muerte de Espronceda, en mayo de 1842, el poema que a este le dedica.

En el transcurso de ese año, entre los anaqueles de la biblioteca que es ahora su cotidiano puesto de trabajo, comienza a gestarse, bajo otra forma de escritura, la actualización de un viejo motivo poético anclado en su recuerdo:

Yo vi en mi infancia descollar al viento
de un castillo feudal la altiva torre,
y medité sentado a su cimiento
sobre la edad que tan liviana corre.

Joven ya y pensativo y solitario,
la misma idea esclavizó mi mente,
y del desierto alcázar del templario
en los escombros recliné la frente⁶⁴.

⁶² BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen II, 2014.

⁶³ *La caída de las hojas*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen I, *Poesía*, p. 229.

⁶⁴ *Un recuerdo de los Templarios*, BGC, *Poesía*, p. 123.

El recuerdo vuelve a tocar a su puerta con los nudillos del otoño; *Un recuerdo de los templarios*, extenso poema publicado unos años antes, abril de 1838, en *El Correo Nacional*, vendrá a ser, como el eco de las voces que desde una lejana armonía responden al oscuro monólogo de lo indecible, el correlato que articulará todo el conjunto de la historia que ha comenzado a escribir, una novela cuyas raíces poéticas son evidentes en la sencilla pero muy rotunda exposición de aquel bello y desapercibido poema.

Mientras Enrique Gil redacta *El Señor de Bembibre* realiza una breve estancia veraniega en El Bierzo, sale de excursión a San Pedro de Montes, sube hasta la cumbre eterna en nieves de la Aquiana, visita el monasterio de Santiago de Peñalba y fruto de ello será un espléndido relato apologético sobre su tierra natal, *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, la comarca de los valles afligidos por el abandono, la tierra llorada por los siete ríos⁶⁵ que dan nombre a una geografía tan incompleta como la realidad de su precariedad ante el porvenir de lo soñado.

El *Bosquejo* apunta ya ese valor regional que se hará narración en *El Señor de Bembibre*. Es la petición de Gil (en un despertar regional frente al centralismo neoclásico) a la Real Academia de la Historia para que intervenga y salve de la total destrucción los vestigios de una civilización románica en El Bierzo. Es también, la petición de que divulgue las bellezas de ese paisaje y civilización en la que se ocupaba algún investigador como Navarrete.

El Señor de Bembibre será la autorrespuesta que se dará Gil a su petición, plasmando y divulgando en ella un paisaje y una historia⁶⁶.

El tiempo se acorta como los días de noviembre, la enfermedad continúa como lagarto en su cueva a cobijo de los severos fríos. Aún así Enrique Gil no deja de publicar nuevos artículos, fiel a su interés por las costumbres populares, la etnografía y las tradiciones campesinas⁶⁷. Ha

⁶⁵ «Burbia, que tienes corazón berciano. / Valcarce de apretón y de pujanza. / Oh Cúa molinero, Cúa humano. / Sil patriarcal de la cruz y la lanza. / Boeza de esperanza. / Cabrera de la historia y la canción. / Y Selmo pastoril. Los siete son». Gilberto Núñez Ursinos (Villafranca del Bierzo, 1935-1972), Poemilla de los ríos del Bierzo. En *Ciudad de los poetas*, Endymión, Madrid, 1990, p. 129.

⁶⁶ Prieto, Antonio (introducción): *El Señor de Bembibre*. Madrid, 1974, p. 16

⁶⁷ En la España de la época gozaban de gran popularidad y prestigio en periódicos y revistas los artículos costumbristas. A este respecto hay que señalar que Gil y Carrasco desde sus inicios en la escena pública literaria ejerció este género con acierto y

concluido su novela y a comienzos de 1843, entre el 3 de febrero y el 27 de abril, *El Señor de Bembibre* aparece como folletín en entregas periódicas, pero irregulares, en *El Sol*, diario político de Ríos Rosas que justamente cerrará su edición dos días después.

Enrique Gil va a cumplir los veintiocho años, ha hecho gestiones ante el editor Francisco de Paula Mellado para publicar en volumen su novela en la recién aparecida Biblioteca Popular; mientras, meses y acontecimientos rivalizan en sucederse con semejante prisa: El 1 de diciembre de 1843 es nombrado presidente del Gobierno un joven de treinta y dos años a quien Enrique Gil conocía por haber colaborado junto a él en las páginas de *La Legalidad* y *El Pensamiento*, Luis González Bravo. La nueva coyuntura geopolítica española, necesitada inmediatamente del reconocimiento y respaldo de los países europeos, fija en la diplomacia exterior su primer objetivo estratégico; Enrique Gil es nombrado «Secretario de Legación» y asimilado al estatus diplomático se le encomienda una tarea cuya exacta misión no se ha de reducir a la de negociador, sino a la de informante y acaso, para decirlo sin eufemismos, a una labor entre lo detectivesco y el espionaje.

originalidad, firmando en las mejores publicaciones del momento junto a grandes nombres como Hartzenbusch, el Duque de Rivas o Mesonero Romanos.

En febrero de 1839 comenzó a colaborar con sus artículos de costumbres en el *Semanario Pintoresco Español*. En el período comprendido entre 1843 y 1844 colaboró en la colección costumbrista de *Los españoles pintados por sí mismos*. En sus estampas analiza los diversos tipos de gentes y profesiones, con una clara intención de informar sobre los usos y costumbres, como en *Los asturianos*, *Los pasiegos*, *El maragato*, *El pastor trashumante* o *El segador*. En ellos Gil y Carrasco describe con total objetividad, tanto las costumbres y formas de habla, como vestimentas o usos, dejando patente su gran capacidad de análisis y estudio de los comportamientos de la época y sus grupos sociales. Muchos de los detalles que reflejó en sus artículos son un jugoso material de orden antropológico, puesto que en ellos habló de costumbres y realidades ya desaparecidas.

En sus crónicas de viajes al extranjero, prestó especial atención a los aspectos arqueológicos e históricos de los lugares que visitó, y debido a su objetiva forma de narrar, también fue una forma de dar a conocer en España lo que ocurría fuera de sus fronteras. A diferencia de muchos de sus coetáneos, los viajes realizados al extranjero por Gil y Carrasco fueron siempre hechos a requerimiento de algún periódico (*El Laberinto*) o atendiendo a su calidad de diplomático, y nunca viéndose obligado a exiliarse debido a las constantes intrigas políticas. Véase en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen VI, *Viajes y costumbres*, 2014.

A este respecto, caso cuanto menos insólito y a su vez llamativo, hace alusión Picoche al decir [*El Señor de Bembibre*, p. 18]:

Poco después (1 de diciembre de 1843) González Bravo se encontró repentinamente a la cabeza del gobierno español. Emprende una política exterior destinada a asegurar firmemente el trono de Isabel II y quiere obtener el reconocimiento de la soberana por parte del bloque de naciones que más encarnizadamente habían sostenido a los carlistas: Rusia, Austria y Prusia, empezando por esta última, más asequible que las demás. González Bravo confía a E. Gil una misión enorme de información sobre Prusia. Probablemente, se trata mejor de tener en Berlín una personalidad oficial capaz de representar al país, esperando el reconocimiento y el intercambio de embajadores. Mientras tanto, el ministro de España en Suiza, don Luis de la Torre Ayllón, se encarga de las negociaciones secretas. El papel de E. Gil en Berlín es en realidad sobre todo psicológico.

Enrique Gil recibe los documentos en los cuales se le precisa lo que el nuevo Gobierno requiere de él, el objetivo de su misión:

Queriendo la Reina aprovechar las luces y conocimientos de V. se ha servido mandar que, revestido del carácter de Secretario de Legación que S. M. Le concede, pase V. A recorrer los diferentes Estados de Alemania para suministrar al Gobierno los datos y noticias que se especifican en el adjunto pliego de instrucciones... (...). En los diversos países que V. recorrerá, serán, objeto de sus investigaciones:

1º. El estado político de cada uno, sus relaciones con los demás de la confederación y potencias extrañas, poblaciones, rentas y fuerzas militares.

2º. Leyes que constituyen la organización general, provincial y municipal.

3º. Estadística.

4º. Instrucción primaria, secundaria y superior: establecimientos científicos y literarios.

5º. Agricultura, sus adelantos y presente situación.

6º. Cría de ganado vacuno, caballar, lanar y casas de monta y cruzamiento de razas para los diversos servicios a que se destinan los caballos en Alemania: carneros merinos en Sajonia procedentes de España, y mejora de sus lanas.

7º. Examen de la industria en los ramos principales a que se dedican los habitantes, primeras materias, máquinas y grandes establecimientos manufactureros.

8º. Comercio de importación y exportación: artículos que alimentan uno y otro: consumos del país: productos de nuestro suelo o industria que tuviesen demanda, o que ofrecieran útil despacho, y medios adecuados para introducir su uso.

9º. Organización del Zollverein o liga Telefónica (errata, por Económica) de Alemania, estados que se han adherido a la unión Aduanera, idea de las ventajas y perjuicios que ocasiona; y relaciones útiles que la España pudiera entablar con el Zollverein.

10º. Navegación de los estados alemanes situados a orillas de los mares del Norte y Báltico, noticia circunstanciada de la de las ciudades anseáticas; y comunicaciones fluviales en el centro de Alemania.

11º. Líneas de los caminos de hierro⁶⁸.

Extraña tarea para un poeta. De nuevo a la sombra del destino juega el azar los dados de la sorpresa. Fortuna favorable y suerte adversa encadenan los acontecimientos de un hombre reclinado en lo difuso; un Enrique Gil despreocupado en la edad de los amores, sin relaciones sentimentales conocidas, dispuesto a abandonar su discreto alero de pájaro solitario, para perderse en el bullicio; ser uno más entre el gentío, acaso una pregunta en busca de la respuesta de otros ojos por el dédalo de calles, sobre los puentes que unen las dos orillas de su carácter misterioso, retraído en lo íntimo, extranjero de algo pertinaz que no asume como suyo, una lobrete que no logra ocultar su atildada vestimenta, el destierro interior camuflado como encargo que le llevará al país de Schiller.

Enrique Gil presenta su renuncia al cargo de bibliotecario y un mes después, a comienzos de abril de 1844, abandona Madrid con destino a Prusia⁶⁹. El viaje será largo y, acaso presagiando que será el último, lo

⁶⁸ Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, legajo 114, núm. 5.583, letra G, año 1844, núm. 137. Gullón, pp. 119-120. Reproducido detalladamente en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen VIII, *Último viajes*, 2015, como parte del *Diario de viaje* o Gran Tour que Gil realiza en verano-otoño de 1844 desde Madrid a Berlín, cruzando detenidamente el corazón de Europa.

⁶⁹ «Las relaciones entre Prusia y España, rotas desde 1836, trataron de reanudarse varias veces, pero los esfuerzos fueron infructuosos por espacio de doce años: el nuevo intercambio de embajadores se produce en mayo de 1848» [Picoche, p. 49].

Picoche se basa en la correspondencia que envía Enrique Gil al Ministerio de Estado. También añade para mayor clarificación del hecho en sí, que las gestiones secretas que llevo a cabo el ministro de España en Suiza, don Luis de la Torre Ayllón, fructificarán en 1848 con el reconocimiento por parte de Prusia del gobierno español.

convierte en periplo. Con diez mil reales en el bolsillo que el Ministerio de Estado le abona como anticipo de gastos se pone camino hacia Alemania. Hará ruta intermedia por Valencia y Barcelona, donde pasa dos semanas y toma luego el vapor hacia Marsella; desde allí, vía Avignon, Lyon, Chalons, Fontainebleau y Corbeil llegará en ferrocarril a París. En la capital francesa mantiene un encuentro con Martínez de la Rosa, embajador de España, quien le proporciona cartas de presentación para el Chambelán del príncipe Federico Guillermo IV, el barón Federico Enrique Alejandro de Humboldt, sobresaliente científico y escritor que habrá de ser meses después su principal valedor y amigo. Algo más de dos meses permanece Enrique Gil en la ciudad del Sena, antes de iniciar el trayecto hacia Berlín, donde llega recién comenzado el otoño⁷⁰.

Han transcurrido seis meses de frenético viaje y durante ese tiempo no ha dejado de cumplir la responsabilidad de su encomienda, dando cuenta puntual y pormenorizadamente al Ministerio español de cuanto de interés observa. Ya en Berlín, al margen de otras misiones confidenciales que plausiblemente ostenta, no tarda en establecer adecuadas relaciones y cumplir los objetivos para los que ha sido enviado; así, en la quinta comunicación que Enrique Gil remite a Madrid desde Berlín el 29 de septiembre, cinco días después de su llegada, puede leerse:

...el 24 del corriente llegué aquí después de haber recorrido la Bélgica y Holanda, las villas del Rin hasta Maguncia y la ciudad libre de Francfort sur le Main que visité durante sus ferias. Aunque todo este viaje rapidísimo, los datos y noticias que durante él he recogido, creo sin duda me ayudarán en el desempeño de mi comisión.

El rey ha vuelto de su viaje y con él el Sr. Barón Humboldt a quien visité en Postdam para presentarle las cartas que le traía del Sr. Conde de Bresson y de V. E. La acogida que me ha hecho no ha podido ser más benévola y cortés. Con ella ha honrado

⁷⁰ «Reside en París desde el 1º de junio hasta el 9 de agosto de 1844, haciendo un viaje a Ruán de interés exclusivamente turístico, a lo cual se añade el deseo de utilizar la línea de ferrocarril más larga que existía entonces en Francia. Luego sale hacia el Norte, combinando también los viajes por carretera, barco y ferrocarril. Pasa por Lille, Bruselas, Gante, Brujas, Ostende, Amberes, Róterdam, La Haya, Ámsterdam, el valle del Rin, Francfort, Hannover, Magdeburgo y Postdam, llegando a Berlín el 24 de septiembre». En Picoche, Jean-Louis: *Un romántico... o. c.*, p. 53. En BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, v. VIII, *Último viaje. Diario París-Berlín*, 2015.

completamente entrambas recomendaciones, y aunque dentro de pocas semanas sale para París donde con gran sentimiento mío pasará el invierno, me ha ofrecido su mediación con los principales funcionarios de este país. Nra. conversación ha sido toda ella en castellano lengua que parece amar con predilección, y tanto su bondad como sus modales me han dejado sumamente prendado y agradecido. Mañana vendrá aquí y me ha mandado volver a verle.

También he visitado al Sr. Marqués de Dalmacia, Ministro de Francia para entregarle la carta que el conde de Bresson me dio para él, y me ha recibido con gran atención, convidándome a comer. El conde de Montessy, segundo secretario de la legación me ha presentado en el *Casino* círculo de la sociedad donde se reúnen todos los individuos del cuerpo diplomático y me ha dado a conocer a gran número de ellos. El Doctor Zinkeisen redactor jefe de la *Gaceta Universal de Prusia* a quien venía igualmente recomendado también se me mostrado de en sumo grado fino y obsequioso. Esta relación puede serme de utilidad grandísima y no dejaré de cultivarla con especial cuidado, porque su cualidad de director de un periódico ministerial facilita al Sr. Zinkeisen un conocimiento profundo del estado del país en todos sus ramos y relaciones.

Por lo demás mi llegada no puede haber sido más oportuna, porque abierta la exposición de productos de la industria nacional hasta fines del próximo mes, me será fácil apreciarla en sus resultados, compararla con la francesa que en París examiné con la posible atención, y ver hasta qué punto pudiera necesitar de los productos de nuestro país, para el caso en que anudadas nuevamente nuestras relaciones diplomáticas las comerciales pudieran cobrar nueva vida y actividad como es de esperar del carácter emprendedor de Zolwerein o liga aduanera, y según me lo hace creer la opinión de varias personas influyentes y especiales en el ramo con quienes he tenido ocasión de hablar en mi viaje⁷¹.

En poco tiempo Enrique Gil ha puesto en juego los mejores naipes para una partida inoficiosamente diplomática, tiene a su alcance las mejores

⁷¹ Expediente de Enrique Gil, Gullón, pp. 193-195. BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen VIII, *Último viaje*, 2015, pp. 172 y ss.

fuentes de información que lo vinculan a los centros del poder: políticos, aristócratas, periodistas, empresarios... Teniendo en cuenta su inexperiencia en estos asuntos, los primeros pasos para contactar con los influyentes círculos berlineses resultan óptimos; ha sido presentado a Su Alteza Real la Princesa de Prusia, esposa del príncipe heredero, e invitado a palacio por el Príncipe Carlos; es recibido por el Barón de Bulow, ministro de Asuntos Exteriores; se hace amigo del banquero Mendelsohn; asiste a fiestas en casa del Ministro del Interior, Conde de Arnim y frecuenta los ambientes diplomáticos entre los que hace amigos, íntimo lo será de su compatriota José de Urbistondo y del venezolano Mateo Ballenilla. Pero su salud se ha ido deteriorando y ello arrastrará consigo las expectativas de su lúcida y aún no perdida voluntad.

9. La hora de la seda negra

El 28 de septiembre de 1845 en carta dirigida al Primer Secretario de Estado, en Madrid, escribe:

Muy Señor mío: mi (salud) se ha quebrantado profundamente desde principios del verano. Una tos violenta mezclada con esputos de sangre me hizo guardar cama durante el mes de julio, hasta que en los primeros días de agosto pasé a Silesia a tomar las aguas de Reinerz por consejo del médico. Por desgracia lejos de encontrar alivio, he corrido allí un grave riesgo y solo con infinito trabajo he podido volver a Berlín. En la actualidad los facultativos son de opinión que los fríos del invierno de este clima podrían producir los peores resultados y que mi dolencia solo podría curarse respirando durante algunos meses el aire de Niza en Italia. Para obtener el correspondiente permiso me tomo la libertad de acudir a V. E. a fin de que me conceda una licencia de cuatro meses (...).

El permiso le será inmediatamente concedido, aunque demasiado tarde, ya que nunca llegará a hacerlo efectivo. Vuelven a ser días contradictorios en los que el decaimiento físico convive con breves momentos de ánimo exultante; el propio Rey, Federico Guillermo, ha leído con entusiasmo un ejemplar de *El Señor de Bembibre*, en la edición que recién llegada de Madrid, y especialmente encuadrada en seda roja para el monarca, Enrique Gil le ha hecho llegar por intermediación del Barón von

Humboldt en la Navidad de 1845, la misma mano que algunos días después le escribirá emocionadamente con la noticia del único reconocimiento que tendría en vida: «...El Rey me ha ordenado ofreceros en su nombre, como único escritor español de ilustración literaria que haya venido a Berlín, la *Gran Medalla de oro*, reproduciendo un retrato suyo muy parecido, medalla de premio para quienes se han distinguido en las ciencias y las letras»⁷². Pero por entonces, lejano el sol mediterráneo a cuya tibia claridad confiaba el ruiseñor enfermo la esperanza de su recuperación, ya solo brilla en el horizonte el halo de un astro que se apaga; el invierno cristaliza con óxidos blancos el sudor de la fiebre, el poeta es ahora el delirante precipitado a la caverna donde las sombras del sentido dialogan con la figura en ruinas de los cuerpos. Es la tuberculosis, es el aire negro que cuaja las celdillas que libará el gusano. Lleva meses cavilando la huida de ese nicho en que se ha convertido para él Berlín, ahora jaula de espectros para el derrocado príncipe, señor de la niebla.

Llueve, la persuasiva voz del agua es murmuración del llanto en los cristales de su alcoba, es la misma agua remota, el semejante sonido interminable que dio nombre a la calle de su infancia, un agua minúscula para la tormenta enorme que le empaña los ojos al escribir una última carta para su madre. Lejos de allí, en los valles del Bierzo ya habrán comenzado a abrir su dulce nieve las flores del almendro y los rebaños, abandonando los rediles del invierno, pacerán sobre el raso verde de los prados la nueva melancolía de la tierra. La memoria del poeta se prepara entonces para nacer, es el 22 de febrero de 1846, son las siete de la mañana, la hora del dolor, cuando cantan sobre el ya frío horizonte de su frente las alondras blancas de la muerte.

Enrique Gil y Carrasco será enterrado tres días después en el cementerio católico de Santa Eduvigis y allí permanecerán sus restos, mudos testigos de las terribles vicisitudes que padecerá Europa, hasta la primavera de 1987 en que sus restos son trasladados a Villafranca del Bierzo; allí, bajo los hexágonos del hermoso artesonado mudéjar de la Iglesia de San Francisco que preside desde un altozano la villa y según la tradición popular fue fundada por el propio santo de camino a Compostela, un sencillo sepulcro acoge en penumbra y soledad la eterna luz de un hombre. No está escrito el epitafio, pero cualquier viajero podrá leer sobre la losa con su nombre civil de ciudadano el pensamiento que contiene su vida entre dos fechas: 1815-

⁷² Gullón, p. 177.

1846, aquella inscripción que estremeció a Larra y fue el destino común de una generación romántica: «¡Aquí yace la esperanza!».

No hay profecía de amor que no se cumpla, el poeta ha regresado al Bierzo ciento cuarenta y un años después de su muerte; pero casi medio siglo antes, cuando sus restos padecían la incertidumbre de no poder ser localizados nunca, otro escritor, su paisano el poeta y novelista Antonio Pereira, había imaginado ese retorno: «Vendría Enrique –y comprender este especial privilegio de mi fantasía poética– sobre las nieblas que él amara, volando por un cielo que refleja lagos dulces y europeos castillos. Vendría a la tierra de Campos de León. Curaría sus ojos febriles y cansados en la luz prodigiosa que filtran los vitrales de la “Pulcra”⁷³, Don Suero, siempre de guardia en la ribera del Órbigo, presentaría sus mejores armas. Y ya, remansado su espíritu en el silencio de Astorga, bajaría por Bembibre y Ponferrada, escoltado por don Álvaro y sus templarios, a la placidez de Villafranca del Bierzo, su villa natal.

»Villafranca le abriría sus brazos y le ofrecería su regazo de buena madre.

»Las campanas de la Colegiata, las que llamaron acaso a la ceremonia sencilla y familiar de su bautizo, volarían ahora en un canto de júbilo.

»Y habría para su frente pálida una guirnalda de rosas –o mejor de violetas, que él tanto amaba– tejida delicadamente por las “vírgenes de los valles”...»⁷⁴.

Las vírgenes del valle, el fértil símbolo de la ascesis contemplativa donde todo lo que existe, como escribió Hölderlin, fue alguna vez imaginado, el sendero de los astros en la noche, la Vía Láctea que cruza exacta por encima de su sepulcro y es ruta hacia la purificación del alma, la niebla que dormida bajo el valle de piedra de sus párpados cubre el paisaje de todo lo que existe, de todo lo que fue alguna vez fue imaginado por «...una voz dulcísima, inefable, / de tierno encanto y apacible nombre, / alada, pura, mística, adorable, / música eterna al corazón del hombre»⁷⁵.



⁷³ Catedral de León.

⁷⁴ Pereira, Antonio: *Crónicas de Villafranca*, ILC, León, 1997, p. 19.

⁷⁵ *Un día de soledad*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen I, *Poesía*, p. 186.

10. Entrambas aguas: la españa vivida por Gil y Carrasco

La historia de la literatura española y universal está jalonada de pertinaces olvidos y tardíos reconocimientos, entre ellos no será pequeño el fragmento que ocupa la obra y figura de Enrique Gil y Carrasco.

Los motivos que han actuado en cada uno de los casos son de diferente naturaleza: en ocasiones han primado las preferencias y elecciones de críticos y estudiosos sobre la obra, a lo que habría que añadir que muchas de estas valoraciones han estado estrechamente ceñidas al gusto de una época; otras, el mismo devenir histórico que le tocó vivir al autor, ha eclipsado u oscurecido su trayectoria artística; en ocasiones, este olvido ha sido producto de la suerte y del azar, pues muertes prematuras, enfermedades o limitaciones económicas han sido el barro que ha cubierto u ocultado para siempre importantes aportaciones culturales en todos los tiempos y tipo de sociedad.

Enrique Gil y Carrasco fue un hombre culto, aunque no cultista; literato y amante de la cultura, no ejerció como mero estudioso, sino como un creador con la suficiente dosis de análisis y de reflexión, lo que le permitió realizar una labor original, renovadora y crítica en un tiempo de la historia de España convulso y abocado a cambios de radical importancia, no tanto por lo que supuso la irrupción del romanticismo en la literatura española como por el germen de transformación ideológica que venía aparejado a este; un período histórico caracterizado en lo político por el radicalismo y la inestabilidad social, lo que derivó en las guerras carlistas y banderías partidistas que no propiciaron estabilidad en ninguno de los órdenes de la estructura social de su tiempo.

Enrique Gil y Carrasco vivió una etapa compleja de la historia y la literatura española; un período caracterizado por la búsqueda de nuevos caminos que permitieran salir del servil atolladero de la desigualdad y los privilegios que divorciaban a la sociedad civil de la moribunda clase en el poder, la colisión entre el proyecto que amparaba el reformismo liberal y la atonía que representaba el absolutismo monárquico como un retroceso al pasado. Esa incertidumbre se traducía también en la literatura donde lo clásico comenzaba a asociarse al viejo Régimen y el romanticismo acogía el espíritu de una nueva dignidad, un pensamiento soberanista que reivindicando las libertades civiles y políticas habría de significar el primer

eslabón del ideario progresista en la lucha por la igualdad social. Enrique Gil entiende con claridad meridiana ese proceso y como lo atestigua en el conjunto de su obra periodística tomará partido intelectual por el liberalismo.

Muchos han sido los datos que se han perdido de su vida y muy diferentes situaciones han contribuido a ello; unas veces porque aquellos que le conocieron y trataron no transmitieron opiniones o valoraciones sobre su vida y su obra; otras debido a pérdidas o extravíos de material documental, como es el caso de su correspondencia; y por último, por la diseminación, resultado de vender por ínfimo precio en almoneda judicial sus libros y pertenencias personales a su muerte. Cómo único de lo que pretendió ser y fue, nos queda hoy su obra literaria, que, aunque no muy extensa, mantiene su interés y permanece, abierta, a una revisión crítica que la sitúe en un lugar sin duda más destacado, por sus logros como notable escritor y como agudo observador crítico de la realidad de su época.

Quizá, uno de los mayores valores que puedan reconocerse en el conjunto de su obra, y en *El Señor de Bembibre* en particular, sea su clara intención de hacer algo nuevo, reinventar un espíritu en decadencia y abrir una nueva senda en la que tenga cabida la tensión poética de la conciencia romántica; es decir, suscitar un interés que implique al lector en la poética como arte de vida y escuela de enseñanza estética. Enrique lo intuye e intentará aquello que aún desconoce:

La mayor originalidad de Gil, en su obra literaria, es que nace a la vida literaria como romántico, a diferencia de los que, nacidos un poco antes, tuvieron que convertirse. (...) lo que más le diferencia de los novelistas contemporáneos, es la ausencia de imitación. Recibe influencias varias e importantes, pero no copia. Sabe aprovecharlas haciéndolas suyas y sacando una obra de arte original⁷⁶.

La primera mitad del siglo XIX en España se vio enturbiada por las guerras carlistas. El origen se encuentra en la derogación de la ley sálica por Fernando VII. Dicha ley impedía gobernar a las mujeres, y con la derogación de la misma, Fernando VII nombró por decreto como su legítima heredera a su hija Isabel, que por entonces contaba con tres años de edad. La decisión tomada por el monarca no fue aceptada por los

⁷⁶ Picoche, Jean-Louis: *El señor... o. c.*, p. 42.

seguidores del infante don Carlos, hermano del rey, que hubiese sido el heredero de la corona de no haberse nombrado a la hija de su hermano Fernando VII, futura Isabel II, sucesora a la corona. De esta forma se iniciaron las primeras guerras carlistas, que durarían hasta 1840. A la muerte de Fernando VII en 1833, la reina María Cristina, nombrada regente de su hija Isabel, por ser menor de edad, pidió el apoyo a los liberales moderados para sofocar las revueltas que organizaban los seguidores del infante Carlos. «Cristinos» y «carlistas» mantuvieron una sangrienta contienda que a su fin, dejó una España sin resolver.

Durante el gobierno progresista liberal se llevaron a cabo medidas políticas que tendrían repercusiones sociales muy importantes para España, pero quizá, la que mayor trascendencia tuvo fue la desamortización de los bienes de la Iglesia, que llevo a cabo el ministro Mendizábal. Por esta ley, entre 1835 y 1836 fueron declarados bienes nacionales todas aquellas posesiones administradas por los conventos y que no tenían una función productiva. También fueron suprimidos numerosos conventos y comunidades religiosas, con la finalidad de reducir el poder económico de la Iglesia, la cual era considerada por los liberales una de las piezas capitales sobre las que se apoyaba el Antiguo Régimen.

La medida tomada por medio de la «desamortización de Mendizábal» y que pretendía mermar y corregir, en parte, el poder y control que tenía la Iglesia sobre numerosas propiedades y tierras, en realidad solamente supuso un «cambio de manos» de esos bienes, sin ningún beneficio para los grupos sociales más bajos, como jornaleros y campesinos.

Precisamente la venta de los bienes eclesiásticos a raíz de la desamortización de Mendizábal fue considerada por Larra como «auténtica mascarada», pues la subasta de dichos bienes fue concertada y pactada, de ahí que los bienes eclesiásticos fueran cayendo en poder de civiles económicamente privilegiados⁷⁷.

La nueva constitución promulgada en 1837, instituyó un nuevo «sufragio censitario»⁷⁸, por el cual, solamente tenían derechos políticos

⁷⁷ Rubio, E. (edición y prólogo): *El Señor de Bembibre*. Cátedra, Madrid, 1998, p. 52.

⁷⁸ «Históricamente, se han aplicado otras limitaciones al derecho de sufragio, como la exclusión de los analfabetos o el denominado *sufragio censitario*, típico de las primeras fases del Estado liberal, por el que solo podían ejercerlo aquellos ciudadanos que acreditaban un determinado nivel de renta o que pagaran impuestos al Estado». En

aquellos grupos que disponían de medios y recursos de fortuna. Esto radicalizó las diferencias sociales, pues el gobierno del país quedó únicamente reservado para las capas burguesas de la sociedad, que eran las que disponían de fortuna y además, habían visto incrementado su patrimonio al enriquecerse con la compra por subasta, de los bienes expropiados a la Iglesia. Este sería el caso de Juan Gil, quien compra la que sería casa natal de Enrique, en Villafranca, con la desamortización de los bienes del monasterio de Carracedo: «Recordemos al efecto que Juan Gil *“fue individuo de la Sociedad Patriótica”* en Villafranca y Voluntario de los Tercios Realistas de Infantería en Ponferrada, en 1825»⁷⁹; y, por tanto, partidario declarado del absolutismo.

Las revueltas, motines populares y pronunciamientos se fueron sucediendo, a la vez que dentro del grupo liberal se hacían mayores y más patentes las diferencias entre las corrientes moderada y progresista, lo que dio paso a la regencia del general Espartero entre 1840 y 1843. Tras el breve gobierno esparterista, da inicio el reinado de Isabel II (1844-1868), declarada mayor de edad al cumplir los trece años. Tras una década de gobierno moderado dirigido con firmeza por el general Narváez, la revolución liberal de 1854 sentó en el gobierno a los progresistas que, de nuevo, llevarían a cabo una desamortización civil y eclesiástica.

En este contexto social y político, Gil y Carrasco gesta y escribe *El Señor de Bembibre*. Observando detenidamente la historia que se relata en la obra, no escapa a la atención el paralelismo histórico sobre el que se sustenta la historia sentimental entre don Álvaro y doña Beatriz, como es la persecución y disolución de la Orden del Temple, y el período histórico de España en el que vive Gil y Carrasco, marcado por la desamortización de Mendizábal y el posterior desengaño de lo que aquella hubiera podido significar. «En 1836 el fogoso poeta (José de Espronceda) atacaba en un folleto la desamortización de Mendizábal que solo había servido para trasladar los bienes raíces de las manos muertas que los poseían “a las manos de unos cuantos comerciantes”. Larra se suma poco antes de morir a la crítica de Espronceda, comentando el texto desde las páginas de *El Español* el 6 de mayo de 1836». No ajeno a esa corriente de opinión se encontraba Enrique Gil cuando criticaba otra de las consecuencias

López Alonso, José María (Edición y redacción de textos): *Diccionario de historia y política del siglo XX*. Tecnos, Madrid, 2001, p. 665.

⁷⁹ Fernández Vázquez, Vicente: *Una nueva mirada..., o. c.*, p. 78.

perversas de la desamortización, el abandono en que se encontraba el patrimonio artístico y su irreversible deterioro bajo el vandalismo utilitarista de sus nuevos propietarios, «a esos que no entienden muy bien para qué sirven semejantes paramentos (...) habría que explicarles la influencia de la civilización en las artes y la necesidad, sobre todo, de conservar las reliquias arquitectónicas, que por su índole son imposibles de resucitar una vez que desaparecen»⁸⁰, o el firme alegato contra el deterioro que observa al visitar el Monasterio de El Escorial como consecuencia de la exclaustación de sus monjes:

(...) el gobierno debe pensar en resolver con acierto el problema de la conservación de este joyel inestimable –escribía–, cifra de nuestra pasada grandeza. En mi opinión no hay más que un medio, que es establecer en el edificio una corporación que con espíritu de tal lo cuide y mantenga (...) En una palabra creo difícilísimo que el Escorial se conserve sin una corporación que lo cuide y habite⁸¹.

La mejor definición de lo que vino a significar en España el romanticismo la ofrece el italiano Luigi Monteggia, desde las páginas de *El Europeo*, en 1823. Para él, romanticismo significa buscar en el pasado la explicación del presente “siendo el objeto principal de los románticos interesar con cuadros que tengan analogía con las costumbres de su tiempo, lo que es también más útil por la ventaja que puede proporcionar el ejemplo de acontecimientos de la misma clase que los que nos ocurren en sociedad, los argumentos románticos deben, a preferencia, tomarse de la historia moderna o bien de la Edad Media»⁸².

A este respecto Jean-Louis Picoche ha referido la sorprendente semejanza entre la España de 1840 y la Castilla medieval a comienzos del siglo XIV en la que se sitúa el marco imaginario de la novela de Enrique Gil; a saber:

Un rey débil abandona a su madre el cuidado del reino.

Una reina niña está a la cabeza de un país gobernado por su madre o un regente.

Una orden religiosa, la del Temple, sufre persecuciones.

⁸⁰ BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen III, *Viaje a una provincia del interior*, p. 117.

⁸¹ BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen VI, *Viajes y costumbres*, p. 77.

⁸² Zavala, Iris M.: Características generales del siglo XVIII, en Díez Borque, J. M.: *Historia de la Literatura Española*, Tomo III, Madrid, 1978, p. 297 y pp. 304-305.

Todas las ordenes religiosas sufren persecuciones.

Una guerra civil se desarrolla entre los grandes y el poder real.

Una guerra civil se desarrolla entre absolutistas y liberales⁸³.

Este correlato historicista del hecho literario y la interpretación de la novela como un repliegue de época sobre la Edad Media, vendría a coincidir con el interés nostálgico del escritor romántico por dar respuesta estética a su nueva visión del mundo; resucitar un pasado remoto donde el «yo» restablezca su pacto con la invención, es decir, un naciente evangelio de la armonía que sirviera de guía para enfrentarse, entender y luego abandonar el laberinto de los desequilibrios sociales y la orfandad ideológica del sentimiento de nación; en suma, transformar el mundo y aventurar su hipótesis. La Edad Media aparecerá entonces como el referente más evocador para ensalzar, reavivándolos, viejos mitos que sin estar del todo perdidos o carentes de valor, habían sido sencillamente olvidados o transfigurados por el tiempo. En ese pasado encontrará también Enrique las semillas de una germinación civilizadora: «Los monasterios fueron los centros de su resurrección moral y material: a su sombra se alzaron los pueblos, a su impulso se desmontaron los bosques, se abrieron caminos, se cruzaron ríos y se animaron los desiertos. Ponferrada se formó en un principio alrededor de un puente fabricado por el obispo Osmundo sobre el Sil en el siglo X y logró ser población y fortaleza de importancia bajo los templarios. Villafranca nació en una ermita levantada por unos sacerdotes de Cluny que administraban los sacramentos a los infinitos peregrinos que iban a Santiago»⁸⁴.

El espíritu romántico será una extrema intimidad en diálogo con las ansias de libertad: el «yo» en aspiración de ciudadanía. Lo privado se proyectará sobre lo público en una relación dialéctica en la que pasiones personales, desprecio por el materialismo, crítica a las costumbres, lucha por la dignidad, exaltación de las virtudes cívicas, irán consolidando las bases de un humanismo crítico que rechaza las anquilosadas fórmulas sociales aún tan firmemente establecidas en la época, como lo eran los matrimonios de conveniencia, y en un plano superior la política de Estado y la idea moderna de nación. En el panorama internacional, el XIX es un siglo en el cual numerosos pueblos europeos claman por el derecho e su

⁸³ Picoche, p. 169.

⁸⁴ BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen III, *Viaje a una provincia del interior*, p. 52 .

identidad política y cultural. Enrique Gil comparte esas líneas generales de pensamiento e intentará manifestar en su obra la luz ejemplarizante de esos ideales, y por eso escribirá una novela histórica. «Esta novela histórica es la novela tipo, la cultivada en todas las naciones por los novelistas románticos (Walter Scott, Chateaubriand, Gil y Carrasco, Larra, etc.), claro está que en esta novela tipo podíamos distinguir dos ideologías diferentes que informan la obra: una liberal y otra moderada, pero en lo esencial, es decir, en cuanto a la estructura de la novela se refiere, nos encontramos ante una única y sola manera de hacer: situado y descrito un universo histórico, el héroe o el protagonista intentaba vivir su vida, buscar un destino y generalmente fracasaban en su intento»⁸⁵.

Enrique Gil lo intenta y también, como los personajes de su novela, fracasa; pero su fracaso no será conciencia de lo inútil; él mismo transfigurado en personaje de la propia historia que cuentan las páginas de *El Señor de Bemibre*, será memoria de un ideal de progreso, un joven que en medio de las servidumbres y dificultades optó por el amor y la libertad como único emblema de la escritura y última verdad de sus palabras. Una verdad que funda desde la intemperie de su propio conocimiento, sin las hipotecas que lastrarán la casi totalidad de la mediocre producción novelesca de sus contemporáneos, un nuevo modo de contar, una nueva manera de sentir el paisaje como elogio y respiración conmovida de lo humano. Enrique Gil instaura un tono contemplativo y contra las dependencias a las que se ha querido vincular su obra como deudora, cuando no como una excrecencia epigonal, de Walter Scott, *El Señor de Bemibre*, constituye, en esencia, la única novedad perdurable y definitiva de la novelística romántica española.

Sin descartar la influencia de Scott en el desarrollo de la novela histórica del XIX, señalaremos como arbitraria y gratuita la dependencia de *El Señor de Bemibre* respecto del *Ivanhoe* (1819) del autor escocés, rutinariamente atribuida por una legión de manualistas de la literatura española. Basan tal dependencia en el hecho de que una y otra tienen en común su referencia al Temple. Pero la visión de esa Orden en los dos autores no puede ser más dispar: degenerada y a veces caricatural en Scott y caballerisca en Gil. No se trata tampoco de una réplica

⁸⁵ Ferreras, Juan Ignacio: *La novela española en el siglo XIX*. Historia crítica de la Literatura Hispánica, Taurus, Madrid, 1987, pp. 86-87.

reivindicativa por parte de este. Por otro lado, no existe la menor analogía en el talante de los dos autores: jocundo y vital en Scott, transido por el infortunio y la melancolía en Gil. En el aspecto formal, hay en la obra de Gil un esquematismo y una sobriedad ausentes en la de Scott. Añade Gil algo ajeno al *Ivanhoe*: la incorporación del paisaje en forma no vista hasta entonces en la narrativa española. Es un paisaje regido por la cambiante evolución de las estaciones, en concordancia o en contraste con la situación o el estado anímico de los personajes ligados a él; un paisaje, además, fiel a unos modelos reales, los del Bierzo, mejorados en ocasiones por exigencias del arte. A ello se suma el ingrediente de unos amores nacidos y frustrados en la adolescencia y primera juventud de Gil y renacidos literariamente en don Álvaro y doña Beatriz⁸⁶.

11. Un nuevo espíritu: el romanticismo

Gil y Carrasco será más conocido como novelista, pero su sensibilidad y su técnica descriptiva y de análisis, exigen una atención más precisa hacia las otras dos grandes vertientes creativas que desarrolló y que, importantes, no han sido del todo bien valoradas: una fue la poesía y otra la crítica literaria y teatral⁸⁷. En ambos géneros demostró Enrique Gil y Carrasco unas dotes naturales para transmitirnos su finura estilística, una exquisita sensibilidad y un no menos extraordinario poder de observación y análisis crítico del entorno. «Gil y Carrasco, frente al poeta melancólico que se nos ha dibujado en las historias de la literatura, se nos revela ante todo como un crítico lúcido y exigente, dotado de un alto nivel de penetración artística y de capacidad de análisis, sereno y riguroso. Asombra el perfecto dominio que tuvo de las grandes ideas filosóficas y estéticas que se extendían por la España y la Europa de su tiempo, y como fue aplicándolas coherentemente en sus artículos periodísticos. Siguiendo la senda del “grande hombre” romántico:

(...) aquel que para no perderse en su individualismo tiene que abarcar y comprender la idea general, y para no confundirse entre

⁸⁶ Carnicer, *Prólogo*, p. 21.

⁸⁷ Véase el ensayo introductorio de Miguel A. Varela, *Un hombre de teatro llamado Enrique Gil*, en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen IV, *Crítica teatral*, 2014.

la muchedumbre le es forzoso abrigar una idea exclusivamente suya”, supo advertir la significación y trascendencia que había alcanzado el arte de su época, así como la misión especial que le estaba reservada al artista moderno; consciente de su dimensión moral y política, trató siempre de conjugar la proyección nacionalista del arte con el sentido universalista que estaba tomando en la construcción de la historia cultural contemporánea. Gil y Carrasco, en definitiva, estaba contribuyendo de forma clara y brillante a abrir las puertas de la “modernidad” en nuestro país⁸⁸.

Tibias, aunque no exentas de reconocimiento fueron las palabras de Azorín sobre Gil y Carrasco: «en él encontramos, con toda su falta de consistencia, de hondura, el encanto de esas viejas estampas de las revistas olvidadas, el atractivo inexplicable que nos produce este señor aquí dibujado, bajo las arcadas de un patio solitario»⁸⁹. A esa opinión se sumó Alonso Cortés al señalar: «No es un genio, pero en punto a delicadeza, a espiritualidad, no ha habido poeta que le aventaje. Un hálito sutil y flotante vaga por los versos de Enrique Gil, como la emanación de purísimas esencias que en suaves ondulaciones se difunde por la atmósfera hasta desvanecerse. Hay en sus rimas la menor cantidad de materia posible; son como el encaje de las aéreas agujas góticas, que parecen suspendidas en el espacio»⁹⁰, y Jean-Louis Picoche que, a pesar de referirse a la “dispersión” y “fastidiosa lectura de sus artículos”, no duda en calificar a nuestro autor como «el teorizante principal del Romanticismo en España»⁹¹. Opiniones contradictorias bajo las que subyace, sin embargo, una lectura de mayor alcance, aquella que lo sitúa con mérito entre las mentes más lúcidas de la generación romántica.

El espíritu del Romanticismo y su intención de renovar las sensibilidades concibiendo otra forma posible de vida había hecho su presencia en los páramos de una historia ya sin posibilidad de regreso. Los nuevos valores morales requerían otra forma de expresión, y esa insaciable creencia en el «yo» de los artistas, animará creativamente a los escritores y

⁸⁸ Suárez Roca, José Luis: *Ideas estético-filosóficas en la obra de Enrique Gil*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen V, *Miscelánea*, pp. 233-270.

⁸⁹ Azorín: *El paisaje de España visto por los españoles*.

⁹⁰ Cortés, Alonso: *Viejo y nuevo*. Librería Viuda de Montero, Valladolid, 1916, p. 79.

⁹¹ Picoche, p. 275.

poetas, en cuyo tono se materializará todo ese inmenso magma de progresivos hallazgos, de posibilidades expresivas y temáticas, de ideales y emociones extremadamente vitalistas, que luego desembocarán en el pensamiento utópico.

De la mano de los nuevos románticos van juntas la vida y la desesperación, dramática en muchos casos, como la que arrastrará a Larra al suicidio. Otras veces, la búsqueda apasionada de un original mundo expresivo, hará que se desprecie el riesgo ofreciéndose sin condiciones a la pira de los dioses antes de permanecer inmóviles en la estéril servidumbre de lo ya sabido.

Vidas extremas y descuidadas, guerras, revoluciones, la epidemia extendida de la tuberculosis y la tenebrosa atracción por el suicidio, finalizarán antes de lo previsible la aventura heroica de muchos jóvenes románticos. No lo carente de hondura sino la consistencia de la lucidez, la capacidad de análisis llevada al extremo de su realidad, la ética social y la estética renovadora que redecoran ante el espejo de una nueva sensibilidad transformadora de la conciencia del mundo.

En Enrique Gil convive el arrobado carácter melancólico junto a un dinámico pensamiento lógico; si innegable es su tendencia a la evasión por vía de la fantasía lírica, no lo será menos la tersa inteligencia de su aguda reflexión teórica. Aunque afectada por los modismos retóricos de una época en transición, la obra de Enrique Gil no se quedará en un mero enunciado de posibilidades; en ella pueden rastrearse las grandes líneas teóricas que luego desarrollará el romanticismo hispano. Sus ideas son claras y trazan una compleja trama de interrelaciones discursivas a través de las que formula su ideario filosófico, ya abordando la reflexión juiciosa sobre las poéticas de sus contemporáneos, como lo será su lúcido análisis sobre la obra de Espronceda, ya en su constante y reiterada preocupación por el ser histórico de la nación española, manifestada en su permanente reivindicación de la memoria del pasado artístico como materia de la identidad cultural de la nación.

La necesidad de asegurar la pervivencia del acervo etnográfico, la denuncia del deterioro y ominoso abandono del legado monumental y arquitectónico, la prerrogativa del arte como un elemento clave en la formación educativa de los pueblos, la literatura como una herramienta útil para el desarrollo social y dialécticamente moralizante, serán otras de las constantes a las que atiende su quehacer periodístico; una, en suma,

sostenida vindicación ética de lo antepasado como modelo ejemplarizante de las ideas que signifiquen educación y cultura, desarrollo y civilización.

Enrique Gil, que puede ser hombre discreto hasta lo evanescente, logrará conciliar tal actitud crítica, nada claudicante, con el respeto; lo dogmático no forma parte de su forma de ser y relacionarse con el pensamiento de los otros. Alejándose de cualquier tipo de imposición de signo estético, analiza, revisa lecturas, expone sus dudas, mas no ataca ni derrumba, propone posibilidades de lectura antes que descalificaciones, asume, en otras palabras, la heterodoxia de la creatividad como suprema conducta del artista. Preferirá no sacar del tintero la daga de la pluma antes que menoscabar «reputaciones ya consolidadas, y disminuir el valor de esfuerzos muchas veces laudables y llenos de conciencia»⁹². No adula, no hace concesiones de ganapán, pero tampoco se impone con la vara del reglista sobre aquellas obras que no gozan de su estima, su ideario como crítico pareciera haberlo resuelto con certera claridad: «La base y fundamento de la crítica es, como todo el mundo sabe, la lógica; y la lógica en todas las obras de imaginación consiste, respecto al público, en la armonía de su propio sentimiento con el sentimiento y expresión del artista. Las reglas no son otras que los datos y condiciones más generales que aquella especie de simpatía que lo bello debe ejercer, así en su fondo como en sus formas»⁹³.

Esa luminosa complementariedad de conciencias entre público y artista, ese pacto en la belleza como una fe sagrada y por tanto justa, será para él la nueva sensibilidad que ha comenzado a imantar su época, el idealismo, la presencia irradiante de lo humano en los contextos de la historia que vinculan dialécticamente poesía y sociedad. Enrique Gil es un protoanarquista de la imaginación, “cual si fuera un sello de la divinidad”, para decirlo con sus propias palabras, todo lo imaginario deviene en él humanidad amada, en exaltación de los sentidos, en construcción utópica de una otra realidad del mundo: «Donde quiera que veamos una cosa que se aproxime a aquel tipo eterno de perfección y hermosura, que más o menos distinto encuentra en el fondo de su alma cualquier persona bien organizada, allí está para nosotros el arte»⁹⁴. Un arte que para él era una religión laica ejercida no solo con talento sino con la pasión de los

⁹² BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen IV, *Crítica teatral*, p. 235.

⁹³ BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen V, *Miscelánea*, p. 26.

⁹⁴ BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen IV, *Crítica teatral*, p. 256.

“mártires” bajo cualquier bandera, apartando las tinieblas de la noche, allanando los caminos que conducen al porvenir más culto y feliz de la humanidad. No era la poética del autor de *La violeta* un mero aroma de retórica neutral en los jardines adánicos del provinciano vate contemplativo, sino la voz de otro trovar que se abría paso como emblema de la vida nueva. La poesía, escribirá Enrique Gil «ha bajado a la oscura vivienda del pobre, labrándose un porvenir de gloria, y su influjo nunca dejará de guiar a la humanidad a manera de estrella benéfica»⁹⁵. Eso fue Enrique Gil, una fugaz estrella benéfica en la noche del romanticismo. Un poeta que reflexionó sobre la condición humana y otorgó dignidad al oficio de la intemperie. Su inspiración funda sus raíces en lo bucólico de los valles natales, pero su florecimiento intelectual alcanzará el cielo de la crisis romántica. No le será ajena la condición de menosprecio en que se hallan las artes dramáticas y los talentos poéticos, su emancipación progresiva “sin tener que mendigar el patrocinio de un magnate”, el cuestionamiento de los rigurosos cánones clasicistas que asfixian la libertad creativa y que «lejos de servir al genio de estímulo y ayuda, le traban y embarazan con notable perjuicio»⁹⁶.

Enrique Gil, como John Keats, une belleza y verdad en una misma ecuación poética, a nada se subordina, a nada permanece ajeno, participa sentimentalmente de cada experiencia del mundo, adquiere el impulso de su alma, se metamorfosea en argumento espiritual de la piedra ante las ruinas de un edificio religioso, en arpa del bardo ante las tumbas del olvido, en cayado de pastor por los valles sin rebaño de su mar de hierba. Siente y asume una condición igualitaria ante todos los seres, y con esa vocación identificatoria, panteísta y no exenta de angustia sale al encuentro con el corazón de los pueblos, única nación donde las fronteras políticas son derribadas por la analogía moral de un soñado destino común: “la comunicación continua entre las diversas familias del linaje humano”, “las relaciones de amor del Evangelio”, “la unidad universal”, “aquella tolerancia y benevolencia que tanto adelantan la causa de la civilización”, “una época de fraternidad y de concordia”, “la prosperidad común”, “la marcha progresiva de su civilización y cultura”, “la unión y la fraternidad de las naciones”, conceptos y reflexiones permanentes de su ideario moral.

⁹⁵ BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen V, *Miscelánea*, p. 49.

⁹⁶ BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen IV, *Crítica teatral*, p. 237.

El Romanticismo era una forma de arrojarse a la vida con las entrañas abiertas, un precipitarse en el abismo interior desde la propia interioridad. El sentir melancólico, esa vaga tristeza que embarga los sentimientos, se adueñará también de su arte, melodioso en la tragedia, nunca melodramático. Las ruinas familiares, los amores no cumplidos, los intereses hipócritas de su propia clase social que ve perder sus privilegios, el atraso que padece su patria, la tisis que lo afecta, etc., serán las raquíticas rentas con las que podrá alimentar sus desmoronadas expectativas de felicidad.

Mientras los cimientos neoclásicos van cediendo poco a poco ante el empuje de la modernidad, los propios personajes reales de ese nuevo espíritu pagarán sus obras con la vida. Una vida a veces injusta en la balanza de las compensaciones, breve en la usura del tiempo, despiadada ante la corona de cenizas del olvido.

A Enrique Gil y Carrasco se le ha considerado como un escritor perteneciente a la segunda generación romántica. La primera estaría conformada por los precursores de esa corriente, en la que se encontrarían Martínez de la Rosa y el Duque de Rivas; a la segunda pertenecían Espronceda, Larra y Zorrilla, seguidos de Enrique Gil y Carrasco.

Fue la suya, no obstante por sencilla, una obra poética precursora de lo que posteriormente otros tendrían la oportunidad de desarrollar, como bien dice Ricardo Gullón en referencia a algunos de sus más famosos poemas:

(...) por dos propensiones esenciales: la remembranza y el afán idealizador. (...) su idealismo le condujo a la poesía en prosa y verso, a la obra de arte como expresión de un mundo creado a imagen del deseo. Su visión de la realidad es melancólica. Pertenece a ese linaje de almas para quienes recordar es angustiarse por la pérdida del pasado, y padeció una cierta incapacidad para gozar del presente, para vivir en el presente. (...) La melancolía, mal del siglo, es connatural en Enrique Gil. Su tristeza no es retórica, sino emanación del alma⁹⁷.

Gil y Carrasco no solo se había abierto paso en el Madrid romántico, había abierto de par en par las puertas al romanticismo: «En *La gota de*

⁹⁷ Gullón, p. 9. Sobre el postromanticismo anticipado de Gil, véase también *Introducción a la poesía de Enrique Gil*, de Valentín Carrera, en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen I, *Poesía*, p. 24 y ss.

rocío, en *El cautivo*, en *La violeta*, se anuncia la voz que a la generación siguiente cantará “las oscuras golondrinas” y la que, aún más tarde, se alzaría patética y dulce *En las orillas del Sar*. Enrique Gil y Carrasco pertenece al grupo de grandes melancólicos cuyos más ilustres representantes son Gustavo Adolfo Bécquer y Rosalía de Castro⁹⁸, pero su salto al terreno de la narrativa tendrá algo aún más significativo. Mientras Gil y Carrasco participa, en la medida de sus posibilidades, en la vida pública, social y literaria como poeta, se va sumergiendo progresivamente en otro tipo de escritura más próxima a las necesidades diarias: el periodismo.

La muerte de Espronceda marcará un punto de inflexión en ese camino creativo. A la zaga de sus colaboraciones en revistas y diarios de la época, al poeta Gil y Carrasco se le plantean nuevas necesidades expresivas que, más cercanas al discurso de la prosa, se manifestarán, potenciándose, bajo la forma de lo narrativo poético; una escritura con más desemejanzas que aproximaciones al canon discursivo de la prosa, y que verbalmente se sitúa en un sistema colindante con los materiales estilísticos de la poesía y el lenguaje metafórico. Siguiendo el pensamiento de Yuri M. Lotman, relativo al entrelazamiento de la prosa y de la poesía, está claro que el texto artístico no pertenece nunca a un solo sistema o una única tendencia, sino que cada una de ellas entra en conflicto con su antípoda estructural y existe únicamente con relación a esta, sin que el triunfo de una sobre otra no signifique la eliminación del conflicto. «Aquí son teóricamente posibles dos caminos: un movimiento hacia la semejanza dentro del sistema dado de convenciones, un intento de reformarlo desde dentro y el rechazo del sistema en su totalidad, la exigencia de sustituirlo por otro»⁹⁹.

La opción de Enrique Gil le vendrá dada por la propia dinámica de su vida, no tiene tiempo de optar, los avatares de su quebrada salud se precipitan sobre la conciencia del escritor y sin aparente conflicto lo poético tiende con rapidez su puente estilístico hacia el mestizaje con lo narrativo; su prosa deviene en poemática, en interpretación emotiva de la naturaleza, en evocación análoga de sus anteriores técnicas compositivas. Complejiza su decir, asume la amplitud de su desarrollo, mas no abandona la imaginación lírica que dará sentido último a su cadencia estilística, aquella que será inaugural concreción del espíritu romántico y que en tantos aspectos preanuncia a Gustavo Adolfo Bécquer.

⁹⁸ Gullón, pp. 9-10.

⁹⁹ Lotman, Yuri M., *Estructura del texto artístico*. Ed. Istmo, M., 1988, p. 126-127.

Enrique Gil (...) –escribirá sobre él Luis Cernuda–, parece un poeta a quien el sino, truncando su vida, no permitió desarrollar los dones que en él había. No obstante sus versos, su novela *El Señor de Bembibre*, sus notas críticas quedan en nuestra literatura como algo más que escritos de un poeta menor. Fue Enrique Gil como una anticipación de Bécquer, quien realiza más tarde una obra equivalente a la que el primero no pudo llevar a cabo. Es decir, que tras los nombres de Rivas, Zorrilla y Espronceda, a quienes la estimación del público contemporáneo elevó tan inmerecidamente y a quienes la crítica ha mantenido después en un puesto que no llenan, hay otros que, menores y olvidados como son, no por ello dejan de representar un intento digno de tenerse en cuenta y ser recordados al menos como predecesores de Bécquer. Una línea común enlaza la obra de este con la de aquellos, y en una emoción medio balbuceada, en una expresión más sutilmente matizada, hallamos para Bécquer una ascendencia¹⁰⁰.

En la misma idea de considerar a Enrique Gil como un poeta precursor de lo que serán las páginas mayores del romanticismo español viene a incidir Ramón Sijé cuando señala:

«*La misteriosidad viene a cristalizar en la rima de Bécquer, como puro temblor lírico. Viene a cristalizar, no cristaliza; porque la misteriosidad venía. A la aparición de un poeta puro precede, necesariamente, un exceso creador, una preparación sentimental, una depuración imaginativa. Este es el caso de Bécquer. Concretando la amplitud extraordinaria del problema, puede decirse que uno de los materiales de preparación sentimental becqueriana es el ambiente poético de Enrique Gil (bien entendido que, para mí, preparación sentimental no quiere significar influencia concreta). Enrique Gil ha sabido dar dignidad, la dignidad melancólica que es el cielo poemático de una novela histórica, a la prosa castellana; pero, además, ha puesto, en su poesía, como un balbuceo lírico, el temblor. Enrique Gil no pertenece al grupo de poetas que cantan, esta es la palabra, las cosas categóricas y las cosas tremendas. Él se inclina, como la flor sobre el agua, para hablar delicadamente de cosas*

¹⁰⁰ Cernuda, Luis, *Estudios sobre poesía española contemporánea*. Ed. Guadarrama, Madrid, 1972, p. 42.

simples y humildes: la gota de rocío y la violeta, verbigracia. El poemita “una gota de rocío” es una meditación romántica. Es la gota de rocío, lírica e inestable; y en esa inestabilidad reside, precisamente, la humildad de su existencia, el temblor.

Gota de humilde rocío
delicada...

dice, y no canta, el poeta. Empezamos a temblar, *ateridamente*. Como término de comparación utiliza el poeta los símbolos quebrados y los símbolos cristalinos empañados por el frío del temblor: la lágrima, el alma del niño, la plegaria.

Y en la rama suspendida
de un almendro floreciente...

vuelve a decir el poeta, y el verso tiembla en la tarde, como la hoja del árbol; e insiste, en mantener el temblor, en eternizarlo, en acercarlo al cristal:

Ruiseñor enamorado
cantaba encima de ti”...

Continuamos en el temblor eterno. El paisaje, a uya sombra ha nacido Enrique Gil, ensaya una escala de temblores; y el poeta ha ido recogiénolos en su prosa poemática y en su verso. Fiel al paisaje y fiel a la debilidad poética es la poesía de Enrique Gil, que sirve de introducción, como preliminar del temblor puro, al Bécquer tembloroso. Una gota de rocío es el símbolo de Enrique Gil; y una gota de rocío, sobre la hoja de la poesía, puede ser Bécquer.

Quédate ahí pendiente de tu rama...

continúa diciendo el poeta a la gota de rocío, y nadie duda que se haya desprendido de la rama. El temblor permanece en la poesía escrita. Sin embargo, Enrique Gil no puede mantener la unidad temblorosa del mundo cerrado de un poema. Esto es ya la superación becqueriana; y aún el mismo Bécquer no cierra siempre sus poemas con solución cristalina del problema estilístico resuelto. Con Enrique Gil se introducen los ángeles, como símbolos o como mitos, en el tesoro metafórico de la imaginación poética española:

Quizá al pasar un ángel solitario
te cubrirá con su ala virginal...

continúa, dirigiéndose a la gota de rocío, que aún permanece conservando su forma poética en la hoja del árbol. Luego, Bécquer utilizará a los ángeles en la rima LXXIV; y la más moderna poesía española, *cuyo único dato romántico se llama Bécquer*, seguirá empleando ángeles y arcángeles, en sus juegos de símbolos. Enrique Gil trae, pues, a la línea histórica de la poesía romántica la posibilidad lírica del temblor. Es la suya una misión boscaniana; si Boscán proporciona recursos estilísticos del tipo formal a Garcilaso, Enrique Gil entrega a Gustavo Adolfo Bécquer, el inocente recurso del temblor, la preparación sentimental, la sencillez desnuda, el aroma de la violeta, el paisaje negado por la «vaga niebla sin color...»¹⁰¹.

Semejante opinión es la mantenida por Gerardo Diego, quien tras la lectura del poema en prosa de Enrique Gil *Anochecer en san Antonio de la Florida*, se pregunta en certera reflexión: «¿No es verdad que esta prosa, más aún que en los versos del cantor de la violeta, parece alentar ya el espíritu misterioso, soñador, virginal, la capacidad de precisión en el ensueño y la magia, la mezcla de emoción adolescente y de etérea fantasía simbólica que nos son familiares en Gustavo Adolfo?... Parece indudable que Bécquer leyera a Gil.»¹⁰². Aunque Picoche, su principal estudioso, será más cauto en sus apreciaciones y, aún aceptando ecos y semejanzas entre la obras de uno y otro autor, optará por referir estos vínculos más a una «comunidad de temperamentos»¹⁰³ que a una clara influencia literaria. De gran interés parece la tesis sostenida por Paz Díez Taboada cuando señala:

La improbabilidad de que Gustavo Adolfo hubiese leído la obra de Gil no es tan grande como parece a simple vista, si solo nos fijamos en las biografías de ambos y en las ediciones del berciano, porque los dos mantuvieron una relación bastante estrecha con Luis González Bravo, que ejerció una suerte de mecenazgo respecto de ambos poetas y pudo ser el “puente” que facilitara a Bécquer el acceso al conocimiento de la obra de Gil (...) Eulogio Florentino Sanz, amigo de Bécquer y cuyas traducciones del

¹⁰¹ Sijé, Ramón: *La decadencia de la flauta y el reinado de los fantasmas*. Publicaciones del Instituto de Estudios Alicantinos. Alicante, 1973, pp. 247-249.

¹⁰² Diego, Gerardo: “Enrique Gil y Bécquer” en *La Nación*, año 78, núm. 27.266, Buenos Aires, 11-V-194, pág. 2 f, g, h. (Citamos por Picoche, p. 357).

¹⁰³ Picoche, p. 357.

Intermezzo del poeta alemán Heine tanto influyeron en las *Rimas*, visitó la tumba de Gil, en el cementerio católico de Santa Eduvigis, hoy en el Berlín este, en el año 1856 y, con tal motivo, escribió la conocida *Epístola a Pedro*, auténtica elegía a la memoria del poeta de El Bierzo y en la que se lamenta del abandono de su última morada. En ella aparece fresco el recuerdo de la obra de Enrique Gil: es seguro que había leído, además de *El Señor de Bembibre*, gran parte de ella en los periódicos de la época, y quizá guardase recortes o copias manuscritas; ¿no pudo servir él también de intermediario en el conocimiento de la obra de Gil por parte de Bécquer? Como dice Diego, parece indudable que Gustavo Adolfo leyó a Gil o, por lo menos, si no leyó toda su obra en lectura reflexiva, resulta imposible de creer que no la oyese leer o comentar, en parte, en alguna de las tertulias a las que con asiduidad asistió; por ejemplo, en la del Café Suizo, de la que también era contertulio E. F. Sanz.¹⁰⁴

La obra poética de Enrique Gil será apenas una gota de rocío en el mar del fecundo presentimiento en que ha de desembocar la poesía española a partir de esa época; apenas una molécula de agua del gran río del que fluyen las nieblas del romanticismo, pero partícula elemental al fin y al cabo de la invisible materia con la que están hechos los sueños, la verdad de su belleza y la trascendencia humana de lo espiritual.

El mundo literario estaba todavía enfermo de falta de originalidad. Copias, adaptaciones de otras obras, carencia de ideas nuevas, y una muy agarrotada forma de concebir el hecho narrativo, lo que hace que veamos como un valiente y asumido riesgo la decisión que tomará Gil y Carrasco de escribir una “novela original”.

Al contrario de su producción poética, que le sirvió para ponerse en contacto con otros coetáneos, su dedicación a la prosa irá acompañada de un mayor aislamiento, de una mayor concentración que lo alejará de los cenáculos y distraídos ambientes artísticos; el esfuerzo será grande, por no decir inmenso, pero mayor será todavía el desafío:

Cuando E. Gil escribe sus dos novelas, el arte de la novela española ha sufrido un eclipse de casi dos siglos (aproximadamente 1650-1833, en que se escribieron poquísimas novelas en España. El género estaba aborrecido por escritores y moralistas y los primeros

¹⁰⁴ Díez-Taboada, *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, León 1985, pp. 20-21.

que trataron de restaurar el género tuvieron que vencer la indiferencia y el desvío al tiempo que hacían numerosos tanteos y errores. Los principales fueron los plagios (...). La producción novelística queda muy escasa entre 1830 y 1843 (en aquellos catorce años no se publicaron en España más de 44 novelas originales, o sea, unas tres al año). Así es que, cronológicamente, se puede considerar a E. Gil como uno de los primeros novelistas modernos de España¹⁰⁵.

Esta modernidad a la que alude Picoche, si bien es un claro reflejo de la originalidad e independencia de nuestro autor, no parece haberse traducido con el tiempo en un interés y reconocimiento equitativo hacia su obra; en parte, tal vez este resultado negativo pueda deberse a criterios mucho más políticos y sociológicos que a valoraciones estrictamente literarias. Algunas interpretaciones, a nuestro entender erróneas por imprecisas, dibujarían de él un vaporoso, vago y esquemático perfil que poco tiene que ver con el hombre de profundas convicciones progresistas que en realidad fue:

Patriota profundamente honrado, el liberalismo político le atraía sin que tomase, sin embargo, opciones perfectamente determinadas. En realidad, era un idealista que rechazaba el materialismo ambiente en el cual no veía más que una fuente de decadencia. Pensaba que el poeta tiene que desempeñar un papel social importante: el de dar, en un ambiente materialista, el sitio que pertenece al sentimiento, es decir, el primero. Creía probablemente que las Órdenes de Caballería fueron poderosos estímulos para un idealismo político. Las admiraba profundamente y creía que, en su tiempo, un ideal análogo, de origen aristocrático quizás, podría estimular poderosamente a la juventud española. Era firme partidario de las Órdenes Religiosas y consideraba que la excomunión había sido un error desastroso para la sociedad española. Su religión tuvo alternativas de dudas y de arrojos místicos que no se pueden localizar perfectamente en la cronología¹⁰⁶.

También tendría su efecto, si no en la incompreensión, sí en la atención secundaria hacia su obra, la extraordinaria magnitud de algunas de las figuras de su tiempo, como es el caso de su querido amigo Espronceda; el

¹⁰⁵ Picoche, pp. 42-43.

¹⁰⁶ Picoche, p. 20.

cambio de rumbo en su producción literaria, pasando de la poesía a la narrativa; el desprestigio en que se encontraba la novela, al que alude Picoche; y, quizá, el hecho de que siendo *El Señor de Bembibre* básicamente su única novela, el tema elegido como fondo para su historia sentimental pueda recordar o tener reminiscencias de un tipo de narración anterior a él: «Gil y Carrasco mantiene la opción de consolarse con antiguas creencias, con viejas instituciones, con añoranzas medievalistas, proyectando hacia el pasado la solución de los desarreglos del presente. Espronceda supera pronto esta nostalgia medievalista, y al escribir la “Canción del pirata”, protagonizada por un extraño, pero de su tiempo, por un marginado de la realidad, decide encararse con el presente, observar las contradicciones de su propio mundo. La “Canción del pirata” marca el romanticismo de Espronceda por la libertad métrica, por la utilización flexible de un lenguaje directo, sin convencionalismos, y por el protagonismo de un héroe contemporáneo que, lejos de las brumas medievales, asume el fracaso del contrato social y busca la libertad en un símbolo inventado por la literatura de su siglo: el mar, el mar azul como patria del viento y de los seres libres.

La denuncia del fracaso moderno desequilibra el paradigma de la Ilustración desde los contratos colectivos hasta la imagen del individuo, en sus relaciones con los otros y en su propia intimidad. ¿Qué experiencia tiene Espronceda de la Modernidad? En primer lugar, la evidencia de una derrota inadmisibles en los esfuerzos por conseguir la felicidad pública. Larra y Espronceda, observadores atentos de su época, descubrieron en las consecuencias de la política desamortizadora de Mendizábal un ejemplo significativo del camino por el que avanzaba la sociedad burguesa, una libertad de mercado que en vez de asegurar la feliz igualdad pública se sometía a la acumulación de riquezas de los poderosos¹⁰⁷.

«Nada más moderno que los interrogantes sobre la Modernidad, la toma de conciencia de las contradicciones y las justificaciones imposibles que genera el mundo artificial, mortal y fugitivo del pensamiento burgués.

»Resulta imprescindible observar cómo el proceso de depuración de los exaltados tonos románticos coincide con la metamorfosis estilizada de las figuras femeninas, con el embargo de sus pasiones a favor de la túnica blanca, el fantasma o el ángel del hogar. La obra de Enrique Gil y Carrasco

¹⁰⁷ García Montero, Luis: *El sexto...o. c.*, p. 157.

condensa bien este proceso, porque el canto suave a la violeta coincide con la paulatina transformación en figura ideal de Beatriz, la protagonista del *El Señor de Bembibre*. La tuberculosis traduce en la palidez del cuerpo la represión de los sentimientos, depura en la materia el camino sin salida de la verdad interior. Beatriz acaba apareciendo así:

Su forma se parecía más y más a la de una sombra, y lo único que en ella iba quedando era el reflejo de aquel alma divina, que brillaba en sus ojos y la iluminaba interiormente. La enfermedad que la consumía, lejos de tomar en ella ningún carácter repugnante, parecía que realizaba su resignación angelical y su dulzura sin ejemplo”. Y no se olvida en el argumento dramático de la novela que este proceso tiene un sentido último de reparto y función social: “Así será, porque tal es la voluntad de mis padres, en un todo acorde con la mía propia”. La ternura celestial de Doña Blanca y Doña Beatriz marca los límites de un modelo femenino, representado por la buena madre, la casta esposa y la hija dócil¹⁰⁸.

Para Enrique Gil, abocado a un destino del que tuvo una clara conciencia fatalista desde su primera juventud, no será el mar azul la patria del viento; el imaginario lírico de sus héroes no desemboca en ese océano de libertad, sino en el lago cerrado de lo misterioso, en el lago esencial de lo que permanece escondido y que simbólicamente recorre el sol durante la travesía nocturna. No es ajeno el periplo de su vida, la geografía de sus afectos, la localización física de sus paisajes literarios a esa transposición del mar abierto de la libertad por el lago de aguas enjauladas donde sitúa la creencia popular, heredada de los mitos nórdicos, el país de los muertos. Un lago será el espejo definitivo en que contemplan el rostro de su prematura muerte los amantes, un lago sin cisne, «cisne sin lago, bardo sin historia», el que opondrá en su poema *A la memoria del General Torrijos*, no como patria de los hombres libres, sino «víctima inmortal de los esclavos»¹⁰⁹.

¹⁰⁸ García Montero, Luis: *Gigante y extraño. Las Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer*. Tusquets Editores, Barcelona, 2001, pp. 39-40.

¹⁰⁹ *A la memoria del General Torrijos*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, *Poesía*, p. 197.

12. Una parábola de la modernidad: *El Señor de Bembibre*.

A diferencia de los autores de novelas históricas, que lo que pretenden es recrear en su tiempo sucesos y personajes de etapas pasadas, la obra de Gil y Carrasco persigue otros objetivos:

La intención sentimental es más importante que la puramente histórica, pero la historia tiene, sin embargo, una importancia grande. Son hechos políticos que influyen poderosamente sobre los destinos de los protagonistas, crean la trama de la novela y dan al fin al conjunto, por la grandeza apocalíptica de la caída del Temple, gran parte de la intensidad dramática. La historia es, pues, para E. Gil, un elemento esencial, la armazón de la novela que no podría existir sin ella. Pero es más. Escribe E. Gil, en varios artículos, que la historia ha de ser una lección para los contemporáneos. Es probable que pensara en esto al escribir su novela y que quisiera dar a sus lectores una lección. Lección política ante todo y, por fuerza, la contemplación de hechos del siglo XIV ha de provocar una comparación con otros del siglo XIX (...)¹¹⁰.

Por ello, aunque los acontecimientos históricos que se desarrollan en la novela son reales, sus personajes, especialmente don Álvaro y doña Beatriz, son modelos sociales cuyas conductas reflejan perfectamente a los que conocía Gil y Carrasco. Arrastrado por el vendaval de los acontecimientos hacia el interior de su vida, la novela de Enrique Gil será la exteriorización sentimental de un acto de videncia, lo que el novelista escenifica es lo que el ciudadano sobre su propia vida profetiza, la puesta en escena de una conjetura personal que halla dimensión histórica en el paisaje crítico del tiempo y en el marco naturalista de su memoria sublimada. La brevedad, la relación dialéctica entre el tiempo y la nada, el temor a la muerte, contagiarán cada párrafo de la historia de lo contado con el correlato verosímil de los recuerdos de lo vivido. De ahí el presentimiento y la prolongación de su sombra sobre el conjunto indisoluble de su vida y su obra.

La historia novelesca es aparentemente sencilla, una pasión amorosa entre dos personajes, una dama, Beatriz, hija única de Don Alonso Ossorio, y el joven caballero Don Álvaro Yáñez, señor de Bembibre y

¹¹⁰ Picoche, pp. 27-28.

sobrino de Don Rodrigo, maestre del Temple en Castilla. Ambos, prometidos desde niños, se enfrentarán a lo previsible de todo destino romántico: la agónica crisis de la felicidad, la fisura del temor que parte en dos la seguridad que anhela el corazón de los amantes. Junto a las leyes que dicta el orden íntimo de la naturaleza madruga también la tempestad que las subvierte: aparece un tercer personaje, terco como oscura tormenta en los horizontes del paisaje, el Conde de Lemos, radical y poderoso enemigo de los Templarios.

El triángulo de la peripecia amorosa deviene entonces en escenario mayor para otras intrigas, la lucha por el poder temporal, el acomodo de los intereses de clase que llevan al padre de Beatriz a favorecer la relación de esta con el nuevo pretendiente. Beatriz, poética y sentimental, no desplazará el cauce de su pasión del curso de sus sueños, ama a Don Álvaro, y al cultivo obsesivo de esa relación metafísica consagra la responsabilidad de su persona. Ama, y fuera de ese amor no existe.

Cercada por el poder paterno, enclaustrada, melancólica y enferma, la avencia de su conciencia comenzará el canto con el que se despiden del porvenir las criaturas sin otro oficio que el de la contemplación de su espíritu en los húmedos espejos de la tierra, ese azogue que al fondo de la tumba abierta del aire será un permanente recordatorio del barro primordial de los orígenes.

Es la tierra, la ondulación melódica de las estaciones cíclicas del alma, la esperanzada primavera, las jubilosas luces del verano, el tacto presentido de lo que pudrirá el otoño, la voraz invierno de lo blanco, todo lo que ante el contradictorio paisaje de lo vivo se sobrepone con su existencia a la duración de los hombres; un paisaje, el paisaje naturalista que por voluntad intrínseca al relato adquirirá protagonismo y rol de personaje abstracto; un paisaje que «llegará en muchos momentos a absorber a los personajes y a la peripecia, para ocupar el primer plano de la narración»¹¹¹.

El paisaje se hace entonces en la obra de Enrique Gil persona, multitud coral que acompañará con su rumor de antífona, de voz que responde a la peripecia de los amadores imposibles. Moribunda, la madre de Beatriz le pide a la doncella-heroína ceder en su rechazo al Conde. La intriga entra en juego y pacta en el equívoco la complejidad del supuesto drama: la

¹¹¹ Gil, Ildefonso Manuel (edición, prólogo y notas): *El Señor de Bembibre*. Editorial Ebro, Zaragoza, 1970, p. 11.

aparente muerte de Don Álvaro, en realidad cautivo de su rival el Conde de Lemos, la impulsa a resignarse ante el destino adverso aceptando a este por esposo. La trama lejos de cerrarse se expande de nuevo hacia la ilusión; la pronta viudez de Beatriz abre las puertas al azar del aplazado deseo, el feliz reencuentro... Pero la tragedia ha tendido ya su red mortal sobre los protagonistas, hundida la Orden del Temple, ahogada la flauta de la vida por el desengaño, asfixiado por la ambición y la codicia el tiempo de la joven inocencia, los peores presentimientos se precipitan sobre lo real como una fatalidad cósmica, los amantes unidos en matrimonio *in articulo mortis* ya no asistirán sino a la víspera de las galas de lo difunto. Muere Beatriz, Don Álvaro se desvanece con su pesar en el horizonte de la bruma y desde la recogida soledad de un convento aguardará, cercano a la tumba de su esposa, el encuentro que en lo eterno ya solo resolverá el misterio inescrutable de la muerte.

Pero la historia de lo sugerido tras la anécdota de lo contado no ha hecho más que comenzar; *El Señor de Bembibre*, se abre tras su última escena a la auténtica dimensión de lo que toda obra de arte significa más allá de los límites textuales de su discurso de género. Enrique Gil ha escrito una novela, pero no ha escrito solo una novela. Su salvación en la literatura responde a la voluntad de un proyecto espiritual, un trasunto de su propia vida transferido en clave estética a un texto poemático, a un alegato contra la arbitrariedad social que se interpone entre las personas y la conducta moral que dicta el cielo: «Dulce es soñar si en libertad soñamos». El sueño de la vida de Enrique Gil buscará su dulce eco entre las páginas de *El Señor de Bembibre*; aquello que en el ayer cegaba las expectativas familiares en la geografía natal del marquesado de Villafranca del Bierzo, las supuestas intrigas políticas, las bambalinas del esplendor y la pobreza, la desamortización de bienes de las comunidades religiosas bajo Mendizábal que llevaban a la ruina la belleza arquitectónica de los templos, los transtierros y naufragios sociales, la decadencia de las instituciones, el cruce incompatible entre los intereses públicos y la medra de lo privado, la irresoluble memoria de los amores juveniles, la precoz aparición de los espectros de la enfermedad negando la confianza en el futuro, la camaradería y la amistad como valores vinculados a la idea de un bien sagrado, la naturaleza concebida en términos de un panteísmo animista, el pasado como fuente de experiencia dialéctica para entender la progresión ideológica del pensamiento futuro, hallarán ahora su imagen recíproca en el

imaginario de la historia medieval de Beatriz y Don Álvaro, a los que su creador verá morir como, impertérrito, ha visto morir antes a su amada y a sus amigos.

La mano que escribe *El Señor de Bembibre* es la mano de un poeta, porque poeta es el que devuelve, interiorizada, la experiencia que del mundo tiene, al lenguaje articulado que no ha tenido el mundo de esa experiencia. Sus palabras significarán no solo por lo que significan, sino por la voluntad de lo que contrariamente velan y ocultan, emancipadas de su primera conducta de saber. Bajo el texto dormido de Enrique Gil late un ángel despierto, el sabor de la bilis negra de su melancolía liba sentido en otros panales del significado cuando lo triste se reconvierte en facultad de la inteligencia y del recuerdo de lo muerto renace la poética como acto de resistencia al fracaso.

Si cada uno sufre su propio destino como escribió Virgilio, el de Enrique Gil no sería otro que el de una constante fuga del pesimismo. Un pesimismo filosófico vinculado a la idea de imperfección de los procesos sociales ante la armonía de la naturaleza. De ahí la constante oposición entre el decorado naturalista, siempre salvífico, siempre reversible, y el determinismo escatológico de la historia política y su fatalidad contingente.

La Europa medieval, escribió Geral Hodgett, ha sido calificada como «la Europa del latín y del caballo»; a partir del siglo XV ya no fue la «Europa del latín», aunque siguió siendo hasta el siglo XIX «la Europa del caballo». Esa nostalgia, esa sublevación del ánimo contra lo irremediable del poder que cambia el curso de la civilización de la historia para convertirlo en una sucesión de actos de fuerza, será el primer atisbo de conciencia que heredaremos de las páginas de *El Señor de Bembibre*. Más aún, con la muerte de Beatriz y Don Álvaro desaparecerá también, metafóricamente, la Edad del Otoño, el concepto de la desgracia medieval, la avidez por la vida como deseo vehemente de un único bien, la oscuridad final de la miseria ante la fábrica feudal de los privilegios, allí donde amos y señores, vasallos y plebeyos, antorchas y campanas son bajo el sol de un mismo y áspero cielo, bajo el desnudo miedo al juicio de los astros en que se unen órdenes y gremios, el destino de una sola condición común: la de ser súbditos de una obligada semejanza en los osarios de la muerte.

El romanticismo amó la muerte frente a la tibia mediocridad del conservarse neoclásico (...) y cultivó la tristeza y la melancolía como una vía de generosidad y desprendimiento. No era solo un

gesto, porque muchos aprendieron a morir jóvenes. Fue un aprendizaje intenso, experimentado individualmente, hasta hacer del romanticismo español una etapa breve (porque también la vida lo es). Abriéndose a una vida que el neoclásico desconoció, no habitaron preceptos ajenos (la experiencia es solo del que la sufre) y levantaron su yo contra la rutina. En *El Artista* (que inició su andadura en 1835) se declaraba, como manifiesto, que los jóvenes eran románticos y que eran “mortales enemigos de los partidarios de la rutina”. Quería decirse también que, en libertad, podían desplazarse de una época o a unos héroes del pasado, pero recuperándolos para una actualidad y haciéndose en ellos protagonistas de sí mismos. Ocupar, en su ansia de vida, un tiempo extenso que la propia cronología no les concedía. Y hallaron la novela como *tiempo* de vida frente a la *teoría* teatral¹¹².

No otro parece haber sido, en la exactitud de todos sus términos, la voluntad real y la consecuencia literaria de Enrique Gil y Carrasco.

Hay un llanto contenido en la Edad Media, las lágrimas de un permanente duelo en espera del juicio final, hay tendencia manifiesta a la veneración de cuanto exalte la fantasía, y hay también desconfianza de futuro. El medioevo, como primera edad antigua del romanticismo, será pasión de lo extremo, vehemencia de contrastes, ingenuo suspiro, pecado de codicia y epidemia. Enrique Gil no se equivoca al elegir el espacio temporal de sus héroes, fantasmas de su propia conciencia; en sus pensamientos, actos, y temores morales, básicamente todos los personajes, –pero en especial, don Álvaro y doña Beatriz–, responden a hombres y mujeres del siglo XIX, en vez de a personajes por entero del siglo XIV. Pero el que este recurso de traslación de personalidades de una época hacia otra tenga resultados positivos, se debe a que en gran medida, ese período del siglo XIX español y lo que anteriormente aconteció en torno al siglo XIV, no dista tanto de estar emparentado en hechos y situaciones emocionales por encima del tiempo. La semejanza en las «situaciones históricas externas» al «mundo emocional interno» de los personajes, sirve de perfecta argamasa para unir con firmeza y naturalidad, dos tiempos históricos diferentes, pero ambos con importantes puntos en común.

Ejemplo de ello será el paralelismo respecto a los problemas sucesorios surgidos en España en sendas épocas: en la historia medieval real, durante

¹¹² Prieto, Antonio: *El señor... o. c.*, p. 10.

el siglo XIV tuvo lugar el hecho de que el rey Fernando IV¹¹³, dejase reinar en su nombre a su madre, debido a su joven edad. Sustancial paralelismo tendrá con ello lo acaecido ya en el siglo XIX, donde la reina María Cristina tiene que reinar en lugar de su hija, futura Isabel II, por ser esta menor de edad. Pero no solo finalizan aquí los aspectos históricos en que traban sus mimbres ambos períodos reales de la historia de España. Como ya se ha dicho, durante el siglo XIV tuvo lugar la persecución y disolución de la Orden del Temple, cuyos cuantiosos bienes fueron confiscados por el Papa y diferentes monarcas europeos. De nuevo, el prisma de la historia del siglo XIX español permite adivinar temas colindantes con lo ocurrido en torno a los Templarios, pues será durante el gobierno de la regencia de María Cristina cuando se lleve a cabo la desamortización de Mendizábal, decreto por el que serán cuestionadas todas las órdenes religiosas y confiscados muchos de sus bienes. Como telón de fondo respecto a la escena histórica española, ambos sucesos políticos se desarrollan en medio de una guerra civil. En la historia real medieval, la guerra civil sucede entre los partidarios del poder real y los defensores de los intereses feudales, mientras que en la etapa romántica, la guerra civil estará protagonizada por absolutistas y liberales, o lo que es lo mismo, entre carlistas y cristinos. Por si fuese poca coincidencia, queda como colofón un factor de suma importancia y que, a diferencia de los anteriores aspectos, tiene su origen en un marco de referencia histórico externo al español, pero localizado en un mismo espacio con personalidad geográfica y política, Francia.

Tanto en el siglo XIX como durante la persecución de los Templarios

¹¹³ Felipe IV *el Hermoso* nació en Fontainebleau en 1268, y moriría en la misma ciudad en 1314. Fue rey de Francia de 1285 a 1314 y de Navarra, con el nombre de Felipe I, de 1284 a 1305. Hijo de Felipe III el Atrevido y de Isabel de Aragón, fue nombrado en 1276 sucesor al trono de Francia. Desde sus inicios como monarca se mantuvo en guerra con la Inglaterra de Eduardo, y posteriormente en Flandes, con la casa del conde Gui de Dampierre. Con el papa Bonifacio VIII también estuvo enfrentado a causa de la imposición al clero. A la muerte del pontífice, poco después de ser retenido en Anagni por los partidarios del monarca, fue sucedido por Clemente V, quien decidió trasladar la corte pontificia en 1309 a la ciudad de Aviñón. Respaldo por el nuevo Papa, Felipe IV acometió un proceso general contra la Orden del Temple en 1307, el cual culminaría con la total supresión de la Orden en 1312, y confiscando parte de los bienes templarios a favor de la Corona. Bajo su reinado se convocaron por primera vez los Estados Generales, oponiéndose al poder de los señores feudales para fortalecer el poder y la autoridad real.

en el siglo XIV, Francia es una de las piezas que genera una fuerza centrífuga importantísima hacia la historia de España. Durante la persecución decretada contra los Templarios por el papa Clemente V, Francia fue quien alentó y propició tal empresa, debido al interés del monarca francés Felipe *el Hermoso* por finalizar con el poder templario. El inicio del encarcelamiento y juicio contra la Orden del Temple se llevó a cabo en territorio francés, pero posteriormente se exportó hacia España, a pesar de las diferencias de diverso orden. Al hilo de este punto interpretativo, no debe de escapar el análisis de época, ya que durante el período de las «guerras carlistas», el rey francés, Luis Felipe I¹¹⁴, es un importante e interesado observador de los acontecimientos que se desarrollan en su país vecino, España.

Son muchas las razones que hacen pensar que Gil y Carrasco escribiese *El Señor de Bembibre* con la intención de crear, de una manera convincente, una novela que tuviese la capacidad de provocar la reflexión entre sus coetáneos, reflejando hechos y acontecimientos que sirviesen de memoria evocadora para los hombres que en ese momento estaban viviendo los acontecimientos de la España de aquella primera mitad del siglo XIX. No son Beatriz y don Álvaro meros anhelos de una insatisfecha pasión erótica, ni es ese el centro de gravedad de la novela de Enrique Gil; no es el desenlace feliz que nunca ha de llegar el armazón que sostiene el suspense narrativo de su novela, sino la constatación de lo trágico como discurso complejo de lo social. Es, y he ahí su modernidad, el rol de la mujer, el sometimiento a la sanción de la autoridad familiar, la estigmatización de sus deseos en la escenografía ideológica de las licencias de época la que determinará comportamientos y actitudes; son las placas tectónicas del poder colisionando en el epicentro de los sentimientos humanos, la dignidad de las personas extraviadas en el laberinto que

¹¹⁴ Luis Felipe I nació en París en 1773, y murió en Clamart, Gran Bretaña, en 1837. Fue rey de Francia de 1830 a 1837. Como monarca se le puede considerar un poco atípico por los datos que arroja su biografía. Durante la Revolución Francesa perteneció al Club de los Jacobinos. En 1793 se exilió en Suiza para volver a Francia con Luis XVIII, quien le desterraría por mantener relaciones con grupos liberales. La revolución de 1830 le nombró rey de Francia, jurando y apoyando una nueva Constitución en la que favoreció a las clases burguesas. Acechado por numerosas conspiraciones de toda índole: legitimistas, republicanos, y bonapartistas; siempre se negó a restaurar la saga borbónica. Fue obligado a abdicar a favor del conde de París en 1837, en medio de una gran crisis social y económica.

diseñan los intereses políticos, los pactos de clase, las componendas espurias, lo que se refleja como un panorama ensombrecido en su obra.

Si la pasión amorosa representa por antonomasia la plenitud, serán las leyes de los hombres contra la aspiración de su intimidad las que yugulen el espacio de lo dichoso enmudeciendo las voces del cuerpo. Cuando la normativa sociológica hace imposible la desobediencia aún le queda un recurso a la persona simbólica de la libertad: la imaginación del placer, la revuelta liberadora de los sentidos que exalta el deseo. Deseo, conocimiento, aspiración de disfrute, posesión anhelante, será la brújula sin norte de la breve navegación por la soledad de la vida de Enrique Gil; deseo no consumado, exaltación amorosa contra los acantilados sin mar de las tierras del Bierzo serán las coordenadas del naufragio vital de Beatriz y Don Álvaro, varados en la niebla, cuerpos sin olor ni tacto, emancipados de sexualidad pero envenenados de amargura platónica.

El discurso amoroso, escribió Octavio Paz, es el discurso de una extrema soledad, y soledad amorosa es el discurso que subyace bajo la capa narrativa de *El Señor de Bembibre*. La radical soledad de los enamorados, pero también la soledad herrumbrosa de los cuerpos frente a la corrosión del poder: el crimen, la mentira, la calumnia, la traición, el dinero, la doble moral, lo mezquino e indigno, el oportunismo y los innumerables rostros bifrontes de lo despreciable. Esa será la geografía sentimental elegida por Enrique Gil para la construcción de su recinto escénico, el teatrillo donde el juego de sombras de sus manos proyectarán, casi sin pretenderlo, la más alta novela poemática del romanticismo español.

Nadie puede seguir el vuelo de los pájaros solitarios, lejos de la bandada todo desplazamiento es huida hacia el centro extraviado de lo desconocido, excavación sin rumbo en el aire, intimidad secreta. En *El Señor de Bembibre* Enrique Gil tal vez resuelve cuanto de enigma tienen los desconocidos fragmentos de su vida. La novela es él, pero él es el reflejo de una época que a su vez se refleja en otra. Sus opciones personales hallan continuidad en lo cifrado por el texto narrativo, y lo que es en origen individual adquiere grandeza colectiva, universalidad, en suma. Tal transferencia de discursos evidencia lo biográfico sin que esto devenga en anécdota intrascendente. Si todo dolor humano es estrictamente semejante a otro dolor humano, el autor berciano logrará elevar la condición de un sufrimiento individual a la categoría moralizante de una resistencia colectiva contra el sufrimiento anónimo.

Enrique Gil se posiciona críticamente frente al poder temporal, religioso y político, y lo hace situando los peones de su partida, Beatriz y Don Álvaro, en el tablero donde pueblo y nobleza, clero y señores feudales, avanzan y retroceden por las casillas de la historia según la estrategia que determinan las órdenes religiosas frente al control del modelo civilizador de la Iglesia. El ajedrez de la guerra no es gratuito, la fuerza que ejerce el acontecimiento real de la supresión de la Orden del Temple a lo largo de toda la narración, será a su vez, desde el punto de vista argumental, el hecho histórico más importante que sustente a los personajes y sus actitudes; un punto de vista que puede servirnos para saber cómo comprendía y se posicionaba Gil y Carrasco ante un símil de su época, como fue el que supuso la desamortización de Mendizábal.

Aunque la historia de las Ordenes Militares fue un tema que siempre pareció interesar a Gil y Carrasco, habría que tener en consideración la posibilidad interpretativa que plantea Picoche cuando dice:

Es notable que manifiesta E. Gil grandísimo interés hacia las órdenes caballerescas. Su artículo “San Marcos de León” es un elogio de la Orden de Santiago. Su novela *El Lago de Carucedo* lo es, en gran parte, de la de Calatrava, y es evidente que veía en el ideal caballeresco un medio de regeneración del alma española¹¹⁵.

La tesis de Picoche redundante en acercar la obra de *El Señor de Bembibre* a la corriente de intención interpretativa de los historiadores de inspiración cristiana, en la que se contempla a los templarios castellanos como inocentes y solamente culpables de su propio orgullo, frente a la culpabilidad de los templarios franceses ante los cargos de herejía, idolatría y sodomía:

La impresión general al leer *El Señor de Bembibre*, es que E. Gil justifica la Orden del Temple. En realidad, su posición es más compleja. Si uno se atiene a varios escritos exteriores a la novela, se da cuenta de que, por una parte, los Templarios son un ejemplo de hidalguía y valor que no excluyó un fin decadente¹¹⁶.

Pero el interés que manifiesta Gil y Carrasco por la Orden del Temple, no solamente debe de encontrarse en esa aparente atracción personal del autor por lo que el tema lleva implícito de elementos misteriosos, épicos, e

¹¹⁵ Picoche, p. 29.

¹¹⁶ Picoche, p. 30.

incluso exóticos. En *El Señor de Bembibre* hay luchas de dominio, enfrentamientos por la administración de un territorio que más allá de su importancia como acontecimientos históricos refuerzan ahora otra línea posible de lectura, aquella que nos muestra su concepción del mundo, un sistema de valores regido por la tendencia al equilibrio, muchas veces contradictorio, mas nunca ambiguo.

Siendo como es la novela de Enrique Gil un mero acto imaginario, o sea una obra enteramente original y de ficción, la defensa de ciertos ideales que encierra un discurso moralizante tendrían más que ver con la intención reflexiva de establecer un marco referencial de valores, que con el afán apologético de exaltar como paradigma estructuras sociales, religiosas y políticas ya periclitadas. Si su equidad intelectual lo lleva a pensar «que sin la providencial organización del catolicismo, el caos de la Edad Media se hubiera prolongado indefinidamente y que en el altar se encendían las luces que iban guiando al mundo por la obstruida senda del progreso (...) Los monasterios fueron centros de su resurrección moral y material; a su sombra se alzaron los pueblos, a su impulso se desmontaron los bosques, se abrieron caminos, se cruzaron ríos y se animaron los desiertos»¹¹⁷, no es por su más que dudoso talante católico, sino por una religiosidad de otro signo, la «labor moderna» de un «hombre moderno» en su tiempo, la de un hombre con vocación de futuro, pero respetuoso y fiel valedor de los aspectos positivos que nos lega el pasado.

Aún siendo sostenible su probable adscripción a algún tipo de saber iniciático, tan en boga en esos años –recordemos que su íntimo amigo y protector Espronceda era un incansable activista a favor de la masonería, y masones lo fueron también Martínez de la Rosa, Mesonero Romanos, el Duque de Rivas, Moratín, Larra y tantos otros e influyentes personajes del entorno literario y políticamente liberal de Enrique–, lo que no pareciera concitar dudas es la proximidad temática, en términos de “subjetividad cientifista” que han vinculado históricamente a la masonería con la Orden del Temple, lo que nos ofrece la posibilidad de una nueva mirada interpretativa sobre la alegoría subyacente en *El Señor de Bembibre*. Todo saber iniciático tiene sus propios medios de transmisión, que aunque velados emergerán en otros planos de la significación del discurso. Desde luego decir que hay incompatibilidad entre la fe cristiana y la masonería es

¹¹⁷ BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen III, *Viaje a una provincia del interior*, p. 52 .

un error, y perfectamente una condición no refuta ideológicamente a la que le subsigue, y ese pareciera ser el talante que anima alguno de los párrafos del pensamiento crítico de Gil y Carrasco.

Ya en los *Antiguos Reglamentos* del movimiento masónico, cuyos orígenes se remontan a principios del siglo XV, se señala la influencia de tradición medieval que la vincula a la construcción del Templo de Salomón. Muchos de los símbolos, ritos y conocimientos exotéricos que se trasvasarán de la Orden de caballeros templarios al compañerismo de corriente masónica que, vinculado a la construcción de edificaciones religiosas, establecerá en la Edad Media la jerarquía básica de su causa trascendente. La vinculación entre los templarios y la masonería operativa medieval se traducirá en un lenguaje simbólico, en alegorías de corte platónico, en interpretación del “lenguaje de los pájaros”, y una constante reivindicación del pensamiento de los antepasados como geometría de la creación de Dios. Salomón y la sabiduría, la fe popular, la tendencia a un simbolismo constructivo, serán huellas perfectamente detectables en la concepción mística que Enrique Gil tiene de la naturaleza y que opondrá con insistencia a la perspectiva ultra materialista desacralizadora de lo ancestral apostando, sin ambages, por la restauración de un ideal de libertad y el gobierno autónomo, moral e intelectual, del individuo.

La masonería y su «colegio invisible» no será ajena al fundamento ilustrado en que refuerza Enrique su opción por la temática templaria cuyas vicisitudes históricas, los procesos de persecución y disolución de la Orden del Temple también encontrarán su paralelismo en otros hechos, como cuando la francmasonería, que nunca había puesto en tela de juicio su vinculación con los templarios, vio en 1739, cómo el cardenal Firrao, secretario de los Estados Pontificios, prohibía las reuniones masónicas y condenaba a muerte a los masones ordenando la demolición de sus viviendas. En España, y a pesar del auge e influencia política que tendría la masonería durante las diferentes legislaturas del Trienio Liberal, recordemos que hasta un cuarto de la cámara parlamentaria y veintiuno de los setenta y seis ministros que desempeñaron sus cargos entre marzo de 1820 y el 30 de septiembre de 1823 eran miembros declarados de alguna logia masónica, sufrirá inmediata persecución y represalia durante los sucesivos gobiernos de Fernando VII que el 1 de agosto de 1824 promulgará un decreto de prohibición de todas las sociedades secretas, contemplando como castigo la pena máxima que habría de conducir al

patíbulo, en vergonzante retroceso histórico, a varios de sus miembros. No sería hasta finalizada la Década Ominosa, muerto el reyzeuelo en 1833, cuando la masonería podrá rearticular su presencia, no exenta de dificultades, en la sociedad española.

Hacia finales de 1840 se formará un Gran Oriente que relacionado con logias francesas y británicas adoptará el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, y cuya presencia efectiva se verá de algún modo normalizada con la firma de sus estatutos en la primavera de 1843. Enrique Gil debió conocer de primera mano estos sucesos, que, a pesar del secreto y la cautelosa ocultación con que se ha de seguir desarrollando la actividad francmasónica hasta su resurgimiento tras la Revolución de 1868, dejarán su huella, como una señal para iniciados, en las páginas de *El Señor de Bembibre*, precisamente en aquellas que muchas veces censuradas en su particular referencia, cuando no literalmente suprimidas en su integridad en tantas ediciones posteriores de la obra, refieren, en reflexión ciertamente extemporánea al texto novelesco, cómo «algunos ritos que se observan en las modernas sociedades secretas, sobre todo en la admisión de socios, se dicen derivados de los Templarios», y que de manera tan explícita refieren a lo largo del emblemático capítulo XXII de la novela el ritual de ingreso en la Orden del Temple, en una mera trasposición literaria y simbólica del rito de iniciación operante en las logias masónicas del siglo XIX. No será este dato una mera anécdota circunstancial o extraña al tema que nos ocupa; la favorable acogida que como hemos visto tuvo en los altos círculos prusianos la persona y obra de Enrique Gil, bien pudiera guardar relación con otros perceptibles vínculos de clave masónica y pensamiento especulativo.

El gran impulso que a partir de 1840 experimenta la masonería en Alemania parte de un hecho decisivo, la reunión que el día 28 de diciembre de 1839 con el fin de fundar una nueva sociedad celebran los maestros de las tres Grandes Logias junto a un considerable número de influyentes personajes, entre los que se encuentra el banquero judío Mendhelssohn, que luego sería amigo de Enrique Gil, como pórtico al anuncio que en sesión extraordinaria se hará público unos meses después: la autorización del rey Federico Guillermo III para que su hijo el príncipe Guillermo de Prusia sea iniciado masón, ingreso que tras los buenos oficios del barón Humboldt, buen artífice de los complejos entramados que imponen al monarca la condición de no formar parte de una logia especial, y sí de

todas las de los Estados prusianos, se hará efectivo el 22 de mayo de 1840 en el Templo de la Gran Logia Nacional de Alemania.

El enigmático camino que conduce desde su recomendación de origen a Enrique Gil y Carrasco ante la corte prusiana pareciera irse aclarando; la manifiesta y positiva afectividad de Humboldt hacia Enrique, la facilidad de sus relaciones en los altos círculos de influencia económica y política del joven escritor, serán abiertas con otra llave, la «llave» que símbolo del silencio y de la importancia de las antiguas tradiciones tanta importancia encierran como clave de significación masónica. No es de extrañar, entonces, el interés de Guillermo IV por el tema templario¹¹⁸ y la alimentación espiritual que subyace en la novela de Enrique Gil como búsqueda y saber de otro conocimiento menos explícito y para nada atendido, cuando no intencionadamente descuidado, en el estudio de su obra.

Contemplando la historia de ficción que sirve de telón de fondo a la trama sentimental de *El Señor de Bembibre*, observaremos que los intereses, reacciones y valores de la personalidad de cada uno de los personajes son efectivamente mero producto de un acto imaginario, pero en otro nivel de lectura bien podrían ser el trasfondo argumental de otro y muy distinto discurso moralizante; un juicio, por paralelismo, a la realidad histórica que se vivía en esos momentos en España. Masón era el desamortizador Mendizábal, y contradictorios en la opinión de Enrique, como de tantos otros liberales, los resultados de su reforma; rectitud y bondad, aunque equivocadas, las actitudes en su novela de Rodrigo Yáñez, maestro del Temple.

Lo que hace Enrique Gil y Carrasco, más que defender la Orden del Temple, es resaltar los valores positivos que en esa religiosidad se encierran. No debemos olvidar que Gil y Carrasco estaba muy sensibilizado y conocía de cerca la problemática eclesiástica, no solo por haberse educado en

¹¹⁸ Aún hoy en día, la Gran Logia de Inglaterra, principal obediencia de la masonería universal, sigue considerando la tradición templaria como la más venerada esencia de sus rituales, así como el Rito Escocés Rectificado, quizá una de las últimas manifestaciones del templarismo masónico, que tiene su origen en la Estricta Observancia Templaria del barón Karl Von Hund, gran señor de Lipse, tras la que al parecer se encontraría la tradición del Caballero d'Aumont que huyera a Escocia en los tiempos de la persecución y que luego tendría una especial acogida entre la masonería alemana; tradiciones cuya continuidad es ininterrumpida y pervive con interés hasta el presente.

centros religiosos y por pertenecer a una familia creyente, conservadora y practicante, sino también por sus lazos familiares, pues un tío suyo por vía paterna, don Buenaventura Gil, sacerdote, hermano de don Juan, se vio afectado por las consecuencias de la desamortización de 1820, siendo expulsado del monasterio benedictino de Sopenetrán, y pasando a integrar el número de miembros en la casa familiar de los Gil en Ponferrada.

Esta conciencia en algún modo reivindicativa a favor las órdenes religiosas, ya se encuentra reflejada en su obra anterior a *El Señor de Bembibre*, y habría que situarla en una perspectiva más laica que confesional, es decir en el reconocimiento positivo que el autor hacía, desde presupuestos liberales, de la labor educativa, trasmisión del legado cultural y conservación de la herencia artística. Esa defensa sopesada de la labor monástica, hay que entenderla, también, como una labor pionera del espíritu «conservacionista» del patrimonio arquitectónico y que no sería una pasión aislada, sin lógica ni fundamento, pues al igual que él, Larra y Espronceda en España también llamaron la atención sobre los constantes deterioros y demoliciones de monumentos y obras de arte, como ya venían denunciándolo en Francia, Victor Hugo y Montalembert.

13. Certeza y soledad: personajes y novedad narrativa

La obra novelística de Gil y Carrasco se distinguirá de la de los posteriores autores románticos que cultivaron dicho género por ser, en lo fundamental, una producción que surge en la escena literaria española como auténtica obra romántica, y no tanto por su inserción en el estereotipo cronológico medieval como por lo que en ella hay de actitud artística netamente romántica. Aunque son reconocibles para los estudiosos las influencias de otros autores, como es el caso de Chateaubriand y de Walter Scott, la diferencia principal que mantiene respecto a los autores que le precedieron en el ámbito de la producción literaria española, será el hecho de que Gil y Carrasco concibe su *Señor de Bembibre* ajeno a las plantillas que caracterizaban el repertorio de modelos preestablecidos del que se copian muchas de las obras de esa época.

La innovación que supone la técnica narrativa empleada, el distanciamiento entre tiempo histórico de la narración y tiempo del narrador, la elección del lenguaje como voz de un paisaje retóricamente intemporal, el intimismo subjetivo de lo novelesco frente a la fingida

objetividad de lo histórico, el recurso de simular la supuesta transcripción de un manuscrito frente al que el autor se sitúa como si fuese un mero lector, eso sí, cómplice e implicado como tal con sus observaciones y apostillas, le servirán a Enrique Gil para sustentar de manera verosímil todo su sistema narrativo dentro del ambiente histórico del medioevo, es decir, situándolo siempre en un segundo plano como fondo integrado al paisaje naturalista de sus descripciones.

La historia entre los amantes, doña Beatriz y don Álvaro, pasa así a un primer plano dominando con sus designios la escena y resolviendo con maestría lo novelesco, mientras la trama histórica queda como mero trasfondo ambiental de la intensa peripecia vital de los amantes. A ello habría que añadir lo que señala Picoche:

El escollo mayor que pueda encontrar un novelista es el período histórico demasiado rico, capaz de aplastar la ficción con su peso. Lo encontró E. Gil en su primera novela, *El Lago de Carucedo*, en que escogió el período de la guerra de Granada, y por eso quiso en su gran obra escoger el reinado de Fernando IV, período oscuro en el que sobresale tan solo el episodio grandioso de la caída del Temple. Así, tuvo las manos libres para colocar la parte puramente novelística en los blancos muy extensos que le dejaba la historia¹¹⁹.

Difícilmente podrá disociarse la vida y la obra de Gil y Carrasco, pues escasa distancia existirá entre una y otra. El tiempo a la vez agitado y cadencioso que le tocó vivir, con la muerte y renacimiento de tantos ideales, dejará su impronta en su horizonte biográfico y en las palabras que hacia el frente del porvenir representa toda obra literaria.

Todos sus personajes, al igual que él, se encuentran atrapados por un destino que pareciese irreconducible: unos, como doña Beatriz y don Álvaro, verán cómo su amor es impedido por normas sociales que no atienden a la órbita de las emociones ni a la lealtad de los sentimientos, sino a la voz exógena y fatalista de otra ley que se ven obligados a cumplir. El conde de Lemos y don Alonso de Ossorio, este último, padre de doña Beatriz, representarán la inmovilidad social que ejercen los intereses políticos y la tradición de aquellos que no están dispuestos a perder ninguno de sus privilegios; la injusticia que como un valor inverso

¹¹⁹ Picoche, p. 43.

padecerán, convertidos en meros transmisores de intereses ajenos, los protagonistas de la historia amorosa. Doña Blanca, madre de Beatriz, representa con su actitud pasiva y resignado sufrimiento ante el destino el modelo de conducta de época que desea imponer a su hija; don Álvaro Yáñez, maestro del Temple, se encontrará sujeto a la fiel obediencia a la orden que pertenece; los curiosos y fieles criados, sometidos en condición subalterna a los intereses de sus amos; vidas, sombras de otros, cenizas de quien no será dueño ni del propio fuego de su juego.

Lo que Gil y Carrasco intenta mostrar a través de sus personajes no es el personaje mismo, no el hombre y la mujer en su particular circunstancia de actor de unos hechos conforme al guión de las vicisitudes individuales, sino la humana dignidad de aquello que los impulsa y mueve, el “qué” filosófico que los habita y los hace reaccionar de una determinada forma; es el “qué” les apasiona o les preocupa en el fondo de sus almas, el “qué” de su condición de personas que da tutela y perfil psicológico de sus sentimientos. Por ello los diálogos entre los personajes, serán monólogos interiores que sacan a la luz a otra tercera persona, a la oculta criatura filosófica que comparte psiquis y duración, bondad y malicia, riesgo y fugacidad en el mapa interior de las acciones humanas, una metafísica de lo “otro” posible enfrentado como esperanza a las leyes físicas del universo.

Este psiquismo no se detendrá, sin embargo, únicamente en las acciones y reacciones humanas; son muchos otros los factores que intervienen como un refuerzo para manifestar los estados de ánimo, elementos discursivos y narrativos que otorgan a la historia una capacidad emotiva y sensorial que trasciende a los personajes mismos. Uno de ellos, por principal, será el recurso a la personificación encarnada en la naturaleza; la intensidad emotiva de un paisaje que contagia la variable intimidad de sus estaciones a los personajes, y que Enrique maneja con tal pericia que hoy podríamos denominar como precisa mirada filmica. Nos referimos no solo a la precisión descriptiva que desarrolla el autor, sino a lo creíble y asintiente del parecer naturalista con el parecer psicológico de los protagonistas, a su perfecta concordancia en los estados de ánimo y a su cómplice tensión retórica con la que subraya y conmueve las escenas álgidas del argumento y la trama. Diríase que el conjunto de la novela es el movimiento de un «todo natural», un tejido de pasiones y desgracias que cumplen en el lugar del «tiempo» la cronología exacta de su «destino».

Ese será el ritmo, el lento y pausado ritmo narrativo de *El Señor de Bembibre*, la partitura cadenciosa de su música íntima y la sugerencia de su aún más audible silencio. Lo abierto y lo cerrado, la voz del narrador que, como una llave inmaterial, nos permite el acceso al tiempo de la lentitud del mundo, al otoño de la Edad Media y la interioridad teatral de sus claustros cerrados donde hacia un más alto sueño conspira su refundación la primavera del amor romántico y su siempre insurgente anhelo de trascendencia.

No habrá que olvidar que Gil y Carrasco fue crítico de teatro y como tal conocía perfectamente los recursos de la dramaturgia que le han de servir, entre penumbras e iluminaciones, para formular las palabras de lo humano con el más persuasivo y conmovedor de los lenguajes: lo insinuado, lo que no dicho será oído como voz de otra presencia, la sombra de lo Absoluto y la búsqueda de la Verdad.

14. Nacimiento de la crisálida: trasfondo histórico real en *El Señor de Bembibre*

La Edad Media, uno de los contextos históricos de mayor importancia para Europa y en concreto para España, gestaría durante su largo periplo la actual realidad política de muchos de los países de nuestro entorno europeo y mediterráneo. Aunque con frecuencia se ofrezca una visión muy rígida de este período histórico, su evolución fue pausada y fértil en sucesos. La complejidad de su valoración en etapas posteriores, ha obligado a estudiosos y especialistas a desarrollar investigaciones pormenorizadas de lo que supusieron algunos de los acontecimientos acaecidos en el mundo de las ideas, de la cultura, de la política y organización social, para los hombres del medioevo.

Los hechos históricos reales que, como veíamos con anterioridad sirven de trasfondo a la historia que se narra en *El Señor de Bembibre*, podrían hacernos pensar que nos encontramos de alguna forma ante un intento de novela historicista. La realidad no es así y no es tampoco la novela trasunto de ninguna literalidad histórica. A pesar de ser, eminentemente, una historia de amor entre don Álvaro y doña Beatriz, *El Señor de Bembibre* no se escapará a la posibilidad de este análisis, pues Gil y Carrasco utilizó con tal exquisitez y precisión los datos historiográficos que nos suministra que estos, recreados en torno a los amantes, resultan tan verídicos y objetivables

como la propia historia subjetiva de amor. Difícilmente podrá el lector sustraerse al hechizo medievalista del relato; el increíble andamiaje que sostiene el contexto real de la novela hace que en esta se refleje, como si se tratase de un espejismo, su oculta capacidad de inversa metamorfosis: la realidad sirviéndose del romántico y trágico romance entre dos jóvenes; la crisálida del monstruo abriéndose en mariposa, lo gemebundo convirtiéndose en cántico de las criaturas «(...) como un libro a nuestros ojos, / (...) que solo nuestra demencia / pudo mostrarnos en él»¹²⁰.

Aunque los acontecimientos que se plasman en el relato no son abundantes, sí lo es la capacidad del autor para crear la atmósfera que los contempló, conocimiento que tiene Gil y Carrasco de los parajes del Bierzo y de Castilla. Otra respuesta a esta capacidad de aproximación a los sujetos históricos medievales la podemos suponer en las facilidades que tuvo Gil y Carrasco para consultar una abundante documentación al respecto, durante el tiempo que fue empleado de la Biblioteca Nacional. Pero a pesar de ello, como dice Picoche, en aras de despejar totalmente cualquier idea respecto a cierta inclinación erudita que hubiese podido albergar Gil y Carrasco en la escritura de *El Señor de Bembibre*: «Es notable que E. Gil utilizó exclusivamente documentos de segunda mano. En su tiempo, los novelistas históricos no hacían investigaciones personales en archivos»¹²¹.

Los hechos históricos reales sobre los que se apoya la novela, contados sucintamente son los siguientes: el reino de León, en el cual la implantación de la Orden del Temple era muy firme, toma una actitud de resistencia ante su posible desaparición. El envenenado caldo de cultivo contra la Orden ha surtido efecto y, con el rey Fernando IV, se encuentran alineados la Iglesia, la aristocracia y el pueblo en general, que ha hecho suyas las múltiples acusaciones que se hacen contra el Temple. Dentro de la Orden, las tendencias se dividen, y algunas de las facciones templarias abogan por ejercer una resistencia contra el rey y la Iglesia, lo que implica una mayor creencia en la idea de la victoria y en la posibilidad de crear un nuevo y único orden europeo bajo los credos y la organización del Temple. En Tordehumos se levantan en resistencia armada los Caballeros Templarios que, encabezados por don Juan Núñez de Lara y el infante don Juan, conseguirán un acuerdo honroso a favor de la Orden. Pero la decisión eclesiástica es contundente, el papa Clemente V ordena perseguir

¹²⁰ *La mariposa*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen I, *Poesía*, p. 116.

¹²¹ Picoche, p. 23.

y detener a todos los miembros de la Orden, quienes con una inicial resistencia al acatamiento papal terminan, por fin, aceptando su entrega y enjuiciamiento.

La Orden del Temple será juzgada, y gran parte de los Templarios españoles serán absueltos en el Juicio de Salamanca, como antesala de la total desaparición de la Orden en el concilio de Viena.

Básicamente, en términos reales, la cronología histórica de la novela, y la trama sentimental de la misma no coinciden. Mientras que la cronología de la ficción amorosa da comienzo en el mes de mayo de 1308 con el rapto de doña Beatriz, y finaliza en abril de 1309 con la muerte de la misma, lo que supone un año narrativo, no ocurre lo mismo con la cronología real de los acontecimientos históricos, los cuales se pueden dar por iniciados en octubre de 1307, con el arresto y encarcelamiento de los Templarios franceses por orden del rey Felipe *el Hermoso*, para finalizar entre 1311 o 1312, con la asistencia de don Alonso Ossorio, padre de doña Beatriz, a la sesión del concilio de Viena, por el que se suprime la Orden. Esta imprecisión se debe a que dicho concilio estuvo compuesto por dos sesiones, realizándose una primera en abril de 1311, y la segunda, en abril de 1312, no precisándose en el texto de *El Señor de Bembibre* a cuál de ellas asistió don Alonso Ossorio.

Cada tempo cronológico tiene y genera a sus personajes, y a lo largo del relato novelesco los cruzamientos entre los límites de la ficción y de la realidad serán constantes, como si se tratase de dos rejillas que de diferente calado dejasen filtrar con precisión ya unos hechos objetivos, ya su coartada para una existencia más verídica de los personajes reales o ficticios.

Entre los personajes históricos de primer orden que toman parte en la acción narrativa cabe destacar al infante don Juan, al último maestre de la Orden del Temple en Castilla, don Rodrigo Yáñez, al conde de Lemos, y a don Juan Núñez de Lara. En un segundo plano están el papa Clemente V, el rey Fernando IV de Castilla, el rey Dionisio I de Portugal, la reina madre María de Castilla, Jaime II de Aragón, y el rey de Francia Felipe *el Hermoso*. Como hecho anecdótico, entre los personajes reales secundarios hay que mencionar a Ben Simuel, médico judío de don Juan Núñez de Lara.

Todos ellos no aparecen a lo largo de la trama novelesca con igual forma e intensidad. Así, el infante don Juan es tratado con sumo realismo, mientras el conde de Lemos, don Pedro de Castro, solamente mantiene

como asidero real el nombre, pues todo lo concerniente a él es resultado de la invención de Gil y Carrasco. De don Juan Núñez de Lara, Gil y Carrasco utiliza su verdadera existencia histórica en la coincidencia cronológica entre la resistencia en Tordehumos y el inicio de las persecuciones en Castilla contra los templarios, a lo que añade aspectos de carácter al personaje sin alterar en esencia los hechos históricos. De don Rodrigo Yáñez, Maestre del Temple, se sabe poco a pesar de haber sido un personaje real, y en él se podría interpretar que refleja ciertos aspectos de carácter propios del Gran Maestre del Temple francés, Jacques de Molay.

Respecto a los personajes de ficción, Gil y Carrasco hace de ellos una utilización inspirada en otros que pudieron existir, o les dota de unos rasgos y los apoya en datos y sucesos, que, si bien son personajes imaginados y creados por el autor, toman un valor y una presencia cuasi reales, desde un punto de vista cómplice con el relato historicista. En esta dimensión entrarían don Álvaro Yáñez, Señor de Bembibre, y los personajes pertenecientes a la familia Ossorio.

Sobre el personaje de don Álvaro Yáñez, Señor de Bembibre, Picoche dice: «El nombre Álvaro se debe a la influencia del Duque de Rivas, mientras que Yáñez es apellido obligado por su supuesto parentesco con el maestre del Temple»¹²².

Respecto a la familia Ossorio, los personajes que se desarrollan al amparo de este ilustre apellido parecen responder a la proyección que pudo haber diseñado Enrique Gil y Carrasco, según Picoche, inspirándose y basándose en datos familiares concretos de algunos de los ancestros de Gil:

Ossorio, apellido de doña Beatriz y su padre don Alonso es el de una gran familia leonesa, lo que no impide que cubra en realidad otro apellido. Se trata probablemente del de Álvarez de Toledo. Según documentos fehacientes de esta familia, a la cual pertenece el marqués de Villafranca, se conoce que estuvo aliada con los Ossorio así como los Yáñez y Balboa, y bien se conoce que dichos apellidos figuran en la novela. Además varios Ossorio fueron señores de Canedo, pueblo muy vecino de Arganza. El feudo de Arganza estuvo además ligado hasta el siglo XV con el de Canedo y el palacio de Arganza perteneció hasta 1937 a la familia Álvarez de Toledo. Es probable, pues, que Gil escogió el apellido Ossorio para evitar la mención de una persona viva: el marqués de Villafranca. Don

¹²² Picoche, Jean-Louis: *El señor... o. c.*, p. 27.

Alonso Ossorio labró la desgracia de su hija, lo que hizo la marquesa de Villafranca, en 1823, con la familia de Gil.¹²³

A lo que se podría añadir alguna otra consideración:

La familia de Gil es también una gran familia leonesa y el autor no podía ignorarlo. Varios Gil estuvieron ligados con los Ossorio y se conoce, sobre todo, durante el reinado de Fernando IV, a una Isabel Ponce, hija de Sancha *Gil* de Braganza, y que casó con *don Pedro Fernández de Castro* el de la Guerra, homónimo y hermano del personaje de la novela. Además, se sabe que un Ruy *Gil* de Villalobos casó con una doña Teresa Álvarez¹²⁴.

15. La vereda cortada: inicio de la Edad Media en España

En términos generales, la Edad Media abarca aproximadamente desde el siglo VII hasta finales del siglo XV, dando paso a partir del siglo XVI a la Edad Moderna.

Los inicios de la Edad Media en España se pueden situar a partir del año 711, a raíz del desembarco en Tarifa de las tropas musulmanas encabezadas por Tariq ben Ziyad, quien venció en la batalla del río Guadalete o de la Janda al último rey visigodo, don Rodrigo. Dicha victoria estuvo propiciada por la traición gestada por el conde don Julián, quien deseaba vengarse de don Rodrigo, al que acusaba de haber violado a su hija.

Desde este mismo momento, la historia de la península Ibérica estará marcada por la rápida expansión de los nuevos conquistadores islámicos, y la caída y retroceso del poder visigodo.

La Edad Media española terminará por las armas al igual que empezó, dándose por finalizada con la reconquista de todos los territorios perdidos, y culminando en 1492 con la caída de Granada en manos cristianas.

La sociedad medieval estaba organizada de una forma jerárquica. En la cúspide de la pirámide social se encontraban el clero y la nobleza; inmediatamente después la burguesía, representada básicamente por pequeños terratenientes y comerciantes, y por último, la gran base social compuesta por el pueblo llano, el campesinado. «La Edad Media europea

¹²³ Picoche, Jean-Louis: *El señor... o. c.*, p. 26.

¹²⁴ Picoche, Jean-Louis: *El señor... o. c.*, p. 26.

empieza poniéndose a nivel de una rudimentaria sociedad agraria, que será la base de su economía y de su desenvolvimiento posterior. El régimen señorial que se establece en toda Europa, el feudalismo, tiene fundamentalmente esta base agraria»¹²⁵.

Enrique Gil nos habla de todo ello en su novela, y lo hace no desde la perspectiva del análisis histórico-social, sino desde la percepción clarividente que será característica de su visión poética. No pretende el escritor historiar la novela, pero sí novelar la historia. Cuando en las páginas de *El Señor de Bembibre* se nos refieren las marcas geográficas en las que transcurre la acción, la orografía de los valles y mesetas, las jurisdicciones y sus límites topográficos, estamos enfrentándonos también a nociones económico-jurídicas, administrativas y militares, es decir, a la estrategia geopolítica del mundo medieval. Sin nombrarlo explícitamente, Enrique Gil nos habla de dominios y sometimientos, de territorios físicos en los que Beatriz y Don Álvaro se sentirán atrapados y sin salida a merced de las luchas por el control de los territorios, vaivenes y vicisitudes no exentos, a pesar de su vinculación extemporánea, con los hechos de su propia época:

(...) los proyectos del conde de Lemos y las amarguras de doña Beatriz y de don Álvaro eran obra de aquellas manos, que así asesinaban en la cuna los niños inocentes como las esperanzas más santas y legítimas. Los templarios eran dueños de las entradas de Galicia por la parte del puerto de Piedrafita, Valdeorras, con los castillos de Cornatel y del Valcarce. Las fortalezas de Corullón, Ponferrada, Bembibre dominaban las llanuras más pingües del país, y por otra parte, si las casas de los Yánez y Osorio llegaban a enlazarse, sus numerosos vasallos montañeses de las fuentes del Boeza y del Burbia cerrarían gran porción de entradas y desfiladeros y harían casi inexpugnable la posición de la Orden en aquella comarca¹²⁶.

Individuo y sociedad, libertad y deber, son saetas que desde la tensa ballesta de lo medieval cruzarán la noche de la historia para caer en el corazón mismo del delirio romántico. Enrique Gil realizará una excavación por vía inversa, y como un arqueólogo sobre los materiales imaginarios de la memoria hallará las señales del futuro en los fragmentos del pasado. Si se

¹²⁵ Chueca Goitia, Fernando, *Breve historia del urbanismo*, Madrid, 1977, p. 87.

¹²⁶ Véase en esta edición p. 118.

excava una palabra, escribió Guido Ceronetti, se encuentra el dolor. Enrique Gil excava en las palabras del paisaje medieval, ese dolor anterior al hombre, para encontrar la respuesta oracular que no le da el presente.

El feudalismo es la principal característica social por la que se identifica a la Edad Media. Este tipo de sociedad era reconocido por el poder casi absoluto de la Iglesia sobre los usos y costumbres, y de la nobleza sobre los seres y bienes.

Desde el período de las invasiones, el desarrollo de la gran propiedad fue continuo. Las gracias que concedían los reyes a la Iglesia contribuyeron a su desarrollo, y lo mismo sucedió con el fervor religioso de la aristocracia. Los monasterios, que con tanta rapidez se habían multiplicado desde el siglo VII, recibieron numerosas donaciones de tierra. Por todas partes se mezclaban dominios eclesiásticos y laicos, englobando no solo los campos cultivados sino los bosques las landas y los terrenos incultos¹²⁷.

Los señores feudales comprendían el poder sobre sus territorios como algo propio, casi doméstico, donde la decisión total sobre cualquier acto o cosa era solamente responsabilidad de ellos. Por ello, los grupos inferiores en el escalafón social, únicamente cumplían una misión de mero vasallaje y ciega obediencia. El poder pasaba de padres a hijos, y la vida cotidiana estaba controlada por la Iglesia y los señores feudales. En este contexto, las mujeres eran consideradas seres inferiores y, dentro de la nobleza, su principal misión era la de entroncarse con reyes, príncipes y nobles que permitiesen crecer a la familia en poder y propiedades. Por ello, los matrimonios estaban ordenados y establecidos por los padres de las mujeres en edad casadera; incluso, el señor feudal podía ordenar el casamiento de la hija de cualquiera de sus vasallos con quién él desease, cuando la joven hubiese alcanzado los doce años de edad.

A lo largo de la Edad Media irían cambiando ciertas costumbres y obligaciones a cumplir por parte de las mujeres de alta alcurnia, reconociendo ciertos derechos a viudas y damas, en lo que se dio en llamar las Cortes de Amor¹²⁸.

¹²⁷ Pirenne, Henri: *Las ciudades de la Edad Media*. Alianza, Madrid, 2001, pp. 32-33.

¹²⁸ «En principio, una viuda estaba obligada a pagar las deudas contraídas por su difunto esposo, pero más tarde quedaron las viudas exentas de tal pago por medio de una ceremonia consistente en acompañar el día del sepelio al cadáver hasta la tumba, soltarse allí el ceñidor y dejarlo caer al suelo; tomar a continuación el manojo de llaves de la casa y arrojarlo dentro de la sepultura. Además, se le permitía llevarse de la mansión abandonada el mejor lecho, el mejor atuendo, y las joyas más valiosas, así como una cama para su doncella y un animal vivo». En Ayala, R. R., *Mitos y leyendas de la Edad Media*, Edicomunicación, Colección Olimpo, Barcelona, 2000, p. 22.

La Edad Media está marcada por el oscurantismo de las ideas que se albergaron y crecieron al amparo de la cristiandad. Mitad leyenda, mitad realidad, Europa vivió una etapa de su historia plagada de tensiones, calamidades y luchas. Las guerras contra el Islam y los piratas berberiscos mantuvieron al Viejo Continente en un casi total aislamiento que, solamente de una forma muy tenue y escasa, permitía el comercio y el trasvase cultural por las rutas orientales que llevaban hacia Asia. La peste bubónica, las luchas de religión y la persecución a los hebreos, así como el miedo acrecentado en las almas de los cristianos a la llegada del fin del Mundo, vaticinado hacia el año 1000, crearon un espíritu fértil para encerrar a los pueblos y sus monarcas en sus costumbres, territorios y barbaries¹²⁹.

Según Henri Pirenne:

En general, no se ha subrayado suficientemente el gran impacto de la invasión islámica en Europa occidental. Efectivamente, tuvo como consecuencia el situarla en unas condiciones que no habían existido desde los primeros tiempos de la historia. Occidente, a través de los fenicios, los griegos y por último los romanos, había recibido su civilización siempre de Oriente. Había vivido, por así decirlo, del Mediterráneo; y ahora, por primera vez, estaba obligado a vivir de sus propios recursos. [p. 22]

A lo que cabría añadir de nuevo en palabras de Pirenne: «El Mediterráneo había sido un lago romano; ahora se transforma, en su mayor parte, en un lago musulmán»¹³⁰.

La antigua Europa clásica de los romanos pasó tras las invasiones bárbaras, período en el que todavía se mantuvieron muchos de los aspectos organizativos y culturales del desaparecido Imperio en torno al Mediterráneo, a ser una sociedad cerrada entre sus fronteras. Esa gran balsa del cristianismo quedó enfrentada a un gran y único enemigo que lo representó el Islam. Pero las sociedades europeas no vivieron solamente aisladas y alertadas por la presión y el peligro externo, también vieron

¹²⁹ Este terror procedía de la creencia de siglos antes cuando San Ireneo y San Jerónimo habían pronosticado que la duración del mundo solo alcanzaría a tantos miles de años como días Dios necesitó para crearlo. Como los días empleados por el creador fueron seis y, según la creencia Jesús había nacido en el año cinco mil de la creación, el cómputo de días que se deducía para el Fin del mundo era el año 1000.

¹³⁰ Picoche, Jean-Louis, *El señor... o. c.*, pp. 22-21.

dentro de sus feudos y dominios cómo la lucha por el poder y las riquezas estaba alimentada por la irrupción de nuevas ideas e incluso de versiones diferentes de lo que parecía ser un espíritu monolítico de fe: el cristianismo manifestaba en su superficie profundas fisuras morales y sociales.

Escasas eran las fórmulas de comunicación con el resto del mundo, exceptuando las expediciones comerciales que se realizaban hacia el Oriente asiático. En este clima de aislamiento, y ante el irrefrenable avance musulmán, surge la idea de organizar una cruzada contra el infiel. Caídos los santos lugares en manos de los árabes, Pedro el Ermitaño no tuvo muchos problemas para invocar en nombre de la cristiandad la obligación que tenía ésta de rescatar la tierra y el Santo Sepulcro que eran objeto de veneración por parte de la Iglesia. En 1096 dieron comienzo los preámbulos para organizar la Primera Cruzada.

La Edad Media creó el prototipo del caballero andante y de las órdenes de caballería como defensores de los altos ideales de la nobleza y del cristianismo. Estos valores se vieron frecuentemente reflejados en escritos, ritos y crónicas de la época, pero quizá una de las fuentes escritas más interesantes sobre esta cuestión se la debemos a Ramon Llull. A lo que hay que sumar que Llull conoció en persona y mantuvo amistad con Jacques de Molay, Gran Maestre de los templarios¹³¹.

¹³¹ Ramon Llull nació en Palma de Mallorca, en una fecha indeterminada, pero que se podría situar en torno al año 1235. De origen noble llevó una vida disipada y entregada a los placeres y hechos de armas. Se cree que hacia 1264 tuvo una revelación, que le llevó a un cambio de vida total. Convertido a una vida piadosa y mística, rayando para los que le conocían en locura, Ramon Llull se dedicó desde entonces a la misión para la que creía había sido elegido: convertir el mayor número de almas infieles a la fe cristiana. A lo largo de nueve años se dedicó al estudio de la lengua árabe, la cual llegó a dominar perfectamente, tanto hablada como escrita. En 1275 fundó en Miramar (Mallorca), un convento en el que enseñó a los futuros misioneros durante diez años filosofía y árabe. Alrededor de este mismo año se data la escritura de su *Llibre de cavalleria*. Referido a esta obra, Luis Alberto de Cuenca dice lo siguiente: «El *Libro de la orden de caballería* lo escribe hacia 1275 un Llull recién salido de su vida cortesana como senescal de Jaime II. Es una obra breve, que se corresponde en su contenido con el título XXI de la segunda *Partida* del Rey Sabio y que informa el *Libro del Cavallero et del Escudero* de Don Juan Manuel, yerno precisamente del Jaime II amigo de Ramon». La nueva vocación lanza a Llull a predicar sus ideas por toda Europa, consiguiendo de los nobles señores escasas atenciones. Entre 1287 y 1290 viaja a París y a Roma. En 1292 viaja a Túnez, de donde es expulsado. De nuevo en Europa se dedica apasionadamente a escribir sobre sus ideas, logrando realizar entre

16. Las rutas de la luz: las grandes peregrinaciones

El gran fervor religioso dio como consecuencia una presencia en la vida cotidiana de los elementos cristianos, que tanto en el ámbito privado como social y colectivo marcaron todo este período.

De entre lo más destacable del culto y costumbres medievales desarrolladas ante el fenómeno de la «cristiandad», sobresale el amor por los santos, la Iglesia y sus símbolos, así como las manifestaciones milagrosas de la gloria y voluntad de Dios. Este espíritu de «amor» de la cristiandad se materializó en la gran importancia que tenía para los hombres y mujeres de la época por venerar, en vida o en muerte, a aquellos que de alguna forma habían manifestado ser elegidos por el Creador. Esta gran ansia por reconocer algún signo sobrenatural y por conseguir beneficios divinos, generó como gran fenómeno de masas el peregrinar a lugares santos. Las dos rutas principales de peregrinación fueron la de Jerusalén y la de Santiago de Compostela.

En el territorio europeo la principal ruta fue la de Santiago, conocida también como Ruta Jacobea, y que tenía como meta la visita a la tumba del apóstol Santiago. Dicha ruta tenía en la península Ibérica dos puntos de partida desde los Pirineos, una desde Roncesvalles, y la otra desde los altos de Somport. En estos dos puntos de partida desembocaban a su vez los peregrinos procedentes de las cuatro rutas jacobeanas francesas que se iniciaban en Le Puy, Vézelay y Orleans hasta llegar a Roncesvalles, y el camino desde Olorón, vía que se iniciaba en Arlés-Toulouse hasta llegar a Somport. Esta última era a su vez la ruta empleada por los peregrinos que venían desde Oriente, y que al llegar a Puente de la Reina se fundían en una sola ruta hacia Santiago de Compostela, transcurriendo por Estella, Castrojeriz, Frómista, Sahagún, León, Astorga, Villafranca del Bierzo (en cuya iglesia de Santiago los peregrinos imposibilitados de continuar camino

1294-1299 la mayor parte de su producción mística literaria. Viaja a Chipre y hacia 1303 escribe su *Lógica nova*, y en 1305 su *Liber de fine*. En 1307 viaja a la ciudad de Bugía en Argelia, y compone en árabe su *Disputatio Raimundi christiani et Hamar saraceni*. De nuevo vuelve a ser expulsado de tierra islámica y en Europa escribe en 1310 su *Liber phantasticus*. Sobre su muerte solamente se supone que acaeció en las proximidades de 1316: «Sabemos que en 1315 estaba en Túnez de nuevo. Luego, todo es leyenda. Dicen que lo lapidaron en Bugía y que, moribundo, alcanzó las costas de Mallorca, donde murió. Nada es seguro salvo su muerte antes de 1316». Lull, Ramon, *Libro de la orden de caballería*. (Ed. de Luis Alberto de Cuenca), Madrid, 2002, p. 10.

gozan, según gracias e indulgencias concedidas por los papas Calixto II y Alejandro III, del privilegio de ganar el jubileo como si llegasen a la misma catedral compostelana), Barbadelo, Portomarín y Arzúa, en lo que se denominó el itinerario francés.

El culto a Santiago tiene su inicio en el siglo VIII, al ser descubierta la supuesta tumba del apóstol en una antigua necrópolis de *Iria Flavia*, de cuyo nombre latino, *Compositum* (cementerio), pasó a llamarse Compostela. Localizada en el bosque del Libredón o *Arcis Marmoricis* (Arca Marmórica) por un ermitaño llamado Pelagio, cuando oraba y fue llamada su atención por unas extrañas luces. Se cree que el nombre original de Compostela también puede proceder del de *Campus Stellae*, por «cementerio» o «campo de las estrellas», clara referencia a la Vía Láctea, y por el cual se identificaba el lugar como un emplazamiento o necrópolis dedicado al culto de los muertos. Esta sucesión encadenada de referencias puede guardar algún punto en común con los antiguos ritos paganos anteriores a la llegada del cristianismo, y que se remontaban a la creencia en el viaje iniciático de la muerte guiada por la Vía Láctea hacia el *Finis Terrae*, lo que conocemos como Finisterre, o final de la tierra conocida y que era donde daba comienzo el reino del Hades, dios de los muertos.

La fe de estos peregrinos, en los que se mezclaban los ritos y creencias paganas con los fijados por la Iglesia, fue un elemento más de esta confusa y radicalizada etapa del mundo occidental.

Enrique Gil y Carrasco presenciara desde niño, ya en Villafranca del Bierzo, por cuya Calle del Agua donde se sitúa la casa paterna discurre el camino francés hacia Santiago, ya en Ponferrada y luego en Astorga, el constante trasiego de peregrinos que, apoyados en bordones o a lomos de caballerías, enfilaban por tierras del Bierzo el último y geográficamente más difícil tramo hacia la tumba del Apóstol.

17. Los caballeros del alba: la Orden del Temple

La Orden del Temple u Orden de los Caballeros Templarios, fue fundada en Francia en 1118 por Hugo de Payens y Geoffroy de Saint-Omer.

Como en los orígenes de su misión estaba el cuidar de los Santos Lugares, en 1126 la Orden se estableció en la ciudad santa de Jerusalén, en un palacio próximo al Templo de Jerusalén que les fue cedido por Balduino II, por lo que la Orden tomó el nombre del Temple.

Progresivamente, el poder de la Orden fue aumentando, y su riqueza se vio favorecida, tanto por los actos de guerra como por los negocios, muchos de ellos llevados a cabo con reyes europeos a los que les prestaban o financiaban sus Estados.

Los Templarios se destacaron en la lucha contra el Islam, tanto en las Cruzadas, como en las continuas guerras de reconquista que asolaban España. El gran poderío que adquirió la Orden a lo largo de su desarrollo, fue uno de los motivos por los que el rey francés Felipe *el Hermoso* comenzó a recelar de su fidelidad, llegando a suponerla como un Estado dentro del suyo. A partir de estos momentos, la Orden comenzará un camino plagado de problemas y tensiones políticas que culminaran en 1314 con la condena y excomuniación de la Orden por el papa Clemente V. Los bienes de la Orden fueron confiscados y su Gran Maestre, Jacques de Molay, ejecutado públicamente.

La Orden del Temple fue acusada de herejía y de haber incorporado en su seno ideas iniciáticas de carácter gnóstico. Aunque esta desviación respecto a los principios de la Iglesia no se pudo demostrar claramente, la Orden fue acusada de haberse desviado del camino de la Iglesia.

Los Templarios buscaban un nuevo orden universal. Consideraban que alcanzar la sabiduría absoluta era un objetivo de su misión, por lo que acumularon grandes conocimientos filosóficos, de Oriente y Occidente, integrándolo en un todo. Este espíritu crítico, donde se promulgaba una visión del mundo y del ser humano mucho más liberal y universal que el que proyectaba la Iglesia, hizo que se viese a la Orden como una organización que excedía, tanto los límites de la política (terrenales) como los espirituales (creencia de la cristiandad).

La fuerza que había adquirido el Temple comenzó a suponer un posible peligro, pues para los príncipes y monarcas, al igual que para el Papa, el que la Orden identificase a la Iglesia como la casa de Cristo en la Tierra, y al Temple como la Casa del Espíritu Santo, suponía una desviación doctrinal y un posible cuestionamiento de los poderes que ellos ostentaban.

La Orden había comenzado a ser un peligro, pero acabar con ella no era fácil. Para ello, tanto la nobleza como la Iglesia se tenían que enfrentar a un doble problema. Por una parte, conseguir desprestigiar a la Orden ante el pueblo y los nobles. Por otra, hacer efectiva la desaparición de la Orden, pero no sus bienes y riquezas, tan deseadas por todos.

A partir de esta decisión, la Orden del Temple sufriría la leyenda negra, que ya siempre arrastraría su nombre, y que el papa Clemente V culminó en 1314 con su persecución y total extinción.

Gran parte de los argumentos que se arrojaron contra la Orden, la Historia no los ha podido demostrar, pero lo que sí se sabe es que la mayoría de sus símbolos, formas rituales y de organización, fueron empleadas en contra de ella, como muestras de su desviación herética.

La incorporación a la Orden de cualquiera de sus nuevos miembros, se formalizaba mediante un ritual de iniciación. Las formas de estos rituales eran secretos e iban acompañados de una gran parafernalia esotérica, lo que hizo que en su época, ya de por sí una etapa de la Historia proclive al oscurantismo, se incrementase en torno a la Orden los sentimientos recelosos sobre su hermético poder.

La ceremonia de admisión de un nuevo Caballero del Temple se realizaba en secreto y al filo del amanecer. El aspirante era acompañado y custodiado por numerosos hermanos de la Orden ante la puerta de la sala capitular del Temple, donde el Gran Maestre, le preguntaba sobre los motivos que le inducían a desear ingresar en la hermandad. Una vez recibido y aceptado como un miembro más de la Orden, el nuevo Caballero era acompañado al interior de la sala donde pronunciaba los tres votos monásticos y se le investía con el manto de caballero, recibiendo el «beso de la paz» como símbolo de nueva vida. Después de celebrar una misa, el nuevo miembro del Temple era vestido con los hábitos de la Orden. Con el paso del tiempo, este ritual se vio enriquecido con otros signos y símbolos, acrecentándose la diferencia respecto a los inicialmente emanados del ritual creado por la Iglesia.

Aunque de difícil demostración, se cree que en la progresiva sustitución y negación de los ritos y símbolos cristianos en beneficio de los símbolos y ritos propios, la Orden utilizó uno de ellos de hondo calado herético y sacrílego, que consistía en que durante la ceremonia de investidura del aspirante a Caballero Templario, este debía pisar un crucifijo.

La Orden del Temple dirigió su veneración hacia lo que representaba el Grial, en vez de hacia el crucifijo, y esto sumado a la adoración que realizaban de otros ídolos de carácter esotérico, supuso que el Temple fuese alimentando aún más los aspectos que le acercaban a la herejía¹³².

¹³² «Los templarios niegan a Cristo, abjurán en secreto de su nombre y celebran reuniones secretas en las que adoran ídolos (una cabeza de dos rostros denominada

Después vendrían otros muchos argumentos, más o menos fundados en elementos objetivos, que harían de la leyenda negra del Temple una verdadera caza de brujas. Uno de ellos se asienta en la homofobia que anidaba en la doctrina de la Iglesia y en la sociedad del medioevo. La argumentación para esta acusación la encontraron los enemigos de la Orden en el hecho de que los Templarios utilizasen como símbolo de uno de sus escudos la representación de dos Caballeros cabalgando juntos sobre la grupa del mismo caballo. Lo que para el Temple debía simbolizar la pobreza y la dualidad en el único camino, para el poder de la Iglesia significó un claro símbolo de sodomía.

El comienzo de la caída de la Orden de los Templarios puede tener su inicio en la pérdida de la fortaleza llamada Risco de los Caballeros en 1271 ante las tropas de Baibars, sultán de Egipto.

Cuenta la leyenda que estando sitiada la ciudadela del Risco de los Caballeros, orgullo de la cristiandad, y debido tanto a la valerosa resistencia de sus moradores como al emplazamiento privilegiado de sus defensas, por muy poderoso que fuese el enemigo que la atacase, tal plaza era considerada inexpugnable. Ante el desánimo que comenzaba a reinar entre las tropas del sultán, este urdió una estratagema para engañar a los cristianos. Haciéndose pasar por el Gran Maestre de la Orden de los Hospitalarios de Trípoli, hizo enviar una paloma mensajera a la fortaleza con una carta en la que se pedía a los defensores que se rindiesen por no poder enviarles tropas de socorro. Los Templarios así lo hicieron, dejando el sultán llegar con vida hasta Trípoli a los escasos supervivientes. La caída del Risco de los Caballeros supuso el principio de la pérdida del poderío militar de los Templarios, que se hizo claramente patente veinte años después, en el año 1291, con la captura por los infieles de la fortaleza de San Juan de Acre. Con ambas derrotas se puso final a la misión primordial de los Templarios, defender los Santos Lugares.

La vieja Europa feudal iba cambiando progresivamente y aunque en su origen la Orden del Temple tenía una función combativa muy del interés de príncipes y papas, las monarquías ya consolidadas hacia el siglo XIV lo que principalmente veían en el Temple era un posible rival político, y un codiciado patrimonio de bienes y riquezas en nada despreciable.

Bafomet, ídolos en forma de gato negro y otros)». En Díez Celaya, F.: *Los Templarios*. Acento Editorial, Madrid, 2001, p. 58.

Esto quedó patente en la forma de actuar del rey francés Felipe IV *el Hermoso*. A pesar de los sucesivos planes que Felipe IV fue perfeccionando para conseguir controlar y adueñarse de las riquezas de la orden, no fue tarea rápida ni fácil, pues encontró algunos rivales opuestos a sus propósitos, como el papa Nicolás IV; al final, una serie de circunstancias a su favor decidieron la victoria del monarca francés¹³³.

La Francia de los antaño caballeros defensores de la fe cristiana, ahora no deseaba entre sus fronteras a los representantes de la herejía, y este sentimiento sería a su vez exportado al resto de Occidente, y especialmente a los territorios de lo que comenzaba a ser la incipiente y futura España.

El resultado para muchos de estos Caballeros Templarios fue dramático, morir en la hoguera. El Gran Maestre, Jacques de Molay, al igual que Hugo de Pairaud, Godofredo de Charnat y Godofredo de Gonneville, murieron así, en la pira del fuego purificador¹³⁴.



¹³³ Tras la muerte del papa Bonifacio VIII, fue sucedido por Benedicto XI, quien moriría en extrañas circunstancias. Finalmente, el desaparecido Papa sería sucedido por el arzobispo de Burdeos, Beltrán de Got, protegido del rey Felipe IV, y que pasaría a la historia de la Iglesia como el papa Clemente V. En agosto de 1306, el nuevo Papa hizo venir de Chipre a París a Jacques de Molay, Gran Maestre de la Orden, bajo la intención de explicarle los planes para una futura Cruzada. Para entonces, Felipe IV ya tenía un plan trazado con cargos y testigos contra la Orden. Aunque el Papa no tomó una decisión rápida, la estrategia y planes de Felipe IV finalmente triunfarían. El 1 de octubre de 1307, Clemente V decretó la detención de todos los caballeros del Temple bajo las acusaciones de idolatría, apostasía, blasfemia, ritos obscenos y sodomía.

¹³⁴ Pero la leyenda nunca pareció separarse de la mítica Orden. Cuentan que el 18 de marzo de 1314, estando Jacques de Molay y Godofredo de Charnay en la pira que se instaló en la isla pequeña del Sena para su ejecución, profetizó para el papa Clemente V que moriría transcurrido un mes desde ese día, y que Felipe IV *el Hermoso* también fenecería antes de haberse cumplido un año. La maldición pareció cumplirse, el papa Clemente V falleció el 20 de abril, un mes después de que Jacques de Molay muriese en la hoguera, y el rey Felipe IV *el Hermoso*, pereció el 29 de noviembre del mismo año.

Conclusión

¿Qué permanece como memoria enamorada de Beatriz y Don Álvaro tras las cenizas de la Orden del Temple? ¿Qué luz sobre la escoria de los cuerpos consumidos en la alegórica pira de los juicios de la Historia? ¿Qué futura redención encontrará la voz del poeta devuelto como fantasma de un eco silencioso a la cuna de piedra de su nada? Queda lo que siempre permanece, la conciencia de lo correcto del buen antepasado, queda el aire respirable de su palabra, aquella luz sobre las tumbas sin felicidad de cuantos no pudieron consumir sus anhelos románticos. Queda lo posible como palabra más cierta del futuro, lo que no ocurrió pero tuvo su oportunidad de existir en la eterna utopía de lo poético. Hoy, cuando ante las páginas de *El Señor de Bembibre* los ojos de un nuevo lector se enfrenten a la contemplación perdurable de las antiguas cañadas que cruzaban los valles del Bierzo, cuando vuelvan a oír el sonido invisible de los ríos prehistóricos que aún descienden desde las montañas con el agua de una remota inteligencia, oirán también la leve voz del poeta que habrá de hacerle una última y definitiva confesión, la que cifrada en el polvo por el caligrama del gusano dicta a la literatura la esencia, no por reiterada, menos obvia de su más concluyente y última verdad:

— *Beatriz soy yo.*

Bibliografía del volumen

1. Ediciones de *El Señor de Bembibre*¹³⁵

El Señor de Bembibre. Novela original. Acompañada de 20 láminas. Biblioteca Popular, Establecimiento tipográfico de don Francisco de Paula Mellado, Madrid, 1844.

Obras en Prosa. Coleccionadas por D. Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera e Isla, precedidas de un prólogo y de la Biografía del autor, Tomo I, y II, Imprenta de la Viuda e hijo de D. E. Aguado, Madrid, 1883.

El Señor de Bembibre. Con un juicio crítico de Carlos F. Melo y prólogo de Elías Martínez Buteler, Imp. de G. Kraft, Buenos Aires, 1910.

Obras Completas de Don Enrique Gil y Carrasco. Edición, prólogo y notas de D. Jorge Campos (B. A. E., tomo LXXIV), Ediciones Atlas, Madrid, 1954.

El Señor de Bembibre. Edición, prólogo y notas de Ildefonso Manuel Gil, Biblioteca Clásicos Ebro, Editorial Ebro, Zaragoza, 1970.

El Señor de Bembibre. Edición y prólogo de Ramón Carnicer. Barral Editores, Barcelona 1971.

El Señor de Bembibre. El Lago de Carucedo. Artículos de costumbres. Prólogo de Arturo Souto Alabarce. Editorial Porrúa., México, D.F., 1984.

El Señor de Bembibre. Martínez García, Francisco. Historia de la Literatura Leonesa. Editorial Everest S. A., León, 1982.

El Señor de Bembibre. Edición de Jean-Louis Picoche. Clásicos Castalia, Editorial Castalia, 1986.

El Señor de Bembibre. Edición de Enrique Rubio. Cátedra Letras Hispánicas, Ediciones Cátedra, Madrid 1991.

El Señor de Bembibre. El Lago de Carucedo. Edición y prólogo de Ramón Carnicer, Ámbito ediciones S.A., Valladolid, 1992.

—, *El Señor de Bembibre*. Prólogo de Álvaro de las Casas, Tomo I y II, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, Madrid (sin fecha edición).

¹³⁵ Mencionamos por orden cronológico las principales ediciones, citadas por Carnicer, Mestre y Muñoz. Para una relación exhaustiva del centenar de ediciones de la obra, véase el minucioso estudio de Jovino Andina, *Catálogo de ediciones de El Señor de Bembibre*, en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. X, 2015.

2. Obras de Enrique Gil

- GIL Y CARRASCO, ENRIQUE, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volúmenes I-VIII, *Obra completa*. Edición del II Centenario 1815-2015, al cuidado de Valentín Carrera, Ed. Paradiso_Gutenberg, Santiago de Compostela, 2014-2015.
- , *Artículos de viajes y costumbres*. Edición de Ramón Alba, Miraguano, Madrid, 1999.
- , *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*. Edición de Paz Díez-Taboada. Breviarios de la Calle del Pez, nº 10, Diputación Provincial de León, Instituto Leonés de Cultura, León, 1985.
- , *Obra Poética*. Edición de Emilio Peral Vega. Breviarios de la Calle del Pez nº 46, Diputación Provincial de León, Instituto Leonés de Cultura, León, 2000.

3. Bibliografía general

- ABELLÁN, J. L., *Historia crítica del pensamiento español. Liberalismo y romanticismo*. Circulo de Lectores, Madrid, 1993.
- AMBELAIN, R., *Jesús o el secreto mortal de los templarios*. Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1997.
- AYALA, R. R., *Mitos y leyendas de la Edad Media*. Edicomunicación, Colección Olimpo, Barcelona, 2000.
- BAIGENT, M.; LEIGH, R.; LINCOLN, H., *El enigma sagrado*. Círculo de Lectores, Madrid, 2000.
- CANTÚ, C., *Las Cruzadas. Las ocho gestas de la cristiandad*. Edicomunicación, Barcelona, 1988.
- CERNUDA, LUIS, *Estudios sobre poesía española contemporánea*. Colección Universitaria de Bolsillo, Punto Omega, 82, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1972.
- CIRLOT, J. E., *Diccionario de símbolos*. Ediciones Siruela, Madrid, 1997.
- CHUECA GOITIA, F., *Breve historia del urbanismo*. Alianza Editorial, Madrid, 1977.
- DÍEZ BORQUE, J. M. (ed.), *Historia de la literatura española*. Volumen III. Taurus, Madrid, 1980.
- DÍEZ CELAYA, F., *Los Templarios*. Acento Editorial, Madrid, 2001.

- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M.D.; Breaux, J., *Medicina popular, magia y religión en El Bierzo*. Edición Museo del Bierzo-Ayuntamiento de Ponferrada, Ponferrada, 1998.
- FERRERAS, J. I., *La novela española en el siglo XIX (hasta 1868)*. Historia Crítica de la Literatura Hispánica-16, Taurus Ediciones, Madrid 1987.
- GARCÍA MONTERO, L., *El sexto día. Historia íntima de la poesía española*. Debate, Madrid, 2000.
- , *Gigante y extraño. Las Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer*. Tusquets Editores, Barcelona, 2001.
- GIES, D. T. (ed.), *El romanticismo*. Taurus, Madrid, 1989.
- GULLÓN, R., *Cisne sin lago*. Excma. Colección Breviarios de la Calle del Pez, Diputación Provincial de León, León, 1989.
- HUIZINGA, J., *El otoño de la Edad Media*. Alianza Universidad, Madrid, 1984.
- LUKÁCS, G., *Sobre la novela histórica*, México, 1966.
- LLUL, RAMON, *Libro de la orden de caballería*. (Edición de Luis Alberto de Cuenca), Alianza Editorial, Madrid, 2002.
- PEREIRA, A., *Crónicas de Villafranca*. Instituto Leonés de Cultura, Diputación Provincial de León, León, 1997.
- PICOCHÉ, J.-L., *Un romántico español, Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*. Biblioteca Románica Hispánica, nº 275, Editorial Gredos, Madrid, 1978.
- PIRENNE, H., *Las ciudades de la Edad Media*. Alianza Editorial, Madrid, 2001.
- QUINTANA PRIETO, A., *Juana Baylina amor y musa de Enrique Gil y Carrasco*. Instituto de Estudios Bercianos, Ponferrada, 1987.
- , *Ponferrada en la Antigüedad*. Colección “Bergidum” de publicaciones del Instituto “Gil y Carrasco” de Ponferrada. Talleres Tipográficos Ferreira, S. L., Madrid, 1955.
- SIJÉ, RAMÓN, *La decadencia de la flauta y el reinado de los fantasmas (Ensayo sobre el romanticismo histórico en España (1830-Bécquer))*. Instituto de Estudios Alicantinos, Diputación provincial de Alicante (Patronato José María Quadrado del CSIC.), Serie I, nº 10, Alicante, 1973.



Índice

Nota del editor.....	7
Prólogo de Ramón Carnicer.....	13
<i>El Señor de Bembibre</i> Enrique Gil y Carrasco	25
Capítulo I.....	27
Capítulo II.....	33
Capítulo III	40
Capítulo IV	49
Capítulo V.....	56
Capítulo VI	60
Capítulo VII	67
Capítulo VIII.....	75
Capítulo IX.....	83
Capítulo X.....	93
Capítulo XI.....	103
Capítulo XII	114
Capítulo XIII.....	120
Capítulo XIV.....	127
Capítulo XV	131
Capítulo XVI.....	138
Capítulo XVII.....	144
Capítulo XVIII	148
Capítulo XIX.....	161
Capítulo XX	170
Capítulo XXI	179
Capítulo XXII.....	186
Capítulo XXIII	197
Capítulo XXIV	202
Capítulo XXV.....	210
Capítulo XXVI	221
Capítulo XXVII.....	231
Capítulo XXVIII.....	238
Capítulo XXIX.....	251
Capítulo XXX.....	261
Capítulo XXXI.....	268
Capítulo XXXII	276
Capítulo XXXIII	287
Capítulo XXXIV.....	294
Capítulo XXXV	302
Capítulo XXXVI.....	315
Capítulo XXXVII.....	325
Capítulo XXXVIII	335
Conclusión	345

Historia secreta de la melancolía

Juan Carlos Mestre Miguel Ángel Muñoz San Juan 355

- 1. La edad del tiempo357
- 2. La orilla de los presentimientos362
- 3. Regreso y huida de la experiencia365
- 4. Retorno a las ruinas y el vuelo de la imaginación..... 367
- 5. Un mendrugo de pan para los perros 370
- 6. La triste cosecha del tiempo: el diezmo del destino.....372
- 7. La tos del cielo.....376
- 8. Anotaciones contra la herrumbre386
- 9. La hora de la seda negra.....394
- 10. Entrambas aguas: la españa vivida por Gil y Carrasco.....397
- 11. Un nuevo espíritu: el romanticismo404
- 12. Una parábola de la modernidad: *El Señor de Bemibre*. 418
- 13. Certeza y soledad: personajes y novedad narrativa431
- 14. Nacimiento de la crisálida: transfondo histórico real en *El Señor de Bemibre* 434
- 15. La vereda cortada: inicio de la Edad Media en España.....438
- 16. Las rutas de la luz: las grandes peregrinaciones443
- 17. Los caballeros del alba: la Orden del Temple444
- Conclusión 449

Bibliografía del volumen 450



